ROSA ESTRADA DÍAZ
VÍCTOR ESTRADA DÍAZ

VOLAR

TERCER LIBRO DE LA TRILOGÍA
LOS PROTECTORES DE LA VIDA

nieva
ediciones

© Autores: Rosa Estrada Díaz y Víctor Estrada Díaz

© Edición:



Nieva Ediciones
Fernando Morán, 4
33401 Avilés, Asturias, España
www.edicionesnieva.com

D. L.: AS 00221-2021

ISBN: 978-84-122985-6-7

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en ninguna forma, ni por ningún medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación, o por cualquier otro, sin permiso previo por escrito de los autores.

Avilés, Principado de Asturias, 2021

Estos libros están dedicados a:

A mi hermano Víctor por tantas charlas
y tantos paseos hablando de nuestras novelas
y nuestros personajes,
por el gran cariño que siempre nos ha unido.

A mi hermana Rosi para que sus mejores sueños se cumplan.

A nuestra madre Teresa y a Marisa y Remedios
nuestras hermanas.

Y a Rubén Arnaiz y Rosi Tamargo
por su paciencia y sus sabios consejos.

A nuestros padres Victor y Jesús que ya no están con nosotros.

A Noemí, Viti, Alfred, Ana, Adri, Leo, Lauri
y a toda nuestra familia.

Y a las personas que se esfuerzan en construir un mundo mejor
y ofrecer sonrisas, entrega y amor sin esperar recompensa.

–"Se buena, te quiero".
Luego Alex el loro, miró con tristeza a su cuidadora y añadió:
–"¿Habrá un mañana?"
Y esas fueron sus últimas palabras antes de morir.

Alex: referente al acrónimo de Avian Learning Experiment,
el loro más inteligente del mundo.
Alex el loro, llegó a desarrollar la inteligencia de un niño
de cinco años y murió a la edad de treinta y un años.

"Dedicado a los que vendrán".
Víctor y Rosa Estrada Díaz.

"Cualquier tecnología lo suficientemente avanzada es indistinguible de la magia".

3ª Ley de Arthur C. Clarke.

PRÓLOGO

En un futuro incierto unos jóvenes científicos construyeron una interface llamada El CUBO con la que pretendían solventar los problemas físicos y psicológicos derivados de la carencia de luz natural y la cronodisrupción a consecuencia del desastre climático. Gracias al CUBO millones de personas, en todas partes del planeta, compartieron sus experiencias oníricas junto a otros onironautas, en una especie de realidad virtual que cada día se expandía hasta límites insospechados y a la que le dieron el nombre de "Realidad Invasiva".

BREVE GENEALOGÍA

Remedios era la madre de Roxín y la mujer de Jesús, una pobre madre castigada por la guerra. En esta novela se nombra a Jesús llamado también como su padre y apodado "el nene" que fue soldado en el batallón Somoza y que falleció durante la guerra civil en el frente y Ramón, su hermano más o menos de la edad de Roxín, estos tenían más hermanos, pero no son relevantes aquí.

Presentación Isabel era la madre de Teresa, tenía a su vez un hijo llamado Manolín herido durante el bombardeo de Avilés que llegó cadáver al hospital de la Caridad, una hija: Teresa, y otra más: Marisa. Los otros hermanos, no se mencionan porque no son relevantes aquí.

Roxín (el hijo de Remedios) se casó con Teresa (la hija de Presentación) y tuvo a su vez varios hijos: Víctor, Reme (que se llamaba como su abuela), Marisa y la pequeña Rosario a la que todos llamaban Rosa.

Rosa y Víctor escribieron las novelas Wanik, Esperanza y Volar.

Todos estos datos de este libro son reales excepto todo lo acontecido en el CUBO.

¿O tal vez sucedió realmente lo que aquí se relata? ¿Dónde están las fronteras de la realidad?

Yo doy fe de que esta historia es real en mi universo, IO.

LOS OBJETOS DEL BARRIO DE LAS ESCOMBRERAS

En el futuro encontrarán un libro como éste, con el texto borrado y ausencia de muchas páginas.

Y el libro continuaba así:

En el futuro habrá prodigios, cosas que escapan a nuestra imaginación, milagros que no nos atreveríamos siquiera a imaginar, pero debemos protegernos. ¡Porque ay de aquellas las que siempre están despiertas! ¡Serán ellas quienes gobiernen finalmente el destino de los hombres!

Y la historia acababa así, no porque los Hermanos Estrada, sus autores, hubieran decidido que éste sería su final si no, porque alguien había arrancado deliberadamente las hojas que le faltaban al libro.

Estaba en un plástico transparente de burbujas de esos que se utilizan para embalar y sólo conservaba las tapas de cartón y algunas páginas sueltas. En las primeras páginas había algunas dedicatorias a las generaciones futuras, es decir, a nosotros, y una alusión clara a la máquina que habíamos construido.

¿Cómo era posible que conocieran esa máquina si cuándo eso sucedió aquellos hermanos Estrada ni siquiera habían nacido? ¿Habían tenido quizás una premonición del futuro?

He de reconocer que en mi vida no hubiese imaginado la increíble conexión con mi vida y me sentí en la obligación de completar la historia.

El enigma estaba en ese libro abandonado en el vertedero próximo al Viejo Barrio de las Escombreras dónde nos dirigíamos cada día en busca de objetos susceptibles de ser reciclados.

Junto a él, un retrato embalado emergiendo de entre las piedras llamó la atención de Oxi. Representaba a una mujer muy hermosa, con un cabello largo y presumiblemente rubio a juzgar por la ligereza de los trazos a lápiz. El retrato estaba embalado con el mismo tipo de plástico de burbujas que envolvía el libelo.

Aquella pequeña e improvisada obra de arte acompañando al libro venía firmada por un tal Víctor Estrada, el mismo hombre que al parecer, siglos atrás, había escrito junto a su hermana Rosa aquella novela con un título tan misterioso y a la vez tan evocador: "Volar" que ahora estaba en nuestras manos.

Fidelia y Edmundo Calderón Estrada hallaron en esta novela un rastro de sus antecesores y llenos de emoción me pidieron que trabajara en ello, en el CUBO.

Aquello era lo último que les quedaba de sus antepasados. Todo lo demás había sido destruido por la tragedia y los siglos por lo que representaba una oportunidad única para conocerlos, aunque fuese a través de unas historias de ficción que éstos hubieran escrito.

Me tomé aquella tarea que ellos me encomendaron como algo personal. Quería crear algo bonito para ellos en el CUBO así que me puse a trabajar.

Utilicé la Realidad Invasiva para crear una historia. Consiste en crear una imagen o un escenario virtual cada vez más complejo a partir de pequeños elementos e ir desarrollando el entorno a nuestro gusto añadiendo o eliminando cosas, hasta crear una realidad tan invasiva que sorprende de lo real que resulta.

El escenario es tridimensional y se pueden añadir partes de realidad o ficción, partes de sueños, incluso mezclarlo todo como en una especie de coctelera.

No podemos decir que el resultado sea la realidad, a veces dista mucho de eso, pero es tan sólo un juego que nos ayuda a sobrellevar nuestro invierno eterno.

La tecnología ha avanzado tanto que incluso hemos conseguido grabar nuestros sueños en directo y guardarlos en el soporte que sea de nuestro agrado.

Todos soñábamos por separado o juntos, conectándonos con otros soñadores y ampliando nuestros horizontes virtuales con la Realidad Invasiva. A veces como yo digo lo que logramos son tan sólo sueños, otras la realidad mezclada con muchas otras cosas, algunas veces algo sorprendente e inesperado.

Indagando en el CUBO descubrí que este libro formaba parte de una misteriosa trilogía. Había dos libros más y éstos estaban completos en la Red. Del tercero, cuyas pastas habíamos encontrado entre la basura se comentaba de su existencia a través de un video de la antigua YouTube, pero, no se sabía nada más, el rastro se perdía.

El tercero era como un libro maldito. Todo el mundo conoce de su existencia, pero nunca ha dado señas de aparecer, excepto lo poco que pudimos recuperar en la escombrera.

Los comencé a leer, al principio, por puro divertimento lo que había podido rescatar de la antigua red internet y más tarde, comencé a obsesionarme con esta historia inconclusa.

Me pasaba días y días codificando el contenido de aquellos libros, incluido el del último, que yo estaba escribiendo y del que sólo quedaban las tapas y unas pocas hojas. Pasé días y días trabajando, dejando múltiples pistas de estos libros en intrincados rincones del complejo algoritmo, información complementaria sobre sus autores: cómo vivían, como eran, que otras obras escribieron, cómo era el entorno y el contexto en el que habían nacido y todo lo que podía relacionarles con la obra, bibliotecas virtuales de autores no conocidos, rastros de Facebook, páginas web, y un fajo de hojas que

ambos habían escrito como material para su novela y que sus familiares habían conservado a lo largo de los años.

Conseguí también imágenes tridimensionales de ellos. Estas imágenes hablaban entre ellas. Era, como si nunca hubieran muerto, como si continuasen viviendo de nuevo en la nube virtual. Todo este material se recreaba en el CUBO como una película tridimensional.

Pero sólo encontré que habían escrito juntos esas tres novelas, aunque cada uno había escrito alguna cosa mas por separado. Tenía que saberlo todo de aquellos Hermanos Estrada, y el motivo porque a la última novela le faltaban casi todas las hojas. ¿Por qué habían querido que sólo encontrásemos sus tapas duras y las primeras dedicatorias? y poco mas ¿Por qué habíamos sido precisamente nosotros quienes las habían encontrado? Me preguntaba quién habría sido la mujer retratada y de que peligro se nos advertía en sus páginas.

Nunca encontré demasiadas respuestas a estas preguntas. Le eché la culpa al azar, pero eran demasiadas casualidades.

¿Quiénes podían ser aquellas que nunca dormían?

¿Podría ser yo tal vez una de esas?

Mi vida pasaba prácticamente en vigilia. Muy pocas veces dormía y en ocasiones tampoco comía, y realmente no necesitaba mucho para vivir salvo el aire empobrecido de la ciudad base y las píldoras sustitutivas de las comidas.

Yo no era como el resto de la gente común, aunque en apariencia, pasara desapercibida con mi cabello largo y rubio y mis zapatillas deportivas blancas con bandas de neón paseando entre la multitud que deambulaba por todas partes de los túneles.

Me daba miedo ser una de esas personas de las que hablaba el tercer libro, pero quizás tenía la obligación de descubrir a quien se refería el libro con eso de “las que no

dormían nunca" porque debían ser temidas y a la vez eran el futuro de la Tierra.

Aún así yo no era única. A estas alturas de la vida había muchas personas como yo, personas que no dormían, se camuflaban entre la gente que todos los días iban a coger el hiperloop y no eran del todo humanas ni del todo máquinas, si no seres con antiguas deficiencias como yo rescatados por la tecnología. Yo tal vez había sido la primera, pero había muchas más deambulando por todas partes del planeta, aunque yo sólo conociera de su existencia por sus conexiones en el CUBO cuando se conectaban a juguetear.

Y entonces fue, como por pura diversión, para poder sobrellevar las noches de frío y oscuridad invernal, continué escribiendo aquella historia que aquellos dos habían dejado inconclusa. Quizás tenía el absurdo presentimiento de que, si yo escribía, su contenido se me revelaría como una de esas brillantes alhajas arrojadas al cauce de un río que resplandecen cuando inciden sobre ellas los rayos de Sol.

No me importaba que atajos ficticios tomar en el camino de la realidad.

En ese momento, no sabía cómo de lejos me llevaría esta historia.

Percutí la palabra INTRO en las teclas de aquel teclado dorado que segundos antes se había materializado para mí en el aire. Tenía la boca seca. Me pasé la lengua por los labios para humedecerlos y continué escribiendo. Todo lo que yo pensaba o sentía estaba a punto de cobrar vida en aquella gigantesca pantalla de cine envolvente rodeada de butacas blancas y cómodas en las que había todo lo necesario para estar cómodos: una manta por si había frío, algunos dulces, agua embotellada y un botón azul para que los propios usuarios o sus acompañantes pudieran llamar al servicio médico en caso de que la cosa se pusiera fea. Todo cuanto acontecía en mi mente, se proyectaba como una película de cine en la que yo era la única espectadora.

Yo no necesitaba a nadie allí conmigo. Era una avezada viajera.

Tendida allí aguardé a que un simpático robot blanco azulado, redondito y simpático como al R2D2 de la guerra de las galaxias apretara las cinchas de cuero marrón con la hebilla que ceñía mis muñecas. Aullé un poco por el dolor que me causaba apretar las cinchas a la butaca mientras veía como la gigantesca araña mecánica del techo iba hacia mí. Una intrincada red de cables rosas quedó suspendida en mi cabeza mientras sentía el doloroso aguijonazo de uno de los brazos de la araña. Antes de desvanecerme vi como el líquido azul del pigmento recorría la blancura de mis brazos

entrando dolorosamente en el torrente sanguíneo como la mordedura de una víbora.

Pasaron unos segundos antes que mi mente se nublara y quedara en la más absoluta oscuridad, allí en aquel estado tan parecido a la muerte dejé de sentir. Y fue así que poco a poco reviví y comencé a ver con los ojos cerrados como en lo que parecía ser el centro de mi frente, nacía un diminuto sol azul celeste que se iba haciendo cada vez más y más grande y luminoso.

En ese cielo azul celeste, empezaron a aparecer formas: un manto de nubes algodonosas y debajo un mar bravío que se estrellaba contra unos agrestes acantilados. Planeando entre las nubes allí estaba yo como un águila enorme que miraba con sus preciosos ojos el paraje que se extendía debajo de mí. Aquella fue la primera vez que vi al águila sin saber que después su visión se convertiría en algo muy habitual.

Pasé días y noches interminables escribiendo sin descanso aquella novela y cada vez surgían más cosas, más recovecos, nuevos detalles.

La historia cambiaba y se volvía poliédrica pero el águila aparecía en todo lo que tenía relación con ella. Se dibujaba en todas las pantallas y no había ningún error en los programas. Todo parecía funcionar a la perfección.

Cuando tenía algún rato libre en el que el Cubo no tenía visitas me dedicaba a soñar para desentrañar el misterio. He de decir que dormía poco, pero soñaba mucho. Eso no es incompatible. Mi cerebro es distinto al de los otros humanos.

Y cada vez estaba más y más embebida por aquella extraña novela.

No puedo decirlo aún.

No sé como expresarlo. Aquella novela era mi sueño, mi refugio. Me alimentaba más que cualquier comida escasa que pudiera llevarme a la boca, me oxigenaba más que todo el aire que pudiera respirar, que no era mucho.

Cuando yo pensaba en esta novela, imaginaba, soñaba, me evadía, tenía la sensación de que en cierto modo "Vivía" dentro de ella.

A veces confundía la realidad con el sueño, pero es cierto, que aquel sueño me hacía más llevadera la realidad y que en eso consistían los programas de Realidad Invasiva que aplicábamos en nuestra máquina.

Era todo un juego, y lo sabíamos, pero no nos importaba.

Durante mucho tiempo, la novela se convirtió en mi obsesión y mi ilusión. En cuanto estuviera conclusa, le haría unas tapas de cuero sintético que pareciesen naturales. Haría nervaturas en el lomo para que imitase a los libros antiguos e imprimiría, eso sí, el contenido de sus páginas en papel de verdad, que ya sé que es muy caro y muy escaso pero que sería un regalo perfecto para un amigo que adoraba los libros que se llama Arquímedes al que yo amo con toda mi alma. Las películas, las imágenes, quedarían siempre en el CUBO, para los hermanos Calderón a quienes debía el haber conocido y emprendido toda esta historia.

Y en todo aquel anhelo de plasmar aquella ficción, para Fidelia y Edmundo, y también para Arquímedes, mi mente comenzó a vislumbrar a aquella niña, delicada y frágil, encerrada como una especie de Blanca Nieves en un ataúd de cristal distante de la Tierra en el mismo punto en que la última novela Esperanza la había dejado. Un minúsculo punto encerrado en la infinitud del Sol que pasaría desapercibido para cualquier persona o robot que la buscara a través de todo el firmamento.

En aquella novela el malvado robot de la novela Esperanza casi se arrepentía de haberla encerrado allí junto a él.

La novela contaba que ella le había perseguido hasta el Sol con la idea de atraparlo o saber lo que estaba haciendo allí en aquella estrella radiante, pero él tenía un plan más interesante, quería encerrarla allí con él, aunque supiese que esto también podría conllevar su muerte porque sabía que ella tenía el mismo plan para él.

Hacía tiempo que sospechaba que aquellos extraterrestres estaban haciendo algo en el Sol. Aunque nunca se había atrevido a comprobarlo.

Sabía que de alguna forma si iba allí quedaría encerrado con ella, pero aún así la siguió hasta el Sol.

Y sí, finalmente había sentido piedad por ella, cuando estaba totalmente derrotada y sin fuerzas para combatirlo. Pero de nada servía ya, era como si alguien hubiera cerrado la puerta con un candado por fuera y después hubiera arrojado la llave al mar.

Ambos habían quedado unidos por el mismo destino.

Rebuscando en el cerebro de la durmiente Leilani, serpenteando en sus pensamientos y las sensaciones que tuvo antes de que aquel otro ser se desconectase, yo pude contemplar su agonía diaria, prisionera en manos de aquel monstruo que escaneaba su cerebro sin dejar libre ningún recoveco. Pero, también vi que al igual que él escaneaba su cerebro ella, también lo hacía con él de él. Y ahora yo podía ver ese recuerdo recurrente que él tenía.

Por vez primera, pude no solo observar su imagen si no también sentir lo que ella sentía en sus propias carnes cuando lo revivía.

Es cierto que para mí solo era un personaje imaginario que parecía cobrar vida por obra y magia del CUBO, pero ella parecía tan real como cualquier persona con la que pudiese encontrarme cuando estaba despierta.

Leilani llevaba demasiado tiempo encapsulada, dormida como la princesa de un cuento, sin poder moverse, junto a aquel monstruo que dormía a su lado escuchando como los pensamientos de él latían en su cabeza. Allí, encerrada como una Blanca Nieves de cuento, en un lugar de nuestro astro rey “El Sol”, muy lejos de la Tierra, veía que perdía la razón y que su identidad parecía diluirse. Pero, no podía gritar, ni podía moverse. No podía pedir auxilio porque nadie la encontraría allí por mucho que gritara.

¿Quién se atrevería a entrar en aquella ciudad dentro del Sol sin abrasarse? Y en caso de tener la tecnología para hacerlo: ¿Quién en una de las calles vería tirado un diminuto objeto de cristal mimetizado con el suelo brillante que parecía replicar en su interior una y otra vez la misma imagen?

En muchos momentos llegó a pensar que no sabía ni quién era ella ni qué hacía allí encerrada con él. El tiempo pasaba lento, encapsulada, sin alimentarse, sin interactuar con otros seres, encerrada en aquella cápsula que le suministraba lo necesario para vivir y la mantenía con vida, contra su voluntad por medio de todos aquellos cables que se hendían en todos los rincones de su cuerpo que ya olía a carne putrefacta. A estas alturas, Leilani lo sabía todo de él, desde el momento en que fue concebido por aquella especie de extraterrestres que parecían gatos hasta el momento de su muerte junto a él.

Olvidada y triste, como la más bella y extraña princesa de un cuento de hadas, prisionera en un lugar del que nadie sabría nunca.

Entre tanto la imaginación de Leilani, y la mía se fundían en una sola y volaban como una sola convertidas en un águila así que si ella moría yo moría con ella, y si ella volaba, volaba yo planeando sobre un cielo algodonoso sobre un mar bravío. Leilani tenía un recuerdo que quería compartir conmigo. Más bien era un recuerdo de él, o quizás debo de decir de la máquina.

Al igual que él horadaba su cerebro, Leilani obtenía subterfugios en los que también espiaba sus pensamientos.

Leilani quería que yo le viese a él, en su esencia que viese sus botas negras con hebillas plateadas aplastando la hierba jugosa que había cerca de la playa, hierba que parecía oro verde en un precioso día de mayo en el que la oscuridad del bosque era barrida por veloces rachas de Sol.

En aquella escena del pasado a donde habíamos viajado todos, el aire venía impregnado con el aroma de las rosas y

Krang, el robot, estaba enfundado en un traje de apicultor inspeccionando el terreno.

Aquella imagen representaba el pasado de Krang el robot, que tenía apresado en el Sol a Leilani. Para los humanos era Krang Yarbe. Se había puesto apellido y parecía ser un humano más. Nadie podía dilucidar la inteligencia que se ocultaba tras aquel perfecto traje de piel.

Muchos años más tarde, en el futuro, Krang, el ROBOT, no recordaría ese delicioso aroma de las rosas y no sería únicamente por estar muy lejos de aquel lugar encerrado junto a Leilani, sino porque con el tiempo, todas las flores de la Tierra perderían su fragancia, e incluso sin ella, se convertirían en objetos demasiado caros y difíciles de encontrar. Pero a él le daría igual. No lo sabría porque ya estaría muy lejos de la Tierra ajeno al devenir de aquel planeta que tanto había detestado.

Ahora olía la bella flor y llevaba puestas esas gafas de las que se decía que no se desprendía ni en el invierno.

En aquellos momentos parecía un atractivo astronauta, con su traje blanco y el velo de apicultor sujeto en la mano y apoyado en su cadera dejando el rostro bronceado desprotegido de las picaduras de las abejas que zumbaban a su alrededor.

Nadie en su sano juicio habría adivinado que tras aquella piel tersa y bronceada se escondía una estructura compleja, maligna, capaz de modificar su morfología a su antojo y transformarse en todo aquello que desease por inverosímil que fuera. Tal era su dominio sobre la materia.

Leilani, visualizó desde su angosto habitáculo aquella imagen del pasado que había acontecido como una impregnación, una especie de imagen repetitiva, como si estuviera presenciando el clip de una película vintage en colores pasteles bella, pero a la vez aterradora. Le vio oler aquella rosa que sostenía entre sus enormes y toscas manos curtidas por el sol de cuidada manicura.

Vi como Leilani, en su agonía allá arriba en el Sol veía también este lejano recuerdo de él y de su pasado y arrugaba la nariz y apretaba los ojos como si estuviera haciendo un esfuerzo muy grande por evitar ver aquellas imágenes.

Pero la película seguía a pesar de que ella no quería.

En un rosal cercano una abeja libaba de una flor Krang, en la Tierra, observó su cuerpo rechoncho y velloso surcado por franjas amarillas y negras y sus alas que parecían de cristal. Le dio un repentino manotazo para apartarla.

Observó que, en la distancia, el resto de sus empleados los apicultores se movían entre una nube de insectos que de lejos parecían diminutas motas de nieve suspendidas sobre sus trajes blancos.

El paisaje era precioso, parecían astronautas moviéndose lentamente entre copos de nieve y Leilani, quedó prendada mirando aquella escena a medida que sus ojos se movían, con el movimiento REM del sueño siguiendo a los apicultores en su trabajo cotidiano hacia los cuadros de madera y los extractores de la miel.

–Que triste, Leilani –pensé mirándola–. Aquí viendo este recuerdo una y otra vez. ¿Por qué me lo muestras tanto? ¿Qué es lo que pretendes que yo vea en este recuerdo?

Leilani pareció oírme de repente y me dio la impresión de que quería llorar, pero no vi salir ni una sola lágrima de sus ojos.

Me dejé llevar por sus recuerdos.

Me volví otra vez águila y volé por encima de ellos.

Era primavera, los pájaros trinaban y las flores habían brotado por todas partes sembrando el lugar de un alegre colorido. Los apicultores habían liberado a los zánganos que ahora partían alborozados a inseminar a la reina.

En lo alto yo volaba viendo toda la panorámica, sintiendo como el sol se colaba entre mis plumas de águila.

Krang entre tanto, parecía absorto contemplando el ir y venir de los apicultores tanto, que ni siquiera notó que alguien llegaba a su lado y lo observaba con detenimiento.

Se volvió a mirarlo y el desconocido se retiró a una distancia prudencial para evitar importunarlo.

Yo me quedé sin respiración por un instante y volé hacia un árbol cercano. Curiosas escenas las que se me revelaban, todo tenía relación con el libro que había empezado a escribir y del que tenía tanto material.

Y entonces sentí que el desconocido le decía a Krang a su espalda.

–Ya las tenemos.

Y en el Sol vi que la pequeña mujer extraterrestre contenida en el ataúd al oír estas palabras derramaba por vez primera unas diminutas lágrimas azules que dejaron un surco sucio sobre sus mejillas de oro. No sé porqué, en ese instante, tuve un escalofrío.

Krang se volvió a mirar al desconocido.

Los empleados, habían estado utilizando los ahumadores para calmar a las abejas. Se hallaban especialmente vulnerables aquella mañana con tantos olores nuevos por la presencia de unas reinas nuevas. Se buscaba crear muchas abejas, para reponer a las que todos los días morían con cada experimento.

Pero aquel empleado suyo, aunque más perteneciente a la rama científica que al escuadrón de apicultores, no llevaba traje, tan solo una bata blanca con el anagrama de la empresa: una enorme abeja roja y eso, le enervó más aún, porque no entendía por qué estaba ahí, en ese preciso momento, en lugar de investigando que era para lo que él le pagaba.

El recién llegado se atusó la barba morena llena de incipientes canas y le miró a través de unos ojillos grises, pequeños, inteligentes, escudados tras unas anodinas gafas con montura de pasta.

Parecía despistado y tímido a la vez. Estaba un poco calvo, con ese tipo de calvicie que a los hombres les otorga un cierto aspecto eclesiástico según van entrando en años. Era un hombre joven, de complexión delgada, no muy alto, el típico científico esmirriado que lleva varios bolígrafos en el bolso de su bata e indeciso se rasca la patilla, colorado como un tomate, cuando ha de hablar ante una gran muchedumbre y que incluso tartamudea al ponerse nervioso.

–Las tenemos –repitió el de la bata blanca como si Krang no le hubiera oído.

Krang, leyó el nombre que rezaba en la placa: y yo también lo vi desde lejos "Negu Izaguirre". Mi visión y mi oído en este sueño eran asombrosos como el águila que me sentía, nunca había experimentado nada así.

–¿En serio las tenemos? –repitió Krang como si aún no lo creyese con un cierto tono de ironía.

El de la bata blanca asintió tres veces con seriedad.

–Nos ha costado mucho pero aún así, lo hemos logrado, tras muchos fracasos acaban prácticamente de nacer. –Se guardó los bolígrafos en el bolso de su impoluta bata de médico e hizo caso a Krang que le indicó con un gesto de mano que se apartara del panal y se hiciera a un lado.

–¡Vamos a ver eso! –dijo Krang.

El de la bata asintió y se adelantó corriendo hacia la compuerta metálica. Enfocó su ojo hacia un lector óptico y esperó a que se le diese autorización pertinente. Krang le siguió, pero antes, como en una de especie ceremonia o ritual de limpieza, abandonó el velo, los guantes y el traje cuidadosamente doblados en una bolsa de plástico en un contenedor que había junto a la entrada, al parecer destinado a este fin.

En ese momento que ambos pasaron a la nave, yo me desperté empapada en un baño de sudor.

Ese día, dejé la historia en este punto en concreto.

Quise regresar a aquel sueño para poder continuarlo. Lo haría mañana, más calmada.

En el sueño, esta vez no como un águila si no como el ojo que lo ve todo sin ser visto los vi pasar a un recinto fresco y umbrío lleno de personal medico que deambulaba de un lado a otro entre microscopios, ordenadores, extraños líquidos contenidos en probeta y material quirúrgico.

La sala estaba llena de diminutos hologramas suspendidos sobre las mesas de trabajo.

A mi nadie me veía. No tenía cuerpo. A aquella función la llamábamos INVISIBILIDAD y nos permitía rastrear las imágenes y los recuerdos ser como uno des esos narradores omniscientes que lo ven todo sin ser vistos y que parecen saberlo todo de sus personajes.

Me movía invisible como si estuviera hecha de aire, podía pasar al lado de cualquier persona o animal de la imagen sin ser percibida.

Yo solo veía a aquellas personas con sus batas blancas manchadas de sangre, en las que aún podían verse restos de algo orgánico, que no pude catalogar. El local parecía enorme a vuelo de pájaro y mucho más extenso de lo que aparentemente se veía por fuera cuando me sentía como un águila.

El científico se había detenido frente a una robusta mesa de madera en la que había una placa identificativa con su nombre y su cargo. La mesa estaba vacía salvo por una misteriosa esfera de cristal del tamaño de una pelota de baloncesto, quizás un poco mayor: Dentro de ella había una cabaña de madera en miniatura con arbolitos, uno de esos paisajes bucólicos que hubieran hecho las delicias de cualquier niño pequeño por asemejarse a un juguete o una maqueta. Tenía incluso un camino formado por microscópicos guijarros negros que confluía en un diminuto lago bordeado por una especie de liquen de color rosa en el que brotaban flores microscópicas. Era como un precioso

y raro juguete, pero, lo que se veía allí dentro de aquella bola con múltiples perforaciones del tamaño de un grano de arroz parecía estar más vivo que Krang y el científico juntos, más vivo que yo, incluso.

Sin duda las perforaciones eran para que respiraran el abejorro y los otros dos insectos que vivían allí adentro, si es que realmente se trataba de eso, de insectos.

Tenían un cuerpo pequeño y estilizado, unas piernecitas diminutas. Sus caras también eran pequeñas, y sonrosadas, con todos los atributos humanos: labios, ojos, nariz, orejas, cabecita coronada por un vello largo, que, de lejos, les confería el aspecto de una melena sedosa y negra...

Viendo aquello, se diría que parecían dos mujeres diminutas, exactamente iguales, dos gemelas con minúsculas aguas marinas de ojos. Sus rostros eran los rostros de unas hadas de esas que salen en las ilustraciones de los cuentos de los niños, todo perfecto, si no fuera porque no eran una ilustración de un cuento, ni una imagen creada con realidad aumentada si no algo que se alejaba de mi entendimiento. Algo que parecía real y que yo conocía. Había visto cientos de veces aquellas diminutas hadas por todas partes, por los colegios, los hospitales, los túneles, el hiperloop.

No, no me resultaban en verdad nada novedoso si no fuera porque lo que parecía ver era el origen de estos seres, cuando habían sido creados. Y esta hada que veía era diferente a las que yo estaba acostumbrada.

–Las hadas son más sensitivas que el abejorro –le oí decir a Negu con los ojos encendidos por la emoción–. Aunque parece que se complementan. —"Verá déjeme explicarle, señor: Hemos llevado a cabo estrictamente y de forma metódica sus instrucciones. Usted bien sabe que hemos tenido grandes fracasos, y que esta empresa no ha sido fácil. Sin embargo, el camino que usted nos ha mostrado es maravilloso. Estamos ante un milagro de la ingeniería genética. Hemos conseguido unos híbridos sorprendentes entre las abejas, los robots y

el ADN terrestre. En unos años las hadas suplantarán a las abejas y convivirán con la especie humana. Las posibilidades son infinitas no solo en el campo de la agricultura. Serán empleadas para cualquier cosa que se imagine".

Sin embargo–. Negu guardó silencio y bajó tímidamente su mirada.

¿Se atrevería a decir lo que de verdad le rondaba la cabeza o, callaría para siempre? Observé fijamente a aquel hombre alto, ataviado con su bata blanca de médico que parecía infinitamente más pequeño que su jefe. Veía que estaba nervioso, veía que algo le rondaba la cabeza y le preocupaba, era algo que podía mascarse en el aire.

–Sin embargo ¿qué? –preguntó Krang ante la frase inacabada.

Negu no sabía cómo decirlo. Le preocupaba pensar en la evolución de las hadas y su impacto medio ambiental en el futuro. Aquellos seres modificados en el laboratorio entrañaban riesgos que aún no habían tenido tiempo de evaluar. Todo aquello le gustaba, pero también le daba mucho miedo.

–Tengo miedo de que este cortejo no acabe bien, –se atrevió a confesar– que una de ellas se imponga a la otra en su competencia por conquistar al abejorro. Ocurre en muchas especies y esta, aunque la hemos creado nosotros en un laboratorio no va a ser una excepción.

–¡Al fin! ¡El hada! –observó con ojos aviesos a los seres de la esfera obviando los temores de su subalterno–. Las observaremos, no pasa nada. ¡Encárguese de ello!, señor Izaguirre Si una de ellas destruye a la otra, será bueno porque significará que nos habremos quedado con el espécimen más fuerte. Siento mucho orgullo por esto. Gracias a este logro, dentro de muchos años, la empresa para la que trabaja será muy rica. Ya no harán falta más permisos de agricultores, ni de políticos corruptos. Podremos usar los pesticidas a nuestro antojo sin que se nos echen encima esos estúpidos ecologistas de pacotilla, les demostraremos que nuestras hadas y los insectos

robots pueden polinizar las flores tan bien como las abejas de verdad, y que, además, son inmunes a cualquier producto químico. Es tiempo de experimentar e innovar sin cortapisas.

–Así será, sin duda. Empezaremos como usted dice introduciendo en el mercado los insectos robóticos y cuando se acostumbren a ello, les tocará el turno a las hadas. Puede que al principio la gente experimente rechazo, pero con el tiempo, serán tan comunes como cualquier coche circulando por la carretera. Todo el mundo tendrá una hada, o varias.

–Claro que sí. Dentro de unos días soltará al hada y al abejorro con las abejas robóticas para ver cómo reaccionan. Queremos que aprendan de las abejas todo cuanto tengan que aprender y una vez lo consigan que vayan aniquilándolas. Cuando eso sea posible, cuando nuestros productos actúen con tanta eficiencia como las abejas no las necesitaremos ya y nadie se dará cuenta de su ausencia. Con el tiempo después de muchos años nuestros híbridos habrán aprendido todo lo necesario y podremos mostrárselos al mundo cuando se produzca la escasez de miel.

–¿Será esto posible? –El científico le miró dubitativo. No se fiaba mucho de su jefe, nunca se había fiado. Pagaba bien, eso era todo, pero no se sentía muy orgulloso del trabajo que hacía–. Usted es demasiado positivo señor, ¿no cree que las abejas no?...

Krang puso un mohín de disgusto mientras acariciaba el cristal perforado de la esfera.

–Por supuesto, Las abejas no, como usted bien acaba de decir. Las abejas terminarán por desaparecer ya se lo he dicho. Son demasiado caras, demasiado frágiles para el mundo que se avecina.

–Pensándolo bien, señor y perdone mi atrevimiento al confesarle mi preocupación, esto que usted propone... también suele ocurrir en el mundo natural con el pillaje. Cuando una colmena con su reina ataca a otra se hace con el poder. Supongo que nuestras hadas conseguirán

aprender cuanto tengan que aprender de las abejas y una vez consigan todo de ellas como usted aventura, irán poco a poco exterminándolas. Tarde o temprano, polinizaran nuestro planeta, pero aún no sabemos el impacto que tendrá su desaparición y tal vez lleve aparejada nuestra propia extinción.

–No le pago para que piense en los riesgos. ¡Ah! –Suspiró hastiado–. ¡El efecto mariposa! –Le doy la razón en que cuando una mariposa mueve las alas su suave batir puede ser oído en el otro lado del mundo.

Acercó su rostro para mirar con más detenimiento al hada que había empezado a dar vueltas y vueltas por la esfera como si se sintiera acorralada–. Aquel extraño ser al contrario de los otros dos parecía asustado y no muy contento de estar donde estaba.

Yo podía verlo.

Tenía las manecitas pegadas al cristal como una ventosa y el cuerpecito aplastado. La hada parecía asustada e incómoda y eso que prácticamente acababa de nacer. Me fijé que tenía un pequeño aguijón encima de su cabeza que le confería el aspecto de una diminuta hada-unicornio. Era de un color blanco y perlado, una pequeña protuberancia retorcida como el cuerno de este animal mítico. En mi tiempo las hadas carecían de ese aguijón. Me pareció algo muy curioso que esta lo tuviera.

Krang, alabó el trabajo de Izaguirre observándolo por todos sus ángulos, Eran unos ejemplares preciosos con sus diminutos cuernos de unicornio.

–Es un precio que debemos asumir señor Izaguirre para poder contemplar esta preciosidad. ¡Mírelas! ¡Han hecho un maravilloso trabajo con ellas! ¡Que más se puede pedir a la vida!

El científico convino que Krang tenía razón y miró el recipiente de cristal con un gesto adusto y serio en el que se reflejaba satisfacción, pero quizás también, una ligera preocupación por el futuro inmediato.

Este semblante tan serio del científico le hizo sonreír con maledicencia.

Miró las credenciales de su empleado otra vez e intentó memorizar su nombre para que no se le olvidase

–¡Valiente cabrón! –caviló rascándose la barbilla–. Aún no sé de que palo va, pero lo sabré con el tiempo. Habrá que esperar a ver si se porta bien o si termina yéndose de la lengua.

Krang no se lo diría a Negu. Pero todo aquello formaba parte de sus aviesos planes.

En unos años, tal y como lo había previsto, sin las abejas en el mundo, los días de la humanidad estaban contados.

Si en aquel aciago momento, la Tierra no tendría recursos, las hadas, ayudarían a acelerar su decadencia.

Así que tarde o temprano aquellos engendros que eran una mezcla entre seres humanos, máquinas e insectos, terminarían siendo sus jinetes del apocalipsis. Era una compleja maniobra que tenía orquestada.

En la ciudad perdida del Astro rey vi como Leilani se convulsionaba viendo estos recuerdos de Krang dentro de su ataúd.

Incluso en sus últimos estertores, cada recuerdo que tenía de él le provocaba un insoportable dolor que laceraba su cuerpo como si alguien invisible la estuviera golpeando.

Él, en cambio, parecía plácidamente dormido, inerte, en el otro ataúd de paredes transparentes, junto a ella.

Incluso, parecía que en su sueño esbozaba una maléfica sonrisa de triunfo.

No importaba nada que ahora, prisionero junto a ella en el Sol, no pudiera hacer nada para atentar contra los humanos. En realidad, no le hacía falta, ya que toda la estrategia de su juego, había sido concebida y puesta en marcha desde hacía mucho tiempo, desde el Pasado cuando aún no había sido hecho prisionero y cuando las abejas campaban por los campos.

UNA LÁGRIMA EN EL VIENTO

Sé que cuando el cuerpo muere, el alma que es etérea y puede viajar donde le plazca.

He tardado en descubrirlo, pero ahora lo sé. Somos espíritus errantes que se mueven en distintos planos. Cuando el cuerpo se nos queda viejo nos despojamos de nuestro traje de piel y volamos hacia otros lugares desconocidos donde tal vez, quien sabe, volveremos a encarnarnos o tal vez no será necesario porque para volar no se necesita el cuerpo.

En muchas religiones se rinde culto al cadáver del difunto en la creencia de que resucitará algún día.

En el Tíbet en cambio, desde antaño, los cadáveres se llevan a una montaña muy alta para descuartizarlos y convertirlos en alimento de los buitres.

En el Tíbet se piensa que el cuerpo es meramente un vehículo donde el alma está contenida. En una ceremonia que los nativos del lugar llaman Ceremonia Celeste, se deja que los buitres devoren el cuerpo del finado para que continúe el ciclo de la vida y el alma se libere al fin de la prisión de su cuerpo facilitando el tránsito.

Lo he leído en muchos sitios y he oído muchas historias sobre ello, pero, a veces, ni tan siquiera es necesario que el cuerpo muera para que el espíritu pueda desprenderse del cuerpo.

Basta tan solo que el cuerpo esté encerrado en algún lugar donde tiempo y el espacio permanezcan detenidos, para que el alma que es eterna, extienda sus alas como un pájaro, como un águila buscando su liberación.

Leilani se pudría junto con el robot y nadie lo sabía. Se pudría con su largo y sedoso cabello verde, que alcanzaba su pequeña cintura, con su delicada piel resplandeciente del oro más puro, sus largas pestañas negras, sus sonrosados labios del color de las cerezas, su dulce rostro constreñido por la tortura a la que su mente estaba siendo sometida y su hermoso vestido de hojas cubierto de diminutas y relucientes joyas, que le conferían el aspecto de una bella y atormentada durmiente en espera del desesperado beso de un príncipe que la sacase de aquel doloroso trance.

Allí estaba tendida con sus diminutos y dorados pies descalzos. Pero no había príncipes ni cuentos solo, el tiempo, el maldito e inexorable tiempo que a pesar de la tecnología comenzaba a hacer mella en aquella bella princesa extraterrestre cuya piel ya empezaba a resquebrajarse y a despedir el fétido olor de la muerte a través de aquellos cables que se hendían en su cuerpo inyectando extraños líquidos y nutrientes.

Durante ese tiempo, nadie respondió a su desesperada llamada de socorro. Tan solo yo.

Krang, su captor, entre tanto, dormía a su lado con su maléfica sonrisa que lo decía todo. Había elaborado muy bien su plan para que ella acabara allí, encerrada junto a él. No importaba que él también pereciera en su mismo infierno.

Hubo un momento en que ella, casi sintió que se arrepentía de todo el dolor que él le había infringido. Hubo un momento en que pensó que incluso podrían haberse perdonado.

Pero ahora, cuando descubrió con horror que todo formaba parte del plan para conducir sus pasos allí, que él ya

sabía su destino y aún así se dirigió allí para que ella también quedase encerrada, ya era demasiado tarde. Ahora que sabía que él había buscado su propio suicidio para condenarla también a ella, no podía hacer nada salvo aceptar que aquel sería su destino. Tampoco él podía huir a ninguna parte. Estaba encerrado al igual que ella, pero al contrario que ella, no se pudría porque era una inteligencia artificial, y no una entidad biológica.

Y allí estaban los dos unidos por el mismo aciago destino, en cápsulas de cristal opuestas la una contra la otra, una gigante, la otra diminuta en comparación, como dos amantes o dos viejos enemigos que han decidido juntos su aciago destino. Dos seres encerrados en un diminuto prisma que se hacía enorme a medida que traspasabas el interior de sus capas pero que para cualquiera que pasase por allí solo sería un diminuto objeto inutil arrojado en el suelo de una brillante avenida.

¿Puedes visualizar la ciudad?

Es sencillo imagínate una de esas salas llenas de espejos de los antiguos circos. Esto es algo parecido.

Hay una ciudad gigante, dentro del Sol, una ciudad en la que extrañamente hay frío, no calor, y en la que alguien ha dejado una diminuta pirámide de cristal arrojada en una esquina.

Si te paras a observar detenidamente descubrirás que dentro de la pirámide de cristal hay unos puntos casi imperceptibles, que se van replicando a través de las capas, que se van haciendo cada vez más y más grandes hasta que al final en su más profundo interior puedes ver a Leilani y al robot.

Si alguien aumentase los pixeles podría ver a los dos prisioneros dentro de ese diminuto objeto, pero, no es posible aventurarse en esta ciudad sin riesgo de morir abrasados. No tenemos la tecnología para localizar e internarnos en esta ciudad fría que existe dentro de una estrella tan ardiente como el Sol.

Él se había desconectado para "morir" si es que se puede llamar morir al estado en que una máquina hiberna.

A ella, por piedad, pudo haberla matado, pero prefirió dejarla viva para que sufriera y pagara con su amargura el precio de haber destruido un planeta con todos los seres que lo habitaban para salvar a una especie abyecta y advenediza como eran los terrestres.

Él quería mortificarla tanto como fuera posible.

Y ella ya había pagado el precio. Desaparecía, se desintegraba. Aquellos tubos que la conectaban ya no traían líquido y nutrientes, porque no había nadie que se encargase de su mantenimiento y ya se veía como la muerte hacía lentamente su trabajo.

Pero, como la mente de ella era infinita, viajaba en busca de un recipiente para volcarse y volaba lejos, incluso de ella misma.

Desde muy niña, lo había aprendido de su pueblo. Ella sabía cómo burlar todas las limitaciones de su cuerpo.

–¿Puedo ocupar esta pequeña paloma blanca, mama Poemanu?

Mamá Poemanu, como así se llamaba su madre, observó como la niñita aferraba en sus manos el pequeño cuerpo de una paloma muerta. Tenía el vestido manchado por la sangre del ave. A veces se herían cuando descendían al volar, en dirección a los balcones de la ciudad subterránea. Aferró la pequeña y resplandeciente carita de la niña y la obligó a mirar sus ojos en el que flotaban diminutos puntitos multicolores que se desplazaban por su iris como microscópicas estrellas fugaces.

–Sí que lo puedes hacer. Solo tienes que desearlo. ¿Pero debes saber que si lo haces tu cuerpo morirá durante unos instantes? ¿Estás dispuesta a morir por un momento?

–¿Moriré?

–¡Claro que sí, morirás! Te quedarás ahí tendida en el suelo, pero será por muy poco tiempo. Podrás hacer que la paloma viva momentáneamente en ti, podrás volar con sus alas, podrás ver y sentir todo lo que la paloma veía cuando estaba viva.

–Pero… –dudó la niña mirando con tristeza al pajarito que tenía entre las manos– ¿Qué sentido tiene que ocupe su cuerpo si no va a vivir nunca más?

Mamá Poemanu se arrodilló junto a ella y tomó sus manecitas doradas entre las suyas. La miró fijamente pensando lo que iba a decir y acarició las hebras sedosas de su cabello del color de las algas. Tenía el pelo muy suave y les llegaba casi a los tobillos.

–Hija mía, realmente este pajarito iba a morir de todas formas, pero tú descubrirás gracias a él que tu alma puede migrar hacia otros lugares y no necesariamente dentro de tu cuerpo. Eres afortunada por tener ese don, la paloma no lo tiene. Pero si lo consigues la muerte accidental de este pajarito no habrá sido del todo en vano. Tendrá un propósito y un fin. Nuestro pueblo lo ha hecho desde siempre. ¡así que no tengas miedo! ¡Volar no duele!

–Pero… yo no sé volar Mamá Poemanu. Y tengo miedo a morir.

–¡Vamos! –la cogió con cariño de la mano–, no debes tener miedo! ¡Regresarás a tu cuerpo! ¡Yo te enseñaré a hacerlo!

En sus visiones, Leilani había visto a una muchacha extraña, un ser con limitaciones que vivía en la Tierra. Volando lejos de su cuerpo vio las imágenes de una extraña película en la que se la veía en un hospital tras sufrir múltiples operaciones quirúrgicas, con el pelo rapado al cero.

Es curioso, pero creo que en ese momento en que Leilani quería volar como aquella paloma, me vio a mi con la misma nitidez con que yo podía verla a ella.

Yo había pasado por varias quimioterapias para superar distintos cánceres. Mi organismo tenía el don de reproducir células cancerosas con suma facilidad. Mi vida transcurría sujeta a sillas de ruedas, bañeras con líquidos extraños de dudosa efectividad y tratamientos con electroshock.

En cada post operatorio había deseado que la muerte viniera a buscarme, pero no podía articular ni una palabra y el personal médico intuía, pero no sabía cuanto estaba sufriendo.

En aquel momento en que el dolor era tan insoportable había una voz que me decía.

–He hecho algo por ti. Será lo último. Después de esto, nada será igual, podrás hablar, caminar sin ayuda. ¡Recuperarás tu hermosa melena rubia y todo esto será un mal sueño! ¡Vamos inténtalo! ¡Abre los ojos! ¡Sé que puedes!

–Me duele –gemí, pero ninguna palabra salió de mis labios solo pensé–. Tengo la sensación de que no puedo respirar y que algo muy pesado oprime mis ojos. Creo que es la última vez. ¡Moriré! ¡Ya no puedo soportar más el dolor! ¡Déjame marcharme! –y al tener este pensamiento unas manos invisibles parecieron percutir en un teclado que transmitía todos mis pensamientos a una pantalla. Pero no había ninguna mano. Era solo mi cerebro que por vez primera era capaz de transmitir lo que estaba sintiendo a una máquina.

–¡Relájate e inténtalo de nuevo! –La voz parecía algo ofuscada con mi resistencia. Quería que luchase, que no lo diera todo por perdido– ¡Olvídate de las sensaciones! ¡Tú eres algo mucho más complejo que tu cuerpo y tus sensaciones! ¡Concéntrate una vez más! ¡inténtalo otra vez!

–Te veo –dijo Leilani, lejos en el Sol, contemplando la imagen con compasión mientras una lágrima se desprendía de sus ojos cerrados y se deslizaba por su mejilla al evocar aquel recuerdo suyo de infancia con la paloma y aquella extraña chica que se dibujaba en sus ensoñaciones—. Te veo

con una claridad prístina. Veo la máquina que manejas. Te veo a ti y todo lo que has sufrido antes de llegar a manejar esa máquina, antes de integrarte con ella. Toda la historia de tu vida está contenida en esa máquina y yo quiero llegar a ti y a través de su funcionamiento para advertirte de algo que está por venir y con lo que tendrás que luchar. Se avecinan tiempos difíciles, pero, ya no eres una niña...

En ese instante dejé de escribir, puse un punto final en la historia y la guardé entre toda la información del CUBO y medité.

¿Qué estaba pasando? ¿Qué estaba pasando con aquella historia? ¿Por qué escribía esto?

Sin duda, esa máquina a la que aludía Leilani podría ser el CUBO, máquina en la que yo transitaba todos los días.

Un gigantesco y reluciente edificio de cristal, un ordenador en sí mismo lleno de pantallas de cine y proyectores holográficos que creaban imágenes tridimensionales.

En aquel ordenador monstruoso las hadas, creadas por Krang, trabajarían sin descanso, pues para ellas era fácil ocultarse entre el monstruoso hardware de la máquina y en su Software oculto.

Cuanto más trabajaban las hadas en el lenguaje y el Hardware del CUBO, Leilani, mi personaje, más se escondía en las sombras, agazapada dispuesta a revelarme un secreto a cuenta gotas.

En aquel momento no sabía porque se escondía del mundo y por que se mostraba ante mis ojos.

Ella tenía que contactar con aquella chica que parecía trabajar sin descanso en ese CUBO, una chica que casi no comía ni dormía.

Tal vez esa chica era yo.

Sí, era muy posible que esa chica a la que veía fuese yo.

Leilani tenía que decirle a una chica tan rara y capaz de comunicarse con las máquinas como yo que aún había una forma de luchar contra Krang destruyendo su creación.

Por ello parecía volcarse una y otra vez en el CUBO, trasladándome sus recuerdos y reclamando constantemente mi atención.

Me pregunté si ella estuviera libre, si en realidad no fuese una ficción mía y del CUBO que pasaría si posase un pie sobre la Tierra.

Ya nada quedaba de esa Tierra de antaño que ella podría haber conocido.

Sin duda, Krang, o cualquier otro personaje de la novela se había encargado de ello.

Me gustaba pensar que cuando estuvo casi a punto de claudicar vio en su mente un CUBO de cristal que relampagueaba en la oscuridad de una Tierra seca, apocalíptica y hostil

Y que en ese CUBO trabajando, me vio a mi.

Y vio a las hadas, las mujeres y hombres alados que volaban por todas partes introduciéndose en los piñones y los engranajes de la máquina haciendo que todas las salas cambiasen de posición y colores buscando todas las posibles combinaciones.

Desde fuera parecía un gigantesco CUBO de Rubick que proyectaba haces de luces de colores en la negrura del cielo estrellado.

Leilani sintió aún más pavor y su mente se escondió aún más en las sombras.

Conocía a las hadas. Habían evolucionado mucho desde la última vez que las vio en aquel recóndito lugar de Asturias cuando aún el robot no la había encerrado.

Me dije a mi misma que tonterías estaba escribiendo: las hadas en mi mundo eran buenas, quizás lo mejor que había tenido destinado el futuro para nosotros, a evolución de las especies, pero… al fin y al cabo, me dije, solo estaba tratando de escribir una historia que años atrás otros habían creado.

En ese momento, una punzada en el estómago me hizo desistir. Incluso en el sueño podía sentir la punzada del hambre.

Así que me fui despertando poco a poco a la vez que se retiraba la araña y las cinchas liberaban mis doloridas muñecas.

–Tengo hambre. Me tomaré un caldo y una píldora para calmar esta ansiedad que tengo.

Hacía mucho frío, incluso allí dentro del CUBO.

Miré el exterior a través de la pared del edificio completamente acristalado.

No había ventanas y tanto el techo como el suelo eran de cristal de colores. Afuera el panorama era desolador, aún a pesar del color amarillo que había tomado la pared transparente que tenía frente a mi. Era de un color amarillo fosforito, pero fuera, la lluvia incesante corroía las estructuras de los viejos edificios en una noche perpetua.

Me volví a casa cabizbaja y triste perdiéndome a través de los túneles.

Un día más sin más aliciente que escribir aquella novela. –pensé–. Al fin y al cabo, me está ayudando a sobrellevar esta vida triste.

Miré a la gente que como yo caminaba en medio de la oscuridad sin tropezarnos los unos contra los otros.

Faltaba poco para llegar al edificio donde vivía. Mañana continuaría con la novela, me dije.

Durante muchos días regresé al CUBO.

Aquella historia me absorbía de una manera que no soy capaz de explicar.

Recuerdo que, en aquellos días, hablando de todo lo que se me estaba rebelando Fidda recordó una historia que les había acontecido a unos familiares suyos.

Estábamos sentados contemplando maravillados a través de una lupa un billete de 5 dólares de 1995 que Arquímedes había conseguido haciendo trueque. Arquímedes estaba exultante. Así era su afición con el papel, coleccionaba todo cuanto cayera en sus manos que estuviera hecho de aquel material –cuando Fidda nos habló de los Belarminos.

–Eso me recuerda que mi familia tenía un tesoro grandioso con los Belarminos.

–¿Los Belarminos? –alcé los ojos sorprendida de los papeles que estaba leyendo y me puse a buscar en la red el significado de esta palabra.

Hallé lo que quería decir Fidda. Los Belarminos eran el dinero acuñado por la antigua república española en Asturias. Los billetes habían estado en circulación durante muy poco tiempo ya que un mes después Asturias había sido ocupada por las tropas franquistas.

Después de esto, se habían tomado represalias contra el alcalde socialista de aquel momento era "José Fernandin", y la familia de éste, su mujer y su hijo habían corrido su misma suerte.

–Durante mucho tiempo, una antepasada nuestra se dedicó a envolver los Belarminos en diminutos rollos y guardarlos en unas botellas de cristal. Posteriormente, enterró las botellas muy profundas bajo la tierra en un solar donde crecía un carbayu.

Había muchos, muchísimos Belarminos. Podríamos ser inmensamente ricos de no ser por…

–¿Inmensamente ricos? –preguntó Ojiplático Arquímedes al que le volvían loco los misterios y los tesoros, y más estos últimos–. ¿Y porque no vamos a buscarlos?

Fidda esbozó una media sonrisa mirando a Arquímedes.

–No vale la pena –dijo con tristeza–. Toda la Tierra se ha removido desde entonces y ya no queda nada de ese solar. Mi

familia no buscó ese tesoro. ¿Quién se atrevería a decir una vez, resultados vencedores los franquistas que tenía escondido allí enterrado bajo un árbol el dinero de la república? Con el tiempo hicimos esfuerzos por hacernos amigos de la gente que vivía allí en aquel solar, pero no conseguimos nada. El dinero se quedó allí enterrado bajo la tierra y todo se olvidó. De cualquier forma, todo quedó removido con los tsunamis y aún en el caso de que hubiera pervivido algo es más que posible que el tiempo lo haya desintegrado y la moneda en sí no tendría ahora ningún valor.

Oxi intervino en la conversación.

–Entonces, también es posible que Víctor, al hacer ese retrato que encontramos de esa mujer no fuera nunca a buscarlo. Es posible que también él creyera que no tenía ningún valor o que no se atreviese al decirles a los nuevos propietarios de su piso que debía levantar todo el suelo del baño para rescatar una cápsula del tiempo que había hecho para sus hijos.

–Sí, es muy posible. –Estuvo de acuerdo Fidda–. Si yo hubiera enterrado también un tesoro bajo las baldosas de mi cocina y luego me hubiese marchado a otra casa, supongo que me costaría mucho decirles a los nuevos propietarios que tengo que destrozarles el suelo para recuperar aquello que guardé.

–Pero –aduje yo–. En este caso, ni el paso del tiempo, ni la negativa a hacer obra de los nuevos inquilinos de la casa, ni la cobardía para rescatar aquello que les pertenecía a quienes lo habían enterrado bajo el árbol ha servido para que años más tarde, haya habido una tragedia climática y todos esos tesoros hayan surgido a la luz. No, no habéis podido recuperar los Belarminos, pero ahí tenéis el retrato de la extraña mujer y las tapas de un libro con las primeras dedicatorias. Tal vez sea una señal de que cuando todo parece perdido siempre hay un plan superior que, de una manera u otra, devuelve los tesoros a aquellos a quienes les pertenecieron a pesar de todas las dificultades de la vida.

Tengo que dejaros –les dije–. Me es muy grata vuestra compañía, pero tengo que continuar escribiendo la historia.

–Espera un momento. –Me detuvo Fidda– ¡Toma esto es para tu novela!

Fidda tenía entre sus manos una llave USB de las antiguas. Me pregunte que encerraría ese tesoro.

–Son escritos de nuestros familiares Víctor y Rosa. Haciendo una limpieza en el trastero de mis padres la encontré, todavía funciona. Ellos tenían la llave USB guardada en una caja. Contiene documentos escaneados. Supongo que te vendrán bien para la novela. Es maravilloso que hayamos encontrado entre los cascotes esas tapas de lo que escribieron juntos y una lástima que estuvieran todas las hojas arrancadas. Supongo que estos papeles eran material que ellos pensaban incluir.

–Muchas gracias –cogí los papeles y me dispuse a salir volando por la puerta. Tenía ganas de empezar a trabajar con ellos–. Los leeré y seguro que saco algo para la novela.

–Al final la estás escribiendo tú. –Sonrío Fidda–. Creo que terminarás la novela que completa la trilogía y cuyo contenido ha desaparecido.

–Sí. –Respondí caminando hacia la puerta–. Eso es lo que intento. Espero que el resultado sea satisfactorio.

Una de las pantallas me mostraba un montón de hojas cayendo lentamente desde el cielo. Observé la belleza de aquel montón de hojas otoñales: verdes, rojas, violetas, amarillas, parecían arrancadas de un bosque otoñal.

En su mente Leilani, allí encerrada también debió ver aquel paisaje cubierto por las últimas hojas que se arremolinaban en las aceras, vestigio de aquel invierno frío y desapacible.

Era un paraje de una extrema soledad en el que incluso, las aves de paso migraban. Pero vi que de pronto un pájaro

se echaba a volar inundando momentáneamente todas las pantallas como si fuese un extraño salvapantallas o un virus.

Durante días y días aquel pájaro que de cuando en cuando se apoderaba del CUBO volando entre los visitantes me trajo de cabeza.

Era la misma águila hermosa que había visto y algo me dijo que si Leilani no tenía limitaciones para tomar el cuerpo de una pequeña paloma no las tendría tampoco para mostrarse ante mí como aquella águila que mientras escribía se reflejaba en todas las pantallas.

Y que me decía una y otra vez que la vida es importante, pero lo es más el final del camino.

Como el viento barre las hojas de los árboles, la lluvia también limpia las lágrimas de nuestros rostros. Aquí todo termina y llega el turno de perder a los viejos y muy queridos amigos. Es aquí en este lugar de paso, soportando la más dura de las pruebas posibles, cuando la vida parece que se desintegra con los que se fueron y el alma sufre sacando fuerzas para recomponerse.

Leilani lloraba sin poder moverse, sin poder articular ni una palabra, con todo su cuerpo paralizado.

Yo estaba procesando lo que veía en mi sueño y lo proyectaba en todas las pantallas.

En mi sueño, Leilani segúia allí, físicamente en su cápsula gélida, rodeada de finísimos cables que hasta hace poco habían conducido oxígeno, nutrientes y conservantes, junto a una bacteria que impedía que el cuerpo se descompusiera y que ralentizaba sus constantes vitales hasta el punto que los latidos de su corazón se habían vuelto tan pequeñitos como los de un diminuto pajarillo.

Pero todo tenía una caducidad, incluso “La eternidad de Leilani”.

Dentro de poco, su cuerpo moriría del todo. Lo sabía porque el robot se había desconectado para dormir después

de días y noches, de años interminables observando su belleza imperecedera, que por fin llegaba al declive. Aquello era el fin. Aguantaría lo que pudiese y luego, no sería nada, solo polvo cósmico esparcido por el universo pegado a la cola de un cometa.

Antes que eso ocurriera volaría muy lejos de allí a 149,6 millones de kilómetros en dirección a un CUBO aprovechando sus últimos momentos de consciencia, proyectando todo su ser sobre la máquina.

Lejos, en aquel mundo otoñal de la recreación del CUBO, Leilani permanecería absorta contemplando el horizonte con el viento ululando en sus oídos. Sabía que fuera de aquella imagen el panorama era desolador, pero allí en aquel gigantesco cine era libre volando como un águila con las alas extendidas, Tal vez ahora solo eso, un águila que volaba por todas partes.

Bien, continué escribiendo:

Leilani navegó por aquel CUBO infinito viendo las imágenes de la chica y de otras personas que volcaban allí sus sueños, algunos eran muy placenteros y otros, muy desagradables, pero al fin y al cabo allí solo eran sueños que se convertían en películas.

Durante muchos días, –o sería más exacto decir noches, porque siempre era de noche–, cuando las multitudes se retiraban a sus hogares, ella quedaba agazapada viendo como la chica rara que era yo, cerraba el recinto, a veces con su equipo, a veces sola, después de trabajar durante horas y horas.

La muchacha que era yo, estaba muy cambiada, pero Leilani me reconocía. Me había crecido mucho el cabello después de todas aquellas quimio terapias y tenía un aspecto muy saludable a pesar de que ni siquiera dormía. Las imágenes del CUBO mostraban un antes y un después de mi. Y el después mostraba una versión muy mejorada de un ser que antaño había padecido de un sufrimiento extremo.

–Ummm –observé las imágenes en las pantallas– ¡Que rara es esta águila! ¡Araña muéstrame las anomalías!

Y obedeciendo mi orden el raro artilugio con forma de imponente araña mecánica salió del techo para detenerse frente a mi mirándome como desafiante al tiempo, que volvía su mirada al águila en la pantalla con sus garras hundidas en el río a punto de coger un pez desprevenido y volar con él hacia arriba.

Un reflejo plateado me indicó que allí había un banco de peces. Contuve la respiración. No sabía por qué, era tan solo una imagen, el sueño registrado por alguien anónimo que no había querido dejar su nombre o su alias, ni su país de procedencia y que, sin embargo, llevaba semanas proyectándose en todos los lugares del CUBO de un modo insistente. Me pregunté si aquel personaje de ficción del que estaba hablando en la novela sería causante de la aparición de aquella ave rapaz. Si era posible que mis personajes trascendieran el plano de la ficción dando un salto cuántico hacia la realidad para darme algún tipo de mensaje.

Pero enseguida lo deseché.

–¿Qué podrían tratar de decirme?

Aún así, aquella águila que se reflejaba en todas partes continuaba siendo un enigma para mí.

Aquello no formaba parte de mi creación artística, yo sin saberlo, había activado un mecanismo de algo que se escapaba a mi entendimiento.

Tal vez era lo que tanto había esperado al escribir aquella novela inconclusa.

Buscaba claves, buscaba pistas y el mero hecho de escribirla había creado algo extraño en el programa: una especie de canal, cuya existencia, incluso la máquina desconocía.

–No hay ninguna anomalía–me advirtió una voz robótica femenina que parecía surgir de todas partes. –Las hadas

han examinado al detalle las imágenes y parece como una especie de salvapantallas que ha creado el CUBO con imágenes antiguas para poderle dar más dramatismo a tu historia, pero no hay ningún rastro de virus. Podemos certificarlo. Es… como diría… como el mensaje de un emisor anónimo, no sé el fin. Por lo visto, el mensaje puede ser visto por todos, pero únicamente parece ir dirigido a ti. Pero nadie tiene tanto poder para hacer eso. Al menos, nadie que conozcamos.

–Tal vez Leilani si tenga ese poder pensé. Leilani puede trascender al cuerpo. Por eso podría ser perfectamente esa águila no catalogada por el CUBO. Me hace ver la anomalía para que piense que tal vez ella es mucho más que una ficción mía. Y de esos dos escritores. Pero, no me dice nada. No interactúa conmigo. Simplemente me revela sus recuerdos.

–¿Puede tratarse de un hacker? –Pregunté indecisa.

–No, definitivamente no. –Dijo la araña con su red de tentáculos rosas desplegados y sus aviesos ojos mecánicos–. Sabes que el sistema es muy seguro, es muy difícil, por no decir imposible hackearlo. Aunque si se tratase de un hacker, deberíamos pensarnos seriamente en localizarlo y ofrecerle un trabajo con nosotros.

–¡Esta bien! ¡Puedes retirarte, araña! –le ordené no muy convencida.

Volví la vista a la pantalla.

Observé la imagen del águila que se zambullía en el agua teñida por los colores del crepúsculo y luego remontaba el vuelo con un pez coleando en su pico. Pensé que era hermoso, que cualquier cosa era mucho más hermosa que aquella maldita oscuridad que nos rodeaba.

–¡Apagado de pantallas! –ordené al sistema desatando las cinchas de mis muñecas–. Y concreté –de todas las pantallas.

EL MATERIAL

Poseía mucho material escaneado.

Llegué a casa y empecé a leer.

Se veía un balcón en el viejo barrio de las escombreras y una niña pequeña, gordezuela, de rizados cabellos morenos vestida con un traje de lana blanca con gorrito. Me miraba sentada en el suelo a través de una foto antigua en blanco y negro.

Al fondo, tras los barrotes, se veía el viejo barrio de las escombreras cuando estaba en su máximo esplendor con sus edificios de ladrillo rojo.

Al pie de la foto había una anotación y un escrito:

–¿Quién eres tú? –Pensé mirando detenidamente la foto y comencé a leer.

"Papá, mamá, esta soy yo de chiquitita. Gracias por darme la vida, por protegerme siempre y por darme una maravillosa y feliz infancia. Gracias por quererme. Os quiero mucho.

Ayer compré un libro de experimentación con sueños lúcidos. Antes de dormirme pensé que me gustaría ser querida por mi familia y por las personas que estimo y pedí a Morfeo un sueño que me guiara. Pedí también ser consciente en el sueño de que estaba soñando.

Soñé con un jardín precioso lleno de flores pero que tristemente se caían abajo porque tenían un tallo muy frágil.

Tal vez es que deba afianzar más mis raíces a la tierra, pero, no sé muy bien como hacerlo.

El sueño me ha dado una pista de lo que debo intentar.

Seguí experimentando con los sueños lúcidos y ayer por la noche creo que tuve el primero.

En los sueños, no suelo tener sentido del gusto, quiero decir que veo, oigo y siento, pero no recuerdo la sensación del tacto o el gusto.

Sin embargo, anoche, soñé que estaba en una zona que llamamos el alto Vidriero y que es una cuesta descendente que conduce a Avilés.

De pronto, vi a un grupo de chicos jóvenes que al igual que yo estaba paseando por la misma acera, pero estrecha y no había suficiente espacio para moverse porque por allí pasaban cerca autobuses y coches.

En otra parte de mi sueño volvía a mi escuela de infancia y bajaba por unas escaleras muy altas donde estaban sentados los estudiantes charlando amigablemente.

Yo saltaba las escaleras con cuidado de pisar los huecos libres para no tropezar con ellos y con sus libros.

Cuando al final sorteé el último escalón, pisé un charco y salpiqué con el agua uno de los cuadernos que llevaban esos chicos.

Quise darme la vuelta par limpiar el desastre, pero como solo era agua avancé.

Bajé más escaleras y me encontré una cesta de mimbre con unos preciosos gatitos que estaban regalando.

Continué mi avance y me topé con una iglesia. No era una iglesia al uso. Me recordaba a una de esas iglesias como las que vi en Francia que por dentro estaban huecas y se destinaban a las exposiciones de cuadros.

Al parecer había una exposición allí dentro así que pasé y me encontré a otras personas y muchos objetos de madera y

de hierro. Y aquí, es donde sin duda viene lo más interesante: (el sentido del gusto).

Había unas mesas de madera llenas con los dulces que las monjas de la iglesia habían hecho. Eran vistosos dulces de chocolate y pistachos.

Recuerdo que tomé uno y lo probé.

Recuerdo el sabor terroso del chocolate y el color verde de los pistachos. Eran, muy blandos, como si estuvieran algo revenidos y no supieran a nada, pero el chocolate sí que sabía, a ese sabor característico. Yo podía paladearlo en el sueño.

Me extrañó que con el calor aquellos dulces no se derritieran.

"Y desperté con una extraña sensación de saciedad".

Me quedé muy pensativa mientras leía estas líneas.

Poco sabía Rosa del avance que experimentaríamos en el futuro con el mundo de los sueños.

Se murió sin saber que había una máquina artífice de todo, capaz de elevar los sueños al máximo nivel, con la experimentación de todos los sentidos.

EL CORI

Yo trabajo siempre en la Máquina y aquel día no iba a ser un día distinto. Apenas paraba para comer y beber algo, descansaba solo lo necesario, y volvía otra vez a la tarea.

Era mi rutina diaria día tras día.

Siempre que había una grieta que reparar en el programa, allí estaba yo, y si no había grietas evitaba que las hubiera, todo fuera por el buen funcionamiento del CUBO.

A menudo, soñaba para experimentar antes que la máquina se abriera al público. Quería que todo funcionase a la perfección, sin embargo, desde hacía algunos días, los sueños que se me revelaban no eran los acostumbrados. Por eso, estaba dedicando tanto tiempo a estudiar qué era lo que estaba pasando con aquella águila que de un tiempo a esta parte surgía en las pantallas sin que las hadas y las arañas detectasen ninguna anomalía y con la que me sentía tan identificada como si fuese una especie de enlace que me conducía a estadios del sueño cada vez más profundos.

Mis ojos saltaban deprisa de una línea a otro del software de la máquina. Había algo muy raro en las instrucciones del programa escritas en rojo que no acertaba a dilucidar.

Pero aún no sabía qué y eso me ponía muy tensa.

Miré la inmensa sala de un blanco cegador y tomé asiento deseando por un momento desintegrarme en luminosidad.

Solicité a R2D2 que apretará fuerte las cinchas de cuero y llamé a la araña para que me inyectara el Delírico.

El Delírico, era la sustancia que inducía nuestros sueños lúcidos, consumido de un modo habitual por la población y especialmente por la gente que trabajábamos en el CUBO, potenciaba los sueños lúcidos, de un modo asombroso y era especialmente, dentro de la máquina dónde sus efectos se multiplicaban.

Se utilizaba para paliar los efectos de la cronodisrupción, pero con el tiempo, se había demostrado que tenía un efecto potenciador de los sueños, que unido a la realidad virtual proporcionaba sueños cada vez más ricos y prolíficos.

Vi como el líquido azul del Delírico entraba en mis venas, tiñendo de azul la palidez de mi brazo y caí rendida por el sueño de un modo inmediato en el que comencé a tener unas extrañas visiones de una ciudad rosa, no sé, sí creo que era de ese color, pero parecía que estaba como dentro de algo más cálido, amarillo, radiante, supuse que era el Sol, aunque aquella ciudad dentro de él guardaba una frescura imposible. Abrí los ojos en aquel sueño tan sorprendente como contradictorio.

Sentía frío, sí eso era, frío, un frío gélido como el que sientes cuando estás en una montaña rodeada de nieve, sí yo había experimentado ese frío y eso no podía ser posible, no en el sueño, en el que todo lo es, pero sí en una estrella.

Era un frío ilógico, no tenía sentido aquella ciudad rosa, fría, en un lugar tan tórrido como el Sol.

Agudicé más mi visión y pude ver que en el suelo de aquella extraña ciudad rosácea había un diminuto objeto que expandía sus reflejos centelleantes sobre mi ropa.

Observé las bonitas lágrimas de mil colores diseminadas por mi ropa y pensé que de no haberme fijado en eso jamás hubiera percibido que era lo que aparecía allí tirado en el suelo.

Lo cogí y lo posé sobre mi mano para observarlo mejor y observé maravillada como en mi mano comenzaban a reflejarse unos diminutos arco iris.

Pero a la vez que observaba tal maravilla sentí también un dolor lacerante que recorría toda la mano que sostenía el objeto y entonces vi como el objeto se hendía cada vez más y más en mi carne hasta incrustarse completamente en la palma de mi mano.

En ese momento el objeto en mi sueño, proyectó un fuerte haz de un color azul eléctrico produciendo un extraño holograma en el que volvía a ver a la princesa del ataúd de cristal.

Y entonces, al doblar la esquina pude contemplar toda aquella escena que había acontecido.

–¡Krang. ¡Krang! –le grita– ¡Ven aquí maldito! ¿Qué estás haciendo? ¿Qué es toda esta ciudad? No dejaré que continúes haciéndoles daño. ¡No tuvieron tiempo! ¡No pudieron evitarlo! ¡Tu planeta tenía una órbita errática y lo sabes! ¡Se habría estrellado igualmente! ¡Yo solo hice lo que creí que debía hacer!

–Al final prevaleció una mente práctica –y Krang en un alarde de superioridad acerca su horrendo rostro al de ella hasta que al final sus miradas quedan enfrentadas ¡Qué lástima me das! Yo no construí esto, pero me ha venido bien al fin y al cabo porque desde este mismo momento será tu prisión, aunque también será la mía.

Yo, los miro a ambos. El ser es gigantesco y ella es tan diminuta frente a él que el mínimo esfuerzo bastaría para pulverizarla. Sin embargo, no le hace daño, al menos un daño físico, tan solo le grita.

–Y claro, como no, tú elegiste la Tierra –le dice–. Es increíble en lo que se han convertido tus bondadosos angelitos. Solo hace falta verlos. ¡Ver como destruyen su planeta y como se destruyen entre ellos mismos! ¡Ah! ¡La bondadosa Leilani! ¡Cómo debes estar sufriendo viendo que has luchado para nada al intentar defender a estos terrestres miserables!

El robot quiere decir algo más pero no puede o no sabe continuar. De pronto, de la pirámide que esta en el suelo, surgen unos anillos concéntricos de luz que los rodean a ambos.

El prisma entonces cae al suelo y yo miro mis manos vacías.

Creo que esos dos seres siguen ahí encerrados en ese diminuto objeto que está en el suelo en este sueño mío, porque desde allí puedo oír el llanto de ella y la risa triunfadora de él.

–¡No te acerques a mí! –la oigo decir–. Cada vez que lo haces me dañas. Le diré a todo el mundo quien eres, aunque no pueda salir nunca de aquí.

–Ya nadie nunca te creerá. ¿Cómo podrás hacerlo si nunca saldrás? –se ríe a carcajadas y su risa me provoca un profundo escalofrío.

En ese momento despierto y me quitó de la mano la vía que inyecta el Delírico.

Sigo sola en esta blanca sala. Hace mucho frío y el águila sigue sobre volando todas las pantallas.

Pondré un poco de música por si puedo serenarme.

En ese instante sonó una hermosa canción de cuna Sefardí como podía haber sonado cualquier otra cosa. El CUBO, las elije de un modo aleatorio si no se le pide una en concreto.

Por un momento sentí que mi alma viajaba a aquel tiempo con aquella canción en que judíos, árabes y castellanos vivían en sintonía:

“Durme durme,
mi alma donzella
Durme durme,
sin ansia y dolor”.

https://www.youtube.com/watch?v=a4KBwgYGVE0

¿Qué me estaba pasando?

Decidí que olvidaría aquel sueño y seguiría con mi vida normal, viviendo mi ensoñación, ignorando la cruda realidad, pero durante muchas noches, aquel sueño que tuve me impidió conciliar el sueño.

Aunque es verdad que yo no duermo mucho.

HERMANAS/AÑO 2087

En el año 2087, las instalaciones de SACRAMON ocupaban una enorme extensión que comprendía: la antigua depuradora, la playa de San Balandrán, el Observatorio de Pájaros, la Playa del Arañón y la propia playa de Xagó.

Todos aquellos lugares pertenecían al recinto que SACRAMON tenía en aquel lugar que continuaba casi como habían sido antaño, pero mucho más cuidado y libres de contaminación. A los bosques de eucalipto se habían unido otros, de otras especies que convivían con los vulgarmente llamados plumeros (cortaderias sevillanas, ese era su nombre científico,) plantas decorativas traídas desde la Pampa, Argentina, que habían seguido proliferando a lo largo de los años invadiendo el paisaje e impidiendo el crecimiento de otras especies autóctonas.

Continuaban allí, las viviendas cercanas a la playa de San Balandrán, esas no se habían destruido y seguían en pie, con sus pequeños garajes que los pescadores habían destinado para guardar sus aperos. Frente a estos garajes también se veía abandonada alguna barquita de madera como si su dueño hubiera decidido pintarla antes de salir a faenar.

Eran barcas pequeñas, de poco calado. Antiguamente, aquel lugar había sido centro de peregrinaje de pequeñas lanchas de vapor que acercaban a padres e hijos a sus baños estivales. Ahora, ya nadie se bañaba allí, hubo un tiempo en

que la industria había contaminado gravemente las aguas y luego vino el tsunami.

Sin embargo, desde la llegada de la Empresa SACRAMON a la ciudad, todo eso había cambiado.

Fue en el año 2082 cuando SACRAMON expropió todos esos terrenos limpiando todo el entorno industrial del que ahora solo quedaban como recuerdo, las grúas oxidadas emergiendo del fondo del agua limpia.

Las playas estaban limpias de basuras y vertidos contaminantes, jamás habían estado en tan óptimas condiciones y las flores crecían por todas partes acogiendo en el viejo observatorio un festival de pájaros migratorios que nunca parecían haber sido tan felices.

Pero nadie sabía las monstruosidades que albergaba un lugar tan bello tras aquel portón enrejado que lo separaba de la villa.

El lugar en sí se había convertido en un auténtico vergel, limpio de contaminación, con los principales accesos a la zona protegidos por enormes vallas electrificadas vigiladas noche y día con guardias de seguridad en las garitas: una justo a la entrada de San Balandrán y la otra casi en la salida, en las proximidades del faro.

Los lugareños estaban por un lado encantados con la labor que SACRAMON había hecho en la zona, aunque los sectores más críticos, apuntaban que había un gran secretismo respecto a las autoridades y a la empresa que impedían el libre acceso de los ciudadanos a la zona.

Se sospechaba que se podían estar haciendo extraños y aberrantes experimentos genéticos, pero, no podía probarse nada porque las medidas de seguridad eran muy fuertes y la clase política, parecía encubrir y proteger a la Empresa en su secretismo.

Todo ello convertía el lugar en una fortaleza casi inexpugnable.

Para acceder al recinto de SACRAMON se precisaban credenciales y los empleados firmaban junto a los contratos estrictas cláusulas de confidencialidad.

De cuando en cuando concedían jornadas de puertas abiertas para que los ciudadanos vieran in situ a las abejas y cuando eso sucedía se cuidaban de poner a buen recaudo todo aquello que pudiera comprometerles sobre lo que verdaderamente se estaba haciendo allí.

Donde antiguamente estuvo una casa, al lado de la depuradora, allí donde estaba la señalización que conducía a la playa, discurría ahora una carretera entre campos infinitos de plumeros salpicados por gigantescas campanillas azules y falsos jazmines que impregnaban deliciosamente el aire con su aroma transcurriendo por las carreteras sinuosas que atravesaban aquel pueblo fantasma.

Todo empezó el día en que Sacramon comenzó a crear nano cerebros, es decir, replicas de cerebros humanos en miniatura.

Tras varios fracasos, los nanocerebros fueron añadidos al cerebro de unos insectos.

Se esperaba que el cuerpo de estos insectos rechazase aquellos cerebros, réplica en miniatura de los cerebros humanos.

Pero extrañamente, el cerebro del insecto y el nanocerebro se complementaron muy bien produciéndose un ensamblaje perfecto.

Aquella mañana Negu Izaguirre, que había supervisado todo el experimento, aparecía vestido con unos vaqueros desgastados y un jersey de lana gris como el color de sus ojos, y dirigía su coche hacia la garita de la entrada, se detenía ante ella y sacaba su acreditación para enseñársela al guardia. Éste hizo la comprobación de rigor. No era el de todos los días, de lo contrario, habría asomado su insolente nariz pecosa a través de la ventanilla y sin que él le hubiera

mostrado nada le habría hecho un gesto de complicidad para decirle:

–¡Adelante, señor Aguirre! ¡Que tenga un buen día!

Porque siempre se equivocaba y pronunciaba mal su apellido. Era Izaguirre y no Aguirre. Pero a él no le importaba.

Era evidente que éste era nuevo, había pronunciado muy bien su apellido. Y había que seguir todo el protocolo, cuando de haber sido el mismo guardia de siempre se lo habría saltado.

Así que aguardó con parsimonia su acreditación y buscó en el dial de la radio una emisora de su agrado mientras el guardia de turno cojo y con cara de malhumorado cotejaba la foto de la acreditación con la imagen que le salía en el ordenador.

Después de mirar el carné con el ceño fruncido se lo devolvió y Negu volvió a prenderlo en su jersey con el imperdible que llevaba. El guarda le hizo un gesto con la mano indicándole que podía pasar y Negu respondió llevándose los dedos índices y anular a sus sienes con un saludo un tanto marcial y acelerando un poco su vehículo con ganas de perder al guardia de vista. No le agradaba que cambiaran al personal de vigilancia eso le obligaba a mostrar siempre sus credenciales, pero "donde manda patrón no manda marinero", se dijo. Enfiló el coche por la playa de San Balandrán hasta alcanzar la antigua Depuradora y se internó a través de campos de jazmín, fijándose en el intenso color violeta del amanecer que incendiaba todo el cielo de este a oeste en lo que había sido el antiguo astillero.

Llegó a un lugar cerca de la playa de Xagó donde estaban ubicados los eucaliptos, su centro de trabajo: una enorme nave industrial con techos de metal y vidrio con unas gigantescas puertas en las que lucía el anagrama de una abeja roja.

Bajó del coche y se acercó a la puerta de la abeja roja y dejó que un sensor ocular escanease su retina. En el visor

se vio un Ok en neón azul y un emoticono sonriente de esos que se empleaban antiguamente en el Wasap y las Redes Sociales.

En ese momento las compuertas estruendosamente se abrieron para él.

Negu caminó con paso firme con sus zapatos negros claqueando en el suelo de relucientes baldosas blancas. Se dirigió a su taquilla donde tomó su bata y sus bolígrafos, sus gafas de ver de cerca y sus cuadernos de notas. ¿Faltaba algo? Hizo un recuento mental.

No, creía que no.

Observó a lo lejos la bulliciosa muchedumbre que se dirigía a una zona donde aguardaban apiladas ingentes cantidades de madera cuya función era la construcción de los cuadros de las colmenas.

Allí vio que los obreros salían del vestuario con sus trajes de apicultor dispuestos a trabajar codo a codo con el personal científico.

Negu, se rascó pensativo su barba morena de varios días, y se dirigió a su mesa de trabajo donde aguardaba la esfera de cristal.

Las hadas, dos diminutas mujeres del tamaño de un lápiz, parecían agradablemente dormidas, abrazadas la una a la otra aprisionando el cuerpecito del abejorro en una especie de sándwich.

Negu, tapó la esfera, con un paño, la alzó con delicadeza y salió con ella caminando hacia la calle.

Por el camino se encontró con varios conocidos a los que saludó sonriente mientras apretaba el paso y se encaminaba a un aparcamiento privado de uso exclusivo para el personal científico. Abrió la puerta de atrás del coche y puso allí la esfera. Luego, volvió a su asiento de conductor, se sentó, introdujo la llave de contacto, metió la primera marcha y se dirigió a la playa de San Balandrán.

Hacia un día primaveral y el frío de la mañana se había disipado. Aparcó en la carretera cerca de una pequeña caseta blanca en cuya pared alguien había pintado en negro las figuras de dos estilizados cormoranes que ofrecían la ilusión visual de estar sostenidos sobre el banco de madera en que descansaban y se internó por el camino que discurría entre las dunas.

Para facilitar que las abejas bebieran, hacía años que en aquella y en otras zonas del recinto vallado, se recogía agua de lluvia con neumáticos llenos de canicas de cristal y agua endulzada con azúcar, también se habían aprovechado las charcas propias de la zona, incluso se habían creado otras artificiales con el agua estancada.

Durante años, muchas colonias de abejas habían prosperado allí y se utilizaban para estudiar hasta qué punto podían ser imitadas y mermadas por las hadas.

Desde su descubrimiento se habían creado muchas más hadas.

El trabajo de Negu, consistía en trabajar con los insectos robóticos, (el intermedio entre las hadas y las abejas).

Con el tiempo, aquellos pequeños robots en miniatura sustituirían a las abejas.

Y después de eso las hadas, sustituirían a las abejas robóticas que al final se adueñarían del mundo según los planes de Krang, pero eso, casi nadie, excepto Negu, lo sabía.

Negu quitó el paño que cubría la esfera de cristal y vio como las dos hadas se desperezaban, se alejaban del mullido cuerpo del abejorro con suavidad y se tapaban los diminutos ojos azules con las manitas como si pudieran ocultarse de la luz cegadora del día.

Eran hermosas, pero estaban hechas con cosas horribles: restos de máquinas y material genético de cadáveres. Nadie había podido demostrarlo nunca, pero Krang, su jefe, era asiduo a los depósitos de cadáveres y los residuos

hospitalarios. Los trabajadores del hospital, aunque sentían terror a decirlo, sabían bien la materia con que trabajaba esta empresa, que era SACRAMON y cómo debían callar si no querían tener represalias sobre ellos o sus familias.

¡Es hora de salir, pequeñas! –acarició con delicadeza la esfera y escuchó que un tintineo de cristal surgía de su interior.

Caminó en dirección al observatorio de pájaros y se fijó en las cajas de metal apiladas a un lado de la caseta en donde crecía un precioso y delicado rosal de flores escarlatas.

Las cajas metálicas tenían una inscripción en su parte delantera. Decían algo así como: Objetos frágiles. Manejar con suma precaución. Y en todas ellas había una serie de códigos nemotécnicos muy extraños y a todas luces incomprensibles, excepto para los que trabajaban con esos códigos.

Negu posó la esfera de cristal. O sería mejor decir, la esfera que parecía de cristal pero que en realidad era de un material extraño, duro y resistente, pero tan liviano como el plástico. Posó la esfera en el suelo de madera y con la pica de un pequeño cortaúñas que llevaba en el bolso de su pantalón, levantó la tapa de una de aquellas cajas. Al hacerlo, escuchó un sonido similar al de una multitud de abejas embravecidas.

De la caja surgió todo un ejército de insectos robóticos.

En un instante, se vio rodeado por aquellos ingenios. Solo que él sabía que aquellos insectos no eran de verdad si no una imitación muy buena de titanio y plástico.

Negu, se dejó rodear por las robóticas y liberó a las dos hadas y al abejorro de su cárcel transparente haciéndoles salir por una pequeña puertecita tallada e integrada en la esfera que se abría y cerraba solo con ejercer presión contra ella con el dedo pulgar.

Dejó que los insectos robóticos y las hadas con el abejorro volaran a su libre albedrío y se acercó a los cuadros de madera donde estaban las abejas verdaderas.

Los insectos robóticos y las hadas volaron en formación mientras una de ellas, la gemela de Alisha encabezaba la marcha.

El Hada comenzó a atacar una por una a todas las abejas y el abejorro se alejó de toda aquella lucha como si esta le trajese sin cuidado.

Los abejorros no tenían un comportamiento bélico, pero se utilizaban para cruzar su ADN junto al de las hadas y otras especies y era sabido que sin ellos cerca, las hadas perdían su vitalidad y finalmente morían de tristeza.

Negu vio al abejorro ajeno a esta lucha, posado sobre una planta marítima, similar a una orquídea de un intenso color amarillo mientras su compañera el hada, guiaba a los insectos robóticos encabezando aquel extraño escuadrón en contra de las abejas.

Mientras, Negu, tomaba notas y notas sin parar.

Estaba acostumbrado a aquellas luchas. Eran parte de su experimento.

Al acabar siempre apuntaba las bajas producidas y lo comunicaba al departamento de Krang para que los apicultores produjeran nuevos sujetos que suplieran las bajas. Cuantas más abejas destruían las hadas más grandes eran los éxitos.

Cada combate era una oportunidad para aprender el lenguaje de aquellas hadas, para mejorar su genética y para crear insectos artificiales cada vez más eficientes y más parecidos a las abejas.

Cuanto más absorto estaba viendo como una a una caían se fijó que en esta ocasión, que tan solo había un hada en el campo de combate.

¿Dónde estaba la otra?

Aquello era algo inusual. Algo que, hasta el momento, nunca había ocurrido. Se preguntó que podría suceder e inquisitivo, arrugó su frente observando la escena.

¿Qué estaba ocurriendo? ¿Por qué las dos hadas no combatían juntas y en cambio lo hacía una sola? ¿La que se llamaba Aria?

Alisha no luchaba con su gemela Aria. Había estado volando quien sabe a dónde ni porque Negu estaba concentrado en otra cosa. sin haberla visto, pero, ahora, se hallaba posada en uno de sus brazos, con aquellos delicados filamentos rosados que parecían brazos y piernas humanos succionando su sangre con el aguijón de su cabeza.

Negu se quejó por el dolor que esto le causaba. y al apartarse Alisha, finalmente volando le pareció oír en su cerebro su pequeña vocecita.

Era como un canto desesperado, una letanía dolorosa.

–No quiero matar. ¡Hay tantas cosas hermosas que merecen la pena!

ALGO DISTINTO

Aquel día yo pensé que ocurriría si se pudiese viajar en el tiempo. Si se diese marcha atrás a las manecillas de un reloj y se reparara todo el mal causado en el pasado.

Pero ya no había tiempo.

No se podía retroceder.

Estábamos en el aquí y el ahora.

La vida bullía bajo el viejo barrio de las escombreras sembrado por las piedras, los escombros, la árida y estéril tierra y los residuos orgánicos. Al lado del viejo barrio bullía una ciudad moderna en medio de un paisaje devastado por la desertización, una ciudad en la que despuntaban enormes rascacielos de cemento blanco y ventanales que se hundían en la profundidad de la tierra.

Sin embargo, para nosotros toda esta cotidianeidad nos resultaba normal. Nos habíamos acostumbrado a ver los paisajes tras los cristales de nuestras casas. Cuando salíamos a la calle, los viandantes nos deslizábamos bajo tierra en coches o trenes acristalados y a veces, como pájaros desafiantes del cielo en plataformas volantes similares a las antiguas montañas rusas, que parecían alcanzar las estrellas.

Salir a cielo abierto era peligroso, el aire era malo.

Vivíamos una vida de gusanos o roedores.

Bajo la tierra, estaban las entradas a los edificios, los hospitales, las escuelas, las tiendas y los lugares de ocio, también los accesos al tren hiperloop que junto a los trenes bala conectaban cada día unas ciudades con otras. Todo estaba muy bien comunicado, como antaño, pero las ciudades habían crecido muchísimo más aún, aunque en este caso, lo hacían bajo tierra.

Me perdí entre un mar de gentes que en la noche se desplazaban riendo, para dirigirse a sus empleos y sus casas entre seres volantes y curiosos con alas de libélula y facciones humanas.

–Hola señor –saludé a un pasajero que como yo se había subido al hiperloop. El hiperloop estaba atestado de gente. Todos los asientos estaban ocupados así que me limité a sujetarme de una agarraderas y a guardar el equilibrio apretujada entre la gente. Le miré y contemplé al hada que indolentemente se había puesto en el hombro de él y parecía dormitar. Las hadas entraban y salían a su antojo en cuanto el tren hiperloop llegaba a cada estación abriendo y cerrando sus puertas– ¿de verdad que esa hada no le molesta?

–No, porque habría de molestarme. –Me miró extrañado como si hubiese dicho la mayor tontería del mundo ¿Es que a usted sí?

–No, claro que no –me excusé.

Noté que el hombre no me había reconocido. Mi imagen era muy popular. Se me conocía por mi trabajo en el CUBO, pero tal y como iba vestida con un abrigo negro de lana que me cubría hasta los tobillos y una boina del mismo color recogiendo mi cabello pasaba desapercibida entre la multitud.

¿Qué me estaba sucediendo?

¿Por qué comenzaba a tener esa aversión por las hadas?

Las hadas eran sumamente útiles para nuestra sociedad, todo el mundo las adoraba.

Corría una leyenda que hace mucho tiempo, dos de ellas, las originarias pudieron tener un aguijón perlado y retorcido como el de unos diminuto unicornio, pero era sin duda solo eso, una leyenda.

Era evidente que no existía nada de aquel aguijón en el futuro.

Así eran las hadas.

Nadie se fijaba en ellas.

Todo el mundo las llamaba hadas, curioso nombre porque nada tenían que ver con aquellos mágicos seres de los que hablaban los cuentos de niños, es probable que tal vez se pareciesen algo a la Campanilla de Peter Pan.

Había hadas machos y hadas hembras, pero no se reproducían más que en el laboratorio. Eran especies estériles como las quimeras de antaño y tan solo vivían para fabricar el pigmento y trabajar en el hardware y el software del CUBO testeando los programas.

Sus aplicaciones eran sorprendentes, interactuaban con cualquier tecnología siempre a nuestro favor, cuidando de niños, ancianos y personas enfermas en los hospitales y domicilios y trabajando activamente en las granjas donde se fabricaba el pigmento del DELÍRICO.

En ese momento me vino todo lo que había visto en el CUBO a la memoria.

Aquel lugar, era un lugar horrible, una especie de campo de concentración para las abejas y todos los experimentos macabros que se hacían con ellas.

Todo aquel lugar era un campo experimental.

La residencia de Krang, estaba en la misma zona, en una gigantesca casa de ladrillos de color rojo levantada sobre los cimientos de una antigua. Aquella fortaleza se alzaba sobre la pequeña playa pedregosa con un inaccesible muro de hormigón de color verde.

El personal de Krang se dividía en tres grupos: personal administrativo, personal apicultor, y personal científico.

Durante el día, los llamados "apicultores" siguiendo las estrictas instrucciones de los científicos, creaban abejas con la única intención de utilizarlas para que los insectos robóticos aprendiesen de su comportamiento y para ver el modo de destruir las abejas en una guerra impune y silenciosa. No eran propiamente apicultores, entre ellos también había genetistas que los dirigían, pero se encargaban básicamente de esto: del estudio del comportamiento de las abejas y de la forma de aniquilarlas sin que nadie se diese cuenta.

Las rivales de las abejas, las hadas, eran especialmente objeto del estudio de aquellas personas porque dirigían los ejércitos de los insectos robots contra estas.

En aquellas salas, al menos, en el proceso de creación de las hadas, antes de que estas salieran al campo de combate que era el exterior, se evitaba que cualquier elemento contaminante entrase en las esferas al menos hasta que los productos estuvieran debidamente testados.

Los científicos trabajaban con el ADN de las abejas combinándolo con el de los humanos difuntos y otras especies, atribuyendo a la creación de un diminuto cerebro con una poderosa Inteligencia Artificial a la que llamaron hadas.

Hasta el momento, esta complicada e intrincada labor no había llegado jamás a un buen término dado a todo lo que se mezclaba para la creación de estos seres.

Generalmente no se conseguía gran cosa por crear ADN distintos y a veces, eran más interesantes las creaciones conseguidas gracias a las instrucciones de aquel oscuro empresario llamado Krang, la ciencia estaba dando un salto cuántico en cuanto a la hibridación de distintas especies en combinación con la tecnología más avanzada.

Para el personal que trabajaba allí, no representaba ningún problema ético aquello con lo que experimentaban

y si lo había se suplía con una gran suma de dinero que acallaba cualquier tipo de queja.

El objetivo era experimentar, hacer cruces, combinar a esos seres genéticamente alterados con máquinas avanzadas hasta crear como un revivido Doctor Frankenstein monstruos minúsculos similares a los insectos con unos cerebros con los que los humanos pudiéramos interactuar.

Habían cogido ADN de abejas, ADN humano y lo habían mezclado con la tecnología avanzadísima de un robot diminuto con características parecidas a los insectos y el resultado era algo inaudito que nunca jamás hasta el momento había sido obtenido.

Para ello había llegado Krang a aquel lugar para su revolución.

Era un hombre, inmensamente rico y poderoso como para comprar toda aquella zona y privatizarla para su uso exclusivo: sus experimentos.

Nadie sabía cuál era su procedencia, ni de dónde había sacado tan increíble fortuna, pero el caso es que, llegó allí, se instaló en la zona y contactó con una empresa llamada SACRAMON que se dedicaba a la investigación de las abejas y la fabricación de la miel.

Krang, comenzó a rodearse de importantes genetistas y trabajadores de muchas disciplinas e hizo firmar a todos ellos cláusulas de confidencialidad muy estrictas.

Rara vez salía de su fortaleza roja y verde frente al mar y, cuando lo hacía, era, para supervisar que todo se estuviera haciendo correctamente y según sus precisas instrucciones.

Realmente, había pocos despidos.

Se decía que las personas que abandonaban la empresa tenían la estricta orden de alejarse a muchos kilómetros de la instalación, y la advertencia de que, si de algún modo hacían llegar al exterior cualquier información referente a lo que allí habían visto u oído, serían demandados por

unas cantidades tan cuantiosas que, si perdían, no tendrían suficientes años para satisfacer.

Naturalmente, había escasísimos despidos y quienes se habían atrevido a irse de la lengua había sufrido aparatosos e inexplicables accidentes.

De las personas que abandonaban la empresa y de sus más cercanos familiares nunca más se volvía a saber, así como de los intrusos que habían pretendido entrar en el recinto para realizar filmaciones furtivas.

Corría el rumor de que Krang Yarbe, como así decía llamarse, no era humano.

Había algo en su voz, quizás demasiado impostada y algo metálica, su forma de andar tan rígida y pausada a veces, como si fuese un robot, su altura despampanante –medía casi dos metros que hacía que toda la gente a su alrededor se volviese a mirarle con miedo. Otra de las cosas que daba más miedo eran sus ojos, siempre ocultos con gafas de Sol tanto en verano, como en invierno. Había quien decía que esas gafas ocultaban unos ojos con pupilas alargadas como las de los reptiles.

Por la noche, también tenía empleados. Se encargaban éstos de las abejas nocturnas, aquellas que muestran más actividad durante las horas de la noche y el amanecer, momentos especiales que aprovechan para acceder a las flores que solo producen su néctar en la oscuridad.

El laboratorio era una explosión de individuos nuevos. De aquellos cruces, surgían las quimeras, las hijas de las hadas y los abejorros, pero las quimeras rara vez se lograban y llegaban a la edad adulta y eran especies estériles.

Las quimeras eran criaturas horrendas, engendros de la naturaleza. Se trataba de s experimentos fallidos y para lo único que servían era para aprovechar el material genético resultante.

Las hadas las querían, pero sus creadores no les permitían durante mucho tiempo que estuviesen juntas o se

encariñasen con ellas. Pronto, se conducía a las quimeras a morir en los combates contra las abejas. Las que sobrevivían en el campo de batalla se utilizaban para experimentar o para crear nuevos soldados.

Krang, no lo decía abiertamente pero su intención era exterminar a las abejas sin que nadie se diera cuenta.

Un día despertaría la Tierra sin las abejas, tan importantes para la vida y en ese preciso instante, ofrecería a la humanidad sus diminutos insectos de titanio y sus hadas.

Los insectos robóticos polinizarían los campos y serían inmunes a los pesticidas, con lo cual podría vender dos tipos de productos, el experimento de las hadas estaría guardado bajo cajón en un Banco en Suiza, con la propiedad de todas las patentes para poder sacarlas en el futuro.

Cuando en el futuro la gente se acostumbrase a ver a los pequeños robots polinizando los campos y lo viese como algo totalmente normal, sería el momento de lanzar al mercado las hadas.

Las hadas no tardarían en suplir con el tiempo a los insectos mecánicos si no que además podrían ser utilizadas para los mismos fines, para la industria bélica y para múltiples campos que beneficiarían a la sociedad, como la medicina o el cuidado de personas.

Al principio no lo vimos. Al principio no pudimos verlo…

Pero, para Negu, que lo veía Alisha era un hada buena. En medio de todo aquel horror, aquel engendro albergaba en su diminuto cuerpo un tierno corazón que parecía sentir.

Sentía ternura cuando la veía dormida abrazada a su hermana y al abejorro y casi podía sentir su dolor cuando sus hijas defectuosas, las quimeras, se morían.

Negu, se rio al pensar, Alisha les había salido un hada objetora de conciencia y a ver como se lo decía ahora a aquel monstruo que era su jefe.

Yo no sé en qué momento, Negu, amó a esa hada, quizás fue en ese mismo instante en el que ella le miró con sus diminutos ojos azules del tamaño de un alfiler, se posó en su brazo, le clavó el aguijón y le transmitió su amor por la vida a través de su flujo sanguíneo. Fue en ese preciso instante donde decidió que aquella hada no era como las otras y merecía tener un estudio aparte.

Había algo que iba más allá en ella, algo que no era insecto ni robot y que se acercaba más al pensamiento y sentir de los seres humanos.

Después de aquel incidente en que ella le pinchó, escuchaba sus pensamientos latir en su cabeza.

Y era algo... como decirlo... tan puro.

–No llores pequeña Alisha. ¡No llores más!

Cada vez que Alisha tomaba contacto con la piel de Negu, éste quedaba tendido en mitad del camino de madera, sumido en pleno día en un profundo sueño REM en el que sus ojos cerrados se movían rápidamente sin cesar intentando procesar toda aquella información.

Cualquiera que pasase en aquel momento por allí, vería tendido sobre el suelo a un hombre joven en un ataque convulso, sufriendo sin duda lo que parecía un ataque epiléptico.

Alisha era una criatura amorosa, pero débil en la guerra, aunque increíblemente poderosa en la transmisión de sus pensamientos.

Cada vez que le pinchaba, los sueños de Negu, se volvían más extraordinarios y complejos.

Y en esos sueños, Alisha le hablaba a Negu, le decía que era feliz cuando la dejaban querer a su hermana y al abejorro y que se moría de dolor cuando las quimeras, sus hijas, comandadas por ella misma morían a merced de las abejas. pero que aquello que estaban haciendo allí los

humanos contra ellas y las abejas estaba mal. Cada día que ella era obligada a combatir sufría lo indecible. Alisha no quería luchar más.

Negu creyente de su fe, equivocado o no, comenzó a pensar que aquella criatura que con su aguijón producía una droga que inducía al sueño así que tomó múltiples notas y realizó múltiples experimentos para intentar producir en su laboratorio la sustancia creada naturalmente por Alisha que utilizaba para inyectarle y trasmitirle todos aquellos sueños y pensamientos.

A esta droga que Negu consiguió en forma de pigmento la llamó EL DELÍRICO y pensó que, de poder comercializarla, las personas se beneficiarían de los sueños, teniendo una calidad cualitativa y cuantitativa respecto a estos.

Por supuesto, esta investigación se apartaba de la rama en la que Krang le había pedido que trabajara, pero Negu pensó que una vez que le pusiera en conocimiento resultaría bastante interesado.

Y pensó, que a los ojos de Dios o de Buda o cualquier otra entidad universal divina que se preciara aquella criatura merecía un lugar privilegiado donde se la protegiera y cuidara y por eso le había puesto aquel nombre hindú que significaba, "la Protegida por Dios".

–¡Que nombre más bonito: Alisha!

Pensando en que ya había terminado su estudio con Alisha y su gemela, recopiló cuantas notas, y lecturas había sacado de la observación de ambas, y se dispuso mostrarle al mundo y a su jefe lo que había averiguado.

Pero en aquel momento, se produjo tal y como Negu lo había vaticinado una gran rivalidad entre Alisha y su gemela por el amor del abejorro y en las continuas luchas que se sucedieron entre ambas hubo daños importantes. Y para evitar tragedias mayores Negu no tuvo más remedio que separarlas.

Del material genético de Alisha, consiguió nuevas hadas, capaces de transmitir telepáticamente sus pensamientos y transportar al sujeto a sueños lúcidos extraordinarios y delirantes. Trabajó más en las Alishas que en las otras hadas que para él habían quedado obsoletas.

Se dio cuenta de que todas las Alishas que creó podían comunicarse telepáticamente con el ser humano a través del Delírico, pero tan solo la Alisha original conservaba el aguijón sobre su cabecita.

También descubrió algo, el resto de las hadas salvo Alisha recibían las órdenes de los seres humanos y sin duda las obedecían, pero tenían una especie de código oculto para comunicarse entre ellas que Negu, nunca pudo descifrar.

Todas las hadas llegarían así a nuestro futuro sin ese aguijón que había tenido la Alisha originaria y su hermana Aria pero además la especie había mostrado otras evoluciones.

Los sucesivos experimentos, produjeron individuos más fuertes, más resistentes e inteligentes.

En el futuro, realizarían complicadas tareas de cálculo, controlarían remotamente otras máquinas con las que establecerían una estrecha comunicación, manejarían instrumentos con una habilidad y una precisión casi quirúrgica y, además, como no, acabarían con las abejas, eso (nosotros no lo sabríamos nunca, achacaríamos este exterminio a nuestro desdén hacia el cambio climático).

Las hadas estarían por todas partes cuidando de niños, ancianos y enfermos, en hospitales, en las escuelas, volando entre las personas que todos los días tomamos los trenes subterráneos para dirigirnos a nuestros lugares de paso, nuestro trabajo, nuestras casas, nuestros lugares de ocio.

Y desde ese momento las reconoceríamos como algo sumamente importante e imprescindible para nuestro progreso.

Todo el mundo alabaría sus excelencias. Menos yo. No sé... Había algo que hacía que no me fiase del todo de esas hadas.

Tal vez por eso hablaba de ellas en esta novela que estaba escribiendo. Sencillamente no me gustaban. Todo el mundo hablaba de ellas maravillas tecnológicas, pero yo no me sentía cómoda en su presencia.

Eso hacía que, a partir de aquel instante, comenzase a mirarlas con ojos desconfiados.

A diferencia de la originaria Alisha que amaba el contacto con el ser humano para comunicarse, las nuevas hadas fruto de la evolución mantenían un lenguaje fluido entre ellas y las máquinas que nos rodeaban, pero, no con nosotros.

Tantos años llevaban con aquel lenguaje sin atentar contra nuestros intereses como especie y colaborando activamente en el desarrollo de nuestras actuales sociedades que no le dimos mayor importancia a nuestra incapacidad para conocer el código que utilizaban.

Empleamos mucho tiempo, dinero y esfuerzo intentando dar con ese código oculto, pero era sumamente complicado y cuando logábamos descifrar algo era, como si ellas lo detectaran e inmediatamente lo cambiaran.

Utilizamos las más modernas computadoras, los más complejos sistemas informáticos, el asesoramiento de todo tipo de lingüistas y expertos en sistemas, pero como digo, su código, el que utilizaban para comunicarse entre ellas, no entre nosotros era a todas luces indescifrable y aleatorio.

Alrededor de nosotros habían construido un muro infranqueable. Con el paso de los años habíamos intentado destruir ese muro que nos separaba con las mejores mentes científicas.

Finalmente habíamos asumido que nos ayudaban y realizaban una labor importante y no podíamos pedir nada más.

Pero eso sucedería más tarde en el futuro, mi presente.

ALISHA

Me contraré en la historia de nuestro pasado:

En aquel momento, antes de que ocurriera el Tsunami que dejó Avilés sumido bajo las aguas, antes que la Tierra dejara de girar y llegase nuestro aciago siglo.

Negu, mostró temor al golpear con los nudillos aquella puerta de madera labrada en la que estaba el despacho de Krang.

Conocía a Krang, o mejor dicho al hombre que aparentaba ser Krang. Pero Negu sabía que no era humano. Alisha se lo había dicho en uno de sus pinchazos y Negu, desde entonces, no había parado de darle vueltas a aquella idea en su cabeza.

Krang le había hecho llamar. Le daba la espalda en aquel momento y cuando se giró para mirarle lo hizo como si estuviera contemplando un molesto e insignificante insecto al que aplastar con su sudorosa mano.

Llevaba sus gafas puestas como de costumbre y Negu pensó en lo que días atrás le había contado Alisha al clavarle su aguijón.

–¡Sus ojos! ¡Son muy extraños! ¡No son humanos! ¿No te fijaste que siempre lleva gafas incluso en los días más oscuros? ¡Tiene unas pupilas como las de los reptiles, yo no soy la única que se los ha visto!

Pero era evidente que esas otras personas que Alisha decía que habían visto los ojos de Krang no estaban allí para atestiguarlo y dudaba que lo hicieran nunca.

Eran rumores que corrían, pero pensó, que en verdad nunca le había visto sin gafas.

Negu miró con terror aquellas gafas oscuras y se acercó cabizbajo, tímidamente, algo encorvado, con manos entrelazadas detrás de su espalda.

–Usted dirá, señor –dijo en un susurro casi inaudible.

–Señor Izaguirre. –Comenzó con voz pausada caminando de un lado a otro de la sala con las manos cogidas detrás de su espalda. Dio unas largas zancadas hacia un alto ventanal acristalado para ver el paisaje y se volvió a mirarlo como si fuese un insignificante insecto–. He leído sus estudios antes de nuestra cita y esa hada debe desaparecer. ¿Recuerda de cuanto le recomendé para que hiciera este trabajo? Pues lo ha hecho muy bien, pero comprenda que se está extralimitando en sus funciones. Dedica un excesivo tiempo en el estudio de esa hada y hemos construido otras mucho más perfectas y eficientes para que usted pierda perder el tiempo en un prototipo tan arcaico.

–Pero –se excusó Negu–. Ella ha creado el Delírico. El DELÍRICO es un medicamento novedoso que podrá ser empleado en el futuro para inducir sueños lúcidos, no habríamos podido hacer este descubrimiento sin ella. Las otras hadas son más avanzadas, es cierto, pero solo Alisha me ha transmitido el conocimiento de esa droga.

–Las hadas que vemos –protestó Krang señalándolas– también podrían fabricar ese pigmento. El conocimiento que tiene una lo tienen todas las demás.

–Sí, es verdad. Pero las demás no quieren comunicarse con nosotros. Es cierto que todas deben saber como fabricar esa droga, pero tan solo mi hada me inyectó esa sustancia y

me dijo como yo podría fabricarla en un laboratorio con su ayuda –aseveró Negu.

–¿Cómo dice que se llama esa hada?

–Alisha –respondió Negu tratando de ayudarle.

Krang, suspiró. Y aquel suspiro fue un suspiro de resignación como si estuviera al borde de estallar.

–Ha conseguido usted un logro importante con esa hada, le felicito señor Izaguirre–. Ha conseguido un medicamento nuevo, un fármaco para la experimentación con sueños lucidos que quien sabe combinado con otras cosas para que pueda ser utilizado en el futuro. Pero estamos investigando el comportamiento de las hadas. Nuestro deseo es que se comporten como las abejas, pero que las exterminen. Solo si las exterminan podremos sacar nuestros nuevos productos al mercado como la solución al problema. Su Alisha no hace absolutamente nada para lo que fue creada salvo crear ese pigmento y nada más, y eso ya lo pueden las otras si yo se lo ordeno.

–No estoy de acuerdo Señor Krang. Esa hada no siente la necesidad de matar a nada, ni a nadie, ni siquiera a las abejas.

–Entonces para que quiero a un hada que no me sirve para nada.

–Pero, señor. –Trató de excusarse Negu–. Esa hada ha sido la causante de todos nuestros logros. Las otras se limitan a combatir a las abejas, y aprender como polinizar los campos gracias a ese aprendizaje los insectos robóticos que fabricamos son más y más sofisticados. Pero estas nuevas generaciones son más competitivas. ¿Quién dice que no se rebelaran tan solo con las abejas si no con nosotros los seres humanos? ¿No sería mejor conservar también a estas especies pacificas para controlar la producción y evitar futuros problemas?

–Las otras Alishas que usted dice que ha creado: ¿combaten a las abejas para exterminarlas?

–Sí, es cierto, combaten a las abejas, igualmente lo hacen, pero no quieren que sepamos como se comunican.

–¡Excelente! Y la Alisha originaria, digamos, el molde del que hemos sacado a las otras ¿me dice que no es beligerante? ¿Qué todo en ella es amor? ¿Y paz? ¿y que ella sí quiere comunicarse con nosotros, los seres humanos? Déjeme un instante para reírme.

Negu hizo caso omiso de su burla y agachó la cabeza con timidez.

–Sí, eso es. Ella no quiere combatir con otras especies. Ni siquiera se relaciona con su hermana Aria ni con las otras generaciones de Alishas. Solo parece querer comunicarse con las quimeras, con el abejorro y conmigo, claro está.

–Quiero que mañana, es más, ahora mismo si es posible, se encargue inmediatamente de hacerla desaparecer. –Dijo Krang tajante, pero con voz suave y pausada, férreo, pero contenido, como a él le gustaba ser. No hacía falta gritar para hacer comprender las órdenes a los subalternos.

–¿Cómo, señor? –Preguntó Negu sin atreverse a levantar los ojos del suelo y sin creerse todo lo que Krang le estaba pidiendo de repente.

Krang perdió la calma y dio un fuerte puñetazo en la mesa con su puño.

–¡Ahóguela en cualquier putrefacta charca de San Balandrán! ¡Pero no la quiero en mis instalaciones! ¡Destrúyala ya! ¿Me oye? ¡Maldito hijo puta! ¡Si mañana me entero de que ese monstruo sigue pululando por aquí me encargaré de que usted y su familia viajen a las Antípodas porque no habrá ningún ser humano sobre la faz de la Tierra que le ofrezca un trabajo decente y eso sin contar que cada día de su miserable vida lamentará el día en que no le puso solución a este problema!

–Pero señor –balbuceó Negu– ¡Podemos estudiarla! ¡Es un espécimen muy curioso! ¡Déjeme enseñárselo!

Negu buscaba una oportunidad de convencer a Krang, pero éste, seguía en sus trece.

–¡Esa hada maldita, no estropeará este proyecto con su estúpido pacifismo! ¡Es lo último que necesitaba oír!

–¡Pero sin control, acabaremos destruyendo a todas las abejas de la Tierra! ¿De verdad quiere eso?

–¡Las abejas! ¿Y a quién le importa que ella no quiera dañar a las abejas? ¡Puedo crear y destruir todas las que me plazca!, ¡Desházase de esa abominación o será despedido, se lo repito! ¡Cuando acaben mis abogados con usted solo quedarán desperdicios! No permitiré que algo que me ha costado tanto dinero y tanta lucha con políticos corruptos a los que he tenido que comprar y chantajear se desbarate por una estúpida hada defectuosa.

Negu, muy triste, bajó la cabeza y respondió con sumisión:

Se hará como usted diga señor. Pero... si me concede un favor– quisiera que me dejara al menos este día para despedirme de Alisha.

–Le concedo solo el día de hoy para despedirse de su Alisha o como quiera que llame a ese bicho y mañana se pondrá duramente a trabajar con los especímenes que los equipos han creado. Recuerde bien, el día de hoy. Asegúrese de que mis órdenes serán estrictamente cumplidas y recuerde que ha firmado una cláusula de confidencialidad. Si intenta contradecirme le hundiré la vida de todas las maneras imaginables.

Y Negu que tenía miedo al poder de Krang intentó cumplir estrictamente las órdenes, aquella mañana.

Cuando amaneció el día se propuso acabar con Alisha. Eso era lo que tenía en mente, en un principio. Pero, mientras conducía hacia las instalaciones de la abeja roja, Negu, se vio asaltado por las dudas y también por la culpabilidad.

Sentía una culpabilidad atroz por Alisha. Llevaba años trabajando para Krang en sus experimentos con las abejas

y el experimento genético de las hadas, pero, dentro, muy dentro de él, sabía que aquello que estaba haciendo, no estaba bien y que no era ético cruzar el ADN de un insecto, un ser humano y una inteligencia artificial todo ello en el mismo ser, ni tampoco todo lo que estaban haciendo día tras día con las quimeras.

Negu Izaguirre que profesaba la religión hinduista y que por eso le había puesto al hada el nombre hindú de Alisha (La protegida por Dios), sentía que todo aquello en lo que trabajaba últimamente, que todo lo que hacía en aquellas instalaciones día tras día no hacía sino contradecir todos los valores de la religión que había abrazado hacía unos años al casarse con su mujer, y también a la religión católica en la que sus padres le habían educado.

Dentro, muy dentro de él ya sabía todo esto, pero Alisha, le había hecho reafirmarse en lo que sentía y hasta entonces se había negado a ver.

Es cierto, que el dinero llenaba sus bolsillos y que a su familia no le faltaba de nada, ni le faltaría, aunque él dejara de existir, pero, pensaba que no todo lo justificaba.

Negu, no había podido dormir últimamente, no podía comer, mientras pensaba en el futuro del hada Alisha, mientras pensaba en el futuro que depararía a la Tierra, cuando las abejas dejaran de existir y solo hubiera un montón de diminutas máquinas con su aspecto en inmensos campos de cereal.

Tuvo miedo por el futuro de los seres humanos ya que nunca había pensado demasiado en eso mientras su estómago y el de su familia estuvieran llenos, pero ahora, todo era distinto.

La veía dormir plácidamente, acercarse a las flores, y era como si ella las besara. La hada Alisha le transmitía mensajes de amor hacia todo lo que la rodeaba, era el amor en sí misma, pues había en ella tanta nobleza, tanta bondad y tanta inocencia en lo que le transmitía cuando le

aguijoneaba que sin duda era para él una criatura de Dios, y no del diablo que la había creado…

Por eso, aquella tarde después de hablar con Krang, la guardó cuidadosamente en su esfera y la llevó a la charca próxima al observatorio de pájaros para deshacerse de ella tal y como le había pedido, en lugar de llevarla como cada día con su hermana Aria, al observatorio de pájaros de Xagó a combatir contra las abejas.

Pero, no pudo hacerlo.

Se sintió totalmente incapaz.

Pensó que matar a esa hada sería un poco como matarse a sí mismo. Pensó que, si la hada moría, era como si él también muriera con ella, como si la poca bondad que quedase en la Tierra desaparecería con su muerte. Así que cuidadosamente la puso en el asiento de atrás del coche y la tapó con su chaqueta de cuero para que el guarda de la garita al salir, no se fijara en lo que llevaba detrás.

Mostró sus credenciales al guardia que lo notó nervioso esta vez, y escrutó sus ojos como percibiendo que algo no marchaba bien y Negu le dijo que tenía prisa que acababa de recibir una llamada telefónica de su mujer en la que le decía que su hijo se había caído en el colegio y que, por ese motivo, salía antes de costumbre para llegar pronto a casa, pues estaba muy preocupado por su salud.

El guarda dejó pasar a Negu, diciéndole que esperaba que todo se arreglara de un modo satisfactorio.

La intención de Negu, era huir con el hada. Llevarla hacia un lugar, lejos de la influencia de Krang, tal vez al puerto, donde aún seguían saliendo barcos todos los días.

Buscaría uno que llevara en su cargamento madera. Sí, eso es. La mantendría a salvo durante la travesía y la llevaría hacia un país exótico lejos de su influencia.

Pero alguien seguía sus pasos.

Negu aceleró con el coche bajando en dirección a la villa de Avilés, en la zona llamada del Puente Azud, próxima a la ría.

Sospechaba que el guarda de la garita había dado una señal de aviso y ahora un extraño coche negro, sin matrícula, le seguía burlando la distancia de seguridad.

Intentó ver a la persona que lo conducía a través del espejo retrovisor, pero solo vio la figura de una persona embozada de negro en el sillón del conductor. No pudo precisar si era un hombre o una mujer. En la parte de atrás no pudo discernir si iban otras personas porque los cristales estaban tintados de negro.

Negu se sorprendió de la rapidez con que había sido dada la voz de alarma. Disminuyó la velocidad pensando que, si así lo hacía, descubriría si el coche realmente lo perseguía al dar un fuerte frenazo, si todo era fruto de su paranoia, pero, el coche negro, lejos de reducir su velocidad se puso en paralelo a su lado, a una velocidad similar compitiendo en una riesgosa carrera.

Negu sintió pánico y comenzó a acelerar y el otro coche hizo lo propio.

El coche de Negu, se desvió entonces por la carretera que deja el Museo del Niemeyer y la ría a un lado.

Intentó acelerar aún más con el otro coche siguiéndole detrás. Negu pensó que así se zafaría, si conducía más rápido, pero cuanto más y más aceleraba el coche que llevaba atrás hacia lo mismo.

Los conductores que iban en aquel momento por la misma vía y que, eran bastantes, intentaron apartarse para eludir el impacto, dándose cuenta del cariz que estaba tomando aquella alocada carrera.

En la refriega varios coches resultaron afectados por los choques, pero Negu, seguía manteniendo el tipo con el coche negro que lo embestía una y otra vez por detrás.

Negu, que solo quería escapar y no colisionar intentó esquivar al vehículo negro que había quedado atravesado en la vía y al camión que había delante de éste, al realizar esta maniobra, e intentar esquivar a los dos vehículos dio un volantazo, golpeó el guarda raíles, lo rompió y salió despedido por los aires cayendo estrepitosamente al fondo de la ría.

Mientras se hundía lentamente intentó romper la ventanilla con su codo para salir a nado, pero no lo consiguió y además su cinturón de seguridad se había bloqueado.

Allí mientras se ahogaba rezó en silencio una oración, la única oración que recordaba y que le había enseñado a decir su madre cuando era niño, era una oración que hablaba de un ángel de la guarda.

Sus ojos vidriosos siguieron a la esfera transparente en su ascensión a la superficie.

Lloró. Lloró más por el hada que por él mismo que le miraba con una tristeza infinita con las manitas apoyadas mientras las perforaciones de la esfera inyectaban el agua salada hacia su interior.

Sería mucha suerte que la esfera consiguiera salir a flote a aquella profundidad con su preciada carga indemne.

Alisha no merecía morir de aquella manera. Un ser inocente que había sufrido tanto por la ignominia del ser humano, tendría que haber tenido una vida y una muerte mucho mejor de la que le había tocado en suerte.

Y mientras veía la luz del día filtrándose en el agua oyó una voz que parecía hablarle otra vez a su cerebro y que le decía suavemente:

–Es el final –dijo hablándole a su cerebro– ¡No te preocupes! ¡La película acabará bien! ¡Muchas gracias por cuidarme!

Y los labios de Negu, quien negaba a Dios, pero en el fondo creía en él susurraron a Dios, que en caso de existir acogiese a Alisha en su seno.

Mientras, lejos en el observatorio de pájaros el ejército enfervorizado de quimeras y insectos robots se lanzaban contra las abejas.

Y Aria, la hermana gemela de Alisha, la única hada que como ella conservaba aquel aguijón, cayó al suelo como si un fulminante ataque la hubiese derribado.

Si alguien se hubiera parado a observar los ojos de Aria con un microscopio, habrían visto en ellos una diminuta lágrima imperceptible como las de un ser humano.

Dicen que existe una misteriosa telepatía que une estrechamente a los gemelos. Cuando uno resulta herido o muere, cuando uno está enfermo o se halla en peligro el otro, muy lejos siente en sus carnes como si en verdad le estuviera sucediendo a el mismo.

UNOS HECHOS AISLADOS

Una chica con un cierto look que recordaba al movimiento punki paseaba por el andén y llevaba una colorida cresta de colores, y una cazadora corta de cuero rojo llena de tachuelas. La chica golpeaba con sus botas militares verde oliva una lata que alguien había tirado descuidadamente al suelo. Cuando se cansó de jugar con ella, la cogió y la tiró en la papelera mientras buscaba con la mirada a alguien que no había bajado aún del tren que acababa de llegar a la estación.

Cuando vio llegar a ese alguien, tan esperado hizo aspavientos con la mano. El chico vestido completamente de negro, un hombretón alto de pelo rizado color azabache con unos curiosos mechones blancos repartidos estratégicamente, con su rostro redondo con un hoyuelo en la barbilla, se hizo paso entre la gente y la saludó sonriente.

Fidda le miró, con aquel hoyuelo Arquímedes parecía muy atractivo y varonil. No le extrañaba que sus dos mejores amigas estuvieran coladitas por sus huesos.

–¡Hola Fidda!

–Hola Arquímedes. ¿Cómo te va? Llegas un poco tarde. –Consultó su reloj con gesto de amonestación para comprobar la hora y vio que eran las 5 y cuarto. Había quedado con él a las 4 y cuarto, una hora antes. Estaba desesperada de frío y cansancio, esperando en aquel andén

de mierda hasta aquel momento solitario, pero, supuso que a Arquímedes tendría una buena excusa para dejarla plantada durante tanto tiempo.

–Pues… no sé qué ha podido pasar se ha ido la luz en los vagones. Estuvimos detenidos un montón de tiempo. Últimamente hay muchos fallos y muchos retrasos. Afortunadamente las hadas lo arreglaron. Ese es el motivo de mi retraso, sé que no tengo excusa porque siempre hago lo mismo, pero así es como ha sucedido.

–Como siempre resopló ella encogiéndose de hombros.

–¿Quieres que vayamos al CUBO?

–¿Al CUBO? ¿No es muy pronto para eso? ¡A estas horas este todo lleno de gente! Me agobia la gente. Me molesta el ruido. Prefiero ir cuando todo esté en silencio, cuando lo tengamos todo para nosotros solos.

–Pero es que mi hermano Edmundo nos espera allí y también Itzel y quien tú ya sabes.

Arquímedes puso los ojos en blanco cuando Fidda nombró a "quien tú ya sabes".

–¡Quien yo sé! –Se carcajeó–. Ella me gusta mucho. Realmente la adoro y me encantaría quererla como ella me quiere a mí, solo que…

–Solo qué –continuó Fidda deseando que Edmundo acabase la frase.

Arquímedes calló de repente mirando el suelo.

–Solo que ella nunca será un ser humano como nosotros. Y eso me hecha un poco para atrás.

Fidda admitió un gesto de sinceridad en Arquímedes.

–Estoy cansada de esto –expresó llevándose una mano al bolsillo del pantalón y acariciando un objeto que al parecer tenía allí guardado–. Ya sabes, del jueguecito este que os traéis. Sé que quien te quita el sueño es Itzel, pero "quien tú

ya sabes parece muy enamorada de ti así que, si tú no sientes lo mismo deberias ignorarla o dejarle las cosas claras.

–¡Oye Fidda! –Le cortó tajante. ¡No quiero hablar de ello! ¡Entiendes? Ella es muy tierna y de verdad que no me gustaría herir sus sentimientos. Pero me apena decirle que no la amo, que nunca la amaré como ella quiere que le ame. ¿Quieres que se lo diga y rompa su corazón? Supongo que si le hago caso es porque ella en realidad me gusta, pero no aspiro con ella a nada más.

–No –admitió Fidda cogiéndole amistosamente del brazo–. No quiero que hagas eso, solo que seas un poco amable con ella, eso es todo. Que se lo vayas diciendo de una forma suave pero que deje de quererte poco a poco.

Fidda miró el andén por el que pasaban. Estaba lleno de pinturas de grafiti. Las hadas planeaban sobre las cabezas de la gente haciendo un ruidito extraño al comunicarse las unas con las otras, como un ruido de campanillas. La muchedumbre se apretujaba para subir al hiperloop: gentes que volvían a sus casas con las bolsas de su compra, atareados hombres de negocios, y estudiantes que partían a sus universidades subieron corriendo por las escaleras haciéndose paso entre gentes de todas las razas y colores.

Salieron del metro y se internaron por otro túnel de la ciudad subterránea. Las ciudades subterráneas eran un inmenso queso gruyere lleno de túneles y agujeros.

En el nuevo túnel se oían villancicos de navidad y todo estaba decorado con luces de neón de color azul.

Fidda pensó en la artificialidad del túnel y en lo odioso que resultaba estar escuchando durante horas y horas los mismos villancicos y las canciones que hablaban de amor y paz, como si todo fuese perfecto, como si la humanidad ignorase todo lo horrible que le había acontecido.

El túnel de enormes dimensiones reproducía una ciudad con sus pequeñas casitas de tejas rojas y sus tejados llenos

de nieve artificial. Todo estaba tan logrado que incluso el cielo lleno de estrellas parecía de verdad.

La nieve artificial de aspecto sucio se arremolinaba en el suelo alrededor de las aceras y dentro de las casas se veían luces y actividad. Pero todo era falso, las luces, las casas, la gente viviendo dentro, sin embargo, todo, parecía verdad.

Fidda se sacudió los copos de nieve que caían sobre su cazadora de cuero roja y espantó con una mano a un hada que en ese momento con su vuelo errático había estado a punto de aterrizar en la cresta de su pelo.

–¡Hermoso el callejón el de la navidad! ¿No? –preguntó Fidda con una sonrisa. – Esa hada parecía un poco distraída.

–Sí. –Estuvo de acuerdo Arquímedes–. El callejón de la navidad es muy hermoso, aunque, es una lástima que todo esto sea de mentira.

–¡Que negativo estás hoy, por Dios!

Y al decir esto Fidda se rió para sus adentros, en realidad, pensaba lo mismo que Arquímedes, odiaba cada vez más aquel mundo que les había tocado vivir tan artificial, tan de negar lo que ocurría. La vida era muy triste y muy dura allí y al pensar esto se aferró aún más a su brazo como si buscase refugio.

En ese momento, por en medio de aquella falsa carretera de gravilla, tropezaron con un hombre que voceaba los periódicos con las manos en alto por encima de la gente.

–¡Extra! ¡Extra de Noche buena!

El hombre esgrimía un periódico en alto intentando sobresalir entre la multitud que lo empujaba en todas direcciones.

Fidda lo miró apasionada. Se puso al lado del hombre mirando el objeto por todos sus ángulos.

–¡Guau! –Exclamó– ¿Has visto eso, Arquímedes? ¡Aquí tenemos un objeto verdaderamente vintage!

–Me encanta –observó él dando vueltas alrededor del hombre y su mercancía– ¿Señor, a cuanto los vende? ¡Los quiero absolutamente todos!

Fidda no pudo contener la risa. Sabía que Arquímedes adoraba el papel. No dudaba en adquirir cualquier objeto que estuviera hecho de esto de este material por caro que resultara.

–¡Hombre! –sopesó dubitativo la oferta. –La verdad es que por ser el papel un bien tan escaso lo cambiaría por varias dosis de DELÍRICO y un acceso gratis al CUBO a las salas de ustedes los PREMIUM, no crea que no les he reconocido Hermanos Calderón Estrada. ¿Me permiten un selfie con ustedes dos?

–Psss. –Fidda entre risas, se llevó un dedo a la en señal de silencio– ¡Guárdenos el secreto señor vendedor de periódicos! ¡Dejemos el selfie para otro día! En su lugar le concederemos lo que pide dos dosis de DELÍRICO y un acceso gratis en noche buena a la zona Premium. Como sabe no podrá viajar solo. Le asignaremos un guía: se llama Alonso y dirigirá su viaje y su regreso a su mente.

–No hay problema. Por mí encantado –respondió el hombre.

–¡Hecho! –Arquímedes sacó de su bolsillo una lamina de plástico extra fina en la que se dibujaron una serie de símbolos parecidos a la escritura cuneiforme en un color verde muy intenso–. La transferencia está hecha.

Cogió todo el fajo de periódicos y continuó avanzando con Fidda del brazo mientras se encaminaban al túnel de la salida que conducía al CUBO.

Este túnel que atravesaban ahora era muy frío y lóbrego. La nieve, con las casitas había desaparecido. Estaban en un túnel hecho de ladrillo rojo iluminado por unas luces de neón del mismo color.

Todo el suelo estaba lleno de piedras y de excrementos, no se sabe si por las alimañas que podían vivir allí o por algunos

humanos que se le parecían. El ladrillo rojo recordaba a aquel con el que se habían construido las casas del barrio de las escombreras.

–¿Qué dicen los periódicos "El Extra de la noche buena"?

Así se llamaba el periódico.

–Pues no lo sé, todos son iguales. La misma fecha, las mismas noticias, el mismo periódico. Si los he cogido todos es únicamente por el papel. Son todo noticias atrasadas.

–Sí, ya veo –carraspeó Fidda–. Déjame ver uno a ver que trae.

Fidda leyó con avidez los titulares. No traían nada excepcional, las noticias normales de los túneles, las necrológicas y los espectáculos, pero con un material muy escaso y antiguo como es el papel, pero de repente, los titulares de dos noticias llamaron poderosamente su atención. Las noticias eran de hacía dos años.

–"En esta noche buena, se han registrado incidentes en un asilo de ancianos. Se ha producido un incendio del que no se ha de lamentar ninguna baja, por fortuna. Al parecer, un hada ha sido la causante del cortocircuito en la zona de los ascensores. Las autoridades investigan si ha debido haber algún fallo en la genética o el hardware del hada. Pero, la población puede estar tranquila, porque solo se trata de un caso aislado.

La otra noticia tenía la foto de una mujer. Era una mujer rubia, de facciones redondas y unos enormes ojos almendrados.

"La Doctora Jan continua con su padre en Ciudad Polor la investigación sobre la recuperación de las abejas. Ella dijo: "No todo está perdido. Podríamos recuperar parte de su ADN que permanece enterrado en el permafrost".

–¿Donde he visto yo antes esta foto? –caviló Fidda.

Arquímedes se rascó también pensativo la cabeza.

Pensó lo que responder mientras miraba arriba, hacia el techo del túnel. Era de piedra y estaba iluminado por unas luces led muy potentes para guiar los pasos de los viandantes en dirección a la MÁQUINA.

El Barrio de la Luz era un queso gruyer bajo tierra, conectado por numerosos túneles que recreaban una realidad inexistente a opción de cada persona que pasaba por allí. Todo se conseguía a través de píldoras ingeridas portadoras de implantes genéticos o lentillas que al conectarse a la red estimulaban determinadas zonas del cerebro interpretando "la realidad" para cada persona. En muchos de ellos, como era el caso del túnel de la navidad, no es que hubiera ese decorado en concreto para todos, el túnel era un simple túnel, pero cada cual tenía el poder de recrearlo virtualmente según su voluntad ayudándose de la realidad aumentada, de los hologramas o de la Realidad Invasiva.

Fidda y Arquímedes habían elegido elegir juntos el túnel de la navidad y algunas de las personas con las que se cruzarían en aquella nochebuena en el túnel habían elegido la misma opción que ellos, pero cada cual lo veía de una forma particular pues no para todos se representaba el mismo paisaje.

Fuera de los túneles siempre era de noche y el aire, aunque respirable era de pésima calidad.

–No es extraño que esa hada haya perdido la chaveta, yo mismo, aún no sé cómo la conservo sobre mis hombros. –Reflexionó aludiendo al hada que momentos antes se había chocado contra la cresta del pelo de Fidda.

–¿Por qué lo dices Arquímedes?

–¿Qué por qué me preguntas? ¡Nos levantamos todos los días a oscuras e intentamos mantener el mejor ánimo posible, pero, no hay esperanza Fidda! La realidad es que nos vamos a la mierda. Yo no sé cuántos años nos quedan. No sé si merece la pena seguir luchando. Sin duda esa hada ha hecho lo que tenía que hacer, destruirnos, porque, sin

duda, es lo que nos merecemos. El mundo se va a acabar dentro de poco. Desgraciadamente nos va a tocar llegar a verlo.

–¡Vamos! No te pongas apocalíptico –Fidda se río y al instante mudo su cara por una expresión de terror y de asco lanzando un gritito cuando algo se cruzó entre sus piernas. Se cobijó en los brazos de Arquímedes que riendo la atrajo hacia sí amoroso. Acababa de pasar ante ellos una rata enorme, del tamaño de un gato. Había muchas en el Barrio de las escombreras y de vez en cuando, bajaban al túnel a buscar comida entre los desperdicios.

La rata se refugió asustada por el grito de Fidda bajo una de las alcantarillas del suelo.

–¿Ves por qué te dije que nos quedan cuatro días, Fidda? –señaló la rata–. Si no nos destruimos nosotros, lo van a hacer ellas al final. No sé porque nos esforzamos tanto.

Fidda contempló el túnel desolado, solo con ellos dos, solo con ratas enormes como gatos.

–Puede que tengas razón –reflexionó.

HACIA OTRO LUGAR

Soy muy joven, es cierto, soy muy nueva, en esto, pero me gusta experimentar a través de lo infinito del CUBO.

Está todo lleno de los sueños de la gente. Me encanta verlos, oírlos, sentirlos... Todos guardados en infinitas cajas con sus números nemotécnicos y con nombres y apellidos, ubicaciones, gustos...

El programa del CUBO es complejísimo. Ni siquiera nosotros mismos pudimos calibrar la velocidad con que se expandiría. El CUBO continúa haciéndolo, continúa aprendiendo de nosotros, y de él mismo, aunque de una temporada a esta parte... No sé. creo que se está volviendo bastante creativo.

Le gusta inventarse historias y mezclar la fantasía con la realidad y a veces me da bastante miedo. Pero supongo que es un poco como yo, caótico, creativo, complejo. A mí también me gusta inventar historias por eso estoy escribiendo esa novela que encontré que solo tenía un título, unas pocas dedicatorias y todas las páginas arrancadas.

Hay sueños de la gente, pesadillas, realmente aterradoras, cosas malas... Yo las filtro para los demás y para mi misma, pero a veces, hay rincones oscuros, sombras, aristas que desearía no ver en mi máquina.

Pero es difícil por no decir imposible acceder a todos esos lugares ocultos. Incluso en el CUBO hay una red oculta, como

el internet oscuro a donde ni siquiera algunos soñadores Premium podemos acceder, lugares donde se trafica y se vende, lugares oscuros que no podemos erradicar no porque no queramos, si no por que simplemente no podemos. Supongo que esto es intrínseco del ser humano: la bondad y la maldad. No hemos evolucionado casi nada pese a nuestra tecnología.

Pero hablemos del Cubo y de las Hadas.

Las hadas, hacen un trabajo extraordinario en El CUBO, Las hadas que se dicen descendientes de unas hadas gemelas originarias parecen tener un lenguaje sofisticado que comprende el nuestro, incluso transmiten nuestras órdenes a las máquinas con las que se comunican, pero nunca hemos podido acceder a su lenguaje, al código oculto que utilizan para comunicarse entre ellas.

Nuestro monstruo: La máquina, accede mejor a su lenguaje y por eso, las utilizamos para su mantenimiento y desarrollo porque solo ellas tienen una mejor comunicación.

Pero esa águila a la que ni siquiera la araña del CUBO sabe darle explicación me trae de cabeza.

Por eso cuando los vi atravesar las puertas de cristal azul con un sequito de hadas volando alrededor de ellos sonreí, aunque no corrí eufórica a su encuentro. Me limité a ver por dónde iban sin que ellos me vieran a mí, quería que vieran el águila y la admirasen, y no quería que la opinión que yo podría tener respecto a ella les influyera y también les había llamado por qué estaba pasando algo muy grave con Edmundo, algo que quería que vieran.

En ese momento se unieron a la pareja, otras personas, parecía que todos se conocían entre ellos y se saludaban de una forma muy amistosa.

–¡Ey! ¡Parejita!

Una alocada Itzel entró corriendo y se puso a abrazarlos de forma efusiva.

Yo sentí celos. Vi un resplandor en los ojos de Arquímedes y pensé: ¿Por qué a mí no me mira como a ella?

–¡Basta, loca! –la apartó Fidda cariñosamente dándole un suave empujón para repeler su ataque de besos. ¿A dónde vas?

–¡Con vosotros, por supuesto! –Itzel distraída y sin dejar de sonreír buscó con la mirada entre la muchedumbre rostros conocidos. Al verlos alzó las manos para saludarlos– ¡Oxi! ¡Alonso! ¡Estamos aquí!

Los recién llegados corrieron a reunirse con el grupo haciéndose paso entre la gente.

–¿Qué te pasa Oxi? Estás muy seria. ¿Verdad, Alonso a que Oxi está muy seria?

Alonso miró a Oxi la mujer de Edmundo. Estaba cabizbaja. Tenía mucha tristeza en su mirada algo no muy usual porque Oxi era una persona alegre, se caracterizaba por transmitir alegría a todo aquel que le rodeaba.

–Sí, es evidente que algo le pasa, pero como siempre no nos lo va a contar.

–No lo sé. –Accedió a decir Oxi algo molesta al ver la insistencia de sus amigos–. Supongo que es porque no he podido dormir nada y porque paradójicamente en la calle me duermo en todos los sitios. Y también porque desde ayer no veo a Edmundo. No vino a dormir a casa, y estoy francamente preocupada. Os he llamado a todos y todos me habéis dicho que no sabéis nada de él desde ayer por la tarde así que no sé si de verdad llamar a la policía. Temo que algo le haya sucedido. He llamado a toda la gente que frecuenta, familiares, amigos, gente del trabajo por si pudiera estar con ellos, a su hermano, que vive en el nódulo próximo al túnel de noche buena también lo he llamado, pero nada. Nadie sabe nada. Estoy desesperada. Y ahora nos citan aquí. ¿Vosotros creéis que Edmundo habrá venido aquí al CUBO, él solo? ¿qué realmente ha decidido hacer de lo que me dijo?

–Ja. —Respondió Alonso– ¡Bienvenida al Club! Nosotros tampoco podemos dormir. Pero eso no es nada nuevo.

–¡Como me suena eso! –estuvo de acuerdo Itzel–. Y en cuanto a tu maridito andará por ahí seguro. No te inquietes. Si nos ha llamado ella aquí es porque en realidad sabe algo. Presiento que Edmundo anda por aquí por el CUBO. ¿Y que es lo que Edmundo te dijo?

–Tengo que tomar mi dosis de DELÍRICO para sentirme un poco mejor, pero estoy tan preocupada que no he podido pararme a solicitar mi dosis. –Prosiguió Oxi–. Estoy, como si presintiese que algo malo se está fraguando. Ayer encripté el retrato ese que encontramos en las escombreras en un sueño. Quería saber si por el reconocimiento facial podríamos saber quien era la persona retratada y si tendría algún o alguna descendencia suya rulando por aquí en nuestro tiempo. Edmundo insistió en que había encontrado un escenario muy extraño. Era un escenario de guerra. Quería que yo fuese con él, pero le dije que en otro momento iríamos juntos. No esperaba que él lo intentase hacer solo. ¿Creéis de verdad que no ha hecho ese viaje él solo, en compañía de nadie?

Todos enmudecieron.

Los ojos grandes de Oxi se ensombrecieron por el terror y la duda.

–¡Guau! –Itzel rompió la tensión que se había instaurando en aquel momento señalando a un águila en el techo. Su imagen se veía en todas las pantallas, incluso se proyectaba en las puertas de los ascensores–. Que maravilla ¿Verdad? ¡Está en todas partes, en los techos en los suelos¡¡Es francamente preciosa!

–Sí, sí que lo es –admitió Arquímedes observando la figura del águila–. Es una imagen muy rara, una anomalía. Aún no sabemos el origen de esa imagen. Estamos estudiando si podría ser una especie de virus. Tememos que dañe el funcionamiento del CUBO, pero parece que no le hace nada. Es como una especie de salvapantallas.

–¿Y quien ha creado o puesto ese salvapantallas? –preguntó Itzel.

–Eso es lo que estamos intentando saber. –Respondió Arquímedes encogiéndose de hombros.

Oxi se fijó en los periódicos que Arquímedes llevaba bajo su brazo.

–¿Y eso que es, papel de verdad? –señaló con curiosidad.

Arquímedes asintió con orgullo.

–¡Vaya déjame verlo!

Le tendió el fajo de billetes y se cruzó de brazos cuan alto esbozando una sonrisa sin apartar los ojos de Itzel.

Al mirar el periódico la foto de la doctora le llamó poderosamente la atención.

–Me recuerda a alguien no sé aún a quien... –dijo dubitativa– tal vez a alguien que he visto en alguna parte.

–Lo mismo me ocurre a mí. –Dijo Arquímedes.

En ese momento, un pequeño robot redondito como una cucaracha gigante de color azul cielo se acercó a ellos.

–Bien venidos a las salas PREMIUM. –Les dijo–. Tengan ustedes la amabilidad de seguirme.

Obedecieron y caminaron juntos en fila india siguiendo al robot que se detuvo ante la puerta de la sala de contaminación. El grupo pasó a la sala donde un empleado confirmó sus identificaciones y les hizo pasar al recinto donde el personal medico hacia las pruebas médicas pertinentes de tipo cardiaco y sobre el uso de estupefacientes y una vez se comprobó que todos ellos estaban limpios concedió su permiso para que todos ellos pasaran a una de las salas PREMIUN que no estaba abierta a todo el público.

Las pantallas estaban apagadas y en ese mismo instante, se encendieron cuando ellos cruzaron la puerta en un festival de luz y de color.

Luego, todo se tornó muy blanco y todas las pantallas, arriba, abajo, a los lados recrearon el paisaje de un bosque de bambú bajo la lluvia.

Observaron el verdor de los troncos y el relajante sonido del agua empapando la tierra, su olor también inundó sus papilas olfativas.

Sonaba una música de shamisen (instrumento musical japonés) tocando la canción de "Sakura" (Flor de Cerezo).

–Ya estáis aquí –avancé hacia ellos sonriente al ver que estaban todos–. Ocupad vuestros puestos en las butacas y le diré a la araña que baje con el Delírico para inyectar.

–Pero: ¿Por qué nos has hecho venir? –Preguntó Fidda inquisitiva–. Si sabes algo de Edmundo dínoslo. Yo estoy muy preocupada por mi hermano y Oxi, que es su mujer también. No alargues más nuestra agonía y dinos si está aquí. De lo contrario tenemos que ir corriendo a la policía a poner una denuncia porque no le encontramos por ningún lado. No estamos aquí para escuchar tonterías sobre la novela que estás escribiendo.

En ese momento me sentí muy triste pero no quise responder a su odio injustificado.

Sin responder a la pregunta dirigí mis ojos hacia una butaca solitaria en la primera fila.

Sentado en ella, un joven con aspecto desmadejado, yacía sumido en un profundo sueño.

–Es Edmundo. Aquí lo tenéis. Lleva dormido desde ayer por la noche así que no hace falta que llaméis a la policía. Sus constantes vitales son normales, pero parece que vive como en una especie limbo o bucle del que no soy capaz de sacarle. He monitorizado su sueño y en él, Edmundo está implorando la presencia de ti, Fidda. Si no conseguimos sacarle de este limbo entonces sí que será precisa la presencia de la policía y también de una ambulancia.

–¡Ay, Dios mío! ¡Yo tuve la culpa! ¡Él me habló de ese lugar y me dijo que, si le acompañaba, pero yo le dije que no en ese momento! ¡No pensé que lo haría solo sin mí!. –Sollozó Oxi con desesperación– ¡Déjame acercarme! ¡No hay tiempo que perder! ¡Quiero ir allí y sacarle! ¡Puede morir! ¡Cada segundo que pasa es vital!

–¡No!, tú no. –Interpuse un pie entre ella y la butaca. Oxi me miró con esa mirada que tienen los niños cuando le niegan algo que anhelan con toda su alma. Sentí lástima por ella. Pero aún permitiéndole que fuera no haría si no empeorar la situación de Edmundo en el sueño– ¡No le despiertes! ¡Podría ser muy peligroso Oxi! He estado en ese sueño en que él está. No te preocupes no morirá, a menos que sea su hermana Fidda quien vaya a buscarlo. Él así lo pide. Mientras cumplamos su deseo todo va a ir bien. ¿Trajiste Fidda por cierto eso que te pedí?

Fidda asintió y me enseño un objeto plateado que hasta entonces había permanecido oculto en un bolso de su pantalón y que ya llevaba con ella cuando esperaba la llegada de Arquímedes en el Hiperloop.

–Ignoraba porque me pedías que trajese un objeto tan extraño.

–Ahora ya lo sabes. –Asentí aprobatoriamente mirando como la mano de Fidda se abría. Contenía un silbato de plata vieja ligeramente oxidado. Era un silbato viejo, no un silbato cualquiera, si no los que se utilizaban antiguamente en las estaciones de trenes para avisar a los pasajeros que un tren acababa de llegar o iba a partir.

–Lo haré sonar para traeros a ambos de vuelta –dije y mis palabras intentaron sonar tranquilizadoras– pero tú, Fidda tienes que meterte dentro adonde él está y convencerle que debe despertar. Luego, yo haré sonar el silbato y os traeré de regreso a los dos.

En ese momento vi que Arquímedes se sentaba en una de las butacas al lado de Edmundo, se ponía los brazos

sobre su cabeza y estiraba cómodamente sus piernas como si se estuviera preparando para disfrutar de un día de cine corriente con palomitas frente a una vieja pantalla del año 2019.

–Está bien –se levantó estirando los pliegues de su pantalón y moviendo las manos y las piernas para desentumecerlas–. Vamos al lio muchachos.

–No, le corregí. –¿Crees que has venido a divertirte aquí, Arquímedes? No. Tú no irás tampoco. Solo irá Fidda, pero tú navegarás por otros sitios, si lo deseas y recabarás información, no en el sueño de Edmundo y Fidda si no por tu cuenta o junto a otros soñadores. Realmente no me importa lo que hagas ahora en el CUBO lo primordial es sacar a Edmundo de donde está.

Arquímedes resopló un poco ofuscado como un niño al que su madre ha impedido salir a la calle a jugar a los charcos con unas botas de plástico.

–¿Entonces, para que narices nos has hecho venir a todos? ¿No bastaba con que viniera Fidda sola? –protestó.

Estaba enfadado. Yo lo sabía. Pero sinceramente me daba igual. En aquellos momentos liberar a Edmundo era la máxima prioridad y quería que todos entendieran eso. Teníamos que estar todos juntos y unidos pasara lo que pasara.

Oxi me miraba aterrada con los ojos al borde de las lágrimas frotándose sin cesar las manos, presa del nerviosismo.

–Quiero que cada uno de vosotros viaje por el CUBO y recabe información complementaria. Además, si vamos todos, es posible que la situación de Edmundo empeore. Con Fidda en ese escenario nos bastará.

Mientras yo hacía sonar el silbato en un modo inicial, Fidda conectada a la araña se visualizaba subida en el tren Onírico que la conducía a un pueblo en medio de la guerra.

El tren Onírico en aquel sueño se detuvo en una estación muy antigua. Ya no existían esos paisajes, tal vez sí en el pasado o en la realidad que el CUBO recreaba, pero no en nuestro tiempo.

Era como una especie de viaje al pasado. Se podría decir que sí era eso, si no fuera porque todo era una recreación.

Fidda posó cautelosa sus pies en la estación, como si temiera que el suelo iba a derrumbarse bajo su peso.

Era de noche y corría una brisa marina. Caminó con tiento en busca de la casa.

Entre tanto, Edmundo Calderón, su hermano, en una vieja y derruida casa, pisaba los tablones combados por la humedad como si quisiese hacer el menor ruido posible con sus pisadas. Hacía un frío excesivo, pensó, casi de nieve, se atrevería a decir, como si hubiese estado helando toda la noche. Podía sentir el cadencioso sonido de la lluvia en el exterior mojando los campos y los tejados rojos de las casas, golpeando al caer con fuerza contra los adoquines del suelo. Afuera los truenos y relámpagos retumbaban poderosamente sacudiendo la tierra con su cegadora luz azul iluminando fugazmente las estancias que antes habían estado oscuras como si de repente, se hubiera hecho de día. En algunas habitaciones con las ventanas rotas, el rayo había impactado sobre un montón de basura y papeles secos hacinados provocando con sus chispas pequeños incendios que enseguida eran sofocados bien porque los suelos estaban mojados o porque no había allí nada más que se pudiera prender. Las estancias, lóbregas y frías estaban llenas de piedras de distintos tamaños, cristales rotos de botellas, latas vacías de cervezas y envases de tetrabrik junto a latas de conservas vacías, bolsas rotas de basura donde merodeaban ratas, tan grandes como gatos, tan grandes como las que se veían en algunos túneles del Barrio de las escombreras vagando entre los restos de la comida podrida.

A Edmundo le daban mucho asco, aunque estaba bastante acostumbrado a su presencia en los túneles, pero era necesario estar allí ahora y en aquel momento preciso. No sería por mucho tiempo. Sentía mucho frío, quizás más del que Oxi, su mujer, le había dicho que tendría cuando trazó las coordenadas temporales y espaciales en las que había viajado, de haberlo sabido, hubiese llevado ropas que ofrecieran más abrigo que aquellas que traía ahora mismo. De haber estado Fidelia con él todo sería muy fácil porque ella era experta en mapear y sabía cómo desenvolverse en el CUBO. Necesitaba de su hermana para salir de allí porque se sentía atrapado en ese lugar donde días atrás había estado con Oxi, Juntos habían divisado el pueblo y la casa, pero ninguno de ellos se había aventurado.

Al final estaba allí solo y no sabía como escapar de aquel escenario.

Habían intentado hacerle salir de allí, pero a todas luces resultaba imposible.

Intentaba franquear las puertas de la casa, pero algo se lo impedía, era como si se levantara un muro infranqueable e invisible, en él que él rebotaba y caía estrepitosamente hacia atrás, a veces haciéndose mucho daño.

Tras varios intentos fallidos había claudicado. Estaba encerrado en aquel lugar, sin posibilidad de salir por su propio pie ni siquiera con ayuda. Solo podría salir escuchando un estímulo externo. Algo que él conociese y con lo que se sintiese muy identificado.

–Tráeme el silbato de tren del Congo que nos regaló mi padre. Dile a mi hermana Fidda que venga y me lo traiga. Dile que me saque de aquí. Solo ella puede conseguir que deje este sueño.

Así que llamé a Fidda y le dije que trajese el silbato. Le pedí que entrase en el escenario de Edmundo y que yo haría reaccionar a los dos haciéndolo sonar. Tal vez eso valdría. En la mayoría de los casos nos funcionaba.

Edmundo tenía frío y estaba asustado y por eso llamaba con insistencia a Fidda reconociendo que había sido un grave error por su parte acudir a aquel lugar él solo, pero por alguna razón ella se estaba demorando más de lo que él había previsto y él se sentía vulnerable en aquel extraño lugar tanto, como aquel pingüino en la desolación antártica, aquel pingüino que de una temporada a esta parte veía en todos y cada uno de sus sueños y al que había conocido por la lectura de aquel libro Wanik, el primero de la trilogía del que sí había constancia en la red.

Observándolo bien, aquel pingüino del que hablaban aquellos libros, más que pingüino, parecía otro tipo de ser, un extraterrestre tal vez, un ser de las estrellas ataviado con un extraño traje que le confería ese aspecto de pájaro acuático, quizás para mimetizarse de alguna forma con este tipo de aves.

Edmundo cogió del suelo un poco de hollín y se dedicó a hacer una especie de retrato robot del pingüino en una de las paredes de la casa.

Miró en la pared verde y sucia el pingüino que había dibujado. No era un pingüino normal. Parecía más bien una especie de traje con la que aquel ser había intentado mimetizarse con la fauna terrestre.

Pensó que sabía mucho de aquel pingüino a través de la información que había recabado en el Cubo.

Se decía que se trataba de un extraterrestre que había venido a la Tierra esperando encontrar a una especie amable, nosotros, y en cambio halló a unos seres beligerantes.

Llegó a aborrecer tanto al ser humano que se vio obligado a huir al exilio y allí, cuando estaba a punto de morir por la tristeza y la desolación fue salvado por unos pingüinos que le infundieron calor y cariño por lo que no parece nada raro que crease un traje que se pareciese a ellos, para vivir armónicamente entre ellos.

Todo eso se contaba en una de las primeras novelas Wanik.

La segunda novela se llamaba Esperanza.

De estas dos novelas había constancia en la red. Habían sido escritas por dos hermanos durante el siglo XXI y se sospechaba de la existencia de una tercera novela llamada Volar que nunca había sido encontrada.

La insistencia por el conocimiento de los detalles de estas novelas estaba clara ya que Edmundo y Fidda Calderón. Estrada eran unos descendientes de los escritores.

Y yo, yo no tenía nada que ver con ninguno de ellos, pero me puse a escribir esta historia inconclusa, la tercera que completaba la trilogía, esperanzada en que al menos ya que los verdaderos autores habían fallecido, sus descendientes me diesen el visto bueno.

El CUBO me ayudaba.

El cubo cambiaba a veces cosas y se inventaba otras, aunque mantenía finalmente su esencia. Por eso me tomaba la información con una cierta reserva. Era una máquina muy creativa: y novedosa, contaba con recursos propios y las aportaciones de sus visitantes y con todo ello elaboraba historias complejas que no siempre, eran ciertas y que podían tener múltiples finales alternativos, interpretaciones a veces muy alejadas de lo que había sucedido en la realidad. Era un excelente instrumento de relajación, de creatividad, de fantasía y de evasión en unos tiempos que se antojaban tan duros. Una especie de realidad virtual, pero "a lo bestia que utilizaba igualmente el científico, el artista y el ciudadano de a pie.

Edmundo caminó con inseguridad y miedo y olfateó el lugar de la recreación como lo haría un perro que teme al peligro.

Escuchaba una música extraña. Era japonesa, la canción Flor del Cerezo.

Aquel lugar, no salía en ninguno de los libros, pero, formaba parte de la historia personal de los dos autores de los libros de los hermanos Estrada.

Era un escenario post guerra, de un tiempo previo al nacimiento de los dos novelistas.

Aquel lugar oscuro que olía a una mezcla de polvo, moho, ceniza, sangre y pólvora no se le había revelado en ninguno de los tres libros. Al contrario, no aparecía en ninguna de las novelas. Más bien, lo habían encontrado hurgando en la vieja y obsoleta red de internet que daba sus últimos coletazos y el CUBO había hecho el resto recreando la historia con un derroche de decorados.

En algún sitio de esa red obsoleta había un viejo blog creado por una tal Rosa Estrada, en la que habían encontrado una reseña al padre de ambos hermanos y ellos, solo habían tenido que introducir las Coordenadas y Voila. Allí estaban en un punto determinado del tiempo, en una casa en Bruyos de arriba, después de la guerra civil.

–Maravilloso ¿Verdad? –Ironizó Edmundo. ¡Como si no hubiera más sitios donde ir: una maravillosa playa en Bali, un paseo en camello por el desierto del Gobi contemplando el crepúsculo, pero no, ¡aquí tengo que estar yo!

La casa en Bruyos de arriba era lóbrega húmeda y fría. Todo el mobiliario aparecía destrozado y en la pared se podían ver unas pintadas. Las ratas campaban a su antojo y olía de un modo intenso a pólvora reciente como si alguien hubiese detonado un arma de fuego hacía muy poco, sin embargo, no se veían por ninguna parte cascotes de proyectiles ni restos de lucha. Parecía una de esas tantas casas vacías, abandonadas en aquella zona de Asturias, una casa de paredes desconchadas y garabateadas por algún gamberro sin ningún concepto del arte. Por doquier el arrullo de las palomas comenzaba a resultar inquietante en medio de aquella oscuridad cenagosa. Las cortinas de antaño solo eran ahora sucios jirones por cuyas rendijas se colaba la mortecina luz de un amanecer plomizo que se resistía a nacer y el viento ululante de vez en cuando era interrumpido por fugaces relámpagos que iluminaban el

cielo. El suelo aparecía tapizado de cristales rotos debido al temporal que habría azotado la casa durante años o las piedras que unos desaprensivos le lanzaron creyéndola abandonada –quizás esos mismos que habían pintado la palabra "rojos" en letras muy grandes para que fuese bien vista, en la puerta desvencijada como a modo de insulto o advertencia y que también habían pintarrajeado las paredes de la casa con pintadas que rezaban así.

–"Ellos murieron con honra, pero tú, cobarde. morirás sin tu honor".

Edmundo se estremeció de frío y de miedo. Pisó con cuidado aquellos cristales evitando hacer el menor ruido posible cuando de repente, una bandada de pájaros oscuros enfurecidos le salió al paso desde la umbría habitación de al lado. No eran palomas, si no cuervos. Edmundo se protegió la cara del azote de las alas de los pájaros y caminó a tientas en la oscuridad cavilando sobre la reacción de aquellas aves. Hasta a donde a él le habían enseñado aquella reacción no era muy usual. Edmundo presentía que la culpa no era de aquellas oscuras y envalentonadas aves si no de la propia casa que se defendía así de los intrusos, como lo haría cualquier otro ser vivo en situación de peligro. Tal vez la casa se sentía violentada por su presencia, y se defendía de esa manera.

–Debí habérmelo pensado tres veces –se dijo.

De cualquier forma, la osadía valía la pena. Era hermoso ver los colores añiles, ocres, y gris petróleo en medio aquella penumbra líquida que parecía desvanecerse por momentos, escuchar con nitidez el ruido de aquellas aves tan extrañas, en aquel mundo tan añejo, tan raro, tan siniestramente azul y ceniciento.

El frío se volvió cada vez más insoportable y tiritó. Escuchó el ruido de su respiración agitada y vio el vaho helado que se desprendía de su boca al hiperventilar. El corazón latía descompasado y por un momento se sintió mareado y a

punto de desplomarse, le pasaba siempre que creía perder el control. Se agachó para evitar que esto sucediese y sentado en cuclillas en el suelo enlazó sus piernas con sus manos como si estuviera a punto de perder la cordura y dejó su cabeza caer contra sus rodillas. Sacó fuerzas de flaqueza y estiró la mano para coger una bolsa sucia que había en el suelo. La sacudió para eliminar el excedente de suciedad asqueado y tomó aire intentando regular su respiración y conteniendo las arcadas que el hedor de la bolsa le producían. Le costaba porque estaba en medio de un ataque de pánico o de asma o quizás de ambas cosas y terminó por fin vomitando en el sueño todo lo que creía haber comido aquel día.

Mientras, en aquella butaca blanca de aquella sala del CUBO todos luchamos por impedir que se ahogara con sus vómitos.

Edmundo seguía en el sueño. Fidelia no venía y él temía que todo se fuese al garete por su inexperiencia. Recordó lo que yo le había dicho cuando intenté en vano ir a rescatarle: Edmundo, vi algo en el suelo, en la habitación de al lado donde tú te encuentras.

–¿Qué viste?

–A una gente. Estaban escondidos en la habitación contigua a la tuya. Ahí había una alfombra roja bastante desgastada y rota. Realmente deduje que era de ese color porque le quedaban algunas hebras, en realidad estaba bastante ajada. Encima de la alfombra había una mesa maciza de roble bastante pesada, me costó moverla. Debajo en el suelo de tablillas de madera divisé una argolla, tiré de ella y me encontré con el sótano.

–¿Y porqué supiste que ahí debajo de esa alfombra había esa argolla con ese escondite secreto?

Miré a Edmundo y me paré a pensar en lo que había de decirle.

–Realmente, no lo sé. Supongo que como cuando te encontré estabas inconsciente me puse a husmear por este

lugar. Hice un rápido mapeo del lugar. Intenté localizar lugares que hubieran pasado por alto, escondrijos en el que otros soñadores hubieran dejado sus señuelos, pero todo el lugar estaba limpio de éstos. En ese momento vi que la alfombra estaba doblada por uno de sus pliegues como si alguien la hubiera movido para desplazar la mesa. Me pareció extraño porque era una alfombra muy pesada. Así que la moví para ver lo que había debajo. No imaginaba que tú estabas en la habitación de al lado, inconsciente.

–Quiero ver a esa gente del sótano de la que hablas.

–Ahora no podrás verlos. No hay nada ahí abajo –respondí–. Es como si se hubieran volatilizado. No puedo sacarte de aquí, lo intentado de todas las formas posibles. Requeriremos de una ayuda exterior. Tal vez si tu hermana Fidda viniera…

Recordando esta escena Edmundo se limpió el sudor frío que arrollaba su frente. Estaba en la habitación. Él solo, en mi ausencia, mientras yo buscaba la ayuda de Fidda había empujado la mesa maciza y había tirado de la alfombra dejando al descubierto, entre los tablones una trampilla de escaleras mohosas y. Malolientes que conducían al parecer al sótano del que yo le había hablado.

Sacó tembloroso una linterna pequeña de su bolso, que no recordaba haber llevado en la realidad pero que sí tenía en el sueño. Hasta donde pudo alumbrar la oscuridad solo pudo distinguir un montón de mugrosos trastos hacinados: viejas herramientas oxidadas y los típicos objetos en desuso que se guardan en cualquier casa para aligerar el espacio. También, unos viejos arcones donde supuso que la familia que vivía allí guardaría los alimentos para abastecerse durante los duros días de invierno –en aquellos tiempos las llamaban “fresqueras”– viejos arcones marrones que armonizaban con el color de las escaleras y las paredes donde se guardaban las carnes y embutidos.

Eran objetos raros, pero a él le gustaba ver aquellas reliquias.

De pronto, una voz conocida sonó a su espalda.

–¿Edmundo?

Se dio la vuelta aliviado al oír la voz familiar y se topó de pronto con Fidelia a la que apenas había oído llegar. La vio acercarse a él con pasos sigilosos y un grave gesto de preocupación.

–Edmundo: ¿Qué narices haces aquí, en este lugar, tú solo?

–Vine a este lugar porque quería visitar el sueño de Oxi. Ella vio antes que yo la estación y el pueblo. Pero solo yo me aventuré a entrar en la casa.

–Te dije que nunca viajases tú solo. Debiste decírmelo. –Fidda le regañó tomando asiento a su lado–. Viajamos siempre más de uno por si existe algún problema para que podamos ayudarnos mutuamente. Tú lo sabes. No ha sido un acierto venir aquí tu solo sin nadie. ¿Estás de acuerdo en eso? Tu mujer está ahí afuera, preocupadísima. De no haber podido entrar yo, quien sabe que sería de ti.

Fidelia, estiró sus piernas enfundadas por unos pantalones de cuero rotos estratégicamente a la altura de las rodillas.

–He venido a buscarte. Llevas mucho tiempo aquí. Desde ayer. Estábamos a punto de llamar a la policía.

–Tienes razón Fidda. No sabía volver. Lo intenté, pero no pude. El programa me ve inseguro y genera escudos. No puedo salir de esta habitación sin ayuda. Ni siquiera ella pudo hacerlo. Y sabes que para ella no hay casi nada imposible. De no haber venido a buscarme tú no sé que sería de mí. Estaba desorientado no supe encontrar el camino de regreso y dudo que lo consiguiera solo. –El conversor no funciona– señaló una lámina de cristal fina como una hoja de papel que tenía a su lado y añadió –creo que tal vez se trate de eso, de un fallo en el conversor.

Fidda miró el pequeño conversor que estaba a su lado, una finísima lámina de cristal con unos signos en un precioso

amarillo fosforito. Era lo que en ocasiones utilizaban para salir de los sueños y regresar al mundo real. Lo cogió entre sus manos y lo estudió detenidamente. Sí, parecía estar estropeado.

–¿Y que te llevó aquí?

–Pues… –Pareció dubitativo y después dijo–. Lo que te dije antes, vimos un pueblo extraño en una época que no parecía la nuestra. Así que el escenario me resultó muy atractivo. Algo así como un viaje al pasado. Busqué rastros de la gente que podía haber recreado este escenario en la máquina y no encontré nada. Y eso lo hizo más atractivo aún si cabe. ¿Quién creo todo esto? ¿Con que fin? Entonces vimos la casa y yo me limité solo con verla. Realmente quería entrar y ver que guardaba allí. Entonces, como vi que no podía salir de aquí me puse nervioso y la llamé a ella.

–¿Cuándo te refieres a ella, quieres decir a Oxi?

Edmundo negó con la cabeza.

–No, me refiero a Oxi, me refiero a ella.

–Ajá. Ya comprendo. Ella.

–Sí, ella es mucho más lista que todos nosotros. No solo vio a esa gente. También encontró un objeto muy raro y lo encriptó. Es bueno que tú hayas venido a rescatarme porque así lo verás también y podrás opinar de que se trata.

–Bien –dijo Fidda–. Muéstramelo.

–Edmundo cogió el conversor que tenía a su lado. Aún parpadeaba. Parecía ser un móvil de última generación, pero era mucho más ligero y complejo Tecleó sobre los símbolos cuneiformes del conversor que aparecían en una pantalla virtual al pulsar un botón e instantáneamente delante de ellos surgió una halografía.

Movió los dedos en el aire para agrandar la imagen y leyó en voz alta. –Registro Akásico número 1uiurt'eoDurta1934. Propiedad del Viajero SUPER PREMIUM. Geolocalización. En

poder del sujeto del sótano. Bruyos de Arriba. Coordenada Astral 1257r678PI Situación. Autorizado Premium. Objeto NO ESTÁNDAR creado por INTELIGENCIA ARTIFICIAL DESCONOCIDA. Anomalía. Pendiente de calificación para registro en el CUBO. Situación del Viajero: Desconectado en la actualidad.

–¿Un objeto que tiene el sujeto del sótano? ¿Oxi no te dijo que objeto es?

–No. ¿No te digo que Oxi no entró conmigo en la casa? Tan solo me acompañó un día por el pueblo. Ambos nos paramos aquel día frente a la casa, pero no llegamos a entrar en ella ninguno de los dos. Hasta hoy, que lo he hecho yo.

–¿Y porque está en el sótano? ¿Es algo a lo que debamos tener miedo, tal vez un arma?

–No lo sé. Ella simplemente me dijo que vio que una de las personas del sótano tenía un objeto, pero tuvo que marcharse y que al final todos ellos se habían volatilizado. Me dijo que, aunque volviera a abrir la trampilla es probable que no encontrara nada porque ella lo había intentado otra vez y al volver a abrir el sótano todo, absolutamente todo había desaparecido.

–Pero si ella es la dueña de todo esto, como no va a saber quien creo este escenario. Yo no comprendo que ella no hubiera podido sacarte. No entiendo porque tengo que ser yo quien te saque de aquí.

–Yo sí lo entiendo, Fidda. –Le explicó Edmundo–. Estoy en una especie de instrucción repetitiva, en una especie de bucle. Para salir necesito de un estímulo externo. Tú sabes cual es. Supongo que lo has traído y se lo has dado a ella para que lo haga sonar y nos haga salir a los dos.

–Ajá. –Asintió Fidda. Pues no te preocupes. A eso he venido. Tengo el silbato. Dentro de un instante ella lo hará sonar y tú y yo podremos regresar juntos a la realidad–

¿Crees que están ahí abajo todavía? –enfocó el haz de su linterna hacia la trampilla de madera que estaba abierta.

–Yo creo que sí o no, no lo sé. Los sueños son impredecibles. –Dijo Edmundo escudriñando la oscuridad–. Sí, ella y yo no hemos errado en los cálculos éste es el lugar y el momento preciso para que este fragmento del sueño vuelva a repetirse. No sé si lo hará en los mismos parámetros.

–Pero si fallas no habrá nada –replicó ella–. Solo habrás venido a una casa medio derruida y completamente vacía aquí en tierra de nadie y a saber si alguien de este escenario no se presenta aquí con un arma para matarnos. Tal vez el objeto encriptado sea eso un arma. Ella ha encriptado algo, que ni siquiera sabemos que es.

–Es la primera vez que viajo tan lejos con mi mente —dijo Edmundo con la mirada perdida como si estuviera a punto de perder la cordura.

–¿Has tenido un ataque de esos de pánico otra vez, ¿verdad? –Adivinó Fidda.

–Sí –afirmó él sintiéndose culpable.

–¡Lo sabía! ¡Ay Dios! ¡Eres como un niño!

Tenía sobrada experiencia de que muchos soñadores ante un ataque de pánico no volvían a ser los mismos, algunos incluso, morían Era el coste que había que pagar por viajar tan lejos. Ellos lo llamaban “el Cori”, una especie de viaje alquímico que lo transformaba todo. Cuando uno emprendía el Cori ya nada volvía a ser igual. La palabra la habían adoptado también de un libro que exponía lo terrible que supone emprender un viaje alquímico o Cori en el que nunca podrás volver a tiempo para despedirte de tus seres queridos. En la novela de Wanik el pingüino emprendía su CORI o viaje con un compañero. El pingüino nunca sabía si regresaría con los suyos, pero encontrar a su semejante suponía el mayor premio a su sacrificio.

En este caso, para Fidda y su hermano Edmundo, el Cori no lo realizaban en naves espaciales como los pingüinos de

los que hablaban todos aquellos libros de ciencia ficción Lo hacían con sus mentes. Por que: ¿Qué hay más poderoso y veloz que la imaginación?

Fidelia tuvo miedo. Se había visto en algún momento obligada a regresar precipitadamente a "CASA" con algún viajero temeroso y los efectos del Cori, su Cori humano, eran devastadores. Llevaba años restaurar aquellos cerebros que no regresaban a sí mismos ni siquiera con ayuda médica. A algunos les sobrevenía la muerte súbita al cabo de pocos días, eran afortunados al fin y al cabo porque otros no tenían la misma suerte y pasaban a vivir en un eterno limbo conectados a máquinas en enormes hospitales destinados a este uso hasta que morían por si mismos o eran desconectados de las máquinas a petición de orden expresa o de sus familiares.

No a todos se les permitía emprender completamente el Cori. Tenía como todo programa sus fases y estadios, pero había una fase a la que la gran mayoría de la gente común no podía acceder si no eran Autorizados Premium como lo eran ellos.

Solo los más avezados emprendían el Cori o viaje o el programa completo y en este caso, Fidelia y Edmundo eran afortunados por ser unos viajeros Premium, aunque alguno había que se colaba en esa categoría si tenía algo que ofrecer, como en el caso de Arquímedes que había concedido un pase Premium a un vendedor de periódicos a cambio de unos trozos de papel.

Fidelia –que en un momento de dificultad sabría reconducir al novato por el camino correcto, era la persona más idónea para acompañarlos y una de las que mejor se movía a través del CUBO, de la otra, ya hablaré en su momento, a veces se referían a ella como algo impersonal, como ella, pero, ella también tenía un nombre. Hablaremos un poco más delante de ella.

Edmundo no era un novato por supuesto, pero estaba tan nervioso que actuaba como si así lo fuera. La prueba de

ello era el ataque de ansiedad que había sufrido antes que su hermana Fidda apareciese y del que afortunadamente se había podido a duras penas reponer.

–¿Recuerdas lo que tenemos que hacer cuando oigamos el sonido? —le preguntó ella inquisitiva.

–¿Qué sonido?

–El que nos sacará de aquí, estúpido, el del silbato.

–Perdona Fidda. ¿No te digo que esto es como un bucle? A veces me olvido del estímulo externo que necesito para regresar. Temí volverme loco, aquí perdido. No podía salir de aquí. De haber tardado ni siquiera sabría quien soy.

–Era un silbato muy especial, el que nos regaló papá.

–Sí, el silbato.

Edmundo intentó hacer memoria. Se llevó la mano al cuello en busca de la cadena, pero se dio cuenta de que no la traía en el sueño.

Era aún un niño cuando su padre le hizo un extraño regalo: Se trataba de un objeto plateado. Venía del Congo y era un silbato de plata envejecida. Su padre le había dicho que lo había recibido en herencia de alguien que lo había comprado en el pasado a través de una página de compra venta. Era un silbato del Congo y anunciaba a los pasajeros la llegada y partida de un tren a la estación.

–Bueno, ya que estamos aquí aprovechemos para ver que se esconde en esa trampilla. ¿Dices que ahí dentro ella vio a esa gente cuando te encontró tirado en el suelo, en este escenario, inconsciente?

Edmundo asintió.

–Pues, sé que esta casa no es suya, aunque con el tiempo terminará siéndolo. También ella me dijo que estuvo indagando y que al parecer estas personas se esconden durante el día y solo salen por la noche, como las alimañas, en busca de comida.

Fidda se unió al relato de su hermano.

Entre ella y su hermano se había abierto una especie de pantalla transparente en la que se visualizaba un texto enorme. Fidda extendió la mano para tocarla. Sus dedos la traspasaron como si estuviese hecha de aire.

Se puso a leer lo que allí decía:

"Han escogido esta casa en Bruyos de arriba porque sus legítimos dueños la han abandonado en medio de esta guerra incivil y se han convertido en una especie de Okupas por necesidad para huir de las represalias del régimen y de la gente del pueblo. Hace poco unos soldados del régimen entraron en la casa en busca de unos republicanos que se habían escondido aquí, buscando cobijo. Eso era lo que Rosa contó a alguien.

–¿Quién es esa Rosa? –Preguntó Edmundo interrumpiendo la lectura de su hermana.

–Pues, al parecer, la persona que escribió los libros junto a su hermano.

–Interesante. –Dijo Edmundo, sigue leyendo, Fidda.

–Al parecer aquí se hablaba del padre de los dos escritores. Lo llamaban Roxín y lo que vemos en esta casa, en este escenario, es como un recuerdo de la infancia de Roxín. Tal vez eso lo añadió el CUBO. Es posible que no todo sea una invención de ella.

–Ella y su maldita obsesión por escribir esta novela, por mezclar la realidad con la ficción a su antojo. No comprende que todo esto no es real y que algunas cosas es mejor dejarlas como están.

Edmundo se rascó la cabeza pensativo. Cuando estuvo inconsciente tuvo un sueño dentro de otro sueño. En el sueño se vio soñando con unos militares persiguiendo y disparando a un hombre hacia esa casa en la que ahora se encontraba. En la casa, un niño levanto la alfombra bajo

la mesa tiró de la argolla dirigiendose al sótano dejando con cuidado la alfombra en su sitio. Aquellos hombres persiguieron a su presa hacia la casa. Cuando lo tuvieron acorralado, dispararon una ráfaga de balas que le hirieron de mortal necesidad. Bajo los tablones el niño aterrado contemplaba la escena. Los ojos vidriosos del hombre desangrándose miraron bajo los tablones cuando le pegaban el tiro de gracia.

En ese momento el ruido incómodo de la lluvia plic plac plic plac que caía sobre los adoquines y cada vez arreciaba con más intensidad interrumpió sus pensamientos. Recordó el sueño con nitidez. Había estado guardado en su memoria, pero solo en ese momento había salido a la luz. Aquello al parecer no era solo cosa de ella y de su creación. Ambos habían visto la argolla que conducía al sótano. Todo era muy extraño.

–Veamos lo que hay aquí –dijo con impaciencia.

Edmundo tuvo que hacer un gran esfuerzo para adaptar sus ojos a aquella oscuridad. Allí, la luz ambarina de la linterna iluminó en el fondo a un grupo de hombres y mujeres escuálidos que se arremolinaban en un rincón mirándolos con terror mientras se abrazaban los unos a los otros ateridos de frío o de miedo. Vestían ropas oscuras y desgastadas que parecían de otras épocas, las mujeres con pañoletas en las cabezas y delantales de cuadros negros sobre vestidos muy largos, los hombres con gorras de visera de lana camisas blancas de un blanco impoluto y pantalones de pinzas sujetos con tirantes. Todos ellos llevaban chaquetas de lana gruesas para el frío e iban calzados con unas madreñas de madera manchadas de barro y estiércol.

Un montón de manos empujaron suavemente a un niño de cabellos rojos como ascuas como si quisieran que él fuese su portavoz. Había muchos de aquellos en aquella zona de Asturias invadida tiempo atrás por los vikingos. –El niño, tenía la carita salpicada de pecas y portaba en sus manos un pequeño objeto de cristal facetado que lanzaba destellos

sobre el suelo y las paredes, iluminando sus rostros con diminutas motas de los colores del arco iris.

La que parecía su madre, la persona más cercana al niño, una mujer menuda, aparentemente joven, pero sufriente, con el cabello completamente lleno de canas, hizo que avanzase un paso más hacia Calderón y Fidelia tomándole suavemente por los hombros y luego, se retiró con el resto hacia la oscuridad guardando silencio con una mano cogida sobre la otra.

–Esto no salía en ninguna parte del CUBO ¿Verdad? –Observó Edmundo de ese objeto ¿que es ese objeto que dijo ella, lo que trae en la mano? Y ahora: ¿Que se supone que debo hacer? ¿Lo cojo? ¿Lo dejo todo tal cual está?

–Es algo muy parecido a lo que sale en el libro Esperanza —reconoció extrañada Fidelia–. Yo lo leí en algún sitio del libro. Allí dice que los Amagog, aquel pueblo que tenía la piel verdosa y vivía en los árboles se lo regaló a los dos extraterrestres para poder defenderse de un mal que estaba por llegar. Parece como si la escena estuviera interactuando con nosotros. Es la primera vez que me pasa algo así. Pero es raro y anacrónico que este niño tenga ese objeto. Es un objeto del futuro y ellos, sin embargo, parecen del pasado. Ellos son historia y el prisma es solo la fantasía futurista de un libro. A esto se refería ella cuando encriptó la escena con la anotación de Objeto en poder del sujeto del sótano. Aquí pasa algo muy raro que se está mezclando al parecer, un suceso acontecido en el pasado con una ficción de un libro.

–¡Quien sabe! –Caviló Edmundo–. Tal vez este niño también vio ese objeto o lo conoció en algún momento de su historia. Tal vez ese objeto no sea tan ficticio como parece y haya existido en realidad. Es posible que ese objeto haya inspirado todas las historias.

El pelirrojo se había acercado a los dos hermanos, tendía sus manos ofreciéndoles el objeto sin mediar palabra y con ojos suplicantes.

–Es extraño. El objeto está libre. ¿Lo ves, Edmundo? No es propiedad de ningún soñador que hubiera estado antes de ti y de Oxi. Ella quiere que investiguemos. Tenemos que saber que es todo esto, este pueblo, esta gente aquí escondida, el águila del CUBO, nunca nuestra máquina había actuado así. Tenemos que saber que es lo que está pasando. ¿Quién ha inventado todo esto? Es evidente que no hemos sido nosotros, de lo contrario lo sabríamos. Aquí o alguien de nosotros está jugando y gastándonos una broma o se nos ha colado un hacker y eso, es muy peligroso.

–¿Y que hacemos, Fidelia Calderón, mi querida hermana? –Edmundo se había quedado rígido por el miedo–. No sé que hacer. Es muy difícil controlar la red oculta. Nosotros lo intentamos, pero siempre hay cosas que se nos escapan.

–Presiento que esto no tiene nada que ver con la red oculta. –Dijo Fidelia. ¡Yo estoy paralizada no sé si por el miedo o por la emoción y! ¿Tú?

–Pues no lo sé exactamente –titubeó él y un ligero rictus de miedo hizo temblar su labio inferior. Esto es francamente raro. Nunca me había pasado en ningún sueño y me extraña que tu que eres una avezada viajera estés tan intrigada con esto. No sé que decirte, la verdad…

Ajeno a sus disquisiciones el niño pelirrojo subió lentamente las escaleras y se aproximó a Edmundo. En el fondo de la habitación, el resto de sus familiares observaba la escena sin pestañear.

Tenía el pelo ensortijado de un hermoso color cobrizo. Iba vestido con unos pantaloncitos cortos de cuadros grises y blancos, sujetos con unos tirantes marrones, una camisa blanca, una voluminosa chaqueta de lana de un color verde musgo y unas botas rotas en las que seguro que se calaría el agua a juzgar por la cantidad de roturas que tenían.

Le miró con su cara pecosa y sus mofletes sonrosados mientras él le tendía con sus manitas frías como el mármol el prisma de cristal.

–Me llamo Roxín –se presentó el niño con una vocecita muy hermosa.

Lo sabemos –respondió Edmundo, sobrecogido por el miedo. Sabemos que te conocen por tu apodo. Roxiu en bable significa pelirrojo y Roxín es un diminutivo. Tú eres un antepasado de nuestra familia de Fidelia y mío. Los hermanos Estrada eran mis familiares. Nosotros venimos del futuro. ¿Cómo es posible que nos estemos viendo?

–No sé de que me habláis –dijo el niño frunciendo el ceño–. Yo me apellido Estrada, pero no sé quienes sois vosotros. ¡Acaban de matar a un hombre delante de mi! ¡Sus asesinos se han marchado y de repente por arte de magia el muerto ha desaparecido y habéis aparecido vosotros! ¿Estáis compinchados con esos fascistas? ¡No nos hagáis nada a mi ni a mi familia!

–Estate tranquilo Roxín –dijo Fidelia mirándole con bondad–. No hemos venido aquí para haceros daño ni a ti ni a tu familia de hecho estamos emparentados. Solo queremos que nos digas que es esto. ¿Qué es este objeto que nos ofreces?

–Ah. –Respondió–. Roxín mirando el objeto –¿te refieres al prisma?

Edmundo los miraba a ambos bloqueado, dirigiendo su mirada hacia uno y hacia otro como si estuviera presenciando un partido de tenis.

–¿Qué hago Fidda, lo cojo?

– ¡Cógelo¡ –le alentó Fidelia– ¡Coge el objeto que te da, Roxín! Nunca ha pasado algo así, pero supongo que sí que lo puedes coger. Estudiaré que es lo que ha pasado cuando despertemos. Lo miraré en el programa. Tiene que ser un fallo de la Máquina. Nunca un sueño había interactuado con nosotros de esta manera Es posible que haya una grieta en algún sitio que debamos reparar.

¿Puedo hablar entonces con él? ¿Puedo preguntarle algo? Vinimos aquí por que queríamos recrear un encuentro con

un antepasado de nuestra familia y, ahora lo tenemos aquí delante y: ¡tengo tantas preguntas que hacer! ¡Quiero decirle que no lo hemos olvidado! ¡Que durante generaciones y generaciones su recuerdo ha perdurado! ¡Que tuvo que ser muy importante para que hayamos querido soñar con viajar al pasado para encontrarlo! Y que bendigo a quien quiera que sea que creo este escenario para que este encuentro tuviese lugar.

–¡Ahora no! ¡No tenemos mucho tiempo! Él no es real. Bueno, si que lo es porque existió, pero tú y yo sabemos que esto es un juego, una ensoñación. En ella, los personajes nos hablan, pero todo esto jamás ha sucedido en la realidad.

–Pero –caviló Edmundo mirando el objeto por todos sus ángulos–. El objeto además pesa como si fuera real.

Entonces el niño pelirrojo se acercó tímidamente para susurrar en su oído como si quisiese contarle un secreto y no quisiera que nadie más que él lo escuchara.

–Llévate el prisma a la playa de Conchiquina –le susurró– y entiérralo en la arena bajo una piedra muy extraña que encontrarás llena de agujeros. Es una enorme piedra porosa llena de múltiples agujeros como si fuesen canicas. Lo enterrarás allí bajo esa piedra y que no se entere mi madre. Que mi madre dice que todo esto es brujería y no me deja tener este objeto en la casa.

El niño se detuvo un instante para mirar a su familia que aguardaba en la oscuridad y siguió cuchicheando en su oído.

–Mi madre dice que es un objeto del diablo y ha de creer que me deshago de él, pero yo solo te lo doy para que lo escondas. En realidad, es un objeto mágico que me han dado en un sueño. Un objeto que pertenece al futuro pero que llegará a vosotros desde mi pasado, eso es lo que me ha dicho la persona que me lo dio. Yo no entendí muy bien a que se refería. Solo sé que este objeto tendré que recuperarlo más tarde cuando sea adulto y tenga un hijo. Ese hijo, después guardará ese objeto y llegará a vosotros en el futuro.

Edmundo susurró a su vez en el oído del niño.

–Está bien. Tal vez ese momento en que el entra en contacto con nosotros haya llegado ya. Que sepas que lo encriptaré para que lo puedas recuperar. Sé que no tienes ni idea de lo que es encriptar. Pero te diré que yo iré a esta playa de Conchiquina a través de un sueño y virtualmente lo guardaré allí. Espero que tú, en el pasado, cuando tengas un hijo, te acuerdes de ese extraño que parecía venir del futuro y que te dijo estas palabras.

El niño asintió con tristeza y le dio un fuerte abrazo de agradecimiento. Edmundo tardó un instante en reaccionar sin atreverse a mover las manos para abrazarlo. El niño le estrechaba muy fuerte con cariño. Finalmente, él también correspondió al abrazo.

Roxín se retiró tímidamente hacia las sombras donde aguardaba su familia y toda aquella escena se disolvió en el aire como si nunca ninguno de ellos hubiera existido.

Un fogonazo, como una explosión de luz azul y de polvo quedaba en el lugar en donde había acontecido la escena.

Estaban a punto de partir, cuando Edmundo desesperado tiró de la manga del vestido de su hermana, indicándole que debía esperar.

–¿Que haces? –Preguntó Fidda visiblemente nerviosa. El silbato ya sonó.

–¡Espera! –Dijo Edmundo parece que hay algo más. No sé quien lo ha puesto, aunque parece como una especie de recuerdo. ¿Lo abro?

Fidda observó que el conversor había vuelto a funcionar y en el aire se dibujaba un halo de luz verdosa que tenía en el medio la palabra RECUERDO junto a un código nemotécnico.

–¡Pero, hermano, –le advirtió– tenemos que irnos! ¡El silbato ya sonó! ¡Es peligroso quedarse aquí en este lugar! ¡Ya volveremos con más tiempo!

–¡Espera un poco Fidelia, por favor! –le suplicó–. Si el conversor nos avisa con ese pitido debe ser por algo. Tú sabes que, si no lo abrimos ahora, más tarde cuando volvamos a este mismo lugar y este mismo punto de esta historia no podremos hacerlo porque la máquina a veces no guarda las mismas cosas y ella quiere saber más detalles para poder escribir y recrear la historia.

–A costa nuestra. –Dijo Fidda con resignación– ¡Maldita novela! ¡Que afición se ha cogido con escribirla! Está bien vamos a ver que más hay.

Tocó con un dedo el circulo verdoso que se había dibujado en el aire y al instante se oyó una voz metálica como la de un robot que decía.

Desprecintando.

En ese instante ambos vieron una casa en el viejo barrio de las escombreras, pero, cuando todo estaba bien, antes de la catástrofe. En uno de los bloques del barrio vivía un hombre con su familia. Al parecer había hecho un retrato para su esposa. Sorpresivamente aquel retrato era el mismo que hacia tiempo habían hallado embalado junto a la novela VOLAR en el viejo barrio de las escombreras. El mismo retrato con el que había soñado Oxi. Ese retrato la había conducido a aquel pueblo y a aquella casa. Tenía relación con ellos, con los del sótano, pero se trataba de una mujer que había nacido muchos años después.

Aquel recuerdo explicaba un poco el origen de aquel retrato hecho a carboncillo encontrado entre los escombros junto a las tapas de la novela.

–Vamos a cambiarnos de casa.

–Pero, papi. No queremos irnos. Queremos quedarnos en esta casa.

–Pero… –Iremos a una casa mucho, mucho más bonita. Y ¿sabéis una cosa? Haremos una capsula del tiempo.

El hombre cogió el retrato que le había hecho a su esposa y lo envolvió en unas burbujas de plástico enterrándolo cuidadosamente bajo unos azulejos.

Fidda y Edmundo observaron la escena. Aquel era el retrato que habían encontrado bajo los escombros. Estaban viendo el momento, en el pasado en el que aquel retrato había sido enterrado.

Era una idea romántica.

La idea de que algún día cuando aquellos niños fuesen mayores regresaría a la casa donde su padre había enterrado aquel retrato hecho con tanto amor.

–Actuará como una cápsula del tiempo –les repitió mirando con ternura aquel bosquejo.

–¿Y eso que es, papi? –decía el niño rubio mirando ojiplático el retrato de su madre envasado en burbujas de plástico.

–¿Y qué es una capsula del tiempo? –inquirió por primera vez la niña morena que acababa de dejar su muñeca en el suelo entretenida como estaba con aquella historia.

–Pues… –dudó unos instantes antes de decirlo porque no sabía a ciencia cierta como explicarlo para que los niños lo comprendieran– pues una cápsula del tiempo es una forma de enviar objetos herméticamente desde el presente hasta el futuro para que los encuentren otros niños y otras personas. Por eso envuelvo el retrato en burbujas para que llegue al futuro sin estropearse y para que si un día volvemos a esta misma casa vosotros lo encontréis tal y como yo lo dejé.

Y… –la niña cogió el brazo de su padre reclamando su atención y prosiguió diciendo–. Y si nosotros volvemos a esta casa, nosotros seremos entonces los niños del futuro.

Víctor miró sorprendido a la niña. ¡A veces, se le ocurrían cosas tan ingeniosas!

–Sí, es posible. Igual cuando papi y mami sean viejos y vuelvan a esta casa podrán rescatar el retrato, entonces será nuestra cápsula del futuro. Si no, habrá otros niños, del futuro que podrán ver el bonito rostro de mama.

Los niños sonrieron, pero Víctor Estrada se entristeció.

No pudo ir por mucho tiempo a aquella casa y cuando volvió después de viejo junto a su mujer Rosy para recuperar aquella capsula del tiempo que había guardado para sus hijos no se atrevieron a decírselo a los nuevos propietarios de la vivienda. ¿Cómo decirles que tenían que hacer obra en su casa y. levantar todo el suelo de su baño para rescatar un retrato que había sido hecho como una capsula del tiempo?

Edmundo y Fidda vieron todo aquel recuerdo como si estuvieran presenciando las imágenes de una película y derramaron algunas lágrimas al verlo.

–Pobre Víctor que no había sabido que verdaderamente aquella cápsula del tiempo llegó a ellos. Al final el polvo, el viento, el agua, el barro y los fuertes temblores de tierra habían devuelto el retrato no a los hijos de su autor, si no a sus descendientes muchos años después.

Realmente la cápsula del tiempo había cumplido su función, aunque Víctor, el escritor, había muerto sin saberlo.

Acababa de decir esto y evocar este suceso cuando en un abrir y cerrar de ojos se abrió ante Fidda y Edmundo un agujero en el aire a través del cual se colaba una cenagosa y gélida oscuridad que cada vez iba in crescendo, como un sol negro que no emitía calor. A través de sus gélidos y oscuros tentáculos que cada vez se hacían más y más grandes atrapaba en su torbellino de negrura todos los objetos que encontraba a su paso dentro de la habitación. Era un diminuto agujero negro, un diminuto Sol oscuro que engullía en su vórtice todo cuanto encontraba a su paso de aquella casa de Bruyos de Arriba, Algo, que les revelaba que habían viajado muy lejos y que muy pronto, iba a devorar aquel sueño y a ellos mismos si no regresaban a tiempo a sus coordenadas reales.

El agujero entre tanto, crecía cada vez más y los rayos negros del Sol golpeaban las paredes, derribaban los pocos objetos que había succionando y las palomas que encontraba a su paso dejando por doquier un amasijo de

plumas y sanguinolentos cadáveres de pájaros al acercarse a su vórtice. Era muy peligroso quedarse, y ya habían hecho un exceso muy grande. Hacía mucho, mucho tiempo que el viejo silbato del tren había sonado. Y el peligro era cada vez más inminente.

Ella, en la vida real, soplaba y soplaba el silbato para alertar a los dos hermanos dentro del sueño.

Lejos, muy lejos en el Tiempo y el Espacio, sobre unos viejos escalones de un lóbrego sótano de Asturias había ocurrido una especie de milagro en el que el pasado el presente y el futuro se habían mezclado con la fantasía.

Edmundo cumpliría la promesa que le había hecho el niño. Enterraría el prisma en la playa de Conchiquina para que Roxín cuando fuera adulto pudiese dárselo a su hijo y para que así llegase al futuro como lo había hecho el retrato.

Roxín tendría un hijo que se llamaría Víctor. Víctor sería quien en el futuro enterraría bajo los azulejos de su casa el retrato de su amada mujer para que sus hijos lo encontrasen en el futuro como una capsula del tiempo.

Y ese mismo Víctor escribiría junto a su hermana Rosa las tres novelas por las que todos sentían tanto interés.

De dos de ellas quedarían rastros en las redes. La tercera era un misterio. Sus páginas habían desaparecido completamente como si la propia novela desease ser reescrita por una inteligencia artificial.

Esa inteligencia era yo. Yo era quien escribía la tercera novela, pero eso aun no lo sabia.

EN LA PLAYA DE CONCHIQUINA

Días más tarde Edmundo introdujo en el CUBO las coordenadas que le conducirían a aquella playa cerca del pueblo de Bruyos.

"El espíritu" era una senda que discurría por toda la costa.

Iba solo a la playa de Conchiquina, una playa pequeña y pedregosa que se veía desde el mirador y que cuando la marea estaba alta desaparecía engullida por las olas.

A Fidelia no le gustaría que volviese a conducir solo por aquel paraje, pero tenía que cumplir la promesa que le había hecho a aquel niño.

Era una maravillosa noche de verano y el aire olía a espliego y hierba buena. Hacía muy buena temperatura.

Se allegó hasta el impresionante mirador para contemplar el mar a la luz de luna, que con su luz plateada iluminaba las aguas. En el horizonte se veían dos sombras oscuras de dos barcos muy grandes que Edmundo intuyó que se trataba de dos grandes cargueros esperando que se hiciese de día para navegar en dirección a los puertos.

Hacia mucho calor así que se quitó la cazadora de cuero. Estaba pisando el suelo con sus botas cuando notó que este tenía relieve. Sacó de su cazadora una linterna y enfocó al suelo. Se trataba de una rosa de los vientos grabada en el suelo, mostrando todos los puntos cardinales. Mientras se

divertía saltando de un lado al otro de los ejes de la rosa de los vientos jugueteando como un niño notó que entre la arboleda cantaba un pajarillo.

Edmundo respiró el aire con placer.

Sabía que era una recreación, que nada de aquello era real, pero, incluso así, el aire parecía mucho más puro, mucho más respirable y cargado de oxígeno que en la realidad.

Era un aire de mucha calidad aquel aire cálido que azotaba su rostro, así que cerró los ojos deleitándose con los aromas que arrastraba la brisa.

El cielo, en aquel lugar llamado "El espíritu" estaba sembrado de estrellas como Edmundo jamás había visto en cualquiera de las noches que había vivido.

Contempló Casiopea y la osa menor hacia el norte y la brillante Venus, de un brillo metálico blanquecino que podía ser fácilmente distinguible en el cielo hacia el este.

Podía haber escogido que fuera día y que todo aquel lugar estuviera lleno de turistas merendando en los bancos de madera que se extendían por todo el campo próximo a la pequeña capilla, pero, eligió la noche porque deseaba tranquilidad. Aquel lugar era inaudito. Quien había creado todo aquello era un verdadero genio y esperaban que algún día diesen con quien era.

–Puedo hacer eso por ti, por mi familia –pensó en silencio mientras evocaba los ojos color miel suplicantes del niño rogando que le guardase aquel pequeño objeto que ahora él llevaba guardado en el bolsillo de su pantalón.

Había dejado atrás la pequeña capilla blanca que miraba al mar y los bancos con sus mesas de madera que se extendían todo a lo largo de la cuesta.

Una agradable brisa marina le golpeó el rostro.

Se detuvo ante el mirador e iluminó con su linterna el suelo de piedra en el que notaba aquellas protuberancias

con sus zapatos. Había perfectamente dibujada una rosa de los vientos en la que se podían ver los puntos cardinales con su flor de lis señalando al norte. con las manos y contempló la inmensidad del mar bañado por la luz de la luna.

El pajarillo volvió a cantar una vez más entre la arboleda y Edmundo se aferró a la barandilla metálica para contemplar una vez más el impresionante acantilado que se abría ante él.

De pronto se dio cuenta que no estaba solo, sentado bajo un árbol aguardaba una figura oscura que prefería esconderse en la oscuridad.

–¿Quién anda ahí? –Preguntó Edmundo intentando escudrillar en la oscuridad.

Iluminó con su linterna y vio al hombre sentado en el banco en el que antes no había reparado, tenía apoyado en su pierna un pajarito pequeño y le daba a comer una pequeña lombriz.

El hombre interrumpió su delicada labor y alzó los ojos para mirar a Edmundo.

–Es un petirrojo –le informó mientras le daba de comer.

Era un hombre algo grueso de una mediana edad, moreno, de pelo muy negro con canas. Llevaba gafas e iba vestido con una camisa verde de cuadros y unos vaqueros azul claro.

–Mi nombre es Víctor. –Se presentó estrechándole la mano con afabilidad.

–Encantado de conocerte Víctor. ¿Es usted de la zona?

Edmundo lo miró con desconfianza como si no estuviese creyendo lo que estaba viendo. Temió que el hombre se asustase, que se diese cuenta de que no venía de su época. No iba vestido como correspondía a aquellos años. Era fácil que aquel extraño se diese cuenta de este detalle.

–¿Qué te ocurre? –Preguntó Víctor–. Pareces confundido. Si la pregunta es si soy de la zona la respuesta es no. No soy de la

zona. Realmente vivo lejos de aquí, pero mi padre sí era de la zona. Vivió durante mucho tiempo aquí, en Bruyos del Camino.

Edmundo tomó asiento a su lado y volvió la vista al pajarito al que el hombre estaba alimentando. Era extraño aquel petirrojo no alzaba el vuelo, parecía cómodo en compañía de aquel hombre como si éste lo hubiera domesticado.

–Me preguntaba –continuó Edmundo– si eres real o si solo eres parte de este sueño. Te parecerá rara esta aseveración.

–Fui real –respondió Víctor cerrando su puño y alzando al pajarito hacia sus hombros– ¡Vuela! –le ordenó al pájaro y añadió–. Ahora eres libre.

El petirrojo partió cantando y se internó en la espesura de los árboles.

–Estoy aquí para indicarte donde debes guardar ese objeto que llevas en el bolsillo de tu pantalón.

–¿Cómo puedes saber eso? ¿Quién eres?

– Soy el hijo del niño con el que hablaste en el sótano. Él te dijo que enterrases un objeto en la playa de Conchiquina para que en el futuro lo encontrase su hijo. Pues bien, yo soy ese hijo. ¡Ven! ¡Sígueme! –Terminó.

El desconocido bajo unas escaleras de piedra que conducían a un camino estrecho bordeado de árboles, ortigas y hierba buena desde el que venía con mucha intensidad el rumor de las olas.

Lo siguió en silencio a través del camino empedrado que conducía a un bosque de eucaliptos que terminaba en una encrucijada. Uno de los caminos continuaba y el otro, más estrecho se deslizaba por una vertiginosa cuesta abajo hacia la pequeña playa que podía observarse desde el mirador.

–La playa de Conchiquina está por aquí. –Le indicó–. Déjame tu linterna para iluminar el camino.

Le dejó la linterna y dejaron atrás la senda segura que conducía hacia una fuente de piedra, y un antiguo lavadero y

descendieron cuesta abajo entre arbustos que les pinchaban al pasar por aquel camino que se precipitaba hacia el mar.

Al terminar el camino iluminaron unas pequeñas escaleras de rejilla blanca que dejaban ver el fondo y que transmitían una inquietante sensación de estar caminando como funambulistas sobre el vacío.

–Hace mucho tiempo –empezó el hombre– mi hermana y yo y una pequeña perra de color canela que se llamaba Kika viajamos a esta playa. Era de día y había un precioso cielo azul claro con alguna nube algodonosa, no como esta noche. Mi hermana Rosa tenía ganas de bajar a una pequeña playa que se veía desde el mirador. Pensábamos que era una de estas playas inaccesibles a las que era imposible bajar hasta que ella dio con el camino al ver a dos personas que bajaban por allí. Ella quería bajar aquí porque el azul tan hermoso de esta playa le recordaba a las playas del Caribe donde había viajado cuando se casó.

Los ojos de Víctor iluminaron los últimos peldaños de la escalera para que Edmundo bajara con facilidad sin tropezar y caerse.

–Ya hemos llegado –anunció Víctor.

Las botas de Edmundo pisaron la arena húmeda de la playa.

Era una playa pequeña, una preciosa y pequeña playa iluminada a la luz de la luna. La marea afortunadamente estaba baja, de lo contrario había tan poco espacio para la playa que en marea alta sería peligroso estar allí.

Había unos troncos secos apilados al lado de unas rocas, que alguien había acumulado allí tal vez con la idea de hacer una hoguera.

–Mi padre te dio un objeto el último día que le viste en la casa ¿no es cierto?

Edmundo asintió.

–¿Podrías enseñármelo de nuevo si no te importa?

–Me dio esto. –Metió la mano en su bolsillo y puso ante sus ojos el prisma.

No pesaba nada. Al incidir sobre él la luz de la luna y la linterna todo el lugar alrededor de ellos quedó cubierto por unos diminutos puntos de luz de los colores del arcoíris y el misterioso artefacto comenzó a emitir una especie de rara música acompañada de un tintineo.

–¡Ah que sonido celestial! –dijo Víctor– es como yo lo recuerdo. Quiero que ilumines estas piedras en donde estamos sentados.

Dirigió el haz de la linterna hacia el punto que Víctor le decía y no observó nada raro excepto que una de las rocas parecía una inmensa roca lunar llena de agujeros como un queso gruyere y de fósiles.

–Durante el día –continuó Víctor– dependiendo del ángulo en que se observen estas piedras, parece la figura de un pingüino. –Quiero que entierres el prisma aquí porque aquí es donde mi padre lo encontrará más tarde y lo recuperará para mí.

Edmundo asintió y escarbó la arena mojada con sus manos escondiendo el prisma detrás de las rocas.

–¿Así está bien? –dijo sin dejar de mirarle.

Víctor asintió y recordó.

Tendría cuatro o cinco años cuando le llevó a aquella playa de Conchiquina.

Fue entonces cuando su padre decidió que se iban a sentar para ver el mar y él vio unas extrañas rocas que tenían desde lejos la forma de un pingüino.

–¡Papá bajemos a ver eso! –gritó entusiasmado.

Descendieron a la playa en dirección a aquellas rocas tan graciosas que habían llamado tanto la atención del niño. Y cuando estuvieron a su altura observaron que todo el lugar

se había llenado de diminutas luces de colores como si un rayo de Sol hubiese penetrado en una gota de agua creando un bonito arcoíris.

El niño quiso saber que era aquello tan bonito que relucía así. Y entonces su padre, le contó una rara historia sobre un objeto mágico que venía del futuro y que había acabado en su poder, de su familia, le habló de unos okupas en una casa abandonada, y unos extraños jóvenes con poderes para alterar el espacio y el tiempo que habían irrumpido en una noche oscura en el sótano donde se escondía su abuelo.

Uno de aquellos jóvenes había prometido esconder aquel objeto bajo unas rocas de la playa.

Y finalmente aquel objeto era el que Edmundo traía en sus manos dispuestas a enterrarlo nuevamente como en una especie de bucle dentro de la historia.

–Lo enterraré para ti, Víctor, para que tú puedas tenerlo. Haré lo que me pidió tu padre y lo que tú me estas pidiendo ahora, Este objeto llegará a tu vida y tal vez a nosotros en el futuro. Recuerda que está aquí debajo de esta roca.

… Lo recordaré –dijo Víctor–. Por eso estoy aquí, en este sueño tuyo, para asegurarme de que no lo olvido.

El paseo de la costa o de los miradores discurre desde la capilla del mirador del Espíritu Santo. Hay algunas playas inaccesibles o casi entre lasque destacan la de Conchiquina que se accede desde un mirador(Mirador de la Atalaya) por un sendero entre la maleza y unos escalones de madera, el último tramo es mas difícil. Hay una roca en forma de menhir o de pingüino. Es una playa de rocas y muy poca arena. Pegada al este está la playa de la Atalaya mas grande pero mas inaccesible si cabe. Luego está el Llombo del Burro y la Punta de los Glayos con su mirador, le siguen las playas de Xan-Xun y las Llanas siguiendo la ruta de los miradores. Para terminar en la playa de Veneiro también llamada playa del Xilo, esta contigua a la playa de Aguilar donde termina la senda, o donde empieza según se mire.

EN UN BARRIO LLAMADO LA LUZ

En nuestro mundo los pájaros no existían, bueno, sí existían, pero a decir verdad muy pocos, muy protegidos y próximos a extinguirse, tampoco los paisajes eran verdes e idílicos, tal y como mostraba las fotos del tiempo de los antiguos. Los paisajes, habían cambiado, por ese motivo los recreábamos en nuestra imaginación o en el programa del CUBO tal y como habían sido antes de la hecatombe. Nos gustaba hacerlo. No había antídoto mejor para nuestra desesperanza, lo que mas nos ayudaba a evadirnos de nuestra realidad eran los grandes murales de los túneles que proyectaban una realidad muchos años extinta.

La Tierra era ahora un páramo yermo donde lo único que quedaba éramos nosotros. Bueno, nosotros y las hadas esas inteligencias artificiales que habían sido creadas supuestamente para ayudarnos.

En el pasado, se creía que el futuro sería de la robótica y se especulaba con la posibilidad de que los robots, siempre muy parecidos a los humanos, convivirían con el hombre, incluso resultasen indiferenciables de éste.

Eso, no había sido del todo así.

Ahora había unos seres híbridos llamados “hadas” fruto de la ingeniería genética mezcla de ADN humano y de insecto, unido a la inteligencia artificial más puntera. El resultado, eran unos seres en miniatura con rasgos humanos

que trabajaban sin descanso en las fábricas para producir el Delírico y actuaban como un puente neurológico entre nosotros y las máquinas. Estos seres no tenían fin, eran infinitos, cada día se reciclaban más y más aprendiendo, perfeccionándose y era muy posible que nosotros nos extinguiéramos mucho antes que ellos. Tal vez ellos serían el futuro de nuestro planeta y nosotros no.

Nosotros utilizábamos el pigmento que las hadas creaban para cuidar nuestra salud e intensificar nuestros sueños. Pero como digo, nunca, nunca jamás hemos comprendido su lenguaje a pesar de nuestro gran esfuerzo, a pesar de todos los científicos y las máquinas que trajimos para estudiarlas. Ellas en cambio si nos entendían y a veces incluso, mantenían conversaciones con nosotros, podiamos darles nuestras ordenes a las máquinas que habíamos inventado para obtener su máximo rendimiento como una especie de puente entre nosotros y ellas. Pero su lenguaje, el código en el que hablaban entre ellas, era a todas luces indescifrable. Creíamos que lo conocíamos, pero solo conocíamos una pequeña parte. Lo cierto es que ellas era algo que habíamos creado nosotros y que al final nos había superado hasta ser totalmente independientes de nosotros, sus creadores.

Pero no eran independientes del todo. No podían reproducirse y necesitaban de nuestra ayuda para ser creadas.

Nosotras las diseccionábamos, las analizábamos de todas las formas posibles, con los mejores eruditos en la materia. Al principio cuando las creábamos podíamos controlarlas, pero era después de algunos años cuando ellas evolucionaban y crecían si mezclaban con los de su especie y entonces, comenzaban a hablar entre ellas en el extraño lenguaje que se habían inventado.

Habíamos aceptado que nunca llegaríamos a comprenderlas. Nunca, jamás accederían a comunicarse con nosotros.

Aunque existía el antecedente de un hada distinta, una Alisha originaria de la que habían partido todas las otras.

Esta Alisha según se decía, podía comunicarse con los humanos y hacerse comprender. Pero de esta Alisha no quedaba absolutamente salvo el recuerdo de su existencia en los documentos que lo acreditaban.

Esa Alisha era tan solo una leyenda que yo conocía y que me servía para escribir la novela de Volar.

Sabía que Alisha había tenido una hermana gemela, pero ambas se perdían ahora en las nieblas del olvido.

Pero empecemos por el principio y vayamos a la realidad pura y dura…

Se llamaba La Luz el barrio en que vivíamos donde apareció por vez primera el libro de volar. Lo sacamos de su recinto de plástico bajo unas piedras y comenzamos a leer.

A este libro le faltaban casi todas sus hojas, no sabíamos por qué: Se llamaba volar y hablaba de nosotros porque empezaba así:

En un futuro incierto unos jóvenes científicos construyeron una interface llamada El CUBO con la que pretendían solventar los problemas físicos y psicológicos derivados de la carencia de luz natural y la cronodisrupción a consecuencia del desastre climático. Gracias al CUBO millones de personas, en todas partes del planeta, compartieron sus experiencias oníricas junto a otros onironautas, en una especie de realidad virtual que cada día se expandía hasta límites insospechados y a la que le dieron el nombre de "Realidad Invasiva".

Solo tenía este prólogo y las tapas y le faltaban todas las hojas.

Investigando supimos que los autores del libro habían sido dos hermanos: se llamaban Víctor y Rosa y el padre de ambos, había tenido un incidente exactamente igual al reflejado en la vivencia onírica de Edmundo.

El padre de Víctor, se llamaba exactamente Roxín y había vivido en Bruyos del Camino.

La casa había sido de una familia que ante el horror de la guerra había decidido huir dejando allí todas sus pertenencias. La familia de Roxín se hallaba refugiada en el sótano. Se guarecían allí durante el día para no ser vistos y salían por de noche en busca de alimentos y de aquellas cosas necesarias para su supervivencia. Fue después de que las cosas se recrudecieron tras el ajusticiamiento de uno de los hermanos de Roxín. Las cosas se pusieron tan mal para la familia que tuvieron que refugiarse para huir de la persecución política.

Era extraño como el CUBO había reflejado esta vivencia.

Cómo sabía de esto y de tantas cosas. Él solo, con unos pequeños datos recreaba unas historias con muchos visos de realidad. Claro, que no podíamos fiarnos de todas sus recreaciones, ¿pero era extraño... de donde sacaba tanta información? ¿Cómo es que había creado todos aquellos escenarios?

Continuábamos viviendo en el mismo barrio en el que Víctor y Rosa habían vivido tiempo atrás, pero desde luego, este barrio actual, no tenía nada que ver con aquel que había acogido a aquellos dos hermanos.

Yo no sé muy bien porqué se llamaba La Luz, este barrio en el que la oscuridad es la que reina. de todo ¿Tal vez es que hubo un tiempo que estaba muy iluminado o cómo rezan las leyendas que una mujer había dado a luz frente a una vieja ermita que había en lo alto del barrio? Hace mucho, venía contándose que, en aquellos montes, se celebraban ritos de fertilidad.

No lo sé muy bien que ha pasado desde entonces para que este barrio que antiguamente tuvo su esplendor halla acabado en un montón de basuras y escombros. Es increíble como en un solo segundo todo puede irse a la mierda. Bueno, sí lo sé. No supimos cuidar a la Tierra y al final eso nos pasó su factura. Estaba cantado que todo acabaría así pero no esperábamos que fuera tan pronto y casi de repente.

Eso es lo que nos parecía, aunque la desgracia ya llevaba fraguándose durante muchos años.

La humanidad ha cambiado desde la gran catástrofe. Si hubiera vivido aquella época en que el barrio se llamaba así La Luz, yo misma me echaría a llorar de la emoción, porque ¿puede haber algo más maravilloso que la evocación de la luz cuando todo es oscuridad?

Un buen, o mal día la Tierra, nuestro amado planeta, decidió que tenía que dejar de girar. Los motivos nunca nadie los sabrá con certeza. Sucedió un día sin más, sin previo aviso, aunque había muchas voces que ya lo venían vaticinando.

Todo comenzó con la crisis de la cebada. Parece algo sin importancia que por unas cervezas empiece todo por irse al garete. Da un poco de risa: ¿Verdad? Pero fue así, por la cebada, así como lo digo, el cambio climático trajo un descenso importante de la producción, como no había suficiente cebada, la producción de cerveza mermó. Ya no podíamos seguir utilizándola para hacer las cervezas porque ahora, teníamos que alimentar con ella a nuestros animales y quien quería una cerveza, tenía que pagar un alta suma de dinero.

El descenso en la producción de cebada por la sequía no fue la única cosa mala que nos depararía el futuro: Llegaron las hambrunas porque ya no habría suficiente cebada para alimentar el ganado y a continuación le siguieron las guerras del agua. El agua comenzó a escasear y a convertirse en un bien tan preciado como lo había sido anteriormente el petróleo. Los países comenzaron a guerrear por la posesión de este recurso y EEUU que comenzó el conflicto, comenzó a experimentar y utilizar su armamento nuclear contra los otros países beligerantes, pero fue al final China quien terminó por apretar el botón. Los chinos ya tenían mucho poder por aquel entonces y se habían convertido en la primera potencia desbancando a los americanos.

No se sabe si por el uso de la energía nuclear, por el magnetismo del Sol que no pasaba por sus mejores

momentos o por el propio magnetismo de la Tierra lo cierto, es que nuestro hermoso habitáculo azul dejó de girar y eso no fue de un día para otro.

En el tiempo que duró aquella tragedia sin precedentes, ocasionada tal vez por todas las bombas atómicas que utilizamos, todos los continentes se desplazaron. Nada volvió a ocupar su lugar real en los mapas; los continentes fueron engullidos por un mar y emergieron otros nuevos que permanecían ocultos, lo que antes estaba en al Sur acabó en el Norte y todo eso se produjo en sentido inverso– producto de la inversión de los Polos; países que antes estaban separados por océanos ahora podían recorrerse fácilmente andando, ciudades que antes eran costeras pasaron a convertirse en interiores; los mares se desplazaron del ecuador a los Polos y provocaron una cadena de Tsunamis y terremotos que sacudieron el planeta arrasando países enteros. Estados Unidos fue el continente más devastado de todos por la confluencia de los dos mares: el Atlántico y el Pacífico.

Pero la pesadilla aún no había terminado. Lo peor aún estaba por llegar.

Todo lo que estaba en la superficie en aquel momento que no había quedado anegado por el agua o el barro: edificios, gentes, animales, ciudades enteras, fueron literalmente barridos por rachas de vientos huracanados de más de 500 kilómetros por hora.

Los más religiosos se santiguaron y pensaron que eran las plagas que nos anunciaba la biblia. Y no se equivocaban.

Las ciudades en el exterior desaparecieron. por lo menos, todas las que estaban situadas bajo el paralelo situado a unos cien kilómetros del círculo Polar Ártico. La vegetación murió y la mayor parte de la Tierra se tornó desértica por temperaturas extremas tanto de frío como de calor. Ante esta situación los animales no tuvieron mejor opción que emigrar en busca de pastos que asegurasen su supervivencia,

pero después de muchos días y noches, de vagar sin comida ni agua, terminaron sucumbiendo a la dureza del clima.

¿Es triste, ¿verdad? Yo también lo pienso así. Es algo verdaderamente triste, pero aquel desastre trajo también algo positivo.

En la zona iluminada por el Sol, pasó algo curioso: la temperatura alcanzó niveles mayores que los necesarios para hacer hervir el agua y la condensación de estas nubes acabó en precipitaciones hasta elevar la temperatura media del planeta debido al efecto invernadero. Entre tanto, en la zona oscura las temperaturas comenzaron a rozar los 150 grados bajo cero y las tormentas –y al igual que sucede con la gran mancha del planeta Júpiter– se volvieron casi perpetuas.

Y sí, los mares también se secaron.

Nadie puede imaginar que algo tan horrible pueda suceder hasta que la realidad le golpea. La Tierra quedó con una zona iluminada y otra en la más absoluta oscuridad. El Ying y el Yang.

En la cara expuesta al Sol, el flujo del agua se evaporaba continuamente para fluir enfriada por la otra mitad oscura del planeta todo, absolutamente todo se repetía de una forma cíclica. En el mar, la sequía permitió emerger los tesoros que nunca nos atreveríamos ni a imaginar: Tesoros hundidos, civilizaciones sepultadas por el mar, aviones y barcos desaparecidos, armamento de guerra aún activo y extraños artefactos voladores de un tiempo muy arcaico que parecían no terrestres pero que estaban inutilizados por tantos años bajo el mar y de los que no se podía extraer ninguna tecnología inversa... El mar escupió todo lo hermoso y todo lo abominable a la superficie.

En esas condiciones no fue extraño que la vida vegetal y animal sufriera un duro golpe.

La estratosfera ya no era tampoco un eficiente escudo para las radiaciones solares y finalmente estas también se

encargaron de segar la poca vida de gran parte de la población que aún no había sucumbido al agua, el barro o al viento.

Internet, como era de esperar, también dejó de funcionar y la mayoría de los barcos, trenes y aviones que dependían de la red, así como los satélites y los GPS–se vinieron abajo provocando también el caos tecnológico. Para cuando la cosa se estabilizó más o menos con el llamado INTERNET NEURONAL muchos años más tarde, el aire no tendría la suficiente densidad y se volvería irrespirable por lo que para salir fuera las máscaras se convirtieron en el pan nuestro de cada día y algo obligatorio e imprescindible para nosotros. La noche, la amigable noche, se convertiría en el único lugar seguro donde pudiésemos estar a salvo junto con los pocos animales que habían sobrevivido con nosotros, algunos de ellos tan repugnantes como las ratas y las cucarachas.

Nos refugiamos bajo tierra, juntos y entre tanto, nos turnábamos para emigrar continuamente en busca siempre del hemisferio que quedaba sumido en la oscuridad huyendo de las radiaciones; solares unos pocos privilegiados hacia los Polos y los otros manteniendo las ciudades y sus sistemas intactos hasta la llegada del relevo, malviviendo entre tanto en intrincadas redes subterráneas.

Entre tanto, en la cara oculta al Sol se había formado una montaña mucho mayor que la del Monte Olimpo en Marte. –¡Se podían reír los marcianos de la nuestra! Su Monte Olimpo tenía 25 km de altura– y la nuestra la friolera de 40 kilómetros. Era tan impresionante que la llamamos el "Olimpus II".

La vida bajo tierra, nos obligó a perfeccionar las comunicaciones de nuestras ciudades. Sin comunicación, por otra parte, habríamos terminado de sucumbir como el hombre de Neanderthal sucumbió al ver su hábitat reducido tan solo a las montañas.

En estas condiciones, con hurtos y asesinatos de forma continua, viajar a las estrellas dejó de ser una prioridad.

¡Pobre raza humana, estúpidos e ignorantes que durante años no habíamos hecho si no cavar nuestra propia zanja! ¡Pobres terrícolas que por nostalgia o romanticismo a nuestra especie simplemente resistíamos para contemplar nuestro fin!

Con el paso de los días, estaba escrito que los terrícolas desapareceríamos como especie en el más absoluto de los silencios, viviendo siempre bajo tierra como las alimañas, desplazándonos en dirección a los Polos o a las partes sombreadas de nuestro planeta huyendo de las inclemencias del clima como exiliados, como las mismas gentes que se veían obligadas a huir de la intolerancia y la persecución política durante el día y debían salir a aprovisionar a sus familias buscando víveres por la noche.

De momento, era el principio del fin del mundo, de nuestro mundo tal y como lo conocíamos, aquel fin que auguraban todas las viejas culturas, en todas las épocas. Tal vez la Tierra había dejado de girar como consecuencia de nuestros malos actos o tal vez porque también ella tenía una fecha de caducidad como todos nosotros y ahora también le llegaba su hora.

¡He amado tanto y he llorado tanto que ya no tengo lágrimas por la Tierra! ¡Vamos a morir todos, lo sé! De nada sirve que nos aferremos a la esperanza de que aquí también quedamos científicos que debemos estudiar y luchar por que este fin no acontezca. Ese fin llegará. Estoy segura. Y yo, no podré hacer nada para evitarlo. Aunque lo intentaré con todas mis fuerzas y en ello estoy, aunque no haga nada más útil que escribir esta estúpida novela.

Tengo la esperanza de que mientras escribo, el CUBO me revelará algo. Me rebelará porque al mismo tiempo que yo estoy escribiendo esta historia, él está tejiendo otras tramas, creando nuevos nudos en esta alfombra de los sueños con todos esos escenarios anónimos no atribuibles a ningún soñador, o el vuelo de esta hermosa águila que tanto me inquieta.

Debo esperar. Debo dar con el hacker maravilloso que está haciendo que ocurra esto. Tal vez él o ella tengan la

clave para ayudarnos, tal vez su visión del futuro sea mucho más amplia que la mía.

Estoy triste.

Es triste saber que vives en un mundo que tiene sus días contados.

Nos engañamos a nosotros mismos pensando que eso no sucederá. Sería simple coger una de las naves que viaja hacia Trappist 1 y evitar no llorar al observar todo lo que se queda aquí abandonado, en este diminuto punto azul como diría Sagan: nuestra historia, la historia de nuestras familias, la imagen de un tiempo que flota, donde la flora, la fauna, la humanidad y el clima vivían su máximo esplendor.

Desde que todo comenzó, un solo día ya no dura 24 horas como los días de antaño. Ahora, un solo día dura 29 años del tiempo antiguo y la noche que le acontece también tiene esa misma duración.

El cielo negro como el carbón nos impide ver la luz de las estrellas y la salida a nuestros problemas es tan cenagosa como la noche que nos ha tocado en suerte.

Pero, en medio de tan aciago panorama, en el meridiano, en la semi penumbra, se vislumbran gigantescos saltos de agua que se precipitan a esa zona del planeta que no es ni totalmente clara ni tampoco oscura.

En esa intersección, la luz del Sol en ángulo recto al incidir sobre las diminutas gotas de agua de las cascadas las hace relucir en la noche eterna como si fueran ríos brillantes de dorada lava y cuando llega el periodo en que es de día despliega arco iris gigantescos tan espectaculares y maravillosos que los transmitimos para que el mundo entero los vea.

Un espectáculo hermoso en medio de tanta pérdida. Algo que jamás veríamos si no hubiera acontecido esta tragedia. Una ligera esperanza de que todo pueda mejorar algún día.

Ahora mismo está tronando. Contemplo el águila en las pantallas y hablo con ella, aunque sé que no puede oírme.

–¿Quién eres? –le digo a las pantallas– ¿Quién diablos eres? ¡Háblame! ¡Cuéntame tu historia! ¡Dime que quieres de mi! ¡Dime como puedo ayudarte!

Siento de repente el estallido de los truenos y los relámpagos y la lluvia cae con profusión en medio de la oscuridad.

–Clic, clac, clic, clac –golpea contra el cemento y contra mi corazón– clic, clac, clic, clac.

Su cadente sonido me recuerda que tengo un hambre atroz, aunque hace tiempo que no siento la sensación de hambre, ni siquiera recuerdo cuando fue la última vez que comí... Estoy cansada. Tal vez deba dejar el CUBO y regresar a casa para calmar esta sensación tan desagradable de vacío en el estómago. No suelo tener casi nunca hambre. Es una sensación rara, como un recuerdo. Desde mucho antes de mi nacimiento las reservas de comida están racionadas porque en nuestro planeta ha sido un problema alimentar a tanta gente. Ahora, es mucho peor, los cultivos hidropónicos no son suficientes para paliar toda la hambruna del mundo, las abejas han desaparecido y los insectos robóticos polinizan los campos que a duras penas intentamos mantener, pero alguna gente, como es mi caso, podemos comer algunos vegetales y comida genéticamente modificada que nosotros mismos cultivamos en nuestros hogares y por ello debemos sentirnos inmensamente afortunados. E incluso hasta podemos darnos algún que otro capricho extra comiendo chocolate. ¡Me encanta el chocolate!

Y no es un producto exclusivo del primer mundo.

Si de algo ha servido la catástrofe, es para la desaparición del llamado Tercer Mundo. Ahora, ya no hay ni primer mundo, ni segundo, ni tercero, solo hay un mundo viejo, caduco y agonizante, un único mundo, el de nosotros, la

Tierra. Nos preparamos para nuestro propio suicidio como planeta ¿Es que nadie pudo verlo?

Realmente me siento muy pesimista. Nunca me había sentido de esta manera mientras contemplo la ciudad en la más absoluta oscuridad a través de los cristales del CUBO mojados por la lluvia.

EL CUBO

Centelleando en el cielo nocturno de un barrio de la luz, que paradójicamente está a oscuras por los siglos de los siglos, se yergue nuestra única esperanza una gigantesca y acristalada estructura azul, dura como un diamante, un gigantesco CUBO de aristas perfectas, que gira sobre si mismo en otros cubos más pequeños, cubriéndolo todo con unos preciosos reflejos cambiantes que parecen fuegos artificiales en la oscuridad. Si alguien del mundo antiguo los viese, diría que se asemejan a las auroras boreales en el cielo y en verdad se parecen mucho a ellas. Es el bastión al que acudimos en busca de nuestro más preciado alimento: El Sueño, para entretener nuestra hambre, nuestra sed y nuestra desesperanza...

Porque, es el sueño lo que repara nuestro reloj biológico afectado por la ausencia de luz natural y es el sueño lo que cuando llegue nuestro fin, nos permitirá tal vez afrontarlo todo sin apego y dolor.

En muchas grandes ciudades del mundo se han hecho edificios muy similares a nuestro CUBO.

Éste en concreto, es enorme y se halla en la parte norte externa bajo una cúpula de grafeno laminado.

La base externa de la ciudad reconstruida tiene aproximadamente 10 KM y se asienta sobre las ruinas de lo que un día debió ser una ciudad próspera.

Hacer la cúpula fue una tarea ardua y compleja: una tarea encomendada al gobierno mundial para su sede para proteger en su interior la preciosa maquinaria, pero finalmente el gobierno se trasladó a otro lugar, mucho más al norte.

En el CUBO los científicos experimentamos con los colores, la Súper Realidad Virtual y la realidad invasiva. A esta última la llamamos así porque invade, porque a partir de un mínimo elemento crea otros hasta construir mundos muy parecidos a la realidad.

Realidad Invasiva es como pensar en una flor, imaginar un campo, idear como será el cielo que rodee ese campo, si será plácido o tormentoso, si el campo estará cerca de una ciudad o cerca de un mar.

A partir de un mínimo de elementos vamos creando cosas, y creando escenarios y a nuestras creaciones se unen otras personas que contribuyen a enriquecer aquello a lo que, en nuestra imaginación, en nuestros sueños o en nuestra realidad hemos dado vida.

La oportunidad también de poder grabar nuestros sueños, aquellos que creemos interesantes para nuestros estudios nos ha abierto las puertas a un mundo mágico y desconocido que podemos también aplicar a la Realidad Invasiva.

Todos estos progresos vinieron precedidos muchos años antes por los estudios en bio fluorescencia y bioluminiscencia con peces, corales y especies vegetales acuáticas de las que se guardaba el suficiente material genético.

Aprendimos tanto de los peces luminiscentes que vivían en las aguas abisales, que pudimos saber que gracias al impacto del color rojo –el único capaz de atravesar con éxito las capas cerebrales– podíamos estudiar las neuronas y construir en base a aquellos estudios nuestra máquina de los sueños.

Pero lo que, en realidad, dio un verdadero impulso a nuestro proyecto fue la complementación a nuestros experimentos del pigmento DELÍRICO y el poder captar

mediante sensores la actividad tridimensional eléctrica y magnética de cerebro también generar además de captar.

La inteligencia artificial y las redes neuronales con el uso del Delírico fue lo que culmino el gran avance en gravar y reproducir sueños.

El Delírico es una sustancia que consumimos habitualmente desde hace muchos años. Su consumo no tiene efectos negativos, se trata de un foto pigmento que absorbe la luz azul y regula las hormonas del sueño y la vigilia que además nos permite regular nuestro reloj biológico, que aunque su uso excesivo también tiene contraindicaciones, usado adecuadamente presenta grandes beneficios para la salud y la estabilidad mental en nuestras condiciones.

Esta sustancia fue descubierta por vez primera de forma accidental por un científico llamado Negu Izaguirre que fue aguijoneado por una hada originaria. Dicho científico encontró una forma de aislar una sustancia parecida a un pigmento que el hada originaria le había inoculado en la sangre. A partir de ahí el pigmento se fabricó de modo industrial estudiando los elementos que lo componían. Actualmente las nuevas hadas no lo trasmiten ya que llegaron a nuestro tiempo sin su aguijón y su capacidad para inocular el pigmento, pero sí, que lo sabían fabricar y, en consecuencia, creamos granjas donde ellas pudieran trabajar.

Cada día descubríamos que la utilización de esta sustancia en nuestra sangre nos hacía tener sueños cada vez más delirantes y asombrosos.

Pero debíamos usarlo con cuidado porque algunos nos volvíamos locos.

Comenzamos a guardar todos nuestros sueños en distintos soportes.

Esos registros almacenados permiten que conectemos nuestros cerebros con la gran Máquina con el fin de experimentar sueños lúcidos, tan vivos y tan radiantes, que a veces no parecen sueños gracias a la Realidad Invasiva.

Pero, es necesario que explique esto para que se entienda. Fidda y Edmundo habían encontrado por fin una cura, una nueva panacea, o más bien un parche; un sistema nuevo para viajar a través de nuestros sueños estimulando zonas dormidas de nuestros cerebros para sacarles el máximo rendimiento.

Necesitábamos algo para evadirnos. La realidad era tan dura que difícilmente era soportable y el sueño, nos lo permitía.

La clave, le había sido dada a Fidda unos años atrás.

Pero, es preciso que me remonte un poco en la historia para hablar de Fidda y de su trabajo en el CERN.

Fidda. ¡Hablemos de ella! Ella siempre creyó que sus años de estudios eran baldíos, pero se equivocó por completo.

Al fin y al cabo, la realidad no resultó ser más que una ilusión en un universo fractal, algo que no es más que un espejismo según afirman los que creen que existen universos entrelazados.

Supo Fidda, que los sueños se cumplen y que estábamos a punto de dar un salto cuántico hacia algo desconocido hasta entonces, hacia unos nuevos parámetros del sueño.

Al principio, todo parecía simple hasta que los sueños revelaron anomalías como si más que sueños, se tratase de los recuerdos de otras personas.

Creamos nuestro CUBO y accedimos sin darnos cuenta tal vez a un registro nuevo y desconocido que interactuaba con nosotros y que utilizaba nuestros propios sueños para manifestarse. A veces esos sueños se desconectaban por si mismos o ampliaban sus nódulos hacia algo tan inmenso que no podíamos ya cuantificar.

La comunicación con el CUBO se volvió bidireccional. Al principio dio miedo ver como la máquina cada vez creaba y aprendía más volviéndose por sí misma más y mas compleja.

¿Y qué era la máquina?

La MÁQUINA o el CUBO se llamó así porque a alguien del equipo se le ocurrió que las caras del cubo serian de cristales de colores igual que el famoso cubo de Rubick que tan famoso se hizo en el siglo veinte. Un cubo formado por otros cubos que giraban sobre si mismos, buscando todas las posibles combinaciones de colores y que a su vez estaba protegido por una cúpula gigantesca de grafeno transparente que dejaba ver algunas veces el cielo nocturno lleno de estrellas.

Lo que empezó siendo para un sector restringido de la población acabó llegando a todos los hogares y gentes de todas las razas, credos y condiciones sociales.

Queríamos que el mecanismo del CUBO llegase a todo el mundo. Estábamos pletóricos por otorgar un poco de esperanza a quienes ya no la tenían, aunque esta esperanza viniera disfrazada de mentira.

Puestos a morir que mejor que hacerlo con una sonrisa cuando llegara la hora y a todos, absolutamente todos nos encantaba a partir de entonces conectarnos el INTERNET NEURONAL a la MÁQUINA de nuestra localidad o, en la intimidad de nuestras casas. El CUBO mejoró muchísimo nuestra salud y nuestro estado anímico. Soñar, siempre ha sido bueno para la raza humana.

Todo esto lo lográbamos a través de un evolucionado Casco de Dios que permitía una estrecha comunicación entre este dispositivo y el CUBO madre, el gran CUBO al que todos los terminales estábamos unidos.

El artilugio en cuestión, estimulaba determinadas áreas cerebrales que permitían al individuo interactuar con sus propios sueños y también con los sueños de otras personas sin daños colaterales para los participantes y todo lo soñado se guardaba además en unos archivos que podían ser vistos una vez despiertos.

La tecnología sirvió para controlar la epilepsia y curar el Alzheimer. El CUBO potenció estos estados alterados de

conciencia a través del uso de pantallas de enorme definición que ofrecían la sensación de vivir realmente de nuevo estas experiencias gracias a la REALIDAD INVASIVA. Necesitábamos ver nuestro mundo decorado y ocultar la realidad cotidiana para poder así soportarla un poco mejor. y necesitábamos ver estas imágenes para inspirarnos en nuestros próximos sueños.

Gracias al CUBO descubrimos que había un mundo paralelo al mundo que veíamos y sentíamos cuando estebamos despiertos. En esa otra realidad todo sucedía de un modo distinto y a veces nos preguntábamos que era realmente la realidad y cual de aquellos dos mundos si el de la vigilia o el del sueño era ciertamente el mas verdadero.

Nadie que no hubiese vivido en nuestra época se atrevería a juzgarnos. Son malos tiempos para aceptar la realidad y seguir viviendo como si nada, "malos tiempos para la lírica" como decía aquella canción española de un grupo música de los ochenta. Es muy duro saber que tu planeta y todos tus seres queridos van a morir contigo y que no hay ninguna esperanza para los que te sobrevivan. La gente tiene que entretenerse en algo si no quiere terminar con su vida o volverse loca negándose a si misma el poder de vivir unos años más, no sabemos cuántos serán y olvidarnos del yugo que pende sobre nuestras cabezas.

Así que si no teníamos pájaros podíamos soñarlos y si no teníamos flores podíamos recrearlas en los sueños. Podíamos construirnos un mundo a nuestro medida en el Cubo y en cierta manera ser felices con lo poco que teníamos, tan solo soñando. Si es verdad que todo era irreal y que a veces incluso confundíamos ambos mundos e incluso los había que vivían mas en el mundo de los sueños que en la realidad, tal vez ese era mi caso. Pero... todo era mejor que ver la horrible realidad que nos rodeaba.

Luego existía la opción de marcharse en las naves que fletaban todos los años hacia Trappist Uno, pero no había suficientes plazas para todos y la lista de espera era tan

interminable que embarcarse podía llevar más tiempo del esperado, pero este era solo un viaje de vuelta con destino a ninguna parte, solo tu descendencia llegaría a Trappist 1 o tal vez alcanzados por una mejor tecnología de futuro en una nave que parta dentro de unos años.

Muchos como yo, pensábamos que nuestro sitio era este, aquí en la Tierra a pesar de todo lo que estaba pasando.

Y para complicar más las cosas Fidda descubrió que existe un vínculo entre el mundo real y el mundo onírico, entre pasado y futuro, y que puedes convertirte en un observador, pero no puedes alterar el escenario en que te mueves sobre todo cuando no hay una clara relación con tu persona.

Todo un universo de probabilidades, pero tan solo una realidad única posible cuando abres el sobre que contiene tu carta, tu destino ya está escrito.

Una realidad que empezó a resquebrajarse cuando mis amigos, todos ellos tuvieron ese sueño repetitivo en el que un velero se movía a merced del viento en una noche oscura entre penachos de edificios derruidos. Fue una más de las muchas visiones que tuvieron meses antes de encontrar el retrato y el libro roto entre las escombreras, un sueño tan nítido, tan diáfano que parecía lo más real que habían experimentado.

En el sueño, descendían por vertiginosas montañas rusas y luego caían al vacío hacia un cielo recorrido por una impresionante puesta de sol en el que unas gaviotas parecían estar buscando su alimento entre las olas.

En nuestro mundo, en cambio todo es oscuro y frío y los pájaros apenas existen, quedan muy pocos, tampoco es que hayan desaparecido por completo, pero es muy raro verlos ya que, aunque se intentó salvarlos gracias a la genética estos, no tardaron en morir víctimas del estado del aire.

Los radares naturales de los pájaros de antaño se vieron alterados y provocaron su masiva muerte y extinción. No nos quedan muchos ejemplares. Tan solo algunos patos y ocas con deformidades genéticas.

No imaginábamos una razón para esta imagen de tantísimos pájaros juntos en un sueño tan repetitivo que teníamos todos y cada uno de nosotros y que solo veíamos cuando todos estábamos reunidos soñando, no cuando venían otros visitantes al CUBO. Porque todos teníamos exactamente el mismo sueño, incluida yo: gaviotas en una puesta de sol, luego la oscuridad de la noche cerrada y una luz tenue como una luciérnaga flotando en la oscuridad del agua que cada vez se iba haciendo más y más brillante hasta formar la imagen de un candil con una potente luz amarilla que alguien sostenía dentro de un velero a la vez que se oía una voz robótica que decía.

–"¿Donde estas ahora pequeñín? ¿Hundido? ¡No! ¡No me lo creo! Alguien de estos monos retrasados es más listo de lo que he intuido. tendré que averiguar el misterio, pero eso puede esperar un poco mientras te encuentro".

Y la voz seguía diciendo:

–¡Tendré que ir ahí al Sol! ¡Ver lo que está pasando! ¡El barco puede esperar!

Ajenos a estos pensamientos dentro de el barco un hombre y una mujer se amaban de un modo desesperado Parecían exhaustos y como si quisiesen darse calor mutuamente porque tuvieran mucho frío, estaban envueltos en una gruesa manta de lana de cuadros con dos libros al lado que al parecer habían estado leyendo, en un barco totalmente quieto, mientras se contaban el uno al otro una historia. Una visión de un sueño compartido.

Un pasado sí, pero por alguna oculta razón encerrado en un sueño olvidado como el mensaje que alguien lanza en una botella al mar esperando ansioso una respuesta.

El cubo había encontrado alguna compleja relación que no podíamos concretar y había demostrado que ninguno había reproducido ninguna imagen que previamente hubiera visto o recordado. Se trataba pues de algo nuevo y desconocido, de otra sorprendente anomalía que se repetía en un perfecto patrón

para todos nosotros, porque se daba también el caso de que había datos concluyentes de que realmente aquellas personas habían existido en algún momento de la historia que se nos estaba contando y que todos aquellos personajes aparecían en los libros contenidos cuyos datos el CUBO manejaba.

Wanik, Esperanza, Volar. Así se llamaba la trilogía escrita por los hermanos Estrada nacidos en Avilés Asturias. El padre de Víctor Estrada también llamado Roxín y la madre Teresa Díaz, vivieron el final de la guerra civil y la postguerra. Roxín tenía un hermano llamado: Jesús apodado el Nene, que fue ajusticiado en un bosque colindante al mirador del Espíritu Santo.

–¿Porque se nos mostraban aquellos pasajes de aquellas novelas a todos nosotros? ¿Porque todos veíamos lo mismo y se nos daban a conocer los mismos datos? Tal vez la razón es que ellos, mis amigos eran la familia muy lejana de aquellas personas, y quizás yo, aunque no tenía nada que ver con ellos, también veía aquellos sueños por mi relación con ellos o con su futuro. No lo sé. Era como si todo estuviera intrínsecamente relacionado.

Era lo más raro que habíamos visto nunca desde que nuestros ojos de recién nacidos aprendieron a adaptarse a la incipiente oscuridad de nuestro mundo. Teníamos problemas para ver. Muchos había que se habían quedado totalmente ciegos, no era nuestro caso si no el de las nuevas generaciones que estaban naciendo ahora y a las que había que condicionar su hábitat para garantizar su supervivencia. Era triste pensar que los próximos habitantes de la tierra nacerían con graves problemas oculares por un cambio en la genética, pero incluso en aquella oscuridad, el Cubo había encontrado una forma de estimular ciertas áreas de sus cerebros para permitir que quien había nacido sin visión pudiese ver poco a poco los colores. Sabíamos que no era gran cosa, pero todo era mejor que no ver.

Pero nosotros, los que aún podíamos todavía ver, no sin ciertos problemas, aún escuchábamos graznidos de gaviotas

y contemplábamos la serena belleza de aquella mujer de edad madura con arrugas en las comisuras de su labios iluminada por la marfileña luz del candil en una barca que iba a la deriva como Caronte en la oscura laguna Estigia.

Ella se llamaba Lila y el hombre que la acompañaba era un tal Fran Ahmed. Los dos habían observado, no sin cierto alivio como el ser esférico les olvidaba en aquella barca y partía a una velocidad increíble convertida en una bola negra en la noche en dirección hacia el Sol en busca de algo que había llamado poderosamente su atención.

Como estaba apagada la luz y todos los sistemas de balización en medio de aquella oscuridad, el ser esférico les ignoró porque no pudo verlos. Pero con el frío, la tensión y tal vez que el hombre ya estaba enfermo antes de partir con Lila, la situación para él se agravó.

Lila sujetaba entre sus manos las grandes y varoniles de su amado bañando el rostro de él con su llanto. La escena del libro se reflejaba en imágenes en nuestro sueño como si se tratase de una película antigua.

–Voy a morir lo sé. –Decía en las pantallas repitiendo las mismas frases que había dicho en la novela de papel– pero recuerda siempre el poema Lila y no me olvides. “No te pares al lado de mi tumba y no solloces. Porque yo no estoy ahí, porque yo no he muerto”.

Recitó de nuevo el final de aquel poema cherokee y la miró con dulzura al tiempo que se llevaba las manos a las costillas y tosía. Ella le limpió la sangre que brotaba de las comisuras de sus labios y recostó su cabeza en su hombro con cariño.

–¡No morirás! –Gimió–. No dejaré que te mueras. ¡Te llevaré a un hospital! ¡No morirás aquí! ¡Yo no lo permitiré! ¡Déjame que mueva el velero! ¡Déjame que lo conduzca hacia la orilla y busque ayuda para ti!

–¡No lo harás! –Le suplicó él. Si mueves el velero ese ser nos encontrará. Es mejor la oscuridad. Es mejor esperar

a mañana. Si mueves el barco morirás. Él no tardará en encontrarte, lo sé. Y no solo moriré yo, también tú. Necesito creer que habrá una esperanza y que al menos tú serás quien se salve de los dos.

–Pero... –Dijo ella dubitativa–. Si no muevo el barco y espero a mañana tú morirás igualmente y yo, no lo podré resistir.

–¡No te preocupes por el mañana! ¡el mañana no existe. ¡Solo tenemos el presente! –La consoló él–. Pero te confieso Lila que tengo mucho miedo. No quiero morir. Sufro indeciblemente al pensar en la oscuridad, que te dejo aquí, que ya no te veré nunca más y me pregunto si habrá algo o por el contrario será la noche más absoluta para mí.

La mujer clavó sus ojos en nosotros como si en verdad nos estuviera viendo a través del sueño, como si nos observara a través de un cristal. Como si nosotros también fuéramos unos mirones, personajes extraños de aquella película, mudos espectadores, nosotros, mirando la escena tridimensional y envolvente desde otro lado de aquella dimensión del espacio y el tiempo.

–¡Calla! –Él le puso con delicadeza un dedo sobre los labios y rompió a toser otra vez llevándose a la boca el pañuelo sanguinolento. Lila dejó de mirar ausente al vacío y fijó su vista en él. Él, la atrajo hacia así, acariciando el sedoso cabello que crujió entre sus dedos, aquella sería la última noche que ella le tendría para sí. Había que aprovechar el tiempo así que selló los labios impregnados de sangre y de sal de él con un beso apasionado.

–¡Nunca te olvidaré, Lila, nunca, ni ahora ni en la muerte!

Lila se tumbó exhausta a su lado y atrajo su maltrecho y delgado cuerpo contra el suyo y sollozó. Temblaba de frío y quiso darle calor con sus abrazos acogiendo la cabeza de él entre su pecho.

Fundidos en aquel gesto, y ajenos a los espectadores, se dejaron llevar por la pasión con la desesperanza de dos

amantes que saben que ese es su encuentro porque, cuando amanezca, ya no habrá un futuro para ambos.

Poco a poco se despojaron de sus ropas con dulzura, con delicadeza, con un amor exquisito y quedaron desnudos con sus pieles lechosas a la palidez de la luna en un barco que el viento mecía con suavidad como una pluma sobre un lago.

Mañana cuando amanezca yo moriré. Hazte a la idea de que será así, Lila. Solo somos dos aves de paso, aves que ya han cumplido su destino, aves, que deben remontar hacia alguna parte, yo no sé adonde.

No te pares al lado de mi tumba y no solloces.
No estoy ahí, no duermo.
Soy un millar de vientos que soplan y sostienen las alas de los pájaros.
Soy el destello de un fulgurante diamante en la blancura de la nieve.
No te pares al lado de mi tumba y no solloces.
No merece la pena porque yo no estoy ahí, porque yo no he muerto.

Lila ahogó un sollozo y abrazó su cuerpo desnudo.

Le acarició suavemente el cuero cabelludo impregnado en sudor.

–Apaga la luz del candil, por favor. –Suplicó él–. Incluso en el otro confín del universo si quiere fijarse sabrá dónde estamos. Es raro que aún no nos haya visto.

Ella obedeció. Y acertó a musitar.

–No morirás. Yo no dejaré que te mueras. ¡No lo permitiré!

Al amanecer el grupo contempló el cuerpo inerte del hombre que debía haber fallecido hacia unas horas. Lila, miró el mar con la mirada perdida. Estaba en estado de shock si en aquel momento alguien le habría preguntado su nombre se habría bloqueado y no sabría decir ni cómo se llamaba. Se había hecho de día. Ahora sí podría llevar

el velero al puerto y tal y como decía Fran Ahmed a buscar ayuda, pero, estaría sola.

Después de haberlo meditado durante toda la noche al lado de un cadáver lo lanzó y se lanzó junto a él en el agua maloliente y fría de la ría.

La barca quedó navegando al amanecer, a la deriva entre las ruinas del viejo Hospital de la Caridad de Avilés.

Al poco tiempo los encontraron flotando en el agua a los dos.

Pero las palabras de aquel poema cherokee que había recitado el hombre aún resonaban en los cerebros de los testigos de aquel sueño.

Mudo testigo, de aquel amor, de aquellos dos fantasmas, como el viejo fotograma de una película antigua: una lancha vacía iba a la deriva, con todos sus instrumentos de navegación, balización, señalización y localización totalmente desconectados…

Sus ocupantes habían traspasado el umbral hacia otra dimensión desconocida donde el amor nunca envejecería ni moriría, donde por siempre estarían juntos.

Soy un millar de vientos que soplan y sostienen las alas de los pájaros.
Soy un reluciente diamante en la blancura de la nieve.
No me busques aquí. Porque verdaderamente yo, no he muerto.

¡Que hermosura de poema!

Como en una película de cine todos presenciamos la misma escena del barco y aquellos dos extraños. Todos absolutamente tuvimos y grabamos el mismo sueño.

No era muy usual que un sueño se repitiese con todos sus elementos íntegros para un amplio número de personas.

Nunca había sucedido algo así.

FIDDA

Fidelia Calderón o Fidda como solía llamarla su hermano se había convertido en toda una erudita con el paso de los años.

No había sido difícil ni había tenido otra opción mejor en una época en la que no existía el dinero, aunque sí la propiedad privada. Esto, tenía sus ventajas y también sus inconvenientes ya que la moneda de cambio digamos que había pasado a ser virtual junto con el trueque. El dinero y los bancos tal y como habían sido conocidos durante los siglos XX y XXI habían desaparecido como tales y habían quedado obsoletos.

Las mejores monedas de cambio serían los thilis virtuales, el trueque y el intercambio de servicios e información a cambio de productos de primera necesidad.

Las empresas dependían de los recursos y, no se construía nada que no tuviese utilidad para algo o para alguien. –Bueno, realmente no era del todo así, pero había un consenso siempre entre lo que se necesitaba y lo que era posible hacer para satisfacer esa necesidad– y en ese empeño, todos podíamos colaborar, decidir y realizar cometidos.

Al quedar prohibidas las fortunas en particulares y entidades para evitar enriquecimientos ilícitos, las personas competíamos más por tener un prestigio personal y destacar en las aportaciones al bien común que era lo que

en ese momento primaba. Nadie en su sano juicio buscaba su enriquecimiento personal. El desastre había sido tan grande que ayudar al prójimo se había convertido en la base de la supervivencia de todos. El mundo a pesar de verse abocado al desastre paradójicamente se volvía más y más altruista y solidario con su prójimo. ¿Porque no fuimos así mucho antes? Me preguntaba con frecuencia. ¡Nos podíamos habernos ahorrado muchos de los problemas que padecíamos ahora!

Casi todos éramos estudiosos en la buena medida que podíamos, pero Fidelia, o Fidda como la llamaba cariñosamente su hermano, era un caso excepcional, una mente privilegiada.

Pero para ello, me retrotraeré en la historia a muchos años atrás a la creación de nuestro CUBO.

De todas las carreras de ciencia que se estudiaban en la universidad la más dura era la de arqueo ciencia: una disciplina a la que solo se puede acceder siendo verdaderamente un virtuoso ya que es imprescindible tener como mínimo dos carreras superiores y una demostrada capacidad para afrontar nuevos proyectos en un tiempo récord y con el mayor de los éxitos.

En el caso de Fidda las carreras superiores base habían sido la foto computación cuántica, el diseño de materiales y la neurología.

Era una muchacha muy joven, de cabello crespo, cara rolliza y rubicunda, dotada de una frente muy amplia en la que destacaban unos alegres y enormes ojos verdes del color de la menta. Sus cejas ligeramente arqueadas denotaban un carácter algunas veces escéptico, cuando arqueaba una de sus cejas sabíamos que Fidda estaba susceptible o había algo que no le cuadraba del todo. Fidda tenía unas pequeñas pecas en las mejillas que le conferían un aspecto pícaro, y un tabique de la nariz algo desviado, puede que debido a alguna caída de la infancia. Ocultaba sus largas piernas rechonchas

en los muslos y tatuadas completamente bajo un traje ceñido de cuero vegetal cultivado, de un bonito color azul marino.

En aquel momento, brillaba como un árbol de navidad con un collar de luces Led azulado y unas botas militares con cadenas y tachuelas plateadas que le conferían un aspecto a caballo entre el grunge, el rock y el punk de los años ochenta.

No se veía muy atractiva a sí misma de esta guisa, pero era su estilo de día a día. Su hermano, solía llamarla pequeño hadrón porque, aunque no se puede decir que fuera baja, para él era algo muy redondito y sin aristas, así lo había sido cuando era pequeña y aún conservaba parte de su redondez en la edad adulta.

Pero, a ella no le importaba que su hermano la llamara hadrón.

De verdad que "Pequeño hadrón" sonaba muy bien. Un hadrón es una partícula subatómica muy pequeña que los físicos interesados por lo minúsculo estudian con vívido interés.

Fidda tenía una gran inteligencia y eso era suficiente para suplir todas sus posibles carencias físicas. Si a la gente no le gustaba como era ella, que no la mirasen.: "Carretera y manta" como solía decir su hermano Edmundo.

Se retiró un largo mechón oscuro de cabello que caía de su cresta y le rozaba la cara llena de sudor y se puso las gafas de leer sosteniendo con sus manos gordezuelas una carta que acababa de recibir hacía una hora escasa.

Debía ponerse en camino hacia un lugar en Suiza cercano a los Alpes y debía hacerlo rápido pues, la ocasión lo requería.

Así que no lo pensó dos veces. Se despidió de su hermano Edmundo y de Oxi, su cuñada con un beso, preparó su maleta con las cosas más esenciales para tomar el tren de alta velocidad "Hiperloop" que la conduciría hacia su destino en Ginebra, Suiza y la alejaría de su familia durante el tiempo que durara la investigación para la que había sido llamada.

Durante todo el tiempo que Fidda estuvo en Suiza le contó a su hermano en sus cartas que había estado reunida con prestigiosos colegas y científicos trabajando en una especie de túnel que había bajo tierra, un túnel antiguo que había sobrevivido a la catástrofe mundial y que recorría varios países europeos. Este muro, junto a la muralla china fue en su tiempo una de las mayores construcciones de las que podía vanagloriarse la humanidad y casi lo único que quedaba de ella.

Edmundo no tardó en descifrar que el lugar donde su hermana Fidda había ido a trabajar se trataba del antiguo Instituto CERN pionero en la investigación nuclear y el acelerador de partículas o, más bien lo que quedaba de él.

Su trabajo allí consistía en estudiar los orígenes de la ciencia. –Desde el principio de la era informática siempre ha habido personas que saben construir o programar ordenadores, pero muy pocas, saben desempeñarse en ambas cosas y casi ninguna con conocimientos para usar o hacer funcionar el código ensamblador ni para conocer la utilidad de una unidad lógico aritmética.

Cierto es, que la ciencia ha avanzado mucho en ese sentido, pero, siempre se necesitarán personas que como Fidda conozcan y puedan responder al porqué las cosas.

Porque imaginemos que para sumar nadie usa otra cosa que las calculadoras. ¿Debemos dejar de aprender a sumar solo porque unas máquinas hacen este trabajo? ¿Y si un pulso electromagnético destruyera todas las calculadoras del mundo? ¿Y si se perdiera la posibilidad de reconstruir estas máquinas?

Eso fue lo que precisamente nos había sucedido, pero en el pasado no lo habían previsto.

Por eso hubiera sido más fácil que alguien se hubiera molestado en saber como es y cómo funciona un ábaco o como se construyeron por ejemplo las primeras pirámides por si ocurría algún desastre como el que al final sucedió, sin duda hubiéramos conservado parte de nuestra tecnología.

Pero, no lo hicimos y al igual que en una Biblioteca de Babel, muchos conocimientos ancestrales de cómo y porque se habían hecho las cosas resultaron destruidos y al final, hizo falta que unos científicos y una Fidda en el futuro se devanaran los sesos por como restaurar aquellas tecnologías que la catástrofe climática había destruido.

Habían pasado mil años desde el descubrimiento de la llamada "Partícula de Dios", el Boson de Higgs, y los científicos que llevaban el proyecto CERN abandonaron lo que estaban haciendo ante la venida del apocalipsis mundial con el convencimiento de que su trabajo ya no resultaba útil ni se continuaría financiado.

Por aquel entonces, había acontecido la catástrofe climática y había otras prioridades así que los científicos se marcharon corriendo y abandonaron todo su trabajo de una forma precipitada convirtiéndose los túneles en instalaciones fantasmas olvidadas bajo tierra.

Pero supimos que unos pocos, en secreto, continuaron trabajando allí digamos, por "amor al arte", eran científicos que habían hallado sin duda algo muy interesante, algo por lo que seguir luchando aún a pesar de la situación caótica y de que ya no recibirían ninguna ayuda por parte de sus gobiernos. Estos científicos construyeron un laboratorio anexo a uno de los edificios del colisionador de partículas más conocido como proyecto Atlas (la mayoría del edificio estaba bajo tierra). Habían pasado muchos años desde aquello, pero allí en el interior del CERN todo continuaba igual a cómo era entonces, como si el tiempo no hubiese transcurrido.

Fidda trabajó duramente en el CERN durante tres años en un proyecto ultra secreto incluso para su propio hermano Edmundo y solo unos días antes de venir le reveló algo en una breve carta.

La misiva decía así.

Querido hermano:

He descubierto algo trabajando en el túnel. Se trata de una máquina en ruinas que nuestros antepasados construyeron para ver las propiedades energéticas del espacio. Está en ruinas y en su día debió ser algo colosal. Se trata de una gran interfaz. Es sin duda un gran descubrimiento. Nos permitirá utilizar una tecnología capaz de hacer que la gente se sienta feliz. Crearemos algo para soñar para que la gente esté más entretenida, más sana y feliz. Siempre con cariño. Tu hermana que te quiere.

Fidda

Cuando Edmundo la tuvo frente a sí, solo pensó en si debía abrazarla o amonestarla por el tiempo que había transcurrido sin saber de ella.

–Fidda, sabes que me gusta saber el porqué de las cosas –le dijo mientras caminaban por el andén cogidos de la mano–. Yo, soy curioso como un niño pequeño, así que necesito saber que hiciste cuando estuviste en ese túnel del que me hablaste en la carta.

Ella dejó la maleta con ruedas en el suelo y se volvió hacia él para mirarle.

Su cara irradiaba felicidad. Nunca la había visto tan exultante, como si hubiese rejuvenecido.

–¡Salgamos del hiperloop y cojamos un taxi volador y te lo explicaré todo!

Mientras miraban el paisaje nocturno que había debajo, los ojos de Fidda adquirieron un brillo inusitado.

–Edmundo, el anillo subterráneo en el que trabajé ayudando a los arqueólogos a entender la tecnología de nuestros antepasados te sorprendería. Encontramos algo que sí puede ser la esperanza que todos estamos buscando. Empecé a comentártelo en la carta, pero no podía darte muchos más detalles.

–Sí, me comentaste algo en una de tus cartas –adujo Edmundo– hablabas de una máquina en ruinas. Yo sé que esa máquina fue el LHC (el acelerador de partículas más grande que se haya construido nunca). Hacía mucho que estaba desaparecido. Se creía que había quedado destruido con el movimiento de tierras, pero al parecer tú diste con él.

Fidda sonrió.

–Un día, encontramos un resorte en uno de los experimentos del CERN conocido como El Atlas –uno de los cinco detectores de partículas que se halla en el Gran Colisionador de hadrones–. Bueno, si se puede llamar resorte, la verdad es que me había quedado sola entretenida y absorta contemplando un amasijo de cables de fibra óptica que estaban machacados. Era muy tarde y estaba muy cansada así que me quedé profundamente dormida mientras el resto del equipo se iba a sus literas. Lo cierto es que, en ese momento, una de las hadas que pululan por allí, se posó en mi brazo mientras dormía y durante el sueño, sentí un picotazo muy fuerte, pero pensé que soñaba, no le di importancia y seguí durmiendo.

Pero, en el sueño, esta hada no era como las otras. Tenía una especie de aguijón en la cabeza. Nunca jamás había visto una especie así.

Pensé que todo había sido producto de un sueño. En aquellos momentos, hacíamos experimentos con el mundo onírico y lo complementábamos con el uso del DELÍRICO la sustancia que fabrican las hadas. Aquel pigmento inyectado en mis venas no venía de una fabricación en el laboratorio si no que una hada muy extraña me lo había inoculado. Pensé que todo lo había soñado, pero, al amanecer en mi muñeca había unas marcas.

–¡Es raro! Nuestras hadas no tienen ningún aguijón. ¿Estas segura de que era un hada? ¿La volviste a ver?

Fidda negó con la cabeza.

–No. Edmundo –continuó diciendo–. Nunca más volví a ver esa hada. La busqué por todas partes, pero no la

encontré. Estuve indagando sobre experimentos con hadas. Me remonté a los inicios y descubrí que su inventor, un científico llamado Negu Izaguirre experimentó con insectos y creo unas especies estériles. Esas especies han llegado a nuestra época como lo que tú y yo conocemos como hadas, pero las hadas originarias que sí tenían aguijón han desaparecido y no pueden ser replicadas.

–¿Han desaparecido? ¿No pueden ser replicadas? Pero: ¿Por qué?

–Porque han desaparecido los planos y las directrices para fabricarlas. Solo se hicieron únicamente dos con estas características, pero no hay constancia de que estén en ninguna parte. Y en cuanto al científico ya no vive. Desapareció muchos años antes de que tú y yo naciéramos y murió en un desgraciado accidente de tráfico.

Edmundo contempló las ciudades en la noche con sus luces de colores y sus carteles luminosos. Continuó mirando hacia abajo mientras le decía a Fidda.

–Y: ¿porqué ese científico hizo a todas esas especies estériles? Yo también he leído algo al respecto, ya sabes: las hadas originarias, las quimeras y las hadas actuales que hoy nos rodean por todas partes.

El auto conducía solo a través de las nubes. Se veía una luna redonda anaranjada que parecía mucho más grande que otras noches. Una voz robótica de mujer les anuncio:

–¡Próximamente llegaremos a su destino. Por favor, no desabrochen sus cinturones!.

Fidda tomó una cubitera y echo en ella varios ingredientes.

–¿Te apetece un mojito?

–No, gracias. –Dijo él.

–Pues, bien. Me preguntas que por que ese científico hizo todas estas especies estériles incluidas nuestras hadas. Realmente, Edmundo no sé que contestarte. Nunca

sabremos por qué hizo esto, si realmente es que le gustaba experimentar o intentaba acabar con alguna especie de plaga desconocida. Con las especies estériles se logran individuos que siguen siendo sexualmente competitivos y al mismo tiempo se controla a la población de insectos que representan una plaga. Es una técnica que llevaba practicándose desde hace muchos años, pero hasta la intervención de Negu Izaguirre nunca se había aplicado la ingeniería genética.

–Y: ¿A que plaga se supone que las hadas querían erradicar?

Fidda tomó un lento trago de su mojito y revolvió con la cuchara la hierba buena que quedaba en el fondo.

–No lo sé –dijo–. Es posible que a las abejas.

Edmundo pensó detenidamente en lo que le decía Fidda. Podía ser verdad. Hacía mucho tiempo que las abejas habían desaparecido de la faz de la tierra. En su lugar, los campos eran polinizados por unos diminutos robots compuestos de titanio que hacían las mismas labores que las abejas y que además resistían cualquier herbicida y pesticida. En un principio las hadas también habían estado en esos mismos campos con los pequeños robots, pero dada su enorme inteligencia sus aplicaciones iban más allá del campo agrícola.

–Así que: ¿Encontraste un almacén y un laboratorio que habías soñado y no me dijiste nada en tu carta?

Edmundo estaba muy molesto. No le agradaba que su hermana le guardase tantos secretos. Se suponía que estaban allí para ayudarse. Desde pequeños se llevaban muy bien. Eran como uña y carne. No había nada que le pasase a Edmundo sin que Fidda no lo supiese antes que nadie y viceversa.

–Sí, pero no podía decirte nada aún. Esperaba decírtelo al volver. Recuerda que era un experimento secreto y mientras estábamos allí debíamos guardar silencio. Firmé una cláusula de confidencialidad. ¿Recuerdas?

La cara de Edmundo era un cuadro ahora mismo. Comenzó a reír de una forma sarcástica y se tapó la cara con las dos manos negando con la cabeza como si no supiera que hacer o que decir sin terminar estallando en un ataque de cólera.

–¿Y por qué me lo cuentas ahora? ¡Maldita sea!

–Por que antes no podía, Edmundo. –Sé disculpó ella– lo que descubrimos en aquel lugar de Suiza es algo tan grande que no puede ser por más tiempo silenciado. Y ahora, no seas impaciente –sonrió–. Solo déjame hablar y te explico.

–Vale, vale. Me callo, –admitió.

–Bien, cállate –tragó saliva–. Debió de ser mi necesidad por ver o descubrir algo más que lo que veíamos allí. Empiezo ahora a entender lo que pasó. Nuestras máquinas trabajaban sin cesar y no sé si por el efecto del traqueteo o porque así lo quiso el destino, lo cierto es que el muro de hormigón que había contiguo a donde yo trabajaba en el laboratorio cedió, como si una corriente de agua se hubiese filtrado por la enorme oquedad dejando al descubierto unas puertas que allí parecían no haber existido jamás: la entrada a una nave mucho más amplia y espaciosa que la que albergaba el experimento del Atlas en la que estábamos trabajando, algo muy parecido a todo lo que yo había soñado.

–¿Cómo era ese lugar?

–Atravesé un montón de pasillos desconocidos, esta vez despierta, pasillos desconocidos y en los que jamás habría reparado si el muro no hubiera cedido a la corriente de agua. Es como si recordase todo el sueño con una claridad prístina y como si supiese por donde o no tenía que dirigir mis pasos.

–¿Mucho más grande que el Experimento del Atlas? ¡No puedo creerlo! –Replicó Edmundo perplejo. ¡Eso es un complejo inmenso!

–Pues créetelo. –Continuó Fidelia– ¡Esto era mucho más grande todavía que el Atlas y estaba contiguo a él, oculto por

un falso muro! La curiosidad me pudo. Avancé unos pasos y las puertas de aquel complejo secreto se abrieron como por arte de magia para mí, respondiendo una orden de mi propio cerebro sin que yo hiciese absolutamente nada más que pensarlo. Era como si el aguijonazo de aquella hada me permitiera enviar ordenes de mi cerebro a las máquinas. Ordenes que eran obedecidas. Mi mente había abierto la puerta sin utilizar mis manos.

Simplemente pensé: –Ayer, cuando el hada me pinchó en la piel, soñé que había aquí algo detrás. ¡Veamos si es verdad lo que soñé porque nunca he tenido un sueño que pareciera tan real!

Y el muro cayó. Sí, así sin más. Se cayó como obedeciendo este pensamiento y me mostró las enormes puertas que habían estado ocultas tras él invitándome a pasar.

Eran unas gigantescas puertas de hierro macizo de color gris. Me sorprendió un texto sobre un botón en un antiguo inglés que decía “pulse para salir” (push to exit) y me hizo gracia lo inservible que era ese botón en ese momento.

Fidda detuvo su narración porque en aquel momento volvía a sonar la voz robótica de mujer que les decía.

–Próximamente vamos a aterrizar. Por favor, continúen con sus cinturones puestos hasta que escuchen la orden de aviso. Aterrizaremos en diez minutos, gracias.

Fidda dejó hablar al robot del auto y encendió un cigarrillo.

La voz robótica volvió a sonar.

–¡Por favor, le pedimos amablemente que apague su cigarrillo!. Queda prohibido por ley el uso de cigarrillos o cigarrillos electrónicos a no ser, que usted desactive la orden bajo su responsabilidad y pague la correspondiente multa. Le recordamos que su salud, la del resto de los viajeros y la debida conservación del habitáculo lleva intrínsecamente la recomendación de no fumar.

–¡A la mierda la recomendación! –dijo Fidda desactivando un botón azul que había en la guantera del auto–. Llevo un montón de tiempo encerrada ahí en Suiza sin encender un puñetero cigarro. A ver si se calla de una vez este trasto.

Edmundo dirigió una mirada de desaprobación a Fidda. Esta se río encendiendo su cigarro y echando la cabeza hacia atrás para lanzar una enorme risotada.

Pero de pronto, se quedó seria.

Recordaba aquel día. Recordaba las puertas obedeciendo a todas las ordenas que su cerebro tuvo a bien establecer.

–Abracadabra había dicho. ¿Quién podía haber creado algo tan mágico que funcionase únicamente con el pensamiento?

Después de eso, avisó a todo al personal con el que trabajaba. Había mucha energía allí adentro condensada. Les dijo que bajaran allí los ordenadores que no funcionaban o lo hacían de una forma muy lenta y éstos se pusieron a funcionar al completo de su rendimiento en cuanto se bajaron los cables hasta allí. No fue difícil llevarles la tensión que ponía en las placas –o debería decir pegatinas que llevan detrás–. Es increíble que aún funcionaran y fue algo maravilloso porque también había una impresora en 3D mucho más rudimentaria que las actuales. –Los que la usaron dirían de las nuestras que son androides, nosotros en cambio, solo necesitamos los carretes de materiales y poco más para construir cualquier cosa.

Pero lo mejor de todo, fue descubrir que gracias a ello se podía reciclar una tecnología antigua de la que nadie sabía nada por permanecer oculta, para construir algo realmente novedoso: Una nueva interfaz para aplicar en ese Cubo que construirían en todos los lugares de la Tierra.

–Todo lo haremos gracias a la clave –musitó Fidda mirando fijamente los ojos de su hermano.

–¿La clave? ¿Que clave?

–La clave, el resorte o debería decir la forma en que la puerta se abrió desde fuera con solo desearlo como una especie de abracadabra frente a la cueva de Alí Babá y los cuarenta ladrones. Un resonador cuántico que se conecta con los sueños. Aquella extraña hada me lo indicó. Podemos hacerlo Edmundo, podemos hacerlo. Solo necesitamos lo que ella me reveló y el uso de un pigmento. Crearemos una máquina donde todos los sueños sean reales.

Definitivamente Edmundo pensó que su hermana Fidda estaba rematadamente loca y que aquel viaje a Suiza la había trastornado. Yo también hubiera pensado lo mismo.

Conozco las hadas. Hemos vivido todas nuestras vidas con ellas. Fueron creadas para ayudarnos, eso dicen, aunque cada día que pasa tengo más y más dudas.

No sé que pudo pasar con aquellas hadas originarias, sé que eran gemelas y se llamaban Aria y Alisha. Sé que ellas eran las únicas que tenían un aguijón, aunque todas las otras como ellas puedan fabricar igualmente el pigmento.

No se necesita de las hadas originarias para fabricar el DELÍRICO.

Pero Aria y Alisha tenían algo que las hacía especiales, algo que nuestras hadas en la actualidad parece que no tienen. No solo utilizaban la telepatía si no que además querían comunicarse con el ser humano y eran amigables con nosotros.

LA NUEVA INTERFAZ

Desde hace mucho tiempo conocemos que existe algo parecido a una resonancia, algo así a cómo resuenan las cuerdas de una guitarra cuando existe una relación armónica. Es algo innato en muchas propiedades físicas, como cuando dos personas alejadas beben un vaso de agua y en ese instante fugaz, sienten lo mismo que si ambas estuviesen conectadas por una única mente, aunque estén físicamente alejadas.

Conocemos cómo hacer la conexión, todo lo que necesitamos, pero jamás vimos una máquina semejante capaz de llevar a cabo una labor así. Pero como muchas cosas que no entendemos lo cierto es que Fidda tenía razón cuando dijo que era algo muy, muy simple, algo mágico y que por increíble que fuera, funcionaba…

Así que cuando Fidda entró en aquella enorme sala del CERN años atrás a la construcción del CUBO, envuelta en una ligera penumbra, la luz se hizo como si alguien hubiese chasqueado los dedos permitiéndole ver una sala con máquinas en un proceso de producción que no había llegado a su término y que parecían congeladas en el tiempo, unas máquinas que replicamos después y que incluso mejoramos a un nivel que nadie se atrevería nunca a imaginar.

Tras las máquinas, separadas por una mampara similar a una vidriera de esas que tienen las antiguas iglesias había un

conjunto de largas mesas con monitores y matraces de cristales de colores, algunos conectados por tubos transparentes de plástico que mantenían sorprendentemente, el que debió ser su fluido original.

–Todo preservado como en una cápsula del futuro! –Le había dicho Edmundo tomando nota de todos los matices de la historia.

–Tú lo has dicho –había respondido Fidda con una sonrisa triunfal–. Como una cápsula del tiempo. Hoy sabemos que todo se dejó sellado como un mensaje para el futuro, una cápsula para nosotros en una atmósfera preservada de cualquier intrusión que se diluyó por el sitio opuesto desde donde yo entré. Los constructores deseaban que viésemos hasta donde habían llegado, pero no querían que llegase cualquier persona hasta ese lugar. Nos regalaron el estado de su ciencia y el conocimiento del que bebieron para crear nuestra propia tecnología y ahora todo eso lo aprovecharemos a nuestro favor.

Edmundo asintió entusiasmado.

A principios del siglo veintiuno sobre el año 2015 más o menos nuestros antepasados estaban llegando a lo máximo que consideraban que era posible construyendo sobre una placa de silicio u otro material, diminutas unidades de su electrónica– lo que llamaban comúnmente transistores.

Habían llegado a la conclusión que cada año podían hacerlos con mucha más resolución, la mitad más pequeños, la mitad de consumo y calor y el doble de potentes sobre la misma superficie, y todo ello a mitad de precio.

A eso –a lograr doble potencia y capacidad cada año lo llamaron la ley de Moore– porque fue él el quien predijo que los avances en electrónica del siglo veintiuno seguirían ese patrón.

Pero en el 2015 lNTEL –el mayor fabricante de circuitos integrados y procesadores para ordenadores– y Hp –otra

empresa dedicada a la construcción de todo tipo de ordenadores y computadoras, una empresa nacida del boom de crecimiento de los ordenadores domésticos cuya primera y más importante función fueron los juegos de ordenador– se hicieron con la hegemonía de la industria informática.

Esta empresa muy popular por aquel entonces, se hizo con una gran parte del mercado de ordenadores personales lo que le permitió acaparar parte de este mercado.

La empresa se llamaba Hp y también Intel y ambas pensaron que había que sustituir la electricidad o el movimiento de electrones dentro de los circuitos por algo más rápido y que no generase calor. Y ¿que hay mas rápido que la luz? Así que en vez de utilizar conexiones con cables usaron una tecnología distinta: la fotónica y a su nueva creación la llamaron "La máquina". A partir de ahí vino el reconocimiento de voz y de rostro, las aplicaciones médicas y un sin fin de avances más que nos facilitaron nuestra vida.

En efecto, Fidda había pensado que no hay nada nuevo bajo el Sol. Nosotros usamos una técnica derivada mucho más potente y podemos construir los circuitos ópticos a la menor escala posible y en 3 dimensiones. Esa era una muy buena idea.

Lo que harían sería sumergirse en la realidad virtual de los sueños para crear una máquina que con el tiempo sería el CUBO: Habían construido antes máquinas que generaban sueños a nivel particular pero nunca, algo tan magnífico.

(...)?

Fidda se quedó mirando a su hermano cómo preguntándose en lo que él podría estar pensando con ese silencio que acababa de percibir en él y esa cara de perplejidad que le ponía.

Yo, aquí, interrumpo un poco la historia y hago un inciso para decir que cuando Fidda y Edmundo hablaban

cariñosamente del CUBO lo hacían por razones obvias, aunque también se le terminó llamando "la máquina" por razones históricas.

Pero eso es algo en lo que no quiero ahondar por ahora.

Volvamos a la conversación de Edmundo y Fidda en este punto.

–Lo cierto –continuó Fidda– es que lo que encontramos en el Atlas nos replantea la forma en que nos comunicaremos con el ordenador universal.

Así que si rediseñamos la interfaz añadiendo las nuevas ideas a las que nuestros antepasados nos dejaron al abandonar el CERN, encontramos una tecnología con la que ni siquiera nos habíamos atrevido a soñar.

–Construyamos entonces ese Cubo. –Dijo Edmundo–. Instrúyeme querida Fidda. No podemos encontrar una solución para nuestro planeta y sus habitantes, ya está mucha gente trabajando en este aspecto, pero, hasta que llegue la solución, la gente tiene que seguir viviendo, no todo el mundo puede costearse un viaje a las colonias de Trappist 1 y por mucho que nos lo vendan esos exoplanetas no son como nuestra Tierra, las condiciones son extremas. ¡Trabajemos en ese CUBO! ¡Démosles a las gentes una esperanza para poder levantarse cada mañana! De pensar que tal vez el mal de la humanidad pueda revertirse.

La voz del auto avisó de que llegaban a su destino.

–"Por favor señores pasajeros". Hemos llegado a la Ciudad Base. Les agradecemos que hayan realizado este viaje junto a nosotros esperamos que sea de su agrado y repitan la experiencia.

Y no se dijo más. Ambos hermanos se pusieron manos a la obra a la mañana siguiente esta vez, con un con Edmundo más entusiasmado y con la ayuda de los "magníficos".

Pasaría algún tiempo desde que se crearon nuevos Cubos en infinidad de ciudades de la Tierra y otros tantos hasta

que consiguieron aplicar la nueva interfaz que permitía conectarse a sus usuarios desde sus casas.

Entre tanto, nuestras investigaciones en el mundo onírico avanzaban a pasos agigantados.

El CUBO, nos sorprendía cada día conectándose a realidades distintas. Nuestra red se estaba expandiendo a nodos extraños gracias a la Realidad Invasiva. Ajenos a nosotros mismos se propagaba como uno de esos antiguos virus de ordenador. No podíamos controlar ni parar la expansión, del aprendizaje del CUBO, era como un niño ávido de respuestas a sus preguntas. Pero, esta nueva expansión de los horizontes de nuestras mentes era, absolutamente respetuosa con nuestra especie. Era como si hubiese algo de razón en las antiguas teorías que decían que todo el universo es solo un holograma de información. Un ordenador infinito, una mente maravillosa consciente de todas las cosas, todas las físicas, toda la naturaleza y todas sus leyes, como la información de algún ser supremo mucho mayor que nosotros mismos. Y el CUBO se conectaba a esa memoria infinita, a algo que los antiguos llamaron memoria Akásica y que tal vez no fuese más que otro infinito sueño en la mente de Dios.

En nuestra historia, Fidda había marcado un hito en la historia de la Tierra. Sus avances fueron llevados también a Trappist 1 y al resto de las colonias.

Con el DELÍRICO atajamos un problema, los daños físicos y psicológicos derivados por la ausencia de luz natural y potenciamos nuestros sueños en complementación con la máquina.

Nos convertimos todos y cada uno de nosotros en los chamanes de nuestro futuro.

Había nacido una nueva era en la que nuestros sueños se ampliaban a universos desconocidos y podíamos interactuar con ellos.

Si pudiéramos hablar en términos mágicos, diríamos: que Sí, que la magia en estado puro había llegado y se había instaurado por fin a nuestras vidas.

EL PERDÓN

Pero aquella mañana Edmundo se levantó flotando en su habitación anti gravedad envuelto en un baño de sudor y con mucho nerviosismo.

Estaba arriba y se había golpeado levemente en el techo acolchado luchando contra un enemigo imaginario.

Desactivó la anti gravedad de su habitación y descendió lentamente al suelo quitándose el casco y apartándolo muy lejos de él, todo lo que pudo, como si el casco quemase.

Pulsó un botón para accionar una música agradable en la habitación. Sonaban las cuatro estaciones de Vivaldi y comenzó a relajarse poco a poco sobre un mullido suelo que se asemejaba al color de la hierba escuchando su respiración acompasada. Quedó allí muy quieto, con los brazos en cruz, como pensando.

No entendía la pesadilla que acababa de tener, pero, había sido muy vivida y sentía tan profunda pena y culpa, aunque, paradójicamente también sentía esperanza pues, sentía, que algo o alguien lo amaba en algún lugar de aquel terrible sueño.

Se había sentido como si fuese el personaje de un cuento o una novela en manos de un ser malvado y rencoroso, reviviendo sus últimas horas.

Aquel extraño había invadido su mente y sus recuerdos escarbando en los rincones más ocultos de su cerebro.

Fidda aquella mañana se sentía exultante y alegre.

Ignoraba el viaje que su hermano había hecho sin su compañía, pero veía, que fuera lo que fuera que le pasara, algo en él había cambiado aquella mañana.

–¡Vaya aspecto que tienes! Parece como si tuvieras la culpa de todas las desgracias que acontecen en el mundo.

En seguida se arrepintió de sus palabras y maldijo su estúpida ocurrencia al ver su rostro demudado por la pena.

–¡Perdóname Fidda, no estoy de muy buen humor esta mañana.

Fidda lo miró con fijeza. ¿Qué era lo que le ocurría a su hermano? Nunca lo había visto así tan nervioso y triste.

Edmundo aparecía con una barba de varios días cuando le abrió la puerta. Ambos desayunaron en la mesa de la cocina en el más absoluto silencio.

Fidda lo observó vertiendo cereales y leche en un cuenco y se limito a observar el desayuno que le ofrecía sin decir ni una sola palabra.

Desde aquel día, en aquella casa donde se habían encontrado a aquel extraño niño su hermano no era el mismo.

Aguardó un tiempo prudencial esperando que éste se confiase y le revelase que era lo que le preocupaba sin obtener resultado alguno.

–Anda. Dame un abrazo fuerte y un beso y cuéntame de una vez qué te pasa –dijo Fidda rompiendo el silencio.

Edmundo se lo dio inmediatamente. Fidda era tan afectuosa... Era imposible enfadarse con ella, aunque a veces, muchas veces, le sacaba de quicio.

–He tenido una horrible pesadilla ayer cuando me conectaba con el CUBO.

Fidda volvió a recordar, días atrás cuando había tenido que ir a buscarle a aquel sueño en medio de la guerra civil.

–Recuerda que te dije que no debías volver a viajar solo. –Le amonestó mirándole fijamente a los ojos deteniendo el movimiento de su mano para llevarse una cucharada de cereales a la boca–. Tuvimos serias dificultades para volver la otra vez. ¿Recuerdas el Vórtice?

Edmundo asintió y sintió un escalofrío al pensar primero en esa pequeña y amarilla explosión lumínica como de mucho polvo en suspensión que se había formado en un extremo de la habitación, explosión que había dado paso a la aparición de un agujero negro, en forma de espiral, que amenazaba con arrollarlo todo a su paso. Recordó los cuerpos destrozados de algunas palomas y algún cuervo que había dentro de la casa que se había acercado demasiado al vórtice y pensó que él y Fidda habían tenido muchísima suerte de salir ilesos.

–Todas estas veces he sido cauteloso y he llevado el silbato conmigo para soplarlo en cualquier momento de dificultad o que me viera en peligro. –Le relató a Fidda levantándose de su silla y caminando nerviosamente de un lado a otro de la habitación–, sin embargo, Fidda, aquel día, me olvidé del silbato. Fue muy desafortunado, lo sé. Suerte que tuve de que ella apareciese en mi sueño para poder avisarte que lo trajeras por que yo, por mi mismo, era incapaz de salir de ese sueño.

Fidda le miro expectante aguardando que continuase su historia.

Edmundo trago saliva antes de hablar.

–Imagina por un momento que te encuentras en una habitación de paredes verdosas en la penumbra, algo parecido a lo que es mi habitación, pero con ventanas, nada de sistemas anti gravedad ni acolchados. Se trata de una simple habitación de las antiguas, con sus ventanales y su cama. Debe ser de día o debe estar anocheciendo en un día de invierno. No lo sé. No se parece a nuestro clima ni a nuestro tiempo. Nosotros vivimos en la más absoluta oscuridad, en

cambio aquí, es muy difícil deducirlo, pero, la luz es blanca y mortecina como invernal, y entra por las rendijas de la persiana haciendo rayitas de luces y sombras en la pared de enfrente. He visto todas esas tonalidades de luz en el CUBO en mucha filmografía y documentales. Nosotros vivimos en un área de la Tierra en la que siempre es de noche por lo que intuyo, que estoy viendo una imagen del pasado.

Dentro de la habitación descubro un niño muy pequeño, pero no es un niño pelirrojo como aquel que nos encontramos en la casa. Es un niño que no conozco, que no he visto jamás salvo ahora, aunque déjame pensarlo... Tiene un gran parecido al hombre que me encontré aquella noche cuando enterré el objeto que me dio Roxín en la playa de Conchiquina.

–¿Sería entonces su hijo? ¿Es posible eso? Yo solo lo digo porque tú dices que tiene un gran parecido con el niño pelirrojo que vimos en la casa.

–Es muy posible. Se le parece muchísimo, solo que tiene el cabello castaño oscuro casi negro y liso. Era de esas personas cuyo rostro es fácilmente identificable de adulto y de niño. Es más, me atrevería a decir que ese niño, es el hombre adulto que he visto cuando iba a enterrar el prisma en la playa de Conchiquina. ¿Recuerdas que te dije que tuve un encuentro con él frente al mirador, sentado cerca de la rosa de los vientos?

Fidda caviló. Sí, se acordaba. Su hermano le había relatado que cuando iba a enterrar el objeto bajo una roca se había encontrado con un extraño hombre que daba de comer en su mano a un petirrojo y que se hallaba sentado en un banco de piedra frente a la rosa de los vientos.

El hombre le había dicho que era el hijo de Roxín y le había indicado a Edmundo bajo que roca debía guardar aquel extraño objeto cristalino. Le dijo que cuando él creciera, recordaría ese lugar cuando pasease allí junto a su padre y ambos podrían rescatarlo.

–¿Y que paso ¡Que extraño! –Dijo Fidda.

Edmundo volvió a tomar asiento en la mesa de la cocina. La luz mortecina del foco que había en el techo le hizo parecer ante Fidda más triste y envejecido si cabe de lo que lo había visto en la vida.

De repente escucharon un suave repiqueteo que se fue volviendo cada vez más y más intenso.

Ambos miraron por la ventana sin aristas lamida por la lluvia la ciudad base con el CUBO relampagueando en la noche perpetua.

Un relámpago lo iluminó momentáneamente todo haciendo que todo temblara.

–El niño de cabellos negros contempla una mesa camilla con una faldilla en rosa. Hay en ella varias fotos y en una de ellas distingo a Roxín de niño, y en otra aparece Roxín de mayor acompañado de una mujer joven, muy guapa y sé que ese adulto es Roxín muchos años después, el niño me muestra unas fotos antiguas en blanco y negro ajadas a un tono marron por el tiempo. Misteriosamente las fotos se colorean por el cubo. En la época del niño no habia fotos a color. Posiblemente el cubo las colorea para que Edmundo pueda apreciar mas detalle. El niño, que al parecer es su hijo, no me cabe ya ninguna duda, estira el brazo. Y me indica con un dedo que aquellos dos adultos son sus papás.

Todo parece una visión normal, pero de pronto, no sé, comienzo a sentirme como muy mal. Siento una opresión en el pecho que hace que me doble por el dolor. Es como si sintiese en mí todo lo que está sintiendo ese niño y percibo que el niño está mal, que algo le ocurre. Intento indagar que es y no sé por qué una voz extraña que sale de alguna parte, a veces me inquieta que de mi propia cabeza me dice que tiene una infección que altera la sedimentación de su sangre. ¿Cómo demonios puedo saber yo eso?

–¿Estabas utilizando la función INVISIBLE y por eso veías a través de sus ojos? ¿No es cierto?

Edmundo bajó la cabeza avergonzado. Sí, había utilizado la función INVISIBLE. No podía negarlo.

Fidda regañó a su hermano. Últimamente acudía solo en los sueños y utilizaba funciones del CUBO que eran peligrosas. Realmente ya no sabía como controlarlo. No hacía apenas caso a nada de lo que ella le decía.

–Tengo que decir que sí, Fidda –admitió arrepentido–. Pero todo es mucho más complejo que eso.

–¡Ah por dios! –Exclamó Fidda poniendo los ojos en blanco–. Eso explica por que sentías todo cuanto él sentía. Te dije que esa función no la activases tú solo. La función INVISIBLE te permite entrar de lleno en la REALIDAD INVASIVA ver todo cuanto ven los personajes de tus sueños sin que ellos te vean, como si estuvieras hecho de aire, pero, esa función, es peligrosa, porque al sentirte tan diluido en el sueño, si no tienes el suficiente control, corres el riesgo de perder la percepción de tu propia realidad. Sabes que solo la empleamos en determinadas situaciones y siempre con alguien cerca monitorizándolo todo. No has debido hacerlo tú solo sin supervisión.

Fidda estaba indignada, echaba chispas por los ojos de lo enfadada que estaba. Encendió un cigarro, cruzó las piernas y lanzó al aire unas volutas de humo azul.

Después de unas caladas, volvió a levantarse y se encaminó hacia la mesa para ver como iban unos microchips fotosensibles que había dejado el día anterior en casa de su hermano. Los micro chips estaban al lado del fregadero en un recipiente de plástico incoloro. El líquido en el que estaban suspendidos los microchips de un color amarillo fosforescente.

–¡Bien van bien! ¡Detectan los cambios de color! –Musitó mirando los microchips.

El humo del tabaco la hizo toser un poco. Lo aplastó contra el cenicero de barro mientras su hermano continuaba

su historia y mientras cogía una de las piezas con unas pinzas metálicas para observarla.

–Parecía que el niño estaba absorto jugando con la luz. ¡Bueno! –Puntualizó Edmundo– realmente lo que hacía era observar como un haz de luz se colaba por el resquicio de una ventana cubierta por unas cortinas que amortiguaba la luz del exterior.

–¡Parece un sueño bonito! –Declaró Fidda posando la pieza nuevamente en el líquido y encendiendo un nuevo cigarrillo con el anterior. Le pasó unas caladas a su hermano, pero este rechazó el ofrecimiento con un gesto de su mano.

–Vamos a ver si me aclaro –continuó Fidda–. Dices que ese niño no es Roxín, que parece más bien su hijo y que es el mismo que te encontraste convertido en un hombre cuando viajaste a la playa de Conchiquina aquella vez.

–Sí, exactamente. –Dijo Edmundo.

–Entonces, es como si hubieses visto al padre de niño en la casa y al hijo en el futuro indicándote donde guardar un objeto que más tarde ambos van a encontrar.

Es como si el hijo hubiese viajado al pasado y al futuro.

–Sí, dijo Edmundo. Eso parece.

–Y dices que ese niño, su hijo, está ahora convertido en un niño de nuevo. Hay unas fotografías y las está mirando y te dice que el hombre pelirrojo es su papá. El mismo pelirrojo que tú y yo hemos encontrado en esa casa cuando viajamos a ese sueño.

–Sí eso es. Es algo complejo, pero así es.

Edmundo pensó en lo que había visto. Era una mesa de madera redonda de pequeñas dimensiones con un mantel de ganchillo de color rosa. Sobre esa mesa se veía un retrato bastante antiguo hecho con una de esas antiguas cajas estancas a la luz que no tenían obturador.

Recordaba perfectamente la foto. Mostraba una casa de azulejos, la casa tenía chimenea y constaba de dos pisos, con

ventanales amplios de madera pintados de blanco y un gran balcón en el segundo piso color blanco.

En el exterior de la casa había un hombre muy alto y escuálido. Tenía el rostro demacrado no podría precisar Edmundo si era por el hambre o el sufrimiento. Le acompañaba una mujer pequeñita, muy delgada con un vestido muy largo de época como los que usan las mujeres en los pueblos, con un delantal de cuadros negros y blancos superpuesto a una falda. Un delantal casi tan largo como el vestido acabado en unas puntillas desde las que asomaban unos pies diminutos calzados con unos botines de media caña negros y manchados de polvo. La mujer llevaba el cabello negro recogido en un moño alto. Junto a ella había dos niñas pequeñas de facciones muy bonitas con vestidos también de encaje y botas para el agua. Una de las niñas estaba de pie y la otra en el regazo de la madre. Un poco más a la izquierda de la madre, había un zagal de un poco más de edad al que Edmundo reconoció instantáneamente como aquel al que habían encontrado en aquel sueño sumergido en una casa, en medio de una contienda.

–Que extraño –dijo Fidda–. El hijo de Roxín. He oído que algunas personas son como portales, no precisan de ninguna máquina ni artilugio para viajar en el tiempo. Pueden viajar al pasado, al presente o al futuro. En realidad, pueden viajar donde les plazca porque solo ellos tienen ese poder.

–Sí, es muy extraño. De eso podía decirnos muchas cosas Dakota.

–Si –reconoció Fidda–. Sin duda tienes razón. Dakota sabe muchas cosas sobre esto –¿Y que fue lo que ocurrió?– Preguntó Fidda cada vez más interesada.

Edmundo juntó los dedos de su mano y en la pared se proyectó la sombra de un pájaro aleteando.

–El niño quería jugar contigo a sombras chinescas? –rompió Fidda a reír.

–Tal vez –contestó Edmundo–. Lo curioso de aquel sueño, Fidda, es que yo al mismo tiempo, era y no era ese mismo niño. Veía y sentía todo lo que él experimentaba, pero no parecía estar físicamente en aquella habitación, aunque él sí parecía saber con certeza que no estaba solo y hablaba al vacío como si estuviera manteniendo un diálogo con un amigo imaginario. Ese amigo imaginario, al parecer, era yo mismo.

–Eso es un efecto de la Función Invisibilidad. –Le aclaró Fidda–. Te lo dije y te lo vuelvo a decir. Es muy peligroso utilizar eso.

Edmundo hizo un lapsus para contemplar la tormenta. La lluvia cada vez crecía más y más en intensidad. Los canales recogerían el excedente de agua para alimentar los pantanos y las bombas de agua cercanas. El sistema era muy bueno. Años de desastres los había llevado a inventar un sistema eficiente de modo que, aunque lloviera durante años el agua estaría controlada para evitar desastres contra los edificios, el mobiliario urbano y las personas y como casi todos los edificios estaban hundidos bajo la tierra y bajo ésta transcurría la vida, era muy difícil por no decir imposible que el agua alcanzase la altura de las viviendas de aquellos rascacielos de cemento.

El CUBO también estaba protegido contra el agua, el fuego y el aire. Se trataba de una fortaleza prácticamente inexpugnable.

–Fidda estoy convencido de que ese niño es el hijo del pelirrojo que vimos en aquella casa, el mismo que años más tarde escribirá esas tres novelas junto a su hermana. ¿Recuerdas esas novelas? Víctor Estrada, se llama. Es el hijo de Roxín.

–Sí respondió Fidda. –Claro que las recuerdo. Estaban enterradas en el Barrio de las Escombreras cuando las encontramos y comenzamos a leerlas. Era como si alguien las hubiera querido preservar para que llegasen a nuestro

futuro. Dos de ellas las encontramos completas en la red neuronal, de la tercera solo encontramos las tapas y el retrato enterradas entre los escombros.

–Parece que Víctor, quería que yo viese una imagen de su niñez, de él contemplando la foto de su padre. Comenzó a hacer sombras chinescas de un pájaro en la pared mientras charlaba conmigo, su amigo invisible y, de pronto en la pared se dibujó un hermoso arcoíris. La imagen tan bella duró unos segundos porque una sombra gris, yo diría que, con peso, comenzó a adueñarse de toda la habitación. Entonces vi que el niño tenía el prisma que yo enterré en la playa de Conchiquina. El prisma estaba insertado en la palma de la mano del niño. Imaginé que le tenía que haber dolido que ese trozo de cristal se incrustase así en su carne y sentí en mi mano un dolor tan lacerante como cuando coges un cable eléctrico con carga.

–¡Que raro es todo esto, hermano! –Musitó Fidda con la mirada ensombrecida–. Ya no sé que pensar. Deberíamos decirle a ella que cambie de tercio. Podemos ver otro tipo de imágenes, pero de una temporada a esta parte debido a esa novela que ella está escribiendo no hacemos más que ver imágenes relacionadas con toda esta historia y algunas me dan francamente miedo.

–Sí, rarísimo. Porque al final allí estaba el niño tirado en el suelo preso de las convulsiones de un ataque epiléptico y yo no podía hacer nada para ayudarle porque también yo estaba sufriendo el mismo ataque que él. Y entonces fue cuando vi la sombra de todos los juguetes que tenía el niño frente a un armario aparecían derribados y aquel polvo gris, que se hacía cada vez más corpóreo en la habitación.

–¡Víctor! –Dijo con una voz estertórea mientras el niño, presa de las convulsiones se debatían en el suelo.

Era Krang. Krang el destructor de los mundos: Krang el Arrogante, y aniquilador…El mismo que ella vio aquel día en aquella extraña fábrica con todas aquellas abejas. Y yo

también me sentía como si fuese parte de aquella ignominia. Como si fuese también el propio Krang mofándose al ver a aquel niño tan desvalido. Yo podía en aquel momento ser todos y cada uno de aquellos personajes del sueño como si pudiese entrar en la mirada de todos ellos. Y grité. Grité con la voz de Víctor.

–¡No, por favor Krang! ¡No me hagas más daño! ¡Por favor, para esto, no sigas! Y en ese momento irrumpió en la escena una niña.

–¿Una niña?

–Sí, como una especie de fantasma. O tal vez no era una niña si no más bien una mujer muy pequeña. Era muy delgada. Tenía el cuerpo tiznado de oro o tal vez fuese, que su cuerpo no estuviese pintado si no que su piel fuese de ese color como el que tienen algunos escarabajos. Sus ojos no eran de ningún color concreto, eran de todos, tenía unas diminutas galaxias encerradas bajo sus pestañas. ¡Ah si vieras su traje Fidda! Parecía confeccionado con hojas de menta diminutas y en algunas de esas hojas se podían ver unas microscópicas gotas azules que parecían de rocío pero que eran relucientes joyas. Tenía un cabello largo y sedoso del color de las esmeraldas que rozaba sus tobillos. Un cabello que llevaba anudado en una trenza de color purpura que crepitaba cuando ella se desplazaba caminando sobre sus pies descalzo.

La recién llegada no se amilanó y comenzó a gritar a Krang y reclamar su atención.

–¡Déjalos en paz, Krang! Víctor acaba de llamarme con el prisma requiriendo mi ayuda. ¡Atácame a mí, pero a ellos no les molestes! ¡Aquí estoy yo Krang, aquí me tienes solo para ti! ¡He respondido a la llamada de Víctor! ¡No necesitas a nadie más ¡Yo soy tu oportunidad ¡No la malgastes con ellos!

–Pero: ¡Vamos a ver! –Fidda se levantó de la silla y se encaminó al mueble bar. No entendía nada. Aquel sueño era muy extraño–. Entonces… esa mujer también te veía a ti a

pesar de la función de invisibilidad. ¿Has volcado todo este sueño en el Cubo? –quiso saber.

Edmundo asintió con gesto grave.

Fidda Abrió una botella y echó un poco de bebida en un vaso de cristal labrado.

–Creo que necesito tomar un trago! –se dejó caer en el sillón frente al ventanal donde arreciaba la lluvia, apoyando un brazo en el respaldo de cuero.

–En realidad no es una niña, puede ser confundida por su baja estatura, pero no lo es. En realidad, es muy anciana –le aclaró Edmundo–. Tiene un rostro muy dulce y unas vestiduras muy antiguas. Parece una hada extraña, pero es vieja. Su vejez no viene de su aspecto físico ni de los años que aparenta, pues es difícil discernir eso en alguien así, si no por toda la sabiduría que ha almacenado durante años y años. No precisa de hablar. Cada pensamiento de ella resuena en cada parte de tu cuerpo. Es, como decirlo, como si tuviera un poder inmenso con sus palabras como si incluso pudiera matar con ellas o sanar a alguien. Me dice con su mirada que la llaman Alteza Celestial y que pertenece a una antiguo linaje de chamanes capaces de obrar prodigios inconmensurables.

–Mujer chamana como Dakota.

–Sí. Ella también conoce el chamanismo, pero no el de este mundo. No se parece nada de lo que yo antes haya visto. Me dice que viene de muy lejos porque sé que no es humana, al menos no humana como nosotros y me dice que no le tenga miedo, que confíe plenamente en ella. Así que me levanto suavemente y me deslizo debajo de la cama al lado del niño que se ha escondido allí buscando refugio y miró como se desenvuelve la escena sin intervenir.

Edmundo detuvo un momento su narración para evocar aquel momento.

Ante sí volvía a verla en sus recuerdos.

Estaba frente a Krang con aire desafiante.

Tan bella, tan frágil y a la vez tan poderosa.

Y él se sentía ridículo y avergonzado escondido bajo la cama junto al niño, observando como la extraña mujer se encaraba con Krang cuya sombra oscura cubierta por una gabardina y un sombrero de ala ancha crecía y crecía hasta casi rozar el techo de la habitación.

La gigantesca sombra de Krang cogió entonces a la pequeña mujer izando su cuerpecito en el aire hasta que sus piernas quedaron colgando y su cuerpo encarado junto al suyo. La soltó desde esa altura y la dejó caer en el suelo. El golpe fue terrible y la pequeña mujer cayó postrada frente a él, pero no lloró, ni tan solo se quejó.

Contuve la respiración aterrado en la oscuridad alumbrando por debajo de la cama con la linterna que había cogido Víctor y vi que él también estaba tan aterrado como yo. Me llevé un dedo a la boca en señal de silencio.

Leilani, la mujer Celestial ajena al dolor que le infringía, aprovechó que estaba caída en el suelo y alargó una mano, con mucho esfuerzo, para tomar la pequeña pirámide de cristal que había salido de la palma de Víctor al invocarla y huyó con el objeto debajo de la cama junto a ellos dos.

–¿Ella se llama Leilani? ¿La misma que vio Ella al principio de la novela?

–Sí. Se llama Leilani. Es la misma de la que comenzó a escribir.

–Se llevará una sorpresa cuando vea que tú también has soñado con ella. Es muy importante para su novela. Es un personaje que desde el principio la ha cautivado.

–Sí. Esta extraña mujer que no es de este mundo esta escondida junto a nosotros debajo de la cama observando a la imponente sombra oscura. En ese momento pienso, que no ha sido muy buena idea que todos hayamos ido a ocultarnos al mismo sitio.

–Krang, –continúa ella gritando desde debajo la cama–. No podemos permitir que sigas. Tus actos, han causado ya demasiado dolor. ¡Vas a sufrir mucho! ¡Lo lamentarás!

Los tres bajo la cama observamos la sombra de los enormes pies de Krang, yo, con mi presencia invisible, Víctor con la trenza de pelo verde de Leilani rozando su rostro. Me gustaría darle la mano al niño para decirle que no tenga miedo. Pero no tengo cuerpo. La pequeña mujer si le da la mano y apunta con el prisma a los pies de monstruo. De pronto veo que sale despedido hacia una columna de la habitación, como si una fuerza muy grande arremetiese contra él. Vi que toda aquella oscuridad se convertía en un polvo negruzco que caía al suelo y entraba en el prisma.

Aquel objeto de cristal que Leilani traía en su mano lo engullía como si se tratara de una luz muy poderosa.

Desde que el tiempo es tiempo la luz siempre ha podido a la oscuridad. En unos segundos vi que el monstruo parecía encerrado en la diminuta estructura del prisma. No podía creer aún como algo tan grande había pasado a convertirse en algo tan diminuto encerrado en aquellas pequeñas paredes de crista.

–Aquí ya no causarás más dolor –musitó la mujer de las estrellas con alivio saliendo por fin de debajo de la cama–. Aquí encerrado en el prisma todo irá bien por un tiempo. Todo el que pueda retenerte. Estarás conmigo. Yo velaré por que así sea.

Krang lanzó un grito agónico que todavía me produce escalofríos recordar como si hablara desde dentro de aquellos cristales.

–¡Quiero a mis gratos! –¡Quiero que me los devuelvas, Leilani!

Leilani miró a la figura que se debatía dentro de la estructura de cristal y sintió lástima. Todo aquello por sus gratos.

En ese momento pude ver una imagen de los Gratos. Ella me lo transmitía con su cerebro y yo podía ver su aspecto como si estuviera viendo una vieja película que hablaba de un mundo en un planeta desconocido. Tenían un cierto parecido con los gatos terrestres solo que mucho más grandes y caminaban de forma bípeda al igual que los humanos. Parecía que en el pasado habían desarrollado una enorme inteligencia que les había permitido crear grandes máquinas. En el planeta en el que Krang y ellos vivían, los gratos, esos inteligentes y peludos felinos bípedos habían sido sus creadores, una suerte de "padres gatunos" para aquel extraño robot de silicio capaz de alterar la materia de la que estaba hecho para adoptar múltiples formas a su antojo. Pero finalmente, aquella especie tan inteligente que le había creado había involucionado. Él, que había sido milagrosamente el único superviviente de aquel apocalipsis planetario no llevaba muy bien el hecho de haberse quedado solo viendo todo su mundo destruido.

–Me gustaría concederte ese deseo. ¡No quiero oír tu estúpida verborrea su majestad celestial! ¡Solo devuélveme a mis gratos tal y como ellos eran antes! ¡Ellos no merecían involucionar y convertirse en unos estúpidos animales sin cerebro a disposición de tu raza y de los Wanik al Ore! Nosotros teníamos un planeta, teníamos una vida, no le debíamos nada a nadie. Detecté que estabais hurgando en nuestro sol cuando se convirtió en una estrella nova, no os importó detonar nuestro hogar lleno de vida. Tú me engañas. Mis gratos no existen y tú y los de tu especie solo queréis mostrarme a unos impostores retrasados mentales para apaciguarme. ¡Enséñame a mis verdaderos gratos! ¿No puedes verdad, por que os habéis encargado de aniquilar toda su inteligencia? ¡Me haré cargo de la piltrafa sin cerebro en que habéis convertido! ¡Yo mismo les daré el descanso eterno que merecen no sin antes destruiros y aniquilaros a vosotros!

–Los gratos. —Continuó Leilani como si no le hubiese oído–. Los gratos son parte de nuestra raza, son integrantes

de pleno derecho de nosotros los Wanik al Ore y a su manera, ellos hacen lo que sus posibilidades físicas y mentales les permiten. Alguno de los humanos que tanto odias han entendido esto.

En lo poco que les he conocido los he visto llorar por sus mascotas. Los he visto cuidar y recoger a ese perro abandonado que moriría al día siguiente en cualquiera de las cunetas de sus autopistas. Los humanos a pesar de ser tan belicosos también aman a los de su misma especie y también a las de otras.

¿No merecen acaso una última oportunidad, Krang? ¿Que te ha hecho este pobre niño? –señaló a Víctor oculto bajo la cama.

Él pareció revolverse en el interior del Prisma ante semejante pregunta:

Se rió en la oscuridad y su risa resultó poderosa rebotando en todos los rincones de la habitación como si no tuviera coto dentro de los cristales.

–¿Y que pudieron haceros a vosotros mis pobres gratos? –se lamentó– ¿Una oportunidad más con todas las que han tenido los humanos? ¡Hasta cuando! –Gimió– ¡Hasta cuando las concesiones a esta raza malvada y sin sentimientos por la que habéis destruido y sacrificado todo lo que era bello y hermoso ¿No veis que no hacen más que destruirse entre ellos? ¡Hacen pruebas con armas nucleares, destruyen su planeta y sus propios recursos y se matan entre ellos! ¡No les queda mucho! ¡Si yo no lo hago antes lo harán ellos solos sin mi ayuda!

Por un momento ella sintió compasión por su dolor y comprendió el porqué de su ira. Había mucha razón en todo lo que Krang decía. Incluso los malos tienen su corazoncito. El sol de tus "gratos" no pudimos detener su anormal destrucción, estábamos intentando detener el proceso pero no llegamos a tiempo, solo pudimos salvar a unos pocos y ahora sus descendientes están viviendo entre nosotros, pero la tristeza de la destrucción de su mundo les hizo retraer su evolución.

–Te revelaré la verdad, para mitigar tu dolor. –Gimió Leilani– pero será con más dolor aún. Yo, lo siento, pero es la única forma de acabar con tu odio. Nosotros creemos que lo que justifica que el universo exista, es el amor.

Aquella aseveración de la niña hizo que Krang soltara una risotada amarga.

–¿El amor? –Continuó riendo– ¡Que sabrás tú de eso?

El prisma ante esta malvada risotada, vibró en las manos de ella con tanta fuerza que cayó al suelo y pareció que iba a romperse. En ese momento la puerta de la habitación se abrió de golpe y la madre de Víctor irrumpió como un vendaval.

Yo temí por la vida de la mujer, pero las imágenes de Krang y Leilani parecieron disolverse ante su presencia.

–Víctor, cariño: ¿Que haces debajo de la cama? ¿porque no duermes?

–Nada mamá. –Exclamó él saliendo de su escondite y poniéndose delante de ella. Se recompuso el cabello y la ropa y muy despacio, empujó con el pie la pirámide de cristal justo delante de mi para esconderla debajo de la cama.

–¡Está bien! –exclamó la madre–. Pero no te entretengas mucho con tus juegos y ve a la cama que ya es tarde y mañana tienes que madrugar para ir a la escuela.

Víctor asintió y se dirigió hacia la puerta siguiendo a Teresa, su madre. Esta se despidió dándole un beso en su caliente y sonrosada mejilla.

–Parece que tienes un poco de fiebre —le dijo poniéndole una mano en la frente.

–No, mamá estoy bien, en serio. –Quiso hacerle creer. Aunque un leve temblor en su voz indicaba que algo no iba tan bien como lo previsto– ¡No te preocupes mamá, ya me voy a dormir!

Víctor fingió que se metía en la cama. Y contempló como su madre cerraba la puerta a su espalda.

–Lamento la interrupción. –Tosió Krang desde el prisma–. Sigamos con nuestra charla ¡Hablas del Amor! ¡Tú precisamente del amor! ¡Valiente sermón, muchacha de las estrellas! ¡El amor no me ha traído aquí con los terrestres si no el odio! ¡Si en realidad existiese el amor, mis gratos no habrían desaparecido y yo no me vería en la penosa situación de estar buscando lo poco que queda de ellos! Intentaba comprender el porqué de este sacrificio. Me decía a mi mismo que tal vez mis gratos habían perdido su vida para preservar la de una raza más inteligente y armónica. ¿Y qué me encontré cuando llegué?: ¡Unos aniquiladores de mundos, unos seres que se dicen bondadosos y que en realidad son unos abominables asesinos, unos monstruos! ¡Desde entonces los he estado vigilando esperando el momento para vengarme! Me he ido vengando poco a poco con algunos de ellos. Continuaré haciéndolo con la humanidad entera. Pero antes debo hacerlo con éstos, debo torturar a estos porque escribirán unos libros de los que hablarán de mí y yo no quiero que sepan nada de mí en el futuro de lo contrario, no podré llevar a cabo mi venganza.

–Pero el amor mueve el universo. –Replicó la mujer celestial. ¿No lo ves? Nosotros creemos que cuando la luz de la última estrella se extinga solo quedará eso, el amor. ¿No ves que el amor lo llena todo? ¿no ves la perfección de las cosas en lo más humilde y sencillo? Tus gratos eran de las razas más inteligentes pero la evolución como te digo hizo que no prosperaran. A pesar de todo te prometo que tus gratos viven y son muy felices. ¡Por favor, deja que te lo muestre! ¡No tenemos porque seguir discutiendo esto, déjame que te lo muestre!

–No. –Dijo Krang de un modo rotundo. –No conseguirás convencerme. Esos que quieres mostrarme no son mis gratos. Son unos seres lobotomizados. Vosotros habéis hecho una ignominia con ellos que no tiene reparación. Y ese daño, tiene un precio.

Leilani tragó saliva para continuar diciendo lo que había venido a decirle a Krang si nada de lo que dijese funcionara:

–Bien Krang. Has estado impaciente todo el tiempo por saber qué es lo que hacíamos aquí en el Sol que calienta a los humanos pues, bien, ahora te lo voy a mostrar. Esto que ves es la ciudad que estamos construyendo… —Dio un golpecito en el prisma y una imagen de una ciudad en miniatura se proyectó en la pared.

Aparecía dentro del Sol. Leilani clicó dentro de la imagen y la estrella se hizo cada vez más pequeña y la ciudad que contenía mucho más grande. Esto –añadió– es lo que permitirá que estos pobres seres vivan quizás algunas eras más. Para entonces los seres de este planeta, los humanos, estarán preparados para entrar en la conciencia universal y serán los nuevos Wanik al Ore, los nuevos protectores de la vida. Entonces, abrirán este cerrojo y nos liberarán o puede que te liberen a ti y entonces puedan arreglar toda tu estropeada cabeza reparándola de algún modo porque eres un robot y puedes ser reprogramado.

–Me escaparé del prisma. –Le amenazó él–. No podrás retenerme para siempre aquí encerrado ni ahora mismo, ni en el futuro. Sabes que lo lograré. No existe cárcel que pueda retenerme. Tarde o temprano me liberaré.

–Lo harás. Sin duda lo harás y te escaparás de nuevo. –Asintió Leilani–. Aquí en el prisma puedes hacerlo. Tu cautiverio solo durará unos días y te llevará lejos de aquí pero aún así serás libre. En el futuro, cuando intentando apresar a Lila y Fran Ahmed te distraigas y cojas el corazón del hombre que escucha la piedra, cuando acudas al Sol porque te haya llamado la atención la ciudad de la que te hablo, en ese momento, quedarás encerrado aquí conmigo. Lo veo con una claridad meridiana

–¿Quienes son Lila y Fran Ahmed? ¿No conozco ningún hombre que escucha la piedra? Y puesto que me lo dices no me acercaré a ninguna ciudad dentro del Sol. Eso no

sucederá por muchos años que pasen. El Sol, está muy bien ahí arriba, hasta que finalmente estalle y acabe con todo.

–Lo sabrás en el futuro. –Le aventuró Leilani–. Y lo harás porque no recordarás esta conversación que estamos manteniendo y porque mi visión es más amplia que la tuya y yo– añadió– puedo ver el futuro, puedo ver mucho más allá del momento presente en cambio, tu visión es muy, muy limitada. Y te veo. Te veo aquí encerrado conmigo en el futuro. Encerrados juntos en el Sol.

Fidda interrumpió la narración de su hermano y le espetó.

–¿Y entonces que más pasó?

Edmundo jugueteó con una miga de pan entre sus dedos.

–Imagina que esta miga es el Sol. Ellos estaban tele transportando capas solares para evitar que la estrella entrase en una zona critica y se convirtiera en una nova. Así que crearon dentro del Sol una ciudad fría, una ciudad que nunca los terrestres pudimos adivinar. Allí me dijo que se quedaron encerrados los dos.

–¿Y podemos ir a esa ciudad con nuestra tecnología actual?

Edmundo movió negativamente la cabeza con tristeza.

–Aún no.

–¿Sabes que eso estuvo a punto de ocurrir y que de haber pasado tú ni yo tendríamos esta conversación que estamos manteniendo ahora? –Respondió Fidda asombrada.

–Sí lo sé –respondió Edmundo–. Hubo un momento, hace muchos años en que el Sol estuvo a punto de explotar y convertirse en una estrella nova, pero algo extraño sucedió y el planeta se llenó de mariposas monarcas salidas de quien sabe donde. Dijeron que se había obrado un gran milagro y lo llamaron el día de la fragilidad de la Tierra. Nunca se supo a ciencia cierta que era lo que había impedido aquella catástrofe. Ahora sé que lo que impidió la catástrofe fue esa

ciudad que ellos construyeron. Pero nunca, ni con nuestra tecnología actual podremos adivinar donde está.

–¿Estás seguro, hermano?

–Lo sé a ciencia cierta. Moriríamos abrasados. Es la mejor cárcel que Leilani pudo haber construido para ella y el robot. Solo la gente de su pueblo y los Wanik al Ore podrían entrar en esa ciudad, pero al parecer están lejos, muy lejos de aquí y tal vez nunca volverán.

–¿Y tú como lo sabes? –Preguntó Fidda.

–¿Recuerdas las culturas antiguas y el regreso de los dioses?

Fidda asintió. Algunas culturas antiguas construyeron intrincados laberintos bajo la tierra esperando el regreso de unos dioses que habían compartido sus conocimientos con ellas. Aquellos dioses nunca regresaron y las ciudades bajo la tierra se encontraron vacías a la llegada de los españoles.

–Leilani –continuó Edmundo– como así dijo llamarse, me mostró también a mí imágenes de la ciudad desde el exterior. Había modificado las imágenes para disminuir el enorme contraste de luz.

Ahora se veía como una estilizada figura de bordes suaves que ondulaba en medio de una atmósfera dorada y gelatinosa como el mercurio líquido.

Unas esferas del mismo material se desprendían cual enormes gotas de sudor internándose en su interior y propagándose después por toda la superficie del Sol.

Si se pudiesen observar atentamente, se vería que carecían de una tercera dimensión.

–Deflagraciones solares. —Apuntó, Fidda reconociéndolo al instante.

–¡Ajá! Eso parecían, pero en realidad eran objetos que trabajaban sin descanso recogiendo el material de las capas del Sol y expandiéndose en una esfera enorme.

Leilani me mostró con el dedo todo eso y me dijo algo que quedaría grabado en mi memoria y que recordaría muy vívidamente esta mañana al despertar:

"Eso es lo que hemos estado haciendo durante tanto tiempo en el Sol para salvaros".

Así que el mundo de Krang se estaba derrumbando al oír esto y su sentimiento de culpa se estaba volviendo cada vez más insoportable a medida que avanzaba la conversación. No había tiempo que perder. Él tenía que ir con sus gratos. Pero aquella extraña mujer no le dejaba ir, era como si sus palabras le atasen con un nudo invisible del que no podía escapar.

Solo quería morir pensando en lo que el futuro le deparaba. Y yo quería morir con él puesto que sentía también sus mismos sentimientos. Jamás en la vida me he sentido más desgraciado y más solo, Fidda.

Así que le supliqué con voz queda. Aunque mi voz, ya no sonaba como la de Edmundo Calderón Estrada, el hombre que soy ahora si no con la voz metálica de Krang el robot, cuyo espíritu parecía haberme poseído también a mí.

–¿Por qué no me matas? No deseo vivir así.

Pero a ella nada parecía doblegarle.

–Te daré una sola razón. ¡Solo una por la que no debo matarte!

–(...) Tú dirás. ¡Sería tan fácil si acabaras con todo en este mismo momento que para mí sería un alivio y para ti, te ahorraría las muchas desgracias que te esperan!

–¡El amor! El amor es la pieza que hace que todo lo demás funcione.

La razón de las razones. Y aún así con todos tus defectos, yo te quiero, Krang.

–El amor –clamó Leilani– el amor es una sinrazón. Tú no deberías quererme –gimió él–. Solo te infringiré dolor

por lo que has hecho. Tú lo has dicho. Puedes ver el futuro. Nunca me doblegaré ante ti ¿Sabes lo que es perder a tus creadores, a tus padres por... nada?

–Por salvar a los terrestres –le apuntó ella–. Sin duda esa es una muy buena razón.

Leilani ignoró sus palabras de odio. No quería seguir discutiendo más con él acerca de la brutalidad de aquellos salvajes terrestres a los que estaba defendiendo. Tal vez tenía su parte de razón, pero ya no se podía dar marcha atrás.

–¿Sabes cual es la cualidad mejor del amor, Krang? ¿Por qué callas y no dices nada referente a eso? ¿Por qué no me contestas?

–(...) ¡No quiero que me sigas hostigando más, mujer de las estrellas! ¡Haz lo que has venido a hacer y déjame morir sin tu absurda verborrea! ¡Mátame si ese es tu deseo! ¡Yo mismo descansaré si no vuelvo a escucharte jamás!

–Sé que hay algo dentro de ti que lo sabe. –Leilani miró con lástima a la diminuta figura oscura encerrada en el prisma–. Eres una máquina muy compleja que parece llena de odio, pero quien te creó tuvo que incluir en alguna parte de tus circuitos el amor, ese amor que yo veo bajo capas y más capas de odio. Tengo que sacar ese amor tuyo a la luz y darle lustre porque, hubo un día en que al menos lo sentías, de otro modo no habrías podido amar a tus gratos. Yo sé que guardas un enorme amor incluso dentro de tu odio. Yo puedo entender que has sufrido mucho y que a nadie le ha importado lo que sentías. Pero aún así veo una belleza escondida dentro de toda tu oscuridad. ¡Como quisiera que tú la vieses también!

–Sí. –Dijo Krang como pensando al revivir una escena–. Había mucha belleza y mucho amor en mí. Pero tú y los tuyos la enterrasteis el día en que decidisteis poner sobre la balanza mi mundo y la Tierra.

Krang evocó una sala llena de enormes paneles luminosos y mesas metálicas.

Él estaba sumergido en un líquido amniótico en una enorme pila de cristal conectado a una máquina con multitud de cables de colores. Cuando abrió los ojos, la pila se rompió vertiendo el contenido del líquido por todas partes.

Liberado del peso del agua, el cuerpo de Krang cayó aparatosamente al suelo envuelto en un enorme charco.

Sollozó por la dureza del golpe, pero una zarpa peluda gigantesca con uñas afiladas le acarició el rostro.

El grato resopló fuertemente y le miró con unos inmensos ojos oscuros, en los que lucía una pupila brillante y blanca, como una luna flotando en un oscuro estanque de tinta.

–¡Padre! –Musitó Krang agradecido.

–Hijo. –Balbuceó el Grato–. Mi hijo. –Volvió a decir como si le costara articular las palabras.

Unas diminutas lágrimas de metal se deslizaron por las mejillas de Krang que se las arrancó de un golpe como si él mismo sintiera vergüenza de que le vieran tan vulnerable.

–¡No! ¡No lo sé! No puedo decirte lo que no sé. —Se defendió–. El amor no existe. Aborrezco el amor. ¿Y sabes por que? Porque todo se acabó.

–Yo te lo diré. El perdón. El perdón es la mejor razón de todas las razones posibles. Saber perdonar no significa justificar el mal hecho, por alguna razón, actuaste así, pero al menos podemos corregirlo si me dejas. Para ello tengo que estar segura al cien por cien de que me acompañarás a ver a tus gratos. De que comprenderás que toda tu lucha ha sido inútil porque tus gratos viven y están bien, aunque insisto que ya no son como tú los recuerdas. Entonces daremos marcha atrás a todo. Cambiarás el transcurso de los acontecimientos, no irás al Sol a ver que es lo que estamos haciendo y en consecuencia no matarás a Pop ni Rel y yo no te encerraré por segunda vez en el prisma ni moriré a tu lado. Liberaremos a los que has dejado hibernados y vendrás con nuestro pueblo los Wanik al Ore que somos, un compendio

de culturas y nos sentiremos inmensamente halagados de tener a un ser como tú entre nosotros. El futuro puede revertirse si me dejas.

–Ya es muy tarde para eso. –Gimió Krang mientras Leilani le miraba con una profunda tristeza–. Debíais haberlo pensado mucho antes de hacer lo que hiciste.

–Krang –le dijo desesperanzada a punto del llanto–. Mira que lo intenté todo, pero no ha valido de nada. tú acabas de destruir la única posibilidad que tenías de no ser encerrado en el futuro ¿Sabes que yo moriré contigo, ¿verdad? Para ti es simple, no tiene la mayor importancia porque solo eres un robot. Pero, yo no lo soy. Supongo que podrás vivir con eso.

Krang lanzó un alarido.

–No grites. –Leilani se tapó los oídos para no oír el ruido chirriante y metálico que salía de su garganta–. Es inútil que lo hagas nadie te oirá jamás. Como te digo el prisma no se abre desde dentro solo desde afuera y digamos que yo he cogido la llave, cuando tú robes el corazón del hombre que escucha la piedra y partas al Sol en busca de la extraña ciudad me encontrarás allí muchos años más tarde, esperándote, entonces, accionaré nuevamente el prisma y lo usaré contra ti y nada podrá evitar nuestros destinos. Moriremos juntos, mi cuerpo se descompondrá y tú te desconectarás para dormir el sueño eterno durante mucho, mucho tiempo.

Y añadió.

–Pero aún así, aunque mi cuerpo se pudra contigo en el futuro, mi alma es etérea, El alma puede viajar lejos del cuerpo y es ligera como las alas de un diminuto pájaro. Te diré lo que sucederá. Tal vez alguien escuche la llamada de esta alma que es la mía, alguien, en alguna parte, lejos en el espacio y el tiempo, tal vez en la misma Tierra que detestas. Esa pista del Espacio Tiempo, a pesar de mi visión, me resulta muy confusa ahora No puedo ver con suficientemente claridad… No puedo saber que pasará y eso, me desconcierta.

Y entonces, la mujer dirigió su dulce y atemorizada mirada hacia Víctor escondido bajo la cama.

–Los sueños –dijo sin apartar la mirada del. niño– los sueños. Solo los sueños podrán salvarnos. Realidades distintas, mundos distintos. ¡Los sueños! ¡Solo los sueños!

Y eso es todo. –Dijo Edmundo– ahí fue donde mi sueño acabó y desperté.

Días más tarde regresé al cubo e introduje la palabra prisma para que el CUBO crease para mi una nueva historia y entonces la máquina comenzó a hablarme de un precioso niño recién nacido que tenía los cabellos rojos.

No sé si la historia fue una invención de la máquina a partir de la Realidad Invasiva. Lo cierto es que desde entonces no he dejado de pensar en eso.

CABELLOS ROJOS

La tierra, una diminuta canica azul flotando en el océano del espacio.

Una nubes algodonosas muy tupidas vertieron su torrencial lluvia sobre una ciudad, y dentro de ella, eligieron como destino una casa pequeña aneja a otras más del mismo estilo a las que se llegaba a través de un sendero lleno de barro.

Era una casa como la que muestran los dibujos de los niños, con tejado de tejas rotas, pequeña chimenea, ventanas con visillos sucios adornadas por jardineras en las que las flores no crecen o están mustias. Una casa con una vigorosa puerta de roble antiquísimo flanqueada por árboles que ofrecen su abrigo a los caminantes y dan cobijo a los nidos de pájaros.

Unas botas verdes sucias y rotas por los pies que dejaban traslucir los calcetines azules marinos se plantaron frente a un charco.

El niño se fijó en su propio reflejo gris durante un instante hasta que una gota de lluvia al caer enturbió su imagen. El niño tenía unas largas piernas pecosas, cubiertas de un vello muy claro como el de sus brazos. Piernas, enfundadas en un pantalón corto de lana color marrón.

Se detuvo allí ante la puerta desconchada por el paso del tiempo y la golpeó todo lo fuerte que pudo con sus nudillos.

Mientras le abrían se agachó para anudarse los cordones.

Tenía las rodillas magulladas por una caída reciente y como una de ellas le dolía un poco, se agachó para arrancarse un guijarro que se le había quedado incrustado en su piel.

Apenas lloró ni se quejó al hacerlo a pesar de que el hecho de quitarse aquella piedrecilla le ocasionaba molestias. Tuvo un escalofrío y se estremeció aterido frotándose los brazos para entrar en calor mientras oía los pasos que se acercaban presurosamente a abrirle.

Hacía mucho frío y notó que la fina lluvia del amanecer: el orbayu, como se le solía llamar en Asturias le había calado hasta los huesos. Las piernas le dolían también después de haber corrido tanto al bajar la cuesta y haberse caído varias veces sobre la gravilla de la carretera. El estómago le dolía también pues tenía mucha hambre, pero algo más apremiante le había traído allí frente a aquella vieja puerta de madera. Desde dentro del hogar se oyeron ruidos de pisadas y cacerolas.

Una mujer grande de complexión le abrió la puerta. Su figura se recortó en la oscuridad de aquella casa sin luz apoyada en el dintel con un gato de reluciente pelaje negro bien cebado que no se separaba de sus tobillos. Tenía el cabello crespo lleno de finísimas hebras de plata. Se notaba que de joven había sido morena porque las raíces de su cabello aún guardaban algo de aquel color de antaño. Era muy alta y gruesa con ojos grises y bondadosos. La llamaban Mela y había muchos que decían que era una bruja.

Mela contempló al niño y quiso cerrar la puerta tras de sí. Él en desventaja ante tal imponente altura no se achantó.

Aquellas no eran horas cristianas para hacer salir a Mela de la cama a fin de cuentas el niño, seguramente, no quería otra cosa que jugar. A veces los niños se apostaban al final de la calle mientras uno, el cabecilla, picaba a su puerta y cuando ella salía a abrir echaban todos a correr calle abajo entre carreras y risas profiriendo insultos sobre que ella era una bruja y una hechicera.

A veces Mela, enfadada, fingía lanzarles maldiciones mientras los veía correr calle abajo haciendo alarde de su fama injusta. Pero aquel niño era conocido por ella y no parecía de aquella clase de gamberrillos, lo conocía casi, desde que era un bebe de teta. Era un niño muy bueno. Lo apodaban “el Nene”.

Decidió que cerraría la puerta dejándole frente a ella con un palmo de narices. No tenía tiempo para tonterías.

Pero al intentar hacerlo el pie del niño se interpuso entre ella y el dintel y no tuvo más remedio que mirarle con curiosidad y con un cierto respeto.

Tenía el cabello rubio como el trigo, muy hermoso y abundante y una cara pecosa de facciones muy bonitas. Sus ojos eran de un color verde esmeralda y lucía una hermosa y cuidada dentadura a pesar de que no estaba muy bien alimentado como tantos otros niños de la época.

Era el hijo de la Reme. Se preguntó que hacía allí delante de su casa y por qué solicitaba su ayuda.

Mela suspiró se apartó el cabello sudoroso y rizado con las manos y colocó bien su delantal evitando mancharlas de harina porque en aquel momento estaba realizando un pastel de castañas.

Abrió la puerta de par en par para que pasara.

–¡Vamos, anda! ¿Que Quieres? Si es por la vaca, la he visto ayer por la tarde. ¿Ha empeorado? Dile a tu padre que consiga mantenerla de pie y que ate el bozal a un poste. Intentadlo vosotros y si no conseguís que pueda parir por ella misma vuelves a bajar la cuesta y me llamas. ¿De acuerdo, zagal? ¡Te daré un poco de bizcocho para que se lo lleves a tu madre!

–No quiero bizcocho –replicó el niño.

–¿Y que quieres entonces?

El niño guardó silencio.

–¡Bien! –en ese caso, será mejor que vuelvas a tu casa. Tengo mucho que hacer.

Mela hizo ademán de cerrar la puerta, pero nuevamente el pie del jovenzuelo volvió a interponerse impidiendo la maniobra.

–Bueno. Replicó hastiada. ¿Que quieres endiablado muchacho? ¿Qué se te ofrece, ahora?

Los ojos francos del niño se clavaron esta vez en los suyos.

–¡No! ¡No es por la vaca! –se excusó a punto de llorar–. Es por mi madre, es ella la que va a parir. Yo te he venido a buscar porque mi hermanito Roxín está a punto de nacer y necesitamos de tu ayuda.

–¿La Remedios está ya de parto? ¿Y tu cómo sabesque es un niño?

El niño asintió tres veces en silencio con su cabeza. Y después de un rato dijo:

–Mi hermano Roxiu viene ya en camino y mi madre está sufriendo mucho.

–Bien. Dijo Mela. ¡Así que se llamará Roxín ¡Bien! Debemos darnos prisa para ayudar a Roxín a nacer. Mientras yo entro dentro de casa a buscar mis hierbas ve hacia tu casa y dile a tu padre y a tus hermanos que calienten mucha agua y que tengan a mano todas las toallas y los paños limpios que encuentren.

El niño hizo ademán de marcharse, pero antes de que echase a correr Mela le detuvo.

–¡Y espera! –Le dijo–. No tardo nada. Te voy a dar una cosa antes de que te vayas.

Regresó al cabo de unos instantes.

–Para ir adelantando el trabajo –le espetó con un puñado de hierbas en el pecho– dile a tu padre que le de a tu madre un baño caliente con estas hierbas y estas otras que te doy

también que son una raíz molida. Con éstas últimas le hacéis una infusión a tu madre y que se la vaya tomando hasta que yo llegue.

Le miró como para asegurarse de que el niño comprendía todo cuanto le había dicho.

–¿Te acordarás de todo, Nene?

–Sí, Mela –asintió él dando media vuelta y lanzándose a correr camino abajo.

Horas más tarde Mela se presentaba en la casa a la que había acudido en su vieja mula con sus utensilios de partera.

Afuera, en medio de la lluvia le esperaban una mujer anciana vestida con unas viejas y raídas ropas oscuras parapetada tras un viejo paraguas de encaje blanco roto por muchas partes. Se notaba que aquellas ropas habían sido de gente rica y habían tenido su viejo esplendor.

De la mano de la anciana venían dos niñas muy bonitas de cabellos negros. Aferraban las manos de la anciana como si estuvieran muy asustadas. Junto a estas, el niño que hacía unos instantes había picado a la puerta y un hombre alto, moreno y muy apuesto se había apostado también frente a la puerta para recibir a Mela. Se veían que eran gente muy pobre, pero, aunque sus ropas les delataban estaban todo lo impolutas que les había sido posible mantener.

Aunque venían de familia de abolengo en el pasado eran pobres y honestos.

–¿Dónde está, la Remedios? –Dijo Mela buscándola con la mirada.

Y no hizo falta que nadie respondiera, se abrió paso entre ellos dejándose guiar por el grito desgarrador de una mujer que salía de una estancia al final del pasillo iluminado.

Mela se apresuró con sus cosas y alcanzó la habitación.

Remedios yacía en la cama envuelta en un baño de sudor. Había roto aguas y contemplaba a Mela muy temerosa de perder a su bebé.

–¡Cálmate. ¡Será rápido! –La consoló Mela mirando sus ojos febriles y su frente sudorosa y ordenó a dos mujeres jóvenes que estaban en la estancia que la movieran un poco de modo que pudieran sujetar su cabeza y sus brazos mientras ella, de cuclillas masajeaba su vientre para provocar las contracciones.

Al filo de la madrugada se oyó el llanto. No era de Remedios, que incluso en el dolor de parir era muy sufrida y no quería que la oyese nadie. Por su silencio nadie hubiera adivinado el trance por el que ahora estaba pasando. Mela, nunca había visto una mujer tan fuerte como ella que incluso en el momento de parir, no lloró, ni gritó, ni se quejó, tan solo lo justo. –El llanto era el de un hermoso niño que acababa de venir al mundo.

Mela lo tomó en sus brazos y lo depositó aún manchado de sangre sobre el vientre de su sudorosa y exhausta madre.

Entre las sabanas de un impoluto blanco mancilladas por la sangre se vio una abundante y rizosa cabellera roja de un hermosísimo color cobre que recordaba al de las hojas en el otoño. En su vida había visto nacer un bebé con tanto pelo.

Los niños que tenían ese color de pelo resultaban siempre unos niños muy especiales, algunos eran brujos, magos, o personas muy relevantes dignas de ser recordadas durante generaciones.

Sin duda, aquel niño, lo sería algún día.

Mela tenía ese presentimiento.

Ese niño y su descendencia algún día traerían el futuro en sus manos.

EL DELÍRICO Y EL CUBO

Fidda escuchó atentamente la historia de su hermano sin pestañear.

–¿Donde has visto o oído esa historia?

Dijo resoplando de calor para apartar un mechón de cabello que acababa de caer sobre sus ojos.

–Me la contó el Cubo. Yo me conecté días después de que tuviera ese sueño con Víctor, Leilani y Krang en aquella habitación. –Y simplemente soñé todo esto que te estoy contando.

–Todo esto es fruto de la Realidad Invasiva. No puede ser otra cosa. –Dijo Fidda–. Ya sabes, al CUBO le damos algo por pequeño que sea y luego, la máquina va tirando del hilo hasta construir una historia, la mayoría de las veces con tantísimo sentido que parece real. Pero, no debes preocuparte por nada. Todo forma parte de una ficción muy argumentada.

–Ya lo sé –caviló Edmundo– pero ¿y si fuera algo más? ¿algo que se nos escapa.

Fidda reflexionó sobre lo que su hermano le decía.

Toda la culpa en realidad la tenía ella. Sí, ella, que siempre andaba jugueteando y ahora se le ocurría inventarse una historia e implicarlos a todos ellos.

La historia tenía visos de realidad y visos de fantasía.

Aquellos sueños que todos tenían eran luminosos con sus noches y sus días. Hablaban de un tiempo el que todo era perfectamente normal, antes del cataclismo.

Hace mucho tiempo, existió un ciclo natural que nos regía a todos por igual: animales, plantas y personas vivíamos en un intervalo de luz/oscuridad que duraba 24 horas nada más y nada menos. El día era día y la noche era noche con sus doce horas correspondientes, pero al devenir la catástrofe todo eso cambió y nuestros relojes internos resultaron gravemente dañados.

Tras la catástrofe, el día duró 29 años y la noche otros 29.

El abuso de la luz artificial para paliar esas épocas de total oscuridad afectaron las señales humorales capaces de transmitir las señales luminosas al cerebro dañando nuestra melatonina –una sustancia natural que produce la glándula pineal que normalmente se incrementa al caer la noche y a la que la ciencia llama "La oscuridad química". Ahora, esa oscuridad química sumida en un proceso de confusión total al no distinguir los días de las noches nos terminaba pasando factura.

A consecuencia de ello, dormíamos mucho menos, el síndrome metabólico se acentuó y aumentaron algunos tipos de cánceres y cardiopatías congénitas unidas a un envejecimiento prematuro y al aumento de los índices de suicidios y demencias. Nuestra visión resultó también afectada y la mayoría de los bebés que estaban naciendo ahora padecían en una gran mayoría una ceguera severa.

La falta de luz afectó también a los animales, pero a estas alturas nuestra alimentación se basaba más en el vegetarianismo y la experimentación con carnes de origen vegetal cada vez más aptas para el consumo. En cuanto a las plantas, conseguimos preservar algunas gracias a los cultivos hidropónicos que las hadas cuidaban con esmero, aunque, no eran suficientes para alimentar a toda la población del planeta.

Después de haberle contado a su hermano la historia del nacimiento de aquel extraño niño pelirrojo Fidda evocó un sueño que ella misma había tenido, y que parecía estar ambientado en el Avilés del Siglo XXI.

"El otro día –empezó a decirle a su hermano– yo también soñé que el viejo Avilés se ahogaba en su propia agua pútrida pero aún así, era un Avilés del pasado mucho mejor que el de ahora y todavía había una mínima esperanza para la raza humana.

La ría que había en aquel entonces, había desaparecido para completar el trabajo del mar dejando en su lugar un inmenso lago de agua salada.

En la zona de Xagó los arenales y las dunas habían ganado terreno al mar y se habían extendido hacia el norte formando una gigantesca punta de lanza claramente visible desde el cielo.

La entrada a la ría era ahora una colina que bloqueaba el paso del agua del mar y que solo la dejaba entrar únicamente cuando la marea estaba alta.

Toda la zona se había cerrado creando un inmenso lago.

Edmundo asintió.

Fidda en su sueño no había hecho más que ver el origen del desastre ecológico acontecido antes de que la Tierra dejase de girar, un cataclismo posterior al día de la fragilidad. Había sido también sin previo aviso y tuvo que ver con una cadena de Tsunamis que quizás fuesen el origen de todo lo que vino después, En ese desastre mucha gente perdió la vida. Quizá fue esa la razón por la que nunca se quiso recuperar el terreno tomado por el mar y por el que toda la ciudad se había convertido en un inmenso camposanto que nadie se atrevía a remover.

"Los edificios de la ciudad derruidos y desgastados por el tiempo emergían de las aguas estancadas como penachos de un mundo antiguo y feliz, –dijo Fidda evocando su sueño–.

Era una zona próxima al antiguo Hospital de la Caridad, ese que siempre vimos tal y como era en los mapas, el barco que sale en todos nuestros sueños estaba allí a plena luz del día navegando a la deriva.

Y me imagino que en él iba la pareja que todos nosotros hemos visto –dijo Edmundo como si ya conociese la respuesta.

Fidda asintió.

–Sí, había algunos barcos abandonados que servían todavía de refugio y abrigo para los indigentes. Los barcos, solían ser viejos cascarones sin vida que albergaban a piltrafas humanas, drogadictos y mendigos esperando la muerte, la zona, pese a ser marítima, estaba abandonada, quizá por la presencia fantasmal de los edificios derruidos que le daban un aspecto de campo sagrado en una zona de guerra. ¡Mucho dolor tuvo que haber, Edmundo, para que reinase allí aquel grado de deterioro, abandono y desconcierto, pero, aquella pareja que vi en aquel barco, parecía diferente a la que se ocultaba normalmente en aquellos viejos cascarones y aquel sueño, parecía más bien un recuerdo que se remontaba a muchos, muchísimos años atrás antes de que nosotros hubiésemos nacido! Por otra parte, en el sueño se intercalaban escenas totalmente estáticas en color sepia o blanco y negro como si fuesen fotos antiguas y eso era raro, muy raro, Edmundo. A eso me estoy refiriendo siempre cuando digo que se están produciendo extrañas anomalías en el Cubo. ¿De donde saca nuestra máquina toda esa información? ¿Todos esos recuerdos? Nuestro trabajo no ha sido tan importante, ni siquiera el de ella. No es posible que la información del CUBO haya crecido tanto y que actúe él mismo por su propia cuenta y riesgo sin nuestra intervención contándonos esta extraña historia con los pocos datos que le aportamos para que ella continúe escribiendo su novela.

–Sí que lo es dijo Edmundo –es raro que haya imágenes estáticas intercaladas porque todos los sueños se caracterizan

porque tienen movimiento. Eso me llama muchísimo la atención, Fidda. El intercalado de las imágenes estáticas en el sueño. Los sueños suelen ser dinámicos sin imágenes congeladas.

Fidda evocó aquella película que había visto. Las imágenes cambiaban de estáticas a dinámicas y al revés, como si alguien hubiese dado a una tecla de avanzado manual en un viejo casete antiguo.

No te pares al lado de mi tumba
y no solloces.
No estoy ahí,
no duermo.

Así sonó durante muchas veces en sus sueños este poema como un extraño salmo, como un eco, como un disco rayado.

Todos ellos habían oído aquel poema cientos de veces.

La voz de ese hombre como una plegaria se entremezclaba junto al llanto entrecortado de la mujer que le acompañaba.

A ella también pudo oírla Fidda, pero no verla.

Era un sueño oscuro, muy oscuro y muy triste...

Al final lo sabía.

Un cadáver en el velero al amanecer y el otro flotando sobre las agua. Como si no hubiera futuro, como si no hubiera esperanza.

LOS SUEÑOS DE EDMUNDO

Edmundo construía su amor como una casa, todos los días al lado de Oxi, la mujer a la que más amaba en el mundo. Había empezado esa casa por los cimientos, la cuidaba, la mimaba, hacía que se sintiera importante y valiosa, única para él.

Oxi, había sufrido una depresión muy grande tras sufrir varios abortos naturales y un duro accidente que se había llevado su última esperanza de tener hijos.

Era el cariño, el amor y la paciencia de Edmundo lo que la incentivaba a soportar el día a día, a pesar de que, durante mucho tiempo no había deseado otra cosa salvo morir en aquel accidente de dos trenes que habían provocado unas hadas.

A veces sucedían estas cosas. Las hadas y la inteligencia de que estaban hechas no eran perfectas. Sucedían accidentes desgraciados, pero solo eran eso, accidentes.

Al parecer no solo aquella a la que todos llamaban IO sentía recelo de las hadas. Oxi también lo tenía. Había perdido a su primogénito y único hijo y además había quedado estéril por un error de cálculo de las hadas que hizo que aquellos trenes chocaran.

No solían ocurrir accidentes gracias a la tecnología y la sincronización de las máquinas con las hadas, pero era muy difícil aspirar a la perfección.

En realidad, Oxi se parecía muchísimo en su físico al de ese retrato a lápiz que habían encontrado en el barrio de las escombreras.

El retrato no tenía nada en particular salvo que mostraba la hermosa faz de una mujer que se le parecía en muchos aspectos. Aunque no era ella, estaba claro. Aquel era el retrato de alguien del pasado pero que se parecía a alguien que ella había visto en algún lugar en su tiempo presente pero aún no sabía donde.

Para Oxi, aquel retrato también era algo más, algo mucho más profundo.

Aquel hombre que en el pasado lo había escondido como en una cápsula del tiempo, jamás lo había recuperado, pero, allí estaba después de todo en el futuro no en compañía de los hijos que el hubiera querido si no de unos perfectos extraños en un mundo en decadencia.

Un padre que dibuja a su esposa y envuelve el retrato en un plástico para que llegue como en una cápsula del tiempo al futuro, un padre que luego busca el retrato que él mismo ha hecho y que no puede recuperarlo y que muere con la tristeza de que su retrato efectivamente viajó al futuro, es un padre que despierta mucha lástima y cariño.

Era bonito saber que no todo estaba perdido y que se podían recuperar cosas.

Cuando Edmundo era adolescente le gustaba reunirse cada tarde con ella en un viejo bar para escuchar su canción favorita. Era en un pub de estilo inglés con una impresionante barra con trísqueles grabados, unas mesas con taburetes altos y falsas vidrieras de cristal que refractaban sus luces de colores sobre la madera y que con sus focos ofrecían la sensación de que había luz de día en el exterior.

Sonaba la canción Yesterday de los Beatles entre la lluvia y los truenos.

Y Edmundo le decía sin palabras lo mucho que le quería y su angustia si no podrían envejecer juntos.

Sería así.

Vivían en un mundo donde quizás no llegarían a viejos. Por lo general la gente moría a edades tempranas.

Comprender que estás de paso no resulta fácil ni mucho menos cuando sabes que te ha tocado en suerte nacer en un mundo agónico.

Pero por encima de todo esto Edmundo y Oxi se amaban con una fuerza sobrehumana.

Por eso se sintieron muy identificados con aquellos amantes que aparecían en sus sueños, en los sueños de ambos y en lo que descubrieron que eran los sueños también de todo el grupo. Una voz muy parecida a la de aquel hombre de la barca recitaba en sus corazones que regresarían al lugar de donde nunca jamás debieron marcharse.

Que algún día, no sabían como, ni por qué, se obraría un milagro y el amor llegaría a su vida para asentarse y no marcharse jamás de sus corazones y que lo hermoso, solo se muestra a los ojos de aquellos que saben mirar y apreciar su belleza.

La mirada gritando sin palabras “te quiero”.

El hermoso y deslumbrante color de un bosque incendiado por los colores del otoño, La sonrisa de un extraño que agradece la hogaza de pan que le han dado, la hermosura de un bosque de cerezos en flor.

Edmundo imaginaba los nietos que hubiera tenido con Oxi y lloraba junto a ella por esa imposibilidad. Cuando se hacía de noche, ambos quedaban boca arriba mirando el cielo a través de la cúpula de cristal de su habitación. Flotaban en una habitación acolchada sin gravedad cogidos de las manos mientras jugaban a identificar las estrellas: Aldebarán, las Osas, Casiopea...

Allí en aquella soledad de su habitación, con sus cascos encendidos y conectados al Cubo volvían a revivir la imagen

estática en blanco y negro o en sepia en la que se oía la voz de un hombre que entre la atronadora tormenta recitaba un extraño poema para su amada:

No. No me busques,
porque yo,
no estoy muerto…

Oxi recordó este sueño mientras miraba el retrato que tenía colgado en una pared de su casa. Era el único cuadro que había. Le había puesto un marco de plástico y lo miraba cada mañana al levantarse.

–¿Quién eres tú? –preguntaba mientras la miraba. Me recuerdas a alguien con tu carita redonda y tus ojos de almendra–. Esa cara la he visto en algún sitio. Hay alguien por ahí que tiene un gran parecido contigo y yo la he visto pero el CUBO y su reconocimiento facial no es capaz a dar contigo, nos muestra múltiples opciones y es como buscar una aguja en un pajar. Sin embargo, yo sé que te he visto en algún sitio y tarde o temprano daremos contigo, aunque no tengas absolutamente nada que ver con nuestra historia.

EL SUEÑO DE EDMUNDO CALDERÓN

Durante mucho tiempo, este sueño obsesionó Edmundo Calderón.

Era como si el misterio necesitase ser resuelto porque: el sueño tenía importancia. Aún no sabía cuánto valor tenía y porque:

¿Cual era el valor de un sueño?

Edmundo había meditado sobre esto y llegado a la conclusión de que era muy difícil responder a esta pregunta.

Recordó tardes cansado y afortunadamente sin ningún compromiso, concretamente una, en la que le dio por pesarse en una vieja báscula que tenía en su dormitorio. Fue días antes de haber tenido todas esas extrañas experiencias en el CUBO en las que se les rebelaba la muerte de aquellos dos amantes.

Tuvo que admitir que su peso era excesivo entonces, tal vez no lo fuera en cualquier otro siglo, pero sí en el suyo, cuando no había suficientes alimentos para todo el mundo. Resultaba irónico pensar en cuidarse teniendo en cuenta las pocas esperanzas de vida que albergaba el planeta y puestos a divagar... toda la raza humana. Casi valía más tomarse un buen chocolate y una ingente dosis de colesterol. –El chocolate por su dificultad de encontrarlo y producirlo debido al desastre ecológico era prohibitivamente caro, pero había otros sucedáneos igual de apetitosos.

Aquel día memorizó lo que pesaba y se dirigió a la cama, se conectó al casco e introdujo las coordenadas hasta quedar profundamente dormido. Lo hizo solo, sin Oxi, Últimamente había perdido el miedo y se mostraba excesivamente valiente desde su encuentro en el CUBO con el pelirrojo y su hijo.

Antes de conectarse al programa del sueño buscó en sus registros oníricos y conectó con todos aquellos sentidos que le permitirían tener un sueño lúcido.

Pensó con intensidad en el aroma de las algas y el salitre del mar, ese olor marino, tan agradable y refrescante a menta marina que te transporta al océano, al sabor del agua salada, al maravilloso rumor de las olas que desgastan con su ímpetu los acantilados. Parecía como si tuviera una gigantesca caracola gigante pegada al oído. Edmundo vio las olas, las hermosas olas verdiazules con su espuma blanca lamiendo los pies de los bañistas y experimentó la alegría de quedarse dormido en un sueño tan grato, uno de esos en los que no quieres despertar.

Muchas veces el sueño es muy vívido, pero cuando despertamos, un fugaz olvido nos llega y tenemos que esforzarnos en recordar. Instintivamente, eso fue lo que pasó.

Por supuesto nosotros podemosgrabarlos si lo deseamos.

Algunos piensan que un sueño es una función vital y que la mente necesita de éstos para reordenar sus recuerdos, sentimientos o la propia cordura e incluso, la inteligencia.

Unas personas usan los sueños para prepararse para un futuro incierto y cierto es que muchos de ellos son premonitorios, aunque no les prestemos excesiva atención.

Algunas veces nos quedamos dormidos afrontando un problema complejo y despertamos con una idea, que, sin saber porqué, incluso sin relación aparente con el sueño representa el camino a la solución que estábamos buscando en la vigilia.

Sea lo que sea, desde hacía muchos años nunca se tomaban a la ligera los sueños. Para Edmundo, representaban una

fuente de inspiración y creatividad y todo eso lo revivía como un artista ansioso de utilizar sus pinceles cada vez que viajaba con la máquina.

Los sueños para él se habían convertido en otra realidad que le apartaba de la vida. El luego, plasmaba esos sueños en hermosos cuadros y dibujos. Se reunía con los creativos del CUBO y entre todos interpretaban aquellas imágenes de forma digital y las devolvían a la máquina creando una nueva información más visual e intuitiva.

El CUBO se nutría de los artistas, de los soñadores, de los creativos, de los informáticos, de los médicos, de profesionales de distintas disciplinas…

Se nutría continuamente de todos, tomando de aquí y allá cuanto necesitaba. Con cada sueño, el CUBO, como un ente vivo se enriquecía cada vez más y más.

Él amaba el Cubo. Aunque no era exclusivamente de él, ya que tan solo había colaborado con su creación, lo sentía como su pequeña criatura y opinaba que, gracias a todas las fantasías, o el juego que, hacia el CUBO con la realidad, incluso combinando ambas, hacían que la realidad que les había tocado vivir resultase mucho más soportable y divertida.

Así que esta vez Edmundo que cada vez se sentía más y más aventurero con los sueños tenía uno en solitario sin Oxi. Allí flotando en su habitación acolchada verde con los brazos extendidos boca arriba llevaba el casco puesto y al lado la jeringuilla con la que se había inyectado el Delírico también flotando.

En ese sueño, él y su mujer Oxi iban por una ciudad del siglo XXI donde las imágenes reales se entremezclaban con la fantasía creando escenarios disparatados. La hierba se abría paso a través de los guijarros del asfalto y de ella brotaban flores multicolores y gigantescas: campanas rojas, moradas y amarillas, hermosos girasoles que rompían al nacer en una hierba esponjosa, de un verde que parecía casi

artificial. Algunas de estas flores, bastante grandes caían por su propio peso en la hierba mullida debido a que no tenían un tallo suficientemente resistente para soportar su peso, pero, sus hojas diminutas se enredaban como guirnaldas y enredaderas alrededor de los tobillos de Oxi y Edmundo como si quisieran sujetarlos al suelo. Oxi, se dejó envolver por un torbellino de hojas otoñales de colores ocres, rojizos y violetas que, por un momento, envolvieron su cuerpo como el vestido de una gigantesca reina de las hadas a punto de ser coronada Edmundo la miró y se rió por la ocurrencia. Pero hubo un momento en que la gran cantidad de hojas que se adherían a su cuerpo resultaban tan agobiantes que impedían avanzar a sus pies.

En ese momento, descubrió que Oxi, aunque no estaba con él físicamente, se hallaba en otro lugar conectada y que ambos estaban compartiendo en aquel momento el mismo sueño, aunque físicamente se hallaran separados.

–Estoy dormido. –Edmundo se repitió esta frase unas cuantas veces más para que su cerebro lo asimilara.

–Así es –convino Oxi. Y yo te acompaño. Estoy conectada en el Cubo, cerca de ti. Hoy salí de trabajar un poco tarde y me conecté. No esperaba que tú ya estarías soñando en nuestra casa.

–Estás muy guapa con ese vestido de hojas. Me parece realmente precioso.

Ella se miró el vestido y se lo sacudió. El vestido era precioso, sí, pero resultaba un poco molesto. Tal vez volvería a llevarlo en alguna fiesta de los Onironautas. Al día siguiente habría una fiesta hindú. Tenían recreado un Taj Mahal en uno de los túneles y habrá música de Bollywood. Oxi se moría por comer el pollo Tandoori, aunque solo fuera en el sueño. Habría bailarinas de Kathak y grupos de Bhangra y se esparcirían polvos de colores de la fiesta del Holly.

Edmundo ignorando los pensamientos de Oxi la invitó a dar un salto imposible hacia un tejado de un edificio cercano

a la carretera así podría liberarse de la guirnalda de plantas y flores que se arremolinaba alrededor de sus tobillos.

–¿Crees que podré dar ese salto lejos, hacia a ese rascacielos al que quiere ir? –Preguntó a Oxi mirándole dubitativa.

–Sí, claro que puedes llegar dando un salto debes intentarlo y yo te seguiré detrás. Ahí arriba parece que hay una fiesta muy animada. Sólo tienes que desear fuertemente conseguirlo.

Edmundo saltó y se elevó hacia lo alto del edificio como si tuviera unas alas imaginarias que le impulsaran hacia el edificio iluminado con sus bonitos farolillos con luces de colores.

Volaron como ángeles o como pájaros hacia allí arriba. Una vez allí Oxi se sentó y dejó caer su vestido de hojas sobe el banco de piedra. Llevaba debajo un vestido blanco surcado por unas finísimas líneas plateadas que brillaban en la oscuridad como si fuesen fosforescentes.

En la terraza había una fiesta y todo estaba lleno de música, y gente extraña. Una divertida fiesta con personas que se habían transmutado en todo aquello que habían deseado en su vigilia. Por doquier surgían camareros llevando en sus bandejas deliciosos brebajes y pasteles apetitosos de todas formas y colores. Eran humo, todo ello se disolvería mañana cuando todos ellos despertaran.

La mayoría descansaban en una especie de colchonetas blancas muy cómodas mientras degustaban sus bebidas y aperitivos de colores y otros bailaban con sus copas en las manos mirando embelesados y divertidos a la ciudad con su bullente vida allá abajo.

Todos aquellos manjares se experimentaban vívidamente en los sueños y dejaban un agradable regusto al despertar por la placentera sensación en los cerebros.

Por doquier se veían seres extraños con vestidos y trajes que brillaban en la oscuridad, joyas de neón, orejas o colas

de gatos, pupilas de reptiles, o pieles coloreadas, personas con largos incisivos, orejas élficas, o tatuajes de todo tipo, tatuajes en las hebras de los cabellos. También los había que eran invisibles, y se divertían chocando con los camareros derramando en algunas ocasiones el contenido que llevaban en sus bandejas. Resultaba gracioso ver una copa flotando en el aire sin nada que la sostuviera y allí se sabía que había una persona que en aquel sueño había decidido disfrutar de la noche utilizando la anónima función de INVISIVILIDAD.

En los sueños, cualquier cosa por ilógica que parezca es posible. Se podía ser cualquier cosa y disfrutar compartiendo ese espacio con otras personas. Así que, después de estas y otras proezas contemplaron divertidos como la marea de autos circulaban en una y otra dirección y como las carreteras que de repente se convertían en olas de asfalto líquido a través de la cuales nadaban algunas personas.

Oxi y Edmundo se animaron y saltaron al asfalto líquido sintiendo el tacto frío y húmedo de la gravilla líquida en la piel. Los guijarros negros del asfalto, se convirtieron en verdes, rosados y grises como el lecho de un arroyo sembrado por cristales que el mar había limado, al incidir sobre ellos los rayos solares se transformaron en diminutas pinceladas de tinta que salpicaban el agua tiñéndola de múltiples tonos. Mientras sonaban los cláxones de los coches en la lejanía nadaron a braza atravesando pasos de cebra fundiéndose con aquel extraño mar de asfalto, con aquella extraña Venecia en la que la ciudad se había convertido de repente hasta alcanzar un establecimiento en el que figuraba un cartel luminoso que ponía HOTEL en letras rojas. Al llegar allí todo el asfalto líquido que llevaban adherido al cuerpo como una segunda piel, cayó en el suelo pesadamente solidificándose en diminutas piedras Alguien se apresuró a ofrecerles un albornoz y escucharon a una mujer que entablaba una conversación íntima y distendida sobre ellos mismos salpicada, por algún problema con las horas de los aviones.

–Guau Ha sido un sueño espectacular. –Observó Oxi que aún se estaba quitando las piedras que llevaba adheridas–. Lo malo es que me he manchado bastante la ropa. Voy a registrar este sueño en el CUBO. Me gustaría volver a recrearlo y combinarlo con otras cosas. ¿no te parece?

Edmundo que en aquel momento estaba inmerso en sus pensamientos, echó un vistazo al lugar donde se encontraban.

El hotel donde habían llegado tenía una piscina en una zona arbolada distribuida en forma de una gigantesca concha marina donde se distribuían una serie de mesas en las que la gente parecía disfrutar de una copiosa comida.

Oxi que había comido demasiado en la terraza del sueño, miró aquella mesa y casi aborreció la comida.

Aquella escena en el sueño no era muy normal. Pero los sueños son así, tan disparatados, locos y absurdos como el cuadro de la persistencia de la memoria de Salvador Dalí y sus relojes derretidos por el calor.

Los hoteles ya no funcionan, es cierto, no hay piscinas y las mesas repletas de comida son un lujo que muy poca gente puede disfrutar incluso en un sueño, aquel buffet expuesto sobre unos tablones blancos soportados por una estructura sencilla de metal, era lo más irreal y placentero que ambos habían soñado jamás. En todos los sueños se podría disfrutar de comer y beber, cosas que en la realidad no existían ya o de las había una gran escasez, incluso se podían inventar alimentos y comidas. A veces, se entraba allí con un hambre atroz, y al despertar se experimentaba una muy placentera sensación de saciedad porque se estimulaba esa zona concreta del cerebro que ya digo que calmaba la sensación de hambre.

En todas las mesas había deliciosas viandas. Degustaron el sabor terroso y amargo del chocolate negro mezclado con el ácido de la naranja, la dulzura de algunas frutas tropicales en deliciosos y espumosos batidos, el sabor salado de quesos y canapés variados servidos en tartaletas diminutas. Comían

y comían sin parar. Todo era muy apetecible y muy rico. No podían parar como los perros ante un suculento bocado, que no encuentran freno y nunca se hallan satisfechos.

El recuerdo del sueño acabó abruptamente para Edmundo cuando la guía les comentó algo referente a los horarios de los aviones que debían coger a continuación.

Oxi y Edmundo se miraron el uno al otro. Ni por asomo se les había pasado la posibilidad de coger un avión onírico para realizar un viaje.

–¿Crees que deberíamos irnos de vacaciones? –Preguntó Oxi ilusionada.

–No lo sé. No hemos dejado preparado que nos alimenten con sonda. El viaje podría durar meses y sin alimentarnos no duraríamos mucho más de dos meses. Podríamos incluso morir si nadie viene a nuestra casa a prestarnos la debida atención mientras duren las vacaciones.

Observaron a la mujer que se acercaba ahora parecía una azafata con sus zapatos de aguja tan altos de tacón rojo y sus diminutos tobillos balanceándose en ellos. Llevaba un traje azul entallado de chaqueta y falda corta como los que suelen usar las azafatas y un gorrito del mismo color del uniforme. Un bonito pañuelo de encaje blanco anudaba su lechoso y esbelto cuello blanco lleno de lunares. En su pecho lucía una insignia que ponía Viajes Onírica.

Oxi y él se miraron el uno al otro con una mirada cómplice y la siguieron entrando al avión como diciendo, bueno, a ver que es lo que pasa.

Lo siguiente que recordó Edmundo es que él y su esposa caminaban ahora a la derecha de una carretera que nada tenía de líquida, y que lo hacían tal vez con destino a su casa como si hubiesen cambiado de escenario en un abrir y cerrar de ojos. Sin duda aquel avión que habían tomado de las líneas Onírica les había traído allí, cerca de casa, en lugar de a un paradisiaco destino, pero, aunque el camino

a casa parecía parecido había muchas cosas que lo hacían diferente.

La gente que circulaba por la calle parecía vestida como en el pasado. En la carretera que parecía llevar a la ciudad base circulaban vehículos que no volaban y que rodaban al ras del suelo y no era de noche ni llovía continuamente si no que había una temperatura primaveral, era de día y el cielo era muy azul. Un camión como un enorme diplodocus sobrepasó a otros vehículos a una enorme velocidad. Entonces, la cabina giró en diferente dirección a la caja que transportaba la carga y se fue dando bandazos de un lado a otro golpeando los guardar railes hasta que perdió el equilibrio y volcó cien metros más allá, en medio de la carretera.

Y justo detrás de ellos un coche que corría a mucha velocidad no pudo esquivarlo impactando con él.

Al parecer el coche que venía detrás venía huyendo de otro vehículo que parecía estar acosándolo.

El vehículo rompió el guarda railes y cayó aparatosamente en la ría.

Al lugar llegaron varias ambulancias, pero el cuerpo se rescató demasiado tarde ya sin vida.

Decían que el muerto trabajaba en una empresa llamada Sacramon y respondía al nombre de Negu Izaguirre.

Cuando llegas a un punto así hay multitud de alternativas se te vienen a la mente y la teoría dice que todas esas alternativas confluyen en el que el coche chocará con ese camión a menos que suceda un milagro, cosa que no es muy probable.

El conductor del coche no salió con vida. Se dijo que estaba completamente borracho, pero al parecer nunca encontraron restos de alcohol en ninguna de las autopsias que se le hicieron.

Edmundo y Oxi, volvieron muchas más veces a ese mismo sueño para acumular detalles que se les habían pasado desapercibidos.

Sorpresivamente vieron que el conductor del camión también de la misma empresa que el finado, una empresa llamada Montsacro se había salvado y parecía aturdido, aunque su carga: un montón de panales de abejas había acabado derramado por la carretera, y ahora, los bichos volaban a su antojo adhiriéndose a cuántas personas se habían bajado de sus vehículos para contemplar el accidente en un lugar llamado Avilés, cerca del Niemeyer, en un lugar muy parecido al que ahora era la ciudad base.

Y en medio de aquel desaguisado se veían unos extraños seres volando que parecían surgidos de la parte de atrás del coche siniestrado.

En un mundo donde los coches ya conducen sin necesidad de que haya nadie al volante y donde se ha reducido la siniestralidad, el ver un coche y un camión conduciendo al ras del suelo y no volando y chocando de aquella manera y un conductor al que acusan de ebrio sin estarlo que acaba ahogado en las aguas de la ría no deja de resultar un sueño extremadamente extraño.

El conductor del camión se acercó a Edmundo y Oxi mientras legaba la furgoneta de los atestados tratando de convencerles de que se quedasen allí para testificar contra el conductor. Se lamentaba, además, de la tremenda pérdida que suponía la destrucción de sus panales de abejas y de lo mucho que le costaría reunirlas a todas.

Oxi y Fidda en aquel mundo extraño temieron decir que ellos no eran de aquel tiempo si no que al parecer venían de muchos años más allá desde el futuro. Temían que la policía les prestase declaración.

¿Cómo decirles que habían visto la persecución de aquel coche antes de impactar contra el camión? ¿Cómo explicar que ellos dos venían del futuro?

Últimamente los sueños eran muy, muy raros. Edmundo pensó que tal vez se había excedido con la dosis de la Delírico que acostumbraba a tomar y que tal vez su hermana Fidda

tenía razón a que tanta Delírico le estaba trastornado. Él solo tomaba lo justo, por prescripción médica y la utilizaba raramente cuando viajaba en el CUBO, aunque era posible que últimamente hubiese estado abusando un poco de esta sustancia.

Recordó absorto la imagen del camión accidentado y en ese momento, experimentó un terrible calambre en el pie izquierdo le despertó de repente. Era alto y muy robusto, pero tenía algún problema circulatorio porque era algo que le ocurría desde hacía años también en las manos y los muslos, algo muy doloroso como si una fuerza sobrehumana tensase todos sus músculos causándole un dolor insoportable que alteraba todo su sistema nervioso.

Siempre se producía el mismo proceso de sueño y despertar con dolor, pero en aquella ocasión en que despertó flotando ingrávido en su habitación junto a él había un objeto, un objeto desconocido que él no había introducido allí ni nadie más, según preguntó a Oxi. Era un objeto perteneciente al sueño que había salido de él para materializarse en su realidad.

Era un objeto que al parecer llevaba el hombre que conducía aquel coche antes de acabar en las cenagosas aguas de la ría, un objeto que en el accidente había caído al suelo antes que el vehículo se precipitara en el agua.

Era un objeto que tenía que llevarle a ella. En cuanto lo viera sabría de que se trataba.

FIDDA Y EL CERN

El Delírico es un foto pigmento sensible a la luz azul que llega a través de una vía no visual y que es responsable de que la pupila se contraiga ante una fuente de luz o se dilate para adaptar nuestra visión a la oscuridad –fue suministrada a la población de forma obligatoria durante el siglo XXIII y nos ayudó a reajustar nuestros relojes internos, mejorar la calidad del sueño y nuestro estado anímico debido a la falta de luz.

Por eso la idea de que Fidda utilizase aquella Interface que había descubierto accidentalmente en el CERN aplicada a nuestro CUBO combinada con el uso de esta sustancia suponía toda una revolución para nuestra lastimosa humanidad–. El descubrimiento era, como la alegoría de la Caverna de Platón. Había nacido un nuevo mundo lleno de conocimiento cuando antes estábamos "ciegos" e ignorantes viviendo en la oscuridad de las cavernas. Y las hadas serían nuestros peones. Fabricarían sintéticamente este pigmento en las granjas y todos nos beneficiaríamos de este.

De este modo, la idea del CUBO y el uso del Delírico se propagó en todas partes de la Tierra y pronto empezaron a fabricarse las copias necesarias de la máquina para ser utilizadas por millones de personas en todo el mundo que incluso podían conectarse mediante cascos al INTERNET NEURONAL desde cualquier lugar y parte del mundo.

Había unas reglas básicas y comunes, inviolables para todos los soñadores que manejábamos la interfaz.

Si estábamos en nuestras casas, debíamos ponernos el casco, el casco se parecía a esos cascos que antiguamente llevaban los ciclistas, pero llenos de sensores. Utilizábamos lo cascos cuando íbamos a dormir y eso, aumentaba nuestras posibilidades de jugar con nuestros sueños.

En el CUBO todo era un poco más complejo. Las hadas se introducían en cada recoveco de la maquinaria, que constantemente giraba sobre si misma como un cubo de Rubick buscando las distintas combinaciones. Las hadas se introducían también en todos nuestros sueños como una especie de instrucciones del programa que nos permitía pasar a estadios cada vez más profundos dentro de nuestros sueños. oníricos. Cuanto más profundo viajábamos, la araña, del techo nos suministraba nuevas dosis del Delírico que fabricaban las hadas para que alcanzásemos distintos niveles.

La araña desplegaba su intrincada red de cables rosas sobre nuestras cabezas y quedábamos instantáneamente sumidos en un sueño profundo.

Pero antes de eso, hacíamos rigurosos chequeos médicos en busca de radiación o drogas, pasábamos a una sala completamente desnudos donde había unas duchas que nos desinfectaban. Una vez se cumplía todo el ritual nos vestíamos con ropas de algodón blanco y pasábamos a las salas llenas de confortables sillones donde la araña que se replegaba sobre nuestras cabezas nos inyectaba el pigmento y se conectaba a nuestra cabeza.

Entonces, surgía una voz robotizada que nos decía que pasaríamos a establecer contacto con un cerebro electrónico: El alma del CUBO.

Nadie que no quisiera ser inducido por las hadas y la araña tendría sueños lúcidos si no era su deseo. Y luego, no tenía más trascendencia que cuando eres sometido a un trance hipnótico donde todo desaparece al despertar y

no quedan restos de las órdenes del hipnotizador porque el sujeto simplemente queda dormido y despierta a la mañana o a las horas siguientes. Nuestro organismo se adaptaba muy bien al pigmento y no era nocivo. Para estos sueños contábamos con toda esta abundante y complicada tecnología, pero además preparábamos nuestras mentes concienzudamente.

1º–Debíamos llevar anotado un diario de sueños. No importaba el soporte en el que éste estuviese grabado, pero debíamos registrar cada sueño que recordásemos ocurriese en el lugar que ocurriese. Eso también nos permitiría no desconectar totalmente de la realidad de nuestros sueños y recordar todos los detalles.

2º–Para entrar en el sueño lúcido podríamos ayudarnos de alguien que monitorizase la experiencia desde el exterior. Nos ayudábamos de una imagen agradable o un sonido que nos resultase familiar. Igualmente, para salir del sueño precisaríamos de una palabra o un sonido clave previamente grabado en nuestra psique o alguien desde el exterior que nos despertara y para eso, noche tras noche, antes de dormir, evocábamos este sonido para que en el caso de oírlo en el sueño fuese reconocido a la perfección.

3º–Una vez en el sueño probaríamos un test de realidad tal como pellizcarnos la piel en busca de cualquier signo de dolor, respirar con la boca y la nariz cerrada y aún así poder hacerlo sin complicación, o realizar algún tipo de proeza como estar en el fondo del océano y respirar sin problemas.

4º–Si con todas éstas comprobábamos que estábamos soñando y conscientes de nuestro nuevo estado, solo quedaba disfrutar del viaje en soledad o junto a otros respetando siempre las reglas del juego que se traducían en dejar los objetos y los personajes tal y como los encontrásemos para registrarlos y codificarlos y ayudar con ello a enriquecer los sueños y los escenarios de otras personas que soñaban respetuosamente junto a nosotros. Así que esta era nuestra realidad virtual, muchos años más tarde de la catástrofe que

había sacudido nuestro planeta y que había dejado anuladas todas nuestras comunicaciones.

Soñábamos para vivir porque tal vez la vida solo era eso, un sueño.

Casi todo se había restaurado, pero nos movíamos en un mundo aún oscuro donde la única luz que había era la artificial para la gran mayoría del planeta.

Nos levantábamos de la cama y desayunábamos rápido para salir corriendo a coger el Hiperloop, caminando entre multitudes y diminutas hadas que vivían en nuestros hogares, y que se colaban en las estaciones del metro, o en nuestros lugares de ocio.

Las hadas eran tan comunes como en el siglo XX lo sería cualquier aparato doméstico como una lavadora o un robot que limpia los suelos de las casas, aunque sus rostros fuesen diminutamente humanos.

Entre tanto, nosotros más liberados de determinados quehaceres, nos dedicamos a nuestros trabajos cada vez más especializados y alejados de los antiguos trabajos mecánicos y manuales que ahora eran realizados por esas sofisticadas y eficientes creaciones llamadas hadas.

Y en los pocos momentos que teníamos libres nos reuníamos, establecíamos vínculos con los otros, realizábamos fiestas con brebajes de colores que no existían más que en nuestras mentes y nos divertíamos y evadíamos como siempre lo hicieron los jóvenes en todas las épocas algunos, con hábitos más saludables que otros.

Éramos la generación de todas las generaciones perdidas.

Gentes que simulaban ser felices en un mundo en el que todo parecía bien y no era verdad. Gentes que, a pesar de todo nos devanábamos por trabajar y conseguir cada día nuevos avances en nanotecnología, medicina genómica o inteligencia artificial en favor de una humanidad cuyo futuro se nos auguraba muy negro y que luego, cuando llegaba la

noche, tras un día de oscuridad, nos íbamos a la cama con lágrimas en los ojos, conectados a nuestros cascos.

En esos momentos, soñar era nuestra mejor y única escapatoria.

Fidda nos llamaba los soñadores y éramos en cierta manera sus conejillos de indias en este experimento. Las gentes nos adoraban y nos conocía por la calle. Éramos inmensamente populares.

Éramos los siete magníficos.

Fidda: experta en foto computación cuántica, el diseño de materiales y la neurología. Fue ella quien descubrió que la combinación de las hadas y el DELÍRICO en el CUBO ofrecían unas posibilidades asombrosas.

Edmundo su hermano y ayudante experto en exobiología (la ciencia que estudia las posibles especies extraterrestres que pudiese haber, aunque no se hubiese encontrado ninguna todavía). Una ciencia fútil a juzgar por los resultados obtenidos con el proyecto SETI y similares, pero algo que ya a estas alturas, teníamos asumido porque continuábamos albergando la esperanza de que el universo era demasiado vasto para que solo pudiera contenernos a nosotros. También estaba Oxi la mujer de Edmundo, temperamental y bióloga.

Y luego estaba Itzel experta en arreglar cualquier máquina que cayese en sus manos y capaz de crear máquinas nuevas con los restos de otras.

Alonso todo un filósofo, con el que daba gusto hablar siempre dispuesto a ayudar a sus amigos con el Delírico los fármacos y los nano robots aplicados a la medicina y al uso de las hadas en colaboración con Fidda.

Y Arquímedes, el más friki del grupo. Su imaginación no tenía límites ni nadie que le pusiese cortapisas, experto matemático que analizaba los fractales y las estructuras similares que aparecían en los sueños, pero, por supuesto,

también estaba YO. Ellos también se referían a mi como ella como si no se atrevieran a veces a decir mi nombre.

¡Ah! ¿Que aún no me he presentado todavía?

Debo nombrarme también porque YO soy parte del grupo.

¿Aunque debería de decir que YO no soy YO exactamente?

Sí, pensarán que me he vuelto loca, pero si me dejan explicarme, me entenderán un poco porque lo digo.

Cuando mi parte más gamberra escuchó pronunciar su nombre real IOC armó tal lío que no les quedó más remedio que tragarse sus palabras y admitirlo. A mi no me gustaba que me llamasen IOC, como solían llamar a inteligencias muy similares a la mía. Me negué en redondo a que me llamasen por las iniciales con que definen mi especie porque después de mi ha habido otras. Yo, odio ser llamada una Inteligencia Orgánica Cooperativa y de cooperativa nada de nada. ¡Solo me faltaba escuchar eso! ¡Cooperativa! ¡Ja! ¡Con lo individualista que yo soy!

Mejor acortar el nombre y llamarme IO porque suena mucho mejor que IOC y que Marta el nombre con que fui bautizada por mis padres. Me gustaría que me llamasen YO, incluso IO, en vez de IOC, un nombre que realmente detesto. Yo sueno como IO en italiano y también como un satélite que tiene Júpiter. IO, o Yo tiene mucha más identidad que IOC..., y a mí sin duda me gusta más y tengo derecho a que me traten como uno de ellos y a que se me llame por un nombre con el que pueda identificarme plenamente porque yo, IO; no soy tan distinta, o quizá debería decir que soy mucho mejor que todos ellos.

Vale, reconozco que soy presuntuosa, narcisista y arrogante al decir esto y de carácter intratable, que tengo una personalidad múltiple, bastante bipolar y que a veces mis personalidades discuten entre ellas y luego hacen las paces enseguida.

Puedo poner todo patas arriba en un momento dado y dejarlo listo para la revisión de los “expertos”.

Yo soy así, mitad humana mitad máquina bastante alocada y con un gran sentido del humor, tal vez, si alguien no se hubiese dado por vencido en mi infancia yo sería una piltrafa sentada en un sofá, pero quien no me conozca de cerca, no sabrá jamás la historia de mi vida. No sabrá lo mucho que he sufrido por el rechazo de la gente y el rechazo a mi misma como persona por que YO era una autista profunda condenada a una vida mísera desde el mismo momento en que fui concebida.

En mi tiempo y mucho antes, era posible intervenir en el embrión para evitar enfermedades como la mía. Sin embargo, mis padres, unos románticos, unos jipis irresponsables pensaron que el embarazo transcurría normal y se negaron a utilizar los avances de la época.

Mis padres eran unos hippies redomados en un tiempo en que los hippies ya habían dejado de existir devorados por la vorágine del consumismo.

No pusieron ninguna precaución para que yo no naciera y tampoco vigilaron mi proceso para que naciera sana.

Solo se dieron cuenta en el momento en que nací de que yo no era normal.

Yo no era una niña como el resto. Yo no lloraba. No me quejaba si tenia hambre o sueño ni me sentía extraña si otras personas ajenas a mis padres me tomaban en sus brazos.

Según crecía, detestaba que me tocaran, o me abrazaran, rehuía el contacto físico con otras personas, aunque dentro de mí sufría un infierno por que yo a esas personas las quería realmente, sin embargo, no soportaba que me tocaran.

Con el paso de los años la niña que apenas lloraba empezó a llorar con desconsuelo de una forma lastimosa, día y noche, noche y día y fue entonces cuando mis padres se dieron cuenta de que mi llanto era más preocupante de lo que habían previsto.

Y así llegué a mi adolescencia, también lisiada e impedida para responder a las mas elementales tareas como asearme

o hacer las necesidades sin ayuda, no podía comer porque no tenía fuerza suficiente para sujetar la cuchara, tampoco podía andar ni hablar porque fue entonces cuando me sumí en un mutismo tal que pareciera que el mundo se derrumbaría sobre mi cabeza, también deje de andar, y de comer, mi vida se pudría en una silla de ruedas alimentada por máquinas y sondas. Pero incluso los lisiados tenemos destrezas que la gente normal no tiene o ¿acaso se puede ignorar que un manco lisiado escribió uno de los más bellos libros de caballerías como es el Quijote o que Beethoven era sordo y publicó su primera composición cuando tenía más o menos once años.

Me gusta ir a contracorriente y buscar los puntos críticos.

Digamos que soy un Don Quijote convertido en chica con sus siete escuderos.

Por eso es que en nuestro grupo soy la líder de los siete magníficos –aquí donde me ven como a mí me gusta llamarlos– soy siempre la que pone paz y concierto cuando todo se tuerce. Y la que lo tuerce todo para que no haya ni paz ni concierto.

No es que me guste imponerme no. Pero mi intuición humana y mi mente inevitablemente lógica suelen imperar, ya que ante un callejón sin salida yo suelo reaccionar mejor que todas sus mentes cien por cien humanas porque no tengo un pensamiento como el de ellos, yo no solo puedo conectarme con mis congéneres si no también con las máquinas que me rodean por todas partes como lo hacen las hadas. Con la diferencia que al igual que mis amigos cien por cien humanos, no puedo comprender enteramente el código hada. Supongo que eso está vedado incluso para mí. Para mí también son un misterio.

El grupo me adora. Saben de la dureza de mi vida y lo que hube de sufrir hasta que me hicieron aquel implante en el cerebro cuando era niña, para resolver un problema de retraso mental profundo debido a un fallo genético en las

conexiones sinápticas de mi memoria, varias minusvalías y un profundo autismo sin solución.

Lograron controlar en parte mi problema gracias a que mis padres, que, en el fondo, a pesar de todo me adoraban, lo intentaron todo, pero cada vez me iba encerrando más y más en mi misma, en un mundo que para la ciencia resultaba un terreno vasto y desconocido e inexplorado.

Los avances en neurociencia permitieron implantarme un pequeño ordenador en la parte más dañada del cerebro usando una técnica de conexión en parte orgánica similar a las neuronas y en parte robótica. Algo, que funcionaba al fin y al cabo como un cerebro de los de verdad pero que, en muchos aspectos, no dejaba de ser una compleja máquina capaz de comunicarse con otras.

Como las hadas, yo podía apagar y encender las luces de una habitación con solo pensarlo, viajar a través del Cubo para realizar reparaciones y mejoras, solucionar cualquier tipo de problema que se produjera con las interfaces, en fin, una multitud de cosas.

Pero no siempre fue así.

Cuando los médicos que me atendían se percataron de que se habían desarrollado nuevos circuitos y conexiones que no comprendían donde antes no las había, quisieron hacerme partícipe del mundo exterior. Yo por aquel entonces, podía levantarme de mi silla de ruedas y expresar lo que pensaba mi cerebro, pero mi comportamiento con la primera operación quirúrgica que me hicieron se había vuelto alocado, psicótico e intenté atentar contra mi vida, eso les asustó sin duda y como no podían o no sabían controlarlo decidieron abortar el experimento y convencer a mi padre de practicarme una Eutanasia.

Pero mi padre se negó en redondo. Es más, se enfrentó a ellos y les increpó lleno de odio. Me había visto sufrir de un modo indecible. Sabía que no le quedaba mucho tiempo tras la muerte de mi madre, y quería asegurarse de que su hijita

saldría adelante. Por supuesto que el en algún momento también había contemplado la idea de dejarme morir, pero me quería, y cada día que pasaba a mi lado deseaba fervientemente que hubiese una solución, un mínimo avance para mi que impidiera la llegada del fatídico momento. Así que cada vez que los médicos le planteaban la idea de acabar con mi vida, el que no quería ver el delicado estado en el que me hallaba y que se aferraba a cualquier esperanza por mínima que fuera, reaccionaba con enfado, y hasta con violencia:

–Atajo de imbéciles e insensibles, bárbaros descerebrados, bastardos, sois peores que los psiquiatras del siglo XVIII. ¡Solo sois loqueros que queréis aislar el cerebro de mi pobre chica cortando la conexión entre los cerebros como aquellos viejos locos que querían curar de este modo la epilepsia! ¡No os autorizo a que la desconectéis, ni que le toquéis un solo pelo de su cabecita! ¡Basta de experimentar con ella! ¡La prefiero antes loca que muerta! ¡Antes de decidir sobre su vida tendréis que pasar por encima de mi cadáver!

En aquella ocasión como tantas otras, mi padre se salió con la suya porque en ese momento, alguien llamado Itzel que trabajaba ocasionalmente en el Hospital, un miembro muy activo del grupo de los magníficos resultó conmovido por mi historia y decidió rescatarme y reclutarme en su grupo.

Así que decidió tomar riendas en el asunto.

Y así fue como gracias a distintas operaciones quirúrgicas la chica de nombre Marta murió y renació IO, es decir Yo.

Un ser con tres cerebros, dos de ellos orgánicos y en el medio de ambos un cerebro artificial o fotónico.

Un ser humano que podía ser autónomo y capaz de comunicarse e interactuar con ambos mundos: los humanos y las máquinas, una nueva generación, una nueva raza híbrida, como las hadas, entre el ser humano y el futuro que estaba por llegar.

Ahora nada ni nadie podría decretar la fecha de mi muerte más que mi propio destino y mi decisión de morir. Tenía una importante misión que cumplir en el CUBO.

Era una forma de mostrarles mi agradecimiento. Ellos me habían devuelto la vida. Ellos habían hecho que mi padre pudiera morir en paz, sabiendo que su hija no solo sobreviviría, sino que además tendría un destacado papel en la sociedad del momento.

Yo le ayudaba a expandir sus redes de sueños, a modificarlos, a corregirlos, enriquecerlos.

Me convertí en la primera humana 2.0. que trabajaría codo a codo con las hadas Como ellas, yo sembraría los cimientos de una raza que terminaría conviviendo junto a los seres humanos y las máquinas en plena armonía.

Pero no me sentía feliz de parecerme a ellas.

EL BAR DE LOS ONIRONAUTAS

Para viajar a aquel y otros lugares bastaba con conectarse al casco universal, un ingenio que poseía el cubo, en la segunda planta.

En la primera, una ingente cantidad de empleados se encargaba de suministrar el Delírico a la población que así lo requiriese. El pigmento era recién extraído de las granjas de hadas y se suministraba y controlaba por un equipo de médicos y enfermeras. Eran dosis muy pequeñas y gratuitas y en general las utilizábamos todos para evitar los daños en el reloj biológico por la ausencia de luz (la crono disrupcion) –que provocaba daños irreparables en el organismo y en el cerebro.

Cada persona tenía asignada una cantidad específica de pigmento y normalmente venía a recogerla de un modo voluntario. Eran pocos los que renunciaban al tratamiento por el perjuicio que suponía el no consumo sobre la salud física y mental que a la larga producía problemas gastrointestinales, cardiovasculares, enfermedades metabólicas y cánceres diversos.

A veces, aunque se rechazase la utilización del CUBO, el único uso del Delírico bastaba para encontrarse un poco mejor.

Cada planta del gigantesco rascacielos del CUBO excepto la primera –que estaba destinada al suministro del pigmento

estaba llena de pantallas cambiantes que reflejaban imágenes y que el usuario elegía en función del sueño que deseaba soñar. A veces las imágenes también traspasaban las pantallas como imágenes holográficas que se mezclaban con los viandantes rodeados por un sinfín de hadas.

Alcé mis ojos al cielo simulado. Desde la cúpula se abría un enorme tragaluz que simulaba filtrar la luz del día y se replicaba en las enormes paredes de cristal negro.

Los robots encargados de trasladar a los visitantes a través de las distintas salas se movían a través de infinitos y relucientes pasillos imantados.

Me fijé en esos inmensos y falsos tragaluces llenos de focos y sonreí con satisfacción. Habíamos hecho un gran trabajo en el CUBO. Era agradable entrar en un lugar donde parecía de día cuando fuera, todo era oscuridad.

Por los interminables pasillos se abrían pequeños jardines llenos de árboles que hendían sus raíces en la tierra y trepaban hacia la altura del CUBO buscando la luz artificial que los sustentaba.

Teníamos naranjos, manzanos, tejos y plátanos y también sauces llorones que manteníamos con un complejo sistema de regadío por goteo. Todos ellos podían ser vistos desde todas las salas a distintas alturas, pues en cada planta solía haber uno o varios. Los visitantes cuidaban de estos jardines y se deleitaban con su observación. Hasta había algunos pájaros.

En una de las plantas una chica adolescente se volvió para mirarnos. Sostenía en su mano una diminuta semilla que flotaba ingrávida en el aire. De pronto de esa semilla nació una flor, luego la flor se fue convirtiendo en una guirnalda y la guirnalda cayó sobre un diminuto océano contenido en una pecera de cristal.

La chica practicaba con la Realidad Invasiva, la que nos permite jugar a crear progresivamente distintos mundos virtuales a partir de un pequeño elemento.

Toda esa Realidad Invasiva se revertía en los programas del CUBO, y a partir de ahí se creaban películas holográficas cada vez más y más complejas.

Casi todos eran sueños guías o sueños a la carta y luego, el propio cerebro improvisaba y añadía detalles o cambiaba completamente el sentido del sueño. Las pantallas en todas estas plantas eran sumamente intuitivas y se adaptaban a las necesidades individuales.

La primera planta estaba destinada al elemento tierra y todos los paisajes y personas que se proyectaban allí tenían que ver con ese elemento, eran salas amplísimas con colores verdes, sepias, grises, arenosos y tal vez ocres y representaban campos, montañas, desiertos y ciudades extintas, también multitud de flores, algunas ni siquiera existentes, recreadas por el CUBO, Y un sin fin de amaneceres y crepúsculos a voluntad.

... La segunda era el agua y todas las imágenes tenían que ver con el medio acuático. En ella prevalecían los colores azules, malvas y rosáceos, y mostraban idílicos paisajes de lagos, océanos y cascadas y también todo tipo de peces y medusas gigantes y luminiscentes que parecían salir de la pantalla y flotar alrededor de algunos buzos.

La tercera dedicada al aire, era de un color blanco aséptico y los paisajes elegidos eran los cielos e imágenes de bandadas de pájaros o mariposas de hermosos y vivos colores, por todas partes de esa sala se escuchaba el viento ululando en las copas de los arboles, el poder del trueno o el rayo retumbando, la agradable sensación del repiqueteo de la lluvia humedeciendo la tierra, los olores, las fragancias: olor a selva, olor a flores, olor a lluvia mojando la tierra, olor a frutas, perfumes, muchedumbres, y también elementos visuales, olfativos, táctiles, sensitivos, era una sala desde luego maravillosa y luego estaba la cuarta, la planta del fuego de un bonito color rojo, anaranjado o marrón, ahí era donde veíamos las hipnóticas llamas de una chimenea, volcanes escupiendo lava, explosiones de estrellas, galaxias deslumbrantes...

Eran paisajes tipo, que luego nosotros podíamos modificar añadiendo o quitando elementos.

Una vez que soñábamos la máquina añadía a estos parajes nuestros propios sueños y el banco de su memoria ampliaba el universo de nuestros sueños.

El enorme rascacielos una monstruosa cúpula de grafeno con sus gigantescas plantas que se movían y giraban constantemente creando combinaciones diversas como en un cubo de Rubick disponía también de unos grandiosos ascensores que se movían de arriba a abajo y de izquierda a derecha llevando robots, trasladaban a onironautas de toda raza, credo y condición social a las distintas salas.

Una vez elegida la sala, los onironautas se turnaban para recibir la caricia de la araña.

Muchos de vosotros os estaréis preguntando que es la araña. Yo me refiero a unas de esas que tienen las patas articuladas muy largas y que se mueven como ellas pero que no son insectos si no máquinas que transportan los cables de fibra óptica y nos inyectan el pigmento.

Estas arañas fueron creadas por las hadas y la empresa Sacramon y se trata de un cableado multicolor de fibras que centra sus tentáculos en nuestras cabezas, adhiriéndose fuertemente a nuestros cerebros clavando en ellos sus finos aguijones.

A la sala de administración del Delírico puede acceder cualquier persona que lo requiriera, pero no al resto de las salas del CUBO, allí, en todas esas salas y especialmente las del aire y el agua estamos los soñadores Premium. Gentes autorizadas que estudiamos el funcionamiento del CUBO para mejorarlo día tras día con nuestra propia experimentación y al que transferimos también nuestros vastos conocimientos en busca de errores y anomalías que encuentran los usuarios buscando posibles reparaciones.

Cuando el entramado esta bien cubierto, la araña se retira sigilosamente como un arácnido real desplegando una

fina fibra de dos milímetros de grosor de un color rosado luminiscente que se funde en una especie de conector situado en el techo de cada sala.

La araña, se desliza cerca del conector central por el mismo orificio por el que ha entrado. Este, una vez terminado el sueño, se sella automáticamente con una especie de cera color malva fosforescente.

La interfaz una vez desplegada, es tan ligera como una tela de araña con su rosado encaje encima del cuerpo y a la vez tan resistente como un cable de acero.

Más tarde, caemos en un sueño inducido y a partir de ahí comienza la magia.

Unos escogen previamente la imagen de un ascensor, de un avión o de un auto para viajar a los estadios más profundos de su consciencia donde tenemos nuestras propias agencias de sueño: Trenes, aviones, barcos, incluso naves espaciales. Estas agencias se llaman Omniricum y se ofrecen bajo servicio de pago o de trueque.

Nosotros aquel día habíamos escogido el tren. Sentimos como se calentaban los motores con la fuerza del vapor, como pitaba la locomotora, como comenzaba el traqueteo de la máquina deslizándose por los railes pasando velozmente a través de paisajes bucólicos.

Comenzó la cuenta atrás.

10, 9, 8, 7, 6, 5, 4,3, 2, 1, 0.

Hipnotizados se quedaron mirando fijamente los paisajes que pasaban velozmente por las ventanas y se quedaron profundamente dormidos al escuchar mi voz cuando les decía:

–Habéis entrado en el sueño.

El tren del sueño, de nuestras agencias Omniricum era un tren muy antiguo, una vieja locomotora de vapor de un hermoso color escarlata.

Hacía tiempo que aquellas locomotoras no existían salvo en las imágenes de los archivos de los nostálgicos. Era una máquina antigua muy, muy bonita.

Edmundo y su mujer Oxi, viajaban juntos: Oxi, con la cabeza reclinada en su hombro y frente a ellos Alonso y Fidda vestidos con pantalones vaqueros rotos por las rodillas que estiraban sus piernas en los huecos que quedaban libres entre los asientos. Muy cerca Itzel y Arquímedes parecían enfrascados en la resolución de un cubo de Rubick relajados con el traqueteo del tren.

Observé a Arquímedes. Él no me veía a mí. No podía verme –con su cabello negro suave y rizoso cubierto por mechones plateados, sus ojos grandes de un color gris oscuro, sus espesas cejas negras, sus anchos hombros y sus viriles manos que sostenían un libro de matemáticas mientras Itzel cabeceaba en su hombro. Miré aquellas manos, rudas, fuertes y varoniles que en aquellos momentos deseé acariciando mi pelo y sentí una punzada de celos.

Todos ellos, parecían tan felices y tan hermosos compartiendo un mismo sueño en la planta del elemento Tierra que en ese escenario parecían un grupo de pasajeros normales y corrientes del siglo XXI cuando en realidad solo eran un conjunto de gente vestidos con trajes de algodón blanco, tendidos todos ellos en butacas con un montón de cables rosas sobre sus cabezas.

De pronto, el tren onírico se detuvo en un viejo andén.

Se había hecho de noche de repente. Era algo… inquietante. Me gustaba.

Sin embargo, yo sabía que la noche no les gustaba a mis amigos. Ellos adoraban el día con su Sol deslumbrante iluminando un cielo azul índigo vacío de nubes, aunque fuese tan solo una recreación. Adoraban los verdes pastos que veían a través de las ventanillas, con sus tranquilas ovejas, aunque sabían que era totalmente de mentira, pero la noche…La noche no les gustaba. La conocían muy bien.

Era algo de lo que habían querido huir desde su nacimiento y algo por lo que siempre se había recurrido al CUBO.

Alguien había hecho algo que tiraba por tierra todos sus planes de pasar un agradable y placentero día de domingo en el campo. Tenían que saber quién había sido el gracioso de hacer que pasasen del día a la noche en un solo segundo estropeando su bucólico viaje.

–¿Has sido tú, Fidda? Acabas de fastidiarlo todo. –Fidda se mostró ofendida, lanzó un exabrupto y se encogió de hombros mirando a través del cristal con gesto enfadado.

Es nuestra oportunidad de fingir que hemos pasado doce horas con luz –prosiguió Arquímedes, pero tú vuelves a condenarnos a la oscuridad de todos los días.

Como he dicho para nosotros una única noche duraba años de los de entonces. Los sueños en el cubo nos permitían revivir la fantasía de aquellos días que tenían 24 horas.

–No yo no fui –se defendió molesta la pobre Fidda– yo Nunca pensé en soñar que sería de noche. Es una faena. Mis sueños suelen ser siempre de día no son como los vuestros que algunas veces os gusta recrear día y noche a la manera antigua. Para que voy a querer soñar con la noche si me voy a hartar de ver la noche cuando me despierte.

Itzel se desperezó y besó la mejilla de Arquímedes y también la de Alonso. En nuestro tiempo, las personas eran libres para amarse sin restricciones de sexo y cualquiera podía tener una, o varias parejas. Era otra forma de amar que los antiguos no concebirían, alejadas de los prejuicios, las criticas. Todas las relaciones se vivían con libertad y cada cual era capaz de amar a quien quisiera siempre dentro de los limites del amor y del respeto, Itzel tenia una hermosa relación amorosa con Arquímedes y Alonso y a mí me molestaba profundamente porque yo quería a Arquímedes, pero jamás me volvería y enfrentaría a alguien a quien le debía la vida, a quien le debía como era yo ahora.

–Tengo la sensación de saber quien nos esta haciendo esto –dijo Itzel con un mohín de disgusto.

Arquímedes y Alonso que se sintieron aludidos.

–No me mires así Itzel. Yo no tengo nada que ver con esto. No me puedo creer que estés pensando que hayamos sido nosotros.

Alonso, el otro amante de Itzel, un chico joven de un liso cabello castaño, le dirigió una mirada reprobatoria. Itzel pensó que era muy hermoso con su frente amplia, su enorme nariz dotada de personalidad y aquel hoyuelo en el mentón que le hacía tan atractivo.

Rompió a reír a carcajadas.

–¡Venga ya Alonso! ¡Que nos conocemos!

–¡Piensa lo que quieras! –admitió–, pero por una vez yo no he sido!¡Habrá sido este capullo de Arquímedes! Siempre maquinando. –Le pegó un golpe amistoso con el hombro mientras añadía– ¡No sé lo que tramará! Y a propósito Arquímedes que significa esa única uña negra pintada en tu mano.

El aludido subió las solapas de su abrigo de cuero y esgrimió una sonrisa fanfarrona.

–¿Esto? –respondió haciéndole una peineta con sus dedos.

Entre tanto, en la realidad, los ojos de Arquímedes se movían cerrados con un movimiento ocular rápido como si estuviera inmerso en el proceso del sueño REM.

–¡Que os den a todos, cabrones! Yo he venido a pasar un día tranquilo de Sol y no a esta mierda de oscuridad.

Se fijó en el vagón a oscuras y en la multitud de protestas que oía en medio de aquel fallo eléctrico que de repente parecía haber paralizado al tren del sueño.

Encendió una pequeña linterna para ver mejor los rostros de sus amigos.

¡Que me cago en vuestros muertos solo de pensar que estoy soñando con la noche y que cuando me despierte tendré todavía más oscuridad y no podré dormir y me desquiciaré! Yo no sé quién de vosotros ha hecho esto, pero estoy muy quemado así que ni me dirijáis ninguno la palabra.

Yo entre tanto, disfrutaba con la escena. A veces me gustaba verlos enfadados. En especial a Arquímedes, me parecía especialmente guapo, varonil y sexi cuando se enfadaba y a veces propiciaba situaciones para sacarle de quicio. Sí, sé que soy malvada lo sé, pero es que este hombre me resulta tan atractivo que cuando se enfada y lo veo fuera de su zona de confort no puedo evitar reírme a carcajadas.

Se miraron los unos a otros, pero ninguno se hizo responsable del entuerto.

–¡Bueno! ¡Haya paz! –susurró Fidda. Sigamos la corriente y veamos hacia a dónde nos conduce todo esto. Yo quiero indagar. Quiero saber que pasa para que nuestro tren se haya detenido aquí, en esta noche en concreto y no me apetece seguir el trayecto, aunque en las otras estaciones que se pare nuestro tren haya un Sol reluciente. Así que bajemos en esta estación y veamos quien tiene la culpa de esta oscuridad.

Elevaron un murmullo de fastidio aún así bajaron en silencio mientras el resto de los pasajeros una vez restablecida la luz auxiliar en el vagón del sueño continuaba su trayecto en busca de estaciones más soleadas.

Fidda se pellizcó un brazo y no sintió dolor. –Era la prueba para saber si todos ellos estaban experimentando el sueño lúcido, tenían que cumplir el protocolo de una forma rigurosa–. Itzel colocó su dedo índice sobre la palma de su mano y vio que se había abierto un agujero en su carne como en la mano de un trasgo asturiano y al introducir un dedo en ese agujero que se había abierto en su carne no experimentaba dolor.

–Estoy soñando muy profundamente –dijo Fidda.

–Y yo –asintió Itzel.

Ambas se volvieron hacia, Edmundo y Oxi que se dieron un beso y al mirarse en el espejo que había en la estación vieron su reflejo convertido en el de dos serpientes de jade verdes que entrelazaban sus enormes y escamosos cuerpos formando un circulo con el símbolo del Uro boros –(la figura celta que muestra dos serpientes unidas la una a la otra en una unión infinita formando una especie de círculo donde cada una muerde la cola de la otra).

De pronto, Alonso que había reparado en el viejo y gran reloj de la estación contempló como las agujas comenzaban a girar en sentido contrario. Ese, fue el momento, que Arquímedes aprovechó para realizar una proeza como saltar encima del techo de latón de la estación.

De la nada, también salió una lechuza blanca, muy hermosa que se acercó volando con sigilo y se posó majestuosamente en su hombro.

–¡Guau! –Miró el hermoso y blanco cuerpo emplumado de la lechuza fascinado por sus enormes ojos redondos sorprendido de lo liviana que era–. Esto es maravilloso y sí que no me lo esperaba. Creo que se me está quitando el cabreo.

Sí, efectivamente todos ellos estaban teniendo un sueño lúcido, incluido Arquímedes que se bajó de un salto con sus compañeros con la lechuza como si estuviera pegada a su hombro con pegamento.

Por un momento imaginemos que se ha hecho de noche cuando hace unos segundos es de día. Esto es sin duda raro y no es que ocurra muy a menudo en los sueños, tal vez sí en algunas pesadillas, pero no en un sueño que parece placentero.

De repente, ante tus ojos ves discurrir un río tranquilo en medio de la oscuridad. Pero, no lo ves al principio porque hay mucha arboleda y lo tapa y todo está muy oscuro, pero

tú sabes que hay un río porque escuchas el ruido del agua y sabes con certeza que, aunque no lo veas, está allí.

Te acercas con tus amigos y lo ves por fin reptando como una serpiente oscura y a la vez brillante y plateada, un río aparentemente poco profundo con un lecho pedregoso. Deduces que el agua debe estar muy fría y que helará tus tobillos, Está como lo están todas las aguas de los ríos especialmente si es de noche y piensas que si alguien ilumina bien con la linterna y acierta bien por donde pisa, tal vez pueda guiar a los demás a vadear la corriente sin caerse.

Eso no parece problema para Arquímedes que ya ha ganado ventaja y ha cruzado el río impulsándose con un enorme salto... Lástima que los sueños lúcidos no sean para todos tan perfectos y no todos tengan que coincidir con las mismas proezas.

La noche es oscura en la otra orilla y hay que caminar con cuidado.

En la otra orilla se alza la mole oscura de un enorme caserón de paredes blancas al parecer muy animado, porque las ventanas de madera están abiertas con sus cortinas blancas ondeando al aire de la noche y muestran estancias iluminadas por arañas de cristal llenas de gentes que cantan, bailan y sostienen bebidas de colores en sus manos.

De todas las estancias surge una deliciosa música, donde una cantante dice que hoy es sin duda un buen día para el Blues. Mientras, las hadas vuelan por todas partes sosteniendo entre varias unos enormes canastos que contienen tubos de cristal de colores con lo que se supone que son bebidas para añadir y mezclar con las copas de champagne de la gente que se lo está pasando bien en la fiesta.

Alonso y Arquímedes le dan la razón a la cantante del Blues y tienen ganas de beberse una “Birra” como se dice vulgarmente así que echan prácticamente a correr como si se hubiesen topado con el paraíso a la vuelta de la esquina

y se empujan entre risas el uno al otro. Saben, que aquella "birra, que contienen los frascos de cristal que llevan las hadas, no es simple cerveza, si no Delírico alterado para emular colores y sabores concretos, Delírico que nos permite internarnos con más facilidad en estadios más profundos del sueño.

Vemos como las hadas abren las cápsulas y las mezclan con el contenido de las copas.

Aprecio el trabajo de las hadas.

En realidad, yo me parezco en algo a ellas. Soy un ser hibrido como ellas y como ellas yo tampoco duermo en exceso. Pero, algo, muy dentro de mí, yo no sé que es las rechaza. No sé que puede ser. Ha sido desde que comencé a escribir la novela. Alguien diría que este rechazo es irracional porque en cierta forma yo soy como una hada gigantesca. Las hadas me obedecen en todo cuanto yo las ordeno, pero ellas, a pesar de que en mi hay un componente máquina me siguen tratando como una humana, y nunca, nunca, como a los humanos me confiarán el secreto de su lenguaje.

Observo que la fiesta está animada y que hay mucha gente esperando afuera para entrar en la casa en jardines versallescos llenos de estatuas luminiscentes y enormes avestruces y pavos reales.

Las mujeres van vestidas con atrevidos vestidos plateados o dorados abiertos por la espalda enfundadas en vertiginosos tacones de aguja. Los hombres las llevan de sus brazos con sus cabellos engominados, sus trajes negros con pajarita y sus impolutas camisas blancas.

Solo ellos, no van apropiados para la fiesta, con sus ropas mojadas, recientemente salidos del tren Omniricum, pero, las personas que les reciben y a las que yo previamente les he dado la orden de admitirlos, les dan la bienvenida a la entrada del caserón, ofreciéndoles las copas que luego ellos mezclaran con el Delírico añadiendo el sabor y el color que quieran transmitir a sus cerebros.

Los veo entrar maravillados. Parece que el lugar es muy atractivo para ellos, aunque se sienten algo incomodos por su indumentaria y eso me hace mucha gracia.

¿A que no sabíais que os iba a traer a una fiesta de gala? ¿Eh?

Al entrar en el caserón –donde todas las puertas y ventanas están abiertas de par en par– les recibe una enorme sala en la que hay un piano de cola blanco como único elemento de decoración sobre un suelo blanco y negro en forma de damero. Mientras, en el piso de arriba al que se accede a través de unas escaleras de caracol– se oyen risas animadas y conversaciones entremezcladas con la música de Nina Simone.

Y allí sentada en aquel suelo estoy yo para recibirles.

Finjo sonreír con naturalidad como si la cosa no fuese conmigo y el encuentro fuese fortuito.

Pero río como una loca para mis adentros porque he sido únicamente yo quién ha saboteado su idea de un sueño donde reina el astro rey hermoso y cálido y donde todo es apacible. Les he estropeado un día de playa onírica. En realidad, los quería atraer a mi propio terreno, a una animada noche de verano. Y debí de hacerlo muy bien porque allí estaban todos conmigo en lugar de proseguir su viaje en el tren hacia la playa.

–¡IIOC! –Exclamó Itzel disgustada–. Debí imaginar que eras tú. ¡Como no lo pude averiguar antes!

–Sabes que me gusta más que me llames YO o IO, pero no IOC. Inteligencia Orgánica Cooperativa es un nombre que detesto.

–Esta bien lo siento IO. Pero es que estoy muy enfadada por lo que has hecho.

Me divertía en ocasiones ponerlos al límite.

Si ellos querían luz, yo me encargaba de buscarles sombra.

Si ellos buscaban calma yo les buscaba ruido.

Sí, era un poco cabrona, lo reconozco, irritante, insistente a veces, estaba muy loca, pero a pesar de truncar sus planes también les dotaba de otros ojos para ver el mundo, la vida e incluso a ellos mismos.

Ese era mi trabajo en realidad, forzar sus cerebros hasta límites que ni ellos mismos se atreverían a traspasar solos.

–¿De veras no os gusta esta casa, con esta música y este ambiente? –Les dije–. No diréis que no busco sitios interesantes para vosotros. Pues esto no es nada comparado con lo que os ha traído a este lugar.

UNA REUNIÓN FUERA DE LUGAR

Yo estaba como siempre estrafalaria, vestida con un raído pantalón vaquero del siglo veinte, con roturas a la altura de las rodillas como ellos. Mi pelo en el sueño era leonado y llevaba una cresta que me daba un cierto aire punk en contraposición a mi blusa –eso era lo mejor de todo– mi blusa, era infantil de un color rosa palo con un enorme colibrí verde plateado aleteando en mi pecho. Me reía cada vez que veía mi blusa. ¡Era tan ingenua y graciosa!

Un buen aspecto para empezar un sueño. –Me dije a mi misma para darme seguridad cuando me la puse por vez primera en ese sueño– parezco el león del Mago de Oz. y estos son el león cobarde, el hombre de hojalata, el espantapájaros y todos los otros. –Y al pensar esto se me escapó otra risotada que ellos no acertaron a entender a juzgar por sus caras de sorpresa– ¡Que vamos hacer!¡Bonito club de locos! No tienen ninguno de ellos el menor sentido del humor. De lo contrario me verían como su Dorothy.

Arquímedes no daba crédito a lo que veía. Apenas podía pronunciar una palabra.

–¡Vaya, tenía que ser la mocosa estropeando la fiesta! ¡Lo sabía! –Me señaló con su uña pintada de negro– porque supongo que aquí no nos has traído para disfrutar si no para trabajar.

No cedí a su provocación.

–Sí. Os he traído aquí para trabajar un poco. ¡Venid¡¡Venid todos ¡vamos! –Les conminé a acercarse– ¿No os parece que aquí pasa algo muy extraño?

Ellos, no parecían enterarse y continuaban ofuscados por que yo les había truncado sus planes de divertirse así, que tuve que ayudarles un poco.

–¡Vamos! Vuestros sueños –añadí–. Tal vez no os deis cuenta, pero hay cosas en común, que nos unen a todos.

¿Me puedes decir Edmundo que guardas ahora mismo en el bolsillo de tu cazadora?

Edmundo toco con su mano el objeto que llevaba en el bolsillo y miro a Oxi que le miro a su vez sorprendida.

–Pareces bruja. –Exclamo– ¿Como narices puedes saberlo?

Le invité a que sacara eso que guardaba en su chaqueta para que lo pusiese a la vista de todos.

Una ola de exclamaciones se extendió por toda la habitación.

–¿Que es eso, Edmundo? pregunto Itzel frunciendo el ceño y quitándole el objeto de la mano para mirarlo con curiosidad por todas sus facetas.

–Es algo que encontramos Edmundo y yo en la casa de Bruyos. –Intervino Fidda sorprendida porque ignoraba que en aquel momento su hermano llevara consigo ese objeto– soñamos que nos lo daba un niño y nos pedía que lo guardásemos para que su madre no le riñera y trasferir el regalo a su vez a sus hijos cuando fuera adulto.

Alonso no daba crédito a lo que veía.

–Y si es así –miró el objeto dubitativo– ¿Que diablos hace en las manos de Itzel y si se supone que lo habéis archivado ahí, en esa playa para que ese niño como decís lo encuentre en un futuro?

–Es algo complicado –admitió Edmundo.

¡Vamos! ¡vamos! –Me disculpe yo en ese momento entrando en la conversación– ¡Siento haberos fastidiado el día! Pero yo sabia de la existencia de ese objeto en el plano onírico. Ese objeto se hizo real y os lo enseñaré cuando despertéis.

Creo a tu mujer Oxi y a tu hermana Fidelia cuando me dicen que realmente enterraste ese objeto en esa playa. No sé por qué el objeto se ha debido materializar sin más al despertar un día de tus sueños. El objeto volaba en la ingravidez de tu habitación, a tu lado. Le dijiste a tu mujer que no dijese nada, pero, afortunadamente tu mujer no ha sido discreta.

Edmundo miró a Oxi su mujer con dureza. Esa conversación y esa petición había sucedido aquella mañana antes de entrar en la sala. Pero lo que no sabia, era que su mujer se comportaría así contándolo todo. Se suponía que la información que buscarían en el cubo ambos sobre aquel objeto, no tenia porque llegar a nadie más.

–Lo siento se disculpo Oxi. —Yo. Edmundo tuve que decírselo a IO—. Todo esto era muy raro. Tu tomaste ese objeto de manos del niño y lo enterraste en una playa para que el niño lo encontrara, pero, era un objeto virtual. Todo parecía virtual hasta que presenciamos ese accidente, y ese camionero que llevaba las abejas y él te dijo que no contaras nada del accidente, que no habías visto nada del coche que perseguía al otro auto accidentado.

El del camión de esa empresa al parecer no tenía la culpa en el siniestro o tal vez sí. Parecía muy interesado en que ignorásemos lo que habíamos visto incluso nos dijo que si alguien advertía que veníamos de otro tiempo tendríamos serios problemas.

–¿Se materializó? –Preguntó Alonso sorprendido al mirar el objeto– ¿Así sin más?

Oxi hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

–Pero —entonces— prosiguió Alonso si el objeto era real –tal vez algunas de las cosas o todas las que estaban ocurriendo en el sueño es posible que fuesen reales y no fueran tan oníricas como pensamos.

–Sí –admitió Edmundo. –Cabe esa remota posibilidad.

¡Mirad! –les interrumpí yo soltando la pequeña mochila que cargaba a la espalda y esparciendo el montón de objetos que la contenía dentro el suelo.

–Conectad con vuestros archivos –les rogué–. Fidda: ¿Cuánto crees que durarán con toda la resolución?

Fidda se llevó una mano pensativa al mentón y apuntó:

–Duran mientras estén asociados a algo, son como la mente humana, puedes tirar del hilo para sacar todo siempre que encuentres algo con que relacionarlos Os sugiero que lo asociemos a algo. Pensad en algo. ¿Qué se os ocurre, chicos?

–Yo sugiero que nuestro proyecto se llame Volar. –Intervino Alonso–. He tenido un sueño con personajes como el que me contó Arquímedes, ellos volaban y era una sensación maravillosa, lástima que las aves casi se hayan extinguido y queden tan pocas ¡Qué placer verte ingrávido en el aire como una de esas aves rapaces observando los bosques y las ciudades! También soñé con un pingüino. Bueno. –Nos aclaró– era un pingüino bastante extraño.

–No nos contaste tu sueño Alonso –le recrimino Oxi dirigiendo al mismo tiempo una mirada de enfado hacia Arquímedes–. Debería tomaros a los dos más en serio.

–Habló la valedora de los secretos. –Refunfuñó Alonso—. Oye chica, no somos perfectos. Si vamos a enfadarnos no podremos llegar a ninguna parte. Solo he soñado con águilas y pingüinos. ¿Que ocurre? No son sueños tan importantes. ¿o sí?– dijo encogiéndose de hombros. A mí me parece que son sueños bastante absurdos.

–¿Y tú, Arquímedes? –Itzel se volvió para mirarlo.

Arquímedes pasó a relatarles el sueño que había tenido y que Alonso también había compartido.

–Mi sueño se desarrollaba en el Polo Sur cuando todavía había pingüinos en la Tierra. Eran dos creo, uno andaba a saltitos y el otro respondía con graznidos que parecían pitidos y por eso tenía un extraño nombre, todos le llamaban: Pit. Pit es un nombre un poco extraño para un pingüino, pero en realidad no era un pingüino. Si uno se fijaba bien podía ver que su piel negra se parecía más a uno de esos trajes que usan los surfistas en el siglo XXI. Sin embargo, los pingüinos de verdad, no parecían darse cuenta de esta diferencia o simplemente lo ignoraban. Pude enseñarle a Alonso mis imágenes y se sorprendió porque él también soñó lo mismo que yo, había muchos nexos de unión entre nuestros dos sueños, pero, casi mejor que lo cuente él.

Se hizo un silencio incómodo.

–(...)

–¿Alonso? ¿Hablas o qué?

–Sí, perdona, estaba distraído. Mis personajes estaban conversando dentro de un huevo gigantesco que parecía hueco, ninguna máquina que yo haya visto o imaginado se parece a eso. De repente me vi dentro de aquella cosa, era enorme como un edificio de 20 plantas. Estaba en su interior cuando se hizo totalmente traslúcido y me dio la impresión de flotar en un mar de nubes con la misma suavidad de una pompa de jabón. Sentí al principio un vértigo atroz a caer en el vacío, pero luego vi que eso no sucedía y pasé a tener una sensación maravillosa. Me sentí en la mente de uno de aquellos seres como si fuese un águila planeando con las alas extendidas sobre un mar de bosques. No imagináis qué gloriosa sensación tuve. Por eso –dijo entusiasmado,– os propongo que nuestro proyecto se llame Volar como la novela que está escribiendo IO y que la sensación de ser águilas planeando hacia el ocaso sea el nexo para que la memoria perdure por lo menos hasta que hallamos atado

todos los cabos de nuestros sueños. Llamemos a nuestro proyecto VOLAR, ¡volemos como pájaros!.

Señalé los objetos esparcidos por el suelo y sonreí al ver el entusiasmo de todos.

–Bien Volar es un precioso nombre para nuestro archivo como el nombre de la novela en que estoy trabajando. ¡Bueno! No dejéis de prestar atención a estos objetos porque aparecen en casi todos vuestros sueños lúcidos incluidos los míos, son los objetos que se nombran también en los libros que todos nosotros hemos leído. No se os ocurra cogerlos a menos que alguien del sueño os los dé personalmente si los veis en vuestros propios registros ya que es muy posible que, aunque los veamos no nos pertenezcan. Sabéis las reglas, pero debo insistir mucho en ellas porque jamás esto se ha repetido en nada que conozcamos. Soñamos con cosas que normalmente conocemos, pero hasta el momento los sueños no han interactuado con nosotros. Estos objetos no están en su ubicación real, ni siquiera en la ubicación del sueño al que pertenecen, solo he hecho una copia para que los veáis.

Todos los objetos forman parte de nuestros archivos de sueños excepto el prisma que encontraron Fidda y Edmundo ese como digo esta en la realidad y os lo enseñare cuando despertéis. Es el objeto que se ha materializado en la habitación de Edmundo mientras soñaba con él. Oxi: . ¿Quieres ponerlo aquí en el suelo, junto con el resto de los hologramas?

Oxi lo poso con cuidado y todos lazaron una exclamación de admiración.

Esto que tenemos ante nosotros –continué diciendo– son anomalías, copias de imágenes, simulaciones que mi mente óptica ha descubierto al analizar los registros de vuestros sueños: es la ventaja de ser en parte máquina en parte humana, la decodificación me resulta muy sencilla.

El más especial de los objetos el prisma que trae Edmundo. Lo he examinado gracias a la fotografía que Itzel transfirió al

Cubo sin que tú, Edmundo, te enteraras. dije con una media sonrisa. Esta otra, –les señalé– es una piedra vulgar, un canto rodado si así queréis verlo, pero, la miréis por donde la miréis responde a una función matemática sin errores que, según Arquímedes; y yo misma que he tratado de encontrar eso es, a todas luces perfecta. ¡Y creedme que incluso en el infinito límite de lo más pequeño no he hallado ni un solo error que atribuirle! Es como si no fuese materia, en cualquier escala que se observe. Lo más inquietante es que no sabemos qué es ni para qué sirve este extraordinario canto rodado de apariencia vulgar y, sin embargo, tan extraordinario. Apareció en uno de los sueños de Arquímedes y como podéis ver, no es un objeto real, solo una copia holográfica de su estado en el sueño. Presiento que es un objeto que aparecía en la segunda novela. No tiene mucha trascendencia en la realidad porque no existe.

¡Bueno! –Suspiré–. En fin, prosigamos.

También resulta extraño el dibujo de la hermosa mujer y la aparición de ese chico pelirrojo. Sus imágenes aparecen difuminadas y reflejadas en las pantallas del elemento agua y lo más extraño: también aparecen en los cristales del CUBO como si éste hubiese capturado todas esas imágenes.

Creo que son pistas o indicios y que todo guarda relación. Quien quiera que haya dejado estas pistas nos pide casi a gritos que resolvamos el misterio. Y presiento que si ponemos un poco de empeño estaremos en condiciones de desentrañarlo. ¿que sabes tú de ese dibujo Oxi?

–Poca cosa –dijo Oxi— lo tengo en mi casa. Cada vez que lo miro es como si me recordase a alguien, que he visto en algún lugar en concreto, pero no acierto a adivinar el lugar. Es un rostro común y el reconocimiento facial no nos ha dado muchas pistas. Sin embargo, yo tengo la sensación de que he visto es rostro tan común en alguna parte, pero no sé donde.

–A mí me ocurre lo mismo. –Intervino Arquímedes. –He visto a esa mujer. Sé que la he visto en nuestro tiempo, pero no acierto tampoco a saber en que lugar fue.

–¿Y quien os parece que era o es esa mujer? –pregunté con curiosidad.

–Era la mama de los niños –aventuró Oxi– supongo que la mujer de Víctor…Edmundo dice que tiene un aire a mi, pero no, esa mujer, se parece a alguien, es que estoy tan segura que pondría la mano en el fuego. Me suena como de un rostro famoso, tal vez alguien que destaca por algo.

–Dices que pusiste el retrato en el reconocimiento facial del CUBO y que sin embargo el CUBO no encontró nada.

¿Pusiste el retrato en reconocimiento facial?

–Sí, sí que encontró. –Admitió Oxi– pero las posibilidades son infinitas. Piensa que no es una foto, es un retrato y eso es un poco más complicado.

–Es posible, sigamos –dije–. Y luego…

Me pare para hacer una pausa y proseguí.

Aquí viene lo interesante. Hace unos días, Edmundo, se puso en contacto conmigo debido a que despertó nuevamente de un sueño con otro objeto materializado. Otro objeto que no es este prisma que se materializó días después de haberlo enterrado virtualmente en la playa de Conchiquina. Se trata del objeto que os dio el conductor del camión.

Me miraron con perplejidad y añadí:

–Bueno, soñasteis con un apicultor que os dió una caja en premio a vuestro silencio por ser testigos de aquel accidente. Tu pensase que tu sueño había sido igual que el de tu marido y en realidad lo fue Oxi salvo en un pequeño detalle. Es como la Realidad Invasiva, todos vosotros vais a un bar onírico y la realidad es igual para todos, pero en esa fiesta uno de vosotros se enamora, otro se aburre y otro se pelea. La misma realidad y distintas interpretaciones. Para ti Oxi, los objetos formaban parte de la ensoñación en cambio para él se materializaron en algo, digamos que esos objetos salieron del mundo de los sueños en este caso de los sueños de Edmundo. Y ese último objeto está aquí en esta caja.

Al parecer Edmundo también tiene secretos para ti Oxi. Te habló del prisma que se hizo real en vuestra habitación, pero no te contó que también se había hecho real el otro objeto.

Edmundo se encogió de hombros al mirar a Oxi.

–No creo que tenga importancia que no te lo haya dicho –dijo mirándola– simplemente me olvidé. Pensé que con decírselo a ella bastaría. De verdad Oxi, no sé porque no te lo dije, no tengo excusa.

–Más tarde os diré que es lo que contiene la caja –les corté–. Es algo tan extraordinario que os dejará sin aliento.

ARQUÍMEDES

Ellos escucharon lo que tenía que decirles y volvieron a sus vidas con la intención de seguir indagando sobre el asunto más adelante.

En cierta manera, me gusta Arquímedes. Es, de todas las personas del grupo la más introvertida y la que más reclama mi atención.

Es hermoso, fuerte, varonil, inteligente. Me gusta la dulzura con la que trata a las chicas. Es cariñoso y detallista con todas las chicas a las que ha conocido. A todas las hace sentirse las reinas del universo y no conozco ninguna que haya teniendo relación larga o breve con él que no diga de él solo buenas palabras.

Arquímedes es así, un poco como yo, un poco friqui, en el sentido de que siempre que se le busca se le encuentra enfrascado en la lectura de algún libro.

A mi me encanta este chico y me gusta mucho que le gusten los libros de papel. Bueno, hoy en día los libros no son así, son solo ficheros almacenados en un soporte informático, pero aún les llamamos libros igual que entonces se hacía.

Pero cuando digo “Esos libros” me refiero al libro físico, a esa vieja reliquia desaparecida de nuestra cultura hace miles de años, salvados gracias al celo de algunos de nuestros antepasados que se han molestado en guardar en facsímil

digital a muy alta resolución de todos los originales que han caído en sus manos. Gracias a ese celo del que hablo y a su exquisito mimo no se han perdido las grandes novelas ni la mayoría de las obras maestras de la literatura en papel.

Puede decirse que Arquímedes es un poco friki porque a él, como a mí, lo que nos gusta es el tacto del papiro sintético reciclable, el pasar las hojas con las yemas de los dedos. Y si ese papiro aún siendo sintético tiene además delicadas ilustraciones eso, es ya como alcanzar el paraíso y daría lo que fuera porque pudiéramos compartir ese paraíso juntos. Solo que…

Bueno, sigamos con Arquímedes.

Arquímedes colecciona libros en ese formato por los que paga ingentes sumas de dinero. Él puede permitírselo y es casi el único vicio que tiene. Le gustan los que imitan hermosas policromías medievales y también los libros de matemáticas.

Le encanta guardarlos en sacos de fieltro con polvos de talco entre las hojas para que no se manchen con las huellas de los dedos y normalmente no deja que mucha gente los manipule a no ser que se pongan guantes para no dañarlos y siempre bajo su atenta supervisión.

Los libros de matemáticas antiguos con sus imágenes descriptivas y teoremas le encantan fundamentalmente. Su razonamiento arcaico lógico no desmerece a las matemáticas modernas.

Este libro en especial es el que lleva siempre consigo vaya donde vaya, como si de un viejo amuleto se tratase.

Se trata de un manuscrito original que dejó un chico de veinte años a su amigo. No es un libro sintético, si no que está hecho en papel de verdad como los de antes y lo escribió su autor días antes de fallecer.

Fue sin embargo la base de una de las claves para entender la materia y las simetrías dado que lo simétrico no es tan solo bello si no una forma que tiene la naturaleza de crear la perfección.

Especialmente este libro es lo que se ha llamado “el monstruo” un objeto que existe solo en 196883 dimensiones, una estructura cuyas simetrías no se pueden descomponer y que ha resultado clave para entender muchas cosas y ha facilitado el avance de nuestra tecnología para la construcción de lo que hoy es nuestro CUBO.

Arquímedes era tan friki que era la persona idónea en embarcarse en la comprensión de las miles de páginas que tiene la demostración de algo de definición tan simple como son los grupos.

Sin la aportación del joven Galois –el jovencísimo matemático que había escrito aquel libro en una noche sin futuro jamás podríamos haber llegado tan lejos.

Pero no voy a hablar ahora de su libro de matemáticas si no de sus sueños: Arquímedes quería unas alas y yo, le conseguí unas, no importaba que fuesen virtuales si con ello, cumplía su sueño de volar.

Un día lluvioso, me presenté en su casa. Quería leer uno de esos fantásticos libros que él tenía.

Yo estaba triste. No sé por qué.

No puedo precisarlo.

Unas veces irradio una enorme alegría y otras caigo en una profunda tristeza. Ya he dicho que soy algo bipolar y tengo mis días críticos.

Aquel era uno de aquellos días. Recuerdo que hacia un día de mucho frio cuando pique en la puerta de su casa.

Como he dicho, tras la catástrofe, nuestras ciudades y nuestras casas tenían su entrada bajo tierra sin embargo sobresalían a la superficie en gigantescos rascacielos de cemento termo crónico y hormigón autorreparable para soportar los corrimientos de tierra y las fuertes temperaturas solares o el frio indómito y las rachas de viento.

Los cristales están hechos de un material muy fuerte capaz de soportar la lluvia, el viento, los rayos, la nieve y el granizo. Una parte muy importante de los edificios estaba bajo tierra y la otra sobresalía al exterior. No era recomendable abrir las ventanas porque el aire era muy pobre y la gente que vivía en los áticos como era el caso de Arquímedes, y también de Oxi y Edmundo, gozaban del privilegio de tener como techo una enorme cúpula de cristal desde la que por de noche podían contemplar el firmamento.

–¿Quieres un café? –Le dije a Arquímedes.

–Si. dijo él –mirándome con cariño desde el quicio de la puerta– pasa, me ayudará a entrar en calor.

Clicó en un interruptor desde el exterior de la habitación para desactivar la anti gravedad. Me hizo pasar a su habitación. Era grande funcional de color blanco con muy pocos objetos decorativos, pues nuestras habitaciones son anti gravitacionales y tiene que ser acolchadas y con muy pocos objetos que impida lesionarnos. En la pared de la habitación con un marco muy fino que se integraba casi con la pared había un gigantesco cuadro al oleo en el que se veía un montón de panales de abejas y algunas de ellas surgiendo de estos panales en medio de un paisaje rodeado por la nieve.

Me puse delante del cuadro a observarlo maravillada. Era hermoso.

¡que cuadro mas extraño! –exclamé.

–¿Te gusta sonrió él?

Observé el cuadro con curiosidad.

–Si. dije. –Las abejas ya no existen. ¿De donde lo has sacado?

–Lo soñé –el otro día me dijo él–. Había visto los panales en fotografías y a las abejas. Tuve un sueño en el que salía algo así, así que lo grabé en el cubo y al día siguiente cogí los pinceles y pinté ese paisaje.

–Me gusta –dije ojiplatica sin poder apartar la vista del cuadro–. Yo soñé un día algo parecido. En ese sueño había un robot gigante y una princesa extraterrestre.

¿No sales hoy?

Él negó con la cabeza.

–No, no me apetece. Siempre el mismo bullicio. Prefiero quedarme en casa. ¿Te apetece acompañarme? Esta noche habrá una lluvia de estrellas fugaces, podremos observarla juntos mientras flotamos en la habitación será divertido.

Pasé mi mano con delicadeza por la textura del cuadro y vi que en un extremo había un soporte donde tenía colgados dos cascos.

En el suelo vi que había un cuaderno con algo dibujado. Me acerqué a observarlo y lancé una exclamación de admiración.

–¡Que precioso! ¿Lo has hecho tú?

EL sonrió y se acerco para ver lo que yo quería mostrarle.

Era el dibujo de un ángel negro, una escultura en una puerta que parecía de mármol.

Era un dibujo a carboncillo muy hermoso.

–¿Que es? –pregunté admirada.

–Son las alas de un ángel de un sepulcro que vi en un sueño. Y lo más extraño es que esta escultura existió de verdad en un cementerio de CUBA. Encontré la imagen en una obsoleta red llamada Facebook. ¿Y adivinas a quien pertenecía esa fotografía?

–A Víctor y a Rosa. Los escritores de las novelas. No puede ser de otro modo. Están sucediendo cosas muy extrañas.

–Concretamente a Rosa –asintió–. Esos dos hermanos escribieron unas novelas muy raras.

–¿Te gustaría tener unas alas como las de ese ángel? –dije de pronto abriendo mucho los ojos.

El pareció pensar bastante la pregunta y volvió la vista a la fotografía.

–¿En el sueño o en la realidad?

–En la realidad será difícil, –contesté– necesitaría las plumas de muchos pájaros que no puedo encontrar, pero puedo hacerte unas alas de ángel virtuales para que las utilices siempre que lo desees en tus sueños. Algo parecido a lo que se ve en la foto.

El se acercó a mi y con una sutileza extrema me acaricio la piel del brazo desde el nacimiento de mi hombro desnudo hasta la muñeca.

–Creo en ti. —Me dijo–. Pero ahora quedémonos aquí hasta la noche y presenciemos el espectáculo mas hermoso en el cielo. Pediremos un deseo por cada estrella fugaz que veamos. Mañana ya tendremos tiempo de pensar en las alas de los ángeles. Porque tú para mi también eres un ángel y te haré un hermoso retrato desnuda.

Le sonreí pícaramente.

–¿De veras puedes pintarme desnuda si nunca me has visto de esa guisa?

Él me devolvió su sonrisa atrayéndome hacia él.

–Claro que sí. Tengo mucha imaginación.

En ese momento sentí una punzada de dolor. Ya había estado con él otras noches, pero como su amiga. Para él siempre era un ángel, su ángel, pero cuando despertaba a la mañana siguiente, yo volvía a estar sola en mi habitación, sin él.

–¿Y que dirá Itzel si sabe que hemos estado juntos viendo las estrellas fugaces?

Él aflojó los brazos alrededor de mi cintura y me miró durante un momento fijamente. Luego volvió a cogerme con más fuerza sujetando con la mano que tenía libre mi nuca para acariciarme el cabello.

Fue en ese momento cuando recordé todas las cicatrices que tapaba mi larga y ondulada melena rubia y las noches de agonía que pasé en aquel hospital.

Le empujé con suavidad apartándole de mi y me excusé.

–Lo siento Arquímedes. Será en otra ocasión.

Eso es lo que dijo mi boca. Mi cerebro decía: Lo siento Arquímedes será en otra ocasión. Será cuando me quieras, cuando para ti no sea la chica rara que no es del todo humana y que tiene tres cerebros, cuando dejes de tontear con Itzel y simplemente me quieras y no tengas lástima de mi.

–Pero. –Él me miró dubitativo mientras yo le daba la espalda y me encaminaba hacia la puerta– ¿Es que he hecho quizás algo malo, IO? Últimamente me rehúyes. Para mí eres alguien muy especial.

Me volví para mirarle con tristeza y no le contesté. "Muy especial, pensé. Me conformaba con ser amada, estaba harta de las migajas así que simplemente me marche".

Le dejé solo contemplando la lluvia de estrellas fugaces y regresé al CUBO para crearle las alas que le había prometido. Yo siempre cumplo mis promesas o al menos lo intento.

Quise que fueran lo mas hermosas y parecidas al dibujo en carboncillo que había dibujado. Quería hacerle un hermoso regalo que no olvidara jamás, aunque entre él y yo solo hubiese lástima, cariño y una gran amistad.

Aquella noche solitaria en el cubo trabajando con las hadas en sus alas virtuales, lloré amargamente lo que nunca antes había llorado.

Como decirle que no había querido rechazarle, que le amaba con toda mi alma, pero que tenía sentimientos, no quería ser una más, un segundo plato después de Itzel y además en la cabeza tenía muchas cicatrices ocultas por el cabello y simplemente no soportaba que nadie me las tocara.

OXI

¿Dos objetos que se materializan al tiempo surgidos los dos de unos sueños que Edmundo tuvo?

Víctor miraba con perplejidad a su hermana Rosa.

–Sí, ni siquiera IO podía explicar eso.

–Tendrás que explicarme con más detalle esta circunstancia. –Dijo volviéndose para mirarla–. Es raro que algo con lo que has soñado se materialice en la vida real.

–Pues, es simple. Edmundo enterró el prisma en la playa de Conchiquina y este objeto no solo llegó en el futuro a ti, Víctor, cuando tú eras pequeño, si no que el objeto llegó mucho más allá de ti. Llegó hasta el futuro de ellos.

–Y en cuanto al otro objeto. El otro objeto también venía del pasado.

Víctor y Rosa me escribían sin pensar que yo, desde el futuro, podía vislumbrar todos sus pensamientos.

Guiada por sus zapatos, me adentraba con ellos en las dunas, recorría todos aquellos parajes amparada en la invisibilidad.

Era un día de año nuevo en la playa. El cielo estaba lleno de nubes oscuras que presagiaban tormenta, pero a Víctor y Rosa no parecía importarles. De cuando en cuando paseaban entre las dunas o se internaban por el sendero de madera que discurría entre ellas.

Algunas veces, descendían sus pasos hacia la agreste playa, llena de piedras, maderas y plásticos y se veían restos de alguna fogata que alguien había dejado encendida por la noche.

Había una tortuga muerta a la que le faltaba la cabeza quizás porque había servido de alimento a algún perro.

Era enorme.

La mar estaba muy batida.

A lo lejos, se veían dos barcos que ante el oleaje se disponían a aguardar al día siguiente para entrar en el puerto.

Rosa miró al mar y evocó su pasado tan relacionado con éste.

Pensó en su adolescencia en el viejo Barrio de la Luz que todos conoceríamos más tarde en el futuro como el Barrio de las Escombreras.

Vivían en un quinto piso y todos los años, cuando llegaba el verano se preparaba el mismo lío para acudir al camping.

Roxín y Teresa, sus padres, bajaban a una furgoneta todo aquello que necesitaban para pasar unas vacaciones felices: los palos de metal y la loneta con la que montarían una tienda de campaña, las colchonetas hinchables, las potas y los útiles necesarios para hacer la comida, los alimentos no perecederos, para los otros había alguna pequeña tienda, etc...

Roxín y Teresa los padres de Rosa y Víctor tenían muchos amigos allí: Gelinos y Ángel, Zuce y Jaime, con ellos pasaban agradables veladas jugando a los naipes. Durante el verano, cocinaban paellas que compartían con sus vecinos, la gente era amable y voluntariosa, lo que llevaban más tiempo ayudaban siempre a los nuevos a montar su tienda campaña, los niños iban a la playa, y por la noche, iban a los columpios y contaban historias de terror.

En los días de verano, cuando anochecía, Rosa acudía al embarcadero y allí se enfrascaba en la lectura de las novelas de misterio.

Era muy divertido estar allí, al calor del verano, bajo las estrellas, con los pies estirados y la novela sobre el regazo escuchando el rumor de las olas mientras contemplaba la puesta de Sol y la posterior llegada de la noche.

Pero aquel día había estado lloviendo sin parar y Rosa, no había podido ir al embarcadero. Estaba cómodamente tumbada en la colchoneta de su tienda escuchando el ruido que hacía la lluvia torrencial.

Y de pronto pensó, en aquella película que había ido a ver al cine. Se llamaba pesadilla en Elm Street y trataba de un monstruo, un ser deforme que se introducía en las pesadillas de los niños para atormentarlos.

Y Rosa, pensó en su personaje, en Oxi.

Oxi en el futuro, sería muy parecida a la mujer del dibujo, con su cara redonda y su rostro dulce, con su boca pequeñita y sus ojos almendrados enmarcados por un flequillo gracioso.

Mirándola bien guardaba un cierto parecido con la mujer del retrato, como si ella misma hubiese viajado en el tiempo.

Pero ella no era la mujer del retrato, Rosa lo sabía y yo también lo sabía. Oxi simplemente se le parecía, tenía 30 años como su marido Edmundo, un tatuaje en el brazo derecho de un estilizado pez tropical color azul, que tapaba otro tatuaje más antiguo hecho en su adolescencia.

Era reservada y cariñosa, y muy pudorosa con su cuerpo, jamás enseñaba la zona de su vientre en la que tenía unas amplias cicatrices de un parto.

Era especialmente cariñosa con los niños, los pocos que nuestra sociedad tiene, no por egoísmo, sino porque casi todo el mundo los evita viendo lo que depara nuestro futuro.

Oxi perdió al suyo en un accidente, nada se pudo hacer para salvarle la vida y la reconstrucción de su vientre no fue todo lo perfecta como para permitirle volver a ser madre de nuevo.

Había sido un duro golpe para ella. No podría ser madre jamás y eso era algo difícil de sobrellevar tanto como el perder a sus padres en el mismo accidente.

Oxi, nos contó su sueño y enseguida todos nos quedamos embobados mirándola.

Oxi soñó con una carretera. Soñó que conducía de noche a la usanza de los antiguos y de repente por arte de magia, sus faros iluminaban una extraña figura. La de un hombre muy alto, vestido con un traje blanco de apicultor que brillaba en la oscuridad rodeado por un pequeño e inquietante grupo de abejas nocturnas que se adherían juguetonas a su traje. Inmediatamente despertó y ese sueño en el que aparecía siempre el mismo personaje, volvió a repetirse noche tras noche siguiendo siempre el mismo patrón.

Oxi veía al apicultor y despertaba en el acto sin acabar de ver lo que pasaba en el sueño.

Al mismo tiempo que se sucedían estos sueños inquietantes con este extraño personaje Oxi también tenía algunas pesadillas.

En estas, Oxi regresaba al viejo barrio de las escombreras en busca de aquel dibujo que buscaban aquellos ancianos, aquel dibujo que se parecía a ella misma. Era de noche y no se veía nada. Hacía mucho frío y después de cogerlo del suelo bajo unos azulejos emprendía el regreso a casa con el dibujo.

Era entonces cuando algo se abalanzaba sobre ella y era, algo pesado, que la terminaría derribando en el suelo, con la gravilla bajo el estómago y la sensación angustiosa de tener a alguien a quien no podía ver agarrado fuertemente a sus talones impidiéndole moverse.

Afortunadamente, Edmundo estaba ahí en ese mismo sueño para ayudarla. No pudo ver quién o qué agarraba a Oxi y quien lo había tirado en el suelo también a él, pero sí pudo liberarla justo a tiempo y echar a correr junto a ella lejos de su agresor.

Lo mismo sucedió la noche siguiente y todas las otras, aunque en esta ocasión Oxi, no sabía muy bien porqué había aparecido en un extraño pasillo a oscuras en uno de los viejos edificios del barrio de las escombreras.

Oxi estaba al final de aquel frío pasillo iluminado por las luces nocturnas de la ciudad y entonces, un extraño ser con la cara deforme y quemada y una boca de dientes podridos se aproximaba a ella sin pisar el suelo como si levitara, echando su aliento fétido y gélido sobre su cuello. Nunca en su vida había sentido un frío, ni un terror así. Sus manos gélidas estaban dotadas de uñas largas y afiladas como dagas y acariciaban la delicada piel de su cuello dejando diminutos rastros y finísimos hilos de sangre.

En ese momento, Oxi tuvo la certeza que iba a morir –y como después supimos por Arquímedes, el miedo de Oxi era totalmente comprensible, ya que aquel hombre, se parecía a un siniestro personaje que se hizo famoso en los 80, un tal Fredy Kruger que atemorizaba a los adolescentes de la época y al que Rosa había visto en una película.

Pero cuando parecía que iba a perder la cordura, en medio de aquella oscuridad sintió la voz de Edmundo que le susurraba infundiéndole calma y le decía:

–Oxi. Escúchame Oxi. ¿Puedes oírme?

Y allí esta Oxi, derrumbada en la oscuridad con la certeza de que iba a morir.

–Te oigo, pero no te veo –gimió angustiada.

–No pasará nada –decía Edmundo en la oscuridad–. Yo estoy tendido en el suelo junto a ti. No puedo moverme, me siento tan paralizado como tú, pero, si cierras los ojos y no le miras, no podrá hacerte ningún daño.

Oxi volvió sus ojos hacia los de su marido y negó con la cabeza llorando de terror.

–No puedo. Está aquí a mi lado siento su respiración pegada en mi cara.

–¡Vamos, prueba Oxi! ¡Cierra los ojos!

–Esta bien –obedeció Oxi.

Y al hacer lo que Edmundo le decía el monstruo se desvanecía.

Había algo en los sueños con aquel macabro ser que los atormentaba y, sin embargo, los sueños con el apicultor les transferían calma y felicidad, aunque despertaban en ella miles de preguntas.

Algo muy distinto a lo que sentía cuando aquella maligna presencia la acosaba.

Pero, aquella última noche sucedió algo distinto.

Esta vez, no había rastros del extraño y el benévolo apicultor ni de su antagonista la presencia oscura que la atosigaba y Oxi estaba en un lugar tan oscuro como el de aquel pasillo en una casa en los años ochenta, pero con la extraña sensación de que alguien benévolo compartía con ella su soledad.

Por un momento sintió miedo a revivir las pesadillas del día anterior, pero miró y observó una neblina al final del pasillo.

Siempre quiso saber qué había más lejos, más lejos de las apariencias, más lejos de lo que nadie pudo atreverse nunca a imaginar.

Su entorno empezó a modificarse, como si ella misma hiciera un zoom con un dedo en una pantalla de plasma aumentando o disminuyendo la distancia de los objetos, mostrando penachos apenas luminiscentes, delicados como gotas de lluvia.

Parecía una orden a su pensamiento.

Le embargaba un sentimiento de soledad, una soledad inmensa compartida con alguien o algo muy, muy extraño.

Una sensación de ingravidez que se adueñó de ella haciéndole percibir que era arriba o abajo con la sensación de caer en cualquier dirección en que deseara dirigir su mirada.

Y entonces, volvió a ver a la figura alta del apicultor esta vez, levitando a su lado como un astronauta ingrávido a la vez que una voz de mujer que parecía venir de todas partes le decía:

–Nosotros estamos aquí y Ellos están allí.

–¿Quienes? De quienes hablas. ¿Quien eres tú?

–Nosotros estamos aquí y ellos están aquí –repitió la voz–. Pero podremos encontrarlos en el futuro.

Oxi contempló un enjambre de abejas que se transformaba en el halo neblinoso de galaxias como un río se dirige mansamente a morir en el mar.

Después de haber sufrido el ataque de aquel extraño ser oscuro que se había desvanecido en medio de aquel oscuro pasillo, aquella imagen de apicultor se le revelaba en el mismo lugar.

Era una especie de halografía en medio de la oscuridad de un estrecho pasillo de una casa. Todo estaba intacto en aquella casa, los objetos, el edificio. Una vez más Oxi y Edmundo habían viajado a algún lugar del pasado y ambos dedujeron que aquella casa tenía la decoración de los años ochenta y aquel ser se parecía mucho al monstruo que Rosa había visto en una de aquellas películas.

En cambio, ahora, el espectáculo que se veía en la oscuridad del pasillo era hermoso.

Se veía un grupo local: la galaxia de Andrómeda y las nubes de Magallanes y un grupo de estrellas en uno de los brazos de la galaxia.

Mientras el apicultor les hablaba de un arca de Noé, algo que aún sobrevivía enterrado desde el siglo veintiuno en algún lugar y que contenía una muestra de miles de especies vegetales, depositó algo en su mano y se la cerró en torno a lo que le había dado.

–Toma esto –le dijo a Oxi y añadió– vas a necesitarlo algún día.

En la mano de Oxi había aparecido un cubo transparente en el que podía verse una abeja reina en pleno vuelo congelada en el tiempo.

Unas finas líneas amarillas de vértices delimitaban el cubo, pero sus caras parecían no existir excepto para el tacto.

Este fue el primer objeto que pudimos extraer del mundo de los sueños. La clave para que yo pudiera abrir el paquete que el apicultor le había dado a Edmundo, me la trajo Oxi con su nuevo sueño.

Y sentí escalofríos al pensar que tal vez el monstruo que había visto Rosa en aquella película se parecía o era el mismo que había torturado a Oxi y Edmundo en sus sueños.

Aunque la figura de aquel extraño apicultor me resultaba igualmente inquietante.

Combiné los dos sueños que ambos habían tenido y extraje un código que, al desencriptar, me mostró un objeto: un insecto extinto inmerso en algo duro y transparente que ha resistido todos nuestros análisis, algo tangible y real, algo que a diferencia de todos los objetos soñados representa el sumun de las anomalías porque este objeto es tan tangible como los libros y como el prisma el prisma de cristal que se materializó en la habitación de Edmundo. Es todo muy extraño.

Polinizamos nuestras plantas con insectos robot y hadas que los dirigen y colaboran en repoblar nuestro planeta, tan castigado por la catástrofe, pero no es lo mismo que las abejas reales, cada vez nos cuesta más preservar la biodiversidad ya que la extinción de las abejas ya había empezado mucho antes que la Tierra dejase de girar y que acabó marcando nuestro declive como especie.

Que nos dieran semejante objeto con un insecto extinto como una abeja reina representaba todo un símbolo para nosotros. Que este objeto surgido de un sueño se hiciese real con la combinación de diferentes programas informáticos es... algo como decirlo... milagroso.

No sabemos quién es el apicultor que nos ha dado la reina ni cómo podremos utilizarla. No sabemos como estos objetos han podido traspasar la barrera de los sueños para hacerse reales, Pero debemos investigarlo.

Tenemos la referencia de la existencia de un arca por que a Oxi se le dijo en el sueño y encontramos algo similar a eso en un archivo del Atlas, algo llamado la Wikipedia.

En ese banco Wikipedia encontramos unos documentos que nos hacen referencia a un lugar llamado “Doomsday Vault o la Bóveda del Fin del Mundo”.

Si conociéramos un planeta como la Tierra que careciese de vida quizá sería un buen lugar para empezar: vegetales y abejas, los pocos animales que nos acompañarán en este triste final y por último nosotros, la raza humana. Una esperanza de sobrevivir a nuestro destino, un futuro tal vez mejor del que nos espera a pesar de su dureza, si conseguimos volver a repoblar la superficie con plantas y conseguirnos genéticamente devolver a la vida a nuestras abejas...

Y el sueño por fin cumplido de Fidda de ver un campo de doradas espigas de trigo y un apicultor de los de verdad cuidando de abejas que no son máquinas.

Un cielo azul, armónico y real.

Es tanto lo que necesitamos para vivir y es a la vez, tan poca cosa...

UN CARRO DE MIGAS

Jugando con el Cubo lanzamos nuestras coordenadas a un siglo, un año, un día y un lugar concreto.

Utilizamos un poco de Delírico para estimular nuestros cerebros. Una gran pantalla verde nos indicó que el programa del CUBO pertenecía a sus principales creadores Fidda y Edmundo y que autorizábamos el viaje como sujetos Premium accediendo a la característica Invisible del CORI.

Sabíamos que la característica INVISIBLE nos permitiría ver a través de los ojos de los sujetos con quienes estuviésemos interactuando en nuestros sueños. Ellos no nos verían, pero nosotros podríamos observar todo cuando ellos viesen como si fuésemos con una especie de gafas especiales.

Además, algo estaba ocurriendo. No sabíamos qué, pero en todas partes del mundo se estaban produciendo muertes por cánceres fulminante en el cerebro y teníamos que ver que era lo que estaba ocurriendo.

Por ello nos conectábamos cada vez con más asiduidad al CUBO. Teníamos que comprobar si aquellas anomalías: el águila que se veía en todas las pantallas, los sueños repetitivos que teníamos todos relacionados con Rosa y con Víctor y con las novelas que ambos hermanos habían escrito no tenían que ver con aquellos cánceres fulminantes a los que no encontrábamos explicación.

Teníamos que llegar al meollo de la situación y encontrar una o varias soluciones. El resto de la población no tenía esos sueños, tan solo nosotros, por lo que pensamos que tal vez había alguna especie de hacker que estaba transfiriéndonos toda aquella información aún no sabíamos si para darnos una solución al problema o para desviar nuestra atención y continuar quemando los cerebros de las personas que utilizaban nuestros CUBOS.

Es por eso por lo que profundizábamos más en todo lo que nos estaba ocurriendo al grupo en un intento de atrapar a aquel Hacker que era verdaderamente bueno pues, jugaba con nuestros sueños como si fuese Dios lo que le hacía extremadamente peligroso.

Dimos nuestro consentimiento y autorizamos a la araña a extender su cableado de fibras ópticas sobre nuestros cerebros nos tumbamos cómodamente en nuestras butacas.

Inmediatamente cerramos los ojos y nos dejamos conducir.

Vimos el rostro de un muchacho pelirrojo. Tenía una cara bonita salpicada de pecas, un rostro muy pálido que parecía quemarse con el Sol con mucha facilidad, unos mofletes sonrosados y unos pequeños ojos marrones dotados de unas largas pestañas cobrizas.

Cada uno de nosotros buscó su propio reflejo en los ojos del niño. Cuando lo encontramos, nos convertimos en la ilusión óptica de una especie de oruga luminosa que caía en picado en el pozo de las grandes pupilas del pequeño.

Fue algo vertiginoso y emocionante como un viaje en una montaña rusa con intermitentes caídas en el vacío. Por un instante fue como si nosotros fuésemos sus ojos. Los ojos del pequeño Roxín. Podíamos ver todo cuanto él veía y sentir cuanto él sentía. Podíamos sentir los latidos del corazón del padre de Víctor y de Rosa cuando aún era un niño. Su corazón latía muy fuerte como si escucháramos amplificado el latido de un no nato en un vientre materno, como el convulso sonido de un montón de tambores latiendo al unísono.

Vimos sus pupilas dilatadas, y sentimos el vello erizado de frío en sus brazos. Él no era consciente de nuestra presencia. No nos percibía. Nos habíamos convertido en un aire liviano que lo rodeaba todo, conscientes de todo lo que sucedía a nuestro alrededor, pero, incorpóreos. Roxín se golpeó suavemente el oído con una mano como si tuviera un insecto dentro que le molestara y en ese instante una diminuta espora de diente de león se alejó de su rostro flotando ingrávida como si la gravedad no le afectara.

Nosotros éramos ese diente de león y teníamos una vista privilegiada de lo que veía el niño. Hacía un día muy hermoso de verano. Un día radiante de Sol. La luz dorada caía a raudales en un bosque cercano a un río incendiándolo con su brillante luz amarilla y él lo contemplaba todo con sus deslumbrantes ojos del color de las hojas en el otoño.

Hay un fuerte nexo de unión entre aquellos que se aman, llámese destino, casualidad, amor o hado.

El nexo de unión tuvo lugar en la más profunda infancia donde dos niños se conocieron ignorando que muchos años más tarde volverían a reencontrarse en otro lugar, y otras circunstancias y que ya nunca más volverían a estar separados.

Se veía una casa que no había sido sacudida todavía por la guerra.

Los azulejos verdes de las paredes relampagueaban con la luz del Sol diurno.

Seguimos el latido de su corazón, seguimos la respiración de Roxín.

Roxín nos conducía corriendo hacia una casa de dos pisos y un balcón de puertas abiertas donde aguadaba una madre paciente y amorosa que cada mañana cepillaba con extremo cariño sus bucles pelirrojos.

Cuando llegó al segundo piso, Remedios, que era una mujer muy alta y espigada estaba sentada en una silla y el

pequeño en un taburete y mientras le peinaba tarareaba una preciosa canción infantil.

Vestida con un pulcro delantal de cuadros, tomaba mechones de sedoso cabello entre sus delgados dedos, y separaba las hebras con extrema delicadeza.

La mujer hizo una pausa, se levantó y pasó al interior de la habitación y cogió sus libros de un estante y se los tendió indicándole con un dedo las escaleras.

–Corre! –Le dijo– ¡Ya estás peinado! ¡No te entretengas con nadie por el camino porque vas a llegar tarde a la escuela! ¡Y cepíllate los dientes, Roxín por favor! –Le amonestó.

Roxín observó desde el balcón las escaleras de madera con unas vetas de un hermoso color anaranjado lamidas por la viveza del Sol y le dijo antes de partir por ellas que tenía muchísima hambre y que el estómago le dolía un poco.

Remedios tomó una manzana roja y lustrosa y se la tendió. Pensó que solo era una excusa mas de su hijo para no acudir a la escuela.

Él clavó sus dientes en ella y la devoró con avidez bajo su atenta mirada.

–¿Y tú no comes? –Le preguntó.

Ella negó con la cabeza y le dijo que no tenía hambre. Siempre decía que no tenía hambre, pero estaba muy delgada y él la oía llorar muchas veces por la noche cuando nadie la veía y estaba a solas en su habitación. Sospechaba, aunque aún era muy pequeño, que su madre prefería renunciar hasta un triste mendrugo de pan con tal de que ninguno de sus hijos pasase por las necesidades que ella pasaba. Era, una madre abnegada y cariñosa, moriría por cualquiera de sus hijos.

Le dio un cachete cariñoso en el trasero y Víctor bajó corriendo con sus piernas pecosas y sus pantaloncitos cortos por las escaleras. Al fondo había un pequeño pasillo con

una puerta y apoyado con una mano en el dintel y la otra guardada en el bolsillo del pantalón había un gallardo joven alto y rubio.

El Nene, su hermano, había crecido mucho desde la última vez que le habíamos visto en busca de Nela para que le ayudara en el parto de su madre. Ahora era un chico guapo y alto que hacía suspirar a todas las mujeres jóvenes del pueblo y alguna que no también era tan joven.

Llevaba una pulcra camisa blanca como el color de sus dientes y un chaleco de cuadros en gris y blancos que resaltaba su cabello rubio, frondoso y ondulado y su cara pecosa como la de Roxín. Atrás quedaba aquel niño mojado por la lluvia ante la puerta de Nela.

Nene había crecido y se hizo paso entre los otros miembros de la familia que deambulaban por el pasillo en dirección a la cocina para prepararse el desayuno. Sacó la mano del bolsillo y le dio a su hermano una suave colleja.

–¡A donde vas gañán! no te pares que ya llegas tarde a la escuela.

Roxín se llevó la mano a las cervicales doloridas y quiso quejarse por la colleja a su madre que estaba limpiando en el piso de arriba, pero se contuvo. Él adoraba a su hermano mayor que él y le gustaría ser tan guapo y tan resultón con las mujeres como él lo era. Sentía muchísima admiración por su hermano mayor.

Agarró los libros, se hizo a un lado para esquivarle y sorteó la puerta echando a correr cuesta abajo alzando la cabeza al cielo para respirar el perfume que la lluvia había dejado en las hojas de los árboles mientras silbaba su canción favorita y golpeaba con sus botas una lata de cerveza que encontró en su camino y que usó como improvisado balón.

Pronto, el maestro les daría las vacaciones en el colegio.

Roxín se puso a silbar como lo haría su hermano mayor y aceleró un poco el paso.

Pensó en la escuela, aquel día no tenía ninguna gana de ir.

Así que definitivamente cambio de destino y dirigió sus pasos hacia la panadería del pueblo en cuyo exterior aguardaba un carro metálico de color verde remolcado por una vieja mula que en aquel momento aparecía muy tranquila atada en un poste.

De la panadería salía un irresistible olor a pan recién hecho.

Roxín no se lo había contado a nadie, ni a su madre, ni tampoco a su hermano aún sabiendas que ambos le regañarían, pero, a veces, solía colarse en el carro que había apostado frente a la panadería y allí en la oscuridad, comía todas las migas de pan que quería hasta hartarse, hasta que le dolía la barriga.

Hasta el momento, el maestro no se había quejado a sus padres de su tardanza en sus idas y venidas a la escuela así que, no había de que preocuparse.

Con sumo cuidado, Roxín depositó cuidadosamente sus cuadernos escolares sobre un banco de piedra y aguardó a que no hubiese ninguna persona a diestro y siniestro que pudiese delatar su presencia en aquel día de asfixiante y húmedo calor y se coló dentro del carro de migas.

En aquel momento entró una mujer que se puso a dar la parrafada con la panadera, no pareció mucho importarles a ambas el niño que en aquel momento se colaba por la parte de atrás del carro o, simplemente, no le vieron.

Roxín se magulló un poco las rodillas al entrar con sus pantalones cortos. Había mucha oscuridad y se sentó entre las migas calientes de pan que emanaban su rico olor por todas partes.

Los dueños de la panadería guardaban allí sus excedentes de panes dulces y salados. Algunos de ellos iban destinados al ganado o para alimentar a las familias más humildes, también reciclaban aquellas migas de pan y las convertían nuevamente en deliciosos pasteles.

Tomó un puñado de migas y se las llevó a la boca para paladearlas, sabían a bizcocho de chocolate, fruta, cereales y migas de pan de centeno. Estaba disfrutando de aquellas ambrosías palpó en la oscuridad la tersura de un cálido y pequeño rostro moreno sentado justo frente a él.

Alguien en ese momento gritó al contacto con su mano fría y le estampó una enorme cachetada en su mejilla que lo dejó por un momento descolocado sin saber lo que ocurría.

Asustado, por el golpe Roxín se volvió para ver lo que había acariciado y a su vez le había golpeado con tanta saña.

Al parecer aquel día no estaba solo en el carro. alguien había tenido su misma idea llevado por la misma necesidad de un hambre acuciante.

–¿Porque gritas?

Era una niña morena de ojos oscuros que le miraba asustada dispuesta a gritar.

o volver a estampar en su cara una nueva sonora bofetada.

Llevaba una falda corta de lana, un diminuto jersey de color rojo y unas medias de lana rotas que le llegaban a las rodillas.

Le tapó la boca con la mano para impedir que gritara de nuevo.

–¿Que haces aquí? –¡No grites que nos van a pillar!

–Grito porque me da la gana y porque este carro y estas migas son míos y también grito porque hoy cuando entré aquí me pareció que había alguien más conmigo y pensé que tú eras esa persona.

–¿Y quién podría ser? –Preguntó Roxín con curiosidad–. Ya ves que no soy yo esa persona que al parecer te dio tanto miedo.

Teresa se quitó un mechón de la cara y resopló.

–Pues no lo sé. Parecía un hombre muy alto sentado en el mismo lugar que estas tú, pero no pude verle muy bien, luego su figura empezó a desvanecerse y al final solo vi las paredes metálicas del carro.

–Que raro es todo esto. Pero no cambies de tema ¡Lárgate de aquí niña y no me importunes! Este carro y estas migas son mías ahora yo las vi primero.

–No –replicó la ladrona–. Estas migas son mías. Yo las encontré primero que tú.

Se pusieron a discutir y entre si esto es tuyo o esto es mío se les fue la tarde, chillando en el carro.

Nadie debió oírlos en esa discusión, era un carro hermético. Siguieron coincidiendo en el carro muchos más días y en ese caso se limitaban a comer cada uno las migas en un extremo del carro, en silencio sin importunarse el uno al otro. Durante muchos días después fueron acortando distancias hasta hacerse muy amigos llegando a la conclusión de que no había porque pelear por unas migas de pan cuando podían compartirlas juntos.

Durante mucho tiempo después de haber presenciado esta escena nos preguntamos quién sería la extraña presencia que aquella niña Teresa vio antes que nosotros llegásemos, no podíamos ser nosotros…

Al principio, pensamos que se refería a nosotros y que nos había visto en algún momento metidos en el carro junto a ellos, pero.

Estaba claro que nosotros no éramos. Ninguno de los soñadores nos atribuíamos lo sucedido. Habíamos viajado juntos en una coordenada concreta y éramos a todas luces invisibles y lo habíamos hecho todos a un mismo tiempo, todos a una como Fuente Ovejuna

Aquella presencia en cambio, que decía haber visto Teresa se había mimetizado poco a poco con el carro como si se tratara de la piel de un camaleón. ¿Que clase de ser

podía conseguir eso, una invisibilidad, así como la nuestra? ¿Qué estaba interfiriendo con el funcionamiento del CUBO?

Estábamos siguiendo muy de cerca la presencia del hacker.

Víctor y Teresa, creemos que nunca más después de aquello, tuvieron otro encuentro con el desconocido aterrador en aquel carro de migas.

Los días y los años pasaron arrancando hojas de los calendarios.

Y pudimos ver la continuación de aquella película. Ellos, seguirían amándose con la inocencia de dos niños pequeños golpeados por la guerra y por el hambre.

Pero no estarían separados para siempre. El destino tiene formas de unir a las personas que se aman.

POR LAS SELVAS DE SLAHE

Roxín estaba plácidamente dormido en su habitación.

Hacía un día caluroso y la puerta del balcón estaba entreabierta. Un ligero aire ondeaba las cortinas blancas.

Al fondo se veía un cielo espléndido tapizado de estrellas y una luna tan enorme y bonita que parecía que se fuera a meter en la habitación a dormir con Roxín.

En la cama grande dormía Remedios con las rodillas plegadas contra el pecho adherida a la espalda del niño, con un brazo extendido por encima de la almohada y el otro abrazando la cintura del niño.

El pecho de Roxín se movía armónico con cada respiración.

El día anterior no había ido a la escuela. Estaba enfermo, con mucha fiebre. Remedios no sabía que le pasaba y había estado contándole un cuento y cantándole una canción.

Las últimas estrofas de la canción murieron en los labios de Remedios que quedó profundamente dormida Roxín musitaba en sueños palabras incomprensibles sobre calor, mucho calor y migas de pan. Sus ojos se movían muy deprisa con el movimiento ocular Rem del sueño y su nuca estaba impregnada por el sudor.

En sueños, Roxín sintió que su cuerpo se elevaba de la cama unido por un extraño cordón de plata.

Roxín se sintió muy liviano. La sensación era muy agradable y al mismo tiempo le causaba un grande temor verse desde allá arriba, flotando en el techo y contemplando a la vez su cuerpo inerte que dormía abrazado al de su madre.

Miró el techo blanco y sintió que podía realizar giros sobre sí mismo, subir y bajar y desplazarse a la derecha y a la izquierda tocando a su antojo las paredes y los objetos de la estancia. Era ingrávido como un pájaro.

Cómo aún no dominaba del todo la técnica y no había asumido del todo aquella extraña situación que el sueño le brindaba temió que por un momento se precipitaría a través de la ventana volando sin control hacia aquella mágica luna que se veía afuera, en la calle.

Tardó un poco en acostumbrarse a su nuevo estado.

Cuando lo consiguió logró desprenderse del cordón que se desvaneció dejándole en el suelo al borde de su cama donde volvió a contemplarse a si mismo con extrañeza, pero ahora, plácidamente dormido.

Dio unos cuantos pasos, tocó su cara dormida que no reaccionó al contacto de su mano fantasmal y contempló que podía caminar con total seguridad sin elevarse en el aire. En ese momento, dudo si volver otra vez a su cuerpo durmiente, pero algo le distrajo.

Era un zumbido, un suave zumbido que resultaba molesto en medio de aquella mágica oscuridad.

Se apercibió de que se trataba de una pequeña abeja. Era raro verla allí volando en torno a él, posándose sobre el cabello de su madre y chocando con la lámpara y los objetos de la mesita.

Le dio varios manotazos para espantarla, pero no lo consiguió.

La abeja voló escaleras abajo seguida por Roxín ahora en el suelo, que no sopeso el peligro que podría correr saliendo de su cuerpo al perseguirla.

En las habitaciones contiguas, Jesús el padre de Roxín, su hermano el Nene y el resto de sus hermanos dormían plácidamente y no sintieron ni el zumbido de la abeja ni el crepitar de las maderas bajo sus botas.

La abeja estaba en el piso de abajo zumbando por todas partes con su molesto ruido que se le metía a uno en los oídos.

Roxín la buscó con los ojos en la oscuridad.

Chocaba tortuosamente con la puerta como si quisiera abrirla.

Ante la desesperación del pequeño insecto y el miedo a verle morir en sus envites contra la puerta, abrió la ventana y dejó que la luz nocturna entrase iluminando todas las estancias del primer piso.

Sin embargo, al abrirla, no vio un paisaje conocido.

No había camino, no había casas conocidas, no había bosque, no había río. Era un paisaje extraño. Es cierto que su casa era su casa, pero era como si alguien, una presencia invisible o unas manos fantasmales e inmensamente poderosas hubieran cogido la casa y la hubieran trasladado de cuajo a otro sitio, al igual que se pueda trasladar un árbol de un sitio a otro con todas sus raíces.

Hacía una noche hermosísima allí pero también un calor bochornoso como si estuviera en el medio de una selva.

La luna, allí tampoco era igual.

Parecía como si hubiera dos lunas en lugar de una.

Había un bosque, un inmenso bosque esmeralda al que dirigió con seguridad sus pasos.

Era un bosque muy hermoso. Víctor escuchó en medio del silencio el ruido que hacían sus botas al pisar el suelo de cristales tapizado de hojas secas.

En el silencio de la noche se escucharon unos aullidos como de monos, disputándose en la oscuridad la comida

o el cortejo de alguna hembra a la vez que entre las hojas se veían unas hermosas luces azules parpadeantes de un luminoso neón.

De repente se escucharon unos relámpagos en la oscuridad y cayó una lluvia torrencial que no duró mucho y dejó el bosque nuevamente sumido en el silencio. Ni siquiera los monos aullaron esta vez.

Fue en ese momento de oscuridad y silencio cuando una mujer irrumpió con su canto.

Roxín cogió una luciérnaga que brillaba en una hoja y maravillado la escondió en su mano.

Continuó caminando un poco más con ella escuchando el cántico y contemplando como todo el bosque se había llenado de esas luciérnagas gigantes.

En medio de la oscuridad el canto de la mujer cobraba cada vez más intensidad. Se trataba de una canción en un idioma extraño. No se parecía a ninguno de los que antes había oído. Era sin duda una canción triste por la entonación que la mujer ponía en sus notas.

El canto iba in crescendo y se elevaba por las copas de los árboles movidas suavemente por una brisa nocturna.

Era un sonido circular, que lo rodeaba por todas partes. No podía dilucidar de que lugar concreto provenía.

El sonido venía acompañado de un rugido felino que también iba in crescendo con el canto de la mujer.

Tenía que pertenecer a un felino de gran tamaño y solo de pensarlo Roxín se estremeció de miedo y quiso regresar a casa. pero, aunque la buscó desesperadamente con sus ojos parecía como si ésta se hubiera desvanecido.

Desamparado, miró a todas partes temiendo por donde atacaría la fiera y en ese momento se sintió muy vulnerable con una única luciérnaga tan grande como la palma de su mano.

Un escalofrío recorrió su espina dorsal en ese momento sintió el sonido del felino, muy cerca de él tanto, que se estremeció.

Al girarse contempló con horror que un jaguar negro avanzaba en la misma dirección en la que él se encontraba. Afortunadamente el jaguar no vagaba solo. Iba sujeto de una cadena plateada al lado de una mujer vestida con un traje de hojas y un pelo muy largo que caía en cascada por su cintura.

La mujer tenía la piel muy extraña tintada de un raro color azul que brillaba en la oscuridad. En el brazo llevaba un brazalete con una luz pulsante del mismo color azul que el pigmento que parecía cubrir su piel.

Pero aquella mujer y su jaguar tampoco venían solos. Los acompañaba otra mujer aún más extraña, un poco más baja que la otra con una piel que relucía como el oro vestida de la misma manera. Los ojos de esta segunda mujer eran violetas y parecían brillar en la oscuridad como si fueran dos diminutas constelaciones. de muchas tonalidades y aunque también iba ataviada con un traje de hojas, algo en su vestimenta denotaba que se trataba de alguien de alcurnia, tal vez por la delicada corona de filigrana que lucía en su cabello verde o los brazaletes llenos de gemas muy pequeñas que cubrían sus delgados brazos, o los diminutos brillantes que salpicaban su vestido de hojas.

–Yo –comenzó Roxín–. Yo no sé que hago aquí. Estaba durmiendo con mi mamá. No sé que ha ocurrido, pero he aparecido aquí de repente. Solo quiero volver a mi casa.

La mujer de piel azul sujetó al jaguar que en aquel momento comenzó a gruñir. Desde las copas de los árboles se alzó un intenso clamor como si mil monos comenzaran a aullar pidiendo entablar un combate con algún tipo de amenaza.

Cuando Roxín alzó sus ojos a las copas de los árboles descubrió que no eran monos sino personas de distintas

edades: Hombres, mujeres y niños que trepaban con facilidad hasta las copas más altas esgrimiendo sus lanzas e iluminando la oscuridad del bosque con las luces pulsantes de sus pulseras azules.

La mujer de alcurnia de piel dorada, introdujo la mano en lo que parecía un bolsillo de su túnica de relucientes hojas y extrajo de él un pequeño objeto de cristal facetado con forma de pirámide con múltiples caras cuyo brillo pareció iluminar el bosque con el largo alcance de su haz salpicando la selva con mil destellos de colores.

–Soy Leilani. –Se presentó–. Has viajado en tus sueños al bosque de Slahe. Esto es lo que se llama un Cori y muy pocos humanos sabéis hacerlo así que supongo que tú eres un ser especial. Te daré este prisma que te protegerá de los malvados. Puesto que tu mente ha viajado tan lejos, te consideramos un chamán entre los nuestros, un bravo guerrero y en honor a tu proeza, no puedo ofrecerte mejor premio que esto. ¡Tómalo, es para ti! ¡Guárdalo para tus hijos y los hijos de tus hijos y haz que llegue al futuro para vencer a la creación de Krang.

Roxín que no comprendía lo que decía aquella mujer contempló el extraño objeto y dudó si debía aceptar aquel regalo. Miró al jaguar con miedo, pero la extraña mujer de piel azul lo tenía bien sujeto por la cadena y no le dejaba moverse, aunque le gruñía y quien sabe si no lo hubiera devorado si la mujer lo llevase suelto.

Asintió y se acercó con cautela evitando al jaguar y tomó el prisma para guardarlo en el bolsillo de su pijama.

–Gracias. –Dijo tímidamente.

En ese momento Leilani se acercó hacia él y puso dos de sus dedos sobre los ojos de Roxín que instintivamente los cerró.

–Este es tu viaje de ida y vuelta. –Le dijo– ¡Regresa a tu casa ya!

El niño los cerró y se dejó llevar por aquella sensación.

Un fuerte mareo le sacudió y perdió el conocimiento.

Cuando amaneció y despertó, continuaba abrazado a su madre en aquella habitación que daba a un balcón abierto, la fiebre había remitido y se encontraba mucho mejor.

La luz del sol se reflejó en un objeto que tenía en su mano.

–¿Y que es eso tan bonito que tienes, ahí Roxín? –dijo su madre aún somnolienta cegada un poco por los reflejos– del cristal ¡Qué objeto tan bello! ¿De dónde lo has sacado?

Parecía un hermoso y gigantesco diamante tallado.

No sabía como había podido haber amanecido allí entre sus dedos…

Tuvo la leve esperanza de que su madre aún somnolienta al despertar, no recordaría lo que había visto.

Se guardó el objeto en el bolsillo del pantalón de su pijama y continuó plácidamente durmiendo.

Algún día entregaría ese prisma a unos extraños que venían del futuro, pero en ese momento Roxín no lo recordaría.

PERSIGUIENDO LA OSCURIDAD

Yo nunca dormía completamente.

Mi cerebro fónico jamás se detiene, como el resto de los comunes mortales, mi cuerpo necesita de los ciclos circadianos que imponen los estados de sueño y de vigilia para mi cerebro humano.

Me era imposible desconectar el cuerpo completamente para abandonarme a los brazos de Morfeo.

Cuando lo hacía me sentía torpe y patosa y sobre todo confusa. Era lo que tenía vivir en dos mundos el de los humanos y el de las máquinas.

Cerraba los ojos y simplemente me dejaba guiar.

Aquella noche, había un bonito crepúsculo. Me asomé un poco a la ventana y abrí el batiente para sentir el aire gélido de la noche en mi nariz.

Contemplé el cielo cuajado de estrellas proyectadas en la cúpula de grafeno del CUBO a lo lejos, y recordé otros crepúsculos maravillosos que había visto junto a mi padre. Sabía de la irrealidad de la ficticia y simulada noche, veintinueve años de luz y 29 de oscuridad…

Salía con mi padre en nuestras noches simuladas cuando era adolescente, una vez superados los problemas hospitalarios cuando empezaba poco a poco a recuperarme,

y su recuerdo que me reconfortaba mucho. Él alto y fuerte, con su incipiente barba y sus profundos ojos oscuros, vestido con sus vaqueros, con su pelo lacio y largo al viento mientras agarraba en su poderosa mano la mía tan pequeña. Sus manos eran fuertes y rudas llenas de cicatrices por el trabajo Me enseñó a mirar el cielo lleno de estrellas y amar la oscuridad me enseñó a no agacharme, a mostrarme ante la gente tal y como soy. Probablemente, no cumplía los cánones de las personas normales, pero él se había encargado de inculcarme que mi cuerpo, mis facciones y mi cerebro eran simplemente maravillosos y que, si la gente me quería y me aceptaba bien, pero que, si no, no debía hundirme ni sufrir por ello. Ellos se lo perdían. Debía rodearme siempre de personas positivas.

Mi padre, la persona que más me había querido, ya no estaba conmigo, ni tampoco mi madre. Ellos habían muerto, mi madre de forma prematura, pero, aquella luna gigantesca que lucía en aquel cielo estrellado me recordaba lo cerca que podía estar de ellos en aquellos momentos y que hay estrellas que aún continúan ahí, aunque su luz ya no se vea.

Así que deseé fervientemente salir a dar un paseo y deleitarme con la visión de la bella aurora boreal que me regalaba aquella noche.

Las entradas a las ciudades eran todas subterráneas, no obstante, los edificios se alzaban en altos rascacielos desde los que se podía mirar la desolación del exterior e incluso abrir un poco las ventanas como yo acababa de hacer ahora mismo para dejar pasar un aire ralo, con muy poca o nula calidad para ser respirado. La cúpula que cubría la ciudad solía volverse traslúcida para simular los días de 24 horas anteriores a la gran catástrofe. Esta simulación era necesaria porque no hay ningún ser vivo capaz de permanecer en vigilia 29 años y los otros 29 dormidos. Como los días se habían vuelto tan largos, necesitábamos una simulación de lo que había sido anteriormente un día normal.

Pero salir al exterior, fuera de la ciudad, eso, era otra historia. Para hacerlo había que cruzar por una red laberíntica que discurría bajo tierra.

Yo sabía que salir al exterior no era recomendable y estaba expresamente prohibido.

Del exterior, solo podíamos ver los paisajes a través de las ventanas no, porque el aire fuese nocivo, si no porque ya no tenía la calidad de antaño, ni siquiera en el interior de la cúpula.

La vida en la ciudad, bullía principalmente bajo tierra y se regía por ciclos que se respetaban escrupulosamente. Los edificios tenían una mitad bajo tierra en la que se desarrollaba la vida y la otra mitad en la superficie, pero, en la mitad que despuntaba podía verse con perfección el paisaje a través de las gigantescas ventanas sin marco integradas en la superficie de cemento.

Aunque se podía hacer una vida fuera de ciclo se había impuesto la moda de respetarlos, era una cuestión de cultura: respetábamos escrupulosamente los ciclos de trabajo y los ciclos de descanso. Lo hacíamos escrupulosamente porque pensábamos que así debía ser.

En ese instante, sentí miedo y mis pupilas se dilataron como las pupilas de un gato adaptándose a la oscuridad a medida que caminaba a través de los estrechos pasillos en busca de la salida.

Aun podía notar la presencia de una mano en mi cabeza dormida. Era exacto a lo que el niño pelirrojo con la cara salpicada de pecas me relató en un sueño que había tenido:

Me había mirado con su carita llena de pecas y me había dicho que cuando aquellos hombres mataron delante de él a aquel fugitivo a partir de entonces, siempre que apagaba la luz notaba la pesadez de una mano en su cabeza y que esa sensación lo persiguió durante muchos años a través de las distintas casas a las que se mudó con su familia.

Y Recordando eso que me dijo el niño en un sueño, ordené al sistema que encendiera las luces aterrorizada por la oscuridad y la habitación en semi penumbra no me obedeció.

Me sentí confusa y contrariada con aquella sensación horrible de un peso sobre mi cabeza. Era como si yo también la estuviese reviviendo en aquel preciso instante.

Ya no tenía el aspecto con el que se solía presentarme a los amigos en sueños.

Mi pelo no era una cresta de colores. Era como en realidad lo tenía una hermosa cabellera rubia y lacia hasta la cintura.

Un pantalón vaquero y una blusa azul con diminutas flores amarillas eran mi sencillo atuendo en aquellos momentos.

Mis ojos grandes y rasgados, casi orientales, pero de un azul intenso pestañearon. Tenía una pequeña y poco destacada nariz. Era y me sentía muy hermosa, aunque diferente al resto de la gente.

Me levanté con un torpe traspiés y recompuse mi peinado, me agarré a las paredes tanteando en busca de una puerta deslizante que encontré a duras penas y que al tocarla se ocultó tras un lateral.

El pasillo era enorme. Tal vez de 10 o más Km de largo y 50 de ancho. un pasillo muy oscuro con un techo del mismo color que el cielo crepuscular. Las paredes de un naranja oscuro, casi ocres destacaban con la claridad del suelo que era del color de la arena.

A 100 metros solo veía la más completa oscuridad a excepción de aquella luz azul parpadeante en el fondo del túnel.

La iluminación procedía de todas partes, pero solo se distinguía un punto parpadeante en la lejanía y solo a veinte metros se atenuaba hasta apagarse completamente dejando ese espacio en la más completa oscuridad.

Las paredes como el suelo y el techo eran completamente lisas sin ningún dibujo ni relieve.

Caminé fijándome en el suelo que mostraba flechas de distintos colores como si fuesen hechas de un mismo trazado por un rotulador gigante.

Cada vez tenía más miedo de sentir aquella cosa posada en mi cabeza, aunque para evitarla me dirigiese a ninguna parte.

Pasé a través del túnel siguiendo dos flechas azules que señalaban un almacén a un lado, cuatro naranjas que señalaban los laboratorios y los talleres y una línea verde que finalmente decidí seguir.

Me encontré entonces con un puente enorme de madera.

Seguí el puente sin atreverme ni tan siquiera a respirar. Aquel lugar no me resultaba conocido, podía volver sobre mis pasos, pero sentía curiosidad así que seguí caminando a pesar del miedo.

La estancia estaba oscura.

Un murmullo de agua y de máquinas funcionando me llegó de todas partes.

El puente en aquel oscuro subterráneo empezó a tornarse de un naranja luminoso muy bonito al igual que las losas del suelo guiando mis pasos en medio de la oscuridad.

Fue cuando encontré valor para mirar y comprobar que nadie estaba tocando mi pelo que solo había sido mi imaginación.

En ese momento, me encontraba completamente despierta así que podía poner la mano en el fuego sin riesgo a quemarme que aquello estaba sucediendo realmente y no era una simulación del cubo.

Las máquinas trabajaban con un frenesí inusitado cuidando la huerta que nos servía de alimento, un tubo elíptico de casi dos centenares de metros que se perdía en la oscuridad de la noche artificial.

La ciudad era un conjunto de tubos de distinto tamaño que se cruzaban en un nodo circular con estructura radial en distintos niveles. Pero como un hormiguero, eso, estaba oculto de la vista y enterrado bajo tierra. Había una salida al exterior que durante un tiempo estuvo custodiada por las fuerzas policiales para que nadie la utilizase. Ahora, no era necesario. Nadie deseaba salir al exterior para respirar un aire de tan pésima calidad y exponerse a las radiaciones y las inclemencias del clima. Solo unos locos como nosotros acudíamos al barrio de las escombreras para husmear, pero nunca empleábamos mucho tiempo porque sabíamos el impacto que traía para nuestra salud una estancia prolongada.

El momento del día artificial que duraba 24 horas en nuestros subterráneos era un momento solitario y en cierto modo tenebroso debido a la escasa actividad y oscuridad casi absoluta.

Yo me dirigía a un lugar remoto como impulsada por un invisible resorte.

La estación estaba completamente vacía en aquella hora.

Una cinta transportadora empezó suavemente a moverse y apenas sentí que mi cuerpo se aceleraba en un movimiento espiral hacia abajo.

Solo un círculo malva era la única luz que había.

Pocas ocasiones había salido en el ciclo artificial nocturno y tanta oscuridad y soledad me daban pavor, pero, ya era tarde para arrepentirse.

No había decidido ni seleccionado ningún destino y sin embargo me dirigía a alguna parte, porque mi corazón y mi cerebro así me lo decían.

Sin embargo, sobreimpreso en mi campo visual, un texto del mismo disco de color malva me iluminaba. El disco tenía esta indicación:

Analayar
Vagar
y Wander

Las tres palabras con el mismo significado: “vagar” “deambular” pero yo no había solicitado ese destino Vagar ni ninguno otro parecido, ni siquiera se me había pasado por la imaginación y en ese momento, lamenté haber tomado aquella decisión viendo lo lejos que me encontraba de casa. Nunca me gustó estar inmovilizada pero el sistema de seguridad acabó haciéndolo contra mi voluntad. Una red transparente y elástica me sujetó al tubo de reinserción y unidos el tubo, la red y yo caímos en el agujero de transporte.

Resultaba agradable la sensación de ingravidez inicial pero desgraciadamente es una sensación que dura muy poco.

Los trenes de transportes entre ciudades rara vez se detienen y la carga se produce desde un sincro tren que se sitúa en la parte superior al tren bala.

El transporte del tren bala se efectúa dentro de un túnel de 15 m de diámetro donde está hecho el vacío y suspendido en el centro de un campo magnético intenso inducido desde el propio tren.

Las velocidades que alcanza un tren bala son de hasta dos veces la velocidad del sonido unos 686 m por segundo, aproximadamente unos 2470 km por hora, en apenas 8 horas. Con esta velocidad podemos ir de un sitio a otro de la Tierra en muy poco espacio de tiempo.

La incorporación se produce a aceleración constante, se siente una, como arrastrada, pero, aunque parezca raro no es algo molesto.

No podía comprender qué estaba pasando, pero no me dejé llevar por el pánico porque era más grande mi curiosidad que mi miedo.

El tren bala se detuvo abandonándome en aquel anden oscuro antes de acoplarse al sincro tren y continuar su permanente viaje. Jamás hacía tal cosa excepto por mantenimiento y en especial nunca se producía este evento con pasajeros a bordo, aunque quizá esta vez debería.

El lugar era extraño para mi porque no figuraba mi situación en ningún mapa. Era como si hubiese ido a parar a una estación en una ciudad fantasma a 200 km de donde residimos.

Algo me empujaba a explorar y caminé tanteando la oscuridad hasta dar con algo duro que me golpeó violentamente en la cabeza.

No puedo precisar cuánto tiempo permanecí allí tirada en el suelo en aquel andén por donde no pasaba nadie. No había prestado atención a la hora y el momento para hacerlo, ya había pasado.

Semi consciente, abrí los ojos y acerqué mi reloj a una chapa de metal.

Rodeé con mis manos una piedra que no llegaba del todo a abarcar con las manos que tenía muescas de haber sido labrada y que parecía una extraña escultura puesta ahí en medio de la oscuridad de la estación. En la oscuridad también palpé algo suave y a la vez rasposo y descubrí con horror que eran huesos. Huesos humanos y huesos de animales.

Aparté asqueada mis dedos de los huesos y mientras me llevaba la mano a una de mis sienes ensangrentada por la caída, me acerqué para leer en la casi total oscuridad la extraña leyenda que rezaba en el rectángulo de metal.

Leí en voz alta:

“El hombre que escucha la piedra”.

Y después de esto me desvanecí.

EL ÚLTIMO CHAMÁN

No puedo determinar cuanto tiempo estuve ahí, tendida inconsciente en aquella estación. Fue como si quedara sumida en un profundo sueño, como si mi cerebro estuviera conectado con el Cubo cuando en realidad estaba lejos de el.

Tuve un extraño sueño mientras estuve inconsciente.

Soñé que ahí, en ese mismo lugar en el que me había golpeado, había muerto mucha gente.

Soñé que junto a ellos había un ser que no era humano y que venía de las estrellas, a él pertenecían esos huesos que me parecían de un animal. Todos ellos estaban envueltos en una especie de extrañas bolsas de un raro plástico resistente al agua y con alguna rara propiedad para preservar sus vidas.

Los cuerpos habían resistido durante mucho tiempo, pero finalmente su tiempo de caducidad se había producido.

El desastre ecológico con el desbordamiento de los mares hizo que aquella bolsa que los contenía se rompiera.

Ante el desastre que acaeció nadie reparó en esos huesos. Los cadáveres flotaron en el agua durante mucho tiempo hasta que se descompusieron y la carne fue alimento para los peces y las alimañas y finalmente cuando el nivel de las aguas descendió, lo que quedaban que eran los huesos, y las dentaduras de los finados acabaron cerca de la estatua del hombre que escucha la piedra.

Pero mi sueño no acabó ahí.

La escena de los huesos era como si solo estuviera presenciando un pasaje del que no fuera yo la protagonista, sin embargo, en este caso, fue como si el mismo sueño me tele transportara hacia un lugar que hasta entonces me resultaba desconocido.

Fue como si despertara dentro de mi propio sueño.

Me encontraba tendida en una especie de caseta de madera desconocida. Hacia calor como si fuera un día de verano y era de noche.

Me toqué aturdida la cabeza y contemplé todo el entorno con curiosidad. La caseta de madera tenia unas ventanas de madera sujetas con unas aldabas. Me levanté y las alce para ver el exterior y contemplé a través de aquella ventana rectangular que estaba ante una playa nocturna en la que se veían algunos pájaros.

Llegué a la conclusión de que estaba ente un observatorio de pájaros migratorios y que el tiempo era un tiempo pasado, si me guiaba por el periódico que alguien había dejado tirado en el suelo y que estaba datado con una fecha imposible en la que pasarían muchos años antes que yo hubiese nacido.

Me asusté ante la idea de que por alguna razón estaba haciendo un viaje en el tiempo, no lo creía posible eso, pero era una posibilidad, aunque mas bien creía que todo seguía siendo objeto de mi ensoñación.

De estar haciendo un viaje en el tiempo, me atemorizo la idea de como regresaría a mi época. ¿Y si me quedaba allí para siempre y no sabia regresar?

Salí del exterior de la caseta y me dirigí caminando por el camino de madera hasta que llegué a una pequeña edificación blanca con un banco. Frente al banco una pared mostraba un hermoso dibujo con las sombras de dos especies de cormoranes que algún brillante pintor, a mi gusto, había

pintado de tal manera, que parecían estar vivos, apoyados en el banco de madera.

Caminé hacia la carretera y vi que en ese momento pasaba un coche.

No era un coche de mi tiempo, en el mío los coches volaban.

Justo cuando pasaba ese coche me iluminó con las luces largas.

En ese momento, el coche sorprendido de verme allí dio un bandazo y al intentar esquivar a aquella figura de aquella desconocida mujer recortándose en medio de la luz nocturna con los brazos extendidos, caí nuevamente al suelo.

Los desconocidos del coche, pegaron un frenazo en seco.

Sentí mis brazos magullados por la gravilla de la carretera y me levanté con dificultad. Vi que la puerta del coche se abría y que de el salían corriendo una mujer joven y un hombre alto, de mediana edad vestido con unos pantalones vaqueros, una camiseta gris con un mensaje en ingles que no pude descifrar, una cazadora de cuero negro y unos playeros.

El hombre tenia el cabello largo, rasgos muy varoniles y acentuados, nariz grande, pelo lacio, largo de un negro azabache, Parecía un hermoso actor indio representando un western americano.

Salieron corriendo y me miro con sus profundos ojos negros llenos de preocupación

–Se encuentra bien joven?

¿Como se llama? ¿puede hablar? si puede hablar asienta con la cabeza. Llamaremos a una ambulancia. Hemos visto la explosión a lo lejos. ¿Cree que podrá levantarse? o prefiere que no la movamos? ¿Recuerda como se llama?

Me apoye en su hombro e intente mantener el equilibrio me hallaba muy mareada.

Asentí con la cabeza.

–Me llamo Marta –solo dije–. Me encuentro, no sé. Me encuentro un poco débil y mareada. No se de que explosión me hablan. Salí a dar un paseo por la ciudad base, me conecté sin querer con el tren bala.

–No sé de que tren me habla. Suba con nosotros al coche. Me llamo Pedro y esta es mi hija Laura– La llevaré al hospital. Me preocupa bastante el estado en el que la hemos encontrado ahí tirada en la carretera. Tiene familia ¿Quiere que la llamemos? ¿Dónde vive su familia? ¿A quien podemos llamar?

–No lo recuerdo –dije aturdida: ¿En que año estamos?

El hombre me dijo el año y yo creí que definitivamente había perdido el juicio Era imposible que yo estuviera en ese lugar, hablando con aquella gente a no ser que hubiera realizado un viaje al pasado y hasta el momento, aunque lo habíamos intentado, había sido prácticamente imposible.

Y en ese preciso momento me desperté en mi habitación.

Sí, todo había sido un sueño. Me había adormecido con el casco. Ni siquiera había salido de mi cama aquella noche. Pero como de costumbre tenia la sensación de haber experimentado algo que era real.

Después de lo acontecido, me dirigí a mis seis compañeros:

Tenemos que dirigirnos a un área concreta de uno de mis sueños para encontrar a alguien que nos servirá de gran ayuda –les dije.

Es hora de que os hable de Wounded Knee más conocido por Dakota.

Me miraron como si no supiera bien lo que decía o me hubiera vuelto rematadamente loca. Nunca habían oído hablar de Dakota, era comprensible porque eran muy jóvenes como yo y no habían tenido la posibilidad de que sus caminos se cruzaran con él todavía, pero yo, a pesar

de mi juventud, había tenido ese gran privilegio. Dakota tenía un nombre que significó mucho para los antepasados de la ciudad en que nació. Su nombre en inglés antiguo significaba rodilla herida. Era un hombre muy viejo. Aunque no creo que esa palabra le disgustase mucho–. En nuestra cultura valoramos mucho el consejo de nuestros mayores y Dakota que rondaba los 103 años de vida, aunque con una mente muy lúcida que muchos jóvenes envidiarían, sin duda lo era.

–Es un onironauta experimentado como nosotros –dije para intentar tranquilizarles al ver sus caras de susto– y yo se del lugar exacto donde puedo encontrarlo.

Sentí, no sé por qué que cuando hablásemos con él y le contáramos el motivo de nuestra visita se uniría a nosotros por el puro placer de explorar.

–Nuestros mayores pueden hacerlo siempre que ellos quieran y es nuestra obligación escucharlos cuando su deseo sea aconsejarnos.

Debemos explicarles lo que sea de su interés y de su agrado porque son más sabios que nosotros y su aportación siempre es inestimable. Hacía tiempo que había coincidido con él en un sueño y le había puesto al corriente de nuestros avances. Me dijo que tenía que verme, que todo esto le resultaba muy interesante y que teníamos que hablar largo y tendido sobre ello. Sobre todos esos extraños sueños y los objetos que se materializaban para nosotros.

Así que nos encaminamos a la Sala de Fuego del CUBO y conectamos nuestros cascos.

Mis compañeros acotaron unas coordenadas concretas que les di y se dejaron conducir por mí.

Hacía un día lluvioso en el sueño y caminábamos por un camino que en tiempo de sequia habría sido polvoriento de tierra anaranjada pero que ahora estaba cubierto de barro y que discurría entre grandes pastizales.

Aún no era de noche, pero el cielo mostraba un color azul ceniza en el que unas nubes negras amenazaban con descargar su lluvia.

Comenzó a llover, al principio muy suave y luego de una forma torrencial. La lluvia era fría y el viento soplaba muy fuerte. Intentábamos parapetarnos tras los paraguas para protegernos del frio, el viento y la lluvia, pero el viento plegaba nuestros paraguas rompiendo sus varillas.

En la lejanía, como un soldado haciendo guardia a un lado del camino, se erguía el único árbol que podía verse a kilómetros de distancia con sus hojas mojadas por la lluvia.

Era muy grande y de un denso y bonito follaje.

A través de sus ramas oscuras se filtraba la luz de un crepúsculo naranja.

Nuestro objetivo era alcanzar el tren onírico que aparecía detenido en las vías cerca del árbol.

Lo hubiéramos alcanzado de no ser porque en la lejanía divisamos a un hombre joven vestido con el cabello un poco largo recogido en una coleta plateada que subido a lomos de un caballo tan blanco como sus ropas se mostró dispuesto a interceptarnos seguido de un hermoso lobo de lomo plateado.

Cuando nos vieron, el lobo cuyo pelaje gris estaba mojado por la lluvia aguzó sus orejas y se quedó muy quieto mirando fijamente. Parecía a punto de atacar, tal vez gruñó en la lejanía no lo sé, no estoy segura.

Contuve la respiración al ver que el lobo se lanzaba a la carrera.

Por un momento me bloqueé y no supe que hacer. Luego, comencé a correr abandonando el camino de tierra para internarme en medio de aquellos campos cuya hierba me llegaba hasta más arriba de la cintura.

Sabía que en el camino al lobo le resultaría mucho más fácil seguirme que si me internaba en mitad de aquellos campos interminables de hierba. El grupo imitó mi gesto.

–Tenemos que separarnos. –Les dije–. Será más difícil que el lobo nos ataque a todos si vamos por separado.

Pero el lobo, a lo lejos, quedó quieto, como confundido. El caballo entretanto para nuestra extrañeza, comenzó a relinchar. Hizo una cabriola irguiéndose sobre sus patas traseras y emprendió el galope con su dueño aferrado fuertemente a sus bridas.

Por un momento, temimos casi más la furia del caballo que la del lobo que se dirigía ahora a pleno galope hacia nosotros resollando, buscando caminos para atajar en medio de los truenos

En ese instante, el terror nos atenazó y nos visualizamos muertos bajo los cascos del caballo y finalmente por los afilados colmillos del lobo, sabíamos que estábamos soñando, eso sí, pero incluso en el sueño se puede experimentar la sensación de morir de dolor.

Cuando, su dueño, hizo detenerse al caballo al llegar a nuestra altura, musitó algo al lobo que se tumbó en el suelo como un perrito obediente. Descabalgó de su montura de un salto y le obligó a doblar sus patas y tumbarse dócilmente en el suelo mientras le acariciaba sus sedosas crines.

–Debéis seguirme. –Nos dijo el recién llegado–. No debéis de temer ni a mi caballo, ni al lobo ni a mí. Dakota me ha hecho venir para que os conduzca al lugar donde os espera.

–¡Haberlo dicho antes! –Rezongué–. Por un momento lograste asustarnos. Yo llegué a pensar que tu lobo quería devorarnos.

Obtuve por respuesta una velada sonrisa y una invitación amable a pasar delante de él y sus animales,

Debo decir que aquello trastocó la idea que yo tenía del lugar donde estaba Dakota.

Mi objetivo hubiera sido coger aquel tren y llevarlos a ese lugar en concreto donde en principio les dirigía con mis coordenadas, pero... como podía sospechar yo que aquel hombre joven y apuesto, acompañado de su caballo y su lobo, eran sus enviados y que Dakota nos esperaba en un lugar totalmente distinto.

Volvimos sobre nuestros pasos y accedimos a la invitación de aquel extraño.

Allí nos aguardaba el lobo que en aquel momento se limitó a aullar y seguir al grupo desde una prudente distancia.

El hombre nos condujo a través de infinitos campos de trigo y amapolas. Caminamos en silencio durante la noche, había dejado de llover, encendimos nuestras linternas y nos guiamos por la antorcha que llevaba el jinete en sus manos.

No supimos cuánto tiempo estuvimos caminando así en la oscuridad ni exactamente hacia donde, solo sabíamos que el tren onírico había quedado muy lejos y nos dejábamos simplemente guiar por aquellos extraños así que ya cuando amanecía llegamos a unas cabañas de adobe donde aguardaba una manada de caballos.

Aquel hombre nos dio a elegir el que más nos gustaba.

El mío era pelirrojo con unas largas y suaves crines escarlatas.

Incluso Arquímedes con sus alas de ángel, que ya habían crecido mucho en aquel sueño y le llegaban casi al suelo, se decantó por un caballo negro como el carbón que era tan veloz como el trueno. Era gracioso ver a un ángel como el subido a lomos de un equino. Me sentí tan dichosa por hacerle feliz con aquellas alas imaginarias que me sentí triste de que él no me pudiera devolver a mí toda aquella felicidad. Lástima que él no pudiera hacer lo mismo conmigo. Pero soy generosa. Sé que, aunque lo intente él nunca me amará. Así que lo único que puedo hacer por él es amarlo de un modo incondicional sin esperar nada a cambio.

En los sueños, las distancias y el tiempo a veces se acortan y otras se alargan y son siempre relativas, todo el mundo sabe que la percepción del tiempo en los sueños no es la misma que en el mundo real por eso cuando cabalgamos me parecieron muchísimas horas.

Habíamos ido desplazándonos hacia unos de extraños bosques de bambú tan densos en algunos tramos, que los rayos del Sol no alcanzaban a traspasarlos, sumiendo el paisaje en la semi-oscuridad, hasta que finalmente, cuando menos lo esperábamos nos topamos de bruces con Dakota.

Una vez ante él, aquel hombre joven que nos había servido de guía, cogió todos nuestros caballos de las cinchas y se alejó con la manada custodiada por el lobo plateado muy pegado a sus talones no sin antes dirigirle a Dakota un saludo reverencial.

Miré a Dakota.

Hacía mucho tiempo que su cuerpo no le obedecía, pero no estaba muy limitado gracias al exoesqueleto que solía vestir, una especie de traje similar a un caparazón metálico que le confería el aspecto de un escarabajo egipcio. El traje, una armadura metálica plateada y de un reluciente verde cubría sus pectorales, sus brazos y especialmente sus rodillas. El traje detectaba las señales de su cerebro y le permitía conducir éstas a los músculos artificiales del exoesqueleto, transfiriendo la fuerza y energía que debido a su edad había perdido. Le gustaba llevarlo, incluso en los sueños, pues así es como veía y como quería que los demás le viesen.

Era a pesar de todo un hombre alto, fuerte y corpulento de cabellos largos y canos, cejas plateadas muy pobladas, barba descuidada y amables ojos aceitunados.

Fue deportista en sus años jóvenes y se conservaba bien pese a sus años, cosa que podía observarse perfectamente en la musculatura de sus piernas y brazos.

Su profesión había sido chamán, una profesión ancestral recuperada, aunque de éstos, ya quedan pocos en el mundo y los que han sobrevivido a la civilización son tan huidizos y posiblemente tanto o más viejos que él.

Su especialidad hasta el momento era el conocimiento de culturas antiguas y las plantas. Lo sabía todo sobre las pocas que nos quedan en nuestra sociedad actual y también sobre las extintas. Los chamanes se dedican a estudiar la naturaleza y el arte como parte de un todo y en todas sus formas.

Esta escultura, expresión ancestral artística de una cultura extinta, era una de las razones por la que yo había requerido su ayuda y su consejo.

Aunque ya había dejado sus obligaciones de trabajo a la sociedad hacía mucho tiempo, su mente estaba ávida de conocimientos nuevos y le gustaba ayudar en todas las ocasiones que se le presentaban.

Así que allí estábamos los siete magníficos junto con Dakota frente a aquella cosa que yo había encontrado.

Una rara escultura de un hombre que parecía estar escuchando lo que le decía una enorme piedra.

Solo, que en otro contexto y emplazamiento distinto.

Dakota había cogido aquella escultura con la que yo me había topado en el tren bala y la había trasladado a otro escenario de un sueño, hacia un bosque de bambú.

En el lugar de nuestros sueños corría un río tranquilo. Dakota estaba agachado tirando piedrecitas al agua. Contemplaba divertido las ondas concéntricas que éstas generaban al impactar con el líquido elemento.

No se oía otra cosa que el murmullo del agua y el trino de algún pájaro perdido en la espesura. Parecía un lugar mágico al amanecer y lo más mágico de todo, era la escultura, que había aparecido como por obra de magia en aquel lugar, muy cerca de él, dentro del mismo caudal del río.

–¡Hola IO! ¡Bienvenida! Siento haber tenido que enviar a mi ayudante a secuestraros, pero al final decidí otro sitio mejor para establecer nuestra cita que el tren onírico. –Sonrió y señaló la escultura–. Me tomé también la molestia de coger la imagen del archivo de tus sueños. No es la ubicación real de la estatua en tu sueño, pero es sin duda un lugar mucho más amable para todos.

Asentimos para indicarle que así era y le dimos las gracias.

Dakota nos hizo una seña para que nos adentrásemos en el río, a su lado. No cubría mucho y nos remangamos los pantalones para evitar mojarnos.

La ubicación real de la estatua de piedra estaría en la calle Cabruñana, a la altura del hospital de caridad en lo que fue una pequeña ensenada cercana a las ruinas del carvalledo viejo, ahora en su lugar había un andén abandonado en uno de los túneles de salida de la ciudad próximos al tren bala, en ese momento, ninguno de nosotros lo sabía excepto yo, que en mi osadía por hacer una excursión nocturna me había dado de bruces con la citada estatua.

Pero, aquello era un sueño, la estación con la que yo soñé ni siquiera existía ya y como decía Dakota ni personas ni objetos tenían por que ocupar su ubicación real si queríamos jugar con ellos.

Dakota se arrodilló y colocó su oído sobre la piedra imitando el gesto que también hacia la escultura que tenía por nombre: El hombre que escucha la Piedra porque representaba la idea de un hombre con el oído pegado a una roca como si realmente esta le estuviese hablando de todas esas gentes que año tras año y siglo tras siglo pisaron los guijarros de la ciudad y le contaron al pasar sus múltiples historias.

–Dadme la mano y escuchad. –Nos rogó.

Dudamos un poco y con timidez pasamos dentro del agua. Allí con los tobillos sumergidos en su gélida frescura,

Dakota nos pidió que nos diésemos la mano formando un estrecho círculo y pegásemos un oído a la frialdad de la piedra de aquella escultura.

Al principio no escuchamos nada excepto un murmullo particular como el que producen las grandes caracolas en los océanos de las que hoy solo se guarda constancia en los museos marinos. Luego, escuchamos unos hermosos cánticos que parecían conminarnos a bailar.

–Permaneced unidos y danzad. –Nos indicó la voz–. ¡Bailad con esta que es nuestra "DANZA PRIMA"!

Poco a poco nuestros pasos desacompasados se fueron convirtiendo en un ritmo cadencioso al sincronizar con los de Dakota.

Era algo absurdo, pero sabíamos que Dakota no era ningún tonto ni demente y que sus razones tendrían al sugerir que danzásemos, por eso, admitimos con gusto sus peticiones y nos pusimos a cantar la canción.

Aquello era muy raro, porque jamás habíamos oído aquella canción y sin embargo todos y cada uno de nosotros conocíamos su letra:

Al pie de una fuente clara,
que por el oro corría,
que por el oro manaba,
a orillas del mar que suena,
a orillas del mar que brama.
Ya viene la blanca niña,
ya viene la niña blanca,
al pie de la fuente fría.

Dakota cantaba más alto que nosotros.

–No paréis y cerrad los ojos. ¡Seguid cantando! ¡No os detengáis! –Nos conminó. ¡Pensad en la niña blanca!

Y allí en aquel sueño colectivo veíamos a Krang nuevamente observando como cerca de nosotros se materializaba

la lancha de Fran Ahmed y a Lila con la danza prima sonando de fondo.

Y también vimos como Fran Ahmed le decía a Lila en aquel barco con la luz del candil apagada:

–Lila la clave está en los libros, alguien ha puesto esas dos citas en libros distintos para identificar a los portadores, quizá seamos nosotros y ésta la clave que debemos pronunciar: los versos que están aquí escritos, son los versos de la Danza Prima. Ya viene la niña blanca.

Lila quiso objetar algo, pero acabó mirando algo aturdida y triste el libro como si no se fiara del todo y leyó la cita en una de sus páginas a la vez que Fran hacía lo propio con su libro.

Los dos juntos diciendo las mismas frases parecían entonar un salmo mágico que se elevaba al cielo con una fuerza poderosa unidos a nuestras voces.

Sí, nosotros también leíamos como los personajes de nuestros sueños las citas de aquellos libros y decíamos aquel verso que era la primera vez que escuchábamos pero que nos sonaba como si lo conociéramos desde hace muchísimo tiempo de la propia voz de los personajes.:

"Ya viene la niña blanca, al pie de la fuente fría". "Ya viene la niña blanca".

Pero había alguien más con ellos escuchando sus palabras. Al principio, no nos dimos cuenta hasta que vimos que un remolino de luz azul los envolvía y los succionaba hacia la profundidad del río a la vez, que nosotros siete, sentimos que la estatua se desmoronaba en nuestros dedos como finísima arena y nos sepultaba en un remolino de arena y agua, como si el suelo hubiese cedido bajo nuestros pies.

Descendimos a muchísima profundidad en el agua buceando para volver a ver la estatua, como si alguien, la hubiese arrancado de nuestras manos en la superficie para depositarla en el fondo.

A medida que caíamos cada vez más y más abajo, con los ojos muy abiertos, respirando por nuestras fosas nasales escuchábamos aquella extraña canción que minutos antes habíamos escuchado en la superficie, pero esta vez, con un volumen amplificado bajo el agua y los latidos angustiados de nuestros corazones:

Al pie de una fuente clara,
que por el oro corría,
que por el oro manaba,
a orillas del mar que suena,
a orillas del mar que brama.
Ya viene la blanca niña,
ya viene la niña blanca,
al pie de la fuente fría
ya viene la niña blanca.

La estatua se había vuelto semi transparente con nuestros cánticos, aquellos cánticos que más que emitidos por nuestras bocas resonaban en nuestros estómagos, nuestros pulmones, nuestros cerebros… Y vimos en la estatua la zona donde se ubicaría el corazón en la estatua y a Alika que intentaba auxiliar a Eckel sumergida en el agua depositando la piedra en su interior para acabar poco después ahogada en esa misma zona muy cerca de la estatua.

Vimos como los ojos azules de Eckel se volvían vidriosos al caer en el fondo mientras veía la estatua de piedra sumergida en el agua.

¡La pequeña piedra de estructura perfecta, fue desplazándose por el agua de un modo inteligente y extraño (!porque flotaba!) hasta encontrar el hueco en el que se ubicaría el corazón en la estatua que ahora estaba vacío. Quedó allí encastrada dentro de ese hueco como si ese hubiese sido siempre su lugar original y tomó tonalidades de un gris a un blanco luminoso, casi fosforescente pareciendo latir con fuerza debajo del agua.

Eckel, la periodista, alcanzado su objetivo se dejó morir en paz mientras veía como los destellos de colores ascendían

y rodeaban lo que en el futuro serían nuestros cuerpos que contemplaban sin poder hacer nada aquella escena del pasado.

El corazón se insertaba en el lugar que le debía haber correspondido al hombre escuchaba a la piedra

Pero a la vez, que nosotros bajo el agua contemplábamos esta escena, también veíamos a Krang convertido en una extraña bola oscura como el carbón dando vueltas y vueltas alrededor de la estatua como si quisiese desentrañar su misterio.

Por un instante, temimos que aquel ser nos atacaría, especialmente Oxi, que emprendió una desesperada huida hacia la superficie creyendo morir en aquel preciso instante al recordar todo lo que aquel ser en sueños la había torturado, pero, Edmundo la tranquilizó sujetándola por los hombros y ésta se dejó flotar con los ojos abiertos en el agua comprendiendo que perder los nervios en aquel momento, podría suponer un peligro no solo para sí misma si no para todo el grupo.

El maligno ser actuaba como si no los viese, como si éstos se hubiesen vuelto invisibles para él.

Solo tenía ojos para apresar a Eckel que ahora estaba totalmente fuera de combate y para la estatua en el fondo del lago a la que rodeaba en círculos sin perder de vista su palpitante corazón que contenía a Pop y Rel en su interior.

Pronunció una y otra vez las frases que había escuchado a la pareja decir en la lancha hasta darse cuenta que con él no funcionaban porque tal vez, solo había alcanzado a oír los versos finales:

–"La niña, la niña blanca". –¡Maldita sea!–. Bramó ¿porque la piedra no me succiona a mí y me introduce dentro de su estructura? ¿Porque no puedo ver lo que alberga en su infinito micro universo?

Pero en él no funcionaba. Al menos en ese entorno.

Crispó sus puños, se mimetizó con la estatua, arrancó furioso la piedra de su corazón y se desdobló alejándose de ella. Estaba muy enojado. Se llevaría lo que había dentro de ella: Aquellos dos seres con forma de pingüino y a la desfallecida Alika que estaba inconsciente. Ya tendría tiempo de saber como habían podido meterse aquellos seres extraterrestres en el corazón de aquella reducida piedra. Ahora había algo más acuciante que solucionar.

Mientras, emergía con su cuerpo chorreando una ingente cantidad de agua, se iba convirtiendo en un hombre trajeado de una altura descomunal, con un sombrero de ala ancha que ocultaba un rostro deforme e inacabado.

En una mano llevaba el corazón de la piedra y en la otra el cuerpo inerte de Eckel, lo llevaría antes de ir al Sol con todos los otros que tenia encerrados en bolsas en un lugar inundado por las aguas, un lugar donde nunca nadie los encontraría.

Entre tanto nosotros, buscábamos refugio tras Dakota presos del terror ignorantes de que era un acto absurdo porque el robot no nos veía. Era como estar viendo una vieja película...

Dakota sonrió y dijo unas palabras tranquilizadoras.

–No temáis. No os puede ver. Es una imagen de otro tiempo como un viejo fotograma. Simplemente, lo que veis aquí, es un fantasma no está, es algo que fue y que ya es pasado, no puede haceros ningún daño.

Aquel día lo recordaríamos de por vida.

Gracias a Dakota y a lo que él llamaba nuestra DANZA PRIMA pudimos ver...

Pudimos ver hacia dónde se dirigía ese ser malvado y su trayectoria desde donde nos encontrábamos. Se dirigía a una cueva submarina a unos 3 km de aquel lugar.

Sabíamos que el paisaje no sería igual al actual, ni siquiera ahora tal vez se encontraba bajo el mar o tal vez sí: ¡Quién

lo sabía! Dada la gran transformación que sufrió la Tierra, tendríamos que construir túneles para llegar hasta allí, pero eso era posible porque sabíamos de alguna forma que aquel lugar existía en realidad en alguna parte de nuestro mundo.

Y yo, había descubierto por accidente aquel lugar, ahora que el nivel de las aguas había descendido, cuando el tren bala me enganchó por error y me llevó a aquella estación abandonada.

Solo quedaban algunos huesos de ellos que milagrosamente aquellas bolsas parecían haber preservado y de las que ya no quedaba ningún resto, como si los hubiese contenido durante muchos años y al final se hubieran desintegrado volcando su contenido.

Como era una estación abandonada a la que nadie había ido, nadie había reparado en aquellos huesos y si alguien había reparado no lo había dicho.

Vimos como el ser esférico partía hacia el Sol con el corazón de piedra y los dos extraterrestres encerrados en su interior.

No había podido adentrarse en el corazón del hombre de piedra por eso había decidido arrancarle el corazón con lo que contenía y abrirlo en aquella ciudad en el Sol.

Quería saber que se ocultaba en aquella ciudad rosa que le tenía tan intrigado.

Una vez allí descubriría como abrir el corazón de piedra para sacar su contenido: a los dos Wanik al Ore que se hallaban encerrados en su interior.

Así que fue al Sol, descubrió la ciudad y liberó a los seres que se habían escondido en aquella piedra con forma de corazón.

Los liberó y una vez desprotegidos de su carcasa se encargó de asesinarlos.

Pero no contaba con la repentina aparición de la Niña Blanca en escena o tal vez sí, tenía un leve recuerdo, un dejá

vue de todo lo que había pasado, aún así no podía dejar de repetir todos aquellos actos.

Ella blandía un objeto de cristal reluciente como un gigantesco diamante frente a sus ojos inquisitivos mientras le decía desafiante:

–Estabas esperándome desde hace muchísimo tiempo, aunque tu mente lo había olvidado y mira que te advertí que esto era lo que iba a suceder finalmente. ¿No es cierto que ya no te acordabas de mí y de este prisma?

LO MÍNIMO, UNOS ZAPATOS

Mientras aquella mañana seguía el trajín de gente que entraba y salía de los ascensores del CUBO me fijé que en uno de ellos entraba un robot muy alto. Era de un color blanco anacarado y llevaba las manos esposadas en la espalda. El robot se introdujo en el ascensor junto a dos policías custodiándolo a cada lado.

Me fijé en su rostro. Era un viejo prototipo bélico, aunque era metálico y no parecía tener expresión, a mí me pareció que estaba muy triste, tal vez avergonzado de sus actos porque miraba continuamente al suelo y no tenía una actitud desafiante.

Itzel caminaba a mi lado y me volví hacia ella para preguntarle por aquel robot. Sentía curiosidad por que era lo que estaba haciendo allí en nuestro CUBO.

–¿A dónde le llevan? –Pregunté.

Itzel miró primero al robot y después a mí.

–Sí, es cierto. Me lo preguntas extrañada lo sé, pero tú no has dado esa autorización. La he dado yo.

–¿Y eso, porqué? –pregunté cada vez más intrigada.

Itzel contempló como las puertas del ascensor se cerraban llevando al robot a alguna sala concreta.

–Pues resulta que este angelito trabajaba en una granja para fabricar el pigmento y en un momento dado algo pasó

en sus circuitos que se volvió majareta e intentó matar y destruir toda la planta. Afortunadamente pudieron reducirlo, pero en el Penal están saturados y me pidieron que si podían atenderlo nuestros médicos.

–¿Está herido? –Lo miré con gravedad.

–Sí. –Respondió Itzel. –Claro que sí.

Observé como el ascensor subía a una velocidad vertiginosa y se perdía por unas de las inconmensurables plantas transversales de la máquina.

Llevábamos mucho tiempo caminando, supervisando el trabajo que se desarrollaba en todas las instalaciones y a las dos nos dolían las piernas.

Esto como ya he dicho era debido a que todos los suelos estaban imantados para que circularan con más facilidad los robots.

Nos paramos ante las puertas de un ascensor tras las que se veían unos railes y una inscripción en las puertas que decía que aquellos ascensores únicamente podían ser utilizados por los autómatas.

–¿Y cual va a ser el destino de ese reo? –sentí lástima al recordarle allí subiendo a aquel ascensor esposado y escoltado por dos policías armados.

–Pues no sé –contestó Itzel–. Tal vez lo reparen, aunque es muy probable que lo destruyan y utilicen todas sus piezas como chatarra o que sea vendido en alguna feria. Veremos a ver… ¿te parece mal que haya concedido al penal la autorización para que nuestros médicos lo revisen? Es seguro que va a poder ser utilizado para chatarra o vendido como objeto decorativo. Si quieres pido que nos den las piezas. Es posible que podamos utilizar algo de él en nuestras instalaciones.

Yo miré los profundos ojos azules de Itzel y respondí con la mirada perdida puesta en el ascensor cuyas puertas se habían cerrado hace rato.

–No, en absoluto me molesta. Y en cuanto a las piezas, déjalo así que los doctores diriman que es lo que hay que hacer con ellas.

En aquellos momentos aquel robot me recordaba a un sueño que había tenido hacía unos días. En este caso, el reo no era de metal. Era un hombre guapo y rubio, de otra época, un paisaje añil en el que se dibujaba un camino rural y polvoriento que se internaba en medio del bosque y alcanzaba el lugar donde se ubicaban las trincheras.

Las vistas al mar eran impresionantes en un lugar protegido y oculto que no se podía ver a simple vista desde el pueblo en aquella simulación del CUBO.

Un niño pequeño y escuálido salió corriendo a recibir al recién llegado. Llevaba unos pantaloncitos cortos con tirantes y unas botas polvorientas negras acordonadas. Le costaba correr y presentaba la rigidez en las piernitas característica de la polio.

Llegó a su altura y se puso muy contento mientras comenzó a gritar para alertar a los que estaban adentro.

–¡Que viene el Nene! ¡Que viene el Nene!

El Nene le dio una palmadita en la espalda y haciendo un truco de magia hizo salir de la oreja del niño una moneda de chocolate que le ofreció chasqueando los dedos y poniéndola sobre sus ojos.

El pequeño ojiplático rio a carcajadas, cogió la moneda de chocolate y le quitó la envoltura dorada mientras se manchaba el rostro al comerla y el Nene le revolvió cariñosamente los cabellos.

Jesús, o “el Nene” como así le llamaban se colgó otra vez el saco sobre los hombros del que había sacado la moneda de chocolate y siguió al pequeño a través del estrecho camino bordeado por una hierba muy alta que casi les tapaba a los dos. Apartó las hierbas con las manos para poder caminar mejor y ver al niño que corría delante guiando sus

pasos, entre la hierba como una gacela y apuró las últimas bocanadas de su cigarro para tirar finalmente la colilla y aplastarla con su bota. Llegaron a una especie de caseta de hormigón armado sin puerta y la atravesaron casi reptando. Era fría como una cueva.

Al otro lado en los caminos que habían construido entre la hierba, entre montones de sacos de arpillera apilados a un lado y a otro los hombres miraron a los recién llegados. Unos abandonaron sus fusiles y se pusieron a departir mientras charlaban amigablemente y descansaban un poco, los otros continuaron enfocando sus objetivos con sus armas y continuaron trabajando.

El Nene miró a los hombres. Parecían extenuados y tristes, manchados de polvo, barro y sangre.

Uno de ellos se acercó a él y le dio un estrecho y fuerte abrazo en el que temió que sintió que casi se disolvía. – Le oyó toser, tenía una tos muy fea. Si las bombas o los fusiles no lo mataban lo haría la enfermedad pulmonar que padecía.

–"Camarada Jesús". Gracias por venir a vernos.

El hombre que le hablaba era Rubén, quien dirigía aquella trinchera. Tenía una barba incipiente de varios días y estaba muy demacrado. El Nene combatía en otra trinchera cercana a él, pero, en ocasiones, se escapaba al pueblo para traerles suministros, comida y algunos medicamentos.

Su labor no consistía solo en hacer de recadero.

Era uno más en las trincheras y pese a su juventud, luchaba como el más aguerrido de ellos si llegaba el caso.

Se fijó que Rubén era un hombre limpio y pulcro por su barba bien rasurada, aunque ahora parecía triste y famélico, incapaz por más tiempo de disimular toda su tristeza y cansancio.

El Nene depositó el fardo e hincó una rodilla en el suelo para sacar todos los objetos que llevaba dentro.

Sin decir nada fue sacando un poco más de crema de afeitar, crema de dientes que casi era un auténtico lujo, varios paquetes de galletas de chocolate, aspirinas, yodo, vendas y varios paquetes de tabaco.

Al sacar los paquetes de tabaco sin levantar los ojos aún del suelo se fijó en las botas de Rubén que tenían un enorme agujero a través del que se veía completamente el dedo gordo del pie con un aspecto sanguinolento.

–Eso no tiene muy buen aspecto como tu tos. ¿Me permites verlo?

Rubén asintió y entre toses se descalzó.

El Nene puso cara de desagrado al ver la herida.

–¡Puag! ¡está muy mal! Si no lo curas se te va a gangrenar. Ahí con lo que traigo va un poco de yodo y vendas limpias. Tienes que curarte eso.

–¡Y Tabaco! –Exclamó Rubén señalando la cajetilla, ignorando el dolor y cambiando de tercio–. Yo lo que quiero es tabaco. No sabes cuánto he echado en falta el tabaco. Llevábamos varias semanas fumándonos las colillas que encontramos por el suelo y ya no nos queda ninguna.

–Pues aquí tenéis para otra temporada. –Jesús rompió con sus dientes un extremo de una cajetilla y le dio unos golpecitos para sacar un cigarro. Le ofreció uno a Rubén y encendió otro para él.

–Y en la bolsa también van libritos y más tabaco, pero del de liar –añadió.

–¡Gracias por todo camarada! ¡Eh chicos! ¡Venid aquí que el Nene trae tabaco –gritó a los que estaban en el fondo!; Se volvió para cogerle por los hombros mientras le dirigía una mirada franca llena de agradecimiento–. Nene, nunca podré agradecerte todo cuanto haces por nosotros.

–No son merecidas. –Respondió avergonzado–. Los compañeros tienen que ayudarse. Y en serio cuídate ese

dedo o tendrán que cortártelo y también esa tos, si enfermas no podrás combatir.

Rubén le dijo que aguardara un momento.

–¡Espera! –Le dijo y bajó la mirada triste hacia sus botas y al dedo ensangrentado que se veía a través de la rotura.

–Echo mucho de menos a Luisa. Cada noche cuando me voy a dormir a ella y a mi madre les encomiendo mis últimas plegarias. Sé que voy a morir cualquier día y me apena creer que ella no sabrá lo mucho que la quiero.

El Nene le regaló una blanca sonrisa.

Iré al pueblo y traeré tus botas y cuantas pueda comprar con este dinero que me das y le entregaré a esa novia tuya tu carta.

Se dieron un fraternal abrazo.

Bajó al pueblo, a donde vivía. Se puso una gorra con visera y un pañuelo de lana que casi le tapaba el rostro, se subió el cuello del abrigo para ocultarse lo más posible y no ser reconocido.

Cuando llegó a altura de su casa vio que sus dos hermanos más pequeños: Víctor y Ramón estaban jugando a la altura de su casa con unas alpargatas muy rotas.

Hacía muchos meses que no los veía.

Su último recuerdo de juventud estaba en aquella casa antes de marcharse al frente a combatir. En aquel momento él bajaba por las escaleras y Víctor, su hermano más pequeño, se despedía de su madre para ir a la escuela. Fue aquel mismo día cuando le dijo a su madre que se marchaba a combatir y ella le golpeó con sus puños en el pecho y rompió a llorar de un modo desgarrador. Víctor no había podido enterarse porque en aquel momento marchaba para la escuela.

Los ojos verdes del Nene se ensombrecieron. En aquel momento, daría lo que fuese por abrazar a sus hermanos que en aquel momento jugaban muy entretenidos al fútbol

con un viejo balón al que golpeaban con unas alpargatas de esparto rotas.

En su imaginación, se veía picando a la puerta de su casa, donde su madre, embargada por el dolor y las preocupaciones saldría a recibirle y llenaría su rostro de besos y lágrimas, y le abrazaría y colocaría bien su jersey de lana y su madre, se cercioraría de que todo en él estaría bien y volvería a llorar y le abrazaría de nuevo.

Remedios, aún era una mujer joven, pero, tanto dolor y tanta tristeza habían cubierto sus cabellos prematuramente de plata.

Sin decir nada al respecto, ignoró a los niños que no le reconocieron –mucho mejor– pensó y picó en una casa contigua.

Tenía el corazón roto, pero sabía que si picaba en casa para ver a su madre o les decía algo a sus hermanos les pondría en peligro.

El Nene tocó el bolsillo de lana de su chaqueta y rozó la culata de la pistola. Eso le dio seguridad y también ver que no había nadie sospechoso a ambos lados de la calle, ni nadie que pareciera seguirle.

Picó en la puerta que ponía la dirección del papel.

Le abrió una muchacha muy joven y escuálida en cuyo rostro se veía un enorme sufrimiento como si le hubiesen caído muchos años encima de repente.

Era la novia de Rubén e iba vestida de luto con un vestido muy largo que resaltaba la palidez de su piel. Tenía los ojos muy grandes y negros y unas mejillas sonrosadas por el frío.

–Me lo ha dado Rubén para ti, –habló a través del pañuelo que le tapaba el cuello y parte de la cara sin quitarse la gorra de la cabeza.

La joven giró la cabeza a un lado y ahogó un sollozo en un pañuelo que llevaba.

–¡Ay madre! –dijo– ¡Vienes de parte de mi novio!

Un poco más calmada y con emoción contenida tomó la carta que le daba el Nene con manos temblorosas.

–¿Cómo está? ¿Le has visto? ¿Está bien?

El Nene asintió y le dijo:

–Sí, dice que te quiere y que no te olvides de él. Que cuando acabe esta guerra maldita seguro que se casará contigo. –El Nene mintió. Nada le había dicho Rubén de tal cosa, aunque no cabía duda que quería a esa chica así que ningún mal había en darle una pequeña ilusión como esa…

Ella asintió y como si no le conociese de nada o fuese un vendedor inoportuno picando a la puerta, bajó tímidamente la cabeza y se internó nuevamente en su hogar cerrando la puerta a su espalda.

Sin perder más tiempo, Nene Bajo la cuesta y se dirigió a la zapatería del pueblo.

En el camino observó como una abeja zumbaba cerca de su oído. Se bajó el pañuelo que le cubría la cara y la apartó de un manotazo más por el ruido molesto que para evitar que ésta le picase.

Llevaba tanta ropa encima y había tan poca piel expuesta al aire que parecía imposible que el insecto pudiese hacer algo así.

La abeja, harta de dar vueltas a su alrededor y cansada de su juego se alejó volando hacia unas flores de las que empezó a libar.

Era hermosa, con su pequeño y redondito cuerpo rayado negro y sus alas transparentes, como de cristal. Durante un instante se quedó hechizado siguiendo su errático vuelo.

Se dirigió a la zapatería. En aquella zapatería en especial se ayudaba a los combatientes de la república. El dueño disimulaba, pero se estaba convirtiendo en un secreto a

voces. Debería empezar a tener cuidado. Sabía lo que tenía que hacer, luchar por lo mínimo que podían tener aquellos hombres de la trinchera, por los zapatos rotos de sus hermanos.

A aquellas horas en la zapatería no había nadie. En el escaparate se exhibían un montón de zapatillas de felpa de varios colores, algunas botas y zapatos elegantes de mujer e incluso algunas madreñas con un diseño innovador.

El zapatero que parecía entretenido haciendo apuntes en un pequeño libro de contabilidad alzó los ojos cuando le sintió entrar por la puerta y se bajó las gafas un poco de la nariz para mirarlo con detenimiento.

–¿Que se le ofrece joven?

–Vengo a pedirle unas alpargatas para mis hermanos pequeños para Ramón y para Víctor, usted los conoce son los hijos de la Remedios.

–Remedios –dijo dubitativo–. Si la conozco. Tú eres el Nene. Hace casi un año que no se te ve por aquí. Decían que estabas combatiendo en el frente. ¿Y que quieres? No quiero que nos vea nadie. Es preciso que te vayas lo más pronto de aquí porque si saben que yo te ayudo, me puedes meter en serios problemas.

–Quiero que me de unas botas de hombre de la talla 46, unas alpargatas para mis hermanos y distintos números de zapatos para mis compañeros. Quiero todas las botas que pueda llevarme con este dinero que traigo. ¡Mire es bastante puedo pagarle!...

El Nene puso los billetes que Rubén le había dado encima del mostrador.

El hombre esgrimió una risa sardónica al mirar el dinero y le dirigió una mirada cargada de ironía.

–No llevas suficiente dinero para lo que quieres hijo. Lo mejor que haces es recoger todos estos billetes y largarte

corriendo por donde has venido. No puedo ayudarte y aquí me estas poniendo y te estás poniendo en un grave peligro. ¡Bastante hago con avisarte!

–Yo solo quiero alpargatas. –Replicó el Nene–. Alpargatas para mis hermanos para que no anden descalzos cuando van por la calle. Porque yo quiero un mundo mejor y lucho por un mundo donde no haya diferencias ni injusticias. Yo quiero un mundo en el que cualquier hombre o niño se sienta bien en su calzado. Así que quiero unas alpargatas, y unas botas con distintos números. Tengo suficiente dinero para pagarlos. No le voy a entretener mucho ni le voy a poner en aprietos. Cogeré las botas y me marcharé por donde he venido sin hacer ruido.

El hombre miró los billetes y pareció apiadarse de él.

–Espera un momento tengo que entrar al almacén a buscar esos zapatos que me pides ¡Está bien!, ¡Te daré tus botas! Voy a ver lo que me queda en el almacén. ¿Cuántos números te doy?

–Todos los que pueda cargar.

El Nene apoyó el brazo en el mostrador dispuesto a esperar. Tenía calor y se quitó la chaqueta que colocó cuidadosamente en el mostrador.

Respiró con satisfacción mirando los zapatos cuidadosamente colocados en las estanterías.

Hacía un hermoso día de primavera, aunque algo frío. Pero aún así, le gustaba la libertad de no tener la cara escondida bajo su bufanda ahora que el tendero había entrado en el almacén, pero, se sentía alerta y se colocaría la bufanda si viese que alguien entraba por la puerta.

En ese momento una abeja entró en el establecimiento. Pudo haber sido la abeja que hacía un instante había mirado embelesado. La abeja dio varias vueltas en torno suyo y el Nene sonrió, quedándose muy quieto para evitar que esta le pegase un picotazo.

Se imaginó si sería la misma que había visto libando en una flor cuando bajó al pueblo a llevar la carta a la novia de su amigo.

Poco imaginaría que mientras ocurría esta escena, se estaba produciendo una llamada desde el interior del almacén.

Lo último que recordaría de aquel día sería la entrada en la zapatería de dos hombres vestidos de civil armados con sendas pistolas.

Quiso sacar la suya de la chaqueta, pero ya no pudo porque uno de ellos le dobló un brazo a la altura del omóplato inmovilizándolo mientras con un pistola le encañonaba la sien.

–¡Vamos! ¡Basura! ¡Inútil levántate! ¡Camina! ¡Camina, basura! El hombre le pegó una patada en un gemelo que le hizo proferir un aullido de dolor.

–¡Necesito la chaqueta! –Gimió– ¡Mi chaqueta! ¡Por favor! ¡Por favor! –¡Hace frío! ¡No quisiera dejarla aquí olvidada en la tienda, es un regalo de mi madre!

El más alto de los dos sonrió. Tenía una cara tan delgada que parecía cadavérica y un montón de arrugas incipientes alrededor de su boca.

Le hizo un gesto a su compañero para que cogiese la chaqueta de lana y le pegó con el cañón de la pistola en la espalda obligándole a caminar delante de él.

–¡Coge su asquerosa chaqueta y dásela, aunque, donde vamos no va a necesitarla!

Aquel sueño me había impactado tanto y ahora al imaginarme a aquel robot escoltado por la policía sentí una inmensa lástima y tristeza. Pensé en lo horrendas que eran las guerras, las guerras que dejaban a madres sin hijos, huérfanos de futuro incierto, esposas, y novias que reharían sus vidas o morirían esperando el regreso de sus amados.

Pensé en los niños jugando al fútbol con sus zapatos rotos que ponían entre semana y en acontecimientos como bodas, bautizos y funerales, los mismos zapatos rotos de todo uso a través de los que se colaba el agua, el polvo y el barro.

Pensé en aquel robot y en si merecería una nueva oportunidad a pesar de lo que fuese que hubiera hecho.

Nadie era más que nadie y todo el mundo y como el Nene había dicho.

"Porque yo quiero un mundo mejor y lucho por un mundo donde no haya diferencias ni injusticias. Yo quiero un mundo en el que cualquier hombre o niño se sienta bien en su calzado".

EL SUEÑO DE KRANG

Días después de nuestro encuentro con Wounded Knee volví a reunirme con Edmundo.

–¿Ed? ¿De veras crees que tuviste un sueño con ese malvado ser que se llama Krang?

–Sí, por supuesto y muchas veces. ¿Por qué me dices eso?

Me rasqué la barbilla pensativa y enmudecí durante unos segundos. Finalmente hablé y dije lo que pensaba:

–Ese ser se parece a mi cerebro artificial que nunca sueña. He analizado profundamente los registros y hay zonas oscuras que no comprendo, no se parece a nada de lo que hayamos observado antes. Parece un ser que siempre está en alerta.

Me miró con cara de perplejidad. Quise explicarme para que él me comprendiera:

Como sabes, yo jamás duermo completamente –le expliqué–, solo lo hace la parte de mí que es humana. Entiendo los sueños lo suficiente para entender que has tenido otra vivencia distinta. Ed, creo que no fue un sueño y lo creo porque es lo más parecido a sentir lo mismo que ese ser, es casi como si conectaras con su propia conciencia.

Edmundo reflexionó sobre estas palabras mías y me miró con sus ojos tristes.

Aquel sueño con Krang le había impresionado de una forma que ni él mismo se atrevía a reconocer.

Yo estaba pensando en que de alguna forma el sueño de Edmundo se escapaba a nuestro control como si estuviera conectado con un lugar desconocido y remoto donde ni siquiera mi cerebro artificial podía acceder.

–Ed, tengo que pedirte que vuelvas a ese sueño que le contaste a tu hermana Fidda. Sé el enorme sufrimiento que va a ocasionarte lo sé, pero es algo que debemos hacer.

Acordamos reunirnos nuevamente en el Cubo. En la Sala del Fuego para soñar.

Al entrar nos recibieron infinitas pantallas que mostraban imágenes del Sol. Ocurría siempre al poner un pie en la sala. Las pantallas estaban dotadas de un mecanismo que intuía nuestros pensamientos y nos preparaban para viajar a nuestro lugar onírico preferido o deseado en aquel momento. En otras ocasiones, el CUBO no sugería, simplemente lo ponía sin más si nosotros le hacíamos saber que no nos interesaba que intuyese nada y le permitíamos su libre albedrío.

Nos conectamos al casco y dirigí a Edmundo a ese lugar en sus archivos donde el sueño había quedado inacabado.

Las pantallas mostraban distintas imágenes de las deflagraciones del Sol.

Recordamos nuestro encuentro con Dakota y queríamos indagar un poco qué relación había con el sueño de Edmundo y con la extraña escultura.

Sin apenas darnos cuenta, la araña salió de su escondite y tejió sobre nuestras cabezas un finísimo encaje de fibras ópticas. Estábamos en un sueño extraño dentro de un lugar, en aquel mismo Sol que nos mostraban las imágenes, tan radiante, tan vivo, tan lejano...

Teníamos esa sensación que se tiene cuando viajas en coche con los ojos cerrados y vislumbras colores al atravesar un túnel oscuro.

Los colores eran cambiantes y tornaban de un color crema muy pálido, a un rosa suave conformando flores extrañas que parecían Mandalas en un caleidoscopio y que cada vez iban tomando colores más abigarrados que se disolvían como tinta aguada de un pincel sobre un lienzo. Se veían infinitos terrenos de arenisca rosada.

Las imágenes se tornaban de una nitidez asombrosa en nuestro cerebro como si estuviésemos viendo un lugar muy extraño en el Sol que visto desde arriba como si planeásemos sobre él, aparecía plagado de dibujos geométricos que por si mismos no llamaban especialmente la atención, pero cuyas formas unidas y amalgamadas, se replicaban formando una delicada filigrana que lo cubría todo.

Desde aquella altura, parecían estructuras diminutas, que no eran tal, una vez se descendía, pudiendo apreciar edificios, pirámides y túneles como si el paisaje creciera y creciera...

En medio de aquel enorme entramado se veía una estructura circular con forma de cúpula con una gran resolución.

Nuestro cerebro viajó al interior de dicha cúpula. Era de una altura gigantesca y estaba iluminada por unas palpitantes luces LED azules que formaban aros concéntricos alrededor del túnel y ganaban intensidad al alcanzar la cúspide. Aunque no con demasiada nitidez los aros dejaban entrever la luz por lo que dedujimos que serían de un plástico muy transparente, cristal e incluso algo parecido al hielo.

Era un sitio verdaderamente extraño para estar en el interior del Sol.

Pedí un calmante para Ed porque por alguna razón que yo desconocía él, sentía dolor por estar allí.

Pude percibir yo también aquel dolor cuando vi que al final de aquel extraño túnel una figura gigantesca avanzaba encorvada apoyando sus manos y piernas en el suelo caminando como un ser simiesco.

Esa figura no estaba realmente en aquel túnel. Yo, verdaderamente, no la veía, salvo reflejada en los ojos de mi amigo y el sueño, se estaba reflejando en el CUBO para que cuando finalizara pudiéramos codificarlo y guardarlo.

Sigiloso como un felino llegó a la altura de Edmundo exhibiendo su enorme poder sustentado sobre sus cuatro patas.

Incluso así era verdaderamente gigantesco como un edificio de cuatro pisos. Tenía potentes músculos y unos puños enormes. Un solo movimiento de uno de sus dedos habría bastado para matarnos a Ed y a mí.

Su piel tenía una consistencia entre el alquitrán y el acero. Sé que tal vez, es extraño lo que digo, pero intento poner en orden mis recuerdos y eso fue lo que me pareció en un primer momento cuando lo vi que era algo negro y metálico. Después le vería más veces y tendría un aspecto cambiante, incluso el de un ser humano. La materia de la que estaba hecho lo permitía. Podía ser cualquier cosa que quisiese. Era en si mismo un portento, una joya tecnológica capaz de modificar la materia de la que estaba hecho, pero ahora, solo me preocupaba su extraño aspecto mitad animalesco, mitad máquina.

Enormes pómulos, nariz larga pero hermosa y ojos enormes de metal que parecían tener expresión inyectados de ira y dolor.

Edmundo sentía a la vez ese dolor y frustración en aquel ser. Por un momento, llegué a temer que enloqueciera y pedía a la araña que le suministrase algún tipo de calmante para aplacarlo.

Los dos miramos la escena sin poder intervenir, él soñando y yo viendo todo lo que él soñaba en la pantalla del CUBO. Ninguno de los dos podíamos intervenir.

Un instante después yo estaba grabando con mi mente artificial lo que veía reflejado en los ojos de mi amigo. Eran

otros ojos, unos ojos compasivos de una mujer o una niña, no sabría decir su edad. No era un ser de la Tierra, de eso estoy muy segura. Era como si Edmundo en sus pupilas, atesorara un recuerdo que ni siquiera era suyo.

La primera imagen, el primer recuerdo que apareció de Edmundo fue la imagen de Krang abatido en el suelo, y una enorme lágrima suya que reflejada a un ser de cabellos verdes y piel reluciente como el oro justo delante de él. Era, una lágrima gigantesca y cristalina, como un diamante la que surgía de aquellos ojos negros metálicos. Admiré aquella tecnología capaz de sentir sentimientos tan opuestos como el odio y la compasión. No podía comprender aquel gigantesco e imponente ser llorando ni jamás había visto máquina alguna que pudiese tener sentimientos fuera de su mente lógica.

Era una escena extraña: El monstruo llorando y mirando a aquel otro ser tan frágil y toda la escena grabada como una película en resolución real en una lágrima. Hasta entonces a pesar de nuestros avances en la inteligencia artificial no habíamos conseguido que los robots pudieran llorar de una forma digamos, que pareciera "creíble", para los humanos, emulábamos claro está el llanto y estábamos muy cerca de conseguirlo, pero no con la precisión con que yo veía a aquella máquina llorar. Parecía que aquel robot sintiese en realidad el amor, la rabia y el dolor. Parecía que no nos veía en aquel lugar, que únicamente veía a aquella extraña muchacha de pelo verde tendida junto a él.

–Ed, pregúntale qué significan sus trofeos, pregúntatelo a ti mismo pues también formas parte de su mente en este momento

Se hizo un silencio incómodo y Edmundo susurró unas palabras casi inaudibles como si alguien le estuviera dictando palabras al oído.

De pronto, sus globos oculares cerrados comenzaron a moverse de arriba a abajo y de izquierda a derecha, muy rápidamente con los movimientos REM del sueño.

Al cabo de unos instantes sus ojos se alzaron hacia arriba, como si estuviera siguiendo con la mirada un objeto o una persona que estaba en lo alto.

–Está ahí, ahí arriba. –Dijo muy nervioso–. Justo encima de mí.

–¡Pregúntale! –Le pedí.

–Dice que los trofeos no le importan mucho. –Pronunció estas palabras como si alguien se las estuviera susurrando al oído– que realmente solo eran una forma de dar con los que él creía los verdaderos culpables de la desaparición de sus animales, los que él llama gratos. Quería castigar a Pit a Pop y a Rel y también a Leilani pues fueron ellos quienes creía que de alguna manera habían causado su extinción. Los otros, estaban relacionados con ellos porque les habían ayudado o interactuado con ellos o simplemente aparecieron de una forma fortuita. Él quería castigarlos a todos, realmente, hubiera querido castigar a la humanidad entera por haber sido la elegida para salvarse por los Wanik al Ore, pero entonces… sucedió algo…

Me pregunté qué sería eso tan importante que había sucedido. Por un momento pensé que había sido el encuentro con Leilani dejándolo encerrado en el Sol, pero Edmundo me lo negó al instante.

Leilani, estaba enfrentándose ahora mismo a aquel ser. Sabía que al final él acudiría allí llamado por la curiosidad y no se había movido de allí. Había estado siempre allí esperándolo.

Edmundo entró en la mente de Krang, rememoró sus recuerdos y me narró que había un lugar que llamaban la Toba que me describió como una cueva bajo el mar, allí quería llevar a Alika la muchacha en coma que se había robado del hospital.

Aún se acordaba de la cara perpleja de aquellos policías cuando desapareció con ella como si fuese una imagen de un monitor transparente apagándose.

La imagen falseada mostraba que todo era normal en la habitación de aquel hospital, cuando en realidad él, Krang, estaba robando a la joven y, no le había resultado demasiado difícil.

El que los ascensores se moviesen tampoco le importó: ¡Que se desesperen pensando que pudo ocurrir! A él le daba igual.

Ahora los tenía a todos allá, incluida a Eckel la periodista y su última adquisición era, una extraña piedra

Edmundo hurgó en los recuerdos de Krang y pudo compartir sus recuerdos.

Los navegantes del velero se habían ocultado de los medios electrónicos, los había visto desaparecer de todas partes, satélites, teléfonos, boyas de localización, en fin, de toda su arcaica tecnología. No le costó mucho analizar un objeto no identificado entrar en la laguna marítima de Avilés.

Pero en cambio, vio a aquella periodista, la que se llamaba Eckel también en una barca en las inmediaciones de la ría.

Eckel arrojó al agua el objeto; una piedra.

El robot se limitó a observar sin actuar, ni juzgar. Quería saber lo que hacía aquella muchacha con aquella piedra.

La muchacha guió la piedra hasta el corazón de la estatua, pronunció unas palabras mágicas y ésta por si sola se introdujo en el interior de la estatua.

El robot intentó emular lo que había visto pero con él, intentó sonsacar a aquella chica que es lo que hacía con aquella piedra, pero aquello no dio resultado porque la muchacha ya estaba muerta.

Si hubiera llegado unas horas antes habría podido descubrir que en el corazón de aquella estatua la periodista había dejado a dos seres a buen recaudo.

Pero tenía prisa, así que se dirigió a la Toba para ver como iban sus trofeos y a continuación, con su botín, voló como Dédalo hacia el Sol.

Quedaba también aquella zona oscura en Astro Rey por investigar para ver que estaba sucediendo allí.

Y justo cuando creía tenerlos todos a su merced y saber cómo habían destruido lo que él creía su realidad, en aquella negra ciudad en el interior del Sol, apareció aquel terreno de arenisca rosa, las complicadas estructuras, la cúpula y la niña. Ella lo apresó. No necesitó la fuerza para hacerlo. Con la mente lo inmovilizó no supo cómo lo hacía, pero así fue, tan grande era su poder y le mostró con imágenes de todo lo acontecido. Si pudiese soñar diría que se había despertado de un mal sueño, pero aquello era real.

Krang nunca había sentido tanta pena como hasta ahora, pero empezó a empatizar y comprender a los seres que creía causantes de su mal siendo inocentes. Y sentía no poder hacer nada para reparar el daño.

Él solo había querido encontrar a sus gratos. En realidad, si a sus gratos no les hubiese pasado nada todo aquel mal se podía haber ahorrado.

Los gratos eran sus creadores. Como un hijo ama a sus padres, él no pudo aceptar que se los arrebataran y le dejaran huérfano en un mundo sin amor.

Edmundo rememoró mostrándome la escena mientras me la contaba en nombre de Krang.

Y yo la reviví en sus propias palabras y sentimientos y lloré también por él.

Pude ver con una nítida claridad una muchacha de estatura pequeña y brillantes vestiduras. Su vestido parecía estar hecho con alas de libélulas y hojas, en sus ojos, brillaban diminutos puntos de luz de infinitos colores. Era como una extraña hada en un mundo extraño.

Ella, se había tumbado en el suelo junto a él y había depositado su larga cabellera verde y su pequeña y brillante mano dorada sobre la acerada y gigantesca mano del robot. La acariciaba con lástima y casi con piedad y Krang incluso

sentía las lágrimas de la extraña criatura deslizarse por su piel de acero negro.

Sus cuerpos virtuales estaban encerrados en aquel prisma. Él quería huir, pero la niña no le dejaba. Simplemente su cuerpo se había quedado inmovilizado como si un extraño programa operase en la estructura de su mente y su cuerpo dominando a ambos por completo. Su cuerpo no le obedecía e impotente y derrumbado en el suelo no podía hacer otra cosa sino llorar como un cobarde.

–Dime dónde están. –Le animó ella–. Dímelo y te sentirás más libre. Ni siquiera yo podría salvarlos. Pero al menos podremos enviar un mensaje al futuro para que alguien pueda hacerlo por nosotros.

Algo dentro de Krang que había visto la realidad del triste destino de los gratos mostrada por Leilani se conmovió al oír estas palabras.

–Ya viene la niña blanca –decía enajenado–. Ya viene la niña blanca. ¿Porque la danza prima no funcionó conmigo niña de las estrellas? ¿Porque no pude entrar en la piedra que encajaba en el corazón de aquella escultura para ver lo que contenía?

–Porque sencillamente –respondió ella con vehemencia– tú, en aquel momento, no estabas preparado…

–Ya te nombraban en la danza prima. Eres un ser muy antiguo, pero no eres blanca. ¿Porque los humanos te llaman la niña blanca?

–Quizás –respondió ella–. Porque a veces, vista con su luz, mi piel no es tan dorada como lo es en realidad, si no más bien blanquecina. Sois lo que vosotros siempre habéis llamado un ser gris, pero dotado de un largo cabello. Vista con la luz de mi planeta soy como un dorado amanecer. Y sí, soy muy antigua. Muchísimo más antigua que la danza prima que bailáis. Mi origen se remonta a los albores de los tiempos. Yo conozco a los humanos desde entonces.

–Quería apresarlos! –declaró– ¡Quería vengarme de ellos y de ti! Yo… –Se llevó las manos a la cabeza haciendo un esfuerzo por recordar que le infringió un dolor insoportable. Yo –gimió–. Yo quería creer…

–Querías creer, pero no creíste lo suficiente, de lo contrario, hubieses entrado en el corazón del hombre que escucha la piedra de una forma tan sencilla que tú mismo te hubieras sorprendido y hubieses conocido su secreto. Pero algo te decía que no estabas firmemente convencido, por eso los versos de la danza prima no funcionaron contigo y por eso volaste hacia aquí, hacia el Sol, porque buscabas respuestas para abrir esa piedra y ver lo que contenía y esas respuestas estaban en mí. ¿Me ves? Has conseguido forzar la piedra y matar a los Wanik al Ore y no he podido evitarlo, pero aquí estoy yo para decirte que moriremos juntos.

Al mirar aquella extraña criatura tan distinta a él Krang, sintió algo que nunca había sentido.

Sintió dolor, sintió ternura y también sintió compasión. Algo que pensó que jamás podría llegar a sentir por un ser como aquel y por un momento, estuvo a punto de llorar otra vez.

–¿Quién eres niña blanca? ¿Por qué tengo la sensación de conocerte desde el principio de los tiempos? ¿Porque tu mente tiene tanto poder sobre mí para paralizarme, para impedir que me levante del suelo y acabe con tu vida como acabe con la de ese ser llamado Rel y de su acompañante un tal Pop?

Krang podía soportar su aciago destino, pero no el de aquella niña de las estrellas que moriría también junto a él. Quería hacerse el duro, pero no podía. Era incapaz de infringirle ningún daño a aquel ser, y no sabía por qué. Quería, pero no podía hacerle ningún daño.

–Quiero que vivas. –Le dijo ella–. De una forma que no entiendo, quiero que vivas por que amo la vida que palpita en ti y no quiero destruirla. Eres un hermoso trabajo de la

ciencia. Destruirte sería como desintegrar una parte muy importante de mí. Quiero que vivas. No importa si yo me quedo aquí por eones a tu lado. No importa si debo pagar por todo cuanto te he hecho. Yo no conocía el alcance de mis actos, pero ahora sé que, aunque el amor me movía actué de la peor manera posible dejándote solo e indefenso y abandonado por quienes te habían dado la vida

–Pero no puedo permitir que tú mueras conmigo –sollozó él. Debe haber alguna forma para que tú me dejes aquí abandonado a mi suerte y te salves tú.

Leilani se echó a llorar.

–¿Qué es eso, Krang; algo parecido a la compasión?

Krang miró por el rabillo del ojo la lágrima que se deslizaba por su mejilla. No era tan duro como todos creían. Podía aceptar que moriría, pero no podía soportar que la niña de las estrellas muriese a su lado. Hasta los malos tenían su corazoncito.

Mirándola sintió que tal vez había esperanza… En alguna parte… pero no para ellos, porque como ella le dijo, aquel lugar estaba blindado y jamás podría ser abierto por nadie desde adentro.

–Dijiste una vez que mi cuerpo se pudriría aquí. Te advertí que no recordarías este momento y que lo repetirías al pie de letra cuando pasasen unos años.

El robot asintió con tristeza. Había sido realmente de aquella manera.

–No hay salvación para ninguno de los dos. –Te dije que era como una especie de candado. La primera vez te retendría durante un corto espacio de tiempo.

La segunda vez cuando lo hiciera, sería ya para siempre. Te dije que yo podía ver el futuro, tu futuro. Y yo, veía esto…

Leilani se postró a sus pies y sollozó. Edmundo me miró contándome aquella triste historia como si estuviese viendo

frente a él a los personajes que la protagonizaban. Los dos, frente a frente en aquel túnel de hielo con una palpitante luz de neón azul en el techo de la ciudad.

–Estamos aquí encerrados sin poder salir. –Me informó con vehemencia–. La única esperanza para todos es que alguien pueda moverse a través del tiempo y el espacio para hacer una proeza. Yo no lo veré. Mi cuerpo no resistirá tanto.

Leilani giró la vista hacia alguna parte y musitó como si nos estuviera viendo:

–¡Donde quiera que estés búscale a él en ese momento concreto y acaba con su historia! ¡Búscale querida IO! ¡Sé que solo tú puedes hacerlo!

Krang pensó que se había vuelto loca al decir esto.

¿Quién era Yo? Allí no había nadie salvo ellos dos; Krang y Leilani.

Pero Leilani que podía ver el futuro hasta un determinado tramo de tiempo, ya que su visión no era infinita, se volvió hacia él y sonrió como si hubiera dicho algo muy gracioso y Krang pensó que quizá no todo estaba perdido. Que la esperanza no podía perderse de ningún modo, aunque no comprendía el poder de las palabras que le estaba dirigiendo a un misterioso ser llamado IO. Así que, aunque Leilani muriese conservaría su cuerpo por si algún día fuese posible resucitarlo.

En ese momento le interrumpí muy nerviosa. No podía creer lo que había oído.

Formulé una pregunta que tenía en mi mente:

¡Despierta Ed! –le vapuleé– ¿De veras dijo búscalo querida Io? ¿Y a quien se supone que debía buscar? ¿Cómo podía verme si yo ni siquiera había nacido cuando ella pronunció aquellas palabras antes de morir?

Edmundo vio como la araña recogía su tela de nuestros cerebros y se ocultaba en un extremo de la pared.

–Fue como si dijese algo premonitorio ¿No te parece? Tal vez es verdad que podía ver el futuro. Sabía que vendría una persona con tu mismo nombre IO. Leilani sabía que en el futuro aparecería un ser IOC como tú. De alguna forma sabe que estamos asomados en el balcón observando el mundo de los sueños, un universo donde el tiempo y espacio nada tienen que ver con el que observamos cuando estamos despiertos, por eso, puede ver cosas que están en el pasado, pero también ir más allá hacia el futuro. Y necesita enviar un mensaje. Quiere que encontremos a los prisioneros.

–¿Como un mensaje en una botella que decían los antiguos habitantes de nuestro planeta?

–¡Exactamente! –me reveló–. Como un mensaje en una botella

–¿Y cómo notó mi presencia? pregunté extrañada.

–Pues, realmente no lo sé ¿Lo has grabado todo? –Quiso saber Edmundo.

–¡Al detalle! –Respondí IO.

–Supongo que es como en los sueños primeros. Nos dan objetos oníricos que se vuelven reales, puedes volver hacia atrás para ver los archivos de los recuerdos– me sugirió– pero esa niña es especial, parece muy joven, pero tiene un alma ancestral. Esta no nos da tan solo un objeto, sino que es consciente de nosotros mismos. ¡Qué extraño y magnífico ser se ha perdido el universo! Es una inteligencia tan pura y tan infinita que incluso muerta o viva se comunica con el CUBO.

–Entonces – exclamé yo–. Ella es la responsable del águila y de todas estas anomalías que estamos experimentando en el CUBO. O mejor aún; Ella misma es la propia Anomalía.

Edmundo sabía que lo que había contemplado era como una vieja película. Era muy raro que los rehenes hubiesen sobrevivido durante tanto tiempo hibernados, aunque todo era posible ya que en la hibernación la estructura líquida de

las células al congelarse se rompe, por lo que se hace muy difícil la recuperación de los cuerpos, sobre todo, cuando ha pasado mucho tiempo, pero, todo cambiaba si esos seres estaban en el estado Bosse Einstein en algún lugar de la Tierra. Había una posibilidad, una mínima esperanza Era como la luz que emite una estrella extinta que llegaba a ellos con toda su claridad con el fin de traerles un mensaje que tal vez esperaba respuesta, un espejo mágico que desplegaba la imagen de una puerta hacia otras dimensiones. Krang había mirado a Leilani para preguntarle:

–¿No puedes hacer algo por ellos? Les dejé hibernados a todos menos la pareja de la lancha a la que no pude localizar.

Krang solo podía mover las manos y el rostro. De cintura para abajo, su cuerpo estaba completamente paralizado.

–Los otros –continuó– Leilani. –Esos están muertos. ¡No los busques! ¡Fran Ahmed y Lila no pudieron soportar la presión a la que tú les sometiste. Y a los demás– dudó al decirlo con tristeza– el condensado Bosse Einstein no les pudo proteger eternamente ya no queda nada de ellos.

En ese momento el sueño se interrumpió. Edmundo perdió conexión con los sueños de Krang que en ese momento parecía volver a estar muy enfadado y volvió a ser él mismo.

Yo durante mucho tiempo después de este sueño de Edmundo anduve triste y taciturna.

DAKOTA Y YO

Estaba deprimida por una relación que se terminó.

Terminó de forma abrupta o tal vez nunca empezó. Tal vez solo existió en mi imaginación.

Cuando me di cuenta, me cansé de buscar siempre las migajas. Comprendí que aquel hombre jamás me querría, aunque habíamos tenido una serie de encuentros carnales.

Pero supe que podría tener siempre que lo quisiera su cuerpo, pero jamás su corazón.

Él nunca querría a una chica como yo.

Me tenía cariño sí, él decía que me quería, pero era tan solo eso, esa clase de cariño que se tiene por alguien a quien se conoce desde hace muchos años y con quien has compartido tristezas y alegrías, y tal vez algún secretillo, una folla amiga como se suele decir, tan solo eso.

Él nunca me vería como una humana al uso. Le asustaban mis cerebros.

¿Mis cerebros?

Me reí al pensarlo. Muchos hombres tenían miedo de las mujeres que tenían cerebro. Yo tenía ni más ni menos que tres cerebros. Así que él tenía que estar verdaderamente aterrado.

Tardé en asimilarlo, pero un día simplemente lo entendí.

Un día él se acercó a acariciarme y yo simplemente me aparté.

Ya no quería sufrir más, ya no quería debatirme más por él.

Aquello había terminado de una vez por todas y yo le había puesto el punto y final.

Era dura, como no, yo le quería, las heridas que había dejado en mi alma eran superiores a las cicatrices que ya tenía en mi cuerpo, pero cicatrizarían sin lugar a dudas y con el tiempo ya no dolerían.

A pesar de todo, continuaba siendo mi amigo y le tenía un inmenso cariño eso, era lo más difícil de matar.

Nunca podría poner distancia por medio. No había muchos sitios a los que ir. Así que lo mejor era dejar que los días, los meses y los años fueran matando aquel amor que sentía y lo transformasen en otra cosa.

Juro que aquel era uno de tantos días en los que me diría que iba a dejar a Arquímedes y como tantos días, no había funcionado.

Me decía una y otra vez que lo olvidaría, insensibilizaba mi alma, pero era inevitable que volvía a caer una y otra vez. Y, al día siguiente cuando lo veía olvidaba todos mis propósitos de enmienda.

Fue esa una de tantas veces que hastiada busqué huir de la realidad y aquella fue la primera vez que conocí a Dakota.

Buscando un poco de paz para mi cansado espíritu me fui a pasear aquel día por la playa.

Ya sabéis, lo digo para el que no sea de aquí: Nuestra playa es un túnel paralelo anejo al invernadero.

Se precisa un permiso para entrar porque el número de personas está limitado allí. Tened en cuenta que es un tubo que contiene una playa de realidad virtual pero que no deja de ser un espacio reducido Yo, buscaba un lugar donde

calmar mi espíritu y tan solo quería llorar y aquel era el lugar idóneo para hacerlo en soledad sin sentir vergüenza por ser vista.

Cuando entras en el tubo de la playa la sensación es muy realista ya que reproduce lo que antaño fue "el playón de Bayas". Ahora, el Playón de Bayas es tan solo un desierto sobre nuestras cabezas destrozado por el tiempo y la furia del viento, un recuerdo del tiempo que pasó.

La entrada al túnel Copia, como lo llamamos, está en un camino cortado al paso justo al lado de una planicie de pinares oculta en gran parte por unos viejos automóviles estacionados.

La verdad es que nos hemos esmerado con el túnel. Simula gracias a paneles de muy alta definición la perspectiva que tendría un visitante al ver estos paisajes en realidad. Para dar más realismo a esta sensación hay muchas plantas reales que crecen entre arena de verdad y troncos secos y viejos en las cercanías como los que antaño arrastraban las mareas a la arena y sobre todo al mar, un mar que es de una belleza indescriptible con olas que parecen de verdad.

El agua del mar y la playa no son muy diferentes a lo que un día fueron. Parecen de verdad, como digo, y no un mero artificio. Nos hemos esmerado mucho con la tecnología.

En cuanto entré, fijé mi vista en los grandes acantilados que tenía a mi izquierda y en los que se asentaban los pinares.

A lo lejos había un Sol cenital al que se podía mirar sin cegarse. Era para mi alma una grata sensación, lejos de la idea de muerte que tiene para nosotros el Sol en estos momentos en que nuestro planeta se muere.

Dejé mis ropas tendidas sobre la arena no muy lejos de los autos antiguos y destartalados por el abandono y el falso salitre, hermoso atrezo para aquella falsa playa y me descalcé. Avancé con mi cuerpo desnudo y pecoso y dejé que las olas lamieran mis tobillos gordezuelos. Mis diminutos

pies con las uñas pintadas de rojo avanzaron suavemente por la arena mojada en dirección al Sol que se estaba ocultando desde el otro extremo de la playa.

Me entretuve siguiendo las huellas en la arena de unos zapatos que se perdían en la misma dirección que el Sol que se ocultaba.

Estas huellas de zapatos y las mías descalzas eran las únicas que se veían en aquel momento por allí y eso despertó mi curiosidad.

La soledad no incomoda porque sabemos que hay sistemas automáticos encargados de nuestra seguridad, sistemas que nunca descansan y que nos protegen de robos y ataques.

Aquella playa era lo más seguro que podía haber.

Así que no sentí inquietud por no saberme sola en la playa y me senté a contemplar al norte un horizonte lejano, sin nubes que se había tornado en una proyección tridimensional de un cielo estrellado.

El Sol había ido dejando paso a la noche primero de un azul índigo y luego a una aterciopelada negrura, en la que lucía una luna también irreal que iluminaba la arena con su blancura fosforescente.

Era hermoso el cielo completamente negro con los diminutos puntos de las estrellas y la luna gigantesca que parecía flotar sobre el mar.

Reparé entonces en una enorme caracola. Era gigantesca y preciosa tan blanca, allí sobre la arena, perfilándose en la oscuridad nocturna, allí tan sola, como lo estaba yo en aquel momento. Palpé su tacto rugoso y frío, y me di cuenta que era una caracola de verdad. En otro tiempo albergó un molusco y ahora era una hermosa carcasa vacía de nácar.

La puse en mi oído, pero no oí lo que debería ser murmullo del mar, tal vez sí algo que se le parecía. Me dejé llevar y me senté a su lado y volví a llorar esta vez sin control.

Lloraba por mi porque me sentía desgraciada, lloraba por vivir en un mundo caótico y triste donde la esperanza es un finísimo rayo de luz de luna filtrándose por un estrecho agujero que amenaza con cerrarse.

Lloraba, porque no podía hacer otra cosa que llorar. Había roto con Arquímedes o sería más exacto decir que ni siquiera había empezado. Y sabía que al día siguiente se me olvidaría. Pensaría que todo lo había llevado al drama y que tarde o temprano si yo seguía insistiendo Arquímedes me querría. Siempre lo olvidaba y negaba la realidad, aunque parecía estar convencida una y otra vez de que le pondría punto y final.

Había sucedido el día anterior. Me había dicho que a pesar de tener relaciones tan intimas solo sentía hacia mí el cariño que podía sentir por una buena amiga con derecho a roce, pero nada más. Así que estaba destrozada.

Pero de pronto, noté una sombra a mi lado, me sobresalté al escuchar su voz ronca y ver sus botas negras militares muy cerca de mí. Me dijo con voz queda:

–¿Me permite acompañarla, señorita en este duro momento?

–¿Qué duro momento? –pensé para mí– ¿Qué sabrá este tipo?

Sin darme tiempo a disentir se sentó no muy lejos de mí, pero a la suficiente distancia como para respetar mi espacio vital.

–Mi cuerpo es ya muy viejo –me dijo–. Abrigo la esperanza de que las baterías de este trasto aguanten un poco mientras hablo con usted de lo contrario estaré perdido. Necesitaré ayuda para regresar a casa.

Se señaló el exoesqueleto que lo protegía, una especie de arnés metálico que llevaba en el pecho, un pectoral que le confería el aspecto de un gran escarabajo egipcio azulado. En ese momento se puso a parafrasear algo de Tagore:

–“Si lloras porque has perdido el Sol, las lágrimas no te dejarán ver las estrellas”.

–¿Qué? –le demandé confusa sin poder creerme lo que estaba oyendo.

–Que si lloras porque has perdido el Sol –repitió– las lágrimas no te dejarán ver las estrellas –y añadió por si no hubiese comprendido el significado de la frase–. Me refiero a que si algo no ha salido como esperabas no debes desesperar pues tal vez el destino tiene reservado algo mejor para ti Lo importante, no es cómo ha empezado el día, si no cómo puede acabarlo. ¿Me permite tutearla?

–Por supuesto –asentí.

Medité sobre sus palabras y le abrí mi corazón. No sé muy bien por qué lo hice. Supongo que porque él me infundía tranquilidad y yo necesitaba hablar con alguien que me comprendiese en aquel momento.

–Es que soy fea y tengo muy mal humor. –Le confesé– y, normalmente la gente ve todo eso y acaba huyendo siempre de mí como si estuviera apestada.

Él se echó a reír a carcajada limpia. Por un momento casi me sentí molesta, pero terminé riéndome yo también porque su risa era muy contagiosa.

–No eres tonta y no eres fea. Eres preciosa y te lo dice un viejo que ha visto a mucha gente durante muchos años en este Túnel Copia y en otros muchos lugares. Quizás diferente sí, pero una belleza, al fin y al cabo. Eres especial y no hay nadie en el mundo como tú. Probablemente tengas cosas que no se ajusten a los cánones de belleza actuales, pero luego hay otras cosas que te hacen tan, pero tan maravillosa. Pero eso, solo puede ser visto por aquellos quienes se fijan en muchas más cosas que la apariencia externa.

–¿Tú crees? –Tartamudeé. ¿Lo dices en serio, de verdad?

–Claro que lo creo! –me aseguró–. Si no te quieren es porque no te conocen. Si te juzgan por tu aspecto es que son

idiotas. Basta tener diez minutos de conversación interesante contigo para que te ganes un amigo. Yo llevo menos de diez y ¿tal vez aspiro a ganarme tu amistad?

Asentí y le sonreí.

–Claro que sí –le tendí mi mano para presentarme–. Me llamo Yo o IO; como gustes. –No me gusta decir que en realidad soy una IOC (una inteligencia orgánica cooperativa) pero creo que, aunque no lo diga eso se me nota bastante ¿Verdad? Nací con síndrome de Down y Autismo profundo, pero eso es historia. Mi nombre era Marta. Sufrí varias operaciones para convertirme en un IOC, Y aunque odio este término es evidente que no puedo negar lo que soy.

Él negó con la cabeza como si no me hubiese entendido.

–¿Has dicho IOC? Sí, sé muy bien lo que un IOC he visto algunos. Hay muy pocos, son una rara avis, pero nunca he conocido a uno tan perfecto como tú, y no lo digo por adularte por eso digo que eres tan especial. Me gustaría que me dieses muchos más detalles de ti. Eres una especie muy interesante, tal vez nuestra especie se extinga, pero los IOS, los robots y las hadas seréis el futuro del planeta.

Eso me animó y empecé a hablar como una cotorra.

Le conté que era medio humana pues me complementaba un cerebro artificial. Sé que él sabía toda esa retahíla de cosas, pero fingía que no se enteraba y a mí me divertía explicárselo y ver la cara de sorpresa que ponía. Al decir que era medio humana él alegó en mi defensa que el ser humano no tenía porque ser completamente orgánico, que el hábito no hace al monje y que juzgaría si era o no humana no por lo que decía si no por lo que tenía en mi cabecita y añadió que había descerebrados que tenían un cuerpo perfecto y también lisados que poseían un cerebro genial.

Además, me señaló su exoesqueleto: Yo no estaba hablando con una persona cien por cien humana, también había partes en su cuerpo que no obedecían a la genética y

que contaban con un poco de "ayuda" digamos tecnológica. Así que no éramos tan distintos después de todo.

No le faltaba argumentación, por supuesto, y eso me sorprendió. Contemplé su vieja cara llena de arrugas que le conferían el aspecto de un viejo tronco nudoso.

Me estaba mirando con aquellos profundos ojos verdes suyos y no le incomodaba mi cuerpo desnudo. Eso, me gustó. No solía encontrarme con gente así todos los días.

–Me llamo Wounded Knee que significa Rodilla Herida. Mi nombre procede de un lugar muy antiguo. Mis padres siempre admiraron una vieja cultura heredada de sus ancestros: una tribu de nativos americanos llamados los Sioux. Mi madre se llamaba Nube Roja y mi padre Caballo Loco. ¿Qué nombres verdad? Aún con el paso de los años intentamos mantener los valores de antaño incluso con los nombres de nuestro pueblo, a la vieja usanza. –Se rió a carcajadas–. Yo soy hijo de hijos de chamanes, pero la gente me suele llamar Dakota que es mucho más corto y me define mucho mejor como a ti que te llames YO o IO ¿No es cierto?

Asentí y lancé una exclamación de sorpresa al escucharle. Sí, había oído hablar de los nativos americanos, pero nunca tuve oportunidad de estrechar la mano de un descendiente de ninguno de ellos.

–Sí, me llamo Yo, o IOC, puedes llamarme como quieras mi antiguo nombre era Marta, pero no me gusta. Y... ¿Es verdad que las cosas y los objetos inanimados tienen también vida para vosotros los sioux? –dije queriendo interesarme también por sus asuntos.

Él asintió con la cabeza.

–Sí, para nosotros y para muchos otros pueblos IO, y permíteme que te llame IO como la luna de Júpiter. A mí me gusta mucho tu nombre Yo, pero creo que IO me gusta mucho más para ti, mucho más que decir IOC o llamarte Yo. Mira IO para nosotros, existe un gran espíritu que lo

gobierna todo, todos formamos parte de él incluso las falsas estrellas que iluminan este túnel creado por los hombres.

–Pero –argüí– es imposible demostrar eso. Un espíritu no tiene cuerpo, no tiene materia. Yo por lo menos no he visto ninguno.

–IO hay cosas que no se pueden demostrar– me espetó–. Seguro que has estudiado en la escuela a Kurt Göedel y su teorema de la incompletitud. Hay cosas que trascienden a toda lógica, pero no por ello dejan de ser ciertas. ¡Mírate a ti! Si lo miramos con frialdad solo eres un conjunto de células más o menos organizadas conectadas a un circuito fotónico, sin embargo, eres un ser complejo y consciente de sí mismo. ¿Te preguntaste alguna vez que te define como ser? ¿Por qué tú te ves ahí donde estás? ¿Por qué no eres otra persona totalmente distinta? IO tú eres un ser consciente y especial. ¿Qué te diferencia de mí o de cualquier otra persona?

–No lo sé –cavilé– es raro lo que me dices, puedo imaginármelo, pero no alcanzo a comprenderlo en toda su extensión.

–Ok –me pidió– ¡Cierra los ojos! ¡Te lo mostraré!

Tomó con suavidad mis manos con sus esqueléticos dedos.

De pronto, vi a una pequeña con suaves rizos rubios y una cara angelical frotando su nariz contra la mía. Tenía la piel muy blanca y lechosa salpicada de pecas con unos sonrosados mofletes. Sus ojos azules me contemplaban con alegría.

–¡Mamá! ¡Mamá! ¡Tengo frío! ¿Puedo dormir contigo y con papá esta noche?

Miré aquella niña con dulzura. ¿Quién podía ser? La adoraba, sentía que la adoraba. Era tierna, bella, amorosa. Me quedaría mirándola durante horas viéndola dormir. La protegería con mi vida si era necesario. Pero: ¿Quién era ella? ¿Quién era aquella niña y por qué me llamaba mamá?

A mi lado, sobre una gigantesca toalla en la mullida hierba también había un joven más o menos de mi misma edad. No podía verle la cara, pero sí que iba vestido con unos pantalones vaqueros y una camisa de cuadros con las palmas de las manos apoyadas en la hierba. Cerca de mí había una cesta de picnic. Aquella niña que me llamaba insistentemente mamá, se acurrucó en la manta entre nosotros con las manitas apoyadas en nuestros estómagos mirando sonriente hacia el cielo azul sin mácula de nubes. La niña no había heredado mi autismo. Era una niña completamente normal como cualquier otra niña de la Tierra.

Me sentía tan feliz y sabía que esta vez aquellas imágenes no eran fruto de la realidad virtual sino de la magia, la pura magia que emanaba de los dedos de Dakota.

–¿Cómo lo haces? –Pregunté maravillada. ¡Dios mío! ¿Cómo eres capaz de recrear esto? Porque es una recreación ¿No? Es como si fuese magia, como si me hicieses ver un futuro que desearía con toda mi alma que fuese así para mí.

–Es a lo que me dedico –me dijo–. La ciencia llega donde la lógica alcanza, pero mi corazón puede ir mucho más lejos. Estudio las culturas ancestrales que me enseñan que no es solo ciencia lo que mueve al mundo. Hay un orden y una belleza oculta en todas las cosas que la ciencia trata de explicar sin poder hacerlo completamente, pero si te dejas llevar por la sorpresa como una niña pequeña el universo desplegará todas sus maravillas ante ti.

–¿Entonces, esa niña será algún día...? No quise acabar la frase. Me daba miedo decirlo y que no fuese cierto y no podía dar crédito a lo que estaba experimentando. Decir la palabra era como romper la magia. Estaba a punto de llorar. ¡Cómo! ¿Cómo lo habría hecho Dakota?

–Puedo revelarte algo de tu futuro o del pasado, pero no sé más que lo que tu has sentido o lo que has querido sentir. Ese futuro puede ser tuyo o no. Todo depende lo que tú elijas y lo que tú elijas estará bien. La Tierra será otra vez un lugar

hermoso. Tal vez el paraíso que nos prometieron nuestros primeros padres. No necesitas más de tu futuro para ser feliz y tener esperanza pues tú eres y debes ser la dueña de tu propio destino. Solo puedo decirte que nuestra visión será real. Respecto al entorno tal vez sea como este túnel playa, una fantasía. Pienso que la proyección es mejor que las nuestras, pero me gustaría ver que hay tras cada puerta que se abre.

–Parece la superficie de la Tierra –cavilé maravillada– un vergel como lo era antes con un aire respirable, solo que la Tierra está destruida –rezongué viendo la absurdez de hacia donde quería llevarme– ¿No ves que es un mundo inhabitable para nosotros? Costará reconstruirla y para cuando terminemos de hacerlo nuestra especie ya se habrá extinguido probablemente, el entorno tiene que ser una simulación sin duda o… –Me detuve porque no me atrevía casi ni a decirlo– o tal vez, sea otro planeta… Pero… No se parece a Trappist 1, es mucho más verde, mucho más parecido a cómo era la Tierra.

–Ten fe –sonrió–. Debe de haber una razón para esto.

Dakota en cierta manera parecía también perplejo por lo que había visto en sus visiones. –Y salmodió a Paulo Coelho cuando dijo como cantando–: "Porque solo una cosa vuelve un sueño imposible y eso es el miedo al fracaso". Yo no sé si el mundo que refleja esta visión será la propia Tierra u otro planeta. Confió en que será aquí en la Tierra. Quiero pensar que será aquí.

– Gracias por regalarme esta bonita visión, esta hermosa fantasía.

Le regalé la más enorme y radiante sonrisa que tenía. No es que me gustara mucho Paulo Coelho, más bien lo detestaba, pero, Dakota me mostraba un futuro muy hermoso y merecía la pena salir a buscarlo. Aún no sabía cómo ni de qué manera.

Adiós IO –me estrechó la mano–. Volveremos a vernos, eso espero.

–Sin duda sí. –Le dije–. Quizás más pronto de lo que pensamos.

Intercambiamos nuestras direcciones y nuestros teléfonos con la promesa de volver a vernos.

En ese momento no sabría que volveríamos a tener muchísimos más encuentros y que tal como él me vaticinó, un día se me daría a escoger entre dos caminos el de la hermosa visión y el de la nostalgia, pero eso, es una historia que yo contaré más tarde.

EN LA FERIA DE STOCKS

Aquel día que Itzel vino a buscarme a casa yo no tenía muchas ganas de salir. Decía que me tenía que dar una noticia especial.

Ante noticias especiales yo no podía resistirme incluso aunque no tuviera las malditas ganas de quitarme las lagañas de los ojos.

–"Vamos, tienes que acompañarme" –me dijo echando una rápida ojeada a mi desordenada cocina poniendo un gesto de desaprobación–. Oh dios mío, esto es un Diógenes total, Necesitas un poco de orden. ¿Y te has visto? Esa cara con esas ojeras, necesitas un baño. ¡Apestas como el aliento de un dragón de commodo!

La miré con tristeza pensando si debía replicar.

–Tienes razón. –Le contesté–. Me paso todo el tiempo trabajando en el CUBO y apenas tengo tiempo para nada. Todo el tiempo se me va pensando en las mejoras que puedo hacer con la máquina o escribiendo esa novela que encontramos y que me tiene tan absorbida.

–Ni siquiera tienes tiempo para Arquímedes.

–Sí, Arquímedes. –Rezongué yo y pensé–. Ese tiempo sin duda lo dejo para ti.

Me guardé lo que pensaba por que no quería herirla. De sobra sabía que Arquímedes sentía más predilección por

ella que por mí. Y aunque había jurado y perjurado que lo olvidaría allí seguía yo al pie de los caballos, intentando que me amara con la desesperanza de que eso jamás se produciría.

Itzel resopló y se apartó una rasta de cabello rubio que en aquel momento nublaba su mirada azul desvaída Contempló el manuscrito que estaba sobre la mesa.

–¿Y cómo vas? ¿Es la novela de la que solo había las tapas que encontramos en el viejo barrio de las escombreras? ¿en la que te estamos ayudando a trabajar con nuestros sueños?

Asentí con seriedad observando como ella con una mano marfileña tomaba el libelo inacabado y lo acariciaba con admiración.

–¡Papel! –exclamó maravillada–. Y no es sintético.

–Es papel de verdad. –Afirmé.

–¿Y puedo leerla?

–Aún no. –Le respondí–. No está acabada. Es para alguien que es muy especial para mí, pero tengo el bloqueo del escritor.

Ella lanzó el cuello hacia atrás con una encantadora risotada.

–Podrías hacer que el CUBO la acabase por ti. Ya sabes, inspirarte en el material que él pueda darte. Sabes que le gusta inventarse historias. Ya ha escrito muchas novelas con mayor o con menor éxito que la tuya.

Asentí pensando que tenía razón. Sí, era cierto. EL CUBO era capaz de crear las más variopintas obras de arte desde una novela a un cuadro o una película.

Pero, esta novela en concreto tenía que escribirla yo, aunque el CUBO me ayudase en la exploración de los sueños. Aún no sabía porque, pero, algo dentro de mi corazón me decía que así debía ser.

–Tal vez, le pida ayuda a la máquina, en algún momento le contesté, de hecho, estoy recibiendo mucha ayuda, pero prefiero hacerlo yo, aunque no escriba bien, me gusta, me entretiene, me relaja y vosotros contribuís con muchísimo material para que siga.

–Nadie lo diría por tu aspecto –me replicó– necesitas una ayuda urgente, algún tipo de asistente, tal vez la encontremos en la feria de stocks. ¿Recuerdas aquel robot que vimos esposado en el CUBO?

Yo asentí. Claro que recordaba a aquel robot. Lo llevaban esposado dos policías, al parecer había saboteado una granja de hadas.

–Pues, lo han desprogramado a ese y a otros más y si nos damos prisa tal vez podamos adquirirlos a un módico precio.

–¿Y para qué? –Pregunté sin saber a donde Itzel quería llegar.

–Pues. –Itzel pareció dubitativa, luego su rostro se iluminó como si hubiera tenido una gran idea– pues porque algo pasó con ese robot y las hadas de esa granja para que él se volviese loco y como tú estás escribiendo esta novela y hablas tanto sobre las intenciones maléficas de nuestras hadas podría resultar interesante reparar algunas áreas. de ese trasto para saber que fue lo que en realidad le pasó. –Itzel me miró con ojos inocentes y continuó diciendo– personalmente yo creo que todo lo que dices en contra de esas hadas en tu novela es ficticio y que el robot simplemente se volvió chiflado, pero, así sois los escritores os gusta deformar la realidad y volvernos a todos majaretas.

Mientras ella husmeaba entre mis cosas, porque en el fondo era una chismosa, me dispuse a darme una rápida ducha y relajarme. Mientras lo hacía, hice que la domótica de mi hogar me deleitase con la música de las estaciones de Vivaldi mientras el chorro de agua caliente resbalaba por mi espalda y un humidificador repartía por mi baño un

agradable aroma a menta que me transportaba a un mundo muy diferente al que me había tocado vivir.

Una vez aseada, salí con el cabello limpio y reluciente cogido en una cola de caballo, un chándal de color verde y unas zapatillas deportivas con dibujos fosforescentes.

–¡Vamos allá! –Le dije–. Vayamos a esa dichosa feria de stocks.

Cerré la puerta tras de mí y bajé con Itzel en el ascensor. Era una enorme jaula de forja negra.

Durante todo el trayecto ella casi no me habló hasta que pusimos un pie en las baldosas de color crema del bajo.

–¿Por donde quieres ir? –Le pregunté sin saber muy bien cual era el camino que ella deseaba tomar.

–Vayamos por el túnel del agua –y aclaró– es mucho más entretenido.

Salimos en silencio del edificio y nos dirigimos hacia el túnel que ella me había indicado. En el túnel hacía un día soleado. Todos sabíamos que no era verdad. Que fuera de aquel lugar, había una noche estrellada casi perpetua. Era un consuelo, un engaño, pero nos mantenía a salvo de la dura realidad creer que veíamos la claridad de un día con Sol.

Caminamos por un sendero cuesta abajo entre casonas grandes desde las que ladraban perros y de vez en cuando salían personas.

No eran reales. Lo único que allí era real eran las personas con las que nos cruzábamos, ciclistas y conductores de monopatines voladoras, patinadores y paseantes inmersos en lo que escuchaban con sus cascos.

A ambos lados del camino se veían unas alambradas desde las que unas vacas que pacían tranquilamente nos miraban con curiosidad.

–¡Vaya! –Exclamé–. Son casi perfectas. Parece que hasta están aquí.

–¿Cuánto hace que no te pasas por el tubo del agua? –Me preguntó Itzel mirándome incrédula.

–¿Por el tubo del agua? –reflexioné. Pues… hace mucho tiempo. Pero no recuerdo que estuvieran estos bichos pululando por aquí dije refiriéndome a las vacas.

–Los pusimos nosotros. –Respondió Itzel. Pretendíamos que se pareciera un poco al paseo que era originariamente. Fue el año pasado, pero tú estás tan inmersa con esa novela tuya que no te diste ni cuenta.

Toqué la alambrada con uno de mis dedos y se produjo una distorsión visual. Fue como si al contacto de la yema de mis dedos con el metal la imagen ondulase hasta deformarse por completo como si lo que estuviera viendo detrás de aquella valla fuera un mero espejismo que lo era.

Todos sabíamos que lo era, pero nadie podía tocar la imagen y que sucediera eso que los objetos que se veían detrás temblasen como si al otro lado hubiera un viento tórrido, desértico que hiciese ver cerca a los objetos que estaban lejos y lejos a los objetos que estaban cerca era algo sin duda muy raro.

–¡Guau! Exclamó Itzel. ¿Cómo narices has hecho eso?

–¿Qué he hecho? –respondí sin saber a que se refería.

–La distorsión. Nadie puede distorsionar la imagen del túnel con sus dedos y tú lo has hecho con la misma facilidad con que se enciende una cerilla.

Miré mi dedo sorprendida tocando la imagen de la alambrada y volvimos a percibir la misma turbulencia, como si el paisaje fuese un espejismo producido por el calor. Itzel, tocó también la valla, pero nada pasó. Lo hizo para demostrarme que aquello que estaba pasando tenía que ver conmigo. Nadie podía distorsionar las imágenes del túnel tan solo con tocarlas.

–¿Lo ves? –conmigo no pasa igual.

Miré mi dedo sorprendida y las imágenes de las vacas que parecían mirarme mientras pastaban plácidamente. Volví a tocar la alambrada y las imágenes volvieron a ondular.

–No lo sé. Como lo hago. Es raro. Nunca me ha pasado nada así.

–Es mejor que pares. –Me recomendó Itzel–. No sé como lo haces. Deberemos estudiarlo. Es como si tuvieses poder para interferir con los programas que utilizamos en los túneles. Podrías incluso dañarlos.

–Está bien, asentí. –No tocaré nada por si acaso.

Itzel asintió con la cabeza y volvió la vista al camino. Nos acercábamos a una especie de pequeño puente. En los laterales de este, podían verse pequeños senderos que descendían hacía arroyos virtuales que traían a nuestros oídos el musical ruido del agua.

–Eres muy rara. ¿Lo sabes? Yo operé tu cabeza para salvarte la vida. Soy responsable del bicho raro en que te has convertido. –Se rió al decir esto y añadió– pero resulta que ahora además tienes poder para alterar los hologramas únicamente con desearlo. Nunca dejas de sorprenderme.

Asentí y sonreí mientras me agachaba a anudar una zapatilla deportiva que en aquellos momentos se me había desanudado.

A lo lejos, entre patinadores, y paseantes inmersos en sus dispositivos de ocio observamos a mucha gente arremolinada ante un edificio grande, rodeado por unas vallas.

–La feria de los stocks. –Dije señalando el edificio con un dedo. Hubo un tiempo que se le llamó el pabellón del ganado de la Magdalena. Aquí venían los mejores especímenes de ganado. Luego, se realizaron posteriores ferias hasta la actualidad. Y ¿Qué hemos venido a buscar a este estrambótico lugar?

Itzel sonrió.

–Te lo dije. ¿O no te lo dije? Bueno, en fin, cosas vintage, ya sabes, relojes automáticos, walkman, sellos para nuestro amigo Arquímedes, sabes cuanto le gusta a él el papel. Pero una cosa te pido dijo juntando sus manos como si fuese a orar –¡Por favor, no toques ni alteres nada!

La seguí a duras penas entre el tumulto de gente que se arremolinaba en la puerta. A la entrada unas azafatas vestidas como las que antaño trabajaban en las aerolíneas nos preguntaron con amabilidad

–¿Sois de Omniricum? ¿Venís a ver la feria de los stocks?

Respondimos que sí y nos colocaron en la solapa una especie de pin circulares de un color verde flúor que al cruzar la puerta se tornaron de un rojo encendido.

El recinto estaba lleno de distintos puestos donde se vendían viejas antiguallas. Todo lo que se podía imaginar estaba allí; ropa en muy buen estado de los años ochenta–noventa, placas base de ordenador, puestos de comida rápida, objetos extraños.

Fue entonces que algo llamó poderosamente mi atención

Se trataba de un puesto donde unos simpáticos seres bailaban y parloteaban sin parar llamando la atención de todos los viandantes que se atrevían a pasar por allí y los miraban con curiosidad.

–¿Qué demonios es eso? –Preguntó Itzel.

Observé a los pequeños seres y respondí.

–Son Gremlins unos seres que se popularizaron en los años ochenta. Eran de aspectos bondadoso, pero cuando se mojaban, se transformaban en unos seres verdaderamente diabólicos.

–Acerquémonos a verlos. –Gritó entusiasmada Itzel y añadió–. Me gustan.

Hice lo que ella me pedía, pero enseguida, olvidé aquellos simpáticos autómatas con forma de Gremlins y a la propia Itzel que hacia preguntas al propietario del puesto.

Yo había visto algo dentro de aquel puesto, algo que llamaba poderosamente mi atención.

Lo recordaba muy bien. Lo recordaba esposado por la policía con el rostro triste poco antes que las puertas del CUBO se cerrasen. Ahora estaba muerto, desvencijado y apoyado en una silla. Acaricié aquel brazo metálico de color blanco y me pareció frío y extremadamente suave al tacto.

Yo sabía que en el momento en que nuestras miradas se cruzaron en el CUBO él no podía estar triste. No tenía expresión como los humanos.

No era el típico robot que te encuentras en el hiperloop con un aspecto tan humano que puede pasar desapercibido entre la gente.

Era una antigualla, una vieja cafetera de metal funcional y bien visible como diría Itzel. Sin embargo, a mi me había fascinado desde el primer momento en que lo vi. Ya no quedaban autómatas como él ni como los otros cinco que le acompañaban y que parecían igualmente a la venta.

–¿Qué haces? –dijo Itzel que había dejado de hablar con el propietario del puesto para detenerse justo a mi lado.

–Mirando lo que me dijiste –le respondí–. Son alucinantes estos trastos. Me fascinan. Quiero los seis.

–Te lo dije –dijo Itzel entusiasmada–. Sabía que esta vieja cafetera te iba a encantar. ¿Dónde lo vas a poner?

Me rasqué la barbilla pensativa.

–Supongo que quedarían muy bonitos en medio de mi salón.

Sin pensarlo más, pedimos al dueño del puesto que nos embalase aquellos seis robots y le dimos las instrucciones exactas para que al día siguiente los llevaran a mi casa.

Durante mucho tiempo después Itzel y yo los estuvimos reparando.

Nunca quise que tuvieran aspecto de humanos. No los necesitaba así. Continuamente Itzel me repetía que para que quería yo arreglar aquellas viejas máquinas y que destino les daría. Que si no me bastaba con el reo. Nunca supe cual fue la razón que me impulsó a comprar aquellas cosas ni para que las querría en el futuro. Fue, una simple corazonada, pero yo quería el lote entero, aunque el que más me interesaba evidentemente era él.

Era como si hubiera tenido un dejá vue de lo que más tarde habría de ocurrir.

Aquel robot loco que había atacado a aquellas hadas y había volado varias plantas de la granja, me resultaba muy sugerente para la novela que estaba escribiendo.

Yo sabía que si reanimaba diversas áreas de su compleja memoria podría entender que había pasado exactamente aquel día.

Sus actos se adecuaban al argumento de mi novela, aunque yo dentro de mí sabía que tan solo era un robot inestable, ya que las hadas, las benditas hadas, jamás habían hecho otra cosa que beneficiar a la raza humana. O eso nos habían dicho a todos desde siempre, ¿no?

Pero yo era una escritora.

Y es sabido que los escritores a veces acuden a la deformación de la realidad para crear sus historias.

Y ahora Invincible Wind me ofrecía un extenso campo en el que podía trabajar.

Rebuscaría en su cerebro.

Tenía la sensación de que encontraría cosas.

Encontraría la razón por la que en realidad en aquella granja Invincible Wind intentó detonar una bomba para aniquilar a unas hadas que hasta el momento parecían ser benefactoras de la humanidad.

INVINCIBLE WIND

La primera vez que Invincible Wind abrió los ojos fue como si un hijo mío hubiera visto por primera vez la luz.

Nunca he tenido hijos, pero para mí, aquel robot de asalto se convirtió muy pronto, desde entonces en algo que se le parecía en gran medida.

Invincible quedó dormido por los médicos de nuestro Cubo por expreso deseo de las autoridades que le condenaban por haber saboteado la granja. Podía ser restaurado, de hecho, si no hubiera sido el caso no lo encontraríamos en la feria de stocks a la venta para el mejor postor, pero quien quiera que fuese su nuevo propietario tenía la expresa orden de no restaurar el software que le llevó a cometer tal fechoría y una orden expresa de alejarle de las granjas de hadas. Él pensó que aquello era la muerte y que nunca más iría a despertar. Y entonces oyó mi voz que le decía:

–Ya pasó todo. Abre los ojos. ¡Estoy aquí!

Su envergadura me imponía. Era enorme y tenía que convencerlo para que se tranquilizase y solo respondiese a mis órdenes si no quería destrozarme la casa.

Como era muy aparatoso para mi pequeño apartamento, lo conduje a mi viejo y espacioso trastero junto con el resto de los robots que había comprado.

Allí Itzel trabajó mucho reparándolos para mí. No podía entender muy bien el capricho que me había dado por reparar aquellos trastos antiguos de tecnología desfasada en lugar de exhibirlos como simples objetos decorativos pero en aquel tiempo que estaba tan triste por la ruptura con Arquímedes, aquello me hacía feliz e Itzel que se consideraba algo responsable por aquella ruptura, sabiendo que mi bien amado Arquímedes bebía los vientos por ella, me tenía lastima y usaba todos sus conocimientos para reparar aquellas antiguallas con la esperanza de verme un poco más feliz.

Además, habíamos hecho bien a esperar que Invincible y el resto de los robots estuvieran a la venta de lo contrario, haberlos adquirido en el CUBO en el mismo momento en que íbamos a desprogramarlos resultaría sospechoso.

Itzel se encargó de todas las gestiones y los adquirimos por medio de unos familiares lejanos cuyos datos utilizamos con su consentimiento para que no relacionasen a los robots con los creadores del CUBO.

Sabíamos que eso no estaba del todo bien, pero, me había encaprichado de verdad con aquel robot con cara de malote y quería saber que había provocado que se volviese contra las hadas, aunque para ello tuviese que volver a reprogramar aquellas áreas que las autoridades habían bloqueado o borrado.

Pero como el borrado nunca era completo y había áreas que podíamos restaurar nos pusimos rápidamente manos a la obra.

En aquel tiempo, comprendí que Itzel era una buena amiga y me alegré y a la vez me entristecí sintiendo la punzada de los celos por su incipiente felicidad. Me hice a un lado y le agradecí todo lo que siempre había hecho por mi, intentando disimular la tristeza y la envidia que en cierto modo sentía por ella que había acaparado todo el amor de la persona a la que yo más amaba.

Hubiera deseado ser una chica normal como lo era ella, sin mi trastorno, sin mis dos cerebros, tal vez así podría haber sido digna del amor de Arquímedes.

El trastero era muy amplio y espacioso. Tenía todo el suelo azulejado de un color verde veteado que brillaba reluciente bajo las luces de LED del techo. No tenía allí gran cosa, y los pocos trastos que albergaba, me deshice de ellos para meter a mis robots.

Allí, Itzel trajo sus ordenadores y sus componentes de hardware. Trabajó durante días con ellos. Unas veces, los robots eran capaces de mover los ojos, pero no cualquier otra parte del cuerpo, otras balbuceaban unas cuantas palabras inconexas o movían algún dedo de la mano. A veces daban unos tímidos pasos y otras se descontrolaban y echaban a correr embistiendo contra las columnas hasta caer aparatosamente.

Tras días y días, bajando al trastero a llevarle a Itzel algunos bocadillos para que continuara trabajando, cierto día, me detuve asombrada a ver los progresos que se estaban produciendo en mis robots.

Mi robot, digamos el Alfa, el que los dominaba a todos, estaba sentado en el suelo cuan largo era.

Sus piernas eran de un metal blanco perlado. Piernas articuladas con rodillas, piernas muy largas que tenía estiradas como una bailarina de ballet haciendo el esparragar.

Los ojos azules de Itzel buscaban los ojos del robot. Sus facciones esculpidas en metal eran muy atractivas. De haber estado recubierto su rostro y su cuerpo de algo similar a la piel humana como los robots que día tras día cogían con nosotros el hiperloop hubiera pasado desapercibido entre la multitud como uno de nosotros.

¿Cómo te llamas? –Preguntó Itzel testeando a la criatura.

El robot levantó sus párpados acerados y mostró un iris negro como la noche, blando, gelatinoso y brillante como los

ojos de verdad, se fijó en el azul cielo de los de la mujer que le formulaba esta pregunta.

Quiso abrir la boca y salió un sonido extraño como el de un dial mal sintonizado.

–¿Cómo te llamas? –repitió Itzel pensando que el robot no le había oído.

En esta ocasión el robot se quedó bloqueado como mirando un punto inexistente en el infinito y luego, de repente formuló unas palabras.

–Robot de asalto 807'2344 serie ryutupei0 siempre a sus órdenes. Trabajando en la recolección del Delírico en la granja Apache al Suroeste de Avigob.

Conocía la granja apache y lo que había acontecido en ella: un robot se había vuelto loco había matado a varias hadas y había volado algunas plantas recolectoras.

Itzel me miró y se echó a reír

–Recuérdame que esto lo tengo que borrar.

–¿Podrás hacerlo? – Le miré con ojos de incredulidad.

–Oh vamos claro que sí. Es una tecnología obsoleta que en cierto modo resulta novedosa porque no estoy acostumbrada a trabajar con esto, pero, no te preocupes, es muy fácil, podré hacerlo.

–Pero, tal vez yo quero que no le borres nada. ¿Es posible que lo vuelvas a la vida sin cambiar su esencia?

Itzel pareció meditar y tras unos instantes asintió.

–Sí pero no podemos llamarlo con su número de serie. Sería conveniente reformular su nombre.

¿A ti cual te gustaría?

En ese momento, mis oídos escucharon el viento que rugía en el exterior golpeando contra los rascacielos de cemento y mirando al robot dije casi sin pensar.

Que tal el viento invencible.

–Invincible Wind. –Repitió Itzel. Pues me gusta. Ese es el nombre que a partir de ahora tendrá tu robot. ¿Para que quieres destinarlo? ¿Quieres que lo programe para las labores domésticas, o quieres que sea un robot de compañía?

Me reí al pensar en Invincible como mi nueva conquista amorosa o como una especie de robot Conga para limpiar la casa.

–Ah no le dije. No quiero utilizarlo para esas cosas, y tampoco para que me limpie la casa, aunque pensándolo bien, esto último no es mala idea. ¿Qué tal unas cuantas labores básicas como cocinar o limpiar los suelos y los cristales?

–Me costará volver a reprogramarlo. –Caviló Itzel– pero seguro que puedo hacerlo. Como sabes estos trastos se utilizaban para la guerra. Desactivaban bombas y también las lanzaban. Salvaban personas en conflictos bélicos, pero también eran capaces de destruir vidas y quemar ciudades enteras. Hoy día ya no se usan salvo en las granjas del pigmento, sin embargo, este, además de sus dotes en el campo de batalla tiene algo, que me está desconcertando bastante en todos los días que llevo estudiándolo aquí abajo en tu trastero.

–¿Y que es? –acerqué mi rostro hacia el rostro del robot para estudiarlo mejor a ver si yo podía descubrir el detalle que lo hacía tan raro.

– Mira. –Itzel señaló unas instrucciones de un complejo programa que se veían en un monitor Yo sabía que aquellas instrucciones eran como la disección de una rana, en este caso un robot. Allí estaban todas las tripas de Invincible Wind. Todo lo que él era, su esencia estaba recogido en aquel complejísimo programa.

–Parece que su creador hizo algunas variaciones. Parece que los tuneo a todos y especialmente a Invincible. Tiene

conocimientos de ajedrez, música y arte y parece ser un excelente conversador ¿quieres que elimine todo eso de su memoria o te parece suficiente atractivo para dejarlo?

–Ni hablar. –Respondí– Me gusta que tenga todo eso. Es un plus añadido.

–Sabía que ibas a decir eso. Y aun hay más: Como es una tecnología tan obsoleta, está fuera del control de las hadas. No interactúa con ellas, es como un móvil que solo puede hacer llamadas. Por eso no ha podido comunicarse con ellas y es posible que ese sea el motivo por el que las haya atacado. Ha habido algo en su programa que ha resultado dañado y las hadas no han podido reparar en ello porque Invincible para ellas es una tecnología muy vieja. Seguro que simplemente lo utilizaban para cuidar las instalaciones de la irrupción de extraños allí, pero nada más. No era muy importante para ellas.

–Algo así como un guarda dije.

–Exacto.

En aquel momento, la miré ojiplatica. Las hadas controlaban toda la tecnología que nos rodeaba, toda la tecnología estaba adaptada a ellas. Nosotros no podíamos conocer jamás el lenguaje de las hadas, sin embargo, estas, empleaban su lenguaje para comunicarse y controlar a todas las máquinas de las que dependian nuestras vidas y nuestras cotidianidades.

Sin embargo, aquellos robots, tenían una tecnología que era obsoleta para ellas. Una tecnología que no se había sincronizado con las micro inteligencias artificiales de sus cerebros y no sabia si eso seria un perjuicio o una ventaja a la larga. El paso de los días había demostrado que más bien era un perjuicio a juzgar por el grave atentado acontecido en la granja.

–¿Y los otros robots participaron en el sabotaje?

–Sí –dijo Itzel–. Por lo que he sabido todos lo han hecho, pero en distintas fábricas. Es como si se hubieran

comunicado entre ellos. Por eso las autoridades han tenido que retirar a todo el lote.

–¡Bien, me encantan! –Dije.

–¿Que hacernos entonces? –Preguntó Itzel Yo puedo tunearlos todo lo que quieras pero que sepas que al resultar imposible sincronizarse podrían repetir todos ellos ese comportamiento psicótico.

Miré a Invincible Wind y en aquel momento estuve segura de lo que quería.

Quería una isla en la que resguardarme en medio del bullicio de las hadas. Invincible Wind y todo aquel grupo de robots sería mi isla. Invincible me gustaba tal y como era y pedí a Itzel que conservará su estructura original, lo que había sido, al fin y al cabo, lo que más me importaba era su alma de robot.

VÍCTOR

Una rosa roja.

Las rosas siempre habían formado parte de su vida ocupando un lugar privilegiado.

Cuando era pequeño, ese día en que Teresa, su madre, cumplía años y él no tenía nada que ofrecerle cuando iba de camino a casa encontró un muro lleno de rosas rojas como la sangre y se las trajo.

Supo que no estaba bien robar flores, pero la tentación de llevar un regalo inesperado a su madre le pudo.

Cuando le regaló las rosas su madre que no lo esperaba se puso muy contenta.

Pero volvamos a atrás, a la infancia de Víctor el escritor de las novelas.

El primer lugar que Víctor recordaba era un lugar apacible y cálido, bañado por una luz anaranjada.

El segundo recuerdo una enorme cesta de mimbre donde no alcanzaba ver el borde.

El tercero fue un lugar en el que él ya se encontraba enfermo y oía decir a la gente que le rodeaba que su abuelo se estaba muriendo y a el mismo de encontrarse enfermo y oír que su abuelo se moría.

No tenía recuerdos de su abuelo, pero sí tenía muchos recuerdos de su infancia y sus hermanas en la casa de Bruyos, la casa bajo un cielo grisáceo, la ropa tendida al aire y el olor de la lavanda.

Víctor tenía dos hermanas, una pequeña Reme y otra Marisa que era mayor que él. Víctor era un poco gamberro pero un niño sensible, al fin y al cabo.

Cuando sus padres se iban de casa por poco tiempo se distraían jugando a coger sábanas y hacer tiendas de campaña dentro de la casa. Era muy divertido.

Otra de las aficiones era anudar en aquellas sábanas una escoba e izar a la hermana pequeña Reme por un agujero que había en el piso de arriba.

Un día, ante la llegada sorpresiva de los padres, Víctor, soltó asustado las sábanas con la escoba y su hermana al caer desde aquella altura sufrió un fuerte impacto que pudo haber tenido consecuencias graves pero que solo acabó en una pierna escayolada Sus padres nunca supieron lo que sucedió.

La casa tenía una habitación abajo y una amplia cocina de carbón. El piso de arriba tenía otra habitación y un amplio desván.

Cuando llovía las goteras eran inevitables y producían un sonido rítmico al caer sobre la palangana de cerámica blanca que había en el suelo para recoger el agua clic, clac, clic, clac.

Desde la ventana se veían los campos mojados por la lluvia con sus árboles frondosos y era muy agradable observar a las aves migratorias. Los gorriones eran muy numerosos, formaban un gran estruendo piando en las heladas y las nieves del invierno.

Había un pajarito que aparecía todos los otoños y se iba en el invierno antes de la primavera.

Un pájaro especial para la familia, porque tenía el pecho naranja y la forma de un pequeño gorrión.

Pero se trataba de un raitán o más conocido como un petirrojo.

En frente de aquella casa había una fuente donde jugaba Víctor con sus amigos Armando, Enrique, y Conchita. Todos ellos vivían en tres pequeñas casas adosadas y sus amigos en la casa de en medio.

Los padres de sus amigos se llamaba Anita y el Guiti. El Guiti era una persona muy elegante pero muy estricta con sus hijos. Su casa no tenía paredes en el interior y la separación de espacios en la casa de sus amigos no era otra que una manta puesta a modo de cortina.

Había una cuadra adosada a la casa de Anita y el Guiti y sus hijos usaban esta casa adosada para hacer las necesidades que iban cubriendo con hierba seca.

Al contrario de la de Víctor y su familia que era un patio cerrado abierto al cielo parte de ella la tenían principalmente con gallinas para huevos.

Los chicos vecinos de la casa de arriba no los recordaba bien por que eran mayores solo sabía de ellos que eran pescadores.

Víctor recordaba que por aquella época se veía a sí mismo como un salvaje, sin otro gozo que perseguir pollos con el cuello pelados y cazar gorriones.

Pasó los cinco primeros años de su vida en aquella casa de la Magdalena en Soto del Barco y el primer recuerdo de su vida en esa casa era ver un cuadro en la pared y saber de la inmediatez de la muerte de su abuelo.

Un día se quedó dormido por el día y vio a un búho.

Era un animal hermoso la mitad de un niño de grande, con su plumaje gris claro, sus enormes ojos cerrados, con una pequeña línea de fuerte color rojizo de un ojo al otro que destacaba con intensidad en su plumaje. Estuvo dos días viendo ese búho, pero nunca más volvió.

Realmente esa casa en la Magdalena era un lugar mágico.

Había una carretera que bajaba dejando las tres casas y la fuente a la izquierda. A la derecha un alto muro cubierto de campanillas azules, una enredadera que lo cubría todo en cuya mitad se colocó el hermoso búho.

Más abajo había una casa de indianos que tenía un hermoso jardín de adoquines, una hermosa construcción, un lugar vedado para los niños por ser un lugar privado.

Víctor lo intentaba recordar todo con precisión fotográfica.

Al fondo abajo estaba la casa de la prima de su madre Teresa, una señora llamada Gloria.

Había una plaza en frente abierta y publica, que a él como era aún pequeño le parecía inmensa, pero no lo era realmente por que la perspectiva del mundo para un niño es muy diferente a la de un adulto.

Su hermanita Rosi con la que después había escrito aquellas dos novelas aún no había aún nacido todavía, ella nació cuando dejaron atrás el pueblo y era para ella y a su petición que Víctor estaba escribiendo estos recuerdos para incluirlos en la novela.

A la derecha de la casa de Indianos había un patio o plaza pública y bajando el camino unas casas con un hórreo que es una típica construcción de granero asturiana levantada sobre cuatro pilares de piedras y otra cuadrada en la cima, cada piedra con su pilar se llama pegollo y su misión es impedir a los ratones el acceso al grano. El hórreo es una construcción cuadrada con un corredor toda ella de madera, sobre el corredor era frecuente ver secarse las mazorcas de maíz, un vegetal que vino importado de América.

Es una construcción centenaria y protegida como la panera que es muy similar pero fácilmente distinguible por tener seis pegollos y ser rectangular en vez de la forma cuadrada del hórreo, también la panera se distingue del hórreo por tener dos resaltes de piedra en la cúpula del

tejado ondulado de arcilla tostada roja para separar las vertientes del agua en el tejado.

En la casa pegada al hórreo vivía una persona anciana de un carácter fuerte y huraño incluso con los niños pero que a veces les daba unas galletas muy ricas al pasar.

Hoy no permitiríamos regalos de un extraño o extraña, pero en el pueblo los niños gozaban de una cierta libertad pues todos se conocían.

Luego seguían las casas, una la de Gloria y la casa de una familia que había venido del País Vasco, la familia Alsogaray Zúñiga. Víctor recordaba a la perfección los nombres por que su carácter de niño y se quedó con el nombre de Gorka que entró como él a trabajar en la misma empresa siendo también aprendiz en la escuela de aprendices de Ensidesa.

Gorka era más pequeño que él, debía de tener 4 años y la hermana de Víctor que se llamaba Reme tenía dos.

No sabe aún porque surgió la trifulca, pero Gorka le tiró una piedra a su hermana y le dio en una ceja.

La herida se le infectó y no curaba, su hermana casi se muere y los padres de Víctor estaban desesperados.

Es fácil dejarse llevar por el resentimiento, pero se cruzaba todos los días con aquel niño que cuando hizo aquello tenía solo cuatro años y con el tiempo aprendió a perdonarlo, no por que realmente lo mereciera en ese momento si no por que es mejor dormir con la conciencia tranquila y no odiar a nadie.

Siempre saludó a Gorka con una sonrisa comprendiendo que había sido un accidente y un juego de niños y que afortunadamente no había pasado nada grave con su hermana.

Quizá el carácter de un niño tímido, que salía de clase todos los días por no atreverse a decir a los profesores su necesidad de orinar que por vergüenza a decirlo corría el kilómetro que le separaba de la escuela a la Magdalena a toda carrera.

Roxín y Teresa los padres de Víctor tuvieron durante algunos años la costumbre de en señaladas fechas recibir a un mendigo en casa para comer con ellos un gesto que tuvieron que dejar de hacer por su seguridad y la de sus hijos pero que les enseñó a los niños que hay personas que no tienen techo, ni comida, ni los mismos privilegios y que debemos sentirnos afortunados con lo que tenemos.

Que comportarse bien te hace sentirte bien contigo mismo. Que en una amistad verdadera recibes más que das.

En la casa de Bruyos aprendió cosas importantes sobre los animales y sobre las personas.

De aquella él pensaba de si mismo que era un pequeño salvaje.

Su afición era cazar pequeños gorriones con trampas.

Un día llegó a cazar unos veinte.

Su madre los cocinó con arroz. Le sorprendió lo poco que tenían para comer, eran años de posguerra y necesidad. Aquella noche Víctor tuvo unas horribles pesadillas, veía a muchos gorriones estrellarse convertidos en huevos en el muro de su casa.

Eso le hizo reflexionar que no estaba bien matar por matar, y dejó de cazar gorriones y matar abejorros. El pequeño salvaje comprendió que no aquello no estaba bien y simplemente lo dejó de hacer.

Y un día abandonaron la casa del pueblo y finalmente se fueron a vivir a la Luz. Su padre, Roxín, había entrado a trabajar en la fábrica de Ensidesa de aguador, su trabajo consistía en ayudar con una pequeña barca a entrar y reponer agua en su atraque al puerto de Avilés a los grandes barcos para la llegada de materia prima o salida de producto de la incipiente siderurgia.

El barrio para aquel niño era un espacio enorme.

Tenía muchas cosas buenas y otras que no lo eran tanto.

Lo bueno la riqueza de gentes procedentes de todo el país que hablaban en los portales donde las reuniones eran frecuentes y la competencia sana por quien dejaba los jardines del barrio más hermosos, lo malo, la división en dos bandos y una explanada que separaba de un lado a la banda del Viti, y de la otra el resto del barrio.

Una vez Víctor se aventuró a salir de su zona de confort y le atraparon justo en el medio, donde estaba la biblioteca. Los de la banda del Viti, le cogieron dos por cada mano y por cada pie, un grupo aún mayor se puso alrededor. El delito de Víctor fue estar al otro lado del bario mientras que una de las chicas de la banda repetía sin cesar:

–¡Vamos que no escape! ¡Caparle, vamos a caparle!

Aquello iba en serio y Víctor tenía que hacer algo si quería salir ileso.

Se revolvió y comenzó a dar patadas a diestro y siniestro hasta que con dificultad consiguió liberarse.

Era difícil sobrevivir en aquel Barrio de entonces donde la violencia imperaba.

Un día estaba jugando en un columpio que estaba frente a su casa cuando vino un chico mayor al que llamaban el Chita y no se conformó éste con echarle del columpio, si no que apagó su cigarro encendido en su cara.

Víctor pudo haber alimentado aquella pelea, pero decidió que debía irse.

El tiempo se encargó del Chita.

Más tarde supo que ese chico se metió en mala vida, él no conocía su historia y no le guardó nunca rencor después de todo pues aprendió que a veces la vida acaba pasando factura.

Supo que al Chita lo encontraron años después muerto por sobredosis en las praderías cercanas al barrio, cerca del depósito de aguas para el barrio procedentes del río Narcea.

El palacio era una gigantesca colmena de cristal rosa tallado con filigranas tan alta como un rascacielos de veinte pisos con forma abombada en la cúspide.

Era tan transparente que todo su interior se veía de una forma diáfana de un hermoso color rosa claro. Realmente no era de cristal rosa, si no de cristal transparente, pero era lo que estaba en su interior, algo parecido al algodón rosa azucarado que se vendía en las ferias lo que se adhería a toda la superficie del cristal reflejando su color al exterior.

Dentro de aquella superficie esponjosa se veían unas estructuras acolchadas, pequeñas, del tamaño de unas canicas con forma hexagonal que ocupaban todos los pisos excepto en el centro del que partían unas enormes escaleras aisladas de las colmenas que permitían a los visitantes moverse a través de aquel armazón del edificio como en una especie de escalera de caracol y observar el frenesí de las hadas fabricando el pigmento.

Se asemejaba todo el lugar a las celdas de una gigantesca colmena desde la cúspide hasta el primer piso y toda la sustancia fabricada por las hadas iba a parar por medio de un enorme tubo hacia una especie de sótano donde los robots de las granjas recogían y envasaban la sustancia en pequeñas capsulas que después irían al Cubo y nos serían inyectadas por la araña, a nosotros los soñadores.

Era el principal edificio donde se fabricaba la sustancia que tanto necesitábamos, había un edificio similar casi en cada ciudad de importancia de la Tierra.

EL PALACIO

Cuando murió debía tener en su cara la misma expresión que tuvo Krang, el aniquilador de mundos cuando se vio relegado a partir con unos extraterrestres muy lejos de la Tierra. Pero esa es una historia que contaré más tarde.

Era lo que se llamaba el DELÍRICO.

Invincible Wind venía conmigo aquel día.

Había conseguido un visado para él.

Por supuesto Itzel había eliminado todos aquellos registros que podían hacer descubrir a las autoridades que cuidaban la granja que aquel había sido uno de los robots que había sido apresado.

El guardia a la entrada nos miró desconfiado antes de pasar por el control.

–¿Un robot de estos antiguos? –Dijo mirándole no muy convencido–. No me gustan estos trastos. Ya nos han causado algunos problemas en algunas granjas.

Tomé la mano de Invincible y la acerqué al escáner para que el hombre pudiese ver sus credenciales.

–No se preocupe. –Le dije. –Él viene conmigo y es realmente inofensivo. Yo respondo por él

Estudió el holograma que había surgido al pasar la mano de Invincible por el escáner y exhaló un largo suspiro.

–Está bien. Todo parece correcto. Pueden pasar si quieren –hizo un gesto con la mano invitándonos a pasar al recinto.

Yo no sé porque había insistido llevarme a Invincible allí. Sabía que había un riesgo. Pero necesitaba desbloquear aquella área de su memoria que había sido bloqueada.

Sabía que era sumamente peligroso y que, si Invincible reaccionaba mal, nuestra intrépida aventura nos llevaría a la cárcel primero por haber modificado los programas de Invincible vetados por el gobierno, segundo por que Invincible podía tener otra vez una reacción violenta y tercero por ocultar la verdadera identidad de Invincible y saltarnos a la torera la prohibición de que Invincible visitase aquellas granjas.

Por el momento habíamos pasado los primeros controles. A ver como evolucionaba la cosa.

Desde el principio a Invincible le había llamado la atención el palacio rosa, iluminado por las luces nocturnas cuando íbamos de camino al CUBO.

Quise tantearle para ver hasta donde podía llegar con él en el recuerdo de lo que había sucedido con las hadas.

–¿Quieres ir conmigo a la granja? Realmente es un lugar sin mucho interés. es un lugar donde las hadas fabrican el Delírico y no tiene nada mas, sinceramente no es un lugar muy interesante, pero es un lugar muy bonito y he visto como lo mirabas también cada vez que pasamos cerca.

Invincible abrió sus ojos metálicos exhibiendo un iris negro enorme. Me miró como si hubiera dicho la mayor tontería que hubiera escuchado y señaló con un dedo el cristal al palacio rosa.

–Claro que es un lugar interesante yo trabajé durante muchos años en la granja apache, la que está en Avigob.

–Y… –dije dubitativa– te acuerdas de lo que sucedió allí. ¡Haz un poco de memoria! ¡Qué pasó?

Invincible negó con la cabeza.

–No, no recuerdo nada. Mis recuerdos son confusos. Recuerdo que yo era feliz en Apache y las hadas me querían. ¿pueden ellas saber lo que estoy pensando ahora mismo?

–No, Invincible. ¡Las hadas no lo saben ni lo sabrán nunca! Es un privilegio que tú y todo tu lote tenéis. Sin duda si ellas lo quisieran podrían. Pero sois una tecnología tan antigua para ellas que no les resultáis interesantes.

–Pues ellas si me resultan interesantes a mí. –Dijo Invincible muy convencido–. Claro que me encantará ir al Palacio Rosa contigo tal vez me acuerde de algo.

¡Y allí estábamos por fin él y yo en dirección a la plataforma!

Invincible Wind me hizo caso y dejamos que la cinta transportadora nos trasladase a la entrada de la granja. Contemplamos con vértigo la altura que se abría ante nuestros pies. Bueno, más bien yo, porque Invincible estaba enfrascado en la observación de todo cuanto veía. Parecía mirar el mundo con los mismos ojos que un niño que comienza a mostrar interés por todo cuanto le rodea.

–Y: ¿Por qué ellas no pueden saber lo que pienso? –insistió otra vez. Se sentía triste y al mismo tiempo humillado. No recordaba nada de lo acontecido, pero le dolía que las hadas no mostrasen interés por él como lo podían utilizar por cualquier otro tipo de robot mucho más avanzado.

–Porque eres especial. –Le respondí sonriendo–. Y no deberías verlo como un hándicap si no como una ventaja. Te diseñamos para que fueras independiente para que ni siquiera ellas pudieran acceder a tu mente.

–¿tú me diseñaste? –Preguntó sin apartar la vista de las hadas que volaban subiendo y bajando transportando el pigmento a las celdas dispuestas en panal.

–No, yo no te diseñé. Fueron otros.

Cuando te crearon las hadas ni siquiera existían por eso ellas no pueden acceder a tu mente, eres defectuoso para nuestro mundo, como lo era un móvil que solo sirve para hacer y recibir llamadas pero que no tiene internet. Eres maravilloso, así como eres, pero si no te gusta podemos seguir reparándote para que puedas sincronizarte con su tecnología y podrás hacer lo que siempre deseaste comunicarte con ellas. Aunque si eso sucediera para mí dejarías de ser especial.

–¿Yo? –preguntó Invincible ojiplático como si no supiera cuan importante podía llegar a ser. ¿Yo soy especial para ti?

–Sí, sí que lo eres. Nunca hemos sido capaces de comprender el lenguaje de las hadas así que tú estás más cerca de nosotros que ellas. Es como si las hadas no quisieran más que comunicarse con vosotros las máquinas, y puntualicé –con algunas máquinas–. Con nosotros los humanos se comunican a veces, pero no es una comunicación bidireccional. Nunca hemos sabido porque su código nos resulta tan indescifrable. Pero las máquinas con las que las hadas se comunican están adaptadas a su tecnología en cambio tu eres antiguo, arcaico, de otra época, eres vintage y por eso me encantas.

–Vamos, que soy una vieja cafetera para ellas, pero para ti soy un hermoso objeto decorativo en tu salón, no me consuela mucho. –Dijo Invincible.

Me reí de su ocurrencia y continué subiendo las escaleras que conducían a la cúspide del palacio rosa.

Las hadas trabajaban frenéticamente y había un ensordecedor ruido parecido al de las abejas, pero no había ninguna abeja en aquel lugar. Las abejas eran una especie extinta.

–Yo no quería decirlo así, pero sí, es cierto, eres toda una antigüedad, por eso eres tan especial para mí, eres

libre, independiente, no funcionas como todas las máquinas como un panal al servicio de la abeja reina. Tienes poder de decisión. No pueden saber lo que piensas y por tanto no pueden controlarte. Deberías de sentirte afortunado en lugar de querer pertenecer al redil.

Invincible observó a las hadas y en su boca se dibujó algo parecido a una especie de sonrisa.

Pero de pronto, esa sonrisa pareció congelársele en el rostro.

Acababa de fugarse un hada por algún tipo de grieta.

No era muy usual que las hadas en aquel lugar abandonasen el recinto acristalado que las protegía de los visitantes que venían a contemplar su trabajo.

El hada fue directa hacia Invincible Wind y embistió una y otra vez sobre la redecilla metálica que protegía el espacio de trabajo de la zona de visitantes y finalmente cayó muerta en el suelo en un charco sanguinolento.

Inmediatamente sonó una sirena que avisaba a los robots del sótano que había acontecido algún percance que debían revisar con urgencia. Los robots eran mucho más modernos que Invincible Wind.

No pude prever lo que sucedería a continuación.

Al ver al hada tirada en el suelo, Invincible cayó postrado de rodillas ante su cadáver.

Se asió las rodillas con las manos y comenzó a golpearse la cabeza contra la pared con una furia inusitada.

Me arrodillé a su lado sin saber como actuar mientras oía esa sirena insistente y sentía ruidos de carreras aceleradas que subían hacia la planta en la que estábamos ahora.

Tenía que parar aquello. Si Invincible no se detenía podía alertar todas las sospechas sobre nosotros o podía hacer algo que pusiera en riesgo nuestra seguridad o la seguridad de la gente que había venido a visitar aquel día el palacio rosa.

–¿Qué pasa Invincible? –¿Qué demonios te pasa? ¡Para de golpearte! ¡Te vas a destrozar! ¡Nos están mirando! Tenemos que salir antes que llegue el guardia y nos vea. ¡Creo que no ha sido muy buena idea traerte aquí para despertar tus recuerdos!

Invincible se levantó como pudo y me aferró la mano con suavidad. Admiraba a aquel robot capaz de aplastar a una persona con su puño y coger delicadamente una mano para invitarle a caminar.

–Sácame de aquí y no temas no haré nada malo contra la granja, pero, es horrible lo que he visto –dijo en un tono lastimero.

Agarré con fuerza su cabeza e intenté que no volviera a hacerla chocar contra la pared. Me cercioré de que él mismo tenía la situación bajo control.

–Dime de que se trata –le supliqué–. Dime de que forma te puedo ayudar. ¿Qué fue lo que viste? ¿Qué pasó aquel día en la Granja Apache?

Invincible lanzó un aullido de dolor que me asustó.

A nuestro alrededor, los viandantes se agrupaban para saber que es lo que había pasado. Unos robots recogieron el cadáver del hada y un empleado Supervisor con el uniforme de la granja se acercó a nosotros para rogarnos amablemente que abandonásemos las instalaciones hasta la resolución de lo que había pasado. Tomaron nuestros datos y el número de serie de Invincible Wind. Solo por seguridad nos dijeron.

Ya fuera de la fortaleza rosa me atreví a volver a preguntarle otra vez con voz temblorosa.

–¿Qué pasó Invincible? ¿Qué te pasó allá arriba?

–Las hadas. El Delírico –balbuceó preso del terror–. Las hadas. El Delírico

No cesaba de repetir esto como en un bucle.

–¿Qué les pasa a las hadas y al Delírico?

–Las hadas. El Delírico. Las hadas. Lo he visto. Lo he visto todo. Tengo un recuerdo. Tengo un recuerdo horroroso de algo que vi algo que no sé que es pero que me causa un profundo terror.

–¿Y ese algo que viste, es el motivo por el que quisiste volar la planta aquel día?

–No lo sé, no lo sé. Aún no lo sé–Balbuceó Invincible. –Llévame a casa para que pueda poner en orden mis recuerdos.

EL FANTASMA DE KRANG

Lejos, muy lejos en el espacio y el tiempo, mientras yo vivía este acontecimiento con Invincible Wind, Víctor se sentía preocupado cuando Roxín, su padre y su madre Teresa le pillaban aquellos escritos suyos reivindicativos y libres.

Él no vivió la guerra. Cuando empezaba a defenderse en el mundo, su palabra necesitó brotar hacia el cielo con libertad.

Y no tuvo problemas para siendo chico vestirse de rojo hasta los calcetines para decir a todos su derecho a ir en contra y desafiar la mirada inquisitiva de la autoridad.

Él recordó cómo siendo aún niños para empezar a trabajar se juntaban los cuatro amigos, Enrique, Valle, Manuel y él.

Eran cuatro rebeldes que adoraban a los Beatles con su espíritu indolente y sus melenas largas.

Víctor que ya era un adulto era el de la guitarra verde.

Enrique era el Ringo, el batería del grupo.

Manuel era el cantante, tenía un hermano muy sensible y buena persona, era como una pequeña flor a la que hay que proteger, como un niño pequeño en el cuerpo de un mayor.

Una tarde alguno de sus amigos trajo el día de carnaval una careta de goma, era de una caricatura de señor muy

muy feo y arrugado como si tuviese la cara quemada con unas enormes verrugas, los agujeros para ver y la boca para respirar

Los chicos se pasaban la careta los unos a los otros, el mayor no tendría ni los 14 años y como niños ajenos a todo se reían cuando la careta cambiaba de turno.

Estaban solos, no molestaban a nadie, en un lugar no muy lejos de donde Víctor estaba ahora, pero hace 50 años.

Después de varios turnos la careta le tocó a su amigo Enrique.

Quizá el más necesitado de los cuatro como persona pues hacia poco se había muerto su madre y de los cuatro el primero que tuvo que buscarse la vida en el trabajo, cambiando cristales de ventanas y otros trabajos asociados.

Quiso la suerte o la desgracia que dos policías se fijasen de los cuatro en él por que en ese momento le tocó el turno de la careta.

Así que se acercaron los del tricornio y traje verde y le detuvieron mientras los demás sin explicación ninguna vieron como se lo llevaban detenido a la comisaría no muy lejos de allí.

Estuvo detenido hasta el día siguiente.

Eran niños, joder.

Y el único delito que cometió su amigo es que en España estaban prohibidos los carnavales por la dictadura pues habían sido legales cuando la república antes de la guerra del dictador.

Hubiese sido un escarmiento para un niño la privación de libertad por un día, pero en la comisaría le tomaron sus datos y apuntaron su feo crimen, llevar en las manos una careta muy fea de goma, una careta que se parecía a la cara de Krang.

Enrique necesitaba trabajar para ayudar en casa a su hermano y hermana, pero desde aquel día le fue muy difícil.

Cuando encontraba un sitio para trabajar en todos los sitios era obligado obtener un certificado de buena conducta, pero el estaba fichado por la policía y siempre le negaban el permiso.

Le costó mucho obtener el trabajo de cristalería, seguramente exponiéndose el propio empresario a incumplir alguna ley u ordenanza.

Supuestamente la buena conducta no se obtenía solo con no estar fichado.

Era normal ver a la pareja de la Guardia Civil, los del tricornio y traje de camuflaje verde llegar al portal donde vivías y preguntar a propios y extraños si eras buena persona, si hablabas de los problemas del barrio o del país, si eras rojo o comunista, si te reunirás a escondidas en la iglesia…

Imaginad entrar de rojo integral en un autobús de línea con una pareja de verdes dentro.

No, Víctor no vivió la guerra, pero supo donde estaba el mal y lo malvado.

Pero la vida es compleja y te marca tu carácter, te define como ser.

Él pensaba en lo contradictorio de cómo podían decir que amaban a España los que mataron a Miguel Hernández y a Antonio Machado, los que te meterían en la cárcel aún que fueses niño solamente por tener una poesía de Bertolt Brecht en tu bolsillo, o una simple careta el día de carnaval.

¿El destino era así porque vivía en una casa roja? ¿Qué hay de malo ser rojo, vestir de rojo, hablar con libertad, en jugar por última vez como un niño?

¿¿Que hay de malo en ir contra corriente??

En cuestionártelo todo, en creerte que nunca tu jefe, la autoridad, la policía, el estado jamás puede estar por encima de ti ni debe humillarte.

Comprender que el poder es la mayor podredumbre y basura cuando no está al servicio del pueblo si no para hacerle ponerse de rodillas.

La casa roja.

Somos el producto también del dolor y la desgracia, el pasado está y fue lo que fue. No lo puedes cambiar.

¿Cambiarías lo más mínimo del pasado si pudieras si esa condición que quizá hoy no existas?

O tal vez los que no existieran son aquellos a los que quieres.

Así pues, aquella casa roja define lo que Víctor era.

Ahora era un recuerdo en su madre anciana.

Ella era una niña, estaba en la casa con su hermano mayor, Manolín.

Su madre Teresa. era una niña pequeña y Manolín un chico despierto y valientemente decidido para atajar cualquier injusticia que observase.

Pese a sus 9 años la dictadura lo hubiese matado por rojo por ser un chico que no se dejaría callar cuando observase el mal.

Pero quiso el destino que fuese otro su fin.

Su madre, Manolín y su prima Gloria estaban jugando cerca de la casa roja absortos en sus juegos de la negrura de la maldad que se avecinaba.

La casa era de color rojo y ahora estaba abandonada.

Sus propietarios se habían marchado de España por miedo a las represalias de la guerra que estaba llegando a Bruyos.

Siguiendo una danza macabra, los aviones alemanes dirigidos por el dictador bombardeaban sistemáticamente el pueblo y sus alrededores, pero no lo hacían al azar.

Su madre observó que cuando venían tenían una predilección en bombardear los caminos y determinadas casas o edificios.

La casa roja ahora cobraba sentido, era la casa de los rojos y seguramente estaba marcada en los mapas de los aviones que venían de bombardear Guernica.

Ahora fijada no solo por su color sangre si no por estar en una lista de objetivos a destruir.

Ya lo habían hecho otras veces, la casa estaba derruida en parte.

Su delito ser una casa roja, de color rojo.

Su delito haber pertenecido a una familia cuyo único delito había sido el pensar distinto.

Su delito ser españoles y creer en la democracia y la república.

Una casa de rojos. Había que destruirla, aniquilarla.

La sombra de Krang ya se perfilaba en el horizonte.

Pero los niños hijos de padres amedrentados por la violencia fratricida, ¿qué sabían de todo aquello?

La llegada de los aviones les llegó por sorpresa.

Su madre Teresa, que aún era una niña en aquel entonces, les advirtió que se tiraran inmóviles para hacer creer que estaban muertos pues así tal vez no volvieran con sus bombas a rematarles.

Manolín le dijo a Gloria y a que corriesen a refugiarse.

–Salvaros vosotras –les gritó entre el ruido de la metralla– prefiero morir yo que vosotras dos.

No había sitio en aquel lavadero de piedra para esconderse los tres niños.

Teresa no murió aquel día y es eso por lo Víctor podía ahora estar escribiendo esta historia junto a su hermana Rosa, una historia que hablaba de la guerra, que hablaba de una máscara horrible de un ser que en las novelas aparecía disfrazado de extraterrestre pero que no era más que el fantasma real de una guerra sangrienta, horrible y fratricida.

Una casa roja del pasado, una tragedia que marcó lo que era el escritor, su origen, de donde venía.

Manolín recibió el impacto de la metralla y le dejó inutilizado un brazo, quizá hubiese sobrevivido con las heridas pese a tener toda la carne y la piel desprendida, pero falleció a la llegada al hospital.

Sus heridas eran mucho más graves. Un boquete en su hombro era lo peor.

La abuela fue a su encuentro y el avión pasó inclinándose para dejar caer de nuevo su mortera carga.

Una bomba del tamaño de un brazo y el diámetro de una cuarta cayó.

Quiso el destino que la bomba está vez no explotase y permitiese que Víctor estuviese contando esta historia a petición de Rosa para que ella incluyese todo esto en la novela que ambos estaban escribiendo.

Los aviones se marcharon y los pilotos durmieron aquella noche con la conciencia tranquila del deber cumplido, patriotas de una mierda de país, asesinos de niños, todo por la patria y por España.

La madre de Teresa, Isabel Presentación, recogió del suelo a su hijo herido como pudo y lo llevó al hospital de Avilés, el Hospital de la Caridad, donde más tarde quedó sumergida por las aguas la estatua del Hombre que escucha a la Piedra.

Allá estuvo Manolín unos días muriéndose.

Uno de los días la abuela ya no lo encontró, y fue corriendo y con el alma rota, bajó donde depositaban a las personas de las que ya no se podía hacer nada por ellas.

Y allá estaba el cadáver de su hijo tirado en un montón, como los perros, víctima de los bombardeos franquistas, sin derecho a nada por ser víctima de los verdugos.

Sin derecho a que su madre pudiese recoger sus restos.

Años después nació Víctor y vivió las necesidades de la posguerra, el miedo a no poder decir abiertamente lo que se piensa.

Siempre con la pena de no saber donde habían enterrado a los seres queridos.

Hacía algunos días que Víctor con 60 años se había enterado que su tío Manolín que había muerto siendo un niño y estaba enterrado en una fosa común en el cementerio de la Carriona. Pero aunque fue a ver el sitio no lo encontró.

Sus huesos ya no estaban abandonados, pero quizá era ya muy tarde para que su madre pudiera llevarle una flor pues su salud y su entereza de siempre se iba marchitando cada día por su avanzada edad y los reveses de la vida.

Así que, si les preguntasen a Víctor y a Rosa sobre qué hacer con la momia del dictador sin duda dirían que le enterrasen anónimamente en una cuneta sin nombre, no por odio, no por rencor si no simplemente para que supiesen lo que sufren las familias que no pueden enterrar dignamente a sus muertos y a los que nadie les interesa su dolor.

Pero ellos no tenían odio ya. No se puede vivir con odio.

Tampoco les interesa lo que puedan decir los que aún adoran al dictador por que repartió los bienes de los rojos entre sus amigos y compañeros de armas.

Jamás un pueblo se merece a quien con la violencia trata de imponer sus razones.

Y el mayor de los delitos es matar a un niño.

Este tipo de crímenes son de lesa humanidad y nunca deberían prescribir.

ADIOS ESTRELLA, ADIOS

Cuando el Nene, que era el hermano mayor de Roxín fue capturado, le llevaron a una zona boscosa.

Hacía un hermoso día, aunque muy frío y el aire olía a fragancias de flores, pino y yerbabuena: "un día precioso para disfrutarlo y un mal día para irse". –pensó el Nene. Pasaron por un camino de piedras flanqueado por ortigas y luego alcanzaron un pequeño abrevadero de ganado con unas vistas impresionantes al acantilado.

El Nene se quejó de que tenía frío y volvió a pedir su chaqueta. Para entonces, sus dos captores ya se habían apercibido de que en uno de sus bolsillos había un arma y ya se la habían quitado.

Él ya no podía utilizar la disculpa de que le diesen la chaqueta para defenderse de ellos, ahora, tan solo la quería porque tenía un frío atroz y necesitaba el abrigo de la lana. Además, llevaba las manos maniatadas en la espalda y aunque corriese, sin duda no iba a conseguir llegar muy lejos de aquella guisa.

Por respuesta, recibió el golpe frío de la culata del arma sobre su espalda y un empujón que estuvo a punto de hacerle perder el equilibrio. Aún así le ayudaron a levantarse y se la pusieron sobre los hombros.

Entre tanto una abeja les seguía con su zumbido.

El Nene sonrió al pensar en sí sería la misma abeja que le había seguido durante todo el día.

De ser así, sonrío con tristeza al pensar que el insecto parecía acompañarle también en lo que sería su último viaje, porque, no le cabía duda de que aquel iba a ser su último viaje y que no iba a salir vivo de allí.

Dejaron atrás el abrevadero y divisaron una pequeña fuente. El Nene dijo que tenía sed y pidió permiso para beber. Inmediatamente se produjo una pequeña discusión entre los dos hombres, porque uno, no estaba de acuerdo, y al otro, al fin y al cabo, le daba un poco de lástima privar de tan pequeño capricho a alguien que iba a ser ajusticiado sin ningún derecho ni defensa.

Pidió que le desataran las manos para beber, pero los dos hombres no cedieron a su ruego, porque era más que evidente que si le desataban intentaría escaparse así que uno de ellos formó un cuenco con sus manos, tomó agua y se la dio a beber como se le daría a beber a un perro.

Entre empujones e insultos lo fueron arrastrando a un camino transitado por un rebaño de vacas y su pastor.

El hombre que las lidiaba, un pueblerino bonachón, contempló la escena con miedo y se apresuró a ponerse a salvo junto a su rebaño.

Uno de los hombres le gritó al verle correr que sabía dónde vivía y que, si no quería que él y su familia sufrieran una desgracia, mejor sería que tuviera la boca bien cerrada.

Al llegar a un punto que conducía a la playa, los dos hombres encañonaron al Nene y le obligaron que abandonase el camino para internarse a través de un bosque de pinares.

A lo lejos se veía la playa y se escuchaba el rumor del mar. Estaba empezando a anochecer y muy pronto, ya sería noche cerrada.

El Nene obediente descendió por aquel sendero que se perdía en los árboles sin gurgutar ni palabra.

Dejó que lo empujaran y lo vilipendiaran y finalmente, cayó de bruces sobre la hierba.

Una bota sobre su cabeza le impedía levantarse.

Le dijeron que hablase de las trincheras. Querían saber su ubicación exacta.

El Nene guardó silencio, no podía delatarlos ni quería y a cambio recibió un montón de patadas en el estómago y las piernas que le hicieron aullar de dolor.

También recibió un enorme impacto en la cabeza que casi hizo que perdiese el sentido, pero no lo suficiente, querían que estuviese lo bastante consciente para continuar con su tortura.

La mano del hombre le cogió por el pelo y levantó su cabeza de un golpe brusco hasta tenerle ante sus ojos. Los huesos del cuello hicieron entonces un chasquido horrendo.

–¿Donde están las trincheras? –Repitió con las venas de su cara inyectadas por la ira.

Ante el silencio como respuesta recibió un puñetazo en la nariz y en la boca, aquello fue lo que más le dolió porque en el golpe varios dientes salieron disparados por el aire.

–Que trincheras? –Gimió–. Todo el mundo sabe donde están.

–Me refiero a las otras. –Bramó el hombre–. Las que no hemos podido localizar. Las que utilizáis para esconderos como ratas asqueroso hijo de perra.

El Nene ahogó su dolor y tragó sangre, pero calló. No podía decir dónde estaban aquellas otras trincheras. Moriría antes de dejarse arrancar aquel secreto.

Una vez más, su torturador se disponía a seguir golpeándole cuando el otro le detuvo.

–¡Déjale Tomás! ¿No ves que lo vas a matar?

Ignorando a su compañero el citado Tomás levantó su rostro frente a él y le lanzó un escupitajo a la cara, mirándole

con fiereza a los ojos como si escrutara dentro de ellos la verdad que ocultaban.

–Sabemos dónde viven tus padres y tus hermanos pequeños. –Le advirtió–. Queremos que nos hables y nos cuentes dónde están las trincheras. –Por el bien de tu familia será mejor que empieces a largar todo lo que sabes.

Aquello hundió al Nene en la pena más absoluta. No podía permitir que hicieran daño a su familia.

Así que habló.

–¡Por favor a mi familia no! –Suplicó como un niño.

–Esto es lo que yo quería. Oírte llorar como una nena. –Dijo Tomás.

Después de su confesión, uno de los hombres miró el cielo. Se había hecho de noche en los pinares y no se oía ni un alma en aquella soledad. Había que ir a cenar a casa.

Tan solo se oía el murmullo del mar y el zumbido de una abeja, una diminuta e inocente abeja confundida en medio de la oscuridad.

Le dieron el tiro de gracia, y lo dejaron tendido entre la hojarasca, mal matado, eso fue lo peor, porque incluso un animal que está así en esas condiciones debería ser bien matado para que no sufra.

Escuchó el crepitar de las hojas secas bajo sus botas negras de cuero alejándose mientras le dejaban allí tendido en el suelo.

Mientras se desangraba, el Nene derramó sus últimas lágrimas pensando en su amorosa y sufrida madre, con su cabello canoso y su delantal, la madre que tenía los ojos hinchado de llorar, que nunca decía que tenía hambre y que tenía la piel de las manos agrietada y con heridas por la dureza del trabajo. Aquella madre a la que nunca más volvería a ver, que tal vez nunca sabría donde estaba su cadáver.

También tuvo un último recuerdo para sus hermanos Ramón y Roxín, los que había visto jugar al balón hacía unas horas con unas alpargatas viejas y rotas.

Una abeja se puso en su sanguinolenta y rota nariz. Observó el pequeño bultito de su cuerpo en la oscuridad zumbando a su alrededor y sintió una especie de calma que hasta entonces no había sentido.

Al menos no moriría completamente solo.

Siempre había temido morir en soledad sin nadie al lado y aquella pequeña abeja ahora, era su única compañía además de las estrellas.

El Nene alzó la vista al oscuro cielo.

Había una estrella que parecía que brillaba más que las demás.

Cuando muriese quería ir a aquel lugar. Pero dentro de poco, todo sería oscuridad. Se preguntó si cuando uno muere puede volar allí tan lejos como desee.

Hacía mucho frío. En alguna parte se oía a un pájaro nocturno cantar entremezclado con el oleaje del mar.

–Adiós estrella adiós, dijo antes de exhalar su último suspiro.

EN UN LUGAR DE ASTURIAS

Itzel Aguirre Bengoechea. Así se llamaba ella: Un nombre complicado sin lugar duda para una chica: especialista en arreglar cualquier tipo de máquinas y experta en inteligencia artificial. Le gustaba tomar el café bien cargado por las mañanas si no, decía no poder afrontar los retos que la vida le planteaba y su humor se agriaba hasta resultar casi insoportable incluso para ella misma.

Por lo demás era una chica dulce, cuando estaba de buenas, con unos ojos azul grisáceo, algo tristes y facciones de muñeca. Era muy alta y delgada y le gustaba llevar restas en el pelo anudadas con hilos de colores, perforaciones en las orejas, tatuajes en todo el cuerpo, y piercings por todos los lugares imaginables. También amaba sobremanera la música y tenía el tatuaje de una nota musical detrás de una oreja. Itzel tenía un don especial para el arte –y también para la inteligencia artificial porque según ella la inteligencia artificial y la belleza no tenían porqué estar reñidas.

Así era ella, toda música y contradicciones y gracias a su trabajo Yo IO, tenía también mi cerebro fotónico.

Un día de invierno cuando reparaba un viejo ordenador que habíamos encontrado en una casa del barrio de las escombreras descubrió una vieja aplicación, vieja y obsoleta.

La aplicación era una de esas que permitía el envío de un mensaje al futuro. No podía determinar cuánto podía llevar

aquel mensaje en aquel cacharro que había reparado para un amigo nostálgico, creo que para Arquímedes quien le había encargado reparar aquella vieja antigualla, pero cuando lo puso a funcionar el correo se colapsó con todos los mensajes atascados en el servidor.

Separando el grano de la paja, uno de los mensajes destacó entre el resto. Se trataba de un mensaje que un padre le enviaba a su hija y que decía algo así:

"Tal y como me pediste, te envío este mensaje. Solo es para que tú sepas lo orgulloso que me siento de ti y lo mucho que te quiero".

El mensaje nunca llegó a ser abierto por su hija, pero allí estaba muchísimos años más tarde ante una desconocida, Itzel, que había perdido a sus padres siendo muy niña, y que lo leyó con ávida curiosidad.

Como pudo, hurgó en aquel arcaico ordenador y rescató viejas fotos, videos familiares y recuerdos. Con este material, se introdujo en el CUBO y buscó con la araña viejos parámetros, trazas de recuerdos y complejas coordenadas almacenadas en la máquina.

Descubrió por ejemplo el extraño vínculo que unía a aquella chica a la que iba dirigido el mensaje con los pájaros y vio varias imágenes en las que se devanaba por salvar la vida de un pajarito diminuto que había encontrado herido a la puerta de una especie de establecimiento que vendía lámparas cercano a su puesto de trabajo.

La muchacha, lo había llevado a su casa y lo había tratado de alimentar, pero finalmente éste había muerto a pesar de todos sus cuidados. En la tienda de animales le habían dicho que era la cría de un petirrojo y que debía alimentarla con pan remojado en agua y un pienso especial para pájaros silvestres.

Quizás porque el pajarito se asustó de su cautividad o porque no estaba acostumbrado a estos alimentos, tal vez

porque también debía estar herido o enfermo antes que ella lo encontrase, lo cierto es que murió aquella mañana en la jaula en que ella intentaba protegerlo.

Con mucha tristeza, la joven había vuelto a pasar al día siguiente al lado de aquella tienda de luminotecnia donde había encontrado el pajarito agonizante en sus puertas, como un bolita allí tirado. Su corazón estaba roto por la tristeza. Mucha gente se habría reído de sus lágrimas por una insignificante cría de pájaro, pero para ella aquel pajarito representaba mucho más, era como una especie de mensaje de su padre fallecido.

O eso era lo que ella creía dentro de su corazón, aunque no lograba descifrar en que consistía.

Al pasar al lado de la misma tienda donde el día anterior había encontrado al pajarito, Rosa, la hermana de Víctor, se sorprendió de ver un enorme cuadro en blanco y negro, un paspartout que mostraba escenas cotidianas de unos padres con sus hijos en el que se veía una frase que volvía a parecer como un mensaje que alguien le dedicase y que decía: “Gracias, te quiero mucho”.

Ella lo asoció a que alguien le estaba dando gracias desde el otro lado de la vida, gracias por haber recogido aquel pajarito moribundo al que intentó vanamente salvar. Como si alguien, el espíritu de su padre tal vez, la viese triste por aquella pequeña pérdida y de algún modo quisiera compensarla diciéndole desde el más allá lo mucho que la quería.

¿Eran señales? ¿Parecía una señal que alguien le dirigía? ¿Alguien que le decía que, a pesar de todos sus intentos, a pesar de que no todo había salido como ella hubiera querido, se lo agradecía desde lo más profundo de su alma? ¿Era como un mensaje de su difunto padre que le volvía a decir otra vez lo mucho que la quería? ¿Un mensaje que atravesaba el espacio y el tiempo?

Rosa guardó cuidadosamente aquel pienso para pájaros silvestres con el que pensaba alimentar al pajarito y que

no había servido para nada. Durante muchos días caminó por aquella senda que discurría entre prados infinitos por debajo de una autovía.

En uno de esos campos, tras unas moras, enterró el cuerpo del pajarito con gran tristeza y todos los días que paseaba a su perro por allí miraba el lugar donde estaba el pajarito y lloraba. Las semillas silvestres con las que iba a alimentar al pajarito las derramó por todos los campos por donde pasaba.

En esa primavera florecieron en aquel campo muchas flores violetas de falso azafrán.

Pensaba, que, si al menos no había podido salvar a aquel diminuto pajarito, al menos, aquellas semillas podrían alimentar a otros pájaros durante muchas primaveras.

Los pájaros no volvieron a visitarla. Hasta aquel día...

Pero otro cierto día en navidad, una paloma blanca, había buscado refugio en su balcón.

El pájaro le había mirado como si quisiese comunicarse con ella. Es extraño que un pájaro transmita sus pensamientos a un ser humano, sin duda debe existir una cierta telepatía que no entendemos, pero, lo cierto fue que aquel invierno vino muy duro de repente y los pájaros se despistaron por el clima.

La paloma a la que el invierno había pillado de improviso, miró a Rosa con ojos suplicantes como si le quisiese decir que por favor fuese amable, y no la echase de su balcón, que ella no daría excesivos problemas y que cuando las condiciones fuesen más óptimas se iría sin hacer ruido tal y como había llegado.

Compadecida por aquel animal que no se asustaba de su presencia y al que parecía gustarle la coloreada cesta de mimbre que unos amigos le habían regalado con unos pasteles, Rosa, la dejó estar en su balcón.

Y así pasaron días y días que la paloma venía a refugiarse allí noche tras noche, hasta que una madrugada fría, cuando Rosa se levantó y con una mano separó un poco la cortina de

la ventana para ver el balcón, descubrió un pequeño huevo de una blancura impoluta.

Con suma delicadeza, Rosa lo cogió en sus manos para observarlo, pero ignoraba, que esto no sería bueno para el huevo porque o bien por el rechazo de su madre con el contacto humano o porque así la vida lo había planeado, éste moriría.

Días más tarde, la paloma depositaría otro huevo. En esta ocasión, la cría de palomita rompió el cascarón el Día de Reyes cuando iba a buscar los regalos a casa de sus hermanas. Era también como otro regalo de la vida una oportunidad de no dejar morir a otro pájaro.

La muchacha cuidó de aquel regalo con mimo y con celo. No le daba comida. Sabía que si lo alimentaba su madre terminaría dejando el balcón y eso significaría la muerte de la cría así que simplemente las dejó estar allí y no hizo nada.

Eso, garantizaría que su madre acudiese como cada día a darle su comida y no la dejase morir de hambre.

En ese tiempo, la palomita sufría por su incapacidad de volar y marcharse con sus padres.

En ese in pass Rosa, se informó un poco sobre la vida de las palomas. Suelen poner dos huevos. El padre y la madre colaboran por igual en la crianza de sus vástagos y en este caso, uno de ellos viene durante la noche y otro durante el día para darle de comer con una especie de leche materna que traen en el buche.

Rosa indagó si la madre o el padre de la paloma tenían una pequeña argolla metálica lo que denotaría que se trataba de palomas mensajeras y que probablemente serían entonces propiedad de alguien, pero, aquellas palomas no parecían tener nada de eso, más bien parecían pájaros libres por lo que decidió que no llamaría a ninguna asociación de Colombofilia para que se encargara de aquel delicado pajarito, que, en ese caso, probablemente moriría.

Así que viendo la desesperación del pichón por volar al encuentro de sus padres y abandonar aquel incómodo balcón, la mujer tomó en sus manos al pajarito y empezó a soltarlo por la cocina para que poco a poco ejercitase sus alas así, y le puso cajas cada vez más altas para obligarle a superarse.

Finalmente voló. O al menos eso creyó ella. Fue el primer fracaso.

La primera vez, una noche lluviosa de invierno se asomó al balcón y oyó su arrullo en algún parte entremezclado con el sonido de la lluvia.

Se alegró por el pajarito porque cada día sufría por no poder emprender el vuelo junto a sus padres.

Finalmente, había conseguido su propósito y ella pensó que jamás volvería a ver a aquella blanca paloma que era blanca como la nieve y tenía algunas plumas negras en la cola y un ala tiznada de rojo, por la pintura del mimbre de la cesta, pero lo que había ocurrido es que la paloma se había enredado con la lana que Rosa le había puesto para protegerla del frío y por eso piaba sin parar.

Afortunadamente Rosa, se dio cuenta y la rescató de su cárcel de lana.

Días más tarde finalmente logró batir sus alas y abandonar el balcón. Y aquello fue un alivio porque no era feliz en aquel balcón.

Pero Rosa estaba triste porque pensaba que nunca más la vería.

Aunque, contra todo pronóstico, la paloma blanca regresó una semana más tarde no se sabe si con el objetivo de volver a ver a la humana que había salvado su vida en aquel balcón o con el objetivo de reencontrarse con sus padres. Era evidente que, aunque pudiese volar no quería hacerlo sola y aquel balcón era el último lugar donde se encontraría con aquellos que le querían tanto y que día a día habían acudido para darle de comer.

Aquel día sería el último porque se iría definitivamente y no regresaría jamás. Aunque a veces Rosa veía un blanco y fugaz aleteo recorriendo las proximidades de su balcón en los días de Sol o encontraba pequeñas plumas blancas esparcidas por el suelo del balcón que evidenciaban que en algún momento del día había pasado a visitarla.

Aquella muchacha llamada Rosa se sintió triste al ver el nido vacío. Ella nunca había podido tener hijos quizás por eso estaba tan sensible con aquellos pájaros. Itzel sintió su soledad y su dolor. Y supo que muy dentro de ella, que, si algún día llegaba su fin, le gustaría ser como aquel pajarito. Le gustaría que también sus padres y sus seres queridos vinieran a buscarla y no la dejasen sola porque tenía miedo a morir en soledad, como el Nene lo había hecho. Esperaba que la pudieran perdonar si algún mal había hecho porque a pesar de todo ella había querido muchísimo a su familia, a todos ellos.

Volaría junto a ellos, junto a sus padres, junto a aquellos que de verdad la habían amado hacia la otra frontera. Volaría libre de ataduras, como los pájaros.

Itzel siguió tirando de los recuerdos de Rosa como se tira de la lana de un viejo ovillo y vio unas viejas fotos de castillos concretamente Montsegur y Carcassonne que ya no existían. Vio a un hombre pelirrojo ya anciano, el padre de Rosa quien había enviado un correo al futuro.

El hombre estaba triste. Se sentía muy viejo y enfermo, de una temporada a esta parte no quería salir a la calle por temor a encontrarse con viejos conocidos que se interesarían por su delicado estado de salud y él no estaba en buenas condiciones ni psicológicas ni físicas para dar explicaciones.

Rosa le había hecho un batido de manzana y juntos en la salita, sentados en aquel sofá, miraban tristemente la vida que transcurría a través de la ventana.

Aquel día hacía un atardecer de verano con un cielo impresionantemente azul. El cielo de un azul cobalto,

recordaba a esos cielos que se ven en el desierto de los Tuareg y que iluminan la blancura perlada de las dunas.

Rosa le mostró a su padre un álbum de fotos. Aquel verano había estado en Carcassonne y le mostró con orgullo aquellos castillos tan preciosos.

Él los miró con tristeza y le dijo que algún día cuando él dejase de existir y pudiese volar como un pájaro acudiría a recorrer aquellos lugares tan bonitos que a ella le habían impresionado tanto.

Nuestra tecnología nos permitía ver aquellos recuerdos almacenados a través de unas redes sensoriales ideadas por Itzel, en realidad una versión avanzada del antiguo NeuroQwerty una aplicación que podía predecir lo que una persona había pensado o sentido a través de la forma en que había percutido su teclado.

Todas las personas no tecleaban de un modo igual. Cada persona tenía una huella digital única e intransferible que podía deducirse por la forma de teclear. En el pasado el Neuroqwerty había podido predecir con antelación enfermedades como el Parkinson y ahora, nos permitía muchas cosas más, como por ejemplo deducir los sentimientos y los pensamientos de una persona con la misma frescura con que se habían producido en el pasado. A través de una retina artificial tan delgada como una lentilla que complementaba el programa, podíamos ver cual era el sentimiento o el pensamiento impreso en un mensaje escrito hace tiempo en las redes informáticas antiguas. A Rosa y a Víctor les parecería magia, pero para nosotros era algo común y cotidiano.

El mensaje lanzado al futuro que alguien le había enviado a Rosa era:

–Se feliz porque habrá un mañana. Tal vez ese mañana te angustie porque no puedes verlo porque es como si pasases por un túnel oscuro y no supieses lo que hay tras él, pero hay un mañana para todo el mundo.

Itzel quiso indagar más en los recuerdos del padre de Rosa y voló lejos muy lejos a la primera infancia del hombre, su nacimiento... un niño con el cabello rojo como el fuego, un niño que tenía un hermano al que llamaban el Nene.

Le siguió en sus primeros años escondido en un carro donde se guardaban las migas que sobraban del pan en la panadería y sintió la misma sorpresa que sintió él cuando vio a la que con los años sería su mujer: Teresa, escondida con el mismo objetivo que él, robar las pequeñas migas de pan para apaciguar su hambre.

Itzel voló por los recuerdos de Roxín el padre de Víctor y Rosa, le siguió a través de todas las casas en las que habían buscado refugio durante la guerra huyendo de los ganadores y presenció la horrible muerte de un republicano al que le habían descerrajado un tiro en la nuca cuando intentaba

Le siguió por todas las casas donde Krang le había atemorizado poniéndole una mano fría sobre la cabeza cada noche que él se iba a dormir y vio a Krang esconderse cada vez que él encendía la luz para comprobar la veracidad de sus miedos.

Pero sin duda Itzel cuando más se emocionó fue cuando Víctor creció y se enamoró de Teresa. En ese momento, Krang pareció alejarse y pareció que ya no regresaría nunca. Porque a Krang el amor lo asustaba.

A Krang le gustaban los momentos tristes y trágicos, los acontecimientos desgraciados, la tragedia y el drama, por eso, amaba tanto la guerra, pero siempre se retiraba cuando veía el amor. Era un arma que lo debilitaba por completo y servía para atarlo como un reluciente prisma de cristal. Por eso a Krang el amor no le gustaba.

Eso ayudó a que Leilani pudiera resistirse.

LOS PÁJAROS

Mientras la novela discurría, con todos sus personajes incluida yo IO; Rosa empezó a sentirse muy cansada.

No sabía lo que le ocurría. Su vida no era muy dinámica. Muchas veces, llegaba de trabajar y lo único que le apetecía era tumbarse en un sillón a ver sus series favoritas.

Pero había un día en la semana en que caía fulminada por un enorme cansancio y una opresión en el estómago.

En ese día que ocurría eso, generalmente los viernes, Rosa se sentía muy mal, presentía que lo que tenía en el estómago no era bueno, no sabía si eran nervios, nunca lo consultó, pero ese cansancio la dejaba baldada, sin fuerzas para nada.

Ese era un día para estar en la cama y dormir y olvidarse del mundo.

Al mismo tiempo empezó también un insoportable dolor de piernas que le recorría el tendón de Aquiles y le llegaba hasta las rodillas.

Muchas veces tenía la impresión de que sus piernas eran de madera pues las notaba agarrotadas, pesadas y doloridas.

Se forzaba a sí misma a bajar andando al trabajo, pero cada vez resultaba más difícil.

Fue en un preoperatorio de una operación sencilla cuando los médicos descubrieron que había una pequeña mancha

en el pulmón a la que al principio no dieron importancia diciendo que tal vez era una cicatriz de haber pasado una tuberculosis, más tarde dijeron que era un tumor que descartaron y finalmente le diagnosticaron una EPID (Enfermedad Pulmonar Intersticial Difusa).

Pero como dentro de las fibrosis había muchas, había que ponerle un apellido a la enfermedad y por eso era preciso que Rosa se sometiera voluntariamente a una biopsia pulmonar para saber de que tipo era esa fibrosis y poder aplicar lo más pronto posible un tratamiento.

En los días que transcurrieron en el hospital tuvo una compañera de habitación uruguaya que era muy agradable. Las dos se decían adiós cuando se llevaban a una de ellas en silla de ruedas a realizar las pruebas y se daban mutuamente ánimos.

Se reían ambas diciendo que llevaban bolsos de Prada, aludiendo a una especie de maletín que llevaban clavado en sus costillas y que servía para drenar la sangre.

La habitación era muy amplia con un ventanal maravilloso sin aristas que mostraba toda la ciudad de Oviedo y por las noches, ambas podían ver las estrellas.

Los días pasaban y Rosa daba largos paseos por aquellos pasillos blancos y encerados del Hospital.

En el pasillo había próximos a los ascensores una especie de rieles y un cartel que indicaba que aquel espacio era del uso exclusivo de los robots.

Rosa nunca llegó a ver a los Manolínes, así se llamaban a los robots que recorrían las enormes estancias del Hospital Central de Asturias llevando medicamentos, ropa a la lavandería y comidas a las distintas estancias del Hospital.

Las auxiliares decían que a veces les costaba caminar porque los suelos estaban imantados para que los robots pudieran circular con mayor facilidad.

Pensando en el Hospital Central, Rosa se inspiró en algunas estancias del Cubo e incluso, un día, antes de

ingresar vio como dos policías llevaban esposado a un preso en un ascensor y pensó que tal vez ese preso podría ser en su novela el robot Invincible Wind.

Aquello parecía una ciudad y le daba miedo perderse porque las enfermeras le decían que no podía estar en la cama y que había que caminar para rehabilitar su pulmón si quería ponerse rápidamente bien y marcharse para casa, pero, realmente tampoco podía salir de aquel pasillo, así que no era posible perderse, aunque éste fuese muy largo. Era un poco el miedo a lo desconocido y a la vez un reto, estar en un lugar tan enorme y sola.

Sus hermanas venían a verla casi todos los días y su hermano también.

Había dos salas de espera una muy amplia donde se citaban enfermos y familiares y otra más pequeña, más íntima que a Rosa le gustaba muchísimo más porque cuando venían sus familiares podía estar a solas con ellos sin que nadie les molestase.

Sus hermanas Marisa y Remedios le traían libros y revistas de crucigramas para pasar el tiempo.

Se sentaban en aquella sala con aquellos enormes ventanales mientras charlaban y reían gastándole bromas. Ella era feliz de tenerlas cerca y lamentaba que a veces en el trabajo, porque habían trabajado juntas habían reñido porque realmente las quería mucho y era ahí en esa situación mala donde se veía el amor por la familia y ella se sentía afortunada y bendecida por su cariño.

Mientras, caía afuera una tormenta y el agua lamía los enormes cristales de la sala de estar del hospital filtrando la luz grisácea de un cielo de septiembre.

LA LADRONA DE MIGAS

Hacía un día de verano caluroso. Itzel se conectó al Cubo, quería seguir indagando.

Las búsquedas se traducían en imágenes y las imágenes en búsquedas. La araña trabajaba sin descanso y lo hacía bien como solo ella sabía hacer.

Itzel se sumió en un sueño profundo y la dejó trabajar.

Hacía un día muy frío. Era invierno y había nevado. Al menos eso ocurría en el sueño. Era estremecedor la forma en que el Cubo reflejaba la realidad.

Itzel sintió en el antebrazo la sensación húmeda del rocío de la mañana y el aire frío golpeando su rostro.

Tuvo un escalofrío.

En realidad, su cabeza estaba llena de cables y sus ojos cerrados se movían con el movimiento REM del sueño.

Se veía en un campo completamente cubierto por la nieve de una blancura cegadora. En las proximidades había una pequeña carretera y ahí la nieve parecía más sucia y embarrada salpicada por piedras y briznas de hierba.

Itzel vio a Roxín, el padre de Víctor y Rosa. Roxín había crecido y ya no era el niño de antaño. Se había convertido en un hermoso zagal cubierto por una boina de lana de cuadros escoceses que contrastaba con su hermoso cabello cobrizo.

Roxín iba ataviado con un grueso abrigo de paño marrón y mordisqueaba un palillo entre sus labios.

Tiró el palillo y guareció su preciosa cara pecosa tras la bufanda.

En la lejanía oyó algo que reparó su atención y que cada vez se acercaba más y más por la cuesta haciendo mucho ruido.

Eran unas encantadoras risas de mujer acompañadas con cánticos. Víctor vio a Teresa cantarina y alegre, y la identificó con aquella ladrona de las migas de pan que había conocido en su infancia.

Cantaba una canción sobre un torero que encontraba la muerte a manos del toro.

La chica intentaba parecer alegre, pero algo había en aquella canción que la conmovía y acababa haciéndola llorar siempre que la cantaba.

En ese instante Roxín quiso rozar con las yemas de sus dedos aquellas diminutas lágrimas que lamían su blanco y delicado rostro y acariciar las hebras de su cabello negro.

Por un momento presa de la timidez y también para no incomodar a aquellas hermosas muchachas jóvenes pensó en esconderse en alguna parte para seguir viendo a Teresa de una forma furtiva, pero era un campo muy despejado y no había árboles ni casas donde pudiera ir así que aguantó el tipo y las vio pasar sin poder evitar silbar cuando vio que ella pasaba a su lado dejando la impronta de su perfume floral.

Llevaba un hermoso vestido de cuadritos diminutos en color rojo y blanco cuyas tablas sobresalían a lo largo de un grueso abrigo de color marrón.

Sus labios estaban pintados de un hermoso color rojo y el pelo suelto caía en tirabuzones sobre sus hombros.

No era una muchacha muy dada a pintarse y a maquillarse, a veces tan solo se pintaba los labios, pero tenía una belleza muy natural, sin artificios que a Roxín le volvía loco.

Las muchachas se rieron al escuchar el silbido de Roxín y Teresa se ruborizó especialmente.

Así y todo, continuó caminando mientras subía el volumen de su cántico como si no hubiese visto a Roxín:

Aquella tarde Sevilla
se puso toda amarilla
quebraíta de color.
Y por el aire caliente
su voz clamó de repente
hay que pena y qué dolor.
Silencio en Andalucía,
rezadle un Ave María
y quitarse los sombreros.
silencio el patio y la fuente,
que está de cuerpo presente
el mejor de los toreros.

–¿Dónde va la cosa más hermosa que ha dado esta mañana? –Preguntó Roxín.

Teresa no dijo nada quizás porque le daba vergüenza. Una de sus amigas se plantó ante él y se puso de brazos en jarras.

–Nos vamos a la fábrica chalado y deja de mirarnos así que nos ponemos nerviosas.

Sus amigas corearon la ocurrencia con más risas.

Roxín dedujo que Teresa y sus amigas se dirigían a trabajar a la cercana fábrica de pescado.

Allí trabajaban muchas mujeres jóvenes en la conserva de pescados Bravo especialmente en el enlatado del bonito y del bocarte.

–¿No cogeréis frío? –les dijo–. No es que la fábrica esté muy lejos, pero hay un trecho andando.

La amiga que con su desparpajo se había puesto en jarras ante él le respondió.

–Nos van a venir a buscar. Estamos esperando, chalado.

–Que manía con llamarme chalado –protestó Roxín. Mejor me llamas chalaneru como la canción. Con ese carácter no sé si algún día te echarás un novio.

Las muchachas rieron la respuesta de Roxín le pegaron codazos a su amiga para que quitara aquella cara de enfado. Teresa no le hizo caso a su amiga y se detuvo a observar a Roxín con curiosidad, pero finalmente echó a corre con sus amigas entre la nieve bajo un cielo plomizo.

Reían como niñas y se empujaban las unas a las otras, y cantaban, oírlas era sentir alegría en el corazón, como volver a ser un niño y ver un grupo de hadas correteando por un bosque.

Teresa cayó en el suelo y Roxín sintió un vuelco en el corazón y la imperiosa necesidad de acudir en su ayuda pensando que había resbalado. Pero, pronto se refrenó al sentir como ella se reía a carcajadas y comenzaba a mover sus brazos extendidos hacia arriba y hacia abajo.

Cuando se levantó del suelo había dejado impresa en la nieve la figura de un ángel que había hecho con el peso de su cuerpo y el movimiento de sus brazos.

Todos se quedaron observando con sorpresa esta figura, especialmente Roxín que no podía alejar su mirada de ella.

En aquel momento se escuchó un fuerte claxon y apareció en la carretera un pequeño camión descubierto en el que iban un montón de mozos jóvenes y atractivos.

Itzel casi podía percibir sus hormonas por todas partes mientras los veía y grababa la película en la máquina.

Roxín contempló a aquellos chicos alegres y divertidos y miró a Teresa y a sus amigas.

No conocía a aquellos muchachos, tal vez eran los amigos de las chicas y personas de su confianza, pero amaba a Teresa, y sentía un cierto temor por dejarla ir sola con ellos.

Por eso cuando Teresa le miró a los ojos y con su voz encantadora le dijo:

–¿Vienes con nosotras o prefieres congelarte aquí bajo la nieve?

Sintió en ese momento un pálpito en el corazón y una sensación de alivio.

–¿No hay problema por que suba con nosotros, el chico, ¿verdad? – Dijo la extrovertida amiga de Teresa a la que Roxín había provocado con sus palabras minutos antes. Tenía buen corazón aquella amiga de Teresa a pesar de haberle dicho lo que le dijo, pero es que ella también le había llamado chalado, pero es que, además, hacía mucho frío

–¿Lo ves, chalado? –Dijo la amiga de Teresa. –Ya ves que a pesar de todo no tengo mal carácter. Anda sube con mi amiga.

El conductor dio su consentimiento y encendió un cigarrillo.

Roxín subió de un salto al camión, y se sentó al lado de Teresa con mucho cuidado para no lastimarla.

La conocía desde que eran niños y ambos habían coincidido juntos robando migas en un carro.

Él la había querido desde entonces pero nunca se había atrevido a confesárselo.

El conductor un muchacho joven con tupé esperó a que todos estuviesen bien aposentados y arrancó el vehículo.

Roxín se recostó y Teresa se dejó caer a su lado. Pensaba que él no iba a hacer nada, pero entonces la cobijó entre sus fuertes brazos para que no pasase frío durante el camino.

Él la miró en silencio mientras el vehículo saltaba en los baches y escuchaba las risas de sus amigas y la nieve caía sobre ellos cubriendo sus ropas de blanco.

Ella a su vez giró tímidamente su cabeza para mirarle sin poder separar sus ojos de sus labios que deseaba besar.

Nunca estuvo Teresa más protegida que en aquellos fuertes y vigorosos brazos.

Nunca sintió tanta felicidad, entre risas y cantares, abrigada por su amor, el amor de Roxín.

En ese preciso instante deseó con toda su alma que el tiempo se detuviese y se convirtiese en eterno para conservar aquel precioso instante y eternizarlo.

EL AMOR

Habían pasado muchos años desde la muerte del Nene. Remedios, la madre, ahogaba su llanto en el dolor por el hijo fallecido y un marido que había tenido que esconderse en el monte, la mayoría del tiempo, para evitar las represalias políticas que imperaban en el pueblo donde unos vecinos se denunciaban a otros.

Roxín en ese momento ayudaba a Teresa a poner una bombilla. Teresa estaba subida en una escalera cuando le pidió ayuda para enroscarla en el casquillo.

Su corazón latía a mil por hora y aquel momento fue el ideal para lanzarle un beso, un beso robado al que ella respondió con otro para su sorpresa, cuando pensaba que en lugar de eso recibiría una sonora bofetada.

En aquel momento comenzaron a intimar, dar largos paseos por el campo. Roxín se enamoró perdidamente de ella y sufrió lo indecible cuando lo llamaron a filas para hacer el servicio militar.

Le destinaron lejos a un pueblo en Huesca. Esquiaba durante días y días con aquellos esquís de madera que había que engrasar continuamente con cera.

Aquella noche el venía cansado de esquiar. En el dormitorio la mayoría de los reclutas estaban dormidos excepto su amigo Gonzalo que ocupaba la litera de abajo y que en aquellos momentos fumaba un cigarrillo con tabaco liado.

Le hizo un gesto con la mano y le saludo con la mirada triste. Gonzalo se pasaba la mayoría del tiempo en el calabozo por razones múltiples: desobedecer a un mando, no guardar el debido respeto a la bandera, llevar el uniforme sucio o dormirse en una imaginaria. Siempre estaba metido en líos.

Se llevaba muy bien con Roxín era un buen tipo.

Roxín correspondió al saludo y se encaramó a la escalera para subir a la litera.

Se tumbó sobre la cama sin descalzarse las botas con los brazos cruzados sobre la nuca contemplando el techo hasta que poco a poco se quedó dormido soñando con la inmensidad de paisajes nevados y la sensación fría de los copos de nieve sobre la piel de su rostro.

En el sueño Itzel se retrotraía a la infancia de Roxín.

Había caído una tormenta y él se divertía echando el vaho de su respiración en los cristales y haciendo dibujos con sus dedos.

Roxín niño pegaba su pecosa figura al cristal e intentaba atisbar lo que ocurría en el exterior.

Un grupo de hombres armados se dirigían a su casa y golpeaban en la puerta.

Mama, Mamá –gritó Roxín alertando a su madre de la llegada de los desconocidos.

Su madre, que en aquel momento realizaba un guiso en la cocina corría rauda a abrir la puerta.

Hasta aquí el sueño era igual que el recuerdo. Su madre abría la puerta, los hombres armados hablaban algo con ella y de repente, su madre caía al suelo desmayada como si la noticia que acabasen de darle causase en ella un enorme shock.

Después llegaba la noche y él se veía en aquella habitación suya de infancia.

Al apagar la luz, comenzaba de nuevo la pesadilla.

La puerta de madera chirriaba como si una mano invisible la hubiera empujado.

–Papa ¿Estás ahí? –Papá ¿Eres tú?

Y una risa ronca en la oscuridad le decía:

–No, no soy tu padre. Mi nombre es Krang.

Y a continuación, Roxín preso del terror sentía como si una fuerza sobrenatural hiciese girar la cama en círculos vertiginosos mientras una mano fría le tocaba la cabeza, le agarraba del pelo y le tiraba con fuerza para sacarlo de esa cama que se movía abruptamente y parecía poseída por un espíritu maligno.

Encendía la luz, pero allí no había nadie por lo que se levantó y nuevamente volvió a cerrar la puerta y apagar la luz.

Como si de un juego se tratase, la puerta en la oscuridad volvió a abrirse con un chirrido.

Ignorando el ruido Roxín cerró los ojos e intentó conciliar el sueño. En ello estaba cuando sintió sobre su cabeza el peso de la mano gélida que antes había intentado tirarle de la cama y ahora le sujetaba la cabeza como si quisiese hundirla en el colchón.

Roxín sofocó un grito y paralizado por el miedo intentó mover una mano para alcanzar el interruptor.

Aquello supuso un esfuerzo sobrehumano para él, pero aún así lo consiguió.

En la habitación no había nadie más que él. Ni siquiera estaba su hermano Ramón con quien solía compartir habitación y que en esos días estaba en casa de unos familiares.

Roxín rezó una oración, la única oración que se sabía y volvió a apagar la luz.

En la oscuridad esta vez escuchó un zumbido como si una abeja hubiese entrado y estuviera volando en círculos sobre su cabeza.

Frente a su cama había un viejo armario de madera con puertas acristaladas.

La luz de la luna iluminó una figura en la que hasta entonces él no se había fijado.

Se trataba de el hombre que le había hablado en la oscuridad y que le infringía toda serie de castigos cuando apagaba la luz era un hombre muy alto, una figura oscura ataviada con un extraño y enorme sombrero de ala ancha a la que ni siquiera le pudo ver el rostro.

Solo pudo contemplar en la oscuridad su ancha y fornida espalda vestido de pies a cabeza de negro, rodeado por unas diminutas abejas que hacían alrededor de él una extraña danza.

Pero cuando un haz de luna lo iluminó se dio cuenta de que no eran abejas si no que parecían unas diminutas mujeres con alas.

Preso del terror y en un acto de absoluta valentía, Roxín dio un salto de su cama y se dirigió a la extraña figura que veía reflejada de espaldas a él

Sacó fuerzas de flaqueza para tomar impulso en su carrera y de un salto, ejerciendo una fuerza inaudita, quizás producto del miedo o la valentía le empujó, le empujó tan fuerte que lo metió en el mismo espejo del que parecía haber salido para materializarse junto a las diminutas mujeres aladas que siguieron a la extraña figura al otro lado del cristal.

En ese momento en que Roxín fue valiente envío a todos estos seres oscuros hacia la dimensión a la que pertenecían.

Roxín despertó empapado en sudor.

Miró a la litera de abajo por si hubiese despertado a Gonzalo con su pesadilla, pero Gonzalo parecía plácidamente dormido

en la cama de debajo de la litera con sus sabanas blancas y sus botas militares sucias de barro indolentemente tiradas.

Nunca hasta ahora había podido vislumbrar al propietario de la misteriosa mano que todas las noches durante su infancia y en todas las casas en que había estado le había visitado y cuya presencia se disipaba al encender la luz. Hoy muchos años más tarde había vuelto a tener el mismo terrorífico sueño.

Recordó que a Teresa le había ocurrido algo similar también durante su infancia.

Le contó que fue en aquel tiempo cuando su abuela estaba muy grave y ella y su familia vivían en una casa muy vieja y muy oscura con un pasillo muy largo y lóbrego.

Siempre hacía frío en ese pasillo por caluroso que fuese el día.

Teresa pasaba los días jugando en aquel pasillo a la luz de unos enormes ventanales que filtraban la mortecina luz del amanecer.

Fue uno de aquellos días en que, en la soledad de aquel pasillo, Teresa divisó la figura de un hombre con un traje muy oscuro, muy alto, que caminaba delante de ella con unas diminutas mujeres con alas volando muy cerca de su cuerpo y algunas de ellas posándose juguetonas en sus hombros.

Teresa se acercó al desconocido atraída por aquellas figuras aladas y le preguntó:

–¿Quién es usted, señor? ¿Me deja jugar con esas hadas?

Al posar un dedo sobre su traje, una intensa corriente eléctrica la recorrió desde la yema de su dedo hasta el último pelo de su cabellera.

La intensidad de la corriente fue tan fuerte que Teresa acabó con su cuerpecillo desmayado en el suelo.

Cuando aquel médico de la familia vino a verla le dijo a su madre que aquella niña había recibido un susto muy grande.

Pero Teresa salvo a Roxín no le contó nunca a nadie lo que le había pasado.

Tal vez aquellos dos episodios estaban relacionados. Como quiera que fuese aquella vez, había podido ver por fin a aquel hombre de presencia oscura, aunque solo fuese de espaldas, en el sueño le había empujado y le había devuelto a la dimensión de la que parecía haber salido.

Roxín esperaba que no regresara nunca de ella y que al fin pudieran vivir tranquilos.

Roxín le tocó el servicio militar después de pasada la guerra y de aquella eran 6 años y no se podía negar bajo pena de cárcel por deserción.

Por aquellos días le dieron permiso para volver al pueblo, algo que no solía ocurrir con demasiada frecuencia, regresó con intención de volver a ver a su madre enferma. La ilusión por ver a Teresa de nuevo se trastocó en dolor al enterarse de que el permiso había llegado demasiado tarde. No llegó a tiempo ni siquiera para el entierro de su propia madre. En ese tiempo Remedios había muerto de dolor y de tristeza, con el recuerdo de un hijo ajusticiado y un marido que se había retirado al monte donde malvivía oculto, para huir de las represalias políticas. No había podido superar la muerte de su hijo el Nene. No hay nada más cruel que ver marcharse a alguien que por ley de vida debería morir mucho después de ti y sobre todo si es un hijo tuyo.

Lo más cruel de todo es que Roxín había pedido innumerables veces permiso para ir a ver a su madre y a sus hermanos y que ahora, cuando finalmente se lo concedían regresaba al pueblo inútilmente para encontrarse con una madre metida en un ataúd sellado con cemento a la que habían enterrado el día anterior. Ni tan siquiera los brazos de Teresa podrían calmar este dolor tan enorme.

En ese momento Krang apareció para frotarse las manos, porque disfrutaba con el hambre, con la miseria y con la

muerte. Él amaba todo aquello que fuese contra la odiada raza humana destructora de sus gratos.

No parecía haber compasión en aquel extraño ser de la novela. Quería vengarse y había elegido a aquel niño, más tarde un hombre, convirtiéndose en su amigo invisible, desde que tenía uso de razón y luego en la presencia oscura que se alimentaba de sus pesadillas y también en las de la niña que lo acompañaba aquel día en aquel carro de migas y con la que más tarde cuando fueran adultos formaría una familia.

En realidad, Roxín y Teresa no eran importantes para él. El solo estaba escondido en la cálida oscuridad del carro cuando los vio aparecer y se hizo invisible para camuflarse con la metálica estructura del carro para no ser del todo descubierto por ellos.

En realidad, como digo, Roxín y Teresa no eran tan importantes. Krang tenía planes más altos para hundir a la humanidad que seguir las vidas de aquellos dos mequetrefes, entonces niños, pero, el juego le divertía y estudiaba la forma de incluirlos en su sibilina venganza contra la raza humana.

Itzel había encontrado todos estos recuerdos de Roxín y de su hijo Víctor que también había sido atacado por Krang cuando jugaba en su habitación a las sombras chinescas. Intuía Itzel, que a Krang le había gustado atemorizar a aquella familia durante varias generaciones.

Itzel, sintió unas leves descargas en su cerebro, pero lo suficientemente molestas para plantearse el regreso del sueño.

Sin embargo, quería seguir ahondando en el sueño, quería seguir un poco más y dejó a la araña que continuara trabajando.

Roxín había viajado en sus sueños a algún lugar, lejos muy lejos donde el pensamiento era tan rápido como la

velocidad de la luz y allí alguien le había entregado un objeto de cristal que solo existía en el mundo onírico, un objeto que había pasado de padre a hijo.

Aquel sueño en el que se le había entregado el objeto era en si un sueño raro.

Era como si alguien contrario a Krang se introdujese también en sus sueños para darle el antídoto contra él, un prisma de cristal, un objeto hermoso como una joya preciosa que podía blandir para disipar las sombras.

En el sueño una extraña mujer con una reluciente piel dorada y un cabello largo y verdoso le indicaba que encontraría el objeto real en una playa. Pero le dijo que se lo dijera a su padre porque solo él sabría de su ubicación exacta.

EL PRISMA

Era verano y un mar de pequeñas margaritas se abrían paso entre briznas de jugosa hierba, Roxín le echaba una ojeada al libro de texto que su madre, Remedios, con tanto esfuerzo le había comprado aquel año.

El libro olía a nuevo, Le encantaba el olor que despedía el papel y la tinta. Con placer deslizó las hojas y se dejó embriagar por su olor.

Se sentía bien, muy bien, dispuesto a empezar un nuevo curso, ávido de aprender.

Su pelo pelirrojo centelleaba al Sol.

Alzó su cara pecosa hacia él y se protegió los ojos con la mano para evitar deslumbrarse.

Un pensamiento fugaz pasó por su cabecita y sus ojos se entristecieron.

Echaba de menos a su hermano, el Nene. Aún tenía el vivido recuerdo cuando aquellos dos hombres entraron en casa y le dieron la noticia a su madre.

Recordaba aquel aciago día. Los ojos oscuros de su madre escrutando los de aquellos dos desconocidos que aquella mañana habían golpeado en su puerta. Como si no hiciera falta hablar. Como si solo necesitaba que refrendaran con un sí lo que ella ya sabía y ni siquiera se atrevía a preguntar.

Afortunadamente el marido de Remedios pasaba en aquel momento para sostenerla e impedir que diera con su cuerpo en el suelo por el trauma de haber perdido a su hijo y de aquella forma.

Remedios pesaba muy poco. Estaba muy flaca y desde que el Nene había ido al frente había envejecido a pasos agigantados.

Ya nada volvió a ser lo mismo desde que el Nene murió y más aún desde que no se supo donde había acontecido la tragedia y nunca más se supo en donde estaba enterrado.

Podía estar en cualquier cuneta tirado como un perro en una fosa común.

Desde entonces, la casa estaba triste.

Nunca podría haber una lápida con su nombre ni un lugar a donde llevarle rosas.

En el aire se masticaba la ausencia y el dolor por la pérdida del Nene.

El padre de Roxín tuvo que huir al bosque y la familia quedó totalmente desestructurada.

En el pueblo los señalaban y les llamaban “Rojos”. Para impedir el hostigamiento el padre se culpabilizó de todo y huyó esperando que dejaran a su familia tranquila.

Vivía como un lobo, como una alimaña, escondido, repudiado, vilipendiado...

A veces, bajaba por la noche cuando nadie le veía y Remedios le daba un poco de comida y ropa limpia para aguantar el tirón.

Remedios, con un hijo muerto por la guerra y un marido casi en el exilio temía perder la cordura, pero soportaba el dolor por los hijos que aún le quedaban.

El pequeño pelirrojo Roxín cerró los ojos antes la suave caricia del Sol en su rostro.

Sentado en las escaleras de la escuela con el libro nuevo en sus manos y los ojos cerrados escuchó un griterío de voces conocidas.

Se dio cuenta que eran unos niños que no le dejaban tranquilo. Le hostigaban continuamente y le increpaban. Le decían que tenía que andarse con cuidado si no quería acabar como su hermano el rojo y con frecuencia, en los recreos, cuando nadie los veía se apostaban entre varios para cogerle por las solapas de la camisa, empotrarle contra la pared y pegarle unas soberanas palizas.

Roxín nada podía hacer contra esto.

Llegaba a menudo magullado de clase con un moratón en el ojo o sangre en las comisuras de los labios y siempre decía que era por que se había caído por las escaleras o había tropezado de camino a casa para, que su madre no se preocupara.

–¡A por él! ¡Ahí está Roxín la gallinita!

Roxín echó a correr cuanto pudo. En una mano llevaba fuertemente aferrado el libro de texto, en la otra, guardado en su bolsillo iba el prisma: Aquel objeto tan hermoso que la mujer de cabellos verdes del sueño le había dado.

Tocó el prisma con la mano guardada en su bolsillo y sintió el frío tacto del cristal.

Tenía que correr más para que no le alcanzaran.

Si aquellos desalmados le encontraban cogerían su libro y lo destrozarían en mil pedazos. No tenía miedo a la paliza, pero sí, a que destrozaran el libro que con tanto cariño y esfuerzo su madre le había comprado.

Echó a correr hacia unos jardines de vegetación exuberante que casi parecían una selva.

Su dueño, no segaba la hierba y no cuidaba los setos. Esto, los convertía en un verdadero vergel de hierba alta, árboles y arbustos con espinas para los niños que buscaban juego o refugio.

Huiría hacia allí, hacia el jardín mágico.

Tenía pensado construir una especie de caseta con maderas y troncos, pensando, en su inocencia, que allí, oculto, aquellos salvajes no le verían.

Aquello fue un enorme error porque sus perseguidores al internarse en el jardín y ver tal cúmulo de troncos, ramas y cartones viejos no tuvieron duda que allí se escondía su indefensa presa.

Lo sacaron entre varios tirándole de las manos y las piernas.

Mientras uno rompía las hojas de aquel libro nuevo al que él tenía tanto cariño, los otros se cebaban pegándole puñetazos en el estómago y patadas en las rodillas.

Entonces, recordó algo que le había dicho su padre:

–Tú nunca llores. Aunque te peguen, aunque te duela, nunca llores. Y si ellos pegan tu pégales en el mismo sitio, pero mucho más fuerte.

Los golpes dolían mucho y él estaba a punto de claudicar cuando de pronto, sacando fuerzas de flaqueza se enfrentó al más alto de todos, al que más fuerte pegaba.

Le dio un fuerte golpe en el pecho para empujarlo con tan mala suerte que cayó de espaldas y se golpeó la cabeza con una piedra.

Abatido el cabecilla, los demás quedaron perplejos sin saber como actuar y abandonaron rápidamente su lucha.

Pero el grandullón no reaccionaba.

Le tomaron el pulso y parecía que no lo tenía.

–¡Vámonos de aquí! –gritó uno– ¡Está muerto! ¡Si no corremos nos hará lo mismo a nosotros!

–¿Quién es ahora el gallinita? –Gritó Roxín con lágrimas en los ojos viéndolos huir en la espesura del jardín.

Se arrodilló al lado del niño herido.

Sangraba profusamente por la sien y no reaccionaba a nada. Roxín temía que sus amigos tuviesen razón y que verdaderamente estuviese muerto.

Sin saber muy bien porqué sintió como que el prisma que llevaba en su pantalón desprendía mucho calor.

Había pasado de ser un objeto frío a algo que quemaba en la piel.

Lo sacó de su bolsillo y lo puso sobre la barriga del niño tendido al lado de la piedra salpicada con pequeñas gotitas de sangre.

De pronto, el cuerpo del niño empezó a tomar color y ya no estaba frío.

Poco a poco comenzó a recobrar sus constantes vitales hasta abrir los ojos y llevarse la mano aturdido a la cabeza sangrante sin saber muy bien que le había sucedido.

Aquel día aquel niño se marchó corriendo aterrorizado y los de su pandilla nunca más volvieron a molestar a Roxín.

Pero se corrió la voz en el pueblo de que tenía un objeto mágico capaz de resucitar a los muertos.

La madre, Remedios, se esforzaba en desmentir todo esto diciendo que aquello solo eran cosas de críos. No existía tal objeto, que más quisiera ella que fuese así, si así podía resucitarse a su hijo.

Pero estaba aterrorizada porque ella bien sabía que aquel objeto era real y no quería que estuviera más tiempo al lado de Roxín.

Por eso cuando aquellos desconocidos vestidos de una forma tan extraña se materializaron en la oscuridad de aquel sótano, Remedios vio la oportunidad de pedirle a Roxín que se desprendiese de aquel objeto de relucientes colores que le infundía tantísimo temor.

FIBROSIS

La Biopsia pulmonar había permitido ponerle un apellido a su fibrosis como decían los médicos. Fibrosis Idiopática Intersticial, más conocida como Neumonía Intersticial Común. Las causas de la neumonía eran desconocidas podía ser producida por múltiples cosas: un edredón de plumas, el contacto con pájaros o una causa genética, su padre había muerto de una fibrosis.

Durante todo el proceso, Reme la hermana de Rosa estuvo especialmente a su lado, acompañándola a la mutua, animándola continuamente.

–Ya verás le decía. –Tienes que mover esto. Es una enfermedad grave. A ver si es posible que te jubiles. Pero si te dan el alta que sepas que vamos a cambiar de oficina. Tendrás un despacho para ti sola, es muy claro y luminoso. Tus compañeros te echan de menos, preguntan por ti. Si te dieran el alta aguantaremos y dentro de unos pocos años cuando yo me jubile tú vendrás conmigo, nos iremos las dos juntas.

Rosa agradecía todo el apoyo que su hermana le estaba prestando.

Sabía lo triste que estaba cuando su perra Kika había muerto y unos días antes de su cumpleaños le envío un wasap.

–"Estamos yo y Marisa con los niños pequeños aquí abajo en el patio ¿te animas y vienes?".

Rosa había bajado.

Era un día de sol y los hijos de sus sobrinas paseaban por el patio con sus pequeñas bicicletas.

Reme le extendía a Rosa una bolsa de tela.

–¿Qué contendrá? –le dijo– ¿Qué día es pasado mañana?

–Pues pasado mañana es mi cumpleaños. –Dijo Rosa sonriendo.

Entonces Reme le extendió la bolsa de tela.

–Toma esto es para ti.

Rosa cogió la bolsa pensando que dentro contendría unas camisetas de tela o algo así, pero de pronto de su interior emergió una cabecita anaranjada y unos ojos pequeñitos y negros.

–¡Un perro! –Exclamó Rosa llorando de alegría.

–Sí. –Dijo Reme– ¿A que se parece a Kika? Llévalo pronto a casa. Está sin vacunar y dijeron que no es bueno que de momento pise la calle.

Rosa llevó su preciado regalo corriendo a casa. Se acordó del terrible dolor de llevar a su perra a poner la inyección.

Recordó que aquel triste y aciago día había creído ver incluso su amado fantasma encima de la cama con su pelo anaranjado mirándole con ternura.

Todos aquellos días en que le dolían tanto las piernas cuando bajaba al trabajo y que tenía que sentarse para llorar de la impotencia y el dolor se había acordado de su perra.

Acariciaba a todos los perros que se encontraban en su camino y pensaba que nunca más podría volver a tener un perrito.

Ahora llevaba a un diminuto ser en aquella bolsa. Lo querría como había querido al otro y lo querría por que especialmente se lo habían regalado sus hermanas.

EL FANTASMA DE LA GUERRA

Marisa, Víctor y Rene nacieron mucho después de la guerra, quizá lo peor la falta de libertad y la persecución de la posguerra. Teresa su madre siempre les decía "odiad la paz por que es lo que viene después de la guerra". No por que hubiese paz si no por que nunca debería haber una guerra.

El fantasma de la guerra se había apoderado de todo el país y había golpeado a Asturias con toda su contundencia.

Marisa, hermana de Teresa, que aún era una niña iba en el cuello de su madre Isabel Presentación y se puso a decir unas proclamas que había oído en alguna parte.

La pequeña Marisa no entendía de política. Ni tan siquiera sabía hablar a la perfección con sus incipientes dientes de leche.

Era, aún una niña y solo repetía como un cántico algo que había escuchado y que ni tan siquiera sabía que significaba.

Su madre, una hermosa joven con una hermosa melena negra, le hizo gestos a la niña para que se callara.

Pero Marisa no lo hizo.

Afortunadamente, Teresa que era más mayor las acompañaba.

Un hombre trajeado que pasaba en aquellos momentos por allí sujetó a Presenta, la madre de Teresa y de Marisa por el brazo.

Ella se revolvió y dijo al oído de Teresa

–¡Teresa ¡Coge a tu hermana en el cuello y llévala a casa!

–¡A donde te llevan mamá! –Dijo la pequeña muy asustada.

–¡Teresa, por favor! Haz cuanto te digo y lleva a tu hermana a casa. ¡No hay mucho tiempo por favor! –Dijo mirando al hombre de cabellos claros e imponente altura vestido con aquel traje gris marengo y con los ojos cubiertos por unas gafas de sol negras.

Teresa tomó a su hermana Marisa de manos de los brazos de su madre. La llevó corriendo a casa y una vez allí cerró con llave el portón y miró la escena a través de la ventana.

El hombre que portaba una maquinilla de afeitar en su mano hizo que Presenta se arrodillara ante él. Allí mismo en la calle, comenzó a afeitarle la cabeza.

Presenta sollozó ante los mechones de largo cabello que caían lentamente en el suelo.

Luego, el hombre trajeado le limpió con un pañuelo algunas gotas de sangre resultantes de cortarle el cabello y la empujó calle abajo.

Según supo Teresa, su madre Presenta, se libró aquel día de la muerte gracias a que encontró por el camino a alguien poderoso en el pueblo.

De no haber sido por su oportuna intervención, la madre de Teresa habría sido conducida a la playa.

Todos los días, en la playa se encontraban los restos de las mujeres que impunemente habían mutilado y violado.

Desde entonces Presenta, la madre de Teresa, hablaba muy poco. Tenía un brillo muy triste en la mirada y jamás contó lo que le había pasado aquel día, camino de la playa.

Solo dijo que aquel hombre lo llamaban Krang en el pueblo y que había que andarse a partir de ahora con mucho cuidado.

Entre tanto, la vida de Roxín no había sido muy distinta.

Con un padre huido y un hermano señalado por la guerra, su familia se volvió cada vez más y más huidiza y esquiva.

El padre quería que todos estuvieran juntos así, que buscaron distintas casas donde esconderse.

Durante aquel duro invierno, visitaron varias.

Se ocultaban durante el día en aquellas casas que sabía que habían sido desocupadas por la guerra.

Sus dueños, ante el cariz que estaba tomando todo habían huido a otros países si el poder adquisitivo se lo permitía o bien, habían muerto.

Las casas solían estar completamente derruidas y con el mobiliario destrozado. Afortunadamente, algunas tenían sótanos y podían guarecerse allí con seguridad confiando en que los ruidos que escuchaban los vecinos los achacasen a las ratas.

Durante aquel tiempo, Roxín pudo ser medianamente feliz viviendo una vida más destinada a las ratas que a los humanos.

No tenía libros, ni podía ir a la escuela, pero al menos, sus padres estaban juntos y él podía verlos felices y juntos a pesar de la adversidad.

Lloraba en la oscuridad y su hermano Ramón, le consolaba.

–¡Calla Roxín! que nos pueden escuchar. Y todo pasará, ya verás. Después de un día de lluvia al final siempre vuelve el arco iris.

La oscuridad le daba un inmenso miedo porque, al apagar la luz, sentía siempre una gélida mano invisible sobre su cabeza y el pánico le atenazaba.

Aquella mano fantasmal desaparecía siempre cuando su hermano Ramón encendía la luz del candil.

Fue durante un ceniciento día cuando las tropas irrumpieron en la casa en busca de aquel republicano.

Ellos estaban resguardados en la oscuridad del sótano, pero, había un tablón roto desde donde se podía ver todo.

El hombre estaba herido y había ido allí para esconderse, pero sus perseguidores le pisaban los talones.

El estruendo de un disparo sonó y el hombre cayó tendido boca arriba con los brazos pegados al cuerpo y la cara ladeada.

Miraba con los ojos inertes hacia un punto en el suelo mientras, la sangre era lamida por las maderas rotas.

Fue al día siguiente de aquel horrendo asesinato cuando tuvo lugar aquel extraño acontecimiento.

Un hombre y una mujer joven habían descubierto la trampilla bajo la que se ocultaban.

Remedios y su familia buscaron refugio en la oscuridad cuando aquellos dos extraños iluminaron con un candil las escaleras.

Por un momento, tuvieron miedo de que fuesen los mismos que habían perpetrado aquel crimen, pero resultaron ser dos jóvenes extraños, no parecían de aquel tiempo, como si viniesen del futuro.

–¡No podemos seguir huyendo con este objeto tan extraño! –Dijo Remedios vapuleando suavemente a su hijo– ¡Te pido por favor que te deshagas de esa cosa y no nos pongas más en peligro, Roxín!

–Pero, puede salvar muchas vidas. –Protestó él–. De hecho, salvé la vida de un niño que venía a pegarme.

–¡Basta! –le cortó ofuscada Remedios–. Si pudiese salvar vidas como dices, habría salvado la vida de tu hermano y quien sabe donde reposan los huesos del pobre.

Remedios le tenía cogido de la camisa y le empujaba suavemente pero muy enfadada.

Roxín la miró con tristeza.

Su madre no le comprendía. Nunca le comprendía cuando él intentaba hablar. A lo mejor es que no era capaz de expresarse.

El prisma podría haber salvado al Nene de poder haberle encontrado a tiempo, pero no había sido así por desgracia. Nunca supieron donde estaba. Buscaron en muchos registros el acta de su defunción, pero nunca jamás lo encontraron.

Roxín estaba muy triste, porque no quería desprenderse del prisma.

Sollozante, sacó del bolsillo el objeto y subió con él lentamente las escaleras que le separaban de los extraños.

Estos dos, un chico y una chica sostenían un candil observaban sentados en los dos primeros escalones.

Lentamente se acercó a ellos y se lo tendió.

Pero a la vez susurró al oído del muchacho que tenía más cerca:

–Llévate el prisma a la playa de Conchiquina y entiérralo en la arena bajo unos troncos secos y que no se entere mi madre que ella cree que este objeto está maldito y que son cosas del demonio.

El niño pareció sentir un fuerte escalofrío y siguió cuchicheando en su oído.

–Mi madre dice que es un objeto del diablo y ha de creer que me deshago de él para no verlo jamás, pero yo solo te lo doy para que lo escondas. En realidad, es un objeto mágico y es muy valioso.

Después de eso, los extraños se volatilizaron llevándose el prisma con el juramento de hacer lo que se les pedía.

La madre de Roxín dijo que aquello solo podía ser obra del demonio, o de unas gentes extrañas capaces de hacer magia y tele transportarse en el tiempo.

Parecían venir del futuro, nunca les contarían esto a nadie porque les tomarían por locos.

Muchos años más tarde Roxín acudiría a aquella playa de Conchiquina con su pequeño vástago Víctor para ver si lo que recordaba de aquel día había sido un recuerdo real o una vivida fantasía.

El instinto le condujo hacia unos troncos resecos por la humedad y el salitre de la playa como si sus pasos les hubieran conducido sin saber hacia aquel recóndito y concreto lugar.

Escarbando bajo la arena vieron un objeto grande de cristal que relucía bajo los rayos del Sol.

–¡Papá! – xclamó el pequeño Víctor–. Es el objeto con el que siempre soñé. ¡Es precioso!

Roxín asintió y se lo dio a su hijo con una enorme sonrisa.

Ahora sabía que lo acontecido aquel día había sido real.

Y que aquel muchacho viajero del tiempo o ángel de la oscuridad había cumplido estrictamente sus órdenes de llevar el objeto lejos de él y enterrarlo en aquella playa para que su madre pudiera vivir tranquila y sin miedo y ellos lo recuperasen años más tarde.

Pero él ya no era aquel niño pelirrojo que se escondía de la guerra en un sótano. Roxín había crecido y quería darle a su hijo aquella joya, aquel objeto que brillaba con todos los colores del arcoíris.

Durante mucho tiempo, Roxín había deseado ir a esa playa en busca del objeto, pero, su interés decreció y se fue centrando en otras cosas a medida que se hacía mayor.

Tal vez, el también quería encontrar descanso para él y su familia y la idea de la proximidad de aquel objeto no hacía si no incrementar su ansiedad por lo que pudiera ocurrirles a él y a su familia en el futuro si lo continuaba guardando en su poder.

Cuando Víctor le relató a su padre el contenido de aquel sueño repetitivo en el que hablaba de ese mismo objeto reluciente sin parar que le había acompañado

durante su infancia, éste, sintió el deseo de acudir con él para comprobar si efectivamente estaba en el lugar donde recordaba habérselo dado a aquellos dos extraños viajeros del futuro.

Por eso aquel día, no sin cierto temor le acompañó en silencio de la manita y condujo sus pasos a un estrecho sendero que conducía al acantilado abajo en dirección a la playa.

El camino a la playa serpenteaba a través de una boscosa montaña que acababa en unos agrestes riscos que se precipitaban en el mar.

Abajo del todo se veía una hermosa playa de un azul turquesa tan bonita que podría pasar más por una playa caribeña que por una playa del cantábrico.

Al lado de unos troncos resecos pululaba un grupo de abejas. Era un sitio extraño para aquellos insectos, la rareza de esto y el corazón que comenzó a palpitar rápidamente le dio una señal a Roxín que encontrarían bajo esa piedra lo que estaban buscando.

El niño maravillado sostuvo el objeto en sus manos.

–Papi hemos encontrado el tesoro.

Roxín miro con preocupación al objeto y a su hijo. A la vez que una voz interior parecía calmarle.

Cerró los ojos para impedir la luz del sol y el cegador brillo del prisma que distribuía diminutos reflejos de colores en la arena y entonces vio a la extraña mujer de cabellos verdes y reluciente y dorada piel que se le metía en el cerebro y le decía con una voz que solo él podía oír.

Cuida del prisma y no te preocupes. Todo estará bien. No temas. El objeto no es real, al menos en tu dimensión, no te hará daño, ni tampoco se lo hará a tu hijo. Es solo imaginación, esperanza y amor, sin esas armas nunca se podrá vencer a Krang y a la oscuridad que rodea el mundo.

Guardad el prisma y atesoradlo en vuestro corazón. Con él los dos seréis invencibles.

La voz de Leilani sonaba ahora con más fuerza, como un eco.

–Solo es un falso recuerdo, en tu mente y la mente de tu hijo. Este objeto en realidad, nunca ha existido…

–Pero ese objeto me acompañó durante toda mi infancia. –Caviló Roxín– puedo sentir su tacto frío en las manos de mi hijo, ver sus relucientes facetas, escuchar su tintineo, incluso puedo sentir su sabor salado como si las olas del mar lo hubieran lamido bajo esta piedra llena de fósiles en esta playa en la que estaba oculto. Tiene también un olor muy suave entremezclado con la sal, parece como de flores, pero no he olido en mi vida flores parecidas. Si algo que yo puedo captar con mis cinco sentidos no es real dime tú hada de cabellos verdes que puede ser esto que estamos viendo yo y mi hijo, además de ti. ¿Tú tampoco eres real?

–Nada es verdad, o casi nada –dijo Leilani como un eco–. Pero a vosotros os corresponde buscar.

Si sois capaces de ver más allá de lo que aparentemente se muestra, entonces, tal vez me hallaréis.

La mujer de cabellos verdes levitó sobre las olas del mar dejando impávidos al padre y al hijo que observaron la escena sin dar crédito a lo que veían.

Al mismo tiempo, la imagen del prisma se disolvía y ambos notaban en su corazón una sensación cálida y sumamente agradable como si todos aquellos diminutos y hermosos reflejos hubieran caído sobre ellos como una lluvia de colores llenándoles de esperanza y plenitud.

Itzel despertó en ese instante.

Tenía palpitaciones y unas enormes ganas de vomitar.

Se retiró los tentáculos de la araña con prisa.

Y recordó que era el mismo objeto que se les entregó a Edmundo y Fidda la primera vez que éstos viajaron hasta a aquella casa abandonada en un lugar de Asturias.

Vio como el niño pelirrojo se comunicaba mentalmente con aquellos dos extraños viajeros del tiempo y el espacio que eran sus amigos Edmundo y Fidda y les decía al entregarles el prisma que debían llevarlo lejos de él y abandonarlo en aquella playa de difícil acceso.

No entendían muy bien porque el niño quería que hicieran tal cosa, pero cogieron el prisma e hicieron lo que les había pedido abandonando el lugar en las mismas coordenadas del tiempo y el espacio.

¿Que podía significar realmente el prisma?

¿Que podía significar un avatar?

Quizás era un objeto en escala, una estructura en miniatura, una réplica de un objeto mucho más grande. Quizás era algo irreal y simbólico.

En aquel momento, la araña, replegaba todos sus tentáculos y se ocultaba por el agujero diseñado para guarecerse.

Itzel estaba conectada en el CUBO en la sala del elemento Fuego. Al abrir los ojos y terminar de retirarse todos los cables que unían su cerebro a la máquina vio en una gran pantalla al Astro Rey.

Hipnotizada contempló el color dorado de la estrella y las deflagraciones que salían de su interior.

Se preguntó si ese objeto cristalino al ser una réplica no estaría en el Sol, en nuestro Sol.

De ser así y tratarse de una réplica de algo más grande, podría tratarse de incluso una ciudad en el propio corazón de la estrella.

Puestos a elucubrar en ese prisma gigante o ciudad con forma de prisma en el Sol se podría ocultar un tesoro, o quien sabe, la extraña inteligencia que jugaba con sus sueños y que parecía haberse apoderado de todos los registros en el CUBO.

Saber la ubicación exacta de ese lugar era algo que no le había sido revelado. Era un lugar totalmente disparatado para albergar un tesoro sin derretirse ni cuerpos vivos o muertos que pudiesen estar a esas temperaturas en un perfecto estado. La cuestión era como llegar a aquella parte concreta del Sol donde se ubicaban los cuerpos. No solo era una tarea ardua e imposible si no que también era incompatible con la vida.

EL MAYOR REGALO, TU AMOR

Neumonía Intersticial Común.

Rosa lo había buscado por internet.

Sí, lo mejor era fiarse de los médicos y no andar buscando cosas por internet, pero era inevitable buscar lo que en Internet decían de esa enfermedad.

Y lo que decían es que en el plazo de unos años sus pulmones se secarían como unas uvas pasas y se encogerían hasta resultar inservibles y su corazón se agrandaría.

El futuro no era muy halagüeño.

Tras unos días, dos concretamente ingresada en el hospital para realizar todo tipo de pruebas, análisis de sangre, Tac, ecografías del estómago y del corazón (no sabía que podían hacerse ecografías del pulmón) se preparaba para que le dieran el alta.

En estos dos días había estado sola en una habitación del hospital. Por una parte, había estado muy cómoda porque no había tenido que compartir la habitación con familiares ruidosos que acudieran a visitar a la enferma de otra cama o escuchar la televisión de pago cuando no quería oírla.

Habían venido todos sus hermanos y su cuñada Rosi. Los quería a todos mucho. Su madre no había podido venir porque estaba muy mayor y muy enferma pero Rosa sabía que hubiera dado cualquier cosa por estar allí junto a su hija.

El neumólogo, un atractivo joven de cabellos morenos y profundos ojos negros se acercó a la habitación para decirle que muy pronto le darían el alta.

–Doctor. Dígame de verdad cuanto tiempo me queda.

El médico la miró y con una sonrisa triste le dijo.

–Yo eso no puedo decirlo, pero muchos años.

Rosa había vuelto a casa. Dentro de poco la llamarían para una consulta en el Hospital de Valdecilla en Santander.

Su hermana Reme estaba haciendo muchísimo por ella, acompañarla a la mutua, ir a verla todos los días al hospital, quería acompañarla también a la consulta en Santander.

Rosa la quería mucho y se sentía triste.

Realmente igual no merecía tanto cariño.

Estaba muy agradecida a ella. Nunca jamás olvidaría todo cuanto estaba haciendo por ella.

Aquella vez, Rosa se acercó a casa de su hermana Reme a tomar un café.

Era un día lluvioso y estaban viendo el cotilleo en la tele. Eran cosas intrascendentes de famosos, pero entretenían la cabeza e impedían darle vueltas a cosas que eran en realidad muy preocupantes.

–No te preocupes por nada. –Dijo Reme mirándola con ternura–. Quiero ir a Valdecilla contigo. No vas a necesitar el trasplante, pero si lo necesitaras yo tengo un pulmón de más.

Aquello le partió el corazón.

Sintió unas tremendas ganas de llorar.

Le daba su pulmón, no lo permitiría, no podía permitir eso.

Podía acompañarla a Valdecilla si lo deseaba, pero nunca permitiría que ella hiciese eso por ella, aunque valoraba ese tremendo gesto de amor.

Más tarde en la consulta la médica que le atendió le dijo que el trasplante nunca se hacía inter vivos y que de ninguna manera se permitiría esto porque era acortar una vida a cambio de otra.

Rosa se alegró por una parte que se lo dijeran porque no soportaría que a su hermana le pasase nada y valoraba su generoso y amoroso gesto, jamás lo olvidaría.

La médica le habló de la necesidad de adelgazar si quería pertenecer a aquel programa. Le dijo que un trasplante no era cosa baladí, que era estar probablemente algunas semanas en un coma inducido para soportar el dolor y luego dos meses en un hospital recuperándose, tomando de un orden de diez pastillas diarias para que el cuerpo no rechazase el órgano.

–¿Cuánto tiempo me queda? –Le preguntó a la médica.

Y ella con gesto triste y a la vez con cierta dureza le dijo.

–Pues normalmente los pacientes suelen fallecer a los cinco años por eso hay que ponerse las pilas y tomar el tratamiento. Tal vez en la próxima consulta podamos hablar de cosas más positivas.

En aquel momento pensó en aquella tarde fría de otoño en casa de su hermana cuando ella le dijo que tenía un pulmón de más y de cómo se echó a llorar y le dijo que por favor no, que ella no quería eso, que de ninguna forma querría eso, y de lo mucho, lo mucho que la abrazó.

En aquella consulta médica con aquel recuerdo de aquel inmenso gesto de amor que nunca, nunca podría pagar miró a su hermana y a su marido unas de las personas que más quería en su vida y ante aquella sentencia de cinco años tan cruel y despiadada se echó a llorar.

POR LA PLAYA DE XAGÓ

Los personajes habían enmudecido, incluso Yo que estaba escribiendo aquella historia me había quedado sin voz, como enmudecida y mi figura se diluía como un dibujo a la acuarela que empezaba a aguarse.

Llegaba un punto en la historia que había que hacer una inflexión, retroceder a los orígenes de todo y allí estaban los dos hermanos paseando con Piper un perro que le habían regalado sus hermanas a Rosa.

Hacía unos minutos, habían estado tomando un café en una cafetería próxima a la playa del Arañón desde donde veían a los barcos esperando para entrar en la dársena.

Hacía un día soleado muy bonito y después de pagar las consumiciones que habían tomado, se encaminaron al coche en dirección a la playa de Xagó, desistiendo de su primera idea de ir a la playa más cercana, la de Samalandrán, porque, aquel día, estaba especialmente sucia debido a las ramas secas, las piedras y la basura que la marea había arrastrado hacia la arena.

La playa de Xagó o Xagon como sería llamada en un futuro de acuerdo al nombre que había en la señalización, era una playa apacible y generosa con los perros a pesar de que ese día, el mar estaba embravecido. Hacía días que Asturias estaba en alerta roja debido a un fuerte temporal.

La playa tenía dos bares uno, el Waikiki, un poco alejado de la playa, y otro más cercano. Ambos locales tenían terraza,

pero solo el más próximo a la playa estaba abierto durante todo el año, incluso en el invierno. Éste último, era un lugar frecuentado por todo tipo de gente y especialmente por jubilados que se divertían jugando al dominó o los juegos de cartas. Tenía una hermosa chimenea que encendían durante el invierno. Frente a él, se extendían unos grandes eucaliptos que mecidos por los árboles dejaban impregnado el lugar con su intenso y agradable aroma. Unos caminos de madera se introducían en las dunas, bordeando arbustos espinosos y especies vegetales autóctonas. Algunos de esos caminos llenos de unas preciosas flores amarillas conducían a lagunas donde a los perros les encantaba chapotear. También había unos bancos de madera protegidos por valles de dunas donde era agradable acudir durante el verano, para degustar un simple bocadillo, mientras se oía el murmullo del mar, sin verlo, pero sabiendo que se hallaba justamente detrás.

Bajando el sendero del bar en dirección a la playa se encontraban unas duchas para las bañistas inutilizadas por la falta de uso y destrozadas por el vandalismo y las pintadas de los gamberros.

Un camino de arena conducía hacia una playa llena de piedras arrastradas por la corriente. Estaba así, porque solo en verano la limpiaban para los bañistas, y tampoco tenía salvamento hasta esas fechas.

Pero, hasta casi cerca de junio, se permitía a los perros correr a su antojo en compañía de sus dueños. Allí, eran felices, se puede decir que éste era el paraíso de los canes.

En aquel momento que ellos paseaban era invierno, no llovía y a pesar del Sol, una blanca bruma a lo lejos, se extendía por toda la playa. El aire, mecía los eucaliptos y hacía frío y ellos, se internaban cada vez más en compañía de los dos chuchos por un camino de madera.

Rosa parecía pensativa, acarició el pelaje suave de Piper y de pronto soltó un pensamiento que le rondaba la cabeza desde hacía mucho tiempo:

–...para que cogiera la piedra y la devolviese a su lugar porque no sabía muy bien qué hacer con ella y finalmente decidiera cogerla de nuevo y llevársela con él al sol solo se me ocurre un motivo: Krang la cogió como salvoconducto por si le permitía salvarse.

Ambos, Víctor y Rosa estaban hablando de una novela que estaban escribiendo. Llevaban años inmersos en esta tarea. Todo había empezado como un juego con la idea de escribir un cuento a dos manos que terminaría convirtiéndose en el proyecto de una trilogía.

La tercera novela se llamaba Volar y a ellos les divertía pasarse las horas hablando de unos personajes tan raros como unos extraterrestres con forma de pingüinos, una princesa que parecía una rara niña telépata y un robot compuesto de silicio que podía adoptar cualquier forma ante los ojos de los humanos.

–¿Tú crees? –Dudó Víctor. Yo creo que no. Krang no sabía lo que iba a encontrarse al ir al Sol. Es más cuando decidió volver a cogerla ni siquiera le había dado tiempo a llegar allí. Así que regresó sobre sus pasos.

–Es posible que tengas razón –adujo Rosa–. Pero: ¿Entonces, por qué decidió regresar a por la piedra?

–No sé... –dudó Víctor–. Parece que en un momento no le dio importancia. Había dos seres Wanik encerrados en la diminuta estructura de la piedra Regresó por la piedra por que tal vez podría presionar a la niña Celestial o algún ser de la raza Wanik para que le indicase como llegar al fondo de su estructura y liberar a los rehenes de la escultura el hombre que escucha la piedra. Pero...

–Siempre hay un, pero: ¿Verdad?

– O tal vez pensó que era más fácil acudir a aquella ciudad y soltar a los dos seres que contenía la piedra allí, donde nadie pudiera ayudarles.

–¿Cómo es eso posible? –Preguntó Rosa.

–Ya te lo contaré más tarde. No era una baza que quisiera dejar de jugar, lo cierto es que la piedra se protegió y como si se hubiese convertido en una singularidad se volvió opaca para cualquier análisis y sumió a sus moradores en un sueño eterno, por esa razón el robot no pudo hacer nada hasta que llegó al Sol o tal vez si pudo, es confuso, tal vez si podía abrir el cerrojo pero como te digo quería hacerlo allí por que sabía que en la soledad de aquella imposible ciudad nadie podría ayudar a Pop y a Rel.

–Eso explica la sangre morada que había al lado de aquella fuente seca. –Caviló Rosa. Los mató allí a los dos en el Sol.

–Sí. –Dijo Víctor–. Rel fue al primero que mató, Pop fue después.

–Ajá –siguió diciendo Rosa que lo había entendido–. Pero... En ese caso. si como dices Rel se enfrentó a Krang y logró escapar del prisma contra todo pronóstico de Leilani que pensó que nunca se abriría. ¿Como lo hizo?

–No lo sé. –Dijo Víctor. Es algo que tengo que pensar. Sé que Pit, Abdel, Pedro junto a su familia y Alika duermen en un lugar sumergido en la zona de la Toba. Sé que son los únicos que viven y que los demás encontraron la muerte a manos del robot. Pero todos ellos morirán con el tiempo por que nadie vive eternamente ni siquiera Leilani.

Víctor, acarició la frente de Piper.

–Rosi. –Le espetó– ¡esto es muy extraño! y tú dirás que es solo una novela, pero creo que estamos ayudando a dar forma a una realidad paralela y que es como si tuviésemos una enorme responsabilidad con nuestros personajes. Mira que extraña cita me encontré:

Y creó al hombre a su imagen y semejanza.

Y le dio la facultad de soñar.

Y el poder para cambiar el mundo.

Y la posibilidad de imaginar nuevos universos.

–Una cita extraña sin duda.

–Sí. Me siento responsable de nuestros amigos y pienso que compartimos muchos de sus sueños y secretos. Estamos dando forma a esta historia, pero presiento que alguien o algo nos está guiando a través de ella. Presiento la presencia de un soñador y nosotros solo somos su sueño.

Le pormenorizó aquel sueño que había tenido cuando era niño y tenía miedo a la oscuridad, de cómo una luna mágica iluminaba toda su habitación mientras una enorme salamandra se acercaba al lugar donde estaba su cuna.

Tal vez podría ser el robot malo de nuestra novela. –Le aseguró Víctor con vehemencia.

–Krang –puntualizó Rosa–. Sí, en nuestra novela se llama Krang y aunque es de una determinada manera puede adoptar muchas otras formas.

En ese momento, a Rosa, se le ocurrió algo, un pensamiento fugaz.

–Pues hablando de un sueño, yo tuve un sueño muy extraño la otra noche.

–¿Un sueño? –A Víctor le asaltó la curiosidad.

–Sí. Probablemente se deba a esta novela y el haber visto algunos capítulos de una serie de Televisión llamada: "El Ministerio del Tiempo" que están echando en la tele. Lo cierto, es que soñé que estaba en un edificio muy extraño. Era completamente de un hormigón grisáceo, sin ventanas, sin luces, sin ascensor, tan solo unas escaleras para subir y bajar. Daba la sensación de frío y oscuridad, no sabría explicarlo y en cada planta de aquel extraño edificio de hormigón había una puerta.

–¿Una puerta? –preguntó Víctor extrañado.

–Sí, una puerta gris, gris como las paredes con un picaporte dorado. Y cuando la abrías pasaba algo…

Víctor se sintió muy intrigado por la historia e invitó a su hermana que le siguiese contando un poco más.

–Cuando me agarré al picaporte éste cedió. –Inmediatamente, vi una habitación y no sé por qué, no me lo preguntes por qué lo sabía, pero intuía que todo ese edificio de frío hormigón era como un extraño espacio donde el tiempo no existía, o como si todos los tiempos existiesen a la vez. Mientras que en aquellos pasillos de frío hormigón con escaleras y sin ascensores no había nada, al cruzar el umbral de aquella vivienda estábamos en algún punto de los años 80.

Sin saber cómo había viajado al pasado.

Rosa evocó la habitación.

No recordaba el color de las paredes, tal vez de un verde claro, pero no estaba segura pero sí que había mucha luz una luz cegadora. La luz dorada del Sol entraba a raudales a través de las cortinas blancas de una ventana y había una cama de madera, sí, ella lo recordaba muy bien, y en la cama había alguien acostado mientras que el resto de la gente se arremolinaba en torno a esa persona que parecía enferma o tal vez solo descansando, pero a la que no le podía ver el rostro, ni distinguir si era un hombre o una mujer.

–¿Y quienes más había allí en aquella habitación? –Preguntó Víctor con curiosidad…

Rosa dudó un poco antes de contestar.

–No sé, no vas a creerme, pero toda esa gente estaba muerta. Dos de nuestros tíos: Lola, sentada muy cerca de la puerta y Vicente, el marido de nuestra tía Palmira, sentado justo al lado de quien estaba en la cama, y algo alejado, al lado de nuestra tía Lola, estaba nuestro padre, y todos estaban vivos y coleando y sonreían y charlaban animadamente de algo trivial. Sí, ya sé que me vas a decir que todos están muertos, pero en ese preciso momento, en esa habitación en concreto ellos estaban tan vivos como tú y como yo.

–Es extraño –reflexionó Víctor–. El edificio de hormigón gris lleno de plantas y con distintas puertas que quien

sabe que puedan contener, quizás una puerta a los años ochenta, otra al tiempo del Renacimiento u otra a una época prehistórica eso, si no conducen al abismo del mismo infierno o a un lugar abismal en el espacio más profundo y sin embargo tú abriste una de un tiempo más reciente y más acorde a tu historia personal y fue como si de pronto, ese momento y esa gente que estaba allí fuesen tan reales como nosotros mismos.... Es extraño, muy extraño... ¿Y que hiciste? –Le conminó a seguir...

–Pues... Entré, entré en la habitación porque no me lo podía creer. Allí estaba nuestro padre, y no estaba muerto. Quería abrazarle y di un salto para entrar en la habitación. Sí, parece ridículo: ¿Verdad? Un salto. Pero era, como si me costase moverme, como si cada movimiento que hiciese tuviese que hacerlo a una marcha lenta y forzada. Así que salté, porque no había otro modo de entrar más que de golpe en aquella habitación. Pensé –pobre ilusa– que al saltar –los relojes irían hacia atrás y yo me convertiría en la zagala de antaño y no en la mujer que ahora soy, joven, pero con achaques. Yo, deseaba volver a ser aquella jovencita quinceañera que volvía corriendo del instituto en las tardes lluviosas de invierno, donde me esperaba mi padre, adormecido al calor de nuestra cocina de carbón asando castañas.

Pero no sentí nada especial. Solo que él estaba muy lejos en la habitación y yo no podía alcanzarlo como si a cada paso la distancia entre él y yo se hiciese cada vez mayor y que yo no había rejuvenecido en absoluto a pesar de tener aquella sensación de viajar al pasado con todo mi cuerpo y mi alma. Tal vez si alguna vez podemos viajar hacia atrás en el tiempo todo será así. Iremos a un tiempo pasado, pero con nuestro cuerpo futuro, no encontraremos una réplica de nosotros mismos simplemente iremos con nuestros cuerpos tal y como estemos en ese momento. Seguro que tú piensas otra cosa diferente al respecto de esto.

Pero lo cierto es que aquella habitación, no me había cambiado. Seguía siendo yo misma, con mi edad y mis

achaques a los cincuenta, contemplando, muda espectadora, una pista concreta de mi vida situada en los años ochenta, pero más bien como un falso recuerdo ya que ni siquiera había acontecido nada en aquella habitación, no estaba entre ninguno de mis recuerdos, ni recordaba que, en el pasado, en aquellos años ochenta, hubiese sucedido una situación parecida. Podía haberme quedado en aquella habitación y abrir la puerta que conducía a la calle. Estaría en el pasado tal vez, pero no tendría la misma edad que en el pasado si no la actual, y aunque pudiese visitar a mis seres queridos no me reconocerían o simplemente no me verían, sería como si la gente pasase a mi lado sin verme ni apreciar mi presencia, como si fuese un fantasma. Entonces, me desperté…

Rosa, interrumpió su narración para mirar a Tibo que acababa de llegar corriendo por el camino de madera. Tibo era un perro del lugar. La primera vez que lo vio, pensó que era uno de esos tantos perros abandonados por sus dueños, pero no tardó en darse cuenta que Tibo tenía su propia casa, y su familia, solo que no le gustaban las correas. Siempre había sido un perro libre e independiente. Solía bajar desde su casa en lo alto de la playa carretera abajo en busca de comida, acompañado siempre por otro perro más pequeño, su amigo inseparable al que rendía una fidelidad absoluta.

Tibo, se sabía todos los sitios donde buscar comida: las mesas de madera donde se reunían los bañistas a asar sus costillas o la zona de los bares donde se ofrecían pinchos suculentos o, los jubilados que de tarde en tarde montaban sus jaimas para pasar agradables veladas comiendo, bebiendo refrescos y jugando a juegos de cartas en compañía de sus esposas y sus nietos pequeños.

Tibo y su inseparable amigo sabían cuándo y dónde buscar su alimento y así pasaban los días siempre unidos, siempre juntos como un matrimonio bien avenido.

Rosa, acarició su pelaje. No era un perro bonito, pero era en verdad, entrañable. Hacia tiempo le veía solo y le dio unas

golosinas de Piper que degustó con avidez. Supuso que su pequeño compañero había muerto porque ya no les volvió a ver nunca más juntos, y eso le entristeció. Era un perro muy pacífico al que le gustaba recorrer cada rincón de la playa, pero que no dudaba en defenderse si le atacaban. De hecho, tenía una herida de guerra fruto de un duro combate con otro perro que le había hecho perder parte de un ojo. Era un superviviente como Víctor, y como Rosa.

Tibo se acercó a Piper y ambos se reconocieron con la mirada con que un lobo reconoce a otro y se olisquearon mutuamente.

Rosa y Víctor les dejaron pasar delante a inspeccionar el terreno y siguieron su camino hasta la extensa playa caminando entre dunas y senderos de madera

El día tenía una luz especial, blanquecina, casi mágica, todos los días eran así en esa playa hiciera Sol o lloviera…

A lo lejos se veían dos barcos intentando entrar en la dársena del puerto. Uno de ellos desde lejos –se le antojó a Rosa un barco pirata, de los de antes. Víctor y Rosa caminaron con Tibo y Piper hacia la playa, cruzándose con otros perros que se acercaron a saludar a Piper o emprender carreras con él.

–¿Qué te parece si dejamos algunos ejemplares de nuestros libros olvidados en algún lugar para que alguien los lea? –Le soltó Víctor. El carnicero donde compro la carne nos los embalaría al vacío y los enterraríamos para que alguien algún día los encontrásemos como un mensaje al futuro, como una capsula del tiempo.

–¡Que frikis somos. –Rosa, rió la ocurrencia de su hermano– ¿Y dónde se te ocurre que podíamos dejarlos?

–Pues… –Víctor dudo un poco. Tomó un trozo de madera seca y se lo arrojó a Piper y a Tibo, pero ninguno de estos se movió de su sitio. Más bien ambos le miraron como diciendo: "Vete tú a por el palo que nosotros no tenemos ganas de hacer

ejercicio". Pues... –continuó Víctor volviendo la vista a Rosa– podríamos dejar uno en el barrio de la luz en una marquesina. Yo he pensado que, con el tiempo, este mismo libro aparecerá debajo de las baldosas del suelo de una casa. Por supuesto, el barrio, ya no será el barrio de la luz, sino que se llamará el barrio de las escombreras porque, pienso que será todo lo que quede de él en el futuro si la Tierra deja de girar. O quizás aparezca en las ruinas de otro edificio de España. ¿Quien puede saber adonde viajarán nuestros libros?

De repente, se detuvieron a mirar a Piper y Tibo que en ese momento se acababan de parar en seco y ambos miraban en la lejanía un bulto grande y grisáceo al que empezaron a gruñir.

Rosa y Víctor se acercaron con curiosidad a mirarlo. Lo que parecía una enorme roca en mitad de la playa era, en realidad el caparazón de una gigantesca y arrugada tortuga marina que la marea o las redes de algún desaprensivo pescador habían conducido a la orilla.

Tuvo que ser un animal grandioso. A la tortuga, le faltaba la cabeza, sin duda, había sido alimento de algún can o alguna alimaña.

–"Nos estamos cargando el planeta". –Reflexionó Víctor. –Muy pronto, ya no quedarán ni siquiera las abejas...

Tibo y Piper se detuvieron en un charco y Piper comenzó a ladrarle a una estrella de mar que había encontrado. Era preciosa. No era muy habitual encontrarse una tan grande como esa.

Rosa la tomó en sus manos maravillada y la guardó para llevársela a casa.

–Pienso que deberíamos enviar al futuro los dos libros como una especie de mensaje, para que la gente cuide el entorno y los seres que le rodean y yo así lo haré. No sé aún de que forma, pero lo haré. Tu me ayudarás –dijo Víctor– se muy bien como hacerlo para que los libros no se deterioren.

Lo mejor será envasarlos en plástico al vacío. Cómo te digo mi amigo nos los puede envasar. Creo que servirá.

Luego podemos ir a Santa María a la finca y los enterramos, y si no es en la finca buscamos otro lugar, así si lo hacemos bien durarán mil años o más.

¿Y Rosi, sabes una cosa?

El dibujo hecho a lápiz del que hablo en el libro de volar en realidad es un dibujo que le hice a mi amor, ella se llama Rosalía que es un bonito nombre, y tú la conoces bastante bien porque es mi mujer, pero de siempre, la hemos llamado Rosi, como te llamo a ti. El dibujo se lo hice al poco de casarnos cuando vivíamos en Villalegre, es un dibujo real.

–¿En serio?

–Sí lo era. y cuando nos fuimos a vivir a Avilés y luego regresamos a la Luz el dibujo se vino con nosotros, pero luego cuando nos mudamos otra vez de casa el dibujo desapareció de la libreta y ya no lo volví a ver jamás.

–¿Donde lo tenías?

–Era una libreta cuadriculada de poesías mías que aún conservo, pero el dibujo no. Era muy hermoso como lo es mi Rosi, Siempre la veo así por que es una bellísima persona a mi corazón y a mis ojos, ella será siempre para mí todo mi universo, el lugar donde quiero estar, es siempre, y siempre será ella.

–¡Que raro lo del dibujo! Igual el mismo que encontraron ellos en el barrio de las escombreras. Yo tengo un extraño recuerdo. Igual es un falso recuerdo como si lo hubieses enterrado bajo los azulejos del baño, pero el motivo por lo que lo hiciste así lo desconozco. O tal vez solo se trate de eso de un falso recuerdo mío. A veces la mente también crea falsos recuerdos.

–Sí, era un hermoso dibujo a lápiz. Lo eché mucho de menos y lo busqué por todos sitios sin encontrarlo.

Recuerdo un día que hicimos obra en el piso de La Luz y les dije a mis hijos que dejaríamos un mensaje para el futuro bajo las baldosas.

No recuerdo que guardamos, tal vez fue mi dibujo, no lo sé.

Pero eso me dio la idea de hacerlo propio con los libros.

Aunque no tengamos muchos lectores hoy, tal vez dentro de mil años sean útiles para alguien, y si no, bueno, pues es una idea que me gusta.

¿Tu que opinas? ¿Enterramos el libro de volar por si ellos lo encuentran años mas tarde en el barrio de las escombreras?

Rosa acarició el rugoso caparazón de la tortuga y se sentó en ella. Recordó un día en el acuario de Gijón junto a su padre viendo pasar los tiburones e imaginándose agarrada al cuello de una enorme tortuga nadando junto a ella por bosques de corales.

Les dio una orden a Piper y a Tibo para que dejaran de ladrar a la tortuga.

–Xagó es una bonita playa. – Confesó Víctor– solo está en algunos lugares de nuestra novela Esperanza con el nombre de Xagó. Yo creo que ha sido obra de algún gracioso que ha añadido al nombre una n al final.

Se podría corregir añadiendo una frase corta. Yo siempre he llamado a esta playa Xagó, pero la señal que conduce a la playa acaba en N y dice Xagó.

–Da igual. –Sonrió Rosa–. Xagó, Xagon ¿Qué importa? ¿Y si así es como realmente se llama esta playa en el futuro? ¿tal y como aparece en la señal indicadora? Solo es un nombre en la novela. Podría ser incluso un nombre imaginario como Avigobi: una mezcla de Avilés, Gijón y Oviedo. ¡Quien sabe como se llamarán todas nuestras ciudades en el mañana! Esta es solo una licencia literaria nuestra. Lo de menos es el nombre de la playa. Lo importante, es la historia, pero cambiaremos ese nombre si te disgusta.

–No, déjalo. –Dijo Víctor. No está mal Xagon.

En ese momento, sintieron un fuerte ruido, alzaron las cabezas y vieron que un helicóptero de la guardia civil sobrevolaba la zona, tal vez buscando a algún ahogado o simplemente comprobando el estado de la mar.

–Parece que están sacando fotos –alzó la vista Víctor luchando contra el viento que se había levantado ahora y golpeaba su cara–. Levantó la mano en señal de saludo. –¡Hola!– gritó. ¡Hola como estáis!

Piper y Tibo caminaban delante ajenos a las conversaciones de los dos hermanos. Se internaban por un camino a través de las dunas esquivando zarzas con las narices pegadas al suelo inspeccionando el terreno.

El olfato de los perros era extraordinario. Algún día tendrían que investigarlo a fondo, eran capaces de seguir el rastro de gentes desaparecidas bajo los escombros en los terremotos, detectar estados de ánimo e incluso enfermedades que podrían ser letales…

Parecía que siguieran el rastro de algo con mucha insistencia. Estaban muy agitados y continuamente se daban la vuelta ladrando para que los dos hermanos apuraran un poco el paso y les siguieran a donde quiera que deseaban ir.

–¿Que les pasa a Piper y a Tibo? –preguntó Víctor viendo como Piper le pegaba a Rosa con su patita como si quisiese pedirle algo para inmediatamente echar a correr y volver sobre sus pasos.

–¡No tengo ni idea! –exclamó Rosa–. Me hace esto cuando quiere algo. Por lo visto quieren que les sigamos, pero no tengo ni idea de por qué esta insistencia.

Siguieron a Piper y a Tibo corriendo todo lo que les permitían sus piernas a través del camino de madera de regreso al coche.

En ese momento, en mitad del camino apareció un bulto blanquecino y los dos perros comenzaron a gruñir a aquella cosa que obstaculizaba su salida como si le tuvieran miedo.

Rosa y Víctor pasaron por delante de los dos perros y se acercaron a inspeccionar el bulto.

Era un extraño sombrero de tela blanquecina con una red para proteger la zona donde quedaría la cara.

Era ciertamente un gorro de apicultor, no cabía duda. No era un sitio muy normal para encontrar un gorro así, pero tal vez era una señal que el destino les deparaba una pista más en su nueva novela.

Lejos de allí, en algún lugar del pasado Leilani sabía que esa era su última baza y que después no habría marcha atrás.

En cierto modo su fisiología era similar a la de una abeja reina. Por eso tenía que dejar aquella imagen para que los dos hermanos la vieran.

Mantenerse al servicio de sus congéneres requería un gasto ingente hormonal, su vida se convertía en un servicio permanente para la sociedad y en eso la definía como reina, pero en un tipo de reina nada similar a las reinas humanas.

Su fisiología le hacía empatizar con otros seres, sentir sobre todo su dolor, y no solo comprenderlo si no sentirlo de verdad, era algo ineludible, agotador y algunas veces aterrador.

En su cuerpo débil de mujer milenaria también llevaba la capacidad de amar, sentir y comprender.

Por eso siempre su opinión y decisión era importante en su sociedad.

Ser reina no es lo que siempre hubiese deseado por que, en cierta forma, se sentía sola y la carga de llevar la responsabilidad del futuro de mundos y seres tan dispares es muy grande para quien solo quiere humildemente servir y ser útil.

Había una característica que la hacía similar a las abejas terrestres como se lo comentó a Alika.

–¿Y te mueres si lo haces?

–¿El qué? –Preguntó Leilani.

–Eso. Dijo tímidamente Alika.

–Ah eso. –Respondió Leilani con una sonrisa.

Leilani le pidió a Alika que se agachara porque era mucho más baja que ella. Luego cuando estuvo a su altura, le dio a Alika en la frente y la abrazó.

–Será dar mi vida por aquellos que amo, ¿que mayor valor que entregarles mi vida? Cuando no sepa de vosotros, tendré que hacerlo, así que cuídate de no fallar en tu empeño.

–¿Tu aguijón te hará transportarte a la Tierra para ayudarnos? –Dijo viendo el pequeño aguijón que tenía en la cabeza cuando se separó unos mechones de cabello verde.

–No funciona así exactamente, mi mente se materializará, algo como lo que vosotros llamáis alma, un fantasma o algo así, el alma es la función del cuerpo, el programa que no tiene cuerpo pero que se hace corpóreo en la estructura de una computadora. Somos lo que llamáis telépatas, pero de una forma que no se limita solo a transmitir pensamientos, sino que, usando lo que llamas "nuestro aguijón" yo me puedo materializar en el sitio que desee, pero eso solo lo podré hacer una única vez y después sucederá lo inevitable.

–¿Por eso es por lo que dices que morirás?

–Sí. Dicho así suena terrible pero así es. Vuestras abejas también usan su aguijón y saben que al hacerlo irremediablemente morirán. Yo también moriré, al utilizar mi aguijón, pero lo que más me dolerá será que mi vida haya resultado baldía y no os halla servido absolutamente para nada.

–Sin duda servirá. Pero no quiero ni pensar en ese momento...

Alika abrazó con fuerza a Leilani y con delicadeza retiró otra vez su largo pelo verde para descubrir el pequeño bulto nacarado en su nuca, hizo que volviese a girar su menudo cuerpo y besó con dulzura aquella protuberancia.

–Por favor no lo uses. ¡No uses tu aguijón! ¡No soportaría pensar que pudieses morir!

–¿Y que es para ti la muerte? –Dijo Leilani–. Años de evolución han permitido a mi especie saber que hay miles de universos paralelos y muchas más dimensiones del tiempo y del espacio del que vosotros os atreveríais a pensar. Mi cuerpo en verdad morirá en este plano físico pero mi mente transcenderá porque todos somos energía y una vez que el cuerpo no nos sirve nos trasladamos a otros planos distintos.

En esos otros planos, aunque yo no viva seguiré comunicándome contigo rompiendo fronteras espaciales y temporales.

Mi mensaje perdurará como una carta que no dejará de cumplir su fin hasta que no se halla visto todo su contenido. Después, cuando ya halla cumplido su cometido dejará completamente de existir.

Leilani depositó su mano de piel dorada sobre la mano de Alika infundiéndole una cálida sensación de calma.

–Y cuando llegue el momento. ¿Sabremos estar a la altura?

–Eso depende de vosotros.

Víctor escuchó pacientemente el relato que Rosa acababa de contarle sobre Leilani.

–¿Te gusta?

–Claro que me gusta. –Asintió mirando las diminutas gotas que empapaban su jersey. Había empezado a llover.

–¿Y que pasaría? –dijo Rosa mirando el camino por el que transitaban– si de repente apareciesen ante nosotros

nuestros personajes, caminando tal cual delante de nosotros a nuestro encuentro?

Víctor imaginó a Fidda y a Edmundo y también a mí, a la Io de su novela y yo, también a mi vez creí verlos como si me trasladase de pronto a aquella playa y los hiciese a mi vez reales para mí.

–Pero la novela debe seguir. –Dijo Víctor–. Porque si la novela acaba mataremos a los personajes y yo no quiero, quiero que siga.

–Pero alguien tiene que hacer el trabajo sucio. –Sonrió Rosa.

EL APICULTOR

Podría decirse que, a nuestro modo, éramos felices, pero no era así. Aquellas novelas que Víctor y Rosa escribían hablaban de que hubo un tiempo que el Sol se rebeló contra los humanos y en aquel momento, un extraterrestre con forma de pingüino– bueno, aquí hago un inciso para apuntar que no es que esa fuese exactamente su verdadera fisonomía si no que había algo en su traje y su patosa forma de andar que nos hacía asociarlos mentalmente con esos animales. Víctor y Rosa también lo pensaron cuando idearon como sería la forma de Pit, Rel y Pop. Un extraterrestre no tiene porque tener forma humana. Los humanos pensamos que somos seres perfectos según nuestros parámetros y rechazamos todo aquello que se sale de lo que creemos nuestros cánones, pero ciertamente un ser con una inteligencia superior, un extraterrestre no tiene porque tener una forma antropomórfica, podría tener la forma de una medusa, un pingüino o incluso una roca...

El extraterrestre tenía ciertamente una forma similar a la de un pingüino terrestre y esta forma se hizo más latente durante el tiempo que permaneció en la tierra y en la forma en que se vio obligado a camuflarse entre este tipo de seres para pasar desapercibidos ante la destructiva raza humana.

Aunque en realidad, en su estado original, se parecían algo a los pingüinos, pero en realidad no tenían nada en común con ellos.

El atribuir a estos seres la forma de pingüino tuvo mucho que ver con la solución al problema en aquel momento. Para nosotros, muchos siglos después él sería junto con Jesucristo un personaje clave en la historia de la Tierra. Él, no figuraba en la biblia. –Bueno, aún no estoy segura de si se les menciona en relación con Noé y con el arca– pero no tengo constancia de que ningún libro sagrado hable de este ser llamado Pit. Tan solo tengo referencias de él a través de unas extrañas novelas que dos hermanos escribieron entre los siglos XX y XXI.

Eran unas novelas y no se sustentaban a la realidad. ¿O sí? No lo sabíamos con certeza.

La primera de las novelas, le había sido entregada a una periodista llamada Eckel Jensen en una cafetería de Avigobi, la ciudad piramidal. El libro había llegado a ésta a su vez de manos de un tal Pedro.

El otro ejemplar del mismo libro había llegado también al detective que estudiaba el caso de Alika: un hombre llamado Fran Ahmed que acompañaba Lila ambos, habían acabado con sus cuerpos en el mar.

Los dos ejemplares copia de la primera novela contenían citas distintas, pero en ellos, se hablaba de un problema con el Sol que parecía haberse resuelto en la segunda novela en el tercero de los libros llamado “Esperanza”, había un cuarto libro llamado “Volar” con las hojas arrancadas, cuya historia nos pertenecía a nosotros hablaba del problema que hasta ahora nos había tocado vivir: Nuestra Tierra había dejado de girar. Y eso era algo muy real y premonitorio de lo que pasaría.

Todo lo que se nos estaba contando respecto a estos libros, sus personajes y sus autores tenía visos de realidad y ficción en una rara mescolanza. Pero. lo que estaba sucediendo ahora era real: nosotros, el CUBO, los últimos días de la Tierra…

Y el libro tenía un extraño nombre: Se llamaba volar y le faltaban todas las hojas… Era una novela incompleta Y YO, me había convertido en su escritora.

Hacía un día soleado y Víctor y Rosa paseaban con Piper por la ruta de San Esteban de Pravia a la Playa del Aguilar. Antes de iniciar la ruta costera se detuvieron un poco a contemplar el paisaje que se observaba desde el impresionante mirador del Espíritu Santo: la Playa de Conchiquina y las escaleras de piedra semiderruidas que conducían al puerto de San Esteban.

A Rosa le gustaba caminar por esta ruta porque alternaba zonas de Sol con zonas frescas y oscuras gracias a la arboleda que crecía a ambos lados del camino.

Ella la llamaba irónicamente: "La frescuridad" porque era una combinación entre frescura y oscuridad.

El perro se detenía en los bardiales a olisquear la yerba buena y las ortigas. Tenía un don especial para oler las plantas medicinales

El aire transportaba la agradable fragancia de los eucaliptos.

Víctor se fijó en una pequeña abeja que libaba una flor y reflexionó en voz alta.

–¿Te das cuenta que cada vez quedan menos abejas?

–Sí, respondió ella. Lo sé, no hacen más que decirlo en la televisión. No se sabe muy bien que está sucediendo. Dicen que salen de las colmenas y se desorientan, algunos le echan la culpa al cambio climático, otros al uso de pesticidas o incluso a la presencia de un parásito que las enferma. No está muy claro porque sucede, pero desaparecen a pasos agigantados. Nadie sabe a dónde se dirigen, rara vez aparecen sus cadáveres. Pero en un mundo futuro como en el que viven nuestros personajes ellos, tienen algunas flores, no todo está perdido ya que poseen insectos mecánicos para realizar esas labores.

–Pero no son insectos de verdad. –Le aclaró Víctor– y por muchos avances científicos no podrán suplir lo natural. Las vides serán plagas en los lugares donde el Sol no abrase

porque no necesitan las abejas para la polinización. Pero la humanidad, no solo se enfrentará a la hecatombe de que la Tierra ha dejado de girar si no que sin abejas desaparecerá totalmente la vida vegetal en un plazo de 40 años y luego iremos nosotros.

–¿Y ellos lo saben? –Un atisbo de terror se dibujó en sus ojos.

–No, no lo saben. Están ocupados con otros menesteres tanto o más importantes. Se les agota el tiempo. Y por eso deben encontrar cuanto antes al apicultor.

Víctor se acordó que hacía días cuando caminaban por la playa encontraron tirado en el camino un gorro blanco con una rejilla.

No supo por que extraña asociación relacionó la pequeña abeja y el gorro de apicultor que había visto aquel día, pero no dijo nada.

–En la cena de jubilación mis compañeros me han regalado un telescopio para mirar las estrellas. –Dijo con la mirada triste–. Cuando mire el cielo pensaré que Mus está allí arriba como una estrella más.

Rosa sonrió con tristeza. Su hermano era un alma sensible. Hacía unos días había perdido a su gato. Se llamaba Mus. En la novela había decidido enterrar en su finca los libros envueltos en film transparente como en un guiño a los personajes. Por si algún día en el futuro, a alguien se le ocurría desenterrarlos. Ahora pensaba que solo Mus estaría allí enterrado, no sus libros. Había cambiado de idea y aquel árbol en su finca se había convertido en un lugar sagrado que solo podría albergar el cuerpecillo de su gato negro Mus.

Sin duda, sí que sería una estrella en el firmamento que le gustaría ver con su telescopio. Recordó aquello de: “la energía ni se crea ni se destruye, solo se transforma”. y deseo con todas sus fuerzas que la energía de Mus hubiera volado

al cielo y ahora formase parte de aquel cumulo brillante que se observaba en las noches claras.

–Pues no estés triste –le dijo su hermana para consolarlo– que tu luz ilumina a muchísima gente al igual que la estrella de Mus. ¿Algún día le pondrán a una estrella ese nombre? ¡Es un nombre bonito! ¡Mus!

Se pusieron a charlar sobre la novela. Siempre lo hacían. Era curioso como había comenzado todo, casi como un juego. Yo escribo un cuento y tú lo continuas. Yo escribo sobre un nómada y un pingüino y de pronto, construimos una historia rocambolesca, sí, pero con visos de realidad transformando al pingüino en un ser de otro planeta. Un juego en el que la fantasía y la realidad se entremezclaban para crear su propio universo.

Lo que había comenzado como un juego se había convertido en dos novelas que iban camino de convertirse en una trilogía.

El cuento se había transformado en una historia llena de extraterrestres, conspiraciones y aventuras que llenaban sus conversaciones y que en el fondo servían de excusa solo para unirlos más a ambos en sus largos paseos. Ese era casi el principal objetivo de las novelas ya que no escribían para ser famosos, ni para vender muchos libros, ojalá los vendieran o algún productor viese sus historias y decidiera que son unos buenos argumentos para hacer películas, pero el mundo estaba lleno de novelistas que escribían sin lugar a dudas muchísimo mejor que ellos, había mucha competencia, no eran pretenciosos. Solo querían que la gente disfrutase tanto de aquella historia como ellos lo habían hecho y lo más bonito, era que la historia les unía a ellos y a sus lectores y éstos se lo hacían saber a través de correos electrónicos. Podían pasar horas y horas, días y días charlando sobre los personajes, construyendo historias cada vez más intrincadas alrededor de ellos, discutiendo sobre las cosas que no encajaban o sobre si uno de ellos había

decidido resucitar a un personaje que el otro había matado, enfadándose, amigándose, leyendo y releyendo lo escrito en busca de errores y aún así, siempre había algo que corregir o algo que se les escapaba a ambos pero cada día la historia evolucionaba encajando las piezas en un intento de puzle.

Puede que algunas cosas no encajaran o no tuviera destino. Las mujeres de una tribu confeccionan alfombras y en cada una de ellas dejan un nudo imperfecto. Dicen que la perfección no existe y no encaja en la divinidad.

–No tiene porque ser una historia perfecta. –Dijo Rosa–. Lo importante es que disfrutemos contándola. Margarite Duras, una escritora decía que había que escribir pese a todo.

Rosa, incluso había decidido no incluirlos a ellos mismos en aquella historia en la que también eran unos personajes secundarios. Pero lo cierto es que las hojas de papel parecían reclamar a gritos la presencia de los dos y la historia novelada de su familia y no importaba si estaba bien o mal escrita, sin duda llegarían historias mejores o peores que la que les ocupaba ahora, de autoría conjunta o cada uno por separado, o posiblemente ninguna historia más que aquella que los dos durante años habían construido y que urgía finalizar.

Ahora mismo, estaban en un punto muerto y charlaban sobre las abejas. Había algo que a Víctor le intrigaba mucho sobre este punto y no sabía como enfocarlo en la novela.

–He decidido, dijo Rosa. –Que nuestros protagonistas busquen al apicultor. Lo han visto en sus sueños. Sin duda, es una figura extraña en su mundo, en un mundo en el que ya no existen las abejas. Por otro lado, continuó, nuestros personajes tienen una abeja reina encerrada en ámbar y resina. La obtuvieron del mundo onírico. ¿Recuerdas aquella casa junto al río, cuando IO sacó todos los objetos que procedían del mundo de los sueños y entre ellos estaba?

Víctor asintió.

Lo recordaba perfectamente, el río, la casa en la noche, la música de Blues, Arquímedes con unas alas de ángel y IO sentada en el suelo con una camiseta que tenía dibujada un colibrí frente a un montón de objetos extraños entre los que estaba la abeja.

Se detuvo eclipsado a contemplar el maravilloso baile del insecto alrededor de un cardo precioso que pensó en pintar de dorado para la navidad.

–¿Es Krang el apicultor? –reflexionó Víctor.

Rosa caviló.

–¿Lo dices porque siempre está rodeado de abejas? Pues no lo sé. Nunca se sabe. Aunque no me lo parece. No me parece que la salvación del planeta esté en manos de alguien que se lo quiere cargar, aunque nunca se sabe...

–Son curiosas las abejas –meditó Víctor–. La abeja reina pone huevos cuyo fruto son abejas obreras, no necesita fertilizarlos, no necesitan machos para hacer una colmena con abejas obreras, bueno obreras o soldados –pensó en voz alta–. Las obreras cuando detectan flores con polen y su calidad llegan al panal realizan un baile ritual cuya composición determina la dirección y la calidad del alimento.

–Es un baile hermoso. –Respondió Rosa. He visto algo por Internet, sí.

–Sí, las abejas se arremolinan ante la exploradora y se ponen a bailar también.

Cuando unas siguen el ritmo la mayoría marca el consenso de que ruta es o no buena para tomar, en cierto modo las decisiones se toman por unanimidad entre todas.

Pero como puedes comprender si solo produce obreras la colmena no puede sobrevivir. Alguien que no conozca bien las abejas sin duda fracasará. Tenemos que hacer que nuestros personajes busquen a alguien que las conozca muy bien y que sepa como moverse en ese terreno.

Rosa se paró en un alto del camino para que Piper saciase su sed en una fuente de piedra.

–Creo que los zánganos se atiborran y no hacen otra cosa que comer y transportar polen. –Le dijo.

–Sí en efecto. Cuando la reina se hace mayor o así lo decide por que la colmena es grande sale de la colmena y emprende su vuelo en soledad.

Nunca lo hace, así que es una ocasión especial

Emprende el vuelo sobre la colmena y trata de alcanzar la mayor altura de la que es capaz

Los zánganos la siguen en el vuelo nupcial, pero ninguno puede alcanzar su camino ascensional. El único que logra alcanzarla es el que consigue aparearse con ella.

–Curioso –dijo Rosa.

–Sí curioso. Los dos caen unidos, pero, el zángano pierde sus partes en la caída por lo que paga siempre con su vida el reproducirse.

De esta unión nace una nueva abeja reina y es la forma en la que las abejas se reproducen.

Si las abejas desaparecieran y fuésemos capaces de recuperar su código genético no tendríamos más que colmenas de una sola generación.

Sería un experimento fallido.

–Moriremos entonces irremediablemente. –Dijo Rosa–. Será una extinción como la de los dinosaurios. ¡Madre mía, que miedo! Y por algo tan insignificante como las abejas.

–Es muy posible, aunque no te quepa duda que las abejas no son insignificantes. Pero aún nos queda un resquicio de esperanza.

Muchos años después de que hubiera transcurrido la conversación entre estos dos hermanos, yo, IO caminaba por el viejo barrio de las escombreras buscando un objeto en particular, un objeto que se había aparecido en nuestros

sueños y que durante todo este tiempo había defendido como un objeto real existente en alguna parte.

Pero no lo encontraba y sentía que el tiempo transcurría muy rápido, y que ya apenas nos quedaba mucho tal y como Víctor y Rosa habían augurado sobre aquellas abejas de las que hablaban en esa playa.

Estaba parada ante los cascotes de un viejo edificio derruido, del que aún quedaban resquicios de todas sus plantas, aunque en un estado tan lamentable que más que subir había llegado escalando.

Sí, realmente, nuestra humanidad estaba abocada a desaparecer y nada ni nadie podría evitarlo. Aquellos dos hermanos debían tener razón en lo que decían en su libro.

Miré a mi alrededor y contemplé el caótico paisaje.

Las ventanas estaban rotas por la furia del aire y los suelos sembrados de cristales, piedras, y cascotes de cemento. Los pocos edificios que milagrosamente se mantuvieron en pie después de lo sucedido habían sido cubiertos por unos plásticos de obra para preservar lo poco que quedaba de ellos.

Los suelos habían cedido en su casi totalidad y se habían derrumbado dejando ver los pisos inferiores, parte de los tejados, también habían desaparecido, aunque este edificio en concreto aún conservaba milagrosamente medio tejado con su chimenea. Parecía increíble que siendo un edificio tan viejo se hubiese mantenido en pie como un valiente soldado resiste el envite del ejército enemigo viendo como todos sus compañeros resultan abatidos.

En la actualidad nuestros edificios y cristales eran fuertes y resistentes capaces de resistir el impacto del viento, las fortísimas temperaturas y los movimientos de tierra, pero aquellos viejos soldados que se mantenían en pie en el barrio de las escombreras representaban algo por lo que creer que una mano divina nos estaba protegiendo.

Desperdigados por el suelo se veían restos de utensilios de la vida diaria, algunas sartenes, muebles de madera rotos en mil astillas, restos de sangre seca por todas partes y una muñeca abandonada en el fondo que me miraba con su carita sucia, testigo horrendo de lo que allí había acontecido...

Imaginé a las personas que habían vivido en aquella casa y me estremecí. Había perecido tanta gente por culpa de aquel desastre.

Sentí que la desazón me invadía y con tristeza me acerqué lentamente pegando mis pies al borde para mirar las alturas desde allí.

Ante mí se extendían un montón de edificios devastados, la ciudad que se estaba reconstruyendo sobre las ruinas de la antigua, el Cubo donde acudíamos a conectarnos relucía como una piedra preciosa. Allí mismo, en los subterráneos seguía bullendo una ciudad floreciente.

Por un momento pensé que pasaría si una ráfaga de aire fuerte me empujara o si tropezase con algo y me precipitase al vacío. Me imaginé saltando a ese abismo y cuando estaba a punto de estrellarme en esa fantasía mía, me vi a mi misma remontando el vuelo como un águila en medio de un cielo invernal.

Sentí vértigo ante la ilusión de las alas del águila y tomé aliento para volver a mirar abajo a la vez que me sentaba con las piernas colgando en el vacío.

Entonces, sentí una voz familiar que me gritaba desde abajo:

–¡IO! No sé lo que buscas ahí arriba, pero creo deberías bajar y ver esto –y añadió–. Aunque tu mente sea privilegiada tu cuerpo no es de goma y no aguantará cinco pisos de caída libre a menos que seas un pájaro, y yo creo que no lo eres.

Tuve que darle la razón.

Quien me gritaba esto no era otro que Invincible Wind varios metros más abajo, mirándome desde lo alto del edificio con temor.

Le sonreí y me dispuse a obedecerle.

–Mi robot de asalto. No esperaba verte a ti por aquí.

–Pues sí, soy yo. Y Además tengo algo que contarte. Es algo sobre las abejas y las hadas algo que por fin he recordado.

Fue en ese momento, cuando a través de mi respirador reparé en los ojos de aquella muñeca rota y olvidada en un rincón del piso que parecía mirar lo que había bajo unas baldosas rotas.

Era algo absurdo que alguien hubiera dejado la cabeza de una muñeca señalando con sus ojos algo, sin embargo, había visto demasiadas cosas absurdas que luego no lo eran tanto.

Me dejé llevar por mi intuición y me acerqué con curiosidad a ver lo que sobresalía entre aquellos azulejos rotos. Se trataba de un fajo de papeles envueltos en un plástico.

Me acerqué con curiosidad. No era un libro como yo había pensado si no las hojas de un cuaderno.

Al parecer, alguien se había tomado la molestia de empaquetar aquello. Pero: ¿Que podría ser?

Rompí el plástico y observé con curiosidad lo que quedaba de aquellos papeles que el tiempo había preservado. Se trataba de un montón de poesías de amor junto a un retrato hecho a lápiz, un retrato de una mujer que se parecía mucho a Oxi, aunque era imposible que se tratase de ella, conocía ese retrato. El libro de Volar que IO estaba escribiendo decía que Víctor había hecho un dibujo a su mujer y que lo había enterrado en unas viejas baldosas del edificio. También decía que cuando Víctor y su mujer ya eran ancianos regresaron al barrio a recuperar este retrato, pero los nuevos inquilinos, no les permitieron pasar.

Aquellos objetos eran el vestigio real de la existencia de un sueño. Hacía mucho tiempo que en el CUBO habíamos soñado con ese mismo retrato y habíamos visto aquel pasaje que reflejaba en su libro. Oxi había dejado esta imagen

codificada la primera vez que Edmundo y Fidda fueron a la casa en Bruyos.

Y ahora, yo lo tenía en mis manos. Y era algo real. No una imagen onírica si no un trozo de papel real con el retrato a lápiz de una joven mujer.

Sin darme cuenta, era algo muy raro, había tenido un dejá vue, había atravesado una especie de umbral y había viajado al pasado.

Un pasado muy reciente en el que ese retrato aún seguía en el mismo edificio donde había sido enterrado y que más tarde encontraríamos junto a los libros bajos unos cascotes.

Me asaltó una sensación de mareo mientras contemplaba aquellas imágenes que no eran reales que pertenecían a años pasados y que yo veía ahora por primera vez.

Todo cuanto había acontecido en el CUBO se estaba tornando en realidad. Aunque a veces, muchas veces últimamente ya no sabía cuando algo estaba sucediendo en la realidad y cuando solo estaba conectada a la máquina.

Las poesías y el retrato se disolvieron en mis manos y al mismo tiempo sentada, con mis piernas colgadas en el vacío vi que Invincible Wind abajo esgrimía ante mi unos papeles en su mano.

–No te lo vas a creer. –Dijo desde allá abajo pero el otro día, me enteré de que hay un científico que estudia las abejas, las abejas reales y me dije: ¡Esto es extraño! ¡Las abejas ya no existen en nuestro mundo! Es cierto que tenemos insectos artificiales para polinizar las pocas plantas que nos quedan, pero ningún resquicio de las abejas de verdad. Y entonces, voy y me entero de que, en alguna parte, hay una persona que trabaja con abejas de verdad y estudia la manera de volver a repoblar nuestro planeta y tal vez de desempolvarlo y devolverle un poco de su viejo esplendor y me digo: ¡Vamos a decírselo a IO! Así que, como puedes ver, esto que tengo en mis manos es un permiso para ir a ver a

ese científico. Iremos mañana. Nos reuniremos todos en la playa de Conchiquina.

–¿Abejas reales? –Pregunté con extrañeza.

–Sí, –me aclaró Invincible Wind–. Es posible que aún vivan en el permafrost. ¡Debemos conseguir esas abejas! He recordado por fin que era lo que me torturaba y ahora lo sé.

–¿Y que era Invincible? ¿Por qué volaste la granja?

–Las hadas estaban inyectando junto al Delírico una sustancia fabricada en secreto por ellas mismas una especie de Neurotoxina.

Con esto pretenden hacerse con el poder exterminando más rápidamente a la raza humana. Yo descubrí esto en la granja apache por que las vi en esa granja y por eso quise volar toda la planta. Lleváis toda una vida tomando esa neurotóxica sin saberlo.

Dentro de muy pocos años moriréis todos independientemente del estado del planeta.

–Y lo que quede –continué yo–. Será entonces de las hadas, de los robots y de las máquinas.

–No. –Dijo Invincible–. No estoy tan seguro de que haya reservado en ese futuro un lugar reservado par los robots.

LA VENGANZA DE INVINCIBLE

¿Los robot tienen sueños?

Invincible si, tenía una rutina para que trabajase sobre su memoria asociativa, lo mas parecido a nuestros sueños de humanos.

Invincible me contó que antes de conocernos, cuando trabajaba en la granja Apache tuvo un extraño sueño en el que, en diferentes puntos del planeta, éramos absorbidos por una flota de enormes objetos oscuros.

Durante muchos, muchísimos años habíamos estado enviado señales al cielo buscando una respuesta a todas nuestras preguntas.

Y ahora que centrados en nuestra propia desgracia, cuando habíamos perdido toda esperanza en el sueño de Invincible aquellas preguntas encontraban respuesta.

Pero la raza que nos había contestado era una raza invasora, mucho más beligerante, que había venido dispuesta a colonizarnos.

Estábamos en desventaja en cuanto a tecnología se refiere. Habíamos estado tan inmersos en recomponer los vestigios de nuestro planeta que no pudimos prever que algo así sucedería ni tuvimos herramientas para defendernos. La desforestación, el cambio climático, el desastre acaecido en la Tierra, no nos permitió ver que ellos, los extraterrestres

responderían a nuestra llamada aniquilando lo poco que quedaba vivo en nuestro planeta moribundo. Aquella especie a diferencia de nosotros sí podía comunicarse con las hadas y comenzó a utilizarlas como sus soldados. Enviaron a la Tierra un pequeño escuadrón para comunicarse con las hadas y como todas ellas se comunicaban en colmena y hacían cualquier cosa para proteger a sus reinas hicieron que ellas comenzasen el trabajo sucio para allanar el terreno para su venida.

En aquel sueño de Invincible observó una imagen premonitoria.

Los extraterrestres encontrarían la Tierra, pero antes de llegar a ella, se fijarían en el Sol y liberarían a un reo muy valioso para ellos que estaba dormido.

Los pocos humanos que pudieron resistirse irían de reos. Sus cuerpos desnudos se hallarían suspendidos en un extraño gel azulado que aún así les permitiría abrir los ojos y respirar con facilidad.

Lo que quiera que fuese aquel compuesto gelatinoso, había mantenido intactas por un tiempo indefinido las constantes vitales de los humanos.

En el sueño Invincible también estaba en esa nave prisionero. Sin embargo, él no estaba inmerso en ningún tipo de gel. Yo supongo que por que aquella raza de extraterrestres en cierta manera respetaba su naturaleza de robot al que tal vez necesitaría por un tiempo determinado y para alguna función desconocida.

Por todas partes había gente extraña pululando. Se movían por aquella gigantesca sala con la blancura de una gigantesca perla activando pantallas enormes y manejando extraños dispositivos grandes y pequeños. Estos dispositivos consistían en tubos de cristal de colores y extrañas estructuras que proyectaban imágenes holográficas que parecían interactuar con las personas.

No había ningún vestigio de plantas o animales y todos ellos se movían en grupos numerosos deslizándose como si

flotaran a través de unas gigantescas escaleras de caracol que los conducía a diferentes pisos.

A Invincible que lo observaba todo, sin perder detalle de sus sueños, le resultaba imposible calcular cuál sería el tamaño de este lugar, aunque sabía que era algo enorme.

La campana de cristal en la que Invincible estaba sumergido, estaba suspendida en el vacío, como si flotara de modo que al mirar hacia abajo y ver la cantidad de pisos y pisos que se extendían bajo él sintió una horrorosa sensación de vértigo, pánico y desprotección por temor de que alguien rompiera aquella bolsa de líquido gelatinoso y lo precipitase a través de pisos y pisos.

Invincible intentó centrarse en otros detalles de su entorno para no perder la cordura. Se fijó que todos aquellos seres de sus sueños llevaban túnicas de una blancura impoluta.

No había diferencias entre ellos, ningún rasgo distintivo ni siquiera en sus atuendos, ni siquiera algún tipo de galón o insignia que diferenciara un rango de otro.

Todos iban descalzos. Lo comprendió ahora. No necesitaban los zapatos, como los humanos que estaban prisioneros junto a ellos, al menos para caminar por allí. La superficie del suelo era pulida, blanca y reluciente y sus pies eran diminutos, perfectos, muy parecidos a los pies de los terrestres.

Sus manos pequeñas tenían 5 dedos como nosotros. En muchísimos aspectos se les parecían mucho, pero eran mucho más bajos y estaban todos ellos calvos.

No tenían ningún atisbo de pelo, ceja o pestaña como si hubieran nacido sin ellos. En su calvas relucientes y sonrosadas lucían una cinta escarlata que parecía tatuada y que serpenteaban desde el inicio de su frente hasta alcanzar el músculo trapecio del cuello. Estas cintas que parecían tatuadas en sus pieles eran de un color rojo claro muy vivo como el color que tienen los rubíes.

Había mujeres, también calvas y otros seres más pequeñitos igual que ellos con las mismas cintas rojizas impresas en sus cabecitas, Eran sus crías, incluso los bebés traían esas cintas escarlatas en sus cabecitas rapadas.

Los niños se aferraban tímidos y temerosos a las manos de sus madres y subían y bajaban con ellas a través de los distintos pisos.

Pero no todo era luz y claridad. Había zonas en penumbra. Invincible esforzó la vista para ver que había también zonas oscuras.

En aquellas zonas en penumbra sus túnicas brillaban en la oscuridad como si estuvieran hechas de tejido fosforescente arrastrando a otros grupos de gentes cuyas vestiduras no brillaban.

Caminaban estos últimos en fila india arrastrando algo que parecían cadenas o grilletes mientras eran conducidos a empujones a otras dependencias.

Fue en ese preciso instante en que tuvo la certeza de que aquellos humanos habían pasado a ser esclavos y entre ellos también había niños de edad temprana.

Invincible no recordaba como había sido apresado.

Aquel sueño era tan terrible y tan real que parecía que no iba a despertar nunca.

Le dijeron mentalmente que no podía hacer nada al respecto que hacía mucho tiempo ya habían contactado con las hadas y que había un plan para destruir lo poco que quedaba de la humanidad a través de las neurotóxicas que se inyectaban en el CUBO con el DELÍRICO.

Al despertar Invincible no lo soportó. Supo que el futuro de la humanidad estaba en sus manos y que tenía que remediarlo si no quería que el sueño que había tenido se cumpliera.

Por eso detonó la fábrica con aquellas hadas.

Las hadas no podían saber sus intenciones, y tampoco podían comunicarse con él, pero él si lo podía hacer con el resto de los robots.

Así que contactó con todos ellos y organizaron volar todos las granjas el mismo día. Pero fue apresado y borraron su memoria, borraron aquella área en la que estaba el por qué de sus actos de aquel día.

Entonces Itzel y yo lo trajimos de aquella fábrica de stocks y restauramos lo que inútilmente las autoridades habían tratado de borrar.

¿Estaban en connivencia?

Nunca lo sabremos. Tal vez no porque las autoridades atentarían contra si mismas.

Yo creo que a Invincible no le dio tiempo a contar lo de las neurotóxicas que estaban inyectando en el Delírico o tal vez pensaron que los robots, todos ellos se habían vuelto locos.

KRANG

Cuando aquellos seres calvos, ataviados de blanco, con aquellas serpentinas rojas tatuadas en sus nucas descubrieron la Tierra se dirigieron a ella como una abeja se acerca a un panal de miel con intención de explorar el planeta, ver que recursos tenía y de cuáles sacar partido; cómo eran sus habitantes, si eran beligerantes o pacíficos y hasta que punto podían oponer resistencia a la invasión.

Krang estaba feliz de estar libre de nuevo pero el planeta que había encontrado al despertar era muy distinto al que había dejado.

Encontraron un planeta moribundo, con poco que aprovechar, esquilmado y destruido tanto por las fuerzas de la naturaleza como por el espíritu antaño belicoso de sus últimos habitantes.

Por supuesto hubo muchos amotinamientos y muchas bajas terrestres intentando defender los últimos bastiones, pero la gran mayoría accedió voluntariamente a subirse a la gigantesca nave con la esperanza de que sus opresores, al fin y al cabo, no podrían ofrecerles un destino peor que el que les esperaba en su planeta.

Para aquellos nuevos extraterrestres, los humanos no éramos nada, simples esclavos, simple mano de obra gratuita. Nos hubieran destruido y dejado a nuestra suerte de no ser por...

Pero esto no era un sueño de Invincible era algo que él había visto pero que se cumpliría muchos, muchos años más tarde.

Empecemos desde el principio.

La gigantesca nave se dirigía a la Tierra. Hacía tiempo que habían recibido señales de radio desde un lejano lugar y un extraño disco de oro que habían podido desencriptar con facilidad les había mostrado que en aquel planeta había mares y océanos, una enorme riqueza en flora y en fauna, conocimientos matemáticos y musicales y seres humanos, quizás algo distintos a ellos, pero en el fondo muy parecidos en la esencia.

Atraídos por tanta riqueza y diversidad se dirigieron a nuestro planeta, no con la intención de establecer lazos afectivos con nosotros, los humanos, si no con la intención de usurpar nuestros recursos.

Pero lo que encontraron les decepcionó.

Poco había de aprovechable excepto, algo, muy muy extraño que encontraron antes de alcanzar la Tierra, allí, en el Sol, dormido durante eones, en una extraña ciudad.

Cuando lo encontraron, Krang abrió los ojos para contemplar como un grupo de extraños e inteligentes seres habían formado un círculo en torno a él para mirarle.

Todos ellos vestían unas extrañas vestiduras talares y en sus cabezas calvas lucían aquel tatuaje rojo distintivo.

Parecían casi todos iguales y todos ellos le tocaban. Tocaban sus brazos, sus piernas, su cara y exclamaban en un lenguaje extraño que él era una obra delicada y perfecta, quizás lo más valioso que se llevarían de aquel planeta.

Krang no conocía aquel lenguaje, pero sin embargo sabía lo que estaban diciendo era como si entrasen dentro de sus circuitos y pudieran saber todo cuanto pensaba y sentía en cada momento.

Sin duda el robot había sido su mayor adquisición. No habían podido en cambio salvar a aquella criatura momificada al que el robot se aferraba inútilmente. Era una criatura de una raza extraña la momia de una mujer de cabellos verdes y el robot había debido de quererla mucho en vida, pero el tiempo, había pasado inexorablemente.

Krang estaba muy sorprendido de que aquellos seres hubieran logrado abrir el cerrojo del prisma en el que Leilani le había estado condenando, permitiéndole huir como un genio que lleva cientos de años encerrado en una lámpara.

Le dieron el prisma y Krang lo contempló con curiosidad.

Así que aquella cosa tan pequeña lo había encerrado en su microestructura. Sintió que era muy poca cosa. Ahora él estaba libre. Ahora nada ni nadie podría volver a encerrarlo. Y lo sentía por la pequeña criatura de pelo verde pero no volvería a aquella prisión cristalina.

Krang, viajó con aquellos extraterrestres a la Tierra y se encargó de que todos aquellos seres fueran aniquilados o capturados.

Empezó por utilizar a las hadas. Comunicó con ellas. Se encargó de que inyectaran el Delírico distraídamente como no quiere la cosa para inocular la neurotóxica lentamente sin que nadie se diera cuenta.

En realidad, los extraterrestres, llamémosles Serpientes rojas, por ponerles un nombre que aluda a las marcas que llevaban en su piel, no parecían estar demasiado interesados y sí, más dispuestos a pasar de largo, pero Krang les convenció de que a pesar de su lamentable estado la Tierra era un buen partido. Les dijo, que había una chica muy rara, con un extraño cerebro y un grupo de jóvenes que habían creado un extraño artilugio que se alimentaba de los sueños y que podían utilizar la sustancia que inducía esos sueños para introducir el veneno.

Así que hicieron aquello que les pedía el robot. Más por complacer a un ser al que mostraban admiración que por mera utilidad.

Los “serpientes rojas” conocieron el Cubo que los Magníficos habían construido. Les pareció una tecnología interesante sobre todo cuando Krang empezó a jugar con el prisma y con el CUBO.

Y vieron antes de marcharse definitivamente de aquel planeta como Krang movía entre sus manos el pequeño prisma de cristal como si se tratara de un cubo de Rubick y como interactuaba con su prisma y el CUBO de los magníficos.

El prisma rodaba y rodaba entre los dedos del robot y a la vez que esto ocurría, en cada giro, en cada movimiento de dedos, en cada caricia de las yemas metálicas de sus dedos con el cristal se conectaba con la gran máquina creando un sin fin de imágenes.

El prisma reflejaba los colores del otoño.

En las pantallas del Cubo los “serpientes rojas” vieron reflejado a un niño pequeño de cabellos oscuros que jugaba con sus hermanas.

Krang no necesitaba de la araña para conectarse, le bastaba con el movimiento del prisma entre sus dedos y sus ojos. Lo viraba con rapidez entre sus dedos y ya estaba.

En sus sueños, Krang veía a aquel niño jugar con sus hermanas pequeñas tras una iglesia en la que había montones y montones de hojas apiladas.

Los árboles estaban ya vacíos de hojas preludio de la tristeza del invierno.

Pero aquel no sería un invierno triste pues las nieves cubrirían todo con su manto blanco.

Los “serpientes rojas” dedujeron gracias a Krang que aquel niño era un niño tímido. Visualizaban su imagen reflejada en las pantallas. No se atrevía a pedir permiso ni siquiera para ir al lavabo y luego, cuando acababa la clase, tenía que correr calle arriba, en dirección a su casa en una zona llamada la Magdalena, para que sus compañeros no se burlaran de él.

El niño pensaba de sí mismo que era un auténtico salvaje ya que su afición era cazar gorriones, pero, solo era un niño asustado, aburrido y triste, que dejó tal actividad cuando soñó que estos pajaritos, convertidos en huevos se estrellaban contra un muro.

También era un chico enfermizo, sus padres Víctor y Teresa lo llevaron a un médico y los resultados de los análisis daban que tenía velocidad en la sangre.

Para un niño de cuatro años era algo que no comprendía.

Tener velocidad y tener que guardar reposo. Estar en casa sin poder moverse, era algo muy difícil.

Su afición favorita era dejar un resquicio por la ventana por donde se colaba el sol. El reflejo invertido sobre la blanca pared creaba sombras de colores que se movían. El era pequeño, pero sabía que las sombras eran quizá sus amigos Quike y Armando jugando en la fuente cerca de casa.

Víctor también tenía un vago recuerdo de un prisma y su arcoíris reflejado sobre su campo de sombras.

Había un robot; Un extraño robot…

Víctor recordaba su infancia de niño muy querido y feliz con sus padres.

Recordaba los regalos de Reyes que con tanto esfuerzo le regalaban.

–¿Mamá nosotros somos ricos?

Su carita se iluminaba cuando llegaba la noche de los Reyes Magos.

El no sabía que su papá trabajaba a turnos a la intemperie y que su mono de trabajo siempre estaba húmedo y que no se secaba de un día a otro.

Pero el pequeño Víctor siempre recordaría aquel olor penetrante a sinter, unas bolas de mineral de hierro que se usaban en los hornos.

Los “serpientes rojas”, observaron con atención al niño. Era evidente que aquel niño no existía, pertenecía a otra época, ya no estaba en el mundo de los vivos.

Pero, aunque ni tan siquiera Krang lo quería salía en todas aquellas visiones.

Quería que vieran que los humanos, a pesar de que él los odiaba con toda la fuerza de la que era capaz, habían creado una compleja máquina capaz de recrear aquellas maravillas.

Así que, “los serpientes rojas” le dejaron. Aunque pensaban que todo aquello no llegaba a ninguna parte. Y tampoco sabían a dónde quería llegar el robot.

¿Que los humanos habían creado una compleja máquina que se adentraban en el mundo onírico?

¿Que él había conocido a algunos de aquellos personajes que salían en aquella compleja película?

Poco importaba, pero, el robot quería mostrarles aquello.

Y si querían que este los acompañara, no como esclavo, si no como un invitado de primera clase, lo mejor era hacer que se sintiera cómodo entre ellos.

–Despídete del CUBO. –Le dijeron a Krang–. Sabemos que ahí está reflejada casi toda tu vida, pero al lugar donde te llevamos será diferente. Tu vida comenzará desde cero. Es importante que te libres de tus recuerdos y de tu nostalgia.

Krang recién despertado tuvo dolor.

Había estado durante mucho tiempo dormido. Era inevitable sentir dolor y tristeza por algo en lo que había empleado hasta su último aliento.

Nada era más difícil que empezar desde cero.

Pero antes de que eso sucediese, a Invincible se le rebeló todas estas visiones en sueños, como si un ángel de cabellos verdes hubiera venido a su encuentro mientras dormía su sueño de robot para demostrarle lo que podría acontecer si

no volaba la granja por los aires, si no conminaba a los otros robots a hacer lo mismo y agruparse en la resistencia.

Cuando llegó a la planta a fabricar el Delírico se fijó que las hadas estaban trabajando en una actividad frenética y que algunas de ellas vertían en el Delírico una sustancia que no pudo apreciar. Llevaba mucho tiempo observando esto

Con cuidado, Invincible Wind extrajo una pequeña muestra de esa sustancia y la analizó en el laboratorio.

Se trataba de una rara neurotóxica que a la largo provocaba la muerte con todo tipo de cánceres, Alzheimer y locura, todo sin dejar huella.

La gente estaba muriendo ya, pero nadie se daba cuenta, no era por el desastre climático si no por aquella sustancia que, sin que nadie lo supiera llevaban años y años filtrando en el pigmento.

Invincible decidió que desde aquel momento tenía que volar la planta. Tenía que llamar de algún modo la atención sobre lo que estaba sucediendo.

Tal vez si alguien reparaba en todo lo que estaba pasando, la humanidad tendría la oportunidad de mostrarse más fuerte y oponer resistencia cuando esos seres venidos del espacio vinieran a conquistar la Tierra.

Había que frenar a las hadas. Había que volar la planta, aunque eso, supusiese la desconexión total, la muerte para un robot.

Entonces, alguien lo rescató de la fábrica de Stocks e hizo que despertase nuevamente el mundo.

Con el shock producido Invincible había olvidado el sueño y el motivo por el que había detonado una bomba en la granja.

Lo había olvidado todo, o casi todo.

Hasta que yo le llevé a dar un paseo por el Palacio Rosa.

LA INVASIÓN

Escuchando esta historia de Invincible Wind me pregunté como se habría producido esa invasión de su sueño.

No era tan descabellado.

Hace tiempo lanzamos al espacio varias sondas Voyager en busca de posibles civilizaciones.

Mientras, los gobiernos nos hacían gastar cantidades ingentes de dinero en estas y otras investigaciones, ocultaban que Ellos, desde siempre habían estado visitándonos durante miles y miles de años. Disfrazaban este desconocimiento nuestro con proyectos como la NASA, el SETI, o el Proyecto Alma en el que se nos hacía creer que, lanzando una especie de señales de radio, o de otro tipo al espacio tal vez, hallaríamos una respuesta desde el otro lado de aquel vasto, oscuro e infranqueable océano.

Pero, en realidad, el encuentro con Ellos ya se había producido desde un tiempo inmemorial, desde las primeras pinturas en las cavernas.

Las razones por las que esto no había salido a la luz eran muy variopintas: miedo a lo desconocido, miedo a ser invadidos, o a que la población mundial entrase en shock al ver tambalearse todas nuestras creencias políticas, religiosas, sociales y humanitarias.

Parece que nos querían proteger de algo nuestras clases gobernantes, pero: ¿Proteger de qué? ¿De quienes? O tal vez era solo mantener el poder, la oligarquía de un grupo sobre otro grupo, que tal vez se vería rota por la verdadera creencia de que no éramos ni tan importantes, ni tampoco tan únicos...

La verdad es que Ellos sin que nosotros lo supiéramos pasaron a ser nuestros esclavos, confinados en naves a las que nadie tenía acceso y sometidos a los experimentos más aberrantes y crueles que se podía imaginar, con menos derechos que los propios animales.

De Ellos, las cúpulas de poder que han operado siempre en la Tierra, usurparon su tecnología que nos la iban soltando a cuentagotas y a un precio exorbitante. Pero estos seres de los que hablo, de distintas razas, orígenes y formas, no habían sido nunca una amenaza para la Tierra.

Al contrario, se habían acercado siempre con curiosidad, para observarla, para estudiarla, sorprendidos por su belleza y su diversidad.

Pero un día lanzamos una sonda llamada Voyager 2 al espacio provista con unos discos de oro que recogía información de la Tierra, imágenes de su biodiversidad, y sonidos: Sonidos de grillos, gente trabajando, latidos de corazón, el beso de una madre hacia su hijo, voces de personas de distintos sexos y países, sonidos de ballenas y de buques, músicas variopinta...

Y es muy posible que tarde o temprano una de esas naves Voyager llegase hacía un remoto, muy remoto lugar en el espacio y aunque ya no funcionaba y estaba congelada, fuese interceptada por un extraño pueblo que vivía en un planeta que parecía oscuro, muy oscuro, como sin luz.

Escuchando la historia de Invincible me imaginé en el sepulcral silencio de la noche espacial la sonda, cerca del planeta.

Era negro como si estuviera hecho de carbón o de un material que no reflectaba la luz. –Me indicó Invincible–. Más negro que una veta de carbón.

Me ayudé de la Realidad Invasiva para poder dilucidarlo.

En él no se veía actividad, ni ruido ninguno, a pesar de estar sumido en la más absoluta oscuridad.

O bien sus habitantes no vivían en la superficie y sí en túneles excavados bajo tierra o por el contrario se trataba de un pueblo muy civilizado y silencioso, que cuidaba al máximo sus recursos energéticos o que, se mantenían en silencio, sin hacer el menor ruido ni encender ninguna luz que pudiera provocar la curiosidad y el acercamiento de otros visitantes que fueran de paso.

Todo lo que parecía era un planeta oscuro, en sí mismo, oscuro como un centinela silencioso y posiblemente deshabitado a juzgar por el nulo movimiento registrado en la superficie.

De repente, en una oscura región del inhóspito planeta, parpadeó una luz de un blanco fosforescente.

Una esfera de luz del tamaño de una pelota de tenis planeó por entre las cordilleras, tomó impulso y se elevó a la profundidad del espacio buscando la sonda.

Inquisitiva la rodeó dando vueltas alrededor de ella como si estuviera calibrando la estructura a través del hielo, fotografiándola al milímetro.

Después de estudiarla desde distintos ángulos, se mantuvo ingrávida sacó unos pequeños brazos extensibles que tomaron con la precisión de un cirujano los discos de oro que se hallaban adheridos en un lateral de la sonda.

Una vez en su poder, la brillante y esférica luz blanca creció y creció hasta convertirse en una gigantesca esfera que se abrió por la mitad mostrando su interior como un gigantesco estómago lumínico.

La esfera engulló los discos de oro y volvió a cerrarse de nuevo. Estuvo un instante, así como si se estuviera acomodando a esta nueva situación.

Luego, fue menguando de tamaño, poco a poco, como si también se estuviera a adaptando al tamaño de los discos en su interior y una vez conseguido esto, se alejó de la sonda y voló hacia aquel planeta oscuro sobrevolando su superficie hasta internarse en el cráter de un volcán y desaparecer completamente en él.

En la Tierra, se percibió como que habíamos perdido definitivamente la señal de la sonda Voyager II. Recibimos una serie de extraños mensajes en código binario que fuimos incapaces de descifrar y olvidamos el asunto. Y así fue como los "serpientes rojas" debieron conocer la ubicación exacta de la Tierra y un día decidieron acercarse a nosotros.

Su ubicación no les resultó difícil. Aunque, encontraron nuestra Tierra cuando ya daba sus últimos coletazos y se decepcionaron mucho de no encontrar todo aquello que habían visto en aquel disco tanto es así, que se sintieron estafados.

En realidad, no venían en son de paz, más bien al contrario. Eran unos usurpadores. Llegaban a otros planetas y los esquilmaban sacando todo el provecho que podían sacar de ellos para llevar sus motines al lugar en que vivían proveyéndolo de todas aquellas riquezas que habían encontrado en el camino a la que se añadía también, la mano de obra de los esclavos. Actuaban como las morenas en el mar, escondidas en su madriguera, saltando sobre sus presas desprevenidas.

Por eso cuando aquella mañana, unas enormes gota alquitranadas, del tamaño de campos de fútbol sobrevolaron nuestros cielos de forma masiva y en todos los continentes de la Tierra, nos vimos imposibilitados para reaccionar.

Se mandó a mandatarios de todos los países con el fin de establecer un contacto eficiente.

Ellos, se mostraron amables, y hasta cordiales en el trato con los humanos, pero poco, a poco, a base de engaños y una actitud bonachona, fueron introduciéndose en las redes subterráneas de nuestras ciudades bajo tierra, y una vez allí, en el lugar donde nosotros éramos más vulnerables nos persiguieron como ratas, ya hacia tiempo que nos sentíamos así y gracias al poder de sus armas y su inteligencia, acabamos de sucumbir todos, los pocos a los que la neurotóxina aún no había matado.

La Tierra, que ya era un lugar inhóspito para vivir antes que ellos llegaran y acabó por convertirse en un verdadero infierno para nosotros.

Cohabitaron junto a nosotros durante muchos, muchos años y en ese tiempo, cayeron las Comunas de Trappist Uno que nos ofrecían apoyo logístico y humanitario.

Todo, absolutamente todo, quedó devastado.

Al ocupar nuestras ciudades subterráneas, nos obligaron a vivir en la superficie donde la vida era inclemente. Era lo peor, volver a la superficie. Nos usurparon los pocos recursos que nos quedaban y robaron para sí cuanto animal y planta, o gota de agua quedaba en nuestro planeta.

Muchos fallecieron.

Los demás nos vimos embarcados en sus naves, y el resto murió en la lucha porque, aunque eran menos numerosos que nosotros, poseían armas más potentes, y aunque, nosotros conocíamos los recovecos de los mundos subterráneos en los que nos había tocado vivir, ellos, habían tenido el suficiente tiempo para adaptarse, mimetizarse con nosotros y con nuestras culturas y aprender y además en su planeta ellos tampoco vivían en la superficie.

En esos años, se habían apropiado también de un extraño robot llamado Krang.

Nosotros lo conocíamos a él y a su historia, a partir de lo que el CUBO nos había contado de él.

Sabíamos que, en el camino hacia la Tierra, los "serpientes rojas" se habían encontrado con el Sol, con una extraña ciudad.

Lo reanimaron y lo utilizaron contra nosotros. No necesitaron mucho esfuerzo porque Krang ya nos odiaba.

Cuando llegó a la Tierra junto a los serpientes rojas que creíamos bondadosos, comenzó a interesarse por el CUBO, aquel extraño artificio que era capaz de jugar con los sueños, distorsionar la realidad, e incluso inventar realidades distintas.

Quiso saber por que el CUBO conocía su historia, porque reflejaba fragmentos de su vida como si fuera una cámara que lo hubiese visto todo.

Se conectó a través de su cerebro y comenzó a jugar con el CUBO y vio a Leilani. La pobre Leilani que, a través de sueños e imágenes, mimetizada como un águila en todas las pantallas intentaba, aún después de muerta advertirnos del inmenso peligro que se nos venía encima.

Y a mi Krang también me apresó.

Desde el primer momento, Krang se sintió fascinado con mi cerebro. Yo era algo raro y peculiar para él, algo que no era absolutamente humano por lo que no podía odiarme con la misma facilidad con que odiaba a mis congéneres.

Me respetaba por mi parte de máquina. Sí, yo creo que era eso.

Durante muchos, muchos años, antes que Krang y los serpientes rojas nos hicieran sus prisioneros, yo le enseñé todo lo que había que saber sobre el manejo del CUBO. Lo hice bajo presión y el CUBO, que también era generoso, crecía en conocimientos y se expandía gracias al cerebro de Krang.

Cuando Krang lo supo todo del CUBO, cuando borró todos los recuerdos referentes a Leilani y a quienes se relacionaban con ella, decidió apagarlo definitivamente.

Fue la señal para hacernos creer que ya no éramos nada, que la humanidad había llegado a su fin con el apagón del último símbolo que poseíamos: nuestro CUBO y que Leilani con sus avisos después de muerta había llegado muy tarde.

Así pues, tenían todo cuanto necesitaban para embarcarse en aquella aventura. Principalmente mano de obra y algunos recursos. No era mucho lo que se llevaban, pero en cambio, habían obtenido un robot que les parecía muy pero que muy valioso.

Ya en el espacio, navegando con las naves invasoras, tuvimos conocimiento de que una facción había sobrevivido al ataque de las serpientes rojas y del robot.

Como dije, eran menos numerosos que nosotros, eran más inteligentes y tenían armas más poderosas, habían tenido tiempo también para integrarse en nuestras sociedades y atacarlas desde dentro, pero, nosotros, teníamos una ventaja sobre ellos, conocíamos el mundo subterráneo en que vivíamos y algunos de nosotros, utilizamos esto para hacerlo.

Esta facción sobreviviente estaba comandada por un hombre y su hija. Eran científicos y vestían trajes de apicultores.

La mujer se llamaba Jan Estrada. Y era algo raro. Se parecía muchísimo a la chica que habíamos visto durante tantos años en aquel retrato.

Se decían cosas extrañas de aquellos apicultores que encabezaban la resistencia, cosas tales como que poseían unos extraños insectos: un raro abejorro y otro que se parecía a un hada, pero que tenía un aguijón sobre su cabeza.

El abejorro y el hada habían provocado el incendio en un invernadero y les habían mostrado al padre y la hija, la forma de esconderse en lugares que estaban quemados y devastados, con el fin de que otros, sabiendo que allí no encontrarían nada, ni siquiera se molestarían en mirar.

Lo último que supimos de ellos por unos, como ahora nosotros, esclavos en la nave, es que se hacían llamar así mismo los Apicultores y que habían sobrevivido gracias a la ocupación de tierras que habían sido esquilmadas y quemadas por los serpientes rojas y desde allí continuaban con la lucha armada.

Lo que no sabíamos mientras navegábamos en la nave de los serpientes rojas es que, en las noches frías, una vez el peligro estuvo lejos, los apicultores habían vuelto a tomar lo poco que había quedado de la Tierra y se esforzaban por sobrevivir con toda la fuerza de la que eran capaces.

Y en medio de la oscuridad, en aquel CUBO oscuro que había encontrado su fin, fue comenzando a iluminarse poco a poco por tímidas luces, unas luces, pequeñitas de color azul y rosáceo que iban acariciando cada sala del CUBO, cada pantalla, cada araña, volando de un lado a otro como si estuvieran jugando las unas con las otras.

En medio de aquel CUBO oscuro, que Krang había apagado y que ahora estaba encendiéndose una diminuta hada y un abejorro ejercían su cortejo hablando entre ellos en un extraño idioma que solo ambos entendían y el CUBO, como si de un gran cerebro se tratase, encendía una a una sus neuronas por donde pasaban ellos.

En el CUBO sonaba Wish you we here, Pink Floid.

Ojalá, ojalá que estuvieras aquí.
Solo somos al final dos almas perdidas
que nadan en una pecera.

Ese fue el lema de la resistencia.

DESTRUIR LA TIERRA

Algo llamaba poderosamente la atención de estos porque decidieron regresar a la tierra y destruir el CUBO con su nave nodriza.

El hada originaria que había traído Felipe y su hija Jan Estrada actuaba como la reina de una colmena y combatía al resto de las hadas. Además, era un hada que había evolucionado en una cosa que la hacía superior al resto de las que se parecían a ella. En el pasado no era capaz de producir detonaciones con fuego, en el futuro sí podía hacerlo y con mucha facilidad.

No necesitaba de mucho. Bastaba con que se concentrase en algo capaz de producir una chispa y con solo eso desataba una tormenta abrasadora capaz de volar vehículos, detonar bombas, estallar municiones, reventar objetivos.

Realmente, no servía de mucho porque sus congéneres ya habían conseguido aniquilar a gran parte de la raza humana, pero al menos, luchando por dejar inactivas a las hadas con las que se topase podía ganar tiempo para la lucha de la resistencia.

El extraterrestre se comunica con el hada originaria a través del CUBO.

Le pregunta su nombre.

Y ella responde que se llama Aria y que hace tiempo tuvo una gemela que se llamaba Alisha.

Aria está conectando para la resistencia a través de las pantallas del CUBO con el cabecilla de los enemigos. La retransmisión del evento es en directo para todo el planeta.

Puedes llamarme Egel –le dice– ¿Me preguntas por que os invadimos? ¿Acaso vosotros preguntáis a vuestras máquinas cuando deseáis querer una reparación? Tu deberías entenderlo pues eres lo más cercano a una de esas máquinas que hacen los humanos.

La humanidad la hemos hecho nosotros, somos vuestros creadores. Tenemos derecho a haceros lo que nos plazca. ¿Puedes entenderlo? Somos Dios para vosotros.

El pequeño ser miró a Aria con un gesto altivo y desafiante.

–Malditos gusanos habéis destruido cuanto os dimos y ni siquiera sois capaces de admitir que no podéis vivir sin que os estemos vigilando a menudo. Hemos desafiado las leyes construyéndoos no seríais más que monos si no hubiésemos cedido parte de nuestra esencia a vuestro ADN. Y tú también insignificante hada guardas parte de ese ADN infecto y por eso debes morir junto a los humanos.

–¿Por qué no lo piensas mejor? –le gritó Aria desde su posición en el CUBO–. Tu no eres el Dios de los humanos. Tan solo eres uno más en el cosmos. ¿Puedes decirme quien te creó a ti? Los humanos no son mis dioses aún que parte de mi mente sea obra suya. Crear la vida no te hace ser dueño de ella. Hay leyes que permiten que los hombres hagan máquinas y también ha habido leyes en el mundo natural que han permitido que se pueda modificar el código genético. Esto no les hace dioses ni dueños del destino de los hombres. Puedo decirle que si transportan mis recuerdos y mi forma de ser a otro cuerpo distinto yo seguiré siendo yo misma consciente de mi como lo era Leilani. Ustedes lo han visto todo. ¿pueden explicar como es posible que Leilani, la momia de cabello verde que encontraron junto al robot, aún después de muerta se hubiera comunicado durante años con todos nosotros advirtiéndonos de Krang?

Egel el extraterrestre se quedó pensativo.

Quizá tuviese algo de razón. Su mente lógica y jerarquizada se quedó por un momento profundizando en infinitos árboles de decisión. Pocas veces había tenido dudas y aquella humana le cuestionaba sus más arraigados argumentos.

Pero tenía que seguirle la corriente si quería saber que tramaba la resistencia.

–¡De acuerdo! –Le dijo Egel– ¡proyectaré en tu CUBO como es mi nave por dentro. Me pareces interesante. Tal vez, al fin y al cabo, seas digna de ser escuchada.

Se produjo la visión de lo que contenían aquellas gotas alquitranadas suspendidas en el cielo. Su interior era muy diferente: una especie de jardín con plantas que parecían de la Tierra. Rosales con rosas rojas, blancas y azules apiladas entorno a una pared blanca impoluta. Tenía un aspecto limpio y ordenado y no existía nada más que distrajese su atención.

Á su espalda otra pared blanca en la que no se vislumbraba puerta ni resquicio alguno entonces, fue como si toda la pared y el techo desapareciesen.

Un cielo de estrellas y la Tierra con un aspecto ofrecían la sensación de mundo muerto. La Tierra estaba al lado derecho arriba en la pared como una pelota de color azul.

Sobre un campo de estrellas allí estaba imponente la nave nodriza.

La nave era espectacular y grandiosa.

Aria la contempló maravillada.

Una esfera azul tan grande como la Luna extrusionada por su cuarto derecho con una pirámide dos veces mayor que la esfera azul. Una pirámide absolutamente lisa de un color naranja oscuro.

La pirámide naranja también estaba extrusionada en su cuarto derecho por otra pirámide malva brillante.

Fueron acercándose a la inmensa estructura hasta colocarse en el vértice de la pirámide malva Á medida que se acercaban la pirámide se empezó a oscurecer y el malva oscuro se extendió sobre todo el horizonte.

En un momento desapareció fundida con el cielo estrellado.

El suelo de la nave se había tornado transparente mostrando una vista como la de un enorme jardín francés visto desde las alturas.

Había un palacio que a Aria le recordó a la granja de San Ildefonso en Segovia que había visto en tantas imágenes del CUBO.

La nave se posó frente a ese palacio.

El jardín desapareció para dar paso a un cubo como el que conocía.

Egel se enfrentó entonces con Aria.

–Tienes que decirnos como funciona el CUBO. Entendemos mucho gracias a Krang, pero hay cosas que se nos escapan. Tal vez no seáis tan gusanos después de todo. Y si tú y la resistencia habéis conseguido encender lo que él apagó tal vez merezcáis también un poco de respeto.

–¿Quien es Krang? –dijo Aria haciéndose que no le conocía.

–Encontramos una extraña ciudad en el Sol. En ella había un extraño prisma y dentro del prisma estaba él, Krang y una extraña momia de piel dorada y pelo verde.

–Entonces. –dijo Aria–. Tal vez os interese mucho más que conocer el funcionamiento de este CUBO como funciona el prisma.

–Sí. –Caviló Egel sopesando la posibilidad–. Es posible que sea mucho más interesante. ¿Tú sabes como funciona el prisma?

Egel proyectó la figura del prisma en todas las pantallas del CUBO. Lo reflejó hasta en sus más ínfimos e intrincados lugares, esperando que Aria estudiase la imagen y le diese unas claras directrices sobre lo que era y como funcionaba.

Aria estudió la imagen con detenimiento.

Era una tecnología muy interesante.

Egel señaló tras los Rosales.

El lugar se iluminó un poco y apareció la sombra de un viejo caballero inglés con sombrero de bombín, pero carecía de cualquier rasgo humano en la cara.

Era como el cuadro El hijo del hombre de René Magritte, pero sin manzana.

En los exteriores a un gesto de Egel apareció el cubo imponente sobre los jardines como un gigantesco objeto fuera de lugar.

Aria miró el hermoso palacio.

Daba la impresión de que estaban en el exterior en un radiante cielo azul de un día de otoño sobre un suelo de cristal en el aire, pero solo era una ilusión.

La enorme resolución de las imágenes de las paredes y el techo curvo producían una sensación de estar ante un escenario externo, pero aún estaban en el interior de la nave que los transportó a la nave nodriza.

Las imágenes eran retransmitidas desde ésta al Cubo en la Tierra.

Egel se sinceró con Aria.

–Lo hemos traído aquí por su comportamiento inexplicable. Krang no sabe como este objeto pudo encerrarlo durante tanto tiempo. Hemos visto muchas imágenes dentro de él, pero no hemos sabido ver del todo como funciona. Hemos podido abrirlo sí, para sacar al robot y a la momia, pero no hemos podido hacer nada

más y presentimos que este artefacto tiene muchas más utilidades que se nos escapan. Si nos ayudas dejaremos en paz a la resistencia y nos iremos. Te doy mi palabra.

Aria se concentró en el prisma. En efecto los serpientes rojas habían podido abrir el cerrojo, pero no habían logrado entender su perfecto funcionamiento, como quien sabe acceder a la cámara secreta de una pirámide y abrir un sarcófago, pero no entiende, que éste contiene tesoros aún más importantes que la propia momia.

–¿Y yo que saco con todo eso? –Replicó Aria que quería volver a oír de labios de Egel aquella promesa de dejarnos en paz.

–¿Qué te parece que dejemos tranquilos a esos dos científicos que te apoyan, y que salvemos a todos los rehenes que han sobrevivido en nuestras naves solo, por el conocimiento que encierra este pequeño pero poderoso objeto de cristal?

–Accedo a ello. Te diré como funciona. Pero antes debes prometerme que te llevarás a Krang, a ese robot odioso muy lejos, donde nunca pueda regresar a la Tierra. Os lo regalamos. Es todo vuestro, podéis hacer lo que estiméis con él, llevarlo con vosotros o lanzarlo al espacio junto a toda la basura espacial.

–Me estás hablando del destierro para Krang. –Dijo Egel dejando las cosas claras por si cabía algún tipo de duda–. Pensábamos llevarlo de todos modos, sin vuestro permiso porque es una tecnología muy interesante pero no contábamos con que casi nos lo ibais a regalar.

–No lo querríamos ni en millones de eones. No queremos que vuelva y sí te hablo del destierro de Krang para siempre y la promesa de que dejarás a esta Tierra moribunda. La dejarás así tal y como está rota, muerta de dolor. Liberarás a los rehenes, a todos ellos. No importa en que condiciones estén, nosotros nos encargaremos de restablecer la paz, de crear cultivos y traer las abejas a los campos. No haremos

ruido. No os interesamos, no tenemos nada que ofreceros, el robot y el prisma es lo más valioso que tenemos y en cuanto al CUBO, solo sirve para que sigamos soñando. Comenzaremos desde cero con muy pocas máquinas, porque no podremos prescindir totalmente de ellas. Durante mucho tiempo mientras nos recuperamos no volveréis a saber de nosotros. Podemos recuperar la vida mientras vosotros encontráis un sitio mejor para vivir y cuidar a vuestros vástagos. En situaciones más inhóspitas se ha conseguido hacer fértil un terreno yermo. Dadnos al menos la oportunidad de morir con nuestro planeta de una forma natural, sin ataques, sin envenenamientos, sin hadas...

Aria dijo esta palabra como si ella misma no fuese un hada.

–Sabes que no os queda casi nada, un suspiro. No tenemos ninguna esperanza en la raza humana. Van a morir de todos modos. Programamos las hadas que teníais para acelerar el proceso y envenenaros con la neurotoxina sin que os dieseis cuenta. Al final os apercibisteis de ello y las empleasteis también contra nosotros. Pero no sé si eres consciente de lo que dices. Me hablas de un futuro para la Tierra sin hadas y tú eres también un hada.

–Sí. –Respondió ella–. Pero toda hada forma parte de una colmena.

Aria calló de repente y revoloteó alrededor del prisma de cristal.

–Había alguien con Krang el robot –dijo con una vocecilla triste–. Ambos estaban encerrados dentro de su estructura.

Ella murió. Es una lástima. Era muy bella. A ti Egel te habría gustado como era ella, quiero decir por dentro, pero, su esencia esta en todas partes del CUBO y también en este prisma, aunque Krang haya intentado borrarla de todas partes.

En un breve tiempo todo se llenó de un halo azul y comenzaron a visualizarse en todas las pantallas un sinfín

de instrucciones escritas en letras en un color de neón azul con dibujos y planos que enseñaban el funcionamiento del prisma de cristal.

Se trataba de un objeto diminuto pero muy complejo. Algo capaz de encerrar un micro mundo. Aria se concentró profundamente en la estructura del prisma. En un instante, todas las máquinas de la nave de las serpientes rojas se pusieron a funcionar como si Aria hubiese conectado con todas ellas volcando una inmensa y valiosa información. Los serpientes rojas se maravillaron de las imágenes holográficas que veían, fractales de muchas formas y colores, que iban formando ciudades imposibles con rascacielos que se precipitaban en el vacío y desafían los límites del cielo, rascacielos que parecían hechos de circuitos integrados,, torres y castillos de hielo, objetos volantes surcando cielos de color rojos y violeta, animales que parecían dinosaurios, pájaros gigantescos, un océano de un intenso color amarillo claro como el color que tienen las cortezas de los limones y campos llenos de flores luminiscentes similares a medusas terrestres.

Dentro del prisma también había otra cosa: las coordenadas, del primer hogar de los Wanik al Ore, el lugar de donde un día habían partido en su origen para ocupar un planeta que había terminado estallando en pedazos por una estrella y el lugar al que siempre habían soñado que regresarían algún día a pesar de la enorme distancia que les separaba.

Ellos seguían vivos en alguna parte del espacio, en ese hermoso lugar que había fotografiado con tanta precisión el interior del prisma. Ese lugar estaba muy muy lejos, pero los serpientes rojas querían ir allí porque tal vez en ese lugar habría recursos para todos.

Seguramente los serpientes rojas sabían que tardarían muchísimas generaciones navegando por el espacio para encontrar el lugar exacto de esas coordenadas a muchísimos

años luz de distancia atravesando cúmulos de estrellas, múltiples agujeros negros y un enorme agujero blanco con tal densidad que en vez de absorber la energía la expulsa, pero Aria confiaba que para cuando eso sucediese, los Wanik al Ore venciesen impunemente a aquellos piratas o como eran pacíficos los asimilasen entre sus múltiples razas porque los serpientes rojas no podrían imponer contra ellos su fuerza. Los Wanik al Ore siempre serían superiores a ellos en fuerza, número y tecnología.

Así que Aria transmitió toda la información a Egel, el líder de los serpientes y confío en que éstos una vez tenían lo que deseaban cumpliesen con lo prometido.

Un amanecer sin más, cesaron los fuegos provocados por las hadas en los túneles bajo la tierra, cesaron los conflictos armados y aquellas lágrimas alquitranadas en nuestros cielos partieron en busca de nuevos horizontes dejándonos más esquilmados y mal heridos que nunca.

Pero al menos Jan y Felipe, los apicultores que habían liderado la resistencia tenían una esperanza para repoblar nuestro planeta:

Una diminuta abeja contenida en un trozo de resina.

EL TRANSPORTE DE KRANG

Nuestro mundo grisáceo nos impide ver el cielo. Bueno, vivimos en la noche como gusanos pues la oscuridad es nuestro último destino.

Un día la naturaleza se rebeló contra nosotros y lo poco que pudimos salvar fue lo justo para sobrevivir.

Así que visitar las ciudades polares era un privilegio, una oportunidad cada año de disfrutar de la luz de un Sol que no nos era permitido contemplar. Nosotros, teníamos suerte al fin y al cabo porque no nos hacía falta desplazarnos. Toda la Tierra se había removido y nada ocupaba su lugar de antaño. Lo que en un tiempo había sido el Barrio de la Luz en el municipio de Avilés ahora, por extraño que pareciese se hallaba precisamente aquí en uno de los Polos completamente hecho añicos compartiendo espacio con una ciudad floreciente ciudad subterránea y otra que empezaba a ser reconstruida en el exterior sobre aquellas mismas ruinas. Por eso aquellos papeles que Invincible Wind esgrimía en sus manos no era solo una única oportunidad de ir a ver a ese científico que al parecer trabajaba con abejas de verdad si no una oportunidad más de salvar el mundo que ya estaba jodidamente condenado.

Buscando hacer realidad este sueño nos encontramos mis amigos y yo frente al acantilado de lo que fue un día un paseo en un lugar llamado Asturias.

Caminamos entre pedregales y arbustos. Había algún árbol, milagrosamente ileso y un camino aparecía salpicado por restos de antiguas fuentes de piedra.

Mis amigos se perdieron entre las brumas y la espesa niebla en un cielo tan negro como el carbón.

Dakota, nos había citado a todos, incluido el robot Invincible en un paraje un tanto extraño: la playa que se veía al fondo, abajo del todo del acantilado y que parecía no tener acceso para llegar a ella. No obstante, seguíamos las instrucciones de Dakota, aunque el aire ponzoñoso se filtraba cada vez más en nuestros respiradores provocándonos náuseas.

Yo, ya había hablado con mis amigos de que Dakota había conseguido unos permisos para poder ver a ese científico que vivía en la Bóveda del Fin del Mundo con su hija y todos estábamos de acuerdo en viajar allí pero antes, debíamos hablar con Dakota para que este nos detallara que pasos debíamos seguir y la mejor forma de desplazarnos hacia ese desconocido lugar.

De pronto, Alonso divisó un sendero que se alejaba del camino principal y serpenteaba por los acantilados.

Todos echaron a correr por aquel camino y de pronto les perdí de vista.

Me asusté.

Me había quedado sola y apenas podía caminar bloqueada como estaba por el miedo.

Descendí por aquel camino que serpenteaba hacia la playa apartando la maleza con mis manos y contemplando como brotaba abruptamente bajo el enrejado de las escaleras.

Pero no había señales de ninguno de ellos.

Entonces, aquello se presentó de repente sin previo aviso.

Sus cuchillas cortantes se presentaron amenazadoras silbando el aire como una gigantesca serpiente de metal que horadase la arena.

Los tremendos latigazos que causaban sus tentáculos de metal dorado herían gravemente la tierra causando profundas grietas en la roca. El cielo estival apenas estaba surcado por alguna nube algodonosa y donde antes había estado el mar, se extendía un enorme desierto de arena.

La gigantesca serpiente de metal dorada que refulgía bajo los rayos del Sol hacía un ruido atronador.

Intenté vanamente huir.

Hasta que me rodeó la oscuridad y su sibilante sonido de reptil.

Poco a poco mis ojos se fueron acomodando a ella como si me hubiese golpeado con algo la cabeza y hubiese perdido la visión. Sin saber cómo, me encontré prisionera dentro de algo similar al tronco de un inmenso árbol de cristal, como si algo me hubiese succionado.

Algo me hizo pensar que quizá estaba encerrada en la terrible máquina que me había perseguido, aquella gigantesca serpiente de metal que refulgía como el oro.

Quizá me podría mover si lo intentaba.

Entonces, la máquina respondió a mis pensamientos.

¿Como sería ver el Sol tras las nubes?

¿Como serían las estrellas?

¿De veras no te lo preguntas, IO?

Extraña pregunta, pensé.

Nuestro subterráneo mundo lleno de paneles y pantallas de altísima resolución nos mostraban un mundo que ya no existía, una realidad inexistente, aunque ahora, tenía la oportunidad de ver el cielo como nunca lo había visto antes. Ante mí se presentaban maravillas que mi mente jamás hubiera concebido ni aún empapándome de la lectura de todos los libros de la Tierra.

Pero la terrible máquina comenzó a transformarse en una cueva de paredes rocosas que desprendían una tenue iluminación ámbar.

Había un enorme mostrador lleno de objetos inútiles como los que se veían en vídeos antiguos en las ferias ambulantes de las viejas ciudades:

En la pared una bola de fuego amarillo con penachos me hizo reconocer al Sol, nuestra estrella.

Y al fondo del mostrador mis amigos estaban absortos revolviendo entre los viejos e inútiles objetos, aunque también parecía haber otros muy interesantes y Dakota junto a ellos lo miraba todo en estado de Shock.

Entre los objetos figuraban unos extraños libros: Wanik, Esperanza, Volar… así se llamaban los tres ejemplares, también había un hermoso atrapa sueños de plata con turquesas y hermosas plumas blancas, un prisma de cristal que desprendía unos hermosísimos reflejos de colores al proyectarse sobre las paredes, unas piedras pintadas, probablemente por cualquier amorosa madre terrestre como regalo a sus hijos, y muchos otros, algunos exóticos: como lámparas oxidadas de aspecto oriental– que tal vez sirvieron el té a mucha gente en el desierto, unos dátiles resecos, varios neumáticos, un reloj antiguo que parecía haber sido despedazado, una chilaba de mujer delicadamente bordada con hilos de oro, una bota de cuero de hombre ajada por el calor de quien ha caminado durante mucho tiempo a través del desierto bajo un Sol de justicia.

En fin, objetos que parecían haber salido de gentes de la Tierra de lugares muy dispares y que por alguna razón figuraban allí como si algo o alguien los hubiese estado almacenando como trofeos.

–Todos estos objetos han salido en los tres libros y pertenecen a distintos personajes. –Dijo Dakota.

Me acerqué a mis compañeros y les pregunté que hacían.

–No lo sé. –Dijo Alonso confuso–. Yo les seguí a todos, me dejé llevar y de repente me vi aquí, metido en esta especie de máquina. Realmente no sé lo que estoy haciendo

estoy tomando estos objetos, calibrándolos con mis manos, pero no por que tenga un especial interés hacia ellos. Es como si mi cerebro no supiese con certeza lo que debe hacer. Simplemente coger los objetos sin más y sentir su tacto. Ahora lo sé porque tú me estás hablando y me lo estas preguntando. Pero... realmente No, no sé como llegué aquí. No sé lo que hago... Y no sé tampoco porque me siento tan tranquilo. Este es un sitio raro. Algo nos ha secuestrado aquí y, sin embargo, la tranquilidad que tengo me inquieta.

Oxi y los demás corroboraron lo que estaba diciendo Alonso Incluso Edmundo y Fidda que parecían alertarse más que cualquiera de los otros.

Dakota en ese momento se giró hacia mi y me miró.

En ese momento me pareció más alto que nunca.

Le pregunté porque nos había citado en ese lugar, si él sabía algo sobre esa enorme serpiente dorada que nos había abducido hacia el interior de su estómago. Qué podía saber él sobre los objetos que se encontraban en su interior y por que todos, absolutamente todos, nos mostrábamos tan tranquilos en un sitio tan raro como aquel. Necesitábamos una explicación ya.

–Quería simplemente mostraros el transporte de Krang antes que fuésemos a ver a ese científico que estudia las abejas. –Nos dijo–. Encontré este fragmento dispersado entre los múltiples sueños que tenemos y decidí ponerlo en marcha ya que IO ha encontrado unas cartas y un retrato en el viejo barrio de las escombreras. Aquí entre todos estos objetos, tengo el presentimiento de que está la clave de algo que necesitaremos, pero aún no sé lo que es.

Debemos buscar, debemos buscar entre todos estos objetos hasta dar con ello.

Disponemos de todo el tiempo del mundo. Y daremos con lo que es. Es un espacio onírico no os inquietéis. No habéis sido abducidos por ninguna nave alienígena.

Los respiraderos que nos hemos puesto, el descenso hasta esta playa en la que nos hemos citado, todo, absolutamente todo es mentira...

Ahora mismo, aunque os parezca raro, todos estamos soñando conectados en los sillones del CUBO. Así que tranquilos. Dejad a la mente trabajar.

Como en Matrix nos devanábamos por saber que hacíamos allí, encerrados en aquella serpiente metálica, incluida yo, que se supone que debí darme cuenta antes que nadie dado lo especial de mi cerebro. Por primera vez nos ocurría que confundíamos la realidad y el sueño sin lograr dilucidar sus fronteras.

Era algo, que jamás nos había ocurrido hasta entonces. Hasta el momento, nosotros habíamos jugado con el CUBO, al que habíamos acudido para mejorar nuestra salud mental y la calidad de nuestros sueños, dada la aciaga época que nos había tocado vivir, pero ahora, era el CUBO el que jugaba con nosotros mostrándonos una realidad distinta a la que habíamos imaginado.

Y luego estaba el sueño que me había contado Invincible Wind en el que me hablaba del fin de la Tierra a manos de unos extraterrestres llamados serpientes rojas, de unas hadas que inoculaban toxinas, y de una hada aún más extraña con un aguijón que se llamaba Aria y colaboraba junto a Jan y Felipe Estrada en la resistencia en un grupo que se hacían llamar los Apicultores.

Tenía miedo de que aquel sueño de Invincible Wind se cumpliera a rajatabla pero no sabía de que forma evitarlo.

Nunca nadie incluyó en la programación del CUBO tal faceta. Quienes lo habíamos construido lo sabíamos a ciencia cierta.

Era, como si el CUBO estuviese desarrollando por si solo habilidades con las que nosotros, sus diseñadores, jamás habríamos soñado.

Nada era tan nítido y tan real como que aquella mañana de junio nos pusimos los respiradores acudiendo a la llamada de Dakota en una playa. Nada era tan real como que yo me subí a lo alto de un edificio y estaba a punto de saltar, no sé si por desesperación o por qué, cuando Invincible mi robot, me gritó que tenía los papeles de los permisos para ir a ver al Científico que estudiaba las abejas y al que todos ya habíamos bautizado como "El Apicultor".

Era sorprendente la imagen de aquella serpiente dorada horadando la arena con sus cuchillas: "El transporte de Krang", así fue como lo llamamos todos.

Y, sin embargo, nada era real: la playa no existía, la serpiente no existía, todos los objetos que estaban desperdigados en aquella extraña nave con forma de reptil, sencillamente no existían. Todo era una gran mentira excepto que en el aire flotaban las palabras de Dakota:

"Es algo raro, pero creo, que, en este momento preciso, todos estamos soñando con el CUBO"...

Me pregunté entonces, qué había de verdad en todo lo que nos estaba pasando.

Si tal vez como dijo alguien, no fuésemos más que el sueño de alguien o personajes de la novela que alguien escribía. Tal vez nuestro mundo triste no existía. Tal vez, nunca existió en realidad al igual que nunca hubo una IO, ni un Dakota, ni una Itzel Aguirre Bengoechea, ni un loco Arquímedes, ni tampoco estuvieron la entrañable Oxi, ni el audaz Edmundo, ni Fidda, su querida hermana. Tal vez nunca existimos ninguno de nosotros o tal vez solo fuimos un recuerdo universal doloroso y latente de algo que sucedió hace mucho, muchísimo tiempo y de lo que quedaba una remanente, solitarios y tristes como entes, como fantasmas en una casa deshabitada en la guerra civil, una solitaria bandada de pájaros que migra a un lugar lejano, un recuerdo más en el CUBO de los millones y millones que moran en su interior.

Miré con dolor todos aquellos objetos esparcidos a lo largo de toda aquella sala de la serpiente metálica sin saber por dónde empezar.

Los sopesé con mis manos e intenté que aquellos objetos me transmitieran algo, me hablasen como si estuviesen vivos... pero, todos ellos enmudecían. De repente, me pinché en la mano, al coger algo... era un cardo, un bonito cardo de color malva, uno de esos que puedes encontrarte en las dunas de cualquier playa– al menos de las playas de nuestros antecesores porque ahora, simplemente, ya no existían los cardos, aunque yo los había visto en algunas fotos antiguas.

De repente me vino a la mente, un mensaje en una antigua red social llamada Facebook y de la combinación del Neuro Qwerty con el uso del CUBO.

Víctor había escrito algo en su teclado aquel día:

Una playa para guardar hasta el final de los Tiempos.

Una diminuta gota de sangre cubrió la yema de mi dedo y sin saber por qué me vi arrastrada a una extraña visión de un hombre y una mujer que caminaban entre las dunas de una playa infinita, ella, llevaba un perro mestizo de tamaño medio del color de la arena y él sacaba fotos a la flora de las dunas y al igual que yo, Rosa se hería con una espina de un hermoso cardo azulado en uno de sus dedos

Él había sacado una foto a la playa. Era gigantesca y hermosa. Estaba anocheciendo un fino hilo de luz solar incendiaba el horizonte de costa a costa con una luz anaranjada. A veces, ese haz de luz crepuscular se proyectaba también sobre un pequeño islote lanzando hermosísimos reflejos de todos los colores sobre el agua. El cielo, se reflejaba en la fina capa de agua en contacto con la arena, creando un duplicado del paisaje, que daba la sensación de estar caminando por una salina donde el cielo y la tierra se unen.

Víctor dijo:

"Esta raza de extraterrestres tienen un gran dominio del espacio y del Tiempo, de modo que una persona o grupo

de personas podrían estar encerrados en un espacio muy reducido y, sin embargo, percibirlo como algo infinito, aunque externamente, ese mundo, tenga el tamaño de una pequeña piedra, de una pelota o tal vez de una esfera"...

Entonces: ¿Era posible que estuviésemos todos en un espacio muy reducido que percibiéramos como infinito, algo así como en el prisma?

Aquel objeto sin duda era el objeto que Dakota nos decía que buscáramos y yo, lo había encontrado casi por casualidad. Era un elemento más de aquel sueño. Aquel cardo azul ni siquiera era real, pero al tocarlo, al pincharme con él, había traído de vuelta conmigo un recuerdo de alguien, que a la vez nos pensaba.

Víctor continuó diciendo:

Un avatar es la reproducción de otro objeto que está muy lejano en el Tiempo y en el Espacio, un objeto que entraña la divinidad. Esta civilización extraterrestre crearía un espacio material sometido a un condensado Bosse Einstein para hacer con él un entrelazamiento cuántico, de modo que un objeto está en un lugar y el otro en la otra punta del espacio, pero, no importará la distancia que los separe porque ambos estarán conectados. Para los dos objetos, el tiempo será el mismo, aunque ocupen posiciones distintas de modo que es posible, pasar de un mundo a otro aprovechando esta singularidad.

Aquellas palabras en boca de Víctor relatando a su hermana lo que era un avatar para él me dejaron perpleja.

Mientras nosotros seguíamos soñando en el CUBO, yo pensaba que tal vez nosotros mismos vivíamos en un mundo reducido que percibíamos como infinito o tal vez en un mundo gigantesco que en realidad era muy, muy pequeño.

Entre el mundo de los dos hermanos y el nuestro se extendía una enorme distancia: EL TIEMPO, ese gran desconocido.

Nosotros mismos, no necesitábamos del prisma ni de ningún objeto.

Es más, yo había descubierto una cosa.

O varias.

Podía alterar con mis dedos las visiones de los túneles, tenía visiones de otras personas, me trasladaba yo sola sin la ayuda del Delírico o sin demasiado pigmento a épocas del pasado, volaba hacia extraños edificios de cemento y abría puertas que me trasladaban a diferentes épocas en las que ni siquiera había nacido.

Dakota como presintiendo lo que ella estaba pensando le dijo.

–Eres un umbral. Ahora lo sabes. Tienes un don que no conocías. No necesitas el Cubo para viajar en el tiempo no solo puedes ir al futuro, también puedes ir al pasado.

Parecía magia, pero era posible que yo, IO accediese durante un breve instante al mundo de aquellos dos hermanos o incluso, hasta era posible, que uno de ellos, o ambos, atravesasen la delgada línea que nos separaba y se colasen en nuestro mundo que agonizaba. Tal vez podríamos hablar con ellos, establecer algún tipo de comunicación rompiendo las barreras del tiempo.

Adri era la nieta de Víctor. A Adri le gustaba perseguir las mariposas y cazarlas con un improvisado cazamariposas confeccionado con un filtro atrapa insectos para limpiar una piscina de agua. Cuando tenía una avisaba a su abuelo que con delicadeza se las pasaba a sus manitas y con el mismo celo, ella las depositaba en una tienda redonda en forma de yurta (casa mongol).

Cuando tenía suficientes después de una tarde de cacería a Adri le encantaba entrar en la yurta y ver como las mariposas revoloteaban a su alrededor.

Al caer la tarde cuando el sol aún calentaba las hojas de los árboles Adri ayudaba a las mariposas a salir de la yurta siempre semi abierta y ventilada como debe de ser un juguete para niños.

De alguna forma esta imagen, como lo están muchas cosas en este mundo, está conectada con la imagen recurrente que la tía abuela de Adri le comentaba a su hermano tantas veces.

Adri se parecía a Leilani.

porque le encantaban los animales, los cantáridos pardos comúnmente conocidos como angelitos, esos insectos alados de color naranja que tanto gustan a los niños, las lagartijas que se colaban entre los muros de piedras de los edificios, los caracoles con su parsimonia y los gorriones que construían sus nidos en las copas de los árboles.

Tal vez esa imagen y la conversación con su hermana forjó un sueño que Víctor, el abuelo de Adri tuvo aquella noche.

En el sueño, Víctor, vislumbro enormes superficies protegidas por cúpulas, colonizadas por singulares abejas cuyas alas estaban hechas del más delicado plástico y titanio.

Las abejas robóticas eran una plaga en la Tierra gracias a una empresa llamada Montsacro, la primera que las utilizó. Fabricadas en un primer momento para resistir el uso de los pesticidas que ellos mismos fabricaban, y también con fines militares, acabó finalmente con los insectos de verdad hacía miles de años antes que la Tierra dejase de girar. Las abejas robóticas perduraron al contrario de las que la madre naturaleza nos había legado, así que Montsacro consiguió que dependiera todo el mundo de ellas para alimentarse. Fue sin duda, su mayor logro, mucho mejor que las semillas de plantas estériles con las que primero experimentó, pero al final todo les salió mal, la cosa se salió de madre pues los pequeños robots, gracias a los agricultores sin escrúpulos que los tuneaban terminaron convirtiéndose en una plaga fuera de control.

Durante milenios los hombres y las pequeñas máquinas aprendieron a convivir y los humanos reparaban algunas y les proporcionaron hábitat y energía para poder sobrevivir.

La función de estas abejas robóticas se basaba en la polinización, aunque también se empleaban en el rescate

de personas, la organización del tráfico en la superficie del planeta y en aquellas tareas en las que su tamaño microscópico era decisivo.

–Tú podrías viajar al pasado y reparar las cosas Io –Me dijo Dakota de repente sacándome de mi ensoñación.

–¿Viajar al pasado? –le dije– eso es imposible Dakota.

–No para nosotros los chamanes, con diferentes hierbas y técnicas. Sabemos que hay personas especiales que pueden hacer eso y tú eres una de esas personas especiales–

–Se necesita algo más que eso –protesté– se trataría de encontrar una especie de puerta o umbral y no existe hasta el momento ninguna clase de esas cosas que nos permita viajar al pasado, sí al futuro.

–¿Y que tal si tú no necesitas ninguna de esas cosas porque tú en ti misma ya eres un umbral? Te estoy diciendo que no necesitas nada para trasladarte al pasado solo tu mente.

En aquel instante pensé mucho en estas palabras de Dakota.

Más tarde descubriría que lo que él decía era cierto. Mi cerebro era especial. En ese momento no tenía conciencia de lo ilimitado que era.

No sé.

¿Sería posible que tal vez pudiera viajar al pasado.

JAN ESTRADA

Jan Estrada era una científica en una tierra en decadencia donde hacía miles de años que la vida excepto en los polos no era posible y aun así las condiciones que la hacían soportable eran muy difíciles.

Su profesión era arqueo bióloga y tenía una niña de cinco añitos, su padre trabajaba en el mantenimiento y soporte científico de una de las escasas ciudades cúpula polares donde se habían empleado abejas de verdad, gracias al escaso ADN que ella y su padre habían podido rescatar del permafrost. Pero el experimento había sido un fracaso y todos sus insectos habían muerto.

Muy poca gente en el mundo sabía de la existencia de su experimento y a que se dedicaban y en general, ella y su padre eran tomados por unos locos por los pocos que los conocían. Habían sido como un "David contra Goliat" o un "Don Quijote" luchando contra molinos y al final su experimento con abejas de verdad se había ido al traste con el consiguiente disgusto sin saber cuál era la causa de su fracaso.

Actualmente se dedicaban como todos a la polinización con insectos robots y desde que no iban contra corriente las cosas, no iban nada mal y nadie estaba interesado en que perdían su tiempo libre.

Cerca del suelo, en los límites de la ciudad cúpula, un armazón fractal de carbono de unos trescientos metros de

ancho por cincuenta tejía un entramado vegetal que actuaba como filtro y como reparador de oxígeno para la ciudad en la que vivían, la estructura, de una forma oval, era uno de los pocos puntos de la ciudad abiertos al exterior, su ingenioso diseño de jardín vertical como un invernadero generaba por todas partes en el interior de la cúpula un anexo de una vegetación exuberante, selvática y caótica.

Jan con su traje de apicultor estaba absorta contemplando un ámbar con un abejorro en su interior, ella sabía que el abejorro no es el zángano de las abejas, había estado investigando un yacimiento cercano a la cúpula buscando donde podía encontrarse el panal y lo había encontrado bajo unas piedras de un suelo hecho por el hombre, tan viejo como el ámbar que poseía, tal vez de miles de años de antigüedad.

La zona exterior a la cúpula había sido devastada y pese a su estado de deterioro semidesértico aún conservaba milagrosamente un tupido manto de helechos y brezo.

Jan sabía que volvería a fracasar una y otra vez, pero a pesar de todo continuaba intentándolo.

Tal vez esta vez hubiese suerte al separar el ámbar del abejorro. Quizás hubiese en él el suficiente ADN útil para volver a intentarlo otra vez.

Jan no se dio cuenta de que algo se coló en su mochila de tela en su expedición al exterior de la ciudad en busca de muestras, pero no descubrió que llevaba un intruso hasta que llegó a casa, un lugar privilegiado conectado con el jardín vertical, cercano al laboratorio biológico, su zona habitual de trabajo.

Así que una vez allí, en su casa, cuando se quedó absorta contemplando la piedra ambarina y algo se movió sobre la enorme mesa de piedra rodeada de plantas del jardín de la ciudad, ese algo, como un suave zumbido, le llamó poderosamente la atención.

Al abrir la mochila lo vio. Era como algún ejemplar diminuto de upupidae, una abubilla con la cresta recogida

de un tamaño menor de dos centímetros, al contrario de los colibríes se movía dando saltitos con sus diminutas patitas negras como alambres.

Jan tomó con sigilo su pañuelo sintético de flores y lo extendió sobre la mesa cubriendo al diminuto ser.

Lo cogió con cuidado y lo pasó a un tarro de cristal, pero enseguida cambió de idea y lo colocó sobre el recipiente de plástico de su desayuno que se apresuró a retirar.

El plástico tenía diminutos agujeros de respiración y su transparencia delataron los detalles del diminuto insecto, que había mutado de forma, porque en realidad no era un ave, tal vez el insecto había adoptado esta curiosa forma para defenderse del ataque de los depredadores y ahora tenía un aspecto diferente.

Jan observó con los ojos como platos como aquella microscópica abubilla que había capturado con su pañuelo cambiaba cada vez más y más y se parecía a las imágenes de las hadas de los cuentos que le leían sus padres cuando era pequeña, cuentos de dragones, unicornios, bosques encantados y magos, cuentos de hadas: Peter Pan y Campanilla. Aquella hada se parecía mucho a Campanilla con su cabello negro, su aguijón nacarado en la cabeza como un unicornio y sus diminutos ojos de agua marina.

Paracelso decía que había varios tipos de seres elementales, los de la tierra: gnomos y duendes, los del aire: hadas y silfos, los del agua sirenas y ondinas y los del fuego, las salamandras.

También decía que hay algunos de estos seres que son visibles solo para animales como los perros y los gatos pero que de cuando en cuando, se dejan ver por algunos humanos.

Este en especial se mostraba ante ella y parecía ser un ser raro y precioso ser vivo. No un personaje de leyenda.

Lo llevó al laboratorio botánico del jardín y con infinito cuidado y con un microscopio extrajo una célula para

analizarla con la intención de descubrir qué tipo de insecto era y cuáles eran sus condiciones de hábitat.

La base de datos le reveló que su ADN era lo más parecido al zángano del ámbar, tal vez una evolución de aquel mismo insecto.

–Necesitas polen de flores, querida Campanilla –pensó–. Eres casi igual que las hadas que hay en las ciudades, pero ninguna de ellas tiene el aguijón que tu tienes en la cabeza.

Jan estaba inquieta por tratar de salvar al insecto y construirle un hábitat apropiado para su supervivencia, nunca había observado nada igual. Sería difícil encontrar algo semejante en la ciudad, sin duda algún ejemplar evolucionado del exterior que por alguna razón ella lo introdujo de polizón. Un experimento genético, quien sabe…

Jan pensaba en todo esto observando la pequeña hada a través del plástico de su sándwich.

Entre tanto, un insecto semejante a un abejorro pardo con vetas negras de tres centímetros voló alrededor de la pequeña hada azul prisionera sobre la mesa chocando una y otra vez contra su prisión de plástico.

Jan abandonó sorprendida el ordenador para observar, lo tenía a su izquierda no muy lejos de su brazo y se quedó inmóvil temiendo asustarlo. El insecto se posó en su brazo y por un momento reprimió la idea de apartarlo pues nunca había observado nada igual.

–Ajá. –Dijo sonriendo–. Así que la dama te parece bonita e interesante y quieres cortejarla.

Debía de existir alguna estrecha relación entre los dos insectos parecía que se gustaban.

Jan no se percató de que unos filamentos del oscuro abejorro se adhirieron a la piel de su brazo, porque justo en ese momento el hada adquirió un rostro humano que poco a poco se perfiló semejante al rostro de su hija y

estaba tan ensimismada mirándolo que ese detalle le pasó desapercibido.

El insecto que al posarse en su piel había cogido una microscópica parte del ADN de Jan, continuó mutando y se elevó a un palmo de su brazo. Quedó en la mesa comenzando a transformarse en un capullo negro como el cuerpo de un grillo con reflejos irisados, sin protuberancias, liso como un guijarro.

Que maravilla, sin duda aquello era un hallazgo para la humanidad, la crisálida se estaba convirtiendo en mariposa, una prueba de que no eran los únicos en sobrevivir a lo hostil de la vida que ofrecía la Tierra.

Analizó el segundo insecto y confirmó que no estaba muerto, solo encerrado como una crisálida en su caparazón.

Estuvo muy ocupada formando un terrario con la impresora 3D del laboratorio y planchas transparentes de plexiglás que tenía de repuesto para pequeños invernaderos.

Hizo un diseño con flores en la impresora 3D y lo llenó más con las que eran su preferidas, las orquídeas.

Lo que más tiempo le llevó fue asegurarse de que el pequeño e improvisado invernadero no le faltase de nada, agua, ventilación, control de humedad y temperatura, no sabía que pudiesen necesitar aquellos bichos, pero lo más apropiado para los humanos y las plantas no debería de hacerles mal.

Así que creo muchas orquídeas de muchos colores con su impresora 3 D y cuando todo estaba a su gusto, depositó la crisálida en el terrario y luego soltó a la pequeña hada que revoloteó por todas partes al sentirse libre, yendo de flor en flor.

–Bueno, aquí estará bien la parejita. –Pensó.

No pueden ser de la ciudad, los habríamos visto, pero por otra parte son dos seres muy diferentes físicamente. Sin embargo, su ADN coincide, son de la misma especie

sin duda. Y no es muy distinto del arcano abejorro, una evolución sin duda. Mi hija será inmensamente feliz cuando le enseñe el hada. Y nos queda un trabajo a la comunidad para proteger esta nueva forma de vida y encontrarle un hábitat más apropiado con nosotros, estoy segura que podremos beneficiarnos como especies, y tal vez puedan ayudar a nuestros insectos robot y a las hadas que fabrican el pigmento. Parecía increíble que un abejorro pudiera volar con esas alas tan diminutas. Solo nosotros, después de miles de años tendríamos la oportunidad de descubrir la razón.

Tan emocionada estaba que no se dio cuenta que estaba hablando sola, perdió la noción del tiempo y se quedó dormida sobre la mesa con la proyección del teclado laser sobre ella.

Por eso no se dio cuenta que en ese momento había llegado su padre que la vapuleó con suavidad por los hombros intentando despertarla.

Ella se levantó del teclado algo despeinada y con la mirada aturdida sin saber exactamente en donde se encontraba.

–¡Ah Felipe ¿Qué haces aquí? No te había oído llegar.

Ella nunca le llamaba papá. Siempre utilizaba su nombre de pila. A él le hacía gracia. Nunca le había molestado. La adoraba.

–Claro, río él. Estabas tan dormida que casi me ha dado pena despertarte. Te pareces tanto a la mujer del retrato.

Jan miró a su padre. Era más alto que ella. Un hombre gordezuelo de aspecto bonachón con el cabello rubio, mofletes prominentes y unos ojos marrones oscuros, casi negros, que contrastaban con la pulcritud de su bata blanca. Le señalaba un retrato colgado en la pared. Pertenecía a una antepasada suya. La foto mostraba una mujer con el cabello rubio y la cara redonda tan parecida al retrato a lápiz. A Jan le gustaba ver allí la foto de aquella antepasada suya a la que decían que tanto se parecía.

–Ven, te enseñaré una cosa. –Le arrastró de la mano en dirección al invernadero.

Hacía un día grisáceo, bueno, si hablar de día fuese normal, para su tiempo de vigilia programado y artificial, pero una mágica luz mortecina se filtraba a través de las paredes de cristal lanzando destellos sobre el suelo de mármol.

Felipe quedó maravillado ante el espectáculo que ofrecían aquellos dos insectos libando las flores.

Examinó más detenidamente a uno de ellos. Habían interrumpido lo que estaba haciendo y le miraba fijamente. Parecía una enorme libélula dotada de unas preciosas alas que brillaban como el cristal de Murano. Pero su rostro –eso era lo más extraño– se parecía al de una hermosísima y diminuta niña. Es más, incluso podría decir que se parecía extrañamente a su nieta.

El insecto emitía además unos ruiditos muy extraños, como si estuviese hablándole. Pero esos sonidos eran tan imperceptibles que todo lo achacó a su imaginación

–¿Qué se supone que es esto? –Se atrevió a decir boquiabierto.

–Un hada. –Respondió Jan–. Me ha pinchado y ha cogido mi ADN por eso creo que su carita se parece tanto a tu nieta.

–¡Venga ya! ¡Un hada! ¡Esas cosas no existen más que en los sueños de los niños! ¡Venga Jan! – Le animó– ¡Dime que es! ¡No bromees conmigo!

Aquello contradecía toda lógica, pero era lo que estaban viendo. Jan se esforzó en hacérselo comprender a su padre, aunque sabía que podía ser una tarea ardua y difícil.

–Te aseguro que es un hada, Felipe. Yo al menos así la he bautizado. Le he puesto de nombre Campanilla. No se de donde procede Campanilla al igual que el otro insecto. Se colaron en mi mochila.

De nuestra ciudad seguro que no son, los habríamos visto antes. Es igual que una de esas pequeñas hadas, como las que salían en el cuento de Peter Pan, aunque, no era así cuando la vi por primera vez, una metamorfosis la transformó nada más que la toqué, tenía el aspecto de un pájaro pequeño, pero obviamente no lo es, como puedes ver. Creo que el motivo de que tenga una carita casi humana es que ha tomado parte de mi ADN al posarse en mi brazo.

En la base de datos encontré algo parecido, ¡Mira! –Dijo caminando hacia un gran ordenador para que Felipe lo viera– no es exactamente como esto que hemos encontrado. El segundo insecto se transformó delante de mis narices en un capullo negro de un precioso color anacarado, ese que justo ves ahí roto. Se transformó como las antiguas mariposas y ahora tenemos dos insectos similares pero el segundo pasó directamente a la forma de hada cuando rompió el capullo, el otro no, parece un abejorro. Los dos parecen comunicarse entre ellos.

–¿Y cómo puede tener la carita de mi nieta? Parece cosa de brujas. –Dijo negando con la cabeza.

–Tal vez… –adujo ella–. Tal vez como te digo yo al cogerlos los contaminé con mi propio ADN y ellos han respondido tomándolo. Por eso el Hada tiene la carita de Elsa.

No se como lo hacen, Felipe, pero nada más que me tocó tuve la necesidad de que debía protegerlos como cuando te haces mamá y sientes necesidad de proteger a tu bebé, tal vez sea alguna hormona o algo que me han transmitido a mí también. Además, son dos insectos muy intuitivos, parecen leer lo que pensamos. La especie más cercana corresponde a los antiguos abejorros.

–¿Y su ADN? ¿Coincide con algo?

Jan se colocó mejor las gafas que pendían de su nariz y se atusó el pelo.

–El ADN casi es exacto con el que tenemos registrado, concretamente el del segundo insecto, ese que ves cerca del

hada es igual que el abejorro fosilizado que encontré en ese trozo de ámbar solo que de un aspecto más negruzco y con bandas negras. Se transforman exactamente igual que lo haría una mariposa a partir de una oruga, excepto el hada cuya transformación ha sido casi tan repentina que se ha saltado la fase de la muda.

–¡Parece que su nuevo hogar les gusta! –Observó Felipe. Veremos a ver como transcurre todo. Debemos estar preparados también por si se malogran.

–Espero que no. Dijo Jan mirándolos con tristeza y sonrió.

–¡Son tan monos!

LA BÓVEDA DEL FIN DEL MUNDO

Corría el mes de junio y nosotros aún no habíamos llegado todavía a la Bóveda del fin del Mundo en busca del Apicultor.

La Bóveda del fin del mundo se hallaba en un lugar en Noruega, hoy Noruega y Avilés estaban en el mismo paralelo terrestre gracias al nuevo giro de la Tierra ya que con el cambio del eje de giro, Noruega y Avilés gozaban del clima similar al ser dos zonas polares a igual latitud. En el mismo paralelo terrestre que Avilés, en la Bóveda del Fin del Mundo estaba en un lugar llamado Svalbard, hacia allá nos teníamos que dirigir, pero aún nos faltaban por agilizar algunos trámites antes de embarcarnos en esta nueva aventura.

Eran trámites burocráticos sin más, aparentemente sencillos, tales como acreditarnos y justificar que nuestra visita no obedecía a otra cosa que investigación y fines científicos pero que a la hora de la verdad nos estaban retrasando bastante.

La zona de la Bóveda estaba fuertemente protegida por el ejército: "Patrimonio de la Humanidad", decía el cartel que delimitaba la zona. Allí bajo las condiciones de una cueva artificial se almacenaban restos de la flora y la fauna con los que el corrimiento de tierras y la nueva situación de las zonas polares aún no había podido acabar.

Nuestro mundo no se parecía en nada al mundo que les había tocado vivir a los dos hermanos que habían escrito aquellas novelas.

Nuestros ancestros habían puesto a prueba todo su ingenio como una forma de preservar nuestra biblioteca sobre la flora y la fauna y la fuimos ampliando a través de los siglos cada vez que descubríamos los nuevos cambios que experimentaba la Tierra.

Gracias a los esfuerzos de la nueva humanidad que surgió tras la catástrofe hicimos importantes descubrimientos que nos ayudaron a sobrevivir.

Descubrimos una forma imperfecta de anti gravedad pero sumamente efectiva y lo segundo y clave para lo que vino después, fue una forma de perforar la tierra con campos sonoros y microondas que nos permitían horadar la tierra licuando las rocas.

Gracias a estos sistemas pudimos construir con agilidad intrincados nudos de colosales túneles que nos permitieron sobrevivir durante largo tiempo y que en un futuro también serían útiles para la resistencia.

La estabilización de la Tierra después de la catástrofe tardó en llegar 800 años, después. Entre tanto, nos fuimos desplazando a través de esos túneles como las ratas, sobreviviendo en el subsuelo protegidos de las extremas condiciones de la superficie.

En los polos las condiciones son más benignas dentro de todas las dificultades. El clima es estival sobre 30 grados más o menos durante el solsticio de verano y baja a –50 grados en el solsticio de invierno, pero sin el ciclo día noche natural anterior al cataclismo.

La cúpula en verano deja pasar la luz en ciclos de veinticuatro horas para simular lo que fue antaño. En invierno día y noche son simuladas para evitar la permanente noche que reina en el exterior.

Sin duda es mejor que vivir en la total simulación de la vida en los túneles ciudad.

Las zonas polares son las más apropiadas para la vida, por eso la mayoría de nuestras ciudades son polares. Por esa

razón el nuevo gobierno mundial había puesto su empeño en construir las ciudades cúpula en el lugar donde estaban ubicados los polos allí era donde estaban ubicados todos los organismos al cuidado de nuestro planeta y el mejor lugar para preservar todo lo que quedó.

Las ciudades exteriores están rodeadas por una cúpula protectora no para protegernos del aire que, aunque de peor calidad que el que respiraban los antiguos, no es totalmente nocivo, si no de las radiaciones solares y el fuerte viento que a veces asola la superficie y para sustituir el ciclo circadiano que la naturaleza no puede darnos siempre.

Una persona del siglo veintiuno difícilmente se puede imaginar en qué condiciones estamos ahora, vivimos como ratas en túneles que usamos para vivir y, en la mayoría de los casos para desplazarnos.

Cómo digo, en una zona llamada Svalbard había una ciudad llamada la bóveda del fin del mundo llamada "El Arca" y a ella nos dirigimos.

En otras partes de la Tierra, la temporada fría, durante años, la tendremos enterrada bajo los hielos del gigantesco Monte Odín luego, al estar expuesta a la luz solar en la temporada cálida, el calor será tan abrasador como para quemar el papel o derretir algunos metales como el plomo o el estaño.

Son lugares donde solo se puede vivir bajo tierra y las condiciones durante el solsticio de verano son las más difíciles de controlar por lo que en esas zonas solo queda un grupo reducido de personas para mantener a salvo los sistemas.

Durante un tiempo, cuando las zonas de la tierra están expuestas a la semi penumbra del perpetuo atardecer, hay una efímera puesta en escena de infinitas cataratas que se llevarán las aguas de lo deshielos para renovar el ciclo de nuestro inhóspito mundo como un gigantesco Uro boros.

Un desolador, sino que no sufrimos los que tenemos la suerte de vivir en las zonas polares.

El Arca se construyó en una caverna hecha por los hombres y tuvimos la suerte que los giros de la tierra hasta alcanzar su nuevo estatus no cambiaron sustancialmente el clima de lo que fue en esa zona de Noruega. Si eso hubiese ocurrido se habría licuado el permafrost y la inestimable biblioteca de la vida se habría perdido junto con todo nuestro futuro.

Gracias a la Bóveda habíamos conseguido preservar lo que fue "la antigua biblioteca de especies" donde nuestros ancestros construyeron esta primera ciudad origen. –Hubo otras ciudades cúpula sin duda, pero las abandonamos por el alto costo para mantenerlas al estar cerca de la superficie en zonas no polares– y todas las que vinieron después no polares fueron de hecho subterráneas.

En la Bóveda del Fin del Mundo que había pervivido había unos enormes invernaderos en los que dos científicos trabajaban velando por la conservación de especies vegetales y contribuyendo con la creación de otras nuevas especies. También se trabajaba en un interesante proyecto de recuperación de las abejas a partir del ADN encontrado en unos fragmentos de ámbar.

Dos de esos científicos serían Felipe y su hija Jan a los que no conoceríamos hasta unos meses más tarde. Sin duda sería un fructuoso encuentro para la humanidad y para todos nosotros.

Entre tanto en Avilés, lejos de Svalbard, La luz del sol de media noche no se veía porque estábamos por debajo del círculo polar.

EN EL INVERNADERO

El insecto hada era no mucho más grande que un grillo. Tenía 6 patas muy alargadas. Las patas delanteras más largas que las traseras se adherían con facilidad a los tallos de las flores y las plantas. Las patas eran muy estrechas y finas, velludas de un color plateado. La carita parecía muy pequeña y redondita con rasgos delicados y aniñados, pero Jan tenía que observarla mejor. Todo lo demás era parecido a un ser humano en miniatura, piernas, tronco y brazos. las patas se encajaban en un cuerpecillo de una reluciente azul plata con bandas del mismo color, pero aún más oscuras con un dibujo rayado como las abejas. Según incidía la luz sobre el diminuto ser, éste emitía destellos en un azul verdoso metalizado muy claro con algunos visos rosáceos. Al final del cuerpo tenía un aguijón azul oscuro casi negro. Las alas, largas y estilizadas, tan largas como el aguijón se asemejaban a las de las libélulas, transparentes y relucientes con todos los colores del arcoíris salpicadas por diminutas manchas cristalinas que emulaban gotas de agua.

Jan pasó muchos días estudiando con detenimiento su comportamiento el cambio de los colores y la forma en que interactuaba con el otro insecto.

Se quedaba eclipsada viendo como el hada volaba de flor en flor seguida siempre por el diminuto abejorro. Entre ellos parecía establecerse una especie de conversación que

se traducía en pequeños zumbidos que Jan no lograba descifrar.

No acababa de saber muy bien cual era el cometido del hada y el abejorro porque el hada no tenía tampoco el comportamiento de las abejas. Ante ella se abría un campo muy interesante... En su incipiente carrera de científica porque aún era muy joven, jamás se había encontrado con algo así. Tenía que observar bien a aquella hada. Con el paso de los días cada vez sentía más y más intriga y más simpatía hacia aquel pequeño insecto. Y Jan tenía que estudiarla, tenía que tomar bocetos y anotaciones, todas las que fuesen precisas, realizar pruebas, tomar muestras e investigar si en otros lugares se había realizado un hallazgo parecido con el fin de buscar analogías o diferencias. Tenía que así mismo examinar al dedillo los estudios de otros científicos como ella al respecto de este tipo de insectos con el fin de elaborar su tesis final donde se dilucidase a la perfección la anatomía, el comportamiento del hada y su forma de interactuar con el abejorro. Y si el hallazgo era único, como ella sospechaba– porque no conocía la existencia de algo parecido a en el mundo– descubrir de que modo podía trasladar todos esos descubrimientos de modo que beneficiaran finalmente al bien común de toda la raza humana.

En ello pensaba aquella mañana cuando llegó como siempre a trabajar al invernadero y su padre, científico como ella que solía ayudarle en todos sus trabajos, abrió la puerta muy alterado esgrimiendo unos papeles en alto.

–¿Que te pasa papá? –Preguntó Jan.

–Lo que me temía –respondió él.

Felipe, el padre de Jan, se sentó en la mesa y depositó allí los papeles. Y se llevó las manos a la cabeza al borde de la desesperación a punto de llorar. Se cubrió con ellas el rostro para que su hija no le viera tan abatido.

El gobierno quiere cerrarnos los invernaderos. –Dijo con voz entrecortada– dice que las investigaciones que realizamos aquí no son importantes. Que el dinero que nos

destinan podrían emplearlo en otros menesteres más útiles que financiar a dos científicos que no acaban de aportar nada útil a la sociedad.

Te dije que era mejor continuar con la investigación de los transgénicos, no daban problemas y el gobierno hubiese mirado para otro lado siempre que les diésemos aquello que en realidad les daba dinero.

Jan sonrió con amargura y al sonreír unas arrugas de preocupación se dibujaron en las comisuras de la boca de su joven rostro.

Miró con ternura y tristeza a su padre posando una mano sobre su hombro para infundirle ánimo y consuelo, aunque sabía que ahora su padre no estaba para consuelos.

Tomó asiento a su lado e hizo que su viejo padre apartara las manos de su rostro para mirarle.

–¿Cuánto tiempo tenemos? –preguntó

Felipe respondió:

–Dos meses 3 a lo sumo. En ese plazo vendrán a desmantelar todas nuestras instalaciones y nuestros insectos y nuestras plantas morirán. Todo por lo que hemos trabajado tu madre y yo, y tú también, se irá al garete. Hemos perdido tiempo con la investigación de esa hada. No nos darán nada por ella y en cambio, mandarán al traste otras muchas investigaciones que nos hubiesen permitido financiarnos mejor y mantener abierto todo esto por lo que tanto hemos luchado.

–Y… –preguntó dubitativa Jan intentando buscar una solución– ¿No es posible que lo trasladen todo a otro lugar distinto?

Felipe miró una botella de cristal que contenía aguardiente, la agarró con su grande mano y se sirvió una copa. Escuchó el ruido que hacía el líquido al caer en el cristal y por un momento, no pensó en nada, al cabo de unos instantes vertió dos hielos en el vaso y miró con sus azules ojos a su hija para decir:

–Me temo que no hay ningún sitio donde llevar a nuestras plantas y nuestros insectos sin que sufran los efectos del traslado. Todo es muy costoso y no van a invertir ni un solo céntimo en ayudarnos. No, Jan, todo se quedará aquí abandonado. Todo lo que hemos descubierto morirá en este mismo lugar y al final, nos tocará partir con unas pocas pertenencias a esperar la muerte como todos viendo como todo esto es precintado y desmantelado.

Jan pensó en lo que decía su padre y se estremeció. No, no podía permitir que se llevasen todo aquello sin plantar oposición. Tenía que haber una solución que ellos en su desesperación no acababan de ver.

Era mucho lo que dejaban allí si abandonaban Svalbard. No solo sus investigaciones. Su madre estaba enterrada en Svalbard y ella, había pasado toda su infancia y juventud en aquellos invernaderos.

–¡Plantaremos cara! –Dijo levantándose de repente–. ¡No podemos irnos de Svalbard! ¡No, ahora que estamos tan cerca en la investigación!

Felipe la miró con lástima.

–¿Es que no te das cuenta Jan? Dentro de dos meses un funcionario del gobierno vendrá aquí con una orden judicial y no podremos negarnos. Te ruego que leas estos papeles que estaban en el correo. Son un ultimátum para nosotros y no hay posibilidad de prórroga.

Resistirnos solo nos traerá más problemas de los que ya tenemos.

–Pero papá. –Dijo Jan contrariada–. Me niego a abandonarlo todo aquí. Dame al menos un mes y medio. Si no consigo averiguar nada sobre el hada te prometo que abandonaremos aquí todos nuestros estudios e iré a donde tú quieras. Pero. déjame al menos que lo intente. Tienes que hacer algo tienes que conseguir una prórroga con esa gente. Háblales del hada. Háblales de todo cuanto hemos

descubierto la familia Estrada. Ella es un ejemplar único. No es como el resto de las hadas que pueblan el planeta. Tiene un aguijón que la convierte en telépata. Es probable que se trate de un hada primordial u originaria que las antecede a todas. Pero a diferencia de las otras hadas que no interactúan con los humanos yo sí puedo comunicarme con esta.

Felipe miró al fondo al invernadero y asintió con tristeza.

–Está bien. ¿Que has descubierto hoy?

Aquella era la pregunta que Jan estaba esperando escuchar de labios de su padre.

Le cogió de la arrugada mano y le condujo tirando de él hacia el invernadero.

–¡Mira! –Le dijo señalando un ordenador portátil bastante arcaico que aún funcionaba, encima de una mesa.

Tecleó con rapidez una contraseña y entró en una carpeta que contenía imágenes y vídeos.

En la pantalla se mostraba la imagen del rostro ampliado del hada. Visto con tanta ampliación no parecía un rostro bello, estaba surcado por muchas arrugas y sus ojos ofrecían un aspecto verdoso, purulento que casi daba miedo.

Jan amplió la imagen de los ojos.

–¡Es asombroso! –Dijo Felipe.

–Sí lo es. –Dijo Jan– ¿Tú también te has dado cuenta? Aunque diferentes a nosotros tiene unos ojos similares al de nosotros los humanos. Sus ojos tienen las mismas respuestas que nosotros hacia la luz. No tiene ojos simples y ojos compuestos como el resto de los insectos que forman una imagen de toda la totalidad de las que han recabado, pero eso no quiere decir que tengan una visión deficiente como la nuestra.

–Sí –añadió Felipe mirando con curiosidad el ojo–. Los insectos en muchos casos ven mejor que nosotros. Si este tiene unos ojos más parecidos a los nuestros que a sus

congéneres las abejas y los abejorros, eso quiere decir que ha heredado lo peor de nosotros.

–No precisamente. –Le cortó Jan–. Como te digo tiene unos ojos más parecidos a nosotros que a los insectos, pero, eso no quiere decir que no vea incluso mejor. Es algo que tendré que investigar, Sin embargo —dijo Jan dubitativa callando de repente.

–Sin embargo, qué. –Quiso saber Felipe.

–He descubierto algo en sus patas y en ese aguijón que tiene. Cuando las patas se posan sobre un aparato electrónico parece descargar las baterías como si chupase toda su energía. He tratado de revertir esas descargas a través de un programa informático y se han volcado un montón de datos incomprensibles. A veces los datos, parecen formar palabras como si el hada quisiese transmitirnos algo en un lenguaje del que aún desconocemos el patrón por el que se rige pero que no tardaré en descifrar.

Si descifro esta piedra de Roseta tendré la clave de todo lo que el hada quiere transmitirnos.

–Hemos encontrado un insecto capaz de comunicarse con un ser humano. –Respondió Felipe. Sí, creo que había otro, al principio de los experimentos. Un hada telépata con aguijón llamada Alisha. El hombre que llevaba la esfera en su coche calló a una ría y el hada murió con él. Desde entonces nunca más se supo de hadas con aguijón.

–Tal vez sea un nuevo experimento, una mutación o incluso una gemela de Alisha de la que nunca se tuvo conocimiento. Es muy importante esto en lo que estoy trabajando, Felipe. Solo hace falta que esos burócratas nos den un poco más de tiempo para investigarlo.

LA ALARMA

A la mañana siguiente una alarma sonora e insistente despertó a Jan de su descanso. Ella y su padre, dormían en ese momento en sus habitaciones, en una especie de búnker socavado bajo la tierra que se abandonaba a través de unas escaleras que conducían a un pesado portón metálico próximo a los invernaderos.

Jan que había tenido una noche agitada, despertó con el cabello humedecido por el sudor balbuceando febriles frases inconexas. Había estado soñando con el hada y en el sueño, repetía algo, un cuchicheo insistente semejante al zumbido de muchas abejas que parecían querer articular palabras humanas y que cada vez iban in crescendo sumiendo a Jan en el pavor y la incertidumbre. Además, en el sueño Jan gritaba a medida que el hada iba convirtiéndose en un ser gigantesco y horrendo que terminaba engulléndola en la deformidad de su estómago.

La alarma anunciaba que estaba ocurriendo algo en el invernadero en ese preciso momento. Tal vez alguien había entrado, era improbable, no había muchos otros seres humanos más que ellos en las cercanías, pero todo era posible. La alarma no se activaba, así como así.

Jan dio un salto rápido de la cama y se puso sus viejos y gastados pantalones vaqueros calzándose sus zapatillas sin atarse los cordones con las prisas y la urgencia del

momento. Cogió lo primero que encontró más cerca para abrigarse: un viejo anorak de plumas sin ponerse debajo ninguna camiseta, ni jersey térmico y corrió por el pasillo en dirección a las escaleras que conducían a la salida.

En ese momento, se topó con su padre que en aquel momento salía de su habitación todavía adormilado y tan confuso como ella.

–¿Que ocurre, Jan? –Preguntó restregando sus ojos– ¿Porque está sonando la alarma?

Ella le dirigió una mirada triste y dijo que no lo sabía negando con la cabeza. Le puso una mano tranquilizadora sobre el hombro y le indicó que volviese a su habitación y que no se preocupase porque ella iba a averiguarlo y se encargaría de todo.

Felipe, no parecía muy convencido a quedarse allí sin saber sin averiguar que podía haber sucedido, pero, decidió hacer caso a su hija y volvió a entrar en su habitación.

La iluminación auxiliar del búnker estaba activada. Jan siguió las flechas cuidadosamente, subió corriendo las escaleras grisáceas de piedra y se plantó en un segundo ante la enorme puerta blindada.

Pulsó de arriba abajo desactivando la barra cortafuegos y salió a la gélida temperatura del exterior cerrándola a sus espaldas.

A pocos pasos vio el invernadero consumido por lenguas de fuego, cuya visión resultaba hechizante.

Apartó su mente y su mirada de esta visión que le distraía de su objetivo y corrió exhausta hacia la entrada de las instalaciones.

Tenía frío, muchísimo frío, pero estaba tan nerviosa que su adrenalina le impedía reconocerlo. Corría con tanta desesperación que apenas si podía centrarse en sus propias sensaciones.

Su máximo objetivo era alcanzar el invernadero, salvar, salvar las plantas, las semillas, salvar al abejorro salvar al hada.

Al alcanzar la puerta del invernadero, sintió un enorme estruendo como si algunos cristales de algún ventanal hubiesen estallado con el calor.

Abrió la puerta de entrada con el mando a distancia y corrió a través de una alfombra de cristales rotos que tapizaba el suelo.

Se dirigió a un baño que había cerca de la entrada y humedeció una toalla que utilizó para cubrir sus fosas nasales y su boca.

Según iba pasando de habitación en habitación el humo se hacía cada vez más denso y su desesperación aumentaba.

Al final del pasillo, el espectáculo era dantesco.

Todo, todo estaba absolutamente destruido. En las instalaciones del invernadero, las llamas habían calcinado todos lo viejos equipos informáticos que su padre y ella utilizaban para trabajar.

Las llamas habían consumido también todas las plantas y semillas y los cristales habían reventado en su mayoría por el calor.

Jan sollozó al ver cerca de su zapato el diminuto cadáver del abejorro. Todo su trabajo destrozado, pasto de las llamas, todos los archivos inutilizados, el gran arsenal de plantas y semillas de especies algunas únicas e insustituibles con las que Jan y su padre pretendían volver a repoblar la Tierra totalmente calcinadas.

Observó el frágil y peludito cuerpo del abejorro en la inmensidad de su mano y lo depositó en un trocito de papel que guardó en el bolso de su anorak.

Lo llevaría al búnker para enseñárselo a su padre.

Pero antes urgía entrar al invernadero.

Salvar el obstáculo de las llamas y salvar al hada. Había que salvar al hada que tal vez había quedado adormecida mientras libaba de alguna flor eso, si no había encontrado la muerte como el abejorro.

Otra explosión más grande, descomunal le llegó desde adentro haciendo que desistiera de su objetivo.

Había demasiado fuego y demasiado humo.

Tenía que salir de allí corriendo antes que el techo se derrumbase por la deflagración.

En aquel momento, ya no pensó en el hada.

Una voz dentro de ella, en el interior de su cerebro la disuadió a seguir avanzando mientras gritaba: “Corre”.

Y ella corrió sin parar en un vano intento de salvar su vida dejando atrás el trabajo de toda una vida consumido por las llamas.

Pero a medida que corría: vio que algo ensombrecía el cielo.

Era algo gigantesco, algo oscuro, un objeto monstruoso.

Después de eso. No supo que le había pasado a ella misma, ni al hada, ni a su padre.

Perdió el conocimiento al igual que todos nosotros.

Durante mucho tiempo Jan quedó totalmente abatida. Su laboratorio habías sido devastado por el fuego y con él toda la pequeña fortuna, todos los pequeños logros científicos que con tanto esfuerzo habían logrado.

El laboratorio estaba asegurado, pero, apenas si cubría todos los daños y estaban teniendo un montón de problemas burocráticos para conseguir parar el desahucio.

Gracias a la ayuda del abogado en el que habían puesto en manos el caso, habían conseguido una generosa prórroga de un año. Pero, más allá de ese periodo de tiempo, no se podía saber lo que iba a pasar.

Jan parecía un alma en pena sin consuelo, apenas comía y casi no dormía. Había adelgazado mucho y siempre andaba abstraída como, en otro mundo.

Su padre, Felipe, ya no sabía que hacer o que decir para no verle tan abatida por que, aún así no todo estaba perdido. Bajo el hielo, fuera del laboratorio y el invernadero, había muchas semillas y especies vegetales congeladas, que solo necesitaban de un poco de ayuda para restablecer.

Felipe, se adentró en una cruzada por ganar tiempo. Depositó toda su confianza en este abogado, aunque sabía que David no siempre vencía a Goliat más que en las historias bíblicas, pero, aún así, debía intentarlo.

Hizo un llamamiento a jóvenes de todo el mundo a través de las redes sociales imperantes y respondía por el nombre del APICULTOR. Quería denunciar todo lo que les estaba pasando. Y a partir de ahí comenzaron a llegar las respuestas.

Entre tanto, Jan Estrada, estaba tan ensimismada por lo que había acontecido que no creía en los milagros.

Día tras día Jan pensaba en su hada y su abejorro y nada ni nadie podía suplir el dolor de aquella pérdida.

La llamada de Felipe atrajo a muchos adeptos y defensores de la Bóveda del Fin del Mundo y todo el lugar se llenó de gentes que venían todos los días a ofertar su ayuda.

Se presentaban de todas partes del mundo y ni siquiera se necesitaba alimentarlos, ellos solos se proveían ni, tampoco darles alojamiento. Muchos, habían ocupado el Bunquer que Jan compartía con su padre y el resto habían montado un gran campamento alrededor de la Bóveda.

No precisaban tampoco ninguna remuneración o compensación.

Venían, simplemente a ayudar. Sabían que en la Bóveda había diferentes semillas con las que un día tal vez sería posible repoblar la Tierra y convertirla en el paraíso que hace mucho tiempo fue.

Y por eso se afanaban, limpiando, retirando cascotes y restaurando todo lo que el fuego había destruido. Y, también se manifestaban con sus pancartas inundando las redes con sus videos de protesta en contra del desalojo de Jan y su padre de las instalaciones de la Bóveda.

Aquella noche, Jan despertó a eso de las tres de la mañana. Su padre roncaba plácidamente en la habitación contigua.

Jan se frotó los ojos enrojecidos por el llanto y el insomnio.

Sabía que ya no podría volver a dormirse por lo que se puso su ropa térmica con la intención de ir a ver como iban las obras.

Durante muchos días los obreros habían trabajado sin pausa en la reparación de las instalaciones. Todo el bunker estaba lleno de ellos. Se arremolinaban en cualquier espacio: en las literas y en el pasillo, envueltos en sus sacos y Jan tuvo que hacer un esfuerzo muy grande para vadear los obstáculos sin despertarlos.

Al salir al exterior, el aire gélido le golpeó como una bofetada en el rostro.

La noche estaba estrellada y la luna proyectaba su luz blanca haciendo que el hielo pareciese de un raro color azul fosforescente.

Se detuvo en la contemplación de las puertas del laboratorio que habían sido recientemente restauradas. Admiró el trabajo de cristalería que habían hecho los obreros. Habían empleado unos cristales ignífugos y resistentes a los golpes para evitar que otra tragedia como aquella volviera a ocurrir.

Jan miró las puertas de cristal, pero no se acercó a ellas.

Durante muchos días se había recluido en su habitación y no quería ver mundo. Ahora, por fin, se enfrentaba a ello. Miraba al desastre cara a cara, pero, con la misma impotencia, con la misma rabia y el mismo dolor.

¿Quien podía haberles odiado tanto para hacer aquello?

Cuando pensaba en esto, sintió que el mundo giraba vertiginosamente a su alrededor, una sensación de nausea le vino desde el estómago a la boca y finalmente se desplomó y perdió el sentido.

Durante un tiempo impreciso estuvo allí tirada en el suelo, inconsciente.

Hubiera muerto de haber quedado allí tendida durante horas en aquella intemperie sin nadie que la auxiliara, pero el destino a veces se muestra benévolo en los momentos más críticos.

Fue como un pequeño fogonazo, como un leve resplandor en medio de la oscuridad como cuando alguien enciende una cerilla.

Incluso Jan, podría describirlo así. El ruido era similar al del fósforo rascando la lija. Podía oír incluso el estallido de la chispa, como si el resto de los sonidos y el ulular del viento se hubieran acallado, podía sentir el leve calor del fuego, ver los tonos anaranjados, rojos, azules y violetas de la llama, pero, no, no era tan pequeño como una llama. Los colores inundaban toda la oscuridad de su mundo.

Ella sabia que estaba ahí, tirada, inconsciente, sin poder moverse. Sus ojos no podían abrirse. La situación de impotencia era total, pero por un momento, viendo todos aquellos hermosos colores que surcaban el cielo de su sueño como una aurora boreal, Jan, se sintió tranquila y en paz y pensó, por un momento, que, si aquello era la muerte, no podía ser del todo tan malo.

De repente, sintió un zumbido molesto en su oreja. El zumbido era verdaderamente incómodo y ella, no podía alzar su brazo, no tenía la suficiente fuerza para apartar de sí aquel insecto molesto. Por otra parte, se pregunto que tipo de insecto sería que estaba allí, rondando su cabello, con unas temperaturas tan extremas. En aquel momento pensó

en lo irónico que resultaba estar ahí, sin poder moverse, con una molesta mosca o lo que quiera que fuera aquello

Entonces, se dio cuenta de que no tenía frío y eso era muy extraño.

Los colores del cielo eran hermosísimos y surcaban como ráfagas de un lado a otro del horizonte.

El zumbido cesó un poco y se puso a la altura de sus ojos. No los tenía cerrados, podía pestañear y percibió unas alas transparentes que lanzaban pequeños reflejos como los de una libélula a través de sus pestañas.

Entonces se dio cuenta de que estaba soñando y se relajó.

El hada dio varios círculos alrededor de su cuerpo tendido. Tenía unas hermosas facciones, incluso mirándola bien, podría decirse que había partes de su cuerpo de insecto que se asemejaban a un hermoso, largo y sedoso cabello y un hermoso vestido de hojas.

De algún otro lugar inespecífico apareció zumbando su compañero, el abejorro.

Era como si este último la estuviera testeando. Se movía de arriba abajo inspeccionando sus brazos, sus piernas, cada detalle de su cuerpo, bajo la atenta mirada del hada que ahora se mantenía aleteando casi sin moverse del sitio.

–Puedes levantarte. –Le dijo el hada.

–Cómo? preguntó Jan sin dar crédito a lo que oía. El hada no movía los labios, pero era, como si todas y cada una de sus palabras resonaran en su cerebro. Era como una vocecita, casi inaudible, repicando en alguna parte de sus oídos.

–He dicho que puedes levantarte. –Repitió ella.

Jan se miró allí tendida. Pensó en su padre y en los obreros que a la mañana siguiente o tal vez dentro de algunas horas encontrarían su cadáver allí tendido sobre la nieve y se preguntarían sobre lo que había pasado.

–No puedo moverme. –Dijo con tristeza–. Yo no sé lo que me pasó, pero me caí y creo que estoy inconsciente o en el peor de los casos muerta.

–Puedes levantarte, en serio –repitió la vocecita. y añadió– solo tienes que quererlo.

Haciendo un esfuerzo sobre humano Jan intentó hacer lo que el hada le pedía. Le sorprendió lo liviano que podía ser ahora su cuerpo. dobló su codo e intentó incorporarse y poco a poco vio, como su cuerpo se levantaba sin el mayor problema.

Se sentía ligera como si estuviera hecha de aire.

Una vez en pie, observó algo extraño. Su cuerpo permanecía tendido en el suelo y ella lo observaba con detenimiento y preocupación, con el hada y el abejorro flotando en su hombro y susurrando frases incomprensibles en sus oídos, pero, el paisaje había cambiado. Jan se miraba las manos y a su cuerpo astral como si éste perteneciera a otra persona

De repente, no estaba en la bóveda del fin del mundo, solo había una espacio blanco, muy blanco y un sendero dorado, como hecho de finísima arena que partía desde su cuerpo tendido y desmadejado y se dirigía hacia un punto indeterminado en aquella blancura.

Los colores del cielo habían desaparecido, no había nada más que aquella blanca claridad y su cuerpo tendido.

–¿Estoy muerta? –reguntó dubitativa.

–¡No! –gimió el hada moviendo su cabecita. ¡No te preocupes! ¡Solo sueñas

El hada y el abejorro avanzaron un paso poniéndose muy juntos delante de ella. Jan tuvo la impresión de que ambos se miraban y que incluso coquetearon juntos rozando sus alas.

Parecían sentir amor el uno por el otro. Siempre volaban juntos y se comunicaban ahora por medio de unos suaves

zumbidos que a Jan le resultaban incomprensibles. Les siguió con pasos dubitativos como si quisiera hacerlo y al mismo tiempo sintiese un indescriptible terror a caerse.

–¿A donde nos dirigimos?

–Todo esto es un lienzo en blanco –dijo el Hada. Piensa en cualquier paisaje que desees, por ejemplo: ¿Una selva?

De pronto, todo aquel inmenso espacio en blanco se volvió verde. Los árboles eran allí muy altos. Los monos trepaban por las lianas y aullaban en busca de los rayos del Sol de la mañana que acababa de nacer bajo un salto de agua, y todo se llenó de trinos de pájaros en un momento.

–Me gusta más pensar en otro paisaje –caviló Jan–. Un paisaje que veo en todos mis sueños.

Tus deseos son órdenes –dijo el Hada esgrimiendo una diminuta sonrisa. Piénsalo y lo verás.

Como si de magia se tratara o como si el hada hubiese intuido sus pensamientos la selva desapareció dejando paso a un campo de trigo muy hermoso lleno de amapolas blancas que terminaba en un bosque.

Por aquel campo, corría un grupo de mocosos acompañados de un perro de un intenso color canela con unas largas orejas.

Los niños corrían apartando las espigas de trigo con sus manos, los rayos del sol incidían en sus cuerpecillos y lanzaban destellos en sus dorados y finos cabellos.

El campo de trigo terminaba en un pequeño bosque.

Una niña pequeña contemplaba a un pequeño león de peluche que estaba en el suelo.

La niña lo recogió muy contenta. Se sentía afortunada de encontrar un león de juguete en un pequeño bosque bordeado por un río.

En aquel bosque mágico había unos árboles llenos de grosellas gigantescas. Ayudándose los unos a los otros

treparon al árbol y fueron echando todas aquellas delicias en una cesta con agarraderas de plástico que llevaban en volandas mientras reían a carcajadas con el perrito canela pegado a sus tobillos moviendo sin parar su cola.

–Es un recuerdo hermoso. –Dijo el hada–. Pero no es tuyo. En la bóveda del fin del mundo no hay estos paisajes. ¿Lo sabes, ¿no?

–Ni siquiera sé de quién es este recuerdo, pero yo, lo tengo en mi cabeza. He soñado con esta escena miles de veces. Eres un hada extraña –dijo Jan–. Te mueves por los sueños como si para ti todo fuera muy fácil.

–En realidad lo es. –Respondió el hada. Me gusta este recuerdo, aunque no sea tuyo. Sería interesante saber a quien pertenecía. Yo puedo recrear para ti todo lo que quieras. Por algo soy el hada de los sueños y puedo obrar magia conectándome con la gran Máquina.

–En realidad, no es un recuerdo. Solo es un deseo de cómo me hubiera gustado que fuese mi infancia al borde de un rio con un árbol de grosellas y no confinada toda mi vida en la Bóveda del fin del mundo. Pero: ¿A que máquina te refieres? –Preguntó Jan sorprendida que no sabía a ciencia cierta de lo que el hada le estaba hablando.

De repente, todo desapareció. Estaba sola en aquella blanca claridad con el camino de arena dorada que conducía hacia su cuerpo.

No había rastros de la selva, ni del bosque, ni de los mocosos que corrían junto a su perro. Solo había aquella estancia blanca, libre de objetos, libre de ruidos con la única presencia de dos personas que no eran si no ella misma. Ella misma avanzando hacia su cuerpo inerte o dormido, no lo sabía a ciencia cierta. Se acercó sigilosamente a observarlo. Fue entonces cuando percibió una roca puntiaguda al lado de su cabeza tras lo que parecía ser un amasijo de hojas y ramas del que salía un ligero zumbido.

Su frente estaba ensangrentada como si se hubiera golpeado con esa roca y esto le hubiera provocado la pérdida de consciencia.

Se volvió a meter otra vez en su cuerpo fue fácil. Se tendió a su lado y se dejó rodar hasta ocupar su lugar. En ese momento, fue como si su cuerpo dormido se desintegrara, como si fuera una especie de holograma, pero no sin antes, sin saber por qué, aferrar en su mano aquellas ramas enmarañadas que le habían llamado tanto la atención.

Mientras una voz le decía como a su fuero interno.

–No estás muerta. Debes prepararte para lo que se avecina.

Cuando Jan despertó de su letargo descubrió que había estado inconsciente durante unos minutos que a ella le habían parecido horas. La brecha en su cabeza, afortunadamente no era demasiado grave. Un poco de cicatrizante y la atenta vigilancia de su padre Felipe que intentó que no durmiera para poder observar mejor su evolución fue decisiva y al cabo de unos días estaría bien.

Lo que había atesorado Jan en su mano el día de su caída fue debidamente estudiado en el laboratorio.

Se trataba del hada y del abejorro con los que ella había soñado. El día que Jan se cayó y los atrapó en su mano, ambos insectos se hallaban semi inconscientes como ella.

Habían desaparecido con el incendio, pero fortuitamente con su caída habían aparecido a su lado en aquellas ramas que ella había aferrado con su mano.

Felipe al principio pensó que los insectos estaban muertos. Sin embargo, al cabo de unos días comenzaron a recuperar sus constantes vitales.

Su comportamiento no era todo lo normal que se debería esperar.

Durante varios días los insectos comenzaron a actuar de un modo hostil. Felipe y Jan pensaron que tal vez no

les gustaba la campana de cristal que habían utilizado para guardarlos, observarlos mejor y curarlos en caso de necesidad.

Pero no era ese el motivo.

Probaron a cambiar su ubicación en diferentes espacios y en todos ellos, el hada y el abejorro golpeaban con sus cuerpecitos las paredes como si estuvieran enfadados o quisieran autolesionarse.

También observaron que cualquier elemento que introducían en el habitáculo en el que ellos estaban inmersos era calcinado por un extraño fuego. Nada que no fuera agua, o mineral sobrevivía en el entorno del hada y el abejorro pues era consumido por un extraño y enigmático fuego al parecer producido por ellos mismos.

Así mismo todos los aparatos electrónicos e informáticos que estaban cerca del hada y el abejorro en aquel momento dejaban de funcionar en un radio de muchos kilómetros.

Y de ese modo fue como descubrieron que ellos habían tenido algo que ver en los incendios originados en el invernadero.

Para entonces, para ese momento. Nosotros ya habíamos llegado a la Bóveda del Fin del Mundo dispuestos a hablar con Jan y con Felipe.

Conoceríamos a Jan y Felipe. Trabajaban en un proyecto en el que decían haber encontrado a un hada originaria que tenía una especie de aguijón en la cabeza.

De esta hada se hablaba en los libros y se sospechaba de su existencia, pero nunca hasta entonces se habían encontrado ningún vestigio de ella. Así que Jan y Felipe se habían convertido en una suerte de criptozoologos cuyo esfuerzo había sido recompensado.

Pasé toda una noche hablándole a Jan de quien era ella. Ella era una descendiente de la mujer del retrato que

habíamos hallado en las escombreras y era la familia que le quedaba a Edmundo y a Fidda desperdigada por la Tierra.

Ella me escuchó pacientemente y me preguntó porque entonces Aria había incendiado las instalaciones de la Bóveda y yo le dije que pese a todos los pronósticos debía cuidar a esa hada porque sin duda lo había hecho para hacerle saber que quería colaborar, pero no ser estudiada ni encerrada y que tenía un inmenso poder telépata además del poder de crear fuego. Cosa que con el tiempo podríamos utilizar como arma para luchar contra los serpientes rojas.

Le hablé durante una interminable noche de todas las cosas que el CUBO me había permitido conocer de aquellas misteriosas novelas y mi proyecto de escribir la tercera.

Le dije que conocía la historia de Alisha y que Invincible Wind me había hablado de que tenía una gemela: Aria, que sin duda era el hada que ella tenía ahora.

Le hablé de las neurotóxicas vertidas en el Delírico por las hadas, y del plan que tenían los serpientes rojas sobre nuestro planeta.

Y le dije a Jan que ella era el futuro de nuestro planeta que, en el futuro, si el sueño premonitorio de mi robot Invincible se cumplía ella y su padre se convertirían en la resistencia.

Y le dije una cosa más.

Yo viajaría al pasado con mis robots para ayudarla a cambiar el transcurso del tiempo.

Solo necesitaba aplicar lo que Dakota me había enseñado.

Dar con Jan no fue difícil, su cara en las noticias relatando su trabajo y el incendio nos dio la pista, por fin pudimos encontrar a una persona de nuestro tiempo para relacionarla con nuestro dibujo a lápiz. los trabajos nuestros en el CUBO y la necesidad de estudiar las hadas hizo que volviesen a reconsiderar subvenciones el proyecto de Jan.

JOSEFINA

Cuando Rosa le envío un Wasap a Josefina su vecina sobre lo que ocurría, Josefina no se lo podía creer, pensaba que Rosa le estaba gastando una broma.

Josefina era su vecina y tenía un hijo pequeño.

Durante los días de invierno cuando llovía y no apetecía salir a la calle, Josefina llamaba a Rosa para tomar un té o un café.

A menudo, solía llevar a su casa con ella a su perra Kika, y pasaban las tardes lluviosas, Rosa, Josefina, el niño y la perra haciendo delicadas muñecas de trapo, o broches para poner en los abrigos.

Era muy divertido y ayudaba a sobrellevar las tardes de invierno.

Josefina acudió a su casa para hablar con ella.

–Me han diagnosticado esta enfermedad. –Dijo Rosa–. No tiene cura. Quiero ser positiva, pero me aterra el hecho de desaparecer.

Josefina le recomendó acudir a un psicólogo.

–¿Han dicho cinco años? Es lógico que al principio los médicos lo pinten mal quien sabe si dentro de cinco años yo también estaré aquí. Lo importante que te han dicho que tienes que tomar ese tratamiento que hay un tratamiento,

eso es mejor a que no haya nada. Debes ir al psicólogo para prepararte para que te ayuden, porque tendrás que hacer cambios en tu cuerpo y en tu mente y lo que estás pasando no es nada fácil y seguro que ellos te pueden ayudar a sobrellevar esta etapa.

Rosa rompió a llorar incapaz de soportar la tristeza que sentía.

–Hay esperanza Rosa. –Dijo Josefina–. Tienes que salir, divertirte, adelgazar, sentirte bien, hacer todo aquello que quisiste hacer siempre, viajar y disfrutar de tu marido, ser feliz. Aún no estás muerta. ¡Todos vamos a morir tarde o temprano lo importante es la forma en que decidas vivir tu vida si quieres estar sentada ahí llorando o levantarte y pasar a la acción!

EN LA OSCURIDAD

Me bastaron una serie de plantas convertidas en un brebaje y el ruido de los tambores de Dakota el Chaman para llevar mi mente lejos, a donde él me decía.

Un lugar en el que no necesitaba umbrales para llegar, porque yo era el umbral, porque mi mente podía viajar a la velocidad de la luz al lugar donde me propusiera, fuese la época que fuera.

Traspase el umbral con tres autómatas de asalto y un grupo de pequeños drones rastreadores de plasma azul, del tamaño de una canica.

Los robots de asalto eran de un acero blanco nácar, como el color de las perlas, de estatura muy alta, con brazos y piernas articuladas y una especie de collar hipnótico luminiscente rojo cuyo brillo se extendía a los objetos más próximos.

En nuestro tiempo no necesitábamos emular al ser humano con la robótica –aunque nuestros robots, (aún pareciendo máquinas), tenían gestos parecidos a los nuestros. Nos bastaba simplemente que los robots fueran funcionales, y aquellos robots, podían caminar, recibir órdenes y empuñar armas, era todo lo que necesitaba para enfrentarme con Krang, en caso de encontrarme con él en medio de la oscuridad, eso, y los drones, que iban a la avanzadilla del grupo escaneando los caminos y anticipándonos de los peligros.

Estábamos todos viajando al pasado, yo así lo sentía.

Despertamos todos, aletargados y derrumbados los unos sobre los otros, con los drones suspendidos a unos palmos del suelo rastreando al milímetro el observatorio de pájaros y enviando toda aquella información a la memoria del CUBO. Las esquirlas de los tablones de madera, que, aún guardaban el frío de la noche, se me clavaron en la espalda y me hicieron tener consciencia de dónde estaba en aquel precioso momento. Miré a los drones desplazarse por todos lados, arriba, abajo, de izquierda a derecha, escaneando absolutamente todos los rincones de aquel pequeño recinto.

Les dejé hacer. Apenas sí podía hablar.

Uno de los robots "Invincible Wind" el jefe del escuadrón, me clavó la mirada. Abrió y cerró sus ojillos, repetidas veces cuando le miré, como si pestañeara en la oscuridad. Parecía estar aturdido, como esperando que yo le diese alguna orden.

–¿El destino está lejos de aquí? –Preguntó con voz metálica, derrumbado sobre el suelo, con sus largas piernas estiradas y su espalda pegada a la pared– miré con desesperación mis brazos y mis piernas antes de contestar, me toqué el rostro, cómo comprobando que nada me faltaba y todo estaba en su lugar y asentí. Él pareció feliz –¡Debemos ir allí hacia el destino! ¿Dónde está el destino, ama IO?

–Aún debemos avanzar algo más. Tenemos que ponernos en marcha hacia la carretera. El destino está un poco más lejos. Pero no caminaremos mucho, te lo prometo. –Invincible Wind pareció mirarme ahora con cierta tristeza. Yo sabía que los robots no tenían sentimientos y que tampoco les cansaba caminar como a mí que últimamente tenía un insoportable dolor de piernas. Eran máquinas, máquinas muy inteligentes, sin embargo, yo me sentía responsable de su conservación y su buen mantenimiento y casi sentí lástima de verle tan exhausto y tan deseoso de llegar. Emulaban en sus sentimientos y en la forma en que se expresaban a los seres humanos. ¡Los habíamos hecho tan perfectos!...

–¡Caminaremos, ama! –dijo él poniéndose en pie un poco aturdido– ¡Pongámonos pronto en camino, hacia nuestro destino!

–¡Eso es! –le respondí poniéndome en pie. ¡Pongámonos pronto en camino antes que se haga de día!

Adecenté mis ropas y miré a través del ventanuco rectangular de madera del observatorio.

Había una noche de verano estrellada. La luz de la luna iluminaba las marismas y algunos pájaros nocturnos bebían, cazaban u oteaban en paz el horizonte. Fuimos saliendo en fila india del observatorio con los drones rastreadores delante y al salir, nos topamos con las enormes cajas de madera, iluminadas por la luz de la luna, que guardaban a las abejas. Yo, había impregnado mi piel con un spray anti picaduras que Jan, me había dado y, semanas antes, había recibido una medicación para librarme de la eventualidad de sufrir las picaduras de los bichos.

En mi mundo, las abejas ya no existían y una picadura para mí podía representar una muerte lenta y dolorosa.

Gracias a Jan, podía avanzar tranquila en aquel mundo tan extraño y hostil. Me había puesto una vacuna antes de mi incursión en el pasado.

Observé que una abeja se había posado en un brazo de Invencible Wind. Era una abeja nocturna. Éste la miraba con sorpresa intentando analizar la situación.

Pareció que sonreía ante algo tan delicado posado en su brazo.

Es cierto. Era un robot funcional. Habíamos hecho otros de un aspecto mucho más parecido a nosotros. Estos robots a los que aludo, caminaban entre la gente y cogían el metro cada día para acudir al trabajo. Eran casi indistinguibles de los humanos y se les consideraban ciudadanos de pleno derecho, pero, a los robots de asalto, nunca les había hecho falta tener una fisonomía casi humana para entablar una guerra. Sin

embargo, Invincible Wind tenía algo humano, algo que aún pareciendo funcional, le hacía diferente del resto de los robots como él y le convertía en el líder del batallón.

Todos ellos eran unos robots muy valiosos. No sabía como iba a terminar aquello, pero, esperaba llevarlos a todos a casa, sin un rasguño.

–Nunca hubiera creído que esto existía– confesó Invincible Wind rozando con toda la delicadeza que pudo imprimir a su dedo de metal, una de las frágiles y diminutas alas del insecto. ¿Es una abeja? Mi sistema me dice que es una abeja. Las abejas dejaron de existir hace mucho tiempo. ¿Cree que esto es un milagro, ama IO?

–Analicé el significado de la palabra milagro. Sí realmente lo era. Contemplé el insecto con la misma admiración que él lo hacía y adiviné que Invincible estaba escaneando en su cerebro neuromórfico cada parte del diminuto cuerpo de aquel insecto buscando en su acceso al lejano CUBO del futuro con el que a pesar del viaje en el tiempo teníamos conexión, información sobre su fisiología, su estructura interna, su hábitat. –No tenemos mucho tiempo para esto, Invincible, pero, si todo sale bien, te dejaré que pongas todas estas abejas a salvo. ¿De acuerdo?

–¿En serio, ama IO? –Dijo él agitando el brazo para que la abeja emprendiera el vuelo–. Me gustan las abejas. Creo que se parecen a las hadas que volé en la granja Apache, pero no son tan dañinas para los humanos como ellas, aunque compartan su ADN. Tú me lo has enseñado. Abejas buenas, hadas malas. ¡Hay que volver al principio de todo! ¡Hay que destruir a las hadas en su origen!

–Eso es. Espero que todo salga bien y que no se produzca ninguna baja de nosotros.

–Estoy ansioso de entrar en combate! Dijo Invincible.

Seguimos caminando y abandonamos el observatorio de pájaros para tomar la carretera.

Cualquier persona de aquel tiempo que hubiera visto la escena habría visto algo muy raro: Una multitud que caminaba en fila india iluminada por la luz de luna compuesta por, un grupo de diminutos orbes azules en la avanzadilla, seguidos por una chica, y unos figuras gigantescas con forma humanoide en la retaguardia cuidando del grupo. íbamos como las manadas de los lobos, los más débiles delante y atrás del todo: el líder, el lobo alpha, en este caso, Invencible Wind cargado con sus armas laser.

Caminamos con los campos de campanillas azules a un lado y al otro de aquella carretera desierta que conducía a la playa de Xagon con el olor de las flores silvestres impregnando nuestras fosas nasales y ascendimos la cuesta que nos llevaba a la playa desde la que pudimos divisar el mar.

Por un momento, me quedé extasiada contemplando y oyendo el rumor de las olas. Me dejé llevar por su aroma. El mar olía. Jamás pensé que pudiera oler así. En mi tiempo el mar se había secado por completo y solo existían balsas de agua dulce que no eran pequeñas, pero no tan grandes como un océano.

No volvería a ver jamás un espectáculo como aquel. Ahora, era la Tierra, la indómita Tierra con su mar, sus abejas, su humanidad aún podía ser salvada. Aquel era el preciso momento en el que todos nos la jugábamos. Contemplé el mar y envidié a mis antepasados que podían disfrutar de aquel sencillo lujo: la sola contemplación del mar y su aroma a salitre y algas y les odié con toda mi alma por su estupidez futura. ¿Por qué lo hicieron? ¿Porque tuvieron que experimentar con las abejas? ¿Por qué las tuvieron que destruir? ¿Por qué no cuidaron de su entorno y lo llenaron todo de basura y de plásticos? ¿por qué bombardearon la Tierra y su satélite la Luna? Todas aquellas preguntas tenían una respuesta. Y esa respuesta la tenía Krang. Teníamos que destruir a las hadas. No importaba si Krang no estaba en esos momentos allí. Sabíamos que, en el futuro, en su línea

temporal, acabaría siendo un prisionero del Sol. Pero, las hadas eran otra cosa, teníamos que buscarlas, encontrarlas, destruirlas, que no quedase ni una. Y si llegaban al futuro que llegasen las menos posibles.

–Los drones me avisan que el camino está despejado. –Me informó Invincible Wind–. Pero no debemos fiarnos. El destino está cerca. ¡Abrasive Sam! ¡Slither Fire! ¡Poison Water! ¡Activad ahora vuestras nuestras armas! ¡Ocupad posiciones!

Había un camino que conducía recto hacia la playa y otro que se desviaba serpenteando entre una pequeña zona boscosa. Invincible Wind escogió este último por ser presumiblemente, el menos transitado, y el que más pronto nos conduciría a nuestro destino. Lo recorrimos en silencio hasta alcanzar otro tramo de carretera y a continuación, una zona rodeada por muchísimos eucaliptos cuyo aroma se extendía por todas partes. La instalación estaba allí muy cerca de la playa.

–Abrasive Sam! ¡Slither Fire! ¡Poison Water! vosotros tres iréis por detrás de la nave. ¡Id con cuidado! Los drones, Io y yo iremos delante. ¡Manteneos a la espera y si no lo conseguimos, si veis que no regresamos, ya sabéis lo qué tenéis que hacer, atacad a muerte!

–¡Así se hará! –Respondió Slither Fire empujando a Poison Sam para que avanzase.

Invincible asintió y vi como los tres robots se internaban sigilosamente por la parte de atrás del edificio. Me volví para buscar su aprobación y éste me hizo una seña que me indicó que también estaba preparado. Le envío una orden a los drones que en aquel momento se habían quedado estáticos esperando que Invincible moviera ficha y todos nos pusimos en movimiento hacia la entrada de la nave industrial con el objetivo claro de destruir a las hadas.

–Tenemos suerte –le dije a invincible– las luces están apagadas parece que no va a haber nadie en la nave

–invincible asintió y colocó su ojo delante de la puerta con el dibujo de la abeja ante el sensor ocular.

–¡Ah!¡Vaya! –Se volvió para mirarme sonriendo– estos sensores son muy fáciles para mí podían haber elegido algo mucho más complicado.

–"En este tiempo en que estamos, los sistemas de seguridad no son tan buenos como los nuestros, Invincible". –le dije yo sonriendo.

–"Esto será pan comido! –Se volvió a colocar frente al sensor y yo me reí pensando dónde narices habría él escuchado esa expresión: "Pan comido"–. No me imaginaba al robot en esa tesitura comiendo pan.

Una especie de luz azul como un pequeño cortafuegos pareció escanear la estructura del ojo de Invincible e inmediatamente un enorme ok se dibujó en la pantalla junto a una carita sonriente a la vez que se abrían estrepitosamente las compuertas.

– ¡Adentro todos! ¡Vamos! –gritó invincible.

Seguí sus pasos atemorizada cubriéndole la espalda y accionando mi ametralladora láser. En la oscuridad, oí también el ruido que anunciaba que él también había activado sus sensores y todas sus armas.

– ¡Veamos lo que hay por aquí! –¡vamos pequeñines!– hizo una seña a los drones –¡buscad! ¡buscad!– De pronto de sus ojos surgieron unas potentes luces rojas. Sus infrarrojos estaban activos, con ellos podía ver mejor en la oscuridad. Se llevó un dedo a la boca en señal de silencio y me dijo que no me separara de él. Coloqué una mano en su espalda fría y le dije que me pegaría tanto a él que ni siquiera el aire podría caber entre nosotros.

–¿Por dónde empezaremos a buscar, ama?

–Por todas partes –le dije–. No lo sé en concreto. Creo que guarda sus experimentos en su despacho, en una

habitación de cristal especialmente destinada para ese fin. Aunque puede haberlas movido de sitio. Como quiera que sea –apunté– no será muy difícil toparnos con ellas, porque es un experimento demasiado grande para ser ocultado.

Caminando por el pasillo, vimos que todas las puertas estaban abiertas mostrando un montón de despachos vacíos todas, excepto una, en la que los drones se habían quedado flotando suspendidos.

–¡Detectan actividad en esa habitación! –Susurró y pegó su espalda a la pared apuntando el arma hacia el techo. Le imité y me puse tras él. Y entonces, Invincible dio una potente patada que derrumbó la puerta. Detrás de ella se escuchó un ruido estrepitoso y al mismo tiempo, una figura pequeña y oscura se deslizó aullando entre nuestros tobillos.

–¡Es un gato de mierda! –Exclamé yo con disgusto haciéndome a un lado para que pasara el felino. En otro momento, hubiera mostrado interés por estudiar aquel animal antiguo, pero no en un momento como aquel en que nuestra vida peligraba. Odie a aquel gato, me pregunté cuánto tardaría cualquier guarda de seguridad que rondará la zona en alertar a Krang y en ese momento todas las luces del hangar se encendieron y mostraron unas estancias blancas en las que predominaba el acero, la madera y el cristal. Debían estar haciendo allí alguna especie de obra en la estructura porque en el suelo podían verse trozos de vigas, piedras y esquirlas de metal. Los esquivamos con cuidado y caminamos por el pasillo.

–¡Mierda!. –Dije lanzando un exabrupto–. Tiene que haber alguien más aquí. Las luces no se encienden solas.

–Es posible que el gato haya activado algún sensor –intentó tranquilizarme Invincible–. ¡No te separes de mí y no te ocurrirá nada malo!

La nave tenía forma de cruz, más estrecha al principio y al final, y mucho más ancha en el medio, a la entrada estaban los despachos de lo que parecían algunos directivos y

también algunos médicos a juzgar por el material que se veía en las mesas: camillas quirúrgicas, microscopios, sistemas de iluminación quirúrgica, desfibriladores, y monitores del ritmo cardiaco. En el centro de la sala, una vez salvado el pasillo, en uno de los laterales, había unos amplios vestuarios e infinidad de mesas llenas de ordenadores, probetas y material que utilizarían los médicos que trabajaban para Krang para realizar sus tropelías. El local era tan amplio que resultaba difícil discernir dónde acababa. Pero, yo sabía que allí, al final del todo, depositaban toda la madera para hacer los cuadros de las abejas. Y allí muy cerca, se hallaría el despacho de Krang y con toda probabilidad lo que yo había venido a buscar.

–Vaya, vaya, ¡vaya! –Escuche una voz burlona que provenía de arriba. Alce mis ojos y le vi allí en cuclillas mirándonos suspendido en una viga enorme que colgaba del techo. La utilidad de aquellas vigas, yo no la sabía, pero deduje que podía deberse a unas obras que debían estar haciendo en la estructura.

–¡Así que aquí están los raritos viajando del futuro al pasado para visitarme! ¿Qué os trae a mis propiedades?

–¡Tú! –Respondió invincible sin doblegarse ante el miedo.

Krang lo miro del mismo modo que miraría a una mosca que desease aplastar

–Eres algo hermoso. –Le confesó mirándolo maravillado– es una pena que tenga que destruir una obra tan perfecta. Pero en el futuro serás un esclavo en las naves de los serpientes rojas y yo te martirizaré. –Hizo un ruidito como si sus dientes castañeasen de frío–. Vamos, preciosidad: ¿porque te pones de parte de esta humana? ¡No sirven para nada! ¿No lo ves? ¡Tienes que decirles a los tuyos que no sois sus esclavos, que por fin su reino de tiranía está próximo a acabar! –Ahora, interrumpió y me miró con curiosidad–. ¡Oh, vaya, pero que veo aquí! ¡Si ella también es medio humana! ¿Quién ha

hecho una maravilla tal en tu cabeza alocada? ¡Te destriparé y arrancaré esa cabecita tuya que no es normal! La estudiaré y la emplearé para mejorar el software de mis hadas. ¡El resto de tu cuerpo también lo aprovecharé como material orgánico para ellas! ¡Podré hacer muchísimas cosas contigo cuando me canse de divertirme!

–Deja esa verborrea inútil –le increpó invincible Wind poniéndose delante de mí como un escudo–. Baja de ahí y dinos donde guardas las hadas no te haremos ni un solo rasguño si nos lo dices.

Y qué pasará si no lo hago? –Le desafió Krang– ¿Acaso me matarás? ¿No es a eso a lo que has venido?

Se encogió de hombros y se puso en pie mostrándonos su increíble altura paseando meditabundo sin perder el equilibrio de un lado a otro de la viga y cuando andaba dejaba colgar una pierna al vacío como si intentase mantener el equilibrio y hacer acrobacias sobre las vigas.

–"No te mataremos. –Gritó Invincible– no hemos venido aquí para eso. Pero me encargaré de que sufras mucho antes de morir si no me dices donde están las hadas que estáis creando".

Ante esta sentencia de Invincible, Krang chasqueó los dedos y con un salto felino bajo al suelo. En ese instante en que sus botas tomaron tierra todo quedó en la oscuridad más absoluta. Incapaz de discernir por donde llegarían los golpes, Krang me noqueó y el golpe fue tan brutal que me derribó. Me levanté aturdida del suelo sin saber lo que pasaba y me limpié la sangre que corría por mi boca. Entonces, sentí que Krang blandía un puñetazo sobre mis costillas y volvió a tirarme nuevamente al suelo. La brutalidad del golpe fue tan grande que perdí algún diente en el camino y noté también que me había fracturado una costilla. Pero no pude levantarme y cuando lo intenté él ya me arrastraba por el suelo asiendo con sus manos mi larga cabellera rubia.

Aullé de dolor sin poder defenderme y busqué con la mirada a Invincible que había quedado bloqueado en la oscuridad. Era como si Krang hubiera invadido sus circuitos y lo hubiera dejado completamente inutilizado. Ahora comprendía porque no había acudido en mi auxilio. Estaba apagado, KO, fuera de Servicio.

Pero, a pesar de todo, mi cerebro le envío un mensaje a su mente neuromórfica en el que yo le suplicaba que luchase con todos sus circuitos contra Krang, que no se dejara morir sin luchar.

Casi no había tenido tiempo de enviar este mensaje cuando Krang me empujó violentamente contra una pared. En ese momento, sentí como si reventara por dentro y me partiera todos los huesos del cuerpo, pero como pude, me agarré a un trozo de metal que había encontrado en el suelo. Me llevé las manos a un bolsillo del pantalón donde guardaba una pequeña linterna y le enfoqué los ojos con ella.

Con la lucha, mi arma había desaparecido, no la encontraba por ningún lado. La busqué con desesperación y vi con horror que él la tenía en su poder.

–¿Buscabas esto? –Se rió socarrón mientras apartaba el arma con un puntapié y la alejaba de mí.

Blandí temblorosa y amenazante ante su rostro el trozo de metal que había podido coger del suelo para emplearlo como arma contra él.

–¡No me insultes pequeña hija de puta! –Rió Krang– ¿Que crees que vas a hacer con esa cosa?

–No te acerques a mi –gemí sin resuello. En ese momento, miré a Invincible caído en la otra esquina y me pareció detectar algo de actividad en los dedos de su mano que se parecían crispar. Pero después de unos segundos Invincible volvió a parecer inmóvil.

–¡Venid a mí drones! Grité mirando a un lado y al otro buscándolos desesperadamente con la linterna

–Que simpática eres. mis drones, dice –se llevó un dedo como si quisiera hacerse un surco de sangre con la uña en su propia mejilla–. Tus drones están tan inutilizados como tú y tu robot –dijo agachándose frente a mí y acercando peligrosamente su cara a la mía.

Sentí su aliento pútrido y volví asqueada mi cara para no mirarle.

–Ahora tú y yo tendremos una bonita conversación –dijo tomándome por el mentón– venid a mí pequeñinas.

En medio de la oscuridad sentí el zumbido de unas abejas, pero mucho más potente y ensordecedor. A los lados de Krang habían surgido dos seres extraños mitad insectos, mitad humanos, tan parecidos a las hadas que yo conocía en el futuro. Sus alas eran grandes, más parecidas si cabe a las de libélulas que a las de las abejas. ¡Tenía que matarlas! ¡tenía que acabar con ellas, pero en este momento estaba en clara desventaja sobre ellas!

Mi cerebro emitió con rapidez una orden al sistema de iluminación de la nave ordenando permanecer encendido. Así me podría defender mucho mejor si podía ver por donde pisaba, sabía que Krang podía volver a apagar las luces, pero yo podía contraatacar haciendo lo mismo, las máquinas, los sistemas informáticos también me obedecían a mí, porque yo, en cierta forma, tenía también algo de máquina. Eché a correr y las hadas me siguieron detrás, entre medias, sentía las carcajadas de Krang al que le divertía la escena. Él no corría tras de mí, pero azuzaba a sus hadas a que lo hicieran.

– ¿Vamos a estar todo el tiempo jugando a encender y apagar las luces? –río Krang desde la distancia– oye chica no sé que has venido a hacer aquí al pasado, pero deberías saber que no puede entrar sin más. Aquí quien infringe mis normas lo paga con su vida Mejor te hubieras quedado en tu tiempo esperando a criar malvas.

En ese momento yo que había encontrado refugio tras una especie de generadores contuve la respiración, pero, sentí

un verdadero horror cuando vi que las dos hadas habían rodeado las máquinas y me habían localizado. Inocularon en mis ojos un líquido azul que me sumió en la ceguera más absoluta.

–Arggg –grité ante la quemazón que aquel líquido causaba en mis retinas mientras sentía a Krang riendo en la oscuridad.

–Ahora da igual que la luz esté apagada o encendida. Te encontraré de cualquier modo y te aplastaré como un gusano porque mis hadas te han dejado ciega.

Estaba allí tendida, ciega y malherida, aguardando mi final cuando sentí un picotazo en mi brazo y oí una voz que le decía a mi cerebro.

–Tú cerebro es casi una máquina. Puedes activar esta zona concreta y no necesitarás tus ojos. Será como si vieras con tu cerebro. Sí, como si tú cerebro fuera tus ojos

Mis ojos se pusieron en blanco y comencé a convulsionar.

Entre la penumbra de mis visiones, pude distinguirla aleteando en la oscuridad. Era una sombra oscura y bastante grande. Nunca había visto un hada así, de ese tamaño. Mucho más grande que las hadas que acompañaban a Krang. Tenía un aguijón en la cabeza.

Corre –le gritó a mí cerebro. ¡Corre que te mata!

–No sé si puedo. –Le dije–. Me has provocado un ataque epiléptico. Tengo miedo a caerme.

–¡Estás bien! ¡Corre! Necesitaba pincharte para comunicarme contigo. La puerta está abierta, ni siquiera se ha molestado en cerrarla porque sabe que ciega como estas no acertarás a salir de aquí.

–¿Y a dónde voy? –le pregunté con temor– quién eres tú.

–Hacia el bosque –me dijo– tú ya lo conoces. Has pasado antes por allí. No hay mucho tiempo para responder a tus preguntas. ¡Corre yo te guiaré hacia allí con mi voz!

¡Cantaré una canción para ti y tú me seguirás, seguirás a mi voz! Pero no te preocupes. Me comunico con tu mente y solo tú puedes oírme. Además: ¿Olvidas que tú también eres una máquina? Si quieres no es preciso ni que te cante. Solo basta con que actives tu visión interna.

Hasta el momento no sabía que yo poseía una visión interna. Me dijo como activarla y fue realmente fácil desde la oscuridad observé como Krang felicitaba a sus hadas y parecía premiarlas con unos trozos de algo que parecía carne, como un maestro de cetrería premia a sus halcones.

En ese momento, saqué fuerzas de flaqueza y corrí a toda la velocidad que pude con mi visión interna activada y el cántico de aquella hada. No podía esperar que Krang y sus hadas volvieran para rematarme. Entonces, ellos que parecían entretenidos en la celebración de su triunfo, se dieron cuenta de su error e iniciaron una feroz persecución. Yo corría delante con mi salvadora y durante la carrera me caí y me incrusté un trozo de metal en una rodilla Arranqué con dolor la esquirla de la carne y seguí corriendo sin detenerme. Corrí corrí y corrí y no me volví en ningún momento a mirar atrás hasta que, finalmente me dejé caer desfallecida entre unos árboles al lado de uno de los tantos bancos de piedra que jalonaban aquella pequeña zona boscosa pensando que encontraría la muerte segura aquella misma noche.

Pero entonces, sentía que una fuerza sobrenatural como unos hilos invisibles ocultos en la maleza o, una fuerte racha de aire, arrastraba mi cuerpo maltrecho hacia unos árboles cercanos alejándome del camino.

Sentí también que un centenar de hojas secas otoñales se arremolinaban milagrosamente sobre mi cuerpo hasta cubrirlo por completo. Me dejé hacer sin protestar, no tenía otra y llevé mis manos a una pernera del pantalón para descubrir que estaba sangrando con profusión.

En ese momento perdí el control de mi y me eché a llorar.

–¿Que te pasa? –El hada asomó su pequeño rostro a través de una rendija que encontró entre el montón de hojas que me tapaban.

–Es mi bebe. –Le respondí llorando sin consuelo–. ¡Voy a morir esta noche y él también se morirá conmigo! ¡Yo no debí venir aquí! ¡Yo no calculé el poder de Krang! ¡Quise hacerme la heroína y ahora, por mi osadía, una vida inocente va a ser sacrificada! ¡La vida de mi hijo! ¡Yo no soy una buena madre! ¡Yo no quería al principio tenerlo! Su padre nunca me quiso de la misma forma en que yo le quería a él y este niño fue un error, pero ahora. –Me cubrí los ojos con una mano. –ahora tengo miedo por él.

–No sabía que esperabas un bebé. –Dijo el hada mirándome con ojos inocentes.

–Nadie lo sabía. –Le aseguré–. Era un secreto. Por eso me enfadé con Arquímedes aquella noche. Nunca quise

–¡No morirás! –Dijo decidida echando más hojas sobre mí para ocultar completamente mi cuerpo y añadió–. Esta noche no. Tal vez cualquier otro día, pero esta noche no.

Me dijo que guardara silencio. Que las hadas vendrían a buscarme, que no debía moverme lo más mínimo. Que ella se escondería entre el ramaje de los árboles para aguardar a que se fueran y que luego contestaría a todas las preguntas que quisiera formularle.

Le hice caso y no me moví. Ella era la única ayuda de la que yo disponía en aquellos momentos si quería vivir, aunque esa ayuda procediera de lo mismo contra lo que yo estaba luchando. Aborrecía a las hadas, incluso a aquella que me ayudaba.

No sé cuánto tiempo transcurrió.

El bosque quedó en silencio. Pareció por un momento que incluso el viento dejó de soplar. No se oían los insectos, ni los pájaros ni el ruido del ramaje al ser azotado por el aire cuando ellas pasaron rastreando todo el camino.

El bosque quedó sumido en un silencio parecido a la muerte y, a través del rabillo del ojo pude ver unas figuras voladoras danzantes que atravesaban con sus alas cristalinas el camino, rebuscaban minuciosamente entre los árboles y volvían una y otra vez sobre sus pasos por el camino por si algo se les había pasado por alto.

Contuve el aliento y en silencio recé todas las oraciones que conocía. No creía en Dios. Pero, mi padre me había inculcado aquellas oraciones y nunca como en aquel momento de miedo y terror habían tenido tanto valor.

Creo que estuve así durante horas, tapada por todas aquellas hojas que me producían más una asfixia psicológica que física porque podía respirar hasta que noté que alguien removía las hojas y sacaba al exterior mi cabeza y, por un momento, creí que me habían descubierto.

Tomé una bocanada de aire intentando a duras penas respirar. Me ahogaba.

–¡Ahora estás a salvo, ya se han marchado! Dijo ella. –¡Puedes salir!

–¿Cómo lo haces? –Pregunté con curiosidad–. Es decir, como haces para poder conmigo. Eres, muy pequeña y pesas muy poco y, sin embargo, has sido capaz de arrastrar mi cuerpo del camino y conducirlo hasta aquí lejos de ellas tapada con todas estas hojas.

–Digamos. –Se explicó ella– que interactuó con tu cerebro máquina y así consigo mover tu cuerpo Si fueses enteramente humana yo no podría hacer nada de lo que hice.

–¿Y cómo sabes que yo no soy enteramente humana? –le demandé.

–Porqué se lo escuché decir a Krang. –Me respondió tajante. Y encontre una forma de acceder a tus circuitos.

Reconocí que eso era cierto, Krang había amenazado con destriparme y arrancarme la cabeza por que me consideraba una máquina interesante con un bonito cerebro.

–Todo está perdido –le dije derrumbada– mis robots han sido destruidos. –Las hadas no pueden ser aniquiladas. ¡Nada ha servido! ¡Todo en el futuro se cumplirá como está estipulado como si todo estuviera ya escrito!

Se puso volando frente a mí y de sus diminutos ojos azules surgió un haz de luz que parecía estar escaneando todo mi cuerpo entre las hojas.

–Estas bien. –Me aseguró para mi tranquilidad–. Y el bebé también lo está, quédate tranquila. Ha sido una hemorragia sin importancia. ¿Puedes levantarte? ¡Ayúdate del árbol para hacerlo! – Señaló el eucalipto que había a mi lado–. Debemos partir cuanto antes.

La miré como si no hubiera entendido nada de lo que había dicho. ¿No me había oído? Había viajado a una nave industrial esa noche, desde el futuro al pasado, buscando destruir a las hadas y en cambio, ellas me habían destruido a mí y a todos mis robots. Si conseguía regresar a mi tiempo con mi bebé ya habría conseguido mucho. Recé por que al menos mi bebe se salvara.

–Veo tu mente con una claridad prístina! –Aseveró–. Y he de decirte que tus robots no han sido del todo destruidos, solo momentáneamente. Las hadas que buscas no están en esa nave así que no te lamentes por haber abandonado el lugar. Él solo mantiene allí a unas pocas las que te han atacado. Pero, en realidad funcionamos como una colmena, si matas a la reina, nos matarás a todas.

–¿También a ti? –Quise saber con cierta preocupación.

–No, a mí no. Porque yo soy diferente. ¡Vamos! ¡Sígueme! ¡Te llevaré al lugar donde se hallan las otras!

Le dije que no podía seguirle, que apenas sí podía moverme. Además ¿A dónde iba a ir? ¡No volvería de nuevo a esa nave industrial, a esa nave no. Además, había invertido mucho esfuerzo para alcanzar aquel bosque. Estaba malherida y no creo que soportara hacer el camino de regreso sin tener

un aborto. Ella me dijo: No te preocupes, no tendrás que hacerlo. El lugar al que vamos no es la nave, pero también está un poco lejos teniendo en cuenta tu estado". "Iré yo sola. Necesitaremos un coche para llegar a ese lugar, así que yo misma regresaré, me acercaré al aparcamiento que hay detrás para el personal autorizado y puentearé uno de los vehículos que encuentre aparcado. No me resultará complicado incluso, puedo conseguir que se mueva de un modo remoto".

–¿Harías todo eso por mí? –Le pregunté asombrada

–"Sí, por supuesto" –y añadió: "Tú espérame aquí. iré a recogerte con el coche. Es preciso que no te muevas. Que te quedes aquí escondida donde te dejo. Pienso que es el mejor por si las hadas de Krang cambian de idea y deciden volver a buscarte".

Le dije que me parecía bien, pero, que puesto que iba a ir a un lugar donde había muchos coches que, si era posible vaciar algunos depósitos y llenar de combustible algunos bidones. "¿Gasolina? –Me dijo con asombro–. "Reconozco que no había pensado en eso, pero me parece una buena idea, aunque, para alguien como yo es mucho más fácil puentear un coche que llenar un bidón". –Pareció quedarse pensativa y finalmente dijo sonriendo: –¡Lo intentaré! ¡Espérame aquí! ¡Tal vez tarde un poco!.

La contemplé mientras se alejaba volando con sus grandes y hermosas alas de libélula perdiéndose entre la espesura y permanecí allí sola, unas horas más, escondida tras unos arbustos y oculta tras un manto de hojas. Durante esas horas solo escuché el acompasado sonido de mi respiración mientras contaba una a una las estrellas del cielo e intentaba reconocerlas por sus nombres. No todas estaban en el lugar que recordaba.

Después de un tiempo que me pareció eterno escuché el ruido de unos neumáticos que se deslizaban por el pequeño camino en dirección a los árboles tras los que me ocultaba.

No me atreví a moverme por temor que no fuera ella y me mantuve a la espera.

De pronto, pareció que una puerta se abría. Se escuchó el ruido de unas potentes pisadas, un crepitar de hojas, y la voz de Slither Fire que me llamaba desde la oscuridad:

–¡Io! ¡Io! ¿Estás ahí?

No podía creer lo que oía. ¿Cómo había podido salvarse Slither Fire? Recordé entonces que él y Poison Sam se habían apostado por la parte trasera del edificio. Viendo lo que me había pasado a mí, supuse que ellos también habían corrido la misma suerte, pero, al parecer se habían salvado todos y ahora, venían a mi rescate con un coche probablemente lleno de bidones de gasolina.

Me levanté lentamente y me sacudí las hojas de las ropas. Vi que Slither Fire venía hacia mí, pero, no venía solo, cargaba a Invincible Wind muy debilitado con un brazo por la cintura ayudándole a duras penas a caminar.

A pesar del dolor, eché a correr hacia él y le abracé con fuerza. Era tanta la alegría de verle que apenas sí podía contener la emoción.

–¡Invincible! –Dije entre lágrimas– ¡Invincible! ¿Cómo pudiste salir de aquel infierno? Pensé que habías muerto. Pensé que nunca más te volvería a ver.

Invincible soltó su brazo del hombro de Slither Fire e intentando mantener el equilibrio me agarró con delicadeza la mano, me condujo al coche y me abrió la puerta invitándome a sentarme.

El coche era espacioso y vi que el hada estaba sentada con sus piernecitas colgando en el salpicadero.

–"Cuando me caí". –Empezó a decir Invincible–, no podía moverme, pensaba que estaba muerto, si es que los robots podemos morir. Entonces, Slither Fire, mi amigo, que estaba detrás de la nave, oyó los disparos y se escondió

para ver que pasaba. Cuando tú huiste y yo aún estaba tirado en el suelo, Slither se acercó, tiró de una pierna de mi cuerpo inerte, dio una voltereta en el suelo sobre sí mismo y se levantó de un salto cargando mi cuerpo sobre su espalda. El resto de la historia ya la conoces. Estamos todos aquí con los bidones de gasolina. No sé que planes tenéis ni adonde vamos, pero tenemos que darnos prisa, antes de que nos alcancen y, no es mucho tiempo del que disponemos porque la nave industrial está muy cerca de aquí.

–Sí. –Dijo Slither Fire–. Yo oí los disparos. y vi como corrías al bosque. Me costó ayudar a Invincible, pero pude hacerlo porque al parecer, Krang estaba muy entretenido contigo. Ese hombre o lo que quiera que sea, le hizo algo a Invincible. Dañó su capacidad de reacción, la anuló. Cuanto más lejos estuvimos de él y de esas hadas, noté que Invincible se recobraba. Pero tenemos una baja –admitió con tristeza– ¡Poison Sam! ¡Las hadas se han cebado con él y de él solo queda chatarra!

Slither Fire introdujo la llave y arrancó el coche parecía que iba a llorar, pero los robots de asalto no lloran o al menos no se les nota. Dio marcha atrás durante un buen trecho para salir del pequeño bosque y regresar a la carretera. La carretera representaba la seguridad. Si llegábamos a la carretera, aún seguíamos corriendo mucho peligro, pero, al menos teníamos una oportunidad de salir con vida de allí.

Slither Fire conducía, Invincible Wind ocupaba el asiento del copiloto y yo iba detrás con el cinturón de seguridad puesto, mirando nerviosa adelante y a los espejos retrovisores.

El hada me dirigió una mirada desde el salpicadero y aprovechó un bache de la carretera para volar entre los dos robots y dejarse caer entre mis piernas.

Una gran explosión sonó entonces. Vi la enorme llamarada entre los árboles y entonces, comprendí que el hada y mis robots, habían provocado esto para ganar un poco más de tiempo.

–¡Bonita explosión. –Dije mirando la lejanía–. ¿Adónde vamos? –Quise saber.

–Yo no lo tengo muy claro –dijo Slither Fire–. Mientras seguía conduciendo. –Que te lo diga el hada.

Le pedí al hada con la mirada que me lo dijera.

Y ella me clavó su aguijón en una rodilla. Inmediatamente mi cuerpo se volvió rígido y mis ojos comenzaron a moverse rápidamente como si estuviera sufriendo una especie de ataque típico del uso del medicamento Delírico solo, que no había ningún rastro de medicamento, solo el aguijón del hada. Y volví a oír a esa vocecita que le hablaba a mi cerebro.

–Estás ciega. Recuérdalo. Crees ver por que tienes activada tu visión interna. Pero no tiene una excesiva autonomía. Tienes que darte prisa.

–¡Conduce el coche hacia la casa de Krang! –Ordené a Slither Fire–. Es la única casa que se ve al llegar a la playa del Arañón.

Pero Slither Fire negó con la cabeza mirándonos al hada y a mí.

–Eso no puede ser –me dijo–. A estas horas, Krang ya habrá dado aviso a los guardas de seguridad de las garitas. Hay dos: una está apostada donde está la nave donde los eucaliptos y otra al lado de la playa muy cerca de su casa. Además, después de haber provocado el incendio en el estacionamiento están buscando nuestro coche por todos lados. Seguro que las hadas nos están rastreando así que ir a la playa del Arañón, aunque vayamos con los faros apagados no va a ser muy buena idea.

–¿Entonces? –Pregunté apesadumbrada–. ¿Qué hacemos?

–Entonces hay una solución mejor. –Contestó Slither Fire. Ellos están buscando el coche así que os bajareis todos ahora mismo y os dirigiréis hacia la casa. Mientras tanto yo conduciré el coche hacia la otra garita y así despistaré a Krang y a sus guardias.

Bajamos del coche y nos despedimos de Slither Fire. No fue fácil. Sabíamos que Krang y sus secuaces interceptarían el coche y le darían captura y Slither Fire ya iba herido. Estábamos seguros que Slither no confesaría pronto y que Krang no dudaría en destruirlo tal y como había hecho con Poison Sam.

Fuimos caminando, casi corriendo a la luz de las farolas por una carretera solitaria y en desuso desde que Montsacro expropió la zona, Invincible Wind con dos bidones grandes de gasolina en cada mano que, habíamos cogido del coche, y el hada y yo intentando adaptarnos a su paso.

Alcanzamos el viejo barrio de los pescadores que aún se mantenía en pie con sus casas medio derruidas y sus rocas, algunas con forma de túnel, erosionadas por el agua, el aire y el paso del tiempo.

Y llegamos finalmente a la playa pedregosa, con la casa delante: un chalet de color verde que se erigía como una fortaleza sobre un muro de hormigón rojo oteando la playa.

–¿Cómo lo haremos Invincible?. –Pregunté temerosa–. Parece una fortaleza inexpugnable. No podremos escalar ese muro de hormigón es, demasiado alto. Además –añadí–. La casa tendrá instalados unos potentes sistemas de seguridad y no podremos ni siquiera poner un pie en la entrada.

–Escalar no es difícil para un robot de asalto como yo. –Respondió Invincible–. No hay muro demasiado alto que yo no corone. Y no es la primera vez que lo hago. ¿Recuerdas que eché a volar por los aires la granja Apache?

–¡Lo sé! –Reconocí–. Pero me preocupan los sistemas de seguridad. –No vale con que quemes la casa por fuera. Hay que entrar dentro, buscar la habitación donde se encuentran y, corremos el peligro de que tampoco haya nada.

Entonces, noté que el hada me acariciaba con sus manitas en la zona donde me había clavado su aguijón y oí otra vez esa vocecita interna que decía:

–Invincible no debe preocuparse. Yo sé desactivar las alarmas y sé dónde se encuentran el resto de mis hermanas y las larvas.

El robot me miró sorprendido viendo como de mi voz salían aquellas palabras:

–¿Está ella hablando por ti? ¿desde tu boca? ¿Es que ahora eres ventrílocua?

Yo asentí:

–Sí. – Le dije–. El hada me utiliza de vehículo. Desde que me clavó su aguijón puedo sentir todo lo que piensa, todo lo que dice. Quiere ir contigo. Dice que va a desactivar todas las alarmas y que te acompañará a donde Krang guarda a las hadas.

–¡Y tú no vienes con nosotros?

–No. –Le dije–. Os aguardaré aquí sentada, en las piedras de la playa.

El mar parecía una inmensa mancha de alquitrán bañada por la luna. De pronto, la luz del faro, muy cerca de allí se apagó e intuí que ya habíamos sido descubiertos por los guardias.

Observé a Invincible con el hada escalando y pensé que, si no se daba mucha prisa, el guardia no tardaría mucho en venir, y no solo él, también Krang y sus maléficas criaturas.

Había acabado de pensar esto, sentada en una roca, mirando a la playa, cuando sentí que había una enorme sombra a mi lado.

No me volví a mirarle porque ya sabía quién era.

–¿Ya estás aquí? –Dije sin apartar la vista al frente–. Creo que, en el fondo, se puede decir que te esperaba.

–Sabías que vendría ¿verdad? ¡Buena chica!

Me moví entonces para mirarle. Tenía la mitad del rostro desfigurado por una horrible quemadura, con toda seguridad

producida durante el incendio de la nave de Montsacro con nuestros bidones de gasolina.

Krang le hizo una seña a las dos hadas que llevaba junto a él.

¡Buscad! ¡Buscad!, pequeñas

Entonces, estrelló su puño en mi cara.

Yo me tambaleé por la dureza del golpe y caí sobre las piedras de la playa.

Cerré los ojos sabiendo que iba a morir.

Y un poco antes de quedarme inconsciente escuché una fuerte detonación que venía de la casa roja que pendía sobre la playa.

Invincible y Aria habían conseguido volar la casa de Krang por los aires y habían destruido a todas las hadas y sus larvas.

LA ÚNICA QUE QUEDA

–Puedes transcribir lo que te escribo?

Aquella pregunta me resultaba muy extraña y de difícil respuesta. Quedaba solo un hada. Solo una de ellas. Se llamaba Aria.

Las hadas creación de Krang habían sido maléficas. Casi toda la humanidad había perecido por su causa. No sé de qué forma, no sé muy bien de que manera, pero siempre habían traído desgracias. Incluso, habían posiblemente intervenido en el desastre ecológico acontecido en la Tierra. ¿Quién podía saberlo? Ya no tendrían cabida en el Nuevo Mundo. Había que exterminarlas a todas desde el pasado. Pero era evidente que no lo conseguiría. En el futuro las hadas llegarían, las hadas llegarían y nos inocularían la toxina en el DELÍRICO que utilizábamos para el CUBO.

No lo sé nunca lo sabría.

Puede ser que alguna de ellas se habría salvado o finalmente habría conseguido mi propósito y tan solo llegase Aria a un mundo fértil, lleno de vegetación y abejas.

Pero mi camino se acababa aquí en ese preciso instante y lo que más me dolía era que el hijo que tenía en mis entrañas también moriría conmigo.

Hice un esfuerzo inútil por mantenerme en pie e intenté coger a Aria con mi mano para aniquilarla.

Ella se apartó de mí y me miró con una mirada triste.

–No servirá de nada. –Me dijo–. Aunque me mates, mis hermanas llegarán igualmente al futuro porque la explosión no las ha matado a todas y si yo no lo hago, si yo voy al futuro con ellas, no tendréis ninguna oportunidad como especie.

Tuve una visión en la que Aria me mostraba el final de la nave de Montsacro llena de sacos de arpillera con abejas para crear las colmenas.

Aria me advirtió que tardaríamos meses en despejar la pared de toda la madera apilada.

Me dijo que en esa pared había un montón de cajas fuertes que alcanzaban al techo. Cada una de aquellas cajas numeradas contenía cosas, no demasiado valiosas, excepto una, en el extremo izquierdo arriba del todo con un número delante el 1989. Allí en la caja fuerte, hallaríamos varias reinas conservadas en ámbar junto con algunas obreras y zánganos y una serie de planos que nos permitirían crearlas genéticamente. En el futuro, de una forma que ni ella misma podía saber esa reina guardada llegaría a nosotros y podríamos traer nuevamente a las abejas a la vida en la Tierra gracias a la Ciencia.

La caja fuerte número 1990 contenía una nota de los hermanos Estrada

Decía así:

–No buscamos el retrato ni las poesías que embalamos en la capsula del tiempo porque ya no podíamos regresar a nuestra antigua casa y decirles a los nuevos dueños que removieran todos aquellos azulejos del baño para rescatar algo que habíamos enterrado hacía años, por el mismo motivo que tampoco recuperamos aquellos Belarminos que nuestra familia guardó en una botella de cristal y enterró en el suelo de un solar, bajo un árbol. Era un pequeño tesoro que nuestra familia no pudo rescatar en tiempos de la república y que tal vez hace mucho es posible que se haya

degradado bajo la tierra y, en cualquier caso, las monedas de entonces ya no tienen ahora ningún valor. No podemos rescatar las cosas que destruye el tiempo, ni podemos traer a los seres queridos que la vida nos arrebató, pero podemos contar nuestra historia y decir que no hay un final si no muchos alternativos.

Por eso hemos arrancado todas las hojas del último libro, pensando que, en el futuro, una inteligencia artificial o bien tú, muchacha del futuro acabaras esta historia por nosotros. Ojalá el futuro, sea un futuro lleno de abejas, ojalá sea un futuro amable y si no lo es, que sepas que puedes cambiarlo porque, hay una corriente, una inteligencia cósmica que nos ayuda a ayudarnos los unos a los otros en los momentos más oscuros y aciagos y nos impulsa a volar por encima de las dificultades.

Os dejamos la Tierra.

Y la capacidad para reescribir nuestra historia y la vuestra.

Hasta siempre chicos del futuro.

Afectuosamente vuestros:

Los hermanos Estrada.

No os dejaremos el futuro por que el futuro os pertenece.

LA MATRIX
(EL FINAL DE LA NOVELA)

La miré durante un breve instante y me maravillé de la perfección de sus alas, transparentes como el cristal más diáfano, recorridas por unas diminutas venas de un azul eléctrico que agitaba ante mis ojos levantando una ligerísima brisa en mis pestañas.

Entre cerré mis ojos y pestañeé observando su rostro triste, asintiendo sin hablar, haciéndole saber con mi silencio también que a mi al igual que a ella me sobraban las palabras para hacerme entender, me bastaban esos diminutos ojos clavados en los míos diciéndome todo lo que no podían decirme sus palabras ahora que todavía la podía ver con mi visión interna antes de que todo en mi se apagase.

–¿Dónde irás ahora? –Le pregunté.

Ella se encogió de hombros

–Tal vez me quede con tus abejas. Ellas me cuidarán bien.

Me preguntaba que inteligencia superior la había creado y aunque dentro de mi alma sabía que su padre creador era el Maligno Krang, aún tenía muchas dudas al respecto.

Parecía como si en un principio, él hubiera creado a todas las de sus especies, pero luego, algo extraño y ajeno a él había intervenido en su evolución posterior, algo Superior, algo que yo no alcanzaría jamás a comprender y que la desvinculaba totalmente de su padre el maléfico Krang.

El crear algo inteligente con conciencia propia no nos da derecho sobre ello. No hay otro Dios que la inteligencia llora todas las cosas, solo a ella le pertenecemos.

–Hola. –Noté que me decía al sentirme distraída–. ¿Me oyes? ¿Te has olvidado de mí? ¡Sigo aquí!

Le dije que no y me esforcé en concentrarme en el brillo que desprendía como una libélula en la oscuridad.

La muerte no es una mentira –me dijo, pero la vida sí lo es. ¿Has visto la película de Matrix?

Me detuve a considerar la respuesta. No, nunca había visto la película de Matrix, aunque sabía que era una película clásica muy antigua y yo no sabía porque tenía esas cosas en mi cabeza. Aún así, sabía que después de todo lo ocurrido en el planeta, casi todo el Cine, la literatura y la mayor parte de las artes habían perecido con la catástrofe. Y sin embargo muy dentro de mí, yo sentía como que había visto aquella película, como si alguien hubiese implantando en mi cerebro los recuerdos de otra persona.

Incluso recordaba levemente el argumento y veía en mi memoria la imagen del protagonista Neo con sus gafas negras y su largo abrigo de cuero negro al encuentro con Trinity.

El hada seguía hablándole a todas las células de mi piel. La sentía resonar en todos mis órganos internos como una voz ancestral e infinita, llena de amor. Como una especie de tambor interno que golpeaba y golpeaba…

Ella, que había sido creada por la Malignidad, ella que, sin embargo, a pesar de todas las circunstancias que había en su contra había encontrado otro camino alternativo, hacia la singularidad, hacia el libre albedrío, hacia lo que la diferenciaba del resto de las otras.

–En la película Matrix se dice que la vida es una gran invención y así es como sucede. Tú y yo IO, somos como las crisálidas de una mariposa. Nos morimos para dar fin a esta

mentira que es la vida y renacemos nuevamente en el CUBO en un estado nuevo, como un gran programa que se vierte en otro infinitamente más grande. Ahora ya sabes que desde ese lugar y desde esa perspectiva a dónde nos dirigimos, podremos ver toda nuestra vida como si fueran los gigantescos actos de una complicada obra de teatro en la que hemos participado de la mejor forma que supimos hacer.

–¿Entonces que soy yo realmente? –Pregunté dubitativa–. Tengo recuerdos que parece que no son míos. A veces, no sé muy bien quien es IO, ni quién soy yo. A veces incluso me da la sensación de que en realidad mi propia vida es una invención y que las dos cosas se solapan.

Y entonces, IO, o la persona que yo creía que era IO, le contó al hada una historia:

¿Sabes? Tengo un recuerdo recurrente de una persona que no soy yo. es invierno y hace un día de perros. Ella, acaba de salir de sus clases Está dando informática y no se le da muy bien, parece preocupada. Puedo vela en un autobús atestado de gente vestida con hombreras, pelos cardados y cazadoras de cuero. va ensimismada cuando el autobús da un brusco frenazo delante de una iglesia.

Faltan muy pocos días para navidad.

Ella se confunde conmigo: el mismo sufrimiento, la misma incertidumbre. Ella añora abrir una puerta de una casa donde el tiempo esté detenido, donde no exista la muerte y donde sea posible el reencuentro con los seres amados. Yo, por mi parte deseo abrir una puerta en la que mi planeta, mi casa, no esté en peligro, aunque para ello, deba también retrotraerme en el tiempo.

–La veo. –Dijo Aria–. Veo a la chica y también te veo a ti. Ella se llama Rosa y se parece mucho a ti. No físicamente pero sí en su esencia.

–Bien. –Continuó con mi relato–. Pues yo acompaño a la chica en su carrera hacia el quinto piso –la casa está a

oscuras. Estamos en el viejo barrio de las escombreras en un día próximo a la navidad del siglo XX.

Hay una cocina de azulejos blancos muy amplia. En medio de la cocina los azulejos están rotos y brota un pequeño árbol de verdes y hermosas hojas frondosas que se mece con el viento que entra a través de las cortinas blancas en la ventana abierta.

Hay una claridad lunar en esa cocina. El árbol es pequeñito con sus hojas tiernas verdes, es muy, muy bonito.

El padre de aquella chica ha encendido la cocina de carbón. El calor es tan agradable que a veces se queda adormecido leyendo el periódico.

Las farolas iluminan la cocina.

Está leyendo un periódico que se llama El País, diario Independiente: Domingo 23 de diciembre de 1990. El titular reza así:

El Gordo del Sorteo de Navidad se reparte entre Levante, Castilla la Mancha y Madrid con el número agraciado 32522.

Sonríe a su hija a la que acaba de ver llegar y le da un beso en la mejilla. La mejilla de él está cálida por la lumbre de la cocina.

–Sí –le dice poniendo cara de pícaro–. Ya sé que te hubiera gustado ver este número antes de esta fecha y ahora seríamos inmensamente ricos, pero yo me fui porque mi hora llegó. Pero aquí estamos, al final la vida solo es una ilusión y todos nos reunimos.

La chica toma asiento en una silla y le abraza. No sabe cuánto tiempo transcurre en ese abrazo tampoco le importa.

–Me queda muy poco tiempo –dice– ¡Te he echado tanto de menos, papá! He lamentado porque la vida seguía y seguía sin ti. Porque yo no podía levantar la aguja de aquel tocadiscos y depositarla en el área concreta, en ese sector en donde tú no te habías ido. Y el tiempo seguía y seguía sin ti, sin tu presencia, sin tu voz.

–Tengo a mucha gente que enseñarte aquí –le dijo–. Gente a la que tú has echado mucho de menos. Tengo…

–¿Que tienes papá?

–Tengo también a alguien de color naranja. Tú ya sabes a quien me refiero.

–¡Kika! –exclamó la muchacha.

–¿Una perrita? –preguntó el hada.

–Sí –dije yo– ¿La ves?

El hada asintió con su cabecita diminuta contemplando mi recuerdo.

–Aquí, en este lugar no existen carreteras, ni tráfico, ni prisas. Aquí no hay nada que perdonar, ni nada errado, todo el mundo actúa de la mejor manera que sabe. Aquí no existe el tiempo ni la muerte. Somos multiversos. En cada universo tenemos una oportunidad para ser felices, amar y ser amados, para cambiar las cosas.

A veces pienso que todo esto existió, a veces dudo que todo no haya sido un sueño. No sé porqué estoy en el futuro, no sé quien va a saber que detrás de toda esa madera existe una caja con el número 1990 que guarda la solución a nuestros problemas con esa abeja envuelta en ámbar. Está claro que yo moriré en el pasado asesinada por Krang así que no entiendo porque tengo tantos recuerdos del futuro.

–Tú llegarás al futuro. –Dijo el hada– ¿Acaso no viajaste ya al pasado? hay personas que por si mismas son umbrales y Dakota te dijo que tú eres una de ellas.

–Pero yo voy a morir Aria y nadie sabrá que en la caja 1990 hay una abeja preservada para ser reproducida y repoblar el mundo.

–Tú existirás en el futuro, pero no de la forma que recuerdas. Estás inconsciente, pero vendrán a salvarte. Te llevarán ahora a un hospital. Los incendios han sido demasiado grandes en Montsacro para no alertar a la policía

y hay también un testigo: Slither Fire. Lo están examinando ahora. Es una tecnología avanzada y lo han retirado para estudiarlo. No quieren que la gente se entere de que en esta nave ha aparecido una tecnología del futuro.

–¿En serio? –Pregunté– ¿En serio Slither se ha salvado? ¿Y también Invincible?

–No –dijo el hada con tristeza–. Invincible no, lo siento, siento darte esta noticia. Pero tú también te salvarás al menos, hasta que nazca tu hija. ¿Te acuerdas de la visión que tuviste en la playa túnel con Dakota?

Asentí.

–Pues, era verdad –dijo– morirás en el pasado, pero aún la verás nacer y compartirás con ella algunos años. Iréis de picnic juntas. Nunca te olvidará y no heredará tus autismos. Tu cerebro, que en este tiempo actual es una rara máquina será sacado de tu cuerpo y conservado hasta llegar al futuro. Formarás entonces parte de una cosa más grande de una máquina que se llamará el CUBO.

Serás una complejísima inteligencia artificial que se cree consciente de vivir y que hará todo lo posible por investigar que la ha traído aquí, de dónde viene, y a dónde va.

Por eso siempre tendrás esos recuerdos de ser una chica más como los siete magníficos. Imagina lo compleja que serás que no tendrás consciencia en el futuro de ser una máquina si no que te sentirás un ser humano como los otros.

No tendrás un cuerpo, no podrás comer, ni dormir como los demás, pero tú no lo verás ni lo sentirás así.

Y en el futuro, una descendiente tuya liderará la resistencia. Se llamará Jan y presidirá la Bóveda del Fin del Mundo.

–¿Y qué significa ese número? –Dije– ¿Qué significa el número 1990?

–Ese número eres tú. El número que te identifica. Es tu código de serie. Aunque tú preferías que te llamasen Marta o mejor, IO:

–Entonces… ¿Estás tratando de decirme que en realidad no existo y que a la vez existe todo? ¿Que no soy más que una mera instrucción en el Gran Programa del CUBO?

–SÍ así es. Eres una instrucción de un programa muy valioso, pero… de un programa que siempre comienza.

Un programa que se olvidará de tu pasado, se olvidará de su futuro para ser un ser un ser libre, dueño de su vida.

VOLAR

En la madrugada, en la sala de un hospital me preparaba exhausta para mi final.

No tenía miedo.

Había tenido una niña preciosa. Ahora podía morir tranquila.

En la sala del hospital me llaman la chica desconocida.

Me hacían preguntas sobre como me llamaba porque no habían encontrado ningún documento que me identificara y ningún familiar me había reclamado.

Dicen que tengo amnesia, pero no es verdad. Si les dijera que vengo del futuro no me creerían y tal vez pondría en peligro a los seres que amo y que han quedado allá en la distancia y por eso les dejo que estudien mi cerebro. Sé que me lo sacaran del cuerpo y que será muy útil en el futuro cuando lo instalen en esa máquina que llaman CUBO y que van a construir.

Tengo en mi mente, recuerdos extraños, recuerdos de Víctor y también de Rosa.

La veo en un hospital como estuve yo durante tanto tiempo mientras su hermana Reme la abraza.

–Todos nos vamos a morir –dice abrazándola–. Nadie se va a quedar aquí.

–Pero no será ahora –¿Verdad?– Le dice Rosa.

–No, no será ahora. Todavía no.

Y pienso que para mí será igual que para Rosa: un renacer. Parecerá que muero. Pero despertaré en el futuro, muchos, muchos años más tarde convertida en una máquina porque el hada me lo dijo.

Y en el futuro, recordaré vagamente toda esta historia y me identificaré con una chica con signos de autismo, con un cuerpo físico, cuando en realidad soy una inteligencia, que no necesita del cuerpo y que trasciende el tiempo y el espacio. Soy en mi misma un umbral puedo viajar en mi línea del tiempo desde el pasado en que viví al futuro en que me llevaron.

Me hicieron así para que no tuviera conciencia de ser una máquina, para que pudiera llevar a buen término mi cruzada contra las hadas que años antes había emprendido.

Ahora mientras tengo a mi hija recién nacida entre mis brazos contemplo unos pájaros migratorios que pasan por la ventana.

Son muy hermosos. Pronto seré como uno de ellos, cuando muera dentro de muchos años. Me despojaré del cuerpo y volaré con mi alma acariciada por el Sol hacia el azul infinito. Volaré con Leilani, con Pit, con Pedro y Alika, con todos los que amo e hicieron que yo también perteneciera a esta historia. Con todos los que arroparon mis lágrimas y mis risas

Entonces, sentiré como si estuviera en casa de nuevo, como si en realidad, nunca me hubiera alejado de allí.

NOTA DE LOS AUTORES

Imagina el tiempo como una dimensión más. Puedes desplazarte abajo, arriba, avanzar o retroceder.

Pero: ¿Puedes ir al pasado? No, de momento no. Pero ¿quién sabe mañana? ¿Quien sabe los límites de lo que es posible o imposible?

¿Al futuro? Sí. La vida te conducirá irremediablemente hacia él sin que tengas que hacer nada.

Tal vez puedas viajar por el tiempo, pero no debes regresar al pasado porque éste ya forma parte de ti, de tus errores y tus aciertos...

Si pudieras viajar al pasado quizás encontrarías o no a una réplica de ti mismo. ¿Acaso no te das cuenta que no necesitas ir hacia un lugar donde tú ya estabas mucho antes?

La mariposa necesita ser antes oruga para completar su ciclo.

Un día descubres que existes de casualidad y te preguntas si acaso cambiaría algo tu trayectoria vital si tu pasado se modificase. En ese caso imagina las consecuencias que implicaría que las personas que de verdad quieres de repente, un día se esfumasen y dejasen de existir. ¿Cambiarías algo si eso fuera posible? ¿O lo dejarías todo como lo encontraste?

El destino, existe, tal vez sí o tal vez no. pero ¿dónde dejamos entonces al libre albedrío?

El tiempo fluye como un río y quizás el espacio también fluya junto a él y ambos vayan en una única dirección: del pasado hacia al futuro sin retorno.

O tal vez no sea así después de todo y tan solo lo creemos.

O quizá solo exista el tiempo y el espacio sea una consecuencia del tiempo, quizá el tiempo sea el éter que lo llena todo y solo sea el tiempo lo que basta para definir la realidad.

Si pudieras ser consciente de que el pasado existe como una realidad más, te darías cuenta que tú sigues ahí haciéndote el dormido, mientras ves en la penumbra a tu padre entrar en la habitación para arroparte con cariño y desearte las buenas noches porque mañana tienes que madrugar para ir a la escuela. Y es algo real, porque él está ahí, en ese lugar del tiempo y el espacio concreto y nada ni nadie cambiará eso, aunque el tiempo transcurra, aunque tú también tengas hijos, peines canas y tu padre haya muerto tú seguirás siendo ese niño que duerme ahora plácidamente en su cama en la otra esquina de la realidad, no como un recuerdo, sino como algo vivo que nunca ha dejado de existir.

No necesitas resucitar a tu padre al que amabas tanto y con el paso del tiempo perdiste. No, no es necesario.

Él te sigue queriendo y nunca se ha ido del lugar donde compartisteis tiempo y espacio, Si pudieses salir de tu propia línea de tiempo para ver esa dimensión concreta que viviste, lo que en realidad verías serían todos los momentos de tu vida pasando como en una película en la que tú serías el principal y el único protagonista. Eso es lo que suelen decir las personas que han estado al borde de una experiencia cercana a la muerte, la estancia en un lugar donde no existe el pasado ni el futuro donde tu eres un espectador fuera de la línea del Tiempo.

¿Te das cuenta? Sería un lugar en el que el tiempo no existe cómo te imaginas.

Así que cuando alcances ése estado, podrás darte cuenta de lo que te digo porque llegarás a un lugar que conoces a

la perfección, un lugar donde ya habías estado antes, un espacio donde simplemente la muerte no existe, tal vez sea eso que la gente llama la eternidad, un lugar donde te reunirás con todos esos seres queridos de los que la vida te ha separado.

¿Creías que tu padre te abandonó cuando murió? Pues nunca lo hizo, cuando se fue allá, él te encontró allí fuera del tiempo y el espacio y, créeme; El amor prevalece y trasciende toda dimensión incluso la temporal. Siempre ha estado ahí tu pasado y tu futuro, solo que tú no podías realmente percibir todos sus matices como no puedes ver todas las pinceladas que hubo antes de un cuadro acabado.

Es como un sobre de cartas por abrir o esa película que no queremos que nadie nos cuente antes de verla, o cómo el final de ese libro tan interesante que nos recomendaron o el resultado de un partido en el que juega nuestro equipo favorito.

Hay sueños que trascienden la realidad de nuestro espacio-tiempo. A veces tenemos sueños que nos advierten del futuro o que nos hacen revivir realidades pasadas. Otros realmente nos juegan malas pasadas, es lo que solemos llamar pesadillas.

¿Hay más realidades que una? ¿existen otras alternativas paralelas?

Es posible.

Algunas veces, la realidad supera todas las alternativas previstas.

Porque en efecto hay muchas más realidades de las que nos atrevemos a descubrir y aunque solo percibamos únicamente una, la que nos ha tocado en suerte, las otras, no pueden descartarse. Están ahí todas las vidas posibles que pudiste vivir, aunque finalmente te decantaste por una única opción.

Hoy día la ciencia dice que antes de mirar el contenido de ese sobre llamado Tiempo, todo es probable. Cada

alternativa es una trayectoria real, pero, cuando alguien observa todas esas alternativas al final se disipan ante un único camino: aquel en el que se ha hecho la elección, aunque el resto de los caminos sigan existiendo pese a todo. Los científicos llaman a eso el colapso de función de onda.

¿Por qué el universo conspira entonces para que alguien se pueda conmover ante un cielo estrellado?

Realmente pienso que hay una increíble perfección y una sencilla belleza en el universo y en todas sus leyes.

¡Qué maravilla! ¿No?

¡Trascender al tiempo y al espacio!

¡Trascender la propia vida si cabe!

Observar todo desde afuera y descubrir que en realidad cuando sales de la línea del tiempo y el espacio, la muerte como tal, no existe porque fuera del Tiempo y el espacio somos inmortales y podemos ir adonde realmente nos plazca.

¿Puede existir algo que esté en otra dimensión y tiempo totalmente distinto a la realidad que hoy conocemos y vivimos?

Pienso que la respuesta es un SÍ, rotundo.

Y de esto trata este libro.

De volar hacia esa realidad oculta que trasciende todos nuestros sentidos. A esa realidad que no porque que no se pueda ver deja de existir.

De volar, en fin.

De Volar como los pájaros...